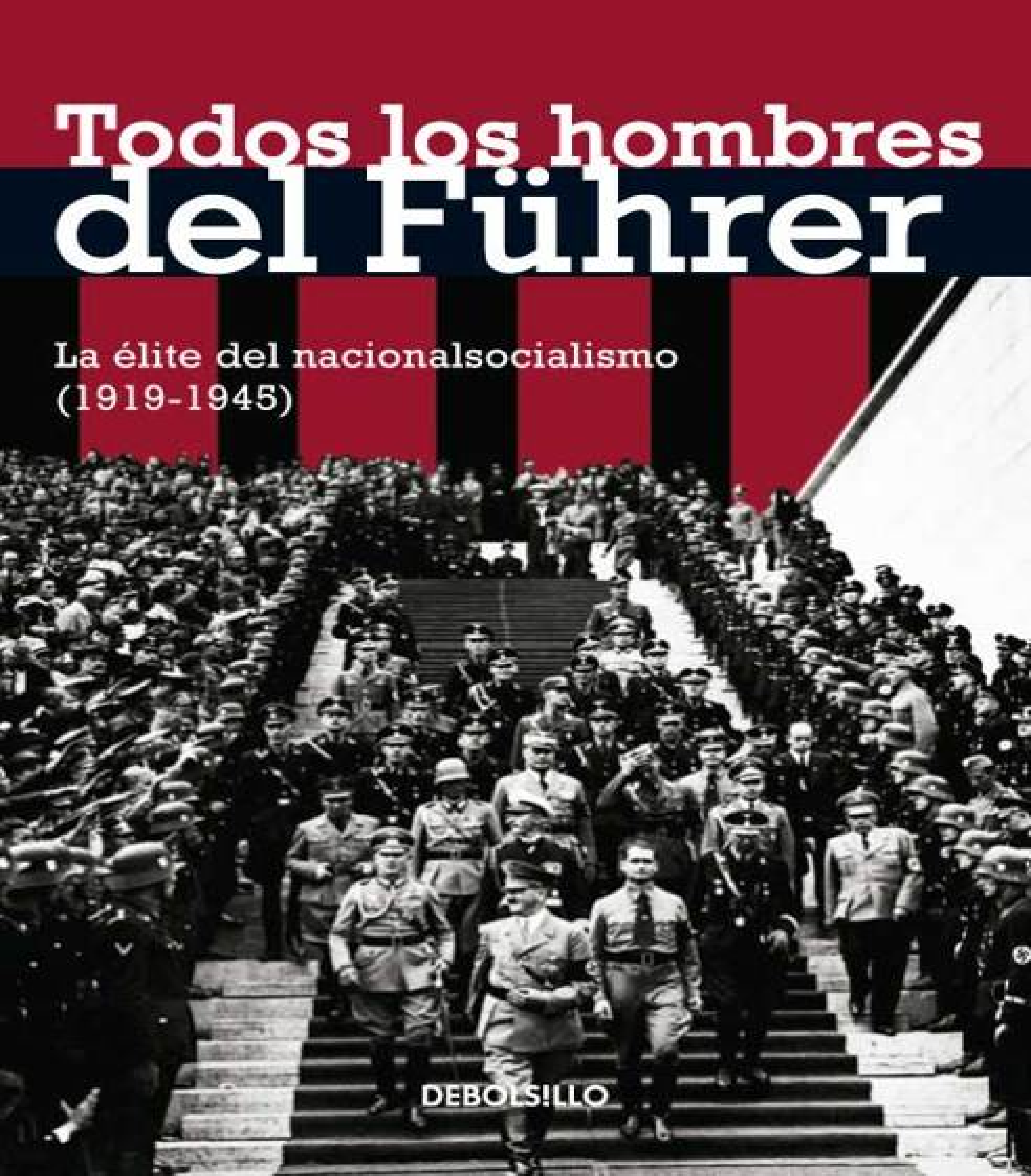
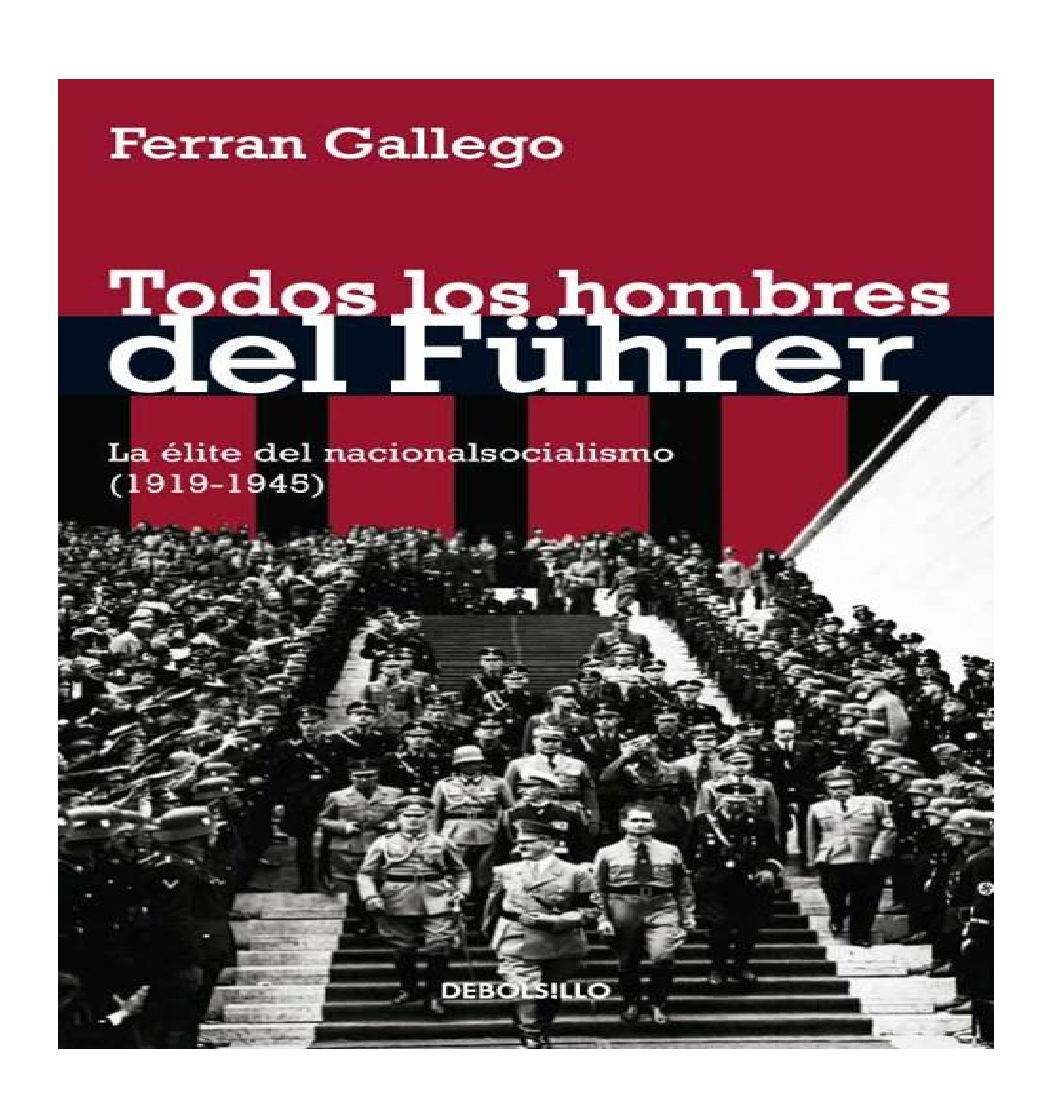
Ferran Gallego

Todos los hombres del Führer

La élite del nacionalsocialismo (1919-1945)



DEBOLSILLO


Ferran Gallego
Todos los hombres
del Führer
La élite del nacionalsocialismo
(1919-1945)
DEBOLSILLO

Índice

Todos los hombres del Führer

Ferran Gallego

DEBOLS!LLO

www.megustaleer.com

Para Carmen Bas.
Zum fröhlichen Ende.
Para la familia Lucchetti,
cuya amistad es «una scelta di vita»

Introducción
Alemania en otoño

El 17 de octubre de 1930, Thomas Mann se dirigió al público congregado en la Sala Beethoven de Berlín. Se trataba de una audiencia heterogénea, formada por personas que deseaban asistir a una velada literaria y por una mayoría que sospechaba otro sentido en las palabras del escritor, orientadas a una actualidad política afligida por preocupantes presagios de un desastre ya perfilado.[1] Entre los asistentes, ni siquiera faltaban los alborotadores convocados por el *Gauleiter* del Partido Nacional Socialista (NSDAP) en la ciudad, Paul Joseph Goebbels, nombrado cuatro años antes por Adolf Hitler para conquistar la capital del Reich o, por lo menos, para dejar constancia de una presencia junto a la que habían impuesto los partidarios de la coalición de Weimar, socialistas, demócratas y católicos del Zentrum. Mientras éstos gobernaban la ciudad y el *Land,* el creciente poder del Partido Comunista de Alemania (KPD) se mostraba en la ocupación de las calles, habiéndose convertido no sólo en una fuerza capaz de mantener una presencia visible que expresara un poder paralelo, alternativo, al de las instituciones, sino que había conseguido también una influencia electoral que le llevaría a rebasar a la socialdemocracia en los distritos de la capital del Reich, como sucedería en las últimas elecciones libres celebradas, en noviembre de 1932.[2]

A Thomas Mann podía molestarle la presencia de los nazis. No sólo estaban poco dispuestos a escuchar lo que tenía que decir el escritor. Sobre todo, deseaban impedir que Alemania oyera una voz indiscutiblemente

propia, articulada por quien, en plena madurez vital y productiva, se había acreditado como el mejor novelista del país y había obtenido un reconocimiento internacional que se fijó en la concesión del Premio Nobel en 1929. Pero esa molestia no puede confundirse con el temor. Ocho años atrás, en ocasión del homenaje tributado a Gerhart Hauptmann, ya había tenido ocasión de enfrentarse a los jóvenes nacionalistas, poco pacientes ante su petición de superar la absorta pesadumbre de la derrota, incitándoles al descubrimiento de una Alemania profunda y libre en las horas difíciles.[3] Sin embargo, en 1922, el «Es Lebe die Republik!» con el que acababa su exposición saludaba a un régimen aún prestigioso, reciente, impulsivo, capaz de obtener el apoyo de los escépticos iniciales, de los llamados «republicanos por la razón» con el que los reformistas del viejo *Kaiserreich* se habían adherido a la República. Un régimen con recursos para quebrantar el ánimo de la extrema derecha, ya que fue ese gran acuerdo nacional, más que el simple ejercicio del poder represor del Estado, el que hizo fracasar el *Putsch* hitleriano de noviembre de 1923. Pero habían pasado años y penurias cuya capacidad de erosión sobre las esperanzas iniciales de una democracia se mostraron demoledoras. Cuando habló en la Sala Beethoven en 1930, Thomas Mann debía hacer algo más que reprender a algunos exaltados fuera de lugar. Era consciente de que él mismo —y con él todo lo que representaba, la fibra esencial con la que había fabricado el tejido social de la tolerancia y del espíritu ilustrado— estaba a punto de precipitarse en una catástrofe. La mayor de sus vejaciones era que el desastre iba a producirse en nombre de la «auténtica» Alemania, enmascarado tras la defensa de la nación verdadera, algo que sólo podía acarrear la dificultad de continuar siendo alemán cuando la embriaguez hubiera terminado y llegaran los efectos más amargos de la derrota militar, la humillación política y la pérdida de la propia estima por la inmensa clausura moral del

exterminio. ¿Cómo recuperar el nombre de Alemania entre unos escombros que no eran sólo las casas destruidas, sino el propio carácter, la razón de ser, la identidad de una cultura reducida a una monstruosa depravación que había falsificado su personalidad?

El patriota Thomas Mann percibió que, como estaba sucediendo en otras partes de Europa, lo que estaba quedando «fuera de lugar», en una penosa excentricidad, era precisamente aquello que las personas de su talante y educación representaban, todo lo que había tratado de convertir en algo más que en una propuesta estética, para hacerla una reconciliación entre la belleza y la moral. Esa tarea de demolición de la tradición se hacía empuñando el nombre de la autenticidad, de un movimiento palingenésico destinado a una forma de retorno a los orígenes verdaderos, traicionados por el racionalismo y el liberalismo, por el marxismo y la vanguardia artística, por el pacifismo y el reconocimiento de que una sociedad es conflicto articulado, no un cuerpo homogéneo, cuya pluralidad pasa a comprenderse como la presencia de un agente exterior o la degeneración de alguno de sus órganos. Desde posiciones que ni siquiera se identificaban totalmente con el nazismo, sino con el sentimiento de pérdida experimentado por el hilo de penurias que habían ido desmoralizando al país, se decía proteger una civilización construida por generaciones de una élite de *Dichter* y *Denker*, de poetas y pensadores, pero también de fabricantes y organizadores de la política, de teóricos del Estado de Derecho y defensores de las condiciones de vida de los trabajadores, de dirigentes empresariales con un concepto utilitario de la existencia, capaces de llevar adelante la racionalización industrial iniciada en los últimos años del *Kaiserreich* y puesta a prueba en la *Betriebsgemeinschaft* de la Gran Guerra. En nombre del *Volk* se obstruía esa trama popular construida con lentitud, con perseverancia y con respeto por los derechos del individuo, por lo menos con la aceptación de una

declaración inicial de los mismos, heredada del equilibrio entre cosmopolitismo y patriotismo que caracterizó a los pensadores que se expresaron desde la liberación del pensamiento en el siglo XVIII.

Walter Benjamin nos indicó que la historia se capta realmente en los momentos de peligro.[4] El otoño de 1930 presentaba un riesgo perceptible sólo en algunas anticipaciones, que difícilmente permitían sospechar la aterradora catástrofe que se cernía sobre el mundo, ataviada precisamente de la imagen de su voluntariosa transformación, del dominio sobre la materia, del progreso comprendido por la imposición del poder de una cultura superior, de lo que normalmente nos hemos acostumbrado a llamar «progreso».[5] Una fractura que actuaría como un gran interruptor moral, un increíble proceso de degradación histórica que aniquilaría la imagen convencional de la evolución hacia delante, la mejora permanente de las condiciones de existencia, la imparable humanización y el crecimiento paralelo de la riqueza y la cohesión social. Ante el observador superficial, en una fase de esplendor cultural sólo podían presentarse los indicios contingentes, indescifrables, los síntomas que sólo pueden ser traducidos correctamente por quienes poseen el genio de contemplar la intimidad de los procesos históricos, de quienes se atreven a mirar al abismo y a narrarlo, sin preocuparles la advertencia nietzschiana que nos recuerda que el abismo también contempla a quien lo observa. En las elecciones de septiembre de 1930, precipitadas por la decisión de la derecha de negar su confianza al gobierno socialdemócrata de Müller, se había producido un hecho que portaba en sus entrañas el contenido de ese futuro previsible aún a tiempo de ser evitado: el NSDAP consiguió el apoyo de más de seis millones de ciudadanos y pudo colocar a 107 militantes en el Reichstag, convertido en el primer partido de la derecha y dispuesto a ser una baza indispensable para cualquier estrategia de destrucción de la República de Weimar. Cuando

el peligro acecha con menor envergadura, la estatura de los intelectuales se pone al mismo nivel que su obligación ante la sociedad. Cuando ese mal aparece con el atavío de una posible liberación, cuando sirve para consuelo de una atmósfera de sufrimiento, alentando como una esperanza que exige la renuncia a la razón y el despojo de las actitudes morales, el hombre es puesto especialmente a prueba. Como había de indicarlo Elias Canetti en sus memorias, «habida cuenta de las cosas que se auguraban, nadie tenía el derecho a sentirse privilegiado; no era el peligro de *uno*, sino el de todos. Percatarse de aquellas cosas y hablar sobre ellas no era ningún mérito; lo que importaba era *verlas con lucidez*, sólo eso, pero era precisamente lo más difícil de lograr».[6] A un Thomas Mann de una edad avanzada para los criterios de la época era obvio que no le faltaba la lucidez, a diferencia de lo que ocurría con tantos académicos, científicos y escritores que no daban importancia a lo que pasaba o, acobardados por el hundimiento político y social del país, dispuestos a dejarse envolver por la fascinación de la propuesta de «autenticidad comunitaria», de regeneración espiritual a través de la regeneración racial que contenía el proyecto nazi. Nadie se habría atrevido a reprocharle una inteligencia defectuosa a Thomas Mann. Pero a aquel hombre pulcro, atildado, atento a sus orígenes de clase, desdeñoso de la mediocridad intelectual y poco propicio al populismo de algunos de sus compañeros, tampoco le faltaba el coraje. En especial, no carecía de ese arrojo discreto y, al tiempo, enérgico: esa valentía de los hombres que se saben extraordinarios, pero que sólo ven en ello el resultado del esfuerzo y el origen de una responsabilidad. Esos hombres que, como Chesterton, sólo comprenden lo que significa la palabra «libertad» cuando la ven unida a la dignidad.[7] Quizás se trate de la actitud opuesta al heroísmo tal y como lo habían de ver los nazis precisamente, partidarios de la inmersión del individuo en un proyecto que le concedía entidad gracias a su renuncia al

mundo privado que había dejado de existir, a la esfera de la conciencia que había desertado del individuo para encaramarse al gigante anónimo de la comunidad. No era ese tipo de heroísmo, sino la humilde y simple decencia, como la de aquella Antígona que, frente a Creonte, no temió pensar de una forma distinta a como lo hace la mayoría de sus conciudadanos, dando origen a una forma de comprender la sociedad, los límites del poder y la malversación de fondos morales que se utilizan como coartada frente a la libertad, que ha convertido su figura en un clásico reiterado.[8]

El autor de *La montaña mágica* estaba levantando un acta de acusación en la forma en que éstas suelen presentarse en el tribunal de la Historia, cuando los papeles de los verdugos y las víctimas se amalgaman en las actitudes peor clasificadas de la ética. No sólo cuando la complicidad con la usurpación adquiere la forma de un farsante desconocimiento, no sólo cuando se simula que las cosas no pueden ser de otra manera, sino también cuando tal usurpación es contemplada como una condición excepcional necesaria, cuya responsabilidad queda atenuada por el fragor de las circunstancias. Acostumbrado a ser el juez de su clase, el delator de su medio, el que ha tirado la primera piedra contra los peligros del *Innerlichkeit*, del ensimismamiento que cree poder recluirse en el alivio de la salvación individual, el crítico de una burguesía a la que exige que tome las riendas morales del país no puede ser juez sin ser, además, parte. Porque es exigente: pide que la burguesía recurra a su propia experiencia, a las raíces que un hombre como él cree que pueden separarse de la organización de la sociedad que dará paso al fascismo sin quebrantar el sistema de organización de la economía que puede convenirle. Pide que esta clase social a la que pertenece, enorgulleciéndose de su herencia, de su localización en la patria de la libertad y el racionalismo, vuelva a cumplir en un momento en que se la requiere. Que vuelva a ser el impulso del espíritu

y de la autonomía del individuo. Pero, para disgusto del público que estaba dispuesto a escuchar a uno de los suyos, Thomas Mann comprende que, en las circunstancias de 1930, ese llamamiento a la burguesía tiene que ir acompañado de algo más que de una simple enunciación de su pasado o, en cualquier caso, de una analogía. Si en el siglo XIX la burguesía se alió con las clases populares para izar la bandera del liberalismo, esa misma enseña solamente podía mantenerse defendiendo la República de Weimar en compañía del partido más fuerte y más inclinado al pacto social de la clase obrera, la socialdemocracia. Solicita, cuando el tiempo ha mostrado el desastre de cualquier alternativa, dar una oportunidad al SPD, que se establezca de nuevo la *Bürgerfrieden*, la unión patriótica. Esta vez, contra los falsos patriotas que conducen a Alemania a negarse a sí misma con la excusa de afirmarla. Thomas Mann no puede relatar sin establecer un testimonio, no está dispuesto a describir sin proponer una advertencia. Opta por lo que corresponde a lo que él cree su deber, a lo que siempre ha tomado como su función, al margen de un simple creador de ficciones afortunadas, para ser un intelectual que utiliza las armas con las que el genio le ha dotado: su penetrante visión de la realidad completa y compleja, la materia verbal para expresarla y la solvencia ética para desplegarla ante sus avergonzados conciudadanos.

Por ello, frente a un público que le escucha con sarcasmo o con temor, propone un código de conducta como cortafuegos contra el incendio que está prendiendo en Alemania: levanta un repertorio de normas superiores establecidas sobre su propia herencia social. Mann nunca intenta asumir un lugar social que no es el suyo ni por origen ni por vocación. Orgulloso de la función que su clase ha determinado en el desarrollo de la cultura nacional, Mann reclama a la burguesía que regrese al territorio de la razón para oponerse al arrebato emocional que cancela la trama de la convivencia y se

emborracha en los trámites de un crepúsculo moral que enarbola el horizonte desde la petrificada Tierra Prometida que el nazismo promete al pueblo designado para imponer su destino. Se trata de un atractivo peregrinaje depurador, un deambular sonámbulo en el que los esclavos se saben llamados por el Creador a cumplir su tarea, en que se restauran los lazos de fraternidad quebrantados por la modernización, en la que es tan fácil descubrir la pureza propia de la comunidad como el defecto pernicioso de los ajenos responsables del sufrimiento popular. El sueño de la *Volksgemeinschaft* en nada corresponde al ejercicio de emancipación que han propuesto los teóricos de la modernidad, sino que es una perversión acuñada en su misma ceca, falsa moneda con su mismo aspecto de llamada al progreso, a la libertad colectiva, a la integración solidaria, a los derechos del pueblo, al sentimiento de pertenencia anulado, a las tutelas sociales abolidas. El precio de su cumplimiento es, precisamente, invertir los valores que desea copiar, como el precio de la falsa moneda es anular el valor de la auténtica: su sentido es obtener un mundo de aparente armonía que sitúa cada forma de disidencia como defecto, cada expresión de desacuerdo como una infección del organismo nacional, cada conflicto como herejía que pone en peligro la virtud del pueblo, todos ellos, elementos que superan el debate político para proponer la defensa radical que sugiere el nazismo: la *Ausmerzen*, la extirpación de quienes han sido clasificados previamente como ajenos, la *Vernichtung,* el exterminio, considerado como el desenlace feliz, la «solución final» de un proceso que ha empezado expresándose en reclamaciones de carencia de ciudadanía alemana para quienes no comparten estas pesadillas, y que habrá de certificarse en la edificación de los espacios de marginación que el Tercer Reich construirá desde sus inicios.

Para Thomas Mann, esa sublevación de los instintos, donde la

desesperación se disfraza de esperanza y la soledad se refugia en la exclusión racial, es algo diferente al alzamiento político de los trabajadores, para exhibirse con la violencia física y la decrepitud moral de una orgía de lo plebeyo. El *Discurso alemán,* que subtitula *Un llamamiento a la razón*, hace algo más que ofrecernos el diagnóstico de una sociedad enferma, que confunde su delirio con la lucidez y que se trastorna creyendo disfrutar de una envenenada eternidad en los ejercicios funerarios de los himnos de la militancia fascista. Ésta, que ha sido hasta entonces una minoría, ha aprovechado algo más que la quiebra institucional de un régimen: se ha encaramado en la crisis de confianza en valores asentados durante dos siglos. Tal peligro, que nada tiene que ver con un simple cambio de gobierno, sino con una renuncia a lo alemán en nombre de Alemania, es lo que llega a desesperar a un patriota como Mann. Su voz, a pesar de los esfuerzos por acallarle, consigue leer el alegato, que es una prescripción, un juicio político y moral que contiene las instrucciones para su uso programático. Pide algo posible aún: un compromiso histórico entre la burguesía liberal y la socialdemocracia, desbrozando de recelos ideológicos el encuentro en beneficio de una tarea de civilización, de reconquista del mundo asediado por lo que nada tiene que ver con la esperanza prometida, con la emancipación por obtener, con la gran reconciliación que hará renacer a los alemanes de su orgullo calcinado en 1918. Ya han hecho sacrificios inmensos para renunciar a sus elementos de identidad diferenciada. Ya pueden aceptarse como compañeros de un viaje que quiere evitar la desembocadura en el final de la noche. Como representante de una clase que conoce bien «la aversión filosófica que la burguesía alemana experimenta ante el socialismo», Mann hace algo más que proponer un acuerdo táctico, circunstancial, para hacer frente al fascismo: reconoce el límite de un paisaje de la civilización, la fractura territorial que conduce al

precipicio y que exige un encuentro histórico entre las dos grandes opciones que deben constituirse, como fundamentos complementarios, a quien desea enfrentarse a ese nazismo que quiere presentarse como lo «auténticamente alemán», sin ser más que una patología, una pesadilla engendrada por una extraña mezcla de la desmoralizada generación salida de las trincheras y de los hombres sin atributos de la decadencia finisecular. El elogio de Stresemann no es un canto fúnebre a favor del pragmatismo chato y contra la grandeza de los rituales dionisíacos que están a punto de adueñarse del alma alemana. La defensa de la dignidad del reformismo socialdemócrata nada tiene que ver con la exaltación de una carencia de identidad, de un carácter liviano. Para Thomas Mann se trata, justamente, de defender el espíritu frente a la carne, la Alemania del pensamiento, de Kant, de Schiller, de Goethe, el verdadero idealismo, en una patria donde las apresuradas caricaturas de *Der Angriff* o los lodazales soeces de *Der Stürmer* construyen un vocabulario utilizando como material de edificación los escombros del lenguaje de la *Aufklärung*. La Alemania del espíritu que habrán de defender los hermanos Scholl y sus compañeros en 1943, a salvo de la corrupción generalizada que Mann ha anunciado una docena de años atrás.[9]

Probablemente, Thomas Mann deseaba explicarse ante sus oyentes no sólo como profeta de un peligro que acechaba a su país y a su cultura de una forma mucho más grave de lo que él mismo podía suponer. Deseaba hacerlo también desde la posición de fuerza que le otorgaba el reciente reconocimiento internacional a su obra y su propia exigencia de virtud ciudadana, considerando que su importancia artística le exigía levantarse con particular energía contra un movimiento que decía inspirarse en la fuerza del espíritu y presentarse en una escenificación dispuesta por un caudillo que se vanagloriaba de su «estilo», de su «identidad» política diferenciada, de su desprecio de lo común cubierto de un manto

comunitarista, de su rechazo de la experimentación artística acolchado bajo una protección estética: un Adolf Hitler que confundía las virtudes del *observador* de Poe o de Baudelaire con los delirios marginales de un artista frustrado, de un bohemio sin personalidad, ansioso por convertir su vacío en un arquetipo de poder artístico.[10] Lo que Hitler se considerara a sí mismo había de preocuparle muy poco a Thomas Mann, aun cuando, al dirigirse a los muniqueses en un homenaje al acto de recepción del premio Nobel, indicando que nunca habría de abandonar la capital bávara, no debiera agradarle saber que *La montaña mágica* se vendía menos que *Mi lucha*.[11] Le preocupaba de verdad ese sentimiento de rendición incondicional que podía observar en la burguesía alemana, así como la extraña dejación de perspectiva que desvelaban ciertas frivolidades nietzschianas de segunda mano en el círculo de George o en Benn. Nunca había apreciado mucho la validez estética del expresionismo, pero podía lamentarlo como guardia lírica pretoriana del nacionalsocialismo, con sus inclinaciones por una «autenticidad» esteticista inclinada a las situaciones de riesgo moral, o de entrega gozosa a la abyección. Ese riesgo podía preocuparle lo suficiente para dirigirse a su audiencia preguntándole si la exaltación de la orgía de los sentidos y la denuncia de la razón tenían algo que ver con lo alemán. Le preocupaba esa coartada ejercida por otros, pero en especial la que podían proporcionar su silencio y la interpretación de sus propias palabras. Había tenido que recordar en su homenaje a Hautpmann de 1922 que los estudiantes no podían esperar que repitiera exactamente lo que había dicho al escribir las *Consideraciones de un apolítico*, porque su existencia espiritual le impedía la petrificación irreflexiva. Debía enfrentarse, además, al injusto crédito que podía dársele por las inclinaciones decadentistas y esteticistas que se insistía en detectar en relatos como *La muerte en Venecia* o *Tristán*, que señalaban la predilección por la fuerza del espíritu y la

belleza frente al individualismo materialista y el sentido del deber productivo de su herencia familiar. No creo que la compasión de relatos como *Un instante de felicidad* o la decisión de los protagonistas de *La voluntad de ser feliz*, dispuestos a la muerte y al recuerdo para cumplir con las exigencias de su amor, puedan identificarse con lo que el nuevo nacionalismo alemán estaba entendiendo por «voluntad», como no creo que las tribulaciones de Gustav von Aschenbach ante la belleza encarnada en Tadzio pertenezca al mismo sistema solar que el culto a la fuerza escultural y la intimidación arquitectónica de las propuestas estéticas del nazismo. Sus constantes defensas de la República a lo largo de la década de los veinte rompían cualquier interpretación ambigua de una existencia tan prematuramente inclinada a hacer lo más difícil: no dejarse tentar por el demonio que podía ofrecer una «prohibición del amor» a cambio del poder de creación muy diferente a la que ofrecería el nacionalsocialismo.[12] Por otro lado, Thomas Mann no podía ignorar el hecho de haberse formado en una época de crisis que, a escala de todo el continente, había ido afirmando la decadencia de la burguesía que culminó en la Gran Guerra, algo que llegó a contagiarle y que infectó definitivamente a los intelectuales de la Revolución Conservadora. Un hombre tan exigente por comprender el papel que representaba en ese momento de engarce entre dos épocas no podía ignorar los motivos profundos que podían llevar a la burguesía a romper el contrato firmado con sus propias raíces espirituales. Mann defiende un atributo de la burguesía que es ahora, también, la del movimiento obrero socialdemócrata comprometido en la salvación de la República. Cuando Marc Fumaroli nos recuerda que la nobleza francesa del siglo XVIII era un mundo de libertad frente al despotismo, incapaz de convertir su sentido de la tolerancia en proyecto político, para creer que podría mantenerlo en la autonomía de las relaciones sociales;[13] cuando Benedetta Craveri nos indica

la forma en que la nobleza francesa del siglo XVII construye «un ideal de sociabilidad bajo el signo de la elegancia y de la cortesía, que contraponía a la lógica de la fuerza y a la brutalidad de los instintos un arte de reunirse basado en la selección y en el placer recíprocos»;[14] cuando el propio Goethe recuerda, tras describir una acalorada discusión en la que dos hombres pierden los estribos hablando de la invasión napoleónica, la súplica de la dueña de la baronesa a favor de las viejas costumbres que ponen por encima de todo los modales y la tolerancia,[15] quizás deba pensarse en un Thomas Mann que defiende los principios de esos rasgos apenas apuntados en los orígenes de la sociedad burguesa y a los que tan pronto iba a renunciarse en Alemania, a fin de cuentas los mismos que había advertido su hermano Heinrich en momentos menos felices de la relación entre los dos.[16]

Tales circunstancias se estaban dando en la misma capital del Reich, y en relación con una célebre obra de un escritor menos excelso pocas semanas después de que Thomas Mann abandonara apresurada y furtivamente la sala en la que había realizado uno de sus discursos más lúcidos y valientes. El 5 de diciembre, al día siguiente de la celebración de un preestreno, la Mozartsaal exhibía la versión cinematográfica de *Sin novedad en el frente*, de Erich M. Remarque.[17] Resulta dudoso que la obra tuviera el sentido que Joseph Goebbels intentaba otorgarle, tratándose de un libro que había exaltado la experiencia de la vida de las trincheras, para analizar solamente en sus últimos capítulos la soledad de un soldado que ha ido perdiendo a sus compañeros de promoción.[18] Sin embargo, el autor había roto, con sus referencias finales al desarraigo del protagonista y a su sensación de pertenecer a una generación perdida, justamente cuando el ritual conmemorativo del nacionalsocialismo hacía de la guerra —no vivida por muchos de sus votantes y militantes, pero sí recordada profusamente— uno

de los factores originarios que caracterizan a todos los movimientos de fe.[19] El boicot a la película correspondía a la ocupación física de Berlín que venía realizando el partido desde el nombramiento de Goebbels como *Gauleiter* a finales de 1926, que disputaba a los comunistas el espacio público berlinés.[20] Al boicot del día inicial, seguido de constantes manifestaciones nazis frente al cine en los días siguientes y a la propaganda triunfante de *Der Angriff,* siguió el encargo del ministro del Interior centrista Joseph Wirth, que concluyó con un dictamen de la comisión de censura que prohibía la película. Con orgullo, Goebbels pudo publicar en *Der Angriff* que el ministro del Interior prusiano había sido derrotado, mientras en una entrada en su diario el día 14 de diciembre podía escribir: «Somos, a ojos del público, los hombres más fuertes».[21] En cambio, los diarios de algunas personas preocupadas por el ascenso del nazismo no recogieron este hecho, aun cuando no dejaban de considerar lo peligrosa que era la cierta complicidad con que los miembros de sus círculos de amistades contemplaban al movimiento.[22] La ebullición artística de una ciudad en la que se estrenaban constantemente obras de teatro, cabarets y películas; donde, como recuerda Spender, la mayor parte de los intelectuales eran defensores doctrinarios de la izquierda más radical,[23] la actividad estética de la izquierda no se corresponde con una relación estrecha con la clase obrera, cuyos barrios no son frecuentados por esta burguesía radicalizada, lo que establecía una fatídica ruptura en la relación visual entre el «espectáculo» y la vida cotidiana de los trabajadores, que acrecentaba la descomposición del ligamen entre arte y política que, sin embargo, los nazis eran capaces de detectar en sus adversarios y de construir en forma de discurso y de «manifestación».[24] Quizás, en esos barrios obreros sólo podían escucharse, como lo recuerda Christopher Isherwood al comienzo de *Adiós a Berlín,* refiriéndose precisamente al

otoño de 1930, los silbidos de las prostitutas llamando a sus chulos: esa voz «tan desesperanzadamente humana» que no puede dirigirse a un turista atento, curioso, pero accidental.[25]

Mientras estos dos espectáculos complementarios se producían a pocos días de distancia en Berlín, las palabras de Thomas Mann cuando se pregunta «¿Qué tiene esto que ver con Alemania?» se mantienen mucho más allá del momento en que se pronunciaron. De hecho, resisten como un factor que puede absolver a una cultura con el riesgo de considerar a los nacionalsocialistas un factor que nada tiene que ver con ella, como se pretende que el fascismo es un breve paréntesis ajeno al ritmo generoso de la modernidad. A responder a esa pregunta de Thomas Mann está destinado este libro. Lo hace de una forma que debe explicarse para evitar su confusión como un mero gabinete de curiosidades, esos precedentes de los museos que abarrotaban las residenciales de los viajeros con animales fantásticos fabricados en los sótanos de los taxidermistas. Se trata de comprender un movimiento de época a través de la experiencia personal de quienes la vivieron y optaron por el nazismo. Esa aproximación a una experiencia personal que enlaza con el espacio público es la única forma que se me ocurre de entender un período histórico. Las trayectorias personales y los acontecimientos tienen una relación flexible, de direcciones múltiples, es una trama de conexiones que actúa en ambos sentidos, identificando los espacios, los tiempos, las ideas, a los colectivos y a los individuos. Las personas, como los dioses en los que se puede decidir dejar de creer anulando su existencia, eligen y son elegidas al mismo tiempo, ejercen su libertad y le ponen límites. Puede pensarse que se trata, en los casos en los que se elige una biografía, establecer un «contexto», como el pintor que intenta establecer una perspectiva que no deje a quien contempla

la obra en el vacío. Puede verse en ellos simples rugosidades de óxido humano colocado en la solemne marcha de los grandes acontecimientos. Procuremos evitar ambas perspectivas pues se trata de algo distinto. Si confesar las intenciones de un autor tiene siempre el riesgo de que el lector detecte con mayor facilidad hasta qué punto ha quedado lejos de su meta, ese peligro de descrédito es preferible al de la confusión desde el comienzo.

Se ha querido explicar el nazismo en su pluralidad, en una heterogeneidad que se acentúa a medida que se profundiza en él y que contrasta con su prestigio y su propia apariencia de movimiento y régimen monolíticos. ¿Qué mejor forma de tratar de hacerlo que señalando hasta qué punto los máximos dirigentes del partido y del Tercer Reich pudieron representar facetas distintas, que permiten explicar los cauces a través de los cuales diversos segmentos de la sociedad alemana se insertaron en un compromiso activo con el régimen? Ciertamente, se corre el riesgo de fabricar un arquetipo del que eliminemos las impurezas que no respondan a un propósito que tropieza con las inclemencias de los paisajes personales. Se tiene la ventaja, sin embargo, de compensar tal riesgo mediante la inclusión de tales condiciones en la propia explicación de una adhesión que corresponde al personaje del que hablamos, a veces en exclusiva, a veces como referencia de condiciones compartidas. Siendo imposible llevar adelante un registro minucioso de todas las motivaciones que llevaron a esa aceptación, utilización instrumental, tabla de salvamento personal, recipiente de esperanza o recurso utópico en una situación límite, repasando las condiciones concretas de millones de personas, nos es posible establecer una serie de campos que no clasifican rígidamente, pero establecen ciertas semejanzas, un parentesco político y emocional, un lugar histórico común constituido por varias zonas generales que, en cierta medida, cada uno de los dirigentes puede *representar*, sin que ello signifique que se identifica

con las circunstancias *exactas* de un número determinado de ciudadanos. Algo que sirve, además, para evitar que esta misma sociedad pueda mostrar una extrañeza posterior con respecto a quienes oficiaron, desde diversos ángulos de la fe, la ceremonia conjunta en la que todos creyeron, aunque por motivos distintos. Tampoco puede implicar este punto de partida que estemos hablando de circunstancias *contradictorias*, como el encuentro casual de unos viajeros que se resguardan de la tormenta en una posada, sin tener más en común entre ellos que el disgusto por las condiciones climáticas. Debe decirse que esa *pluralidad* del fascismo alemán fue mantenida sobre un factor más importante que ella: el reconocimiento de un proyecto común, de una utopía compartida, de una ideología que se consideraba la *propia de todos.* Lo que se plantea es solamente la manera en que ese mismo objetivo, para poder consumarse, había de obtener los dispositivos de la variedad de experiencias, de la diversidad de tradiciones que era capaz de empuñar, para permitir golpear en una sola dirección alimentándose de circunstancias sociales diferenciadas. De hecho, como siempre ocurre en la Historia, aun cuando tendamos a establecer criterios unitarios que sustituyen esa pluralidad en lugar de verificarla, en especial cuando pasamos a creer que la propia unanimidad solicitada a sus fieles por el nacionalsocialismo es una realidad tal y como su misma propaganda quiso hacer creer.

La aproximación biográfica ha tomado el título de la famosa novela de Penn Warren *All King's Men*, que los hábiles periodistas Woodward y Bernstein trasladaron a la conspiración de Watergate, aunque rebajando la majestad del título a la del presidente. Siguiendo su misma lógica, el *todos* no ha buscado el imposible criterio de *exhaustividad* sino la opción factible de la *selección*. En este caso, la arbitrariedad —el pariente pobre de la presuntuosa palabra «selección»— puede haber dejado a algún personaje de

interés al margen, como podría serlo el gobernador general de Polonia, Hans Frank; algún crítico de la izquierda nazi, como Otto Strasser; al responsable de la mano de obra esclava, Fritz Sauckel; al organizador del servicio de seguridad, Reinhard Heydrich, o al responsable del esfuerzo inicial de desarrollo técnico de la guerra, Fritz Todt. En todas las ausencias, sin embargo, creo que existe la compensación que puede encontrarse en una evocación impregnada de su lógica, como corresponde a una mezcla de Himmler y Rosenberg en el caso de Frank, o de Speer en el de Todt, mientras la izquierda nazi puede estar más o menos dibujada en las alusiones dedicadas a Otto Strasser en las actitudes ideológicas de las SA al hablar de Röhm, en las posiciones de su hermano Gregor en una fase de su carrera política, o en las mismas actitudes del fundador del DAP, Anton Drexler. En este caso, pues, la presencia es sustituida por la afinidad, por un mundo de recursos metafóricos en lo que parece más importante señalar tendencias generales que actitudes rígidamente delatoras de una personalidad irrevocable.

En ninguno de estos casos llamativos, en efecto, perdemos la cuestión fundamental que ha orientado el trabajo: descubrir a través de esas trayectorias diversas las facetas del tiempo de lucha (*Kampfzeit*) y del establecimiento en el poder del nacionalsocialismo, lo que suele llamarse el Tercer Reich, de una forma que fue cada vez menos usada por sus propios dirigentes. La aproximación biográfica nos permite llegar a jóvenes que fueron lo bastante mayores para llegar a la guerra, aunque no para esquivarla, como fue el caso del propio Hitler, de Göring, Röhm o Strasser. También a quienes no alcanzaron tal posibilidad, como Himmler, Schirach, Ley o Speer. En cualquier caso, ninguno de ellos pertenece a la generación que había madurado en el período anterior, en la época cuya inverosímil destrucción habían de describir con impecable nostalgia los novelistas

centroeuropeos nacidos con el suficiente recorrido en el período previo a la Gran Guerra como para deambular luego por los años anteriores al conflicto iniciado en 1939 como un espacio sonámbulo de la cultura europea, un lugar que no se reconoce ni en la nostalgia ni en la anticipación, sino en la pura y simple extranjería. Los nazis examinados, que representan las diversas maneras de acercarse al movimiento hitleriano, su infinita y deplorable trama de motivos, pudieron llegar a vivir el mundo del *Kaiserreich*, pero asociaron la destrucción de aquel recinto de seguridad, de valores bien asentados y de espacio personal con una clara delimitación: la revolución de noviembre y la irrupción ilegítima de la República de Weimar, que para ellos nunca supuso un mundo de sueños y de desengaño, sino un revelador de la propia identidad adquirida como oposición al orden político surgido de la derrota en la Gran Guerra. Su militancia fue un acto de apostasía de la autoridad civil a favor de una autoridad más alta, de un mundo que reclamaba su lealtad no tanto desde el pasado como desde la ilusión de una *continuidad saqueada*. No añoraban el Imperio caído, sino un futuro que no llegó a darse, con lo que su nostalgia adquirió el contorno de una ucronía, de un futuro a realizar que decidieron llamar su propia revolución. Su constitución afectiva, como tan bien lo muestran los diarios de Himmler entre 1914 y 1924, cuidadosamente diseccionados por Bradley Smith,[26] fue creándose en las condiciones de una alteralidad completa con respecto al mundo cuya frustrante realidad les había arrebatado su futuro. Vivieron alojados psicológicamente en esas condiciones de violencia íntima entre un mundo interior comprensible y un mundo real indescifrable, que se sumaron a la propia violencia política del período encajando a la perfección, aunque en formas distintas. Fueron, en este sentido, personajes congruentes con una generación que jugó la carta del fascismo a fondo, que lo hizo por la voluntad de millones de personas de todas las clases sociales. Fueron

congruentes con una sociedad que había experimentado la suma moralmente algebraica del inconformismo antimodernista de final de siglo y de la alternativa de un modernismo destructor que se fascinó con la potencia regeneracionista de la guerra, con el consuelo extraordinario de su heroísmo, con su persuasiva mecánica comunitaria, con su atroz autorización de la violencia. Fueron hijos de la generación que entró en crisis en el final de una fase expansiva y optimista del siglo XIX, que comenzó a mostrar en registros muy diversos de la experiencia cultural el temor a la decadencia y a la degeneración, la nostalgia de la aventura y del heroísmo, para proyectar tales intuiciones en la experiencia de masas de la Gran Guerra. Sin ella, la mayor parte de experiencias sociales que hemos conocido en el siglo XX habría tenido una tonalidad distinta, desde luego. Pero quizás el fascismo y sus innumerables variables europeas fue un elemento privilegiado en esta realización de masas de un movimiento aparecido, dentro de los márgenes del Antiguo Régimen, como un rosario de inquietudes que sólo la experiencia de socialización de las trincheras había de corroborar o pervertir, extendiéndola en una inmensa marea de contaminación que asumió valores normalizados en el campo de batalla, y que las generaciones que no habían tomado parte en ella habrían de extender a los más jóvenes mediante los rituales de conmemoración.[27]

Por ello, contemplar trayectorias tan distintas nos permite entender algunos aspectos centrales del movimiento y, en especial, su inmensa porosidad, su capacidad de reproducir, como un espejo perverso y deformante, la propia realidad a la que se asomaba, para contemplarse, la sociedad alemana de su tiempo, con sus rostros diferentes o con las diversas maneras de desfigurarlos en expresiones distintas. Podemos hacerlo aproximándonos al entusiasmo desencajado de un ideólogo místico como Goebbels o un modernizador ansioso de la eficacia del sistema productivo

de guerra como Speer; un estratega pragmático como Strasser o un antisemita soez y simplificador como Streicher; un minucioso organizador del Estado racial, de la esclavitud y del exterminio como Himmler o un tenaz organizador de la neutralización de la clase obrera como Robert Ley; un nostálgico de la comunidad social *Völkisch* como Drexler o un individuo inmerso en el espacio de sociabilidad violenta de los excombatientes, como Ernst Röhm. Todas estas formas de aproximación al movimiento —o de abandonarlo en momentos y rupturas de distinta intensidad— nos proporcionan las áreas de explicación indispensables para comprender ese poliédrico artefacto de integración radical y de exclusión no menos completa que fue el nazismo. Esa paradójica mezcla de modernización y arcaísmo, de ruralismo e industrialización acelerada, de antisindicalismo y obrerismo, de sentimiento de pertenencia y de exclusión, de identidad y de alteralidad, de apariencia de Estado absoluto y de caos poliárquico que funcionaron hasta pocos meses antes de su extinción, justo cuando iban definiéndose los rasgos más homogéneos en su consumación y la autoridad política que los administraría.

Como el propio Hitler, estos personajes sólo pudieron llegar al escenario de la Historia de la mano de la catástrofe de la Gran Guerra y de la crisis de la democracia. Pero fueron ellos quienes organizaron y representaron las distintas maneras en que la sociedad alemana se comprometió en hacer que ese gesto voluntario, esa opción entre otras, adquiriera la farsante forma de un acto providencial o de un destino heroico, según cual fuera la sensibilidad religiosa de quien lo aceptara. Lo era, en cualquiera de sus dos aceptaciones, para los creyentes y para los paganos, para los sanos y para los defectuosos, para los *Volksgenossen* y los *Gemeinschaftsfremde*. Todos ellos consiguieron brillar solamente a través del carácter de catalizador que poseía la persona del Führer, pero también lo es que sin una línea de

continuidad con sectores que no eran viejos combatientes del partido, que incluso lo habían perseguido desde la policía de Weimar, el Reich no habría sido posible.[28] Contemplándolos de cerca, uno puede considerar la forma en que Chateaubriand se excusaba ante los lectores de sus memorias al acabar la etapa dedicada a Napoleón, indicando que, desaparecidos los grandes hombres, sólo nos quedan los acontecimientos.[29] Pero la comparación es, además de su habitual carácter odioso, inconveniente. Hitler transmitió a su élite el poder, pero no la gloria. Tuvo los secuaces que corresponden a un jefe de banda, no los discípulos que pueden atribuirse a un mesías. No selló entre su pueblo y la Historia o la Divinidad un proyecto de progreso universal, sino la esclavitud y el exterminio para los ajenos, que favorecía y aseguraba la libertad mezquina y fraudulenta de los propios. Les marcó con la línea de sombra de una agonía crepuscular que quiso solemnizarse en un majestuoso *Götterdämmerung* cuando su derrota de casta era inevitable, pero no propuso una aurora universal que entornara la noche de los pueblos y proporcionara a todos la incorporación de sus derechos. Los convirtió en maestros de obras de una nueva comunidad de destino, pero su arquitectura distinguía entre el *ser* como *habitante* de la sociedad racial y el *no ser* de los asociales, localizados en espacios de reclusión, en un *no habitar* verdaderamente, *Untermenschen* que habrían de constituirse en un permanente recordatorio de la superioridad del pueblo elegido, en su fuente de recursos materiales y en su espacio simbólico de libertad pervertida.[30] En un amplio abanico que recoge al oportunista de inteligencia poco común como Speer, al matón antisemita como Streicher, al místico que confiesa que poco le importa en qué creer mientras crea en algo intensamente como Goebbels, al fervoroso creyente al que repugna la violencia como Rosenberg o al creyente de teorías muy similares dispuesto a realizar el exterminio como Himmler; en ese espacio común, la percepción de la

sociedad hitleriana recoge todos los registros de un sistema planetario que necesita girar en torno a un centro de gravedad para mantenerse en orden, pero que es incapaz de dotarse de más objetivo que el de su propia realización. Las contradicciones entre estos individuos no sólo no debilitan al régimen, sino que permiten que evite el pluralismo formal para constituirlo como heterogenidad antidemocrática, desplazando el conflicto a un combate entre la comunidad y sus enemigos esenciales. En todo lo demás, el examen de estos perfiles, estas breves evocaciones, nos conducen a averiguar lo frágil y, sin embargo, asombrosamente duradero del engranaje nacionalsocialista, antes y después de la captura del poder.

Comprenderlo significa, sin embargo, contextualizarlo, aunque, como se ha dicho, esa contextualización busque una lógica ambiental, un significado imprescindible de la época, más que un decorado secundario que conceda relieve a los protagonistas. Acercarnos a estas personas con la ventaja de la distancia, con la extraordinaria validez de conocer la consumación del proyecto, pero con la necesidad de evitar cualquier anacronismo, que nos impida comprenderlos y, más que eso, entender por qué llegaron a disponer de esa cultura alemana que aterrorizaba a la extrema derecha francesa con sus *mauvais maîtres* influidos por el pensamiento de la Ilustración. Esa otra Alemania a la que Mann trató de movilizar, a la que quiso luego representar, a la que dignificó recordando dónde se encontraba, de la misma forma que Benjamin y Zweig decidían que su vida carecía de sentido cuando parecía segura la victoria de Hitler. Goebbels no podía comprender en 1945 un mundo sin el nacionalsocialismo. Para Thomas Mann no era el mundo, sino su Alemania, esa cultura y esa civilización arrebatadas que, en sólo veinte años, pasó de los edificios de la Bauhaus a levantar los complejos de Auschwitz o Chelmno. Los hechos corresponden a la voluntad de los individuos en condiciones sociales adecuadas, en situaciones límite que

ponen a prueba una cultura, un pueblo, una élite, el concepto mismo de la modernidad utilizada para provocar el exterminio.[31] Sobre el escenario de aquellos años decisivos, algunos hombres desempeñaron su papel con la vocación del artista que crea y comunica, que *interpreta* en el sentido hermenéutico y teatral de la palabra, que *actúa* en el escenario de su tiempo. A esa pista de acontecimientos, modificada por los gestos y las palabras, moldeadora del verbo y de la acción, habremos de referirnos en primer lugar: los acontecimientos habrán de adquirir sentido, las masas habrán de tener significado para que los individuos, perpetuos circuitos donde el mundo adquiere su energía, lleguen a comprenderse.

«¿Qué tiene que ver todo esto con Alemania?» se preguntaba Thomas Mann y se lo preguntaba a un público poco amable. La pregunta contiene la negación. El historiador, al que corresponden menos las advertencias que el examen de los procesos ya realizados, tiene que responder con un *todo* que no significa, en lo que afecta a los alemanes de años de entreguerras, *todos*. Por eso se ha comenzado por señalar a quien supo ponerse frente a la catástrofe sin ser escuchado, como podíamos referirnos a esos millones de electores que optaron, incluso en las condiciones desesperadas de marzo de 1933, por seguir fieles a la socialdemocracia o que se inclinaron por dar apoyo a la resistencia del KPD. Pero lo que ocurrió no sólo «tiene que ver», sino que incumbe a Alemania, como el fascismo incumbe a Europa. El historiador, ante la pregunta de Mann, tiene la tentación de responder *todo*, en un sentido distinto al que excluye la determinación libre del futuro de las personas, su propia voluntad individual, que tantas veces les llevó a negar, antes de 1933 o después de aquella fecha. Es un *todo* que se refiere a la congruencia histórica entre el nacionalsocialismo y Alemania, precisamente para acentuar que podía haberse tomado otro camino y que el nazismo fue el resultado de una opción. De la opción de personas como todas aquellas

en cuyo mundo va a entrarse, cuya peripecia vital va a ofrecerse a la manera de memorables ejemplos de esa pertenencia voluntaria, no fatídica. Esa Alemania que inició una estación con apariencia letárgica, un otoño moral pero productivo, atareado en su apariencia de transformación, de mutación vital, de tiempo en suspenso que asiste a una modificación de todos los recursos con los que hallamos nuestro significado social, que interrumpe la respiración y parece encerrarnos en un paréntesis excepcional. Pero esa Alemania que tenía que ver con el nazismo no asistía a un final decadente, no lo vivía como una expiación ni como una agonía, algo que acertaron a descubrir quienes lo padecieron como víctimas del proyecto. El nazismo llegó, de la mano de quienes lo dirigieron y de quienes se acercaron a él, como el símbolo y la carnalidad, como el ritual y la experiencia de una liberación definitiva. Quizás en ello resida la sustancia que más aterró a Thomas Mann. Quizás en su mezcla de esperanza social de los castigados por la crisis, tecnocracia habilidosa de los poderosos y puesta a prueba más alta de la modernidad consista la imposibilidad de apartar la mirada de su triunfo, sesenta años más tarde de que se volaran las cámaras de Auschwitz.

1
Anton Drexler
La edad de la inocencia

En la sección de Colecciones Especiales de los archivos de la Universidad de California, Los Ángeles, se encuentra una pequeña nota manuscrita que dice: «Nada para mí, nada para mi partido, todo para mi pobre, mi desacreditado pueblo». Está fechada el 25 de febrero de 1921 y lleva la firma de un cerrajero que trabajaba en los ferrocarriles de Munich, Anton Drexler.[1] En aquel momento, Drexler disponía ya de cierto prestigio en los ambientes nacionalistas de Baviera, al ser el máximo dirigente del Partido Nacionalsocialista, convertido en la principal organización política muniquesa, circunstancia que, muy poco tiempo después, habría de variar para hacer del NSDAP el partido de origen *völkisch* más importante de Baviera, antes que el *Putsch* de noviembre de 1923 lo situara en la ilegalidad y la incertidumbre. Sin embargo, a los pocos meses de redactar esta emotiva anotación, Drexler hubo de dejar, como lo hizo buena parte de la vieja guardia, la dirección del partido en manos de Adolf Hitler, que en el siguiente verano había de aprovechar una profunda discrepancia estratégica en el seno de la organización para imponer formalmente lo que ya era una situación de hecho: su liderazgo absoluto al frente del movimiento.

Como otros personajes de aquel ambiente muniqués que permitió el inicio de la carrera de Hitler,[2] Anton Drexler aparece con la difuminada apariencia del precursor, una función que no sólo tiene las virtudes que se espera observar en aquellos sin los que el Führer nunca habría llegado a

disponer de un espacio propio de realización de sus ideas, una imprescindible primera plataforma desde la que lanzarse a la política, desde la precaria posición que ocupaba como propagandista en el ejército, dudando aún si establecer un partido político propio pero conocedor de su nula experiencia y de su carencia de virtudes organizativas para hacerlo.[3] Drexler y el puñado de personas que fueron decisivas para este paso aparecen, no sólo en la peculiar hagiografía del NSDAP, sino también en una buena parte de los estudios académicos y de la ingente literatura de divulgación sobre el tema, como unos mediocres artesanos incapaces de resolver los obstáculos de su trabajo. Ni siquiera adquieren esa dignidad del científico al que se le reconoce haber entreabierto una puerta sin cuyo esfuerzo inicial permanecería clausurada o ignorada para el genio que rinde homenaje a sus precursores como algo más que unos torpes antecedentes de los que hubo de desembarazarse. Porque, sin duda, ésa ha sido la imagen que la historiografía del partido nazi en sus momentos de conquista del poder, pero también buena parte de la académica posterior a la guerra y casi toda la que divulga un tema de tanto interés popular, ha trasladado a los lectores. Algo que tenía el interés de reforzar un aspecto esencial del mito de Hitler, como verdadero creador de una novedad, líder que sólo debía su genio a ese ambiguo acreedor intelectual que es el destino, hábilmente combinado con lo que debería ser su antagonista: la fuerza de la voluntad. En esa fuerza del mesías esperado como redentor del pueblo escogido, sólo podían aceptarse precedentes, nunca maestros. Y, más bien, quienes habían orientado de forma equivocada el trabajo por realizar, aunque dotándoles de la honestidad suficiente como para justificar la inclusión del propio Führer en el primer Partido Obrero Alemán. Poco le habría costado, en caso contrario, considerarlos más herejes que compañeros insuficientes, defectuosos personajes destinados a que brillara con mayor potencia la luz

del verdadero inspirador del movimiento de liberación de la comunidad popular. Para el movimiento *völkisch*, esa esperanza era algo tan asentado que no sólo resultó fácil mantener esa leyenda, sino que ni siquiera los verdaderos forjadores de la inclusión de Hitler en el movimiento se atrevieron a modificarla, por el temor a separar el nazismo de esa raíz que le permitía enlazar con la esencia de la germanidad.[4]

Lo que, en el caso de Hitler, es la necesidad de un mito, en el de Drexler y sus compañeros, combatientes veteranos del nacionalsocialismo, es el ultraje de una caricatura. Esa caricatura que, como todas, tiene que conservar un parecido con la realidad para resultar creíble, fue alentada desde muy pronto por el propio Hitler, cuando dictó sus recuerdos para el primer volumen del *Mein Kampf* a su compañero de prisión en Landsberg, Rudolf Hess. En el capítulo dedicado al Partido Obrero Alemán, se empleó con una especial aspereza a denunciar las condiciones del partido en aquellos momentos como algo «horrible, sencillamente horrible, sólo se contaba con fe y buena voluntad».[5] Los esfuerzos realizados para desmentir esta situación fueron convenientemente silenciados, como ocurrió cuando el presidente de la Sociedad de Thule publicó un libro con el expresivo título de *Bevor Hitler kam* —antes de que llegara Hitler—, que insistía en la existencia de un amplio movimiento y un numeroso grupo de personas que habían estado trabajando en ideas propias y no sólo preparando el terreno al Führer.[6] El propio Drexler, como es sabido, escribió dos textos para modificar la versión de los acontecimientos que se habían consagrado, uno en 1935 y una carta al propio Führer redactada en 1940 que no llegó a enviar, a la espera del final de la guerra, y en la que le reprochaba que se adjudicara la redacción del programa del partido, cuyas notas iniciales habían sido redactadas por Drexler en varias tentativas previas al redactado final, que realizaron conjuntamente.[7] Sin embargo, la realidad es mucho

más que una disputa de primogenitura, que no deja de ser uno de los mitos fundadores de nuestra propia cultura judeocristiana y que aparecerá en otros fascismos, como en el enfrentamiento entre D'Annunzio y Mussolini, entre Doriot y Déat o entre Ramiro Ledesma y José Antonio Primo de Rivera. En política, y en especial cuando el liderazgo carismático es un elemento que define la calidad de un proyecto político, el reconocimiento de los antecedentes tiene mucha menos generosidad que en la ciencia, en la literatura o en el arte. La mejor originalidad parece ser, precisamente, la capacidad de mejorar la materia encontrada, no el hallazgo de una sustancia reservada a la contemplación del elegido. El sagaz periodista Konrad Heiden, refiriéndose en los años del Tercer Reich a esta situación, indicaba, precisamente bajo el título de «un fundador olvidado», que Adolf Hitler había heredado de Drexler mucho más que un pequeño grupo organizado en torno a unas rudimentarias ideas que mezclaran vagos sentimientos socialistas y una profunda inclinación por el nacionalismo antisemita. Había adquirido su «ingenua confianza en sí mismo y su fe ardiente».[8] Es más discutible su afirmación acerca de la trayectoria semejante de ambos personajes, que nos apartarían de lo que importa destacar en este capítulo: que se trata, más allá de las disputas por saber a quién corresponde el inicio del movimiento, de averiguar qué diferencias de carácter del mismo encontramos en lo que no es una simple crisis de liderazgo, sino la opción por proyectos políticos diferenciados.[9]

Anton Drexler destacó en su pequeña autobiografía— que se ha hecho famosa precisamente por haber sido el libro que entregó a Adolf Hitler en septiembre de 1919, tras oírle hablar en un mitin del DAP—,[10] la forma en que el «despertar político» de un obrero alemán como él se relacionó con las vicisitudes de la guerra. Educado en una familia socialdemócrata de Munich, tras acabar su formación profesional viajó hasta Berlín donde, en

circunstancias que él atribuyó a su enfrentamiento con los sindicatos del SPD, perdió su empleo y se vio obligado a ganarse la vida tocando la cítara para recibir las propinas de las clientelas de los restaurantes y cafés. Sin embargo, este paralelismo que podría unirle al artista frustrado Adolf Hitler, repartiendo sus acuarelas de paisajes rígidos entre los paseantes y ahorrando para poder asistir a los conciertos de Wagner, en poco se corresponde al origen familiar, educación y perspectivas vitales de Drexler. Lejos de recluirse en el exilio voluntario interrumpido sólo para poder hacer frente a las necesidades vitales más urgentes, Drexler tenía una profesión que a Hitler le habría parecido deshonrosa para él, aunque no para cualquier otro ciudadano. En el escrito redactado en 1935, destacó que había recorrido diversos *Länder* buscando empleo, y que siempre tuvo que abandonarlos por su enfrentamiento con judíos que le estafaban, en especial el propietario de una granja al que había servido en condiciones ignominiosas.[11] Lo más importante es la ausencia de cualquier actividad política o sindical hasta el estallido de la guerra, mientras trabajaba en la compañía real de ferrocarriles de Baviera (*Königlich Bayerischen Staatsbhanen*) como cerrajero especializado (*Werkzeugschlosser*) y capataz (*Werkzeugmecherei*). Sus declaraciones de patriotismo y antisemitismo no debían ser una concesión a la galería realizada durante el Tercer Reich, ya que durante el conflicto se movilizó para convertirlo en una ocasión en la que los principios nacionalistas y obreristas pudieran reunirse en un solo esfuerzo, siguiendo la propia lógica del *Burgfrieden* que había señalado el emperador y la actitud de los dirigentes de la mayoría socialdemócrata, al señalar que los trabajadores alemanes no estaban luchando solamente por motivos económicos, sino por la cultura nacional y una tradición patriótica alemana.[12] Su oposición a las actitudes que comenzaron a mostrarse en el movimiento obrero en el tercer año de la guerra, cuando llegó a paralizarse

la producción de armamento por una huelga, le llevaron a modificar tal optimismo inicial y a descubrir que el frente interior se estaba rompiendo, algo que exigía que se cerraran las filas de todos, independientemente de sus orígenes sociales, para aislar a quienes estaban dispuestos a provocar la derrota de Alemania para conseguir llegar al poder a través de una revolución.[13] Tras el acuerdo parlamentario de 1917, que suponía la quiebra de la solidaridad nacional en torno a una guerra anexionista —y que había ido acompañada de tensiones tan profundas como para provocar la principal escisión sufrida por la socialdemocracia en el siglo XX, la aparición del USPD—, Drexler se dedicó a lo que entendía que podía convertirse en la actividad permanente de su existencia: la actividad política en el marco de un nuevo nacionalismo que había de surgir de la experiencia de la guerra, un nacionalismo basado en la solidaridad nacional, en la incorporación de los trabajadores a la ideología *völkisch* y a la realización de un nuevo orden económico solidario que anulara las condiciones de crecimiento del marxismo internacionalista y judío. Su militancia inicial, como la de cientos de miles de alemanes que pensaban en términos semejantes, se produjo en el *Vaterlandspartei* del almirante Tirpitz, que pronto había de ser dirigido por el nacionalismo conservador orientado más tarde hacia el monarquismo del DNVP. Dedicando una actividad infatigable —extraña en un hombrecillo de apariencia frágil, miope, sin dotes algunas para expresarse en público—, Drexler denunciaba las acciones que entorpecieran el esfuerzo productivo de la guerra, mientras se sentía defraudado por las actitudes escasamente dispuestas a la renuncia a los privilegios de las clases altas.[14] El biógrafo de Hitler, John Toland, señaló que Drexler era el tipo de persona con una sola idea fija en la cabeza, formada en su educación casera y en su propia experiencia como trabajador: que los obreros estarían explotados mientras no se modificara el orden social. «Pertenecía a la clase

obrera y nunca se le habría ocurrido pertenecer a otra.»[15] Sin embargo, el sentido de clase tenía unas características especiales, que lo apartaban tanto de lo que sería el círculo de la *Frontsgemeinschaft* que siguió a Hitler y aseguró su liderazgo en el partido, como la posición que mantenían quienes no estaban dispuestos a considerarse vinculados a comunidad popular alguna, una vez había pasado el entusiasmo de los primeros meses. Se trataba de una posición que podía resultar excéntrica en los talleres del ferrocarril y, sobre todo, en cualquier empresa, pero mucho menos en la cultura política de carácter socialconservador que se podía abrir paso en las condiciones de la guerra, fueran las de la euforia de la victoria o fueran las de la solidaridad de los tiempos amargos del último año. En una propaganda que anticipaba el discurso nacionalsocialista, Drexler comenzó a referirse a quienes se aprovechaban de las condiciones de la guerra para hacer su negocio, indiferentes a los padecimientos de los humildes, como los grandes adversarios de los trabajadores, con lo que superaba el esquema binario de la lucha de clases y se instalaba en una cultura populista que podía achacar a los judíos, típicos usureros y estraperlistas (*Wucherer* y *Schieber*) ajenos a la comunidad.

Esta propaganda, que no dejaría de causarle problemas con los cuadros sindicales, a los que acusaba de traicionar los intereses de la nación cuando planteaban sus reivindicaciones de una forma cada vez más agresiva, publicó un artículo en enero de 1918 en el *München-Ausburger-Abend-Zeitung*, con el provocativo título de «El fracaso de la Internacional proletaria y el naufragio de la idea de la confraternización».[16] Un llamamiento a la unidad en la victoria, una idea de dónde se encontraba la verdadera línea de identidad y dónde había fracasado a través de la propia experiencia de la confrontación entre pueblos, que disponía de mucho mayor potencial de lo que podía esperarse de una arenga patriótica, si

consideramos que su autor estaba atisbando las bases de un cambio de ciclo que no era capaz de definir ideológicamente ni de definir políticamente, sino sólo de expresar mediante una intuición muy cercana a la congruencia con la ruptura de una etapa histórica y una transformación cultural de las masas que daría paso al fascismo. Que el periódico estuviera vinculado a los sectores nacionalistas no impedía que Drexler continuara con lo que había de ser la obsesión de un proyecto político que identificaba con su propia experiencia y su sensibilidad: la única forma auténtica de ser socialista era el nacionalismo, y el orden de los factores certificaba el producto político que se deseaba construir, como novedad emanada de la Gran Guerra que había acabado con todos los criterios con los que se había tratado de construir la sociedad hasta aquel momento. En este aspecto, poco erraba Drexler y, con razón, Konrad Heiden coloca en el principal de sus adversarios políticos, Walther Rathenau, la misma convicción del cambio de perspectiva definitivo que había abierto el estallido de la guerra.[17] En marzo de 1918 se decidió a constituir una primera plataforma política propia, el Comité de Trabajadores Libres por una Buena Paz (*Freien Arbeiterausschusses für einen guten Frieden*), que logró el apoyo de un puñado de compañeros de trabajo en los ferrocarriles, aunque sus cuarenta miembros no podían compararse con los casi trescientos mil que una organización con el mismo nombre había conseguido reunir a escala nacional, centrándose en Bremen. De hecho, como había de ocurrir antes de la revolución soviética de Baviera, este tipo de organización que preparaba el camino para la llegada de las organizaciones patrióticas posteriores se desarrollaba con mayor facilidad en la zona prusiana, donde las cosas sólo cambiaron las medidas tomadas por los gobiernos democráticos de Weimar y, especialmente, por la coalición mantenida bajo el liderazgo socialdemócrata en Prusia. Dada la escasa capacidad de movilización y la

necesidad de actuar con eficacia ante la revolución y la derrota militar, Drexler aceptó ponerse en contacto con la selecta Sociedad de Thule a través del periodista deportivo Karl Harrer y establecer una primera colaboración. Ciertamente, se trataba de dos actitudes políticas diferenciadas, y Drexler habría de utilizar las posiciones de Hitler para combatir el gusto por la actividad meramente cultural y semiclandestina que envolvía a aquella organización, además de para superar el aspecto vinculado a la bohemia y las clases ociosas que debían repugnar a su conciencia de trabajador, por muy alejado que se hallara de los planteamientos marxistas. Su propio populismo le alejaba del tipo de racismo intelectual defendido por la Sociedad de Thule, aunque no le molestaran sus principios, sino una estrategia orgullosa de ser un callejón sin más sentido que su propio testimonio en el entramado urbano del Munich que empezaba a hervir en la dinámica de la revolución y la contrarrevolución. En el otoño de 1918, Harrer y Drexler reunieron sus personalidades diferenciadas para repartirse el poder en un Círculo Político Obrero (*Politischen Arbeiterzirkel*), poniendo Drexler su experiencia y sus contactos en los sectores de trabajadores antisindicalistas y antimarxistas del ferrocarril y proporcionando Harrer su vinculación con una sociedad que disponía de recursos y que podía orientarlos hacia formaciones políticas que pudieran tomar la delantera en su organización. De hecho, el máximo dirigente de la misma, Sebottendorff, redactó algunas líneas programáticas para el Partido Socialista Alemán que se organizaría al año siguiente al norte de Baviera, que parecía disponer de un impacto mayor que la organización creada en Munich: el *Münchener Beobachter*, vinculado a este estrafalario aristócrata, sentía más simpatías por el DSP que por el partido que constituiría Drexler en 1919 y, en especial, cuando aprobó un programa a finales de 1918, llegando Sebottendorff a ayudar a constituir en mayo de

1919 una pequeña sección del DSP en Munich.[18] Tales datos, que podían interesar poco a quienes no veían conflicto alguno de fondo entre las expresiones necesariamente fragmentarias del movimiento *völkisch*, habían de preocupar a Drexler lo suficiente como para acelerar el proceso de constitución de su propia organización política, incluso en contra de quien, como Harrer o los contertulios del lujoso *Vierjahreszeit*, donde se reunía la sociedad, podían considerar una tarea meramente especulativa. De hecho, el propio Drexler dejó escrito que la intención del Círculo Político Obrero era dedicarse a las conferencias y tertulias sobre asuntos de actualidad, entre un grupo de personas selectas.[19]

La Sociedad de Thule estaba financiada por el conde Rudolf Freiherr von Sebottendorff, un extraño personaje de linaje más que dudoso, pues había nacido en 1875 en Hoyerswerda con el apellido Glauer, hijo de un maquinista. Ni siquiera consiguió acabar sus estudios, pero pudo amasar una fortuna mediante el establecimiento de negocios en Turquía, a lo que sumó el dictado de cursos esotéricos en el imperio agonizante, poco antes de la guerra. Sus viajes ampliaron, como era poco habitual en las tertulias *völkisch*, su visión del mundo, aun cuando sus posiciones políticas se fusionaron con sus actitudes místicas en una actitud contrarrevolucionaria muy acentuada tras la revolución alemana. En 1918, se incorporó a la *Germanenorden* y creó una sección en Munich, que tomó el nombre de Sociedad de Thule: en su libro *Bevor Hitler kam*, Sebottendorff indicó que solamente con apoyo de la sociedad, que había constituido simultáneamente el DAP y el DSP en Munich, pudo Hitler formar el NSDAP.[20] La sociedad había de conseguir interesar a algunos futuros dirigentes del nazismo de tanta talla como Hans Frank o Rudolf Hess, pero ni siquiera éstos pensaban reducir su actividad a las actividades de logia en las que pensaba la sociedad. Para un hombre como Drexler, sin embargo, que tenía clara la

necesidad de obtener un apoyo de masas para el discurso nacionalsocialista, las tareas educativas que se proponía la organización, en una línea ciertamente esotérica, contenían ciertos principios de coincidencia obvia cuando se trataba de tratar los temas más inmediatos, algo que los acontecimientos políticos habrían de desarrollar con especial brutalidad precisamente en Munich, en la primavera siguiente. Lo que habían logrado unos y otros —pero, a fin de cuentas, el más beneficiado había de ser Drexler— era el establecimiento de unos contactos personales que dieran al trabajador ferroviario cierta influencia en los medios intelectuales social-racistas de Munich, y debe considerarse que la sociedad disponía, antes de la caída de Luis III de Baviera, de unos trescientos afiliados sólo en la capital. Entre ellos se contaba una persona independiente, altiva, que era considerada en los círculos *völkisch* el creador de una doctrina económica que permitía combinar un cierto tipo de anticapitalismo con el antisemitismo y el respeto al «capital productor», la teoría del *Zinsknechtschaft* a la que, como con exquisita perversidad habría de escribir en sus últimos meses de vida Alfred Rosenberg, ya se había referido Theodor Fritzsch en la revista *Hammer* antes de la guerra, de una forma casi literalmente copiada por el presuntuoso economista.[21] Ciertamente, Feder podía resultar cada vez menos agradable al trato con la militancia, dada la alta estima que tenía de sus cualidades como intelectual, del intento de guardar su independencia, creando una Liga dedicada a la lucha contra «la esclavitud del interés», posición que iría modificando después de la refundación del partido en 1925, cuando el liderazgo de Hitler se afirmó y tuvo que tragarse las palabras que le había dedicado en los años de crisis, en las que le recordaba en 1923 que nadie había considerado su jefatura como un poder absoluto, sino como la de un *primum inter pares* como correspondía a la vieja democracia germánica, una afirmación que

dudosamente habría de realizar en años posteriores.[22] De hecho, la escasa originalidad de sus propuestas ha sido observada por otros autores, que las consideran propias del conjunto del movimiento *völkisch* incluso antes de que se produjera la guerra mundial. Sin embargo, un personaje escasamente apreciado en el futuro por sus camaradas[23] tuvo la capacidad de exponerla con especial rigor y brillatez, lo que permitió dar la sensación al movimiento de disponer de su propio *Manifiesto comunista.* De hecho, el texto que escribió en 1919 acerca de la «esclavitud del interés» tenía una aspiración de este nivel,[24] y la forma en que fue capaz de encontrar un fundamento teórico para la unidad de los sectores populares contra un cierto tipo de capitalismo esquivando los análisis acerca de la propiedad privada de la izquierda socialista le proporcionaron suficiente popularidad como para ser invitado a frecuentes intervenciones públicas, que daba —a pesar de su militancia temprana en el DAP— para asociaciones patrióticas antisemitas como el *Schutzund Trutzbund* o el DSP: de hecho, su verdadera aspiración era llegar a convertirse en líder de un movimiento, aspecto para el que carecía de las virtudes que mostraría Hitler. Llegó a crear su propia plataforma, la Liga Alemana de Combate para la Ruptura de la Esclavitud del Interés (*Deutscher Kampfbund zur Brechung der Zinsknechtschaft*) en 1920, y trató de hacerse con el *Völkischer Beobachter* comprando un porcentaje importante de sus acciones poco después. Estos esfuerzos fueron bloqueados por la habilidad de Drexler y de Hitler, que se dedicaron a la expansión de su propio partido y a la compra del periódico más importante de esta tendencia, mientras procuraban mantener las buenas relaciones con un personaje prestigioso. Con todo, éste llegó a quejarse de la posición que iba tomando Hitler en el partido, algo que no sólo podía tener que ver con sus propias posiciones, sino seguramente con la imagen de equivalencia de los diversos cuadros *völkisch* que, hasta la llegada del Führer, había

caracterizado al sector, algo que explica la nota de agosto de 1923 y los probables esfuerzos para mantener las condiciones previas realizados en conversaciones con la vieja guardia del DAP.[25] En cualquier caso, de lo que caben pocas dudas es de la importancia que tenía la aproximación a un hombre de esta categoría, con un trabajo teórico a sus espaldas, con una gran capacidad de comunicación con su público y capaz de ofrecer una rudimentaria base al anticapitalismo intuitivo de la clase media, que resultaría de escaso interés cuando Hitler orientó el partido al pacto con la élite económica del país.[26] La sociedad permitía llegar también a Dietrich Eckart, poeta nacionalista famoso, de una precaria salud que le llevaría a la muerte poco después del *Putsch* de Munich y que editaba una revista, *Auf gut deutsch*, que, sin llegar a tener la importancia del *Beobachter* controlado por Sebottendorff, permitía el contacto con otros sectores, como el núcleo de emigrados bálticos que desempeñaron un papel importante en el primer NSDAP. (Alfred Rosenberg escribió sus primeros artículos en la revista de Eckart y Scheubner-Richter fue la única muerte del 9 de noviembre de 1923 que Hitler siempre consideró irreemplazable.) A través de estos personajes, que podían incluir la experiencia de la revolución rusa en su mezcla de ataque al bolchevismo y al judaísmo, también podía conseguirse una comunicación con los sectores de emigrados blancos que habían establecido en Munich la organización *Aufbau* (Reconstrucción), que podía aportar ayuda a una organización naciente y que encontraba una competencia considerable en sus primeros pasos en otros grupos de carácter nacionalista, menos inclinados a apoyar las posiciones obreristas de Drexler.[27]

Si la intención de Drexler era ir más allá de un pequeño círculo que no tenía más intención que realizar pequeñas charlas —en general dadas por Kar Harrer— y discusiones que compartía media docena de individuos, no esperó a que las cosas continuaran con una reunión semanal de este carácter

muchas semanas. Poco antes de la Navidad de 1918 indicó que aquella forma de trabajo no era la que podía crear un estado de opinión en Munich, y aun negando la posibilidad de una organización de partido clásico, de orientación electoral, no existía más remedio que dotarse de una mínima estructura organizativa que superara este pequeño trabajo de adoctrinamiento, para pasar a la creación de un foco de influencia social que, necesariamente, debería adquirir la forma de un partido *völkisch*, distinto a los que habían ido creando las distintas facciones de la burguesía liberal o conservadora y del proletariado socialista, pero que ofreciera un marco de discusión con mayores ambiciones y sin una voluntad sectaria tan acusada. A pesar del disgusto de Harrer —que logró evitar la aparición del término «socialista» en el nombre de la organización—, en enero de 1919 se constituyó el Partido Obrero Alemán, formado básicamente por compañeros de trabajo de Drexler.[28] El paso dado por el trabajador del ferrocarril era de una importancia crucial cuyo silencio lo hace más ominoso. Pues, a pesar de las carencias que no ignoraba sobre su capacidad de comunicación, había asentado firmemente una concepción del nacionalsocialismo cuya expresión clara, su manifestación histórica precisa, atribuía a las condiciones de la derrota, que inyectaría un ánimo patriótico y un temor al poder de la izquierda marxista en los sectores de trabajadores nacionalistas, lo que permitió que el amplio sector conservador, pero con un sentido de integración nacionalracial, pudiera llegar a constituirse en un movimiento. Su problema era no tener los instrumentos precisos para hacerlo, no disfrutar de una personalidad magnética ni de la facilidad de palabra y la perspicacia táctica que podía tener Hitler. Pero su acierto era haber descubierto ese flanco que se abriría de forma cada vez más amplia en la sociedad alemana, a medida que el discurso de mutua alimentación del nacionalismo y de un «socialismo alemán» que se había experimentado en

el esfuerzo conjunto de la guerra y en la desgracia compartida de la derrota y de la amenaza de la revolución marxista, habrían de promover. Es difícil considerar que, sin esa decisión, rompiendo la estructura conspirativa de los racistas de élite y anticipándose a la insuficiencia y fragmentación de las asociaciones patrióticas, Hitler hubiera podido dar el paso de convertir aquel material en la base de un gran partido fascista, superando incluso los mecanismos limitados, pero necesarios, del movimiento *völkisch.* Como lo indica el autor de una de las mejores monografías sobre la historia del NSDAP, es dudoso que el propio Hitler habría sido enviado a examinar el desarrollo de esta organización por la *Reichswehr* si se hubiera tratado de algo tan insignificante como lo que él mismo quiso dejar escrito en sus memorias.[29]

El Führer consiguió hacer célebre su entrada en contacto con el pequeño partido, en especial la actitud reverencial que le dedicó Anton Drexler al entregarle su libro rogándole que lo leyera y le diera su opinión, tras la vibrante intervención realizada por el cabo de infantería ante un tal profesor Baumann, que había defendido, tras una conferencia de Feder, la separación de Baviera del Reich. De hecho, la exclamación realizada por Drexler en dialecto bávaro, refiriéndose a la utilidad que podía tener Hitler para la organización («Mensch, der hat a Gosch'n, den kunnt ma braucha»),[30] indicaba dos cosas que no resultaban una novedad. La primera, que Hitler había demostrado ya sus especiales dotes oratorias en la educación de soldados que debían ser desmovilizados, tal y como pudieron señalarlo algunos intelectuales nacionalistas a su superior, el oficial Karl May.[31] Incluso, pocos días más tarde, Hitler fue encargado de redactar lo que suele considerarse su primer escrito teórico antisemita, inspirado en buena medida por las doctrinas económicas divulgadas por Feder.[32] Por otro lado —y esto suele citarse con menos frecuencia—, Drexler disponía de una

especial y poco frecuente perspicacia para saber cuáles eran sus limitaciones, que de forma lúcida comparaba con las necesidades del movimiento. Si su tenacidad le había permitido superar los años de aislamiento de la guerra y el fracaso de sus primeras plataformas políticas, pudo imponerse a Harrer a la hora de constituir un partido que superara el estrecho margen de una sociedad cultural, al tiempo que lamentaba no disponer del carisma indispensable para realizar una propaganda de masas a la que debía añadirse la disposición de un perfil político propio, que sólo podía ser el resultado de la aprobación de un programa. Los méritos quedan así repartidos, e incluso la modestia sincera de Drexler otorgó los frutos como había de hacerlo su oposición, la vanidad encarnada en Adolf Hitler. Por el camino de la virtud o del vicio, a ambos personajes les unía un objetivo común, algo que no dejará de constituir compañías escandalosas en la política de entreguerras, aunque el amargo destino de Drexler pudiera indicar que la inocencia suele tener un camino al cielo político —es decir, al poder— menos directo que el que proporciona la falta de escrúpulos. Quizás las relaciones entre Drexler y Hitler puedan construir una de esas oposiciones arquetípicas —como la que podía enfrentar a Speer y a Goebbels, a Strasser y a Streicher, a Himmler y a Röhm— sobre las que el nazismo se levantó, como los zancos que aseguraban a Proust la contemplación de su pasado y convertirlo en experiencia manipulable.[33] En cualquier caso, el fundador del DAP había de ayudar a aquel desconocido, que apenas podía brillar frente a los habituales oradores de las tertulias *völkisch* como Dingfelder, Feder o Eckart, exigiendo a sus compañeros que le dieran la oportunidad de ser el protagonista de un mitin del partido.[34] El éxito obtenido por Hitler en su primer acto, realizado en el mes de octubre, había de llevar a su nombramiento como responsable de propaganda de la organización, algo que Konrad Heiden ya considera como la entrega por

Drexler del alma de un movimiento inventado y creado por él a quien habría de darle un sentido tan distinto.[35] Si otros, como el propio Goebbels, o quienes acompañaron a Hitler en la torpe maniobra militar del *Putsch* —compensada genialmente por la defensa ante el Tribunal que juzgó a los golpistas—, pudieron consolidar el mito de Hitler en el movimiento y en la sociedad alemana, de tal forma que nadie pudo situarse en condiciones de modificar esa posición, convertida en un elemento central de la escenificación del poder nazi y del símbolo de la *Volksgemeinschaft*, Drexler hizo algo de apariencia más humilde, pero de esfuerzo mayor que partía de la nada y de su propio trabajo previo: arrancar a Hitler de los barracones de adoctrinamiento militar y convertirlo en figura pública de la organización y, poco después, de todo un movimiento, aunque fuera a costa del cambio de su carácter inicial, sin el que ese mismo liderazgo carismático y la capacidad de intervención política no se habría podido producir.

Pues, ciertamente, en el principio fue el Verbo y en el principio fue la Acción. La distancia de dos mil años entre san Juan y Goethe se encoge hasta situarse en la *forma* que habría de adquirir, muy rápidamente, el partido. La palabra y la movilización, alimentándose a veces en el mismo local a través de los enfrentamientos con quienes tratan de impedir que Hitler hable. El reconocimiento obtenido por la militancia, la gratificación afectiva, la sensación de comunidad que procede de aullar ante las mismas consignas y reconocerse en las mismas tareas de lucha. ¿Debe considerarse casual que Hitler titule su libro con un nombre como *Kampf*, que a su significado literal añade la sonoridad, la aspereza, la brevedad de un golpe que le concede la palabra alemana? En el principio fue el Verbo: *Werbeobmann* es la responsabilidad adquirida por Hitler en el partido, cuyo crecimiento va a realizarse, a lo largo del primer año de militancia de quien

continúa cobrando un sueldo del ejército, gracias a la constancia de las conferencias de masas realizadas en la capital. Prácticamente, una vez a la semana, lo que puede despertar los recelos de algunos, cada vez menos, de los antiguos dirigentes del partido, trabajadores que siguen asistiendo a su jornada laboral y temen el agotamiento de una militancia tan exigente. Hitler sabe, en cambio, que una ciudad de setecientos mil habitantes no sólo puede permitírselo, sino que un pequeño movimiento como aquel, reducido aún a una sola ciudad, enemigo de la participación en los procesos electorales, no tiene una vía alternativa de crecimiento, a no ser que quiera convertirse en una lánguida especie en extinción, como las numerosas sociedades patrióticas y los restos de los *Freikorps* que han acabado con la República soviética a comienzos de mayo de 1919. Sin el Verbo, la Acción va quedando relegada a algunos gestos destinados a su extenuación. El crecimiento del espacio *völkisch* en la capital de Baviera no puede comprenderse al margen de la guerra civil causada por el asesinato de Eisner, la proclamación de la República soviética y la lucha brutal entre el ejército rojo y la contrarrevolución, que parece ofrecer no sólo las perspectivas de la continuidad en un combate victorioso de quienes han sido vencidos, sino que además ofrece el prestigio de la extrema derecha a quienes reciben alborozados su entrada en la capital.[36] A las asociaciones patrióticas ya existentes se suma la experiencia demoledora de la República soviética, el baño de sangre que se produce en uno y otro lado, y el giro de la sociedad muniquesa a una simpatía que a veces sólo implica complicidad, dejar hacer, y en otras supone la oferta de un camino de acción, de una vía de supervivencia en la bohemia contrarrevolucionaria que estaba alejada de los criterios iniciales de los fundadores del DAP, alejados de la mística militarista de los soldados de fortuna que constituyen los Cuerpos Francos.[37] Para quienes han ejercido la acción o la han contemplado desde

su atemorizado retiro; para quienes el bolchevismo no ha sido sólo una experiencia extranjera, sino algo contemplado en los comités de soldados que lucían un brazalete rojo y que podían irrumpir en las residencias de burgueses desconcertados, como sucederá con el propio Thomas Mann, la disposición de ánimo es otra, en la que la tranquilizadora presencia de las organizaciones de autodefensa se acompaña, ahora, de una voz que cada vez clama menos en el desierto, una voz con acento austríaco que no resulta tan chocante como podría haberlo sido en el norte, una voz atenta a que todo discurso es una melodía que proclama consignas, pero que tiene que hacerlo con una música, un ritmo, unos silencios intercalados, una sensación de diálogo con la multitud que parezca darle a ésta una comunicación mística con el líder, convertirle en un catalizador, en un cable de alta tensión ideológica que electriza a los oyentes con la potencia de las ideas. Las personas que lo escucharon en aquellos años nos han dejado el testimonio de su sorpresa ante el nivel de entrega que podía proporcionar.[38] Por ello, tras el primer éxito de sus intervenciones públicas, Hitler estará en condiciones de exigir una modificación en las tareas del partido que supondrán una verdadera expulsión de Kart Harrer, su principal adversario. Algo para lo que, nuevamente, era indispensable la ayuda de Drexler, que podía haber bloqueado la propuesta, pero que deseaba también llegar al objetivo de una organización de masas y destituir a quien sólo había puesto obstáculos a cualquier forma de organización que superara los rincones en penumbra del elitismo ariosófico. En diciembre de 1919, un demoledor informe de Hitler provocó la salida del hasta entonces presidente del partido a escala del Reich. Gracias a los informes de la policía recogidos por E. Deuerlein, podemos seguir ahora la influencia creciente del DAP y su paso a un organismo capaz de concentrar a oyentes y recoger fondos de los asistentes. Tras una primera intervención en noviembre, comparando las

paces de Brest-Litovsk y Versalles, Hitler compartió tribuna antes de las Navidades con otros dirigentes, hablando, por ejemplo, acerca de «Alemania en la hora de su mayor decadencia» en la sala Deutsches Reich, con lo que el partido alcanzó casi medio millar de oyentes. Entre el 13 de noviembre de 1919 y el 24 de noviembre de 1920, Deuerlein da cuenta de 48 conferencias. Hitler fue el protagonista de 31 de ellas, y sólo Feder pudo seguirle a gran distancia con cinco intervenciones.[39] En tales circunstancias, era lógico que la propuesta de Hitler pudiera ser apoyada sin reservas por Drexler, y que se procediera a una salida de Harrer que tenía todos los visos de una expulsión, no sólo por discrepancias, sino también por la incompetencia con la que se había dirigido hasta entonces una organización que, como los hechos lo demostraban, estaba en condiciones de convocar actos de masas, en especial tras la «liberación» de Munich por las tropas contrarrevolucionarias, y que se correspondía con las propuestas de organización del partido que Hitler había considerado oportuno transmitir a Drexler tras sus éxitos como orador.[40]

Los sueños de la razón de Drexler desde 1916 habían comenzado a dar a luz a un monstruo, engendrado en las condiciones de violencia de la guerra, de la desmoralización de la derrota y la compensación afectiva de una victoria sobre el enemigo interior —judíos, republicanos, marxistas— a los que se les achacaba el sufrimiento baldío de los soldados en el frente. Una mezcla explosiva, alejada de aquellas condiciones de patriotismo social en las que Drexler había iniciado su carrera, pero de cuyo éxito no estaba dispuesto a alejarse, dado que todas esas condiciones habían modificado también su posición, radicalizándola, haciéndola propicia a la venganza popular de una nación humillada, a la destrucción por todos los medios de una República dirigida por quienes habían sido sus adversarios radicales desde el comienzo mismo de su aprendizaje cultural. La forma en que

Drexler vinculaba, en sus memorias, su propia desgracia personal con la de su pueblo puede recordarnos a otros dirigentes que sienten lo mismo, aunque no sean capaces de proyectarlo de una forma que les convierta en la encarnación de una desdicha colectiva y de una regeneración, como ocurrió con Hitler. Sin embargo, la escisión entre el propio destino y el *Gemeinschicksal* iba a llegar a gran velocidad para el trabajador de los ferrocarriles de Munich y sus compañeros, precisamente como resultado de las condiciones que habían permitido su éxito tras la irrupción de los *Freikorps* en el Munich de mayo de 1919. Hitler fue ganando popularidad, hasta culminarla en su célebre discurso en el Cirkus Krone, la principal sala de conferencias de Munich, el 3 de febrero de 1921, cuando consiguió reunir a seis mil personas para hablarles del «Futuro o la decadencia» («Zukunft oder Untergang»). Los discursos del entonces aún responsable del partido contenían lo que habría de ser el tuétano de la propaganda *völkisch* en aquellos años, realizada en condiciones que nadie estaba en condiciones de igualar en su capacidad de síntesis: el principio de comunidad nacional, que unía a los trabajadores alemanes contra sus adversarios, capitalistas especuladores o falsos revolucionarios, algo que le conducía a hacer especial hincapié en el carácter revolucionario de sus propuestas, aunque distinguiéndolas de las que podían hacerse desde la izquierda;[41] los ataques a la República que heredaba, de la mano de los «criminales de noviembre» (*Novemberverbrecher*); las condiciones humillantes de la rendición, causa próxima de todas las desgracias que sus oyentes podían identificar con el desorden de la vida social del país tras el conflicto, y el antisemitismo, que permitía convertir el simple prejuicio racial que compartían las diversas corrientes conservadoras en la base de una interpretación del mundo, en la fuente de un análisis de los conflictos políticos, atribuyéndolos a una planificación conspirativa para acabar con

los valores de una cultura nacional propia y a la existencia de una alternativa espantosa que implicaba la degeneración de todo aquello que sus oyentes ya habían visto perderse con las ruinas del mundo seguro y estable del *Kaiserreich*. Todos estos temas iban dando forma a una concepción del mundo, a un estado de ánimo que era congruente con la experiencia sufrida por sectores populares que no habían sido protegidos por una formación ideológica liberal o socialista, y cuyas certidumbres se habían desguazado con la terrible impresión de la derrota y la masacre bávara de la primavera de 1919. Sin embargo, el tema del antisemitismo pasó a ocupar, en aquel momento, un espacio de singular importancia que correspondía a la fuerza de la que aún disponían las organizaciones como la Liga *völkisch Schutz- und Trutzbund ,* o el que alentaba en las organizaciones paramilitares y en la recién creada Guardia Cívica bávara (*Einwohnerwehren*). El partido deseó convertir aquel escrúpulo antisemita en una parte explícita de su programa para darse una solución que fuera más allá de las actividades coyunturales agitadoras, convirtiéndolo en un elemento que cohesionara y dinamizara un movimiento político de masas. Por ello, el 13 de agosto de 1920, ante un público entusiasta que interrumpió 58 veces la intervención con aplausos, Hitler pronunció su célebre «¿Por qué somos antisemitas?». Un discurso articulado, complejo, que iba haciendo del antisemitismo la columna vertebral de una posición diferenciada y actualizada del movimiento *völkisch*, lo que le permitía cimentar su actitud conservadora de los valores en peligros y revolucionarias frente a las condiciones de explotación que propiciaba el judaísmo, algo que lo convirtió en una de las piezas oratorias indispensables para conocer el pensamiento del nacionalsocialismo en aquel momento de su desarrollo y la necesidad de conectar con una audiencia bien dispuesta, algo que explica que tal claridad se abandonara precisamente en los años de máxima expansión del partido, después de 1930.[42]

Necesariamente, la posición de Hitler como gran comunicador iba convirtiéndole en el verdadero líder del partido y dejando a Drexler en una posición cada vez más precaria, en la medida en que su función de fundador iba quedando olvidada y porque la propia composición del partido, con la militancia atraída por las nuevas condiciones de Munich, y la actitud de Hitler lo impedían. Ambos aspectos habrían de sucederse en el tiempo, siendo el primero de ellos una jugada maestra del propio Hitler que, tras haber hallado un aliado indispensable para librarse de Harrer, podía emplazar a Drexler en una honorable posición de actor de reparto. Si el principio fundador es indispensable en cualquier movimiento de religión política moderna, correspondía modificar aquel 5 de enero de 1919 en que se constituyó el DAP o el mes de marzo de 1918 cuando Drexler insistía en sus conferencias en colocar como inicio real del movimiento, solemnizando una «verdadera» fundación que se acompañara de una entrega de los Mandamientos, del texto sagrado en torno al que se agrupaban los fieles. La atención de Hitler a la importancia que tenían estos elementos espectaculares, de escenificación del poder y manifestación de la voluntad colectiva jerarquizada, le ponía por delante de la ingenuidad de un Drexler más atento a las tareas burocratizadas propias de sus orígenes políticos. Curiosamente, Drexler no había comprendido, como en cambio sí lo hizo Hitler, que la política, en especial este tipo singular de opción comunitaria, debía expresarse a través de un acto místico, que permitiera la conmemoración de un origen, de la misma forma que habría de adornarse en el futuro de los mártires de la Causa. Por ello, la preparación de un programa y la autoría del mismo resultaban tan importantes. Y por lo tanto era crucial cambiar el nombre de un partido que no había fundado Hitler, sino que había entrado a militar a los nueve meses de su creación. Sabemos que Drexler había preparado dos borradores de programas en diciembre de

1919 que fueron rechazados por sus compañeros, y que él y Hitler —quizás con alguna colaboración muy puntual de Feder— estuvieron trabajando intensamente en la redacción de los veinticinco puntos que habrían de leerse en un mitin de especial relevancia, y que se convertirían en un punto de referencia para el futuro. Importaba menos la escasa originalidad de los enunciados, que no hacían más que repetir de forma enérgica lo que el movimiento *völkisch* había estado solicitando desde el final de la guerra, que la aprobación en un acto de masas de aquel texto que Hitler habría de declarar inmutable no sólo para evitar dirigir un partido reunido en torno a un programa discutible, sino también para convertirlo en un dogma en el que, invirtiendo la afirmación evangélica de san Juan, la Carne se hiciera Verbo y habitara entre los seguidores del movimiento. Con un dirigente reconocido, faltaban, más que sus palabras reiteradas incansablemente, las tesis petrificadas, grabadas a las puertas de las instituciones de la República como Lutero clavó sus 95 afirmaciones en la puerta de la catedral de Wittemberg, una imagen que un entusiasta Adolf Hitler había de indicarle al somero Drexler mientras, en casa de éste, hasta altas horas de la noche, redactaban el documento. Curiosamente, Drexler insistió luego en que tuvo que ser él quien convenciera a un reticente Hitler de la necesidad de que un partido político dispusiera de un programa, de la misma forma que se quejó amargamente, en la carta que nunca llegó a enviarle en 1940, que él sabía mejor que nadie a quién se debía la redacción del texto, que Hitler se atribuía en exclusiva.[43] El éxito del acto de febrero de 1920 y el oportuno cambio de nombre por el de NSDAP —cuya legalización se produjo como NSDAverein a fines de septiembre—[44] permitieron que ambos aspectos —la fundación y el dogma— aparecieran vinculados a la persona de Hitler, pues fue él quien realizó la lectura de los puntos del programa, mientras Drexler perdía una ocasión indispensable para indicar quién quedaría

irrevocablemente vinculado a aquella acción. No es casual que Hitler concluyera el primer volumen de *Mein Kampf* en este punto, como si toda su vida, iniciada en 1889 en el pueblecito fronterizo austríaco de Braunau, y cincelada por la experiencia de la miseria, la guerra y las penurias de la revolución —aspectos que no dejó de lanzar al público para provocar su empatía—, se hubiera orientado a desembocar en este inicio real del movimiento. Con su silencio, escenificado por un ataque de nervios que le impidió tomar la palabra, hecho que ponía las cosas en el peor de los espectáculos políticos posibles para su futuro, Drexler acababa de hacer una entrega real de la encarnación de la idea a Hitler. El Führer tomaba cuerpo y convertía en una sombra al viejo luchador nacionalpopulista, hacía de él un simple objeto burocrático que poco tenía que ver con las expectativas del movimiento y que sólo podría tener importancia cuando el partido debiera recorrer los intrincados pasillos del poder y la tediosa trama de los documentos administrativos. Drexler no llegaría a aquella circunstancia, aunque necesitaría de la mala fortuna disfrazada esta vez del inesperado éxito que a veces anida en las clamorosas derrotas, como la del *Putsch* de 1923, que podía haber acabado con la carrera de su criatura política.

La suerte de Drexler —y, con él, la de todo lo que el trabajador ferroviario representaba, los hombres humildes que estaban orgullosos de su condición, los obreros cuya visión del socialismo y de la democracia en nada había cedido a una versión militarizada y carismática del liderazgo, los trabajadores carentes de una ambición personal y ajenos a las técnicas de la violencia—[45] comenzó a llenarse, desde comienzos de 1920, por los soldados atrincherados en Munich, por los miembros de las asociaciones de veteranos, por los afiliados a las agrupaciones de combate antisemitas, por los activistas de los *Freikorps*, hombres como Hermann Göring o, sobre todo, Ernst Röhm, hombres como Hermann Esser cuyo posterior anonimato

ha borrado su función decisiva en apartar a la vieja guardia en aquellos años y en desplazar la orientación del partido hacia una táctica de propaganda brutal. Estos hombres disponían de una cultura política muy distinta a la de los fundadores del DAP, la vieja guardia en la que aún podía apoyarse Drexler, y su paso de las organizaciones más radicales al partido iba poniendo en condiciones de inferioridad a quienes lo habían fundado. Eran hombres cuya experiencia fundamental no era la de la propaganda patriótica durante la guerra, sino la del frente. En él habían forjado una idea de la disciplina, de la comunidad de trincheras, de la camaradería, de la legitimidad de la violencia, de la corporeidad agonizante o dominadora de la nación en marcha. La experiencia de masas que habían tenido los había marcado para siempre en un estilo de vida, que ellos tomaban por una ideología con bastante acierto, al considerar que esa diferencia entre las argumentaciones liberales o el tipo de lucha de clases marxista y la identidad comunitaria de guerreros que ellos representaban era, precisamente, lo que iba a marcar el período de entreguerras. Su posición contrarrevolucionaria era también una experiencia bélica, no una propaganda contra determinadas ideas: era un sentimiento adquirido en la práctica, en el combate, en el riesgo y en el acto de depositar la propia vida en tus camaradas que ello comporta. Ante la intensidad de esos actos, cualquier forma de militancia menos áspera podía resultarles un acto repulsivo, que parecía olvidar lo que los hombres habían sido capaces de sentir en el mundo de la guerra. Cualquier otra cosa les parecía una renuncia, no el final de un paréntesis, sino una absurda estupefacción cívica. Hombres de armas durante tantos años, sólo podían entender la política como la continuación de la guerra, y la revolución nacional como la forma precisa en que la guerra continuaba contra los mismos enemigos que habían provocado la derrota, que tenían la osadía de llamarse «alemanes». Todo

este universo necesitaba dotarse de consignas, de bandera propia, de rituales de marcha, de liturgias de combate, de uniformes que construyeran la imagen de un solo organismo, superando el carácter parlamentario del viejo movimiento *völkisch.* Pero necesitaban un líder, ese oficial en cuyas manos habían depositado las esperanzas de sobrevivir, ese sargento que había comido y sufrido en su compañía, ese cabo que les había flanqueado en los campos atestados de camaradas muertos y aturdidos por el sonido de las bombas, el aire desordenado por el fluir de la metralla y la espantosa geografía humana de los cuerpos cancelados. La victoria de Hitler no fue sólo el resultado de sus mejores dotes de orador, sino también de la congruencia entre su propia experiencia y el partido que se había ido forjando tras la revolución de 1919.

Por ello, el hecho aparentemente menor, o inexplicable, que se esconde tras la crisis interna del verano de 1921, cuando Drexler tuvo que abandonar sus proyectos de unificación con la *Abendländischer Bund* del doctor Dickel, su posible expansión hacia Austria o Checoslovaquia, su contacto con el DSP de Brunner, no responde solamente a una caprichosa disputa de un liderazgo que ya estaba asentado. Lo que se estaba poniendo de manifiesto era, precisamente, dos maneras de entender el movimiento *völkisch*, en las que Drexler seguía representando a los sectores de obreros especializados y de clase media —a unas personas de orden cuya vida había sido sacudida por la derrota, pero unidos aún en torno a unas formas de hacer política que respetaban los métodos de la negociación desde posiciones radicales, la discusión y la propaganda tradicional, el proyecto entendido fundamentalmente como una nacionalización de los trabajadores — y a quienes, como los nuevos seguidores de Hitler, comprendían la política superando esas viejas actitudes y creando un moderno partido fascista, aun cuando Hitler hubiera de aplazar las cosas hasta la refundación

de 1925, una vez hubieran sido completamente vencidas las organizaciones paramilitares de las que dependía su partido. Cuando Hitler se opuso a las conversaciones con otros partidos en los que predominaban las viejas ideas, Drexler trató de contraatacar dejando que se distribuyera un panfleto insultante contra Hitler y sus secuaces, en especial Herman Esser, que siempre representó, a ojos de muchos nacionalsocialistas, el peor aspecto de esta nueva guardia pretoriana que rodeaba a Hitler.[46] Lamentablemente para Drexler, Hitler estaba en condiciones de exigir, de poner un ultimátum a la dirección del partido, y sólo por ello lo hizo, pues nunca habría arriesgado todo el esfuerzo realizado en aquellos meses: su baja le habría convertido en un cadáver político. Contando con el apoyo de algunos sectores financieros de Baviera, con la estrecha vinculación a los grupos paramilitares y con su propia trayectoria, que se había reforzado en diciembre de 1920 con la compra del semanario de mayor tirada del espacio *völkisch*, el *Völkischer Beobachter*, Hitler disponía de fuerzas como para enfrentarse incluso a Drexler, a Feder y contando con el inesperado apoyo de quien aún era compañero de partido de Dickel, Julius Streicher, que temió que la operación contra Hitler pudiera representar el triunfo del sector moderado del movimiento *völkisch*, algo en lo que no se equivocaba: en cualquier caso, tal ayuda, considerando el peso de Streicher en la otra gran capital de Baviera, Nuremberg, pudo resultar algo decisivo para desalentar no sólo a los nazis, sino también a los miembros de los otros grupos implicados.[47] Las propuestas de Hitler implicaban la normalización de lo que ya era un hecho; sin embargo, como todo proceso de regularización de lo que está ocurriendo en la realidad, implicaba el reforzamiento del carácter de ese mismo acontecimiento. Hitler no sólo veía reconocida una posición, sino que además ponía las bases para la modificación definitiva del movimiento, como volvería a hacer tras su salida de la cárcel en 1925. La carta a los

miembros del comité había solicitado la entrega de un poder absoluto como jefe del partido («ersten Vorsitzenden mit diktatorischer Machtbefugnis»), un cargo que le permitía llevar adelante la reorganización y purga de la dirección; la permanencia de la dirección del partido en Munich; la prohibición de cualquier modificación del nombre o del programa del partido en los siguientes años y el freno a cualquier proceso de fusión, invitando solamente a quienes estuvieran de acuerdo con las ideas del NSDAP a entrar en sus filas (*nur deren Anschluss*); la prohibición de asistir a cualquier otra reunión con partidos afines en Austria; aspectos a los que se añadía que tales demandas no se hacían por interés personal, sino por la convicción de que, sin una dirección de hierro, el partido acabaría en manos de aquellos con los que se estaba tratando. Lo cual, a todos los efectos, sólo significaba una diferencia estratégica, pues el propio Drexler y sus compañeros podían considerar que tal proceso no tenía que contemplarse más que como el resultado de una evolución lógica de politización del movimiento *völkisch* en el que la adopción de uno u otro nombre había sido sacrificado en los últimos tres años a circunstancias diversas.[48] Pero ya ni siquiera se trataba de eso, sino más bien de firmar las condiciones de una rendición que no tuviera tal aspecto, un acuerdo basado en un debate y una rectificación. Sin embargo, la resistencia opuesta por la dirección del partido y su ingenuo llamamiento a una asamblea general de militantes para el 29 de julio indicaban la diferencia de maestría en el manejo de la táctica, dado que una expulsión podía crear una crisis temporal, mientras que una petición de apoyo de las masas de militantes podía ser controlada por los partidarios de Hitler. Como indicaba un informe de policía que recoge Franz-Willing, se trataba de un enfrentamiento entre radicales y los legítimos representantes de un partido que iba orientándose hacia una acción parlamentaria, dejando de lado cualquier cuestión relacionada con la

unificación con otros grupos.[49] La expulsión de Esser y la salida de la dirección de Körner, acordada por orden del comité el 21 de julio, podían señalar este carácter no personalizado de la lucha que Hitler había tratado de imponer, aun cuando el escenario había sido dispuesto apresuradamente por la reacción de éste, y era difícil variar su visibilidad. Por el contrario, parecía querer castigarse a sus partidarios por el hecho de serlos, no por una posición política que los distinguiera del resto de los dirigentes. En ese momento se recibió por unas docenas de dirigentes el panfleto firmado por un «comité provisional revolucionario», en el que se llamaba a Hitler Adolf I, rey de Munich, y se afirmaba incluso la influencia judía en sus ansias de poder en contra de Drexler. Como no podía ser de otra forma, la torpeza de los cuadros de dirección al convocar una reunión que debían haber aplazado indefinidamente, el reparto de un injurioso panfleto que parecía redactado por los propios partidarios de Hitler y el prestigio de éste dentro del partido fueron bastante para provocar la aplastante derrota del Comité de Dirección. Hitler fue el primer interesado en cerrar la crisis de la manera más apropiada y como acostumbró a hacer a lo largo de su vida: dejar que Drexler siguiera ocupando un puesto de responsabilidad nominal, considerar fijada la reconciliación a sabiendas de que todo el mundo había comprobado su victoria —y ahora su generosidad— y reconstruir el partido durante el verano de una forma que destruyera cualquier vestigio de peligro en el futuro. En el fondo, como en 1919 o en 1920, se trataba de adaptar las condiciones organizativas a la realidad política, y de que estas mismas reglas permitieran que la victoria política fuera completa. Más de mil personas dieron su apoyo a la renovación, que dejó a Drexler en la penosa situación de Presidente de Honor, mientras tenía que soportar que el nuevo *Vorsitzender* fuera Hitler y que Herman Esser, su peor enemigo, pasara a convertirse en miembro del nuevo *Vorstand* como primer secretario.

Inmediatamente, la estructura se aseguró con la creación de comités específicos encargados a personas de la confianza de Hitler.[50] Más de dos años antes de la acción que le llevaría a su ruptura con el partido, el *Putsch* de 1923, Drexler asistía a una ceremonia como las que Hitler habría de saber organizar magistralmente en el futuro: podía haber perdido la batalla en una reunión personal con el Comité de Dirección, pero nunca en una reunión de masas como la del 29 de julio. Como bien lo indica Tyrell en su minuciosa descripción, era el esbozo (*Entwurf*) del *Führerpartei*, que venía a sustituir al partido de organización democrática que había existido hasta entonces. Drexler no podía oponerse a la congruencia hitleriana: una cosmovisión antidemocrática, una estrategia antidemocrática, no podían organizarse democráticamente. El tipo de partido no era un tema de organización, sino de ideología. Y los poderes absolutos no se referían a la eficacia o a la situación de excepcionalidad, sino a una concepción mística de la política, una construcción religiosa en la que, como se decía en el juramento de los grupos paramilitares del partido, «¡Führer, ordena!» («Führer befiehl!»). El esbozo tenía que perfeccionarse a la luz de los acontecimientos y, desde luego, tenía que orientarse de acuerdo con la progresiva extinción de una fase de la República en la que la dispersión de las organizaciones *völkisch* y los grupos paramilitares podían imponer una mezcla de disciplina militar y de chantaje político permanente. Pero el camino se había emprendido mientras las opciones de Drexler iban quedando atrás, territorio político que caducaba por efecto de la distancia más que del tiempo. La noche caía sobre la residencia sentimental del movimiento nacionalsocialista como lo habían comprendido Drexler y sus compañeros, el tiempo hacía estragos en un edificio abandonado, adueñándose de sus estancias y desfigurando su expresión. Al otro lado del espejo de la política, en el proceso de congruencia con el tiempo nuevo —

esas estructuras desde las que Hitler podía ya escribir a Julius Streicher como el Führer en un singular mayestático—, se preparaba un nuevo partido dotado de fuerzas de choque, asignadas muy pronto al héroe de guerra Hermann Göring, aún no uniformadas, pero dotadas de un nombre que las haría célebres, *Sturmabteilung*, en el que la palabra *Sturm* no sólo significaba «asalto», sino que resonaba como su misma tarea: en el principio fue el Verbo, pero el Verbo se hizo Acción.

Como Presidente de Honor de un partido cuyo liderazgo personal se iba afirmando al margen de sus estructuras formales, Anton Drexler solamente podía ir retirándose de la escena política sin dejar de abandonar las esperanzas de un error de los radicales que empujaban a Hitler a una acción militar contra un régimen que el viejo nacionalsocialista sabía mucho más fuerte de lo que creía Hitler, en especial en comparación con los grupos de excombatientes y los guardias de asalto que podían recorrer el país y ocupar Coburgo a finales de 1922, a la manera como lo habían hecho las escuadras mussolinianas, o que podía hacerse con el apoyo de un arruinado Julius Streicher, cuyo periódico *Der Stürmer* sólo podía disgustar a los antisemitas que no identificaban su opción con la caricatura pornográfica. El error podía producirse por una dinámica que exigía, en virtud de la propia dispersión del movimiento, de los numerosos cabecillas, de la equivalencia entre organizaciones políticas y paramilitares, dar un golpe contra el régimen incluso en contra de la extrema derecha parlamentaria. A lo largo de 1923, las constantes divisiones del movimiento, en el que se demostraba que Hitler podía dominar el NSDAP pero, en absoluto, imponerse a los ritmos de impaciencia o timidez impuestos por los dirigentes de organizaciones como *Bayern und Reich* o la *Kriegsflagge* —que rompieron la alianza de organizaciones nacionalistas constituida a comienzos de año por discrepancias con el radicalismo del Partido Nazi—. Estas pérdidas iban

aislando a Hitler y al que ya era su partido. Lo que no podía entender Drexler es que el aislamiento a corto plazo podía convertirse en un factor de prestigio a los pocos meses, y que Hitler podía estar potenciando las divisiones internas del movimiento patriótico para quitarse de encima a quienes estuvieran en posición de disputarle el liderazgo. Naturalmente, tal aspecto podía suponer un grave riesgo para una acción, pero incluso su derrota podía implicar la clarificación de un paisaje excesivamente brumoso, en el que la identidad del NSDAP se camuflaba en el magma de organizaciones aliadas y el liderazgo de Hitler parecía limitarse al partido, para dejar el de Ludendorff como imagen capaz de reunir a todos los patriotas antirrepublicanos con una visión militarista del cambio político.[51]

Sin embargo, si el fracaso del *Putsch* parecía alejar a Hitler de la actividad política nacionalsocialista, mientras los radicales quedaban sometidos a una dispersión que les haría difícil restaurar el liderazgo del movimiento, los «años de prohibición» que se prolongarían hasta comienzos de 1925 en Baviera sólo alentaron la esperanza de Drexler en las posibilidades que ofrecía una nueva situación: la creación del Movimiento Nacionalsocialista de la Libertad (NSFB), liderado por Ludendorff, Gregor Strasser y Albrech von Graefe —un dirigente *völkisch* del norte, que disponía de una pequeña organización de extrema derecha escindida del DNVP en 1922—.[52] Si las posiciones contrarias a la participación electoral y los pactos no dejaban de expresarse, por parte de algunos dirigentes del norte como Ludolf Haase de acuerdo con los criterios asamblearios del viejo movimiento *völkisch*, la actitud moderada y la vía parlamentaria seguida por los pragmáticos Strasser y Graefe, apoyados en el prestigio aún intacto del héroe de guerra, permitió que los réditos del proceso contra Hitler y sus compañeros se expresaran en un triunfo electoral, especialmente en Baviera, donde Drexler permaneció como diputado hasta

1928, cuando dejó la política definitivamente. Sus esperanzas de regeneración del movimiento se mostraron inútiles cuando su solicitud de expulsión del partido de Esser fue rechazada en la reunión de refundación de febrero de 1925.[53] Tiempo después, Drexler impulsó la creación de un movimiento nacionalsocialista propio (*Nationalsoziale Volksbund*) que no tuvo la menor incidencia en las condiciones de polarización y de fijación de campos que se estaban produciendo: no podía contar con los moderados electoralistas ni con los radicales asamblearios, mientras que cualquier aproximación a Streicher, Amann o Esser le resultaba un impedimento anímico e ideológico esencial para relacionarse con el partido de Hitler. El *Führerprinzip*, impuesto con una brutalidad que llegó a provocar el desconcierto de personas tan contenidas como Gregor Strasser, la ruptura con Graefe y la retirada política de Ludendorff situaron a Drexler en esa posición imposible en la que se encuentran quienes han dado vida a algo en lo que intuyen su propia sangre, pero una extraña conciencia pervertida, una desviación, una contaminación creciente que convierte las palabras aparentemente compartidas en los célebres «falsos amigos» que atormentan a los traductores. En sus memorias, Kurt Lüdecke recordaba a un anciano y enfermo Drexler al que el partido en el poder ni siquiera era capaz de ayudar en la compra de la silla de ruedas que necesitaba y apenas podía permitirse. Tal testimonio puede compararse, en manos de este autor, con las referencias a un descontento generalizado de la vieja guardia en torno a Hitler a partir de 1930 y debe ser tomado con precauciones, aunque los últimos documentos de Drexler que se conservan, dirigidos precisamente a tratar de rectificar la historia del partido creada por Hitler y sus colaboradores, indican las pésimas relaciones en que se encontraba el fundador del DAP con su antiguo camarada y un grado de ostracismo inexplicable, que podía haberse compensado con algún cargo menor, algo a

lo que Hitler nunca fue reacio. Sin embargo, el Führer se hallaba frente a su propia memoria, a un derecho de primogenitura que ponía en peligro un elemento esencial de su reinado en la tierra. Muerto durante la guerra, Drexler había de recibir el homenaje tardío y desesperado de quien, compañero suyo en las primeras andanzas del partido en Munich, entregó su alma a la organización y tuvo que entregar su cuerpo al verdugo de Nuremberg. En sus anotaciones de prisión, Alfred Rosenberg le recuerda casi en forma de un epitafio:

> Drexler no estaba muy familiarizado con cuestiones económicas, pero era un hombre sencillo, que actuaba de corazón. Había experimentado personalmente gran parte de los sufrimientos que los trabajadores padecieron en Alemania, y comprendió que cualquier solución pasaba por la unidad de todo el pueblo. Más tarde, describió su carrera en un libro modesto. No creía demasiado en los antiguos partidos, ni consideraba que el parlamento tuviera mucho que ver con sus esperanzas de regeneración social. Todo parecía en desorden y quienes llamaban a la revuelta sólo conseguían reunir bandas de desesperados sin ningún pensamiento que les concediera un destino. ¿Qué hacer? Drexler estaba realmente preocupado. Era un hombre alto, atildado. Sus ojos miraban, frecuentemente, con honesta desesperación tras sus gafas. Uno de tantos, de tantos miles buscando un camino en el caos, a pesar de que algunos de ellos se encontraran en algún momento al otro lado de las barricadas.[54]

Drexler era más que todo eso: era un activista contrarrevolucionario, un antisemita convencido, alguien que toleró la compañía y las palabras de Hitler claramente dirigidas a convocar la lucha contra la República y contra los «falsos alemanes». Los perdedores parecen expiar en su derrota sus pecados, aunque no deja de ser curioso que, en pleno exterminio, cuando nadie podía ignorar la catástrofe de la guerra racial ni las medidas tomadas contra los judíos y los «asociales», cuando nadie ignoraba la existencia del terror político y de los campos de concentración, Drexler aún quisiera disputarle a Hitler la primogenitura de lo que había llevado a aquel desastre moral. Quizás Rosenberg, a las puertas de la muerte, tuviera sus propias

razones para sentirse próximo a aquel individuo, algo que tendremos ocasión de ver en la trayectoria de quien sí llegó a ser ministro de Hitler. Sin embargo, en aquellos ojos interceptados por las gafas, tal vez Rosenberg pudiera confundir la honestidad con la desesperación. No es que creer en algo lo convierta en verdadero. Es que ni siquiera la honestidad de la creencia puede contagiarse siempre a la rectitud moral de lo creído. Pero ése no era, desde luego, el epitafio que podía escribir alguien a quien esperaba el patíbulo por haber creído sin dar a sus adversarios la misma posibilidad.

2
Julius Streicher
Mirando hacia atrás con ira

En 1928, los dirigentes del Partido Nacionalsocialista en Hamburgo, encabezados por el *Gauleiter* Albert Krebs, recibieron en la estación de ferrocarril al legendario dirigente del NSDAP en Nuremberg, Julius Streicher, que debía colaborar en la campaña electoral mediante una conferencia, aprovechando que se trataba, tal y como lo había calificado determinada prensa austríaca, de uno de los mejores oradores de Alemania.[1] Para sorpresa de los presentes, y en especial para la del muy juicioso Krebs, Streicher indicó que no se sentía bien y que temía haber tomado café envenenado por los judíos, que estaban conspirando desde su salida de Nuremberg. Lo que más sorprendió a Krebs —y lo que, según él, le permitió comprender el carácter profundo del antisemitismo de personas como Streicher— es que el dirigente de Franconia era una persona con una conversación inteligente, cuyas apreciaciones acerca de las fuerzas sociales existentes en Nuremberg nada tenían que ver con aquella actitud primaria, sino con una penetrante capacidad de analizar el tejido social y cultural en el que actuaba. Esa duplicidad era la esencia de un antisemitismo patológico, pues Streicher creía verdaderamente que trataban de asesinarle, que existía una conspiración judía para hacerlo, hasta el punto que se hizo acompañar por guardaespaldas en Hamburgo. Krebs, que en sus memorias no deseó entrar en ningún juicio acerca del famoso carácter conflictivo del personaje, dejó constancia de lo que le había de hacer no sólo célebre, sino,

una vez acabada la guerra, en el acusado más notable de antisemitismo durante el primero de los procesos de Nuremberg, la ciudad en la que había ejercido un poder incalculable.[2]

En su conciso ensayo acerca de la formación del poder político de Streicher en Nuremberg, Robin Lenman indica que la obvia existencia de desequilibrios psicológicos en la obsesiva atribución de culpabilidades realizada por el dirigente nazi no puede despojarse de su congruencia con un ambiente social, sin el que las posiciones de este miembro de la pequeña clase media habrían quedado fácilmente desautorizadas y condenadas a una franja de lunáticos sin incidencia.[3] Lo que resulta significativo es que esa misma corrupción del carácter que parecía sorprender a Krebs —algo que no deja de ser, a su vez, sorprendente, en el dirigente de un partido que ya llevaba nueve años sin ocultar sus principios antisemitas como rasgo nada secundario de su perfil, aunque tal vez sin emparejarlos con la paranoia que aparece relatada en la breve semblanza— es la forma en que la posición personal de Streicher, vinculada fundamentalmente a la cuestión judía, había conseguido disponer de una audiencia nada desdeñable en el norte protestante de Baviera—. Cómo sobre esa base fundamental, a la que se podían añadir los otros factores populistas del pensamiento *völkisch*, el antiguo maestro de escuela había logrado hacerse con un espacio público que ya no abandonaría, ni siquiera cuando determinados rasgos de su personalidad le hicieron ganarse el desprecio de sus propios camaradas, que no lograrían su destitución hasta el comienzo de la guerra mundial, dada la lealtad con la que Hitler pagaba la que le había proporcionado en momentos difíciles el monarca ultra de Nuremberg. Éstos fueron los dos elementos que fundamentaron su carrera en el partido: por un lado, un perfil antisemita que ningún otro dirigente podía arrebatarle en la forma en que Streicher lo presentaba a sus oyentes o a sus lectores. Nadie como él construyó un

movimiento político que se basaba hasta tal punto en el antisemitismo, siendo el resto de los factores de su propuesta meras adhesiones adjetivas a su sustancia ideológica y política; por otro, el dominio de un área que hubo de disputar a muchos adversarios ansiosos de hacerse con el poder en la principal ciudad de Franconia, algo que no sólo le llevó a disponer del permanente apoyo de Hitler en los numerosos enfrentamientos que se dieron en el partido antes de la conquista del poder, sino que le llevó a desdeñar algún cargo público tras la *Machtergreifung*, precisamente porque habría supuesto su paso a la capital administrativa de la región, Ansbach, o al propio centro del Reich, Berlín.[4] La vinculación de estos dos elementos es importante como un factor que nos permite penetrar en la espesura de la adhesión al nazismo, que se encarna en el poder adquirido por una persona tan conflictiva como Streicher en una ciudad de origen tan moderado como Nuremberg, lo que expresaba la radicalización de la sociedad, la nueva función del antisemitismo, el desplazamiento cultural de la clase media no sólo hacia tendencias ideológicas determinadas, sino hacia la forma en que éstas podían presentarse, al hacer de Nuremberg, *al mismo tiempo*, la ciudad en la que se celebraban los congresos que construían el inmenso símbolo de la *Volksgemeinschaft*, con sus anuales ejercicios de representación escénica de la hermandad comunitaria, de la lealtad al líder, del encuentro con una idea que unificaba a la nación: en definitiva, de la inclusión radical, mientras Nuremberg había sido la ciudad donde se había sostenido el carácter más obsceno de la propaganda antisemita, del factor que permitía cimentar al *Gemeinschaftsfremde* construido como arquetipo, a través de las páginas del popular semanario dirigido por Streicher desde 1923, *Der Stürmer*. También había sido la ciudad que dio nombre, en 1935, a las leyes de ciudadanía que implicaban, con el pretexto de la defensa del honor y la sangre del pueblo alemán, la exclusión de los judíos en la norma de máximo

rigor obtenida antes del proceso de guetización, deportación y exterminio que se produjo después. Fábrica de identidad racial y de mercancía defectuosa, industria constructora de un material simbólico que, sin embargo, también perpetraba los elementos jurídicos del proyecto cuando Alemania solamente había iniciado el camino que llevaría a Auschwitz. La locura que Krebs deseaba hallar en la actitud recelosa de Streicher en la estación ferroviaria de Hamburgo en 1928, y que dio lugar a que los médicos de Landsberg en 1924 y los del tribunal de Nuremberg en 1945-1946 pudieran considerar el desequilibrio mental del personaje.[5]

Sin relevancia alguna en el régimen nazi y, sin embargo, considerado tras su destrucción como uno de los principales responsables de sus crímenes raciales, Streicher parecía representar, dentro del propio cuadro de responsabilidades con el que los vencedores distribuyeron el acta de su acusación solemne en Nuremberg, quien encarnaba el *aspecto* antisemita del movimiento, quien representaba el principal de sus factores de cohesión basado en la exclusión y en las consecuencias más radicales de éste. Si la autoridad máxima de su realización, Heinrich Himmler, se había suicidado poco después de su detención, Julius Streicher pasaba a ocupar un espacio que disponía de mayor significado del que probablemente le otorgaban sus propios jueces: había sido el hombre que había preparado el camino, no el eficaz administrador que había construido la maquinaria con capacidad para dar al antisemitismo una función en la *Vernichtung* con que las SS insertaron su trabajo en una progresiva ocupación de espacios de poder en el sistema. A Streicher se le podía implicar en haber hecho del nacionalsocialismo el proyecto político de un antisemitismo de masas en la ciudad que era la expresión misma del movimiento, una alternativa a la urbe fundacional y a la capital del Reich conquistada. Un Nuremberg que establecía una trinidad de aire religioso con Munich y Berlín, en la que

correspondía a la primera ciudad el nacimiento del nacionalsocialismo y a la segunda sus concesiones políticas para poder ocupar la capital desde donde siempre se había gobernado la Alemania unificada desde 1870. Sin embargo, a Streicher no se le reconocía —y habría resultado difícil hacerlo en las condiciones inmediatamente posteriores a la guerra, cuando la ideología nazi solamente podía comprenderse como una patología— en su «juiciosa» administración de los aspectos inclusivos que todo proyecto comunitario posee, una entrega a la parte sana de la nación que hace merecedor de formar parte de su virtuosa condescendencia, de su exacta delimitación de integración y extranjería, proporcionando el camino del retorno a la comunidad para quienes sienten su vida en estado de incertidumbre.[6] Todo lo que se contemplaba como una recurrente y escandalosa construcción de un arquetipo de obscenidad y de indecencia, de suciedad y de inmoralidad en todos los órdenes de la vida, que el semanario de Julius Streicher repartía entre unas decenas de miles de ávidos lectores de ese tipo de prensa, sólo puede comprenderse adecuadamente desde la posición inversa que se atribuye a quienes actúan como delatores, como divulgadores, como creadores del arquetipo precisamente para diferenciarse de él y, sobre ello, construir un arquetipo alternativo, una vida honesta, moral, recta, que ha sido degradada por las especiales circunstancias de la posguerra. Podría pensarse que, en la mentalidad de quienes siguieron a Streicher, el antisemitismo cumplía la involuntaria función de la defectuosa copa dorada de Henry James, que descubría una infidelidad en la apariencia pomposa de un ambiente de orden y de ajuste a las normas sociales. Sin embargo, parece más probable que fuera Gregor Samsa, el protagonista de *La metamorfosis* de Kakfa, el que mejor respondiera a esa juego deformante de espejos, en la medida en que lo que se produce no es una decepción que se encubre, sino una súbita destitución que quiere hacerse pasar por

deshumanizadora porque pierde la apariencia humana, un cese de pertenencia que no deriva más que del aspecto, no de la conciencia, pero que rápidamente se atribuye a una anormalidad, a una impureza que sirve para establecer la complicidad y gratificación de quienes siguen siendo normales o que consiguen obtener tal normalidad en el proceso mismo de separación del repentino intruso, comprometiéndose en un ejercicio de exclusión al que sigue el alivio de la extinción vital. En el aparente mundo caótico kafkiano, esa neurosis buscada en Streicher debería quizás situarse en determinados rituales con que los nuevos enfoques de la modernidad tras la Gran Guerra habían de buscar volver a poner orden en la sociedad, devolver el lugar perdido, entronizar en una profunda restauración en forma de regeneración lo que ha sido arrebatado, convertir el exilio en el reino de nuevo. Un regreso a la comunidad, a una estancia razonable, a un paraíso de estatus social difuminado por los desastres de la guerra y atormentado por la crisis económica, la racionalización industrial y un portentoso cambio de ciclo social.[7] Sin duda, la función que el antisemitismo tuvo como un elemento concreto en una dilatación —extendida más del propio exterminio judío— de la lógica integracionista que siempre posee la determinación de un adversario que concentra la carencia de higiene de una sociedad y deposita la limpieza en quien lo detecta y lo denuncia, ha ocupado buena parte de las reflexiones acerca de uno de los factores clave de los riesgos de la veneración de la identidad en nuestras sociedades, aun cuando se haya sido algo más reacio a contemplarlo como una solución que no desmiente la modernidad sino que, más bien, la completa pervirtiéndola.[8]

Streicher no fue acusado de esa función integradora, sino de lo que permitía realizarla a través de la incitación al odio, del descubrimiento del diferente, del ajeno, del que podía y debía ser destruido en dos fases: primero, en la de un movimiento de toma de conciencia que era capaz de ir

dotando de una normalidad racista a los ciudadanos hasta entonces moderados; después, cuando se hubiera producido la normalidad de ese proceso de violencia, cuando se hubiera anestesiado el cuerpo social al mismo tiempo que se radicalizaba, proceder a una separación legal cuyas consecuencias importaban menos que el hecho de construcción de la comunidad popular que proporcionaba, y del que el proceso de movilización antisemita había sido un requisito. Cuando uno observa el libro que se editó cuidadosamente por el propio Streicher en 1933, como conmemoración del primer congreso de Nuremberg celebrado tras la llegada al poder del partido, no puede menos que considerar esa función que era la que había permitido a un personaje de características personales tan poco apreciadas, a un vistoso fanático, ser aceptado como la manifestación personal de lo que sentía una zona notable de la sociedad de Nuremberg. Su conversión en un elemento excéntrico, que habría de ser tan habitual en las condiciones de la derrota del nacionalsocialismo, no permitiría entender todo lo que un libro primorosamente editado en aquellos momentos quería implicar, antes de que Leni Riefenstahl llegara a consagrarlo mediante uno de los mejores reportajes de la historia. Pues, como habría de hacer la película en sus primeros compases, cuando el avión que transporta al Führer sobrevuela la ciudad, junto a las fotografías de los principales dirigentes del partido, el protagonismo se cede al recinto urbano y a sus habitantes. Si los individuos son los cuadros del NSDAP que ocupan el liderazgo del proceso de regeneración, la *Volksgemeinschaft* tiene algo más que las construcciones realizadas por Goebbels y Speer para la realización de los actos de masas. Es la propia tradición edificada, los puentes sobre el río, los torreones vetustos que parecen haberse mantenido en pie para otear la catástrofe y convertirse en un punto de referencia, en una zona de llamada a la que se ha acudido desde el congreso de 1927. Las

masas en un orden nuevo, en una integración meticulosa, disciplinada, que construye la imagen de una norma social reconstruida sobre los escombros de la República nacida de la derrota y la humillación. Las masas que forman parte del paisaje urbano son excepcionales transeúntes pero, al tiempo, nada extraños a las fachadas cuyos balcones se adelantan hacia la calle ataviados con las banderas del partido, incrementados con la frecuencia de las flores, sólidos en su lugar y ondeando por el efecto visual de los estandartes al viento, como la misma comunidad que ha pasado a representar la ciudad entera. Las escenas de confraternización, de igualdad, de sentimiento de equivalencia y jerarquización asumida, la vieja cultura *völkisch* inculcando de nuevo a la antigua residencia de los Hohenstauffens la impresión de algo que no es sólo protagonismo, sino la sensación de una *Wohnungsfrieden*, una paz de vecinos. Y abriendo el congreso que se celebra en el corazón de ese organismo vivo, quien es el responsable de la eliminación de sus elementos patógenos, el *Gauleiter* de Franconia, Julius Streicher, dirigiéndose a los delegados al congreso para señalar la bienvenida que les da la antigua ciudad, cuando el sueño del partido se ha cumplido.[9] Nuremberg no podía haber pasado a un proceso de radicalización tan potente sin las condiciones a las que nos hemos referido en la primera parte de este trabajo y que, en el caso de la ciudad más importante de Franconia, tuvieron un papel especial, al afectar a una sociedad tradicionalmente moderada, con impulso especial del movimiento obrero y del centroizquierda, y que pasó a mostrar como pocos casos la descomposición cultural provocada ya antes de la gran crisis de 1929, aunque no por un efecto directo de la experiencia de los consejos obreros, como sucedió en Munich. Nuremberg era una ciudad obrera, en la que el peso de los sectores medios era muy importante: mientras una quinta parte de la población trabajaba en empresas de más de mil empleados, especialmente dedicadas a

la metalurgia, una cuarta parte de la población activa lo hacía en centros de menos de seis empleados. La polarización estaba servida, aunque no incluyera una inmediata radicalización política, sino sólo las bases sociológicas de una posibilidad, a la que no tardarían en sumarse las vueltas de tuerca de una degradación cultural de la que Streicher sería responsable y beneficiario. En las elecciones constituyentes y estatales de enero de 1919 y en las municipales de junio del mismo año, el voto había ido a parar a los dos partidos socialdemócratas en un 60 por ciento, mientras el Partido Demócrata conseguía controlar el sufragio de la clase media al obtener entre el 30 y el 20 por ciento del voto.[10] La pérdida de estas bases del DDP y su paso al nazismo había de ser la principal baza de Streicher, que aprovechó la pérdida de confianza que se produjo tras la crisis que siguió a la aplicación de las cláusulas del Tratado de Versalles y la crisis interna del régimen hasta la estabilización de 1924. Sólo sobre la insólita pérdida de un área de influencia como la que se había obtenido en las primeras experiencias electorales puede entenderse el crecimiento de una personalidad tan especial como la del caudillo antisemita y el hecho de que fuera esta faceta del nazismo, precisamente, la que hiciera crecer al partido en la región, a pesar de las resistencias iniciales de los sectores agrícolas, cuyo trasvase sólo se produciría en la etapa final de la República.[11]

Curiosamente, la carrera política inicial de Julius Streicher se adaptó a esta posición moderada de la ciudad. Nacido en 1885 en una familia de clase media en Fleihausen, cursó estudios de magisterio y obtuvo plaza en un suburbio de Munich, dedicándose a la política muy pronto, en las filas de las juventudes del Partido Progresista, precedente del DDP en la etapa imperial. Su regreso de la guerra, donde obtuvo la condecoración de la Cruz de Hierro de Primera Clase y su ascenso a oficial, modificó radicalmente sus posiciones políticas, inclinándose por frecuentar los espacios de

fraternidad vinculados a las asociaciones patrióticas, en los que pronto había de destacar como orador.[12] Como en otros lugares de Alemania, el *Deutsche Völkischer Schutz- und Trutzbund* era la más importante de las organizaciones existentes, y su cariz antisemita conectó con una tendencia ideológica que ya había anidado en la mente de Streicher, que se convertía ahora en la base de sus posibilidades de proyección social y superaba el territorio frustrante de su actividad escolar, tan poco compatible con la alta estima en que se tenía y con la necesidad de buscar los ambientes que reprodujeran la excitación combativa y el sentimiento de confraternización del frente. Sin embargo, su interés se desplazó pronto de una organización tan heterogénea a la necesidad de formar un proyecto político en el que deseaba situar de forma prioritaria, como plataforma política de masas, el antisemitismo. En noviembre de 1919 se constituyó el Partido Socialista Alemán, al que se adhirió inmediatamente Streicher, iniciando la publicación del periódico *Der Deutsche Sozialist.* Tres aspectos habrán de distanciarle del partido, que le llevarían a la salida del mismo en cuanto viera la oportunidad de una alternativa, como hará siempre a lo largo de su carrera política: el sentido patrimonial sobre la ciudad de Nuremberg, la escasa disposición a aceptar las críticas al tono desabrido de sus artículos antisemitas y el hecho de que la lucha contra la dominación judía no se entienda como la base fundamental del resto de las facetas de un movimiento político.[13] Elementos parecidos le llevarán a romper con el grupo en el que se integrará al abandonar el DSP de Brunner, la Comunidad de Trabajo de la Liga de Occidente (*Deutsche Werkgemeinschaft des Abendländischesbundes*), fundado y dirigido por el doctor Dickel. En él permanecerá desde 1921, y publicará con la ayuda del secretario de la nueva organización un nuevo periódico, el *Deutscher Volkswille.* Las quejas por los excesos del lenguaje de Streicher se repitieron, lo cual le obligó a

comunicar a Dickel que era un hombre con convicciones firmes y que no pensaba abandonarlas, expresándolas con la vehemencia que no sólo correspondía a su temperamento, sino también a la manera en que la verdad debía manifestarse, en toda su crudeza. No en vano, cuando rompió con Dickel y acabó creando su propio movimiento, que mantuvo el nombre de *Deutsche Werkgemeinschaft* el semanario que apareció a partir de abril de 1923 *Der Stürmer*, indicó, bajo la cabecera del periódico, que luchaba por expresar la verdad (*Deutsches Wochenblatt zum Kampfe um die Wahrheit*). El que, junto con el órgano oficial del partido, *Völkischer Beobachter* y el de la organización de Berlín, *Der Angriff*, se convertiría en el periódico más importante del NSDAP y más relacionado con la esencia antisemita del nazismo, aparecía como resultado del legendario mal carácter de Julius Streicher, que le llevaba a una constante querella con sus propios camaradas, que se unían a la inacabable lista de demandas judiciales que habrían de ponerle las personas agredidas en su periódico o sus mítines.

Sin duda, nos hallamos en una de esas circunstancias históricas en las que la moderación de la estrategia y la tolerancia de las formas tienen menos prestigio, en amplios ambientes, que sus contrarios: la profundidad de las convicciones, en una posición que será heredera directa de la violencia heredada de la Gran Guerra, de las luchas revolucionarias y de la contrarrevolución, se manifiesta con mayor congruencia confundiendo la sinceridad con la bravuconería o, lo que resulta propio de la moral de la época, utilizando los vagos rumores ambientales, los prejuicios y las sospechas como pruebas de los principios. La corrección política pasa por el exceso, la exageración de las formas es un momento preciso de la intimidación, una fase de afirmación propia destinada a recluir al adversario en un espacio de confrontación que nada tiene que ver con la densidad de los argumentos, sino con su carácter espectacular. Esa superproducción

imaginaria rememora la monumentalidad de la guerra, las cifras imposibles de las víctimas, la velocidad de las ametralladoras, la cirugía deformante aplicada a un paisaje aniquilado. Se vive con una aceptación que sólo puede partir de esa experiencia, como si sus autores no hicieran otra cosa más que reunirse con los efectos especiales propagados por una época expresionista. De la resonancia, sin embargo, se pasa a la modificación de la urdimbre social en la que se trabaja políticamente, sin necesidad de llevarla a un terreno de superación de la catástrofe, mientras se la convierte en mero interludio, anticipando la que llegará cuando el nacionalsocialismo alcance el poder. La moderación es la mediocridad, la falta de responsabilidad con la grandeza del instante, el recogimiento individualista y recatado ante las exigencias de un Ser que desea ser interpretado a través de los actos. Esa ontología que se convierte en estética lo es sólo porque la autenticidad, lo que en el fondo es la comunidad, solamente podrá verbalizarse, tomar la palabra, decirse a sí misma metafóricamente, si halla el camino de una empresa que la reconcilia, que anula sus fracturas, que las expulsa considerándolas ajenas, estableciendo un territorio armonioso para quienes son la exhibición de esa sustancia íntima de la comunidad cercada por sus adversarios. El mérito de Julius Streicher, de ese personajillo de apariencia exasperada, de inteligencia mediana, de físico poco imponente, es haber *sentido* la presión atmosférica en la que su proyecto debe moverse. Streicher, como le ha ocurrido a Hitler, ha tenido la intuición de entender lo que una parte de la clase media de Nuremberg deseaba sin hallar un contrapeso sólido. Las condiciones de la crisis económica y la humillación nacional que sigue al tratado de 1919 pueden explicar esa radicalización, que va prendiendo en una *Mittelstand* progresivamente devastada, que pierde la certidumbre de su lugar, su seguridad social, su prestigio. Pero que tal desafecto se exprese a través del antisemitismo corresponde a dos

elementos complementarios: la existencia de una crisis de confianza burguesa que no puede ser controlada por los partidos liberales y va perdiendo apoyo en los núcleos meramente populistas o los partidos de interés,[14] y la forma en que el antisemitismo es una tradición silente, o moderada, o recluida en un espacio cultural, que puede pasar a ser factor de identidad política, que actúe precisamente como una reivindicación del propio lugar social utilizando una instancia de solidaridad nacional contra lo ajeno. Allí donde habían fracasado esfuerzos realizados a finales de la época guillermina de una envergadura cultural nada desdeñable, pasa a situarse la brutalidad sin sutilezas que se solicita por parte de un público que, entre otros hábitos de la clase media, ha perdido uno en el que no repara: el de la tolerancia del liberalismo decimonónico.[15] Lo que parece más importante es situar el éxito de Streicher en una conversión que no se produce en el vacío, sino en la propia tradición desplazada hacia otra zona de actividad, que tiene que ver más con las actitudes culturales de la clase media que con los nuevos espacios de sociabilidad que se crean y en los que el movimiento nazi habrá de alcanzar especial notoriedad, al ser uno de sus principales recursos la ruptura de esa columna vertebral de buenas costumbres que separa la vida familiar de la vida social en la clase media. La experiencia colectivista de la guerra, de la militancia en los grupos defensivos patrióticos y las condiciones de quiebra moral que se producen en los primeros años de la República desahucian esa línea de demarcación que había caracterizado a estos sectores, marginando a los más radicales. El fascismo es, en buena medida, un resultado de ese tipo de modernización, una movilización asociada a la irrupción de las masas o a una toma de conciencia de la clase media como sujeto de un nuevo espacio político. A ese *lugar* se asocia un *lenguaje* y se atribuye una *consigna*. El lenguaje rescata, más que inventa, el que ya se había utilizado en los años anteriores

de la guerra para hablar del judaísmo. Es el escenario el que induce su difusión y el que hace de un asunto privado la base de un proyecto político.[16]

Si Julius Streicher puede hacerlo, si su periódico coloca unos seis mil ejemplares en la ciudad que se convertirán después del *Putsch* de Munich en unos diez mil, es porque el antisemitismo es utilizado en sus discursos, como lo era en el caso de Hitler, como un método explicativo del resto de los problemas que asolaban a la clase media. El antisemitismo no aparecía como un tema ideológico aislado, sino como la única forma posible de explicar, según el público con el que se enfrentaba el conferenciante, las penurias de la clase obrera, el poder de los magnates económicos, la decadencia moral de Alemania, el peligro en el que se encontraban las muchachas sanas como resultado de las apetencias de un pueblo cuya visión de las relaciones sexuales con los gentiles era de utilización instrumental, no de cuidado del honor, de la salud y de la raza. Los motivos por los cuales los alemanes pueden pasar al antisemitismo político, además de la existencia previa de una tradición cultural de alteralidad, de extranjería, son las nuevas circunstancias que derivan de una propaganda de extrema derecha que ha podido ir vinculando los problemas del pueblo alemán a la acción de los judíos. La credibilidad no puede basarse en nuevos acontecimientos, pero tampoco en una mera tradición reservada al prejuicio: la tarea de los nazis —y, en este caso, de Streicher— es la *dignificación* del discurso antisemita, su politización en el sentido más literal de la palabra, haciendo del antisemitismo un asunto cívico de masas que supone el necesario preámbulo para resolver otras cuestiones. El escaso número de nazis que indican en la célebre encuesta Abel que se han hecho del partido porque tienen una mentalidad antisemita, que según los cálculos de Merkl no llega al 15 por ciento del total de quienes responden,[17] debe tener en

cuenta la poca representación de la zona en las respuestas y el hecho de que hasta cierto punto todos los militantes del partido comparten el antisemitismo, aunque no sea ese el motivo principal de su entrada en el NSDAP.[18] Lo que importa en los análisis de *Der Stürmer* o de la propaganda oral de Streicher es su capacidad de síntesis, algo indispensable para un movimiento que se basa en su carácter monolítico y heterogéneo al mismo tiempo, su esencia de movimiento de fe, de creencia que sólo tiene que *asistir* a unos rituales en los que se verifican principios, lo cual significa que Streicher pasa a conceder, más que una estrategia política, el escenario en el que el prejuicio pasa a convertirse en la participación en un espectáculo de masas, una forma de integración estética en la que se exige la *totalidad*. El sentimiento que se dejaba reservado al espacio familiar pasa a ser corroborado en el área popular, se muestra y se contempla, como en un juego en el que los camaradas de guerra se mostraran sus cicatrices. El sufrimiento no sólo tiene una huella: tiene, como las heridas, un motivo. Ese motivo hallará, en las palabras de Streicher, algo distinto a un programa de acción, pero necesario para que éste pueda cumplirse: una certeza experimental, sensitiva, táctil, corporal. En definitiva, virtuosamente racial. Cuando los judíos son atacados por ser modelo de execrables actitudes de lo que hoy llamaríamos «acoso sexual»; cuando los dibujos del hábil caricaturista «Fips» —Philip Ruprecht— presentan a los médicos observando lascivamente a las jóvenes arias, a los profesores abusando de sus alumnas, a los burgueses usando a alemanas necesitadas como amantes a cambio de dinero, sólo se edifica una línea entre el vicio y la virtud sobre la que se construye la decencia de la propia comunidad, aunque la sospecha de corrupción sexual era preexistente. Cuando se considera la explotación del hambre alemán por los especuladores; cuando se exhiben las prácticas del secuestro y asesinato de niños a manos de judíos esotéricos; cuando se

manifiesta el riesgo de la dominación mundial por una conspiración judía, se está trabajando sobre una vieja intuición. Lo que ocurre es que esa vieja intuición, que desde hace mucho tiempo ha ido acompañada de caricaturas del judío de nariz y barriga exageradas, de suciedad corporal y actitud lujuriosa, se convierte en algo más que un arquetipo para una revista de entretenimiento. Se convierte en un modelo de explicación y, por tanto, en la preparación de un programa de acción, que ha debido normalizarse previamente, justificándose a través de las acusaciones grotescas lanzadas en los mítines, y cuya única prueba es su propia exhibición, su propia realidad hecha espectáculo.[19] Las temáticas habituales del antisemitismo continental: la corrupción sexual —y racial—, el dinero, el poder, el cosmopolitismo… pasan a convertirse en un obstáculo para la emancipación de los alemanes. Ninguna política es realista sin considerar prioritariamente el problema judío. Si, fuera de Nuremberg, el problema parece menos importante, no deja de ser algo que va tomando la envergadura de un hecho asumido, frente al que solamente se puede salir al paso cuando se cometen excesos contra las personas conocidas que no se ajustan al arquetipo. El antisemitismo berlinés de las SA puede ser de distinto peso al de las posiciones de la clase media de Nuremberg, pero el antisemitismo se ha convertido en un elemento que sirve, junto con el liderazgo y el sentido de comunidad nacional encarnado en éste, para establecer una forma especial de doctrina rupturista.[20]

El encuentro con el Partido Nazi proporcionó a Streicher la posibilidad de hacerse con recursos económicos que le resultaban indispensables para mantener no sólo su liderazgo, sino también una cierta seguridad, ante el volumen de demandas judiciales que el alcalde del DDP, Luppe, descargaba sobre su persona, hasta que consiguió que perdiera su empleo de maestro en 1923, como resultado de sus constantes ausencias de clase.[21] Para Hitler, el

apoyo es indispensable, y se lo hará saber con esta brutalidad a un dirigente de los críticos del norte cuando, a través de su secretario Fobke, le indica, en 1924, que ha conseguido reunir a sesenta mil militantes, más que el resto de los nacionalsocialistas en Baviera entera, por lo que no está dispuesto a prescindir de él por meras cuestiones de simpatía personal o de temperamento.[22] En octubre de 1922, cuando Streicher asume la entrada de su grupo en el NSDAP, ya ha evitado la instalación de grupos nazis en Nuremberg, dejando muy claro que cualquier actividad política en la ciudad tiene que pasar por su persona, de una popularidad imbatible en el público de extrema derecha, aun cuando tenga graves enemigos en el seno de las organizaciones más próximas, cuadros de las SA o del propio partido que Hitler deberá calmar ante la exigencia de Streicher de controlar siempre el aparato del partido en su ciudad. Ya le llegará al Führer el tiempo de la dominación y, en cualquier caso, cuando tiene que reñir a Streicher por los problemas de convivencia que llegan a paralizar el trabajo político en Franconia lo hace a través de Amann, no en persona. Ninguno de los numerosos adversarios de Streicher, que crecen a medida que el partido incrementa sus efectivos y el pastel de la ciudad se hace más apetitoso, consigue romper el vínculo que lo ata a Hitler, único factor que podía causar su desgracia y que acabará propiciándola en 1939. Ni las acusaciones de conducta corrupta con adolescentes, de infidelidades en su matrimonio, de afición a la pornografía, de autoritarismo o de un exceso de independencia pueden modificar la posición del Führer. Streicher le ha mostrado algo que el Führer necesita: la asunción plena del carácter del partido como el de un liderazgo absoluto, evitando las costumbres asamblearias del movimiento *völkisch.* ¿Cómo iba a aceptar algo distinto quien había gobernado con mano de hierro la ciudad de Nuremberg y había evitado cuidadosa y hábilmente que otros dirigentes políticos pudieran

disputarle el espacio mediante la introducción de mecanismos distintos al poder de la oratoria? Streicher y Hitler coinciden en esta formulación, de la misma forma que entienden que debe superarse el estilo moderado, romántico y conservador de las asociaciones patrióticas y construir un partido cuya base de acción sea la ocupación del espacio público, la toma del poder en la calle antes de llegar a conquistar el Estado.

La coincidencia de criterios ideológicos será lo que conducirá al enfrentamiento con Rosenberg y Strasser después del *Putsch,* exigiendo que se mantengan las condiciones que Hitler ha dejado fijadas para el partido y considerando que los esfuerzos de creación de un movimiento parlamentario por Ludendorff y Gregor Strasser conducirán no sólo a una mayor moderación política, no sólo al abandono del principio antisemita como razón de ser del partido, sino que además pondrán en duda el modelo de *Führerpartei* que Hitler estableció en 1921 en su victoria sobre Drexler. La constitución, a comienzos de 1924, de la Comunidad Popular de la Gran Alemania (*Grossdeutschland Volksgemeinschaft,* GVG) por Alfred Rosenberg, nombrado jefe del partido por Hitler, fue seguida por la oposición permanente a la línea moderada y pactista que se tomaba, liderando la oposición a los acuerdos con los grupos conservadores dirigentes de la talla de Max Amann, Hermann Esser o el propio Streicher.[23] El grupo de Munich y Nuremberg no se mueve sólo contra el moderado Rosenberg, sino contra los radicales del norte que pueden considerar inadecuado el principio de *Führerpartei*, aunque sus principales adversarios sean los fundadores del Movimiento Nacionalsocialista de la Libertad (NSFB). Su expresión bávara, el *Völkischer Block*, acepta a los disidentes en sus listas, para observar con aturdimiento e impotencia cómo éstos sabotean la acción política de los sectores que, en las elecciones de la primavera de 1924, habían conseguido ir recuperando un movimiento

político con visos de desempeñar algún papel en el panorama de la extrema derecha alemana.[24] A pesar de las extremas dificultades que envuelven a la GVG, reducida a tres ciudades de Baviera, su mantenimiento leal a lo largo de todo el período de encierro de Hitler que indica que lo único que esperan es la voz de mando de su líder, permite que éste pueda diferenciar perfectamente su actitud de la que ha observado en Strasser, Rosenberg y, sobre todo, Ludendorff. El primero ha conseguido hacerse con un espacio de poder personal que ni siquiera Hitler conseguirá quebrantar en el futuro, un prestigio de estratega y organizador cuya falta de carisma se refuerza con el buen trato a sus camaradas y el respeto del conjunto de la «derecha social» alemana, especialmente del Zentrum y de algunos sectores politizados de la *Reichswehr*. El segundo ha mostrado la incompetencia organizativa que era de esperar, aun cuando no le ha sido favorable que sus posiciones ideológicas sectarias no se hayan entendido con el pragmatismo de Strasser, mientras sus actitudes benévolas no hayan podido soportar las maneras de dirigentes de la obscenidad espectacular de Esser o de Streicher, del que dice que confunde la diferencia de razas con pasearse con un látigo por Nuremberg. En cuando a Ludendorff, el Führer sabe perfectamente que sus proyectos políticos van a tener que caminar por separado después del golpe de Estado fallido, único aspecto para el que necesitaba a un militar retirado: su amortización en las elecciones presidenciales de 1925, con un 1 por ciento de los votos celebrado jubilosamente por Streicher,[25] quien ya había insultado gravemente al mariscal en otras ocasiones, acabará de decidir la suerte del equipo dirigente alternativo al GVG. De hecho, cuando Hitler reorganiza el partido, ni Strasser ni Rosenberg asisten al acto de refundación, mientras los dirigentes del núcleo escindido en 1924 lo hacen como un solo hombre, mostrando que el motivo de debate no era el estratégico, sino el de la lealtad a Hitler. Por ello, cuando el Führer reparta

las responsabilidades en Munich lo hará entre estos sectores adictos, con excepción de un Streicher con el que está de acuerdo en lo principal: le necesita para dirigir Franconia tanto como Streicher se resiste a abandonar su zona de influencia en años de incertidumbre.[26] Una zona indispensable para proteger Baviera de la contaminación revolucionaria del marxismo en Sajonia y Turingia, y a la que habrá de prestar una atención especial el propio Hitler durante el año 1925, mientras reconstruye su partido, recorriendo las poblaciones en compañía del que será nombrado *Gauleiter* de la región inmediatamente, para desolación de quienes, como Strasser o Rosenberg, e incluso quienes en el seno mismo del nazismo de Nuremberg, no habían logrado entender los criterios que conducían al Führer a actuar con aquella lógica, más próxima siempre al éxito y lealtad de sus subordinados que a la corrección de su estilo, su preparación teórica o la independencia de su criterio.

La celebración del Día del Partido en Nuremberg en 1927, que convirtió la ciudad a partir de aquel momento en la capital de los congresos del movimiento nazi, es una respuesta a la prohibición a la que se somete al NSDAP en Prusia y bajo un gobierno del Reich aún dirigido por la socialdemocracia. Sin embargo, parece ser también un acto de reconocimiento y de recompensa, muy usual en los hábitos de gestión del partido por Hitler. Streicher había sufrido, a su retorno del congreso de Weimar, uno de los innumerables juicios incitados por el alcalde demócrata de Nuremberg, que esta vez consiguió una sentencia ligera, pero que obligó al dirigente nazi a permanecer en la cárcel entre agosto y diciembre de 1926. A la necesidad de compensar este sacrificio se sumaba la actitud que había tenido Julius Streicher en la crisis más importante sufrida por el partido tras el proceso de su refundación, ofreciendo la segura ciudad de Bamberg para que Hitler pudiera aplastar a los poderosos disidentes de la

Arbeitsgemeinschaft de los cuadros del norte, que habían preparado un minucioso trabajo para sustituir tanto la estrategia del partido como la naturaleza carismática del mismo.[27] La posición de Streicher podía haber sido decisiva para debilitar el liderazgo de Hitler o, al menos, para dejar claro —sobre un acuerdo elemental en los aspectos ideológicos con el Führer— que disponía de la fuerza suficiente para mantener su propia posición. Pero no lo hizo, sino que vinculó su suerte a la de Hitler como lo había hecho en los debates del período de prohibición. Por ello, la elección de Nuremberg como ciudad de los congresos y, de hecho, como espacio ritual permanente del NSDAP, como su proyección simbólica, pasaba a ofrecer a Streicher una especial gratificación política y afectiva: su versión del nacionalsocialismo era priorizada por el Führer, quien sólo se encargaba de asegurar que los actos que fueron sucediéndose en el seno de la ciudad de Franconia no resaltaran un poder absoluto de Streicher, al ir depositando los aspectos referidos a la organización del espectáculo en manos de Albert Speer y, en menor medida, de Joseph Goebbels, mientras permitía que los líderes de las diversas agencias del partido brillaran con una luz propia especial en aquella eucaristía laica en los años venideros: los días dedicados a los jóvenes, a los trabajadores o a los miembros de las milicias iban necesariamente acompañados de los responsables de las Juventudes Hitlerianas, del Frente Alemán del Trabajo, de las SA o de las SS o del Servicio Obligatorio de Trabajo. En su afán por distribuir las tareas entre los diversos jefes del partido, en especial tras su acceso al poder, Hitler mostraba el verdadero carácter de un *Führerpartei*, al asegurar que su persona se convirtiera, en aquel escenario magistral, aquel regazo comunitario jovial e intimidante, en el gran sintetizador de todos los esfuerzos que se reunían, en el elemento que permitía darles una coherencia. El congreso de Nuremberg estaba destinado a una afirmación

del movimiento, pero también, como resultado de su misma esencia, debía convertirse en una exaltación de su líder tan visible, tan aparente, tan corpóreo, como la misma raza común que determinaba la permanencia a la comunidad. Hitler, en su encarnación del movimiento, se convertía en una paradójica *espiritualización* del mismo, pues su identificación con la idea le permitía superar el aspecto de un proyecto biologista, materialista, vertido en la sangre y gesticulando en el cuerpo de los *Volksgenossen*, y así establecer un principio anímico, una fe sin la que aquellas concentraciones corrían el riesgo de carecer de algo más que de su propia intensidad momentánea. En cierto modo, la materia y el espíritu se reunían, como proyecto político racial, como una *permanencia* que permitía escapar al carácter tumultuoso y efímero de cualquier experiencia intensa. Por ello, los actos de homenaje a los caídos, uno de los aspectos centrales de los congresos, poseían esa calidad de encuentro con una tradición, de memoria conjunta, de experiencia compartida incluso cuando muchos de quienes permanecían silenciosos mientras sonaba el *Ich hatte einen Kamerad* ni siquiera tenían uso de razón durante la Gran Guerra o en el período de lucha que concluyó en noviembre de 1923.[28]

Un tercer aspecto que Hitler había de apreciar inmediatamente fue el que volvió a proporcionarle Streicher en un momento difícil, justo cuando el líder del NSDAP se enfrentaba en las peores condiciones posibles a una campaña electoral. Tratándose de la primera celebrada tras las generales de diciembre de 1924, el refundado Partido Nazi se presentaba esta vez en solitario para ocupar escaños en el Reichstag, sin los recursos indispensables para llevar adelante una adecuada campaña —más allá del entusiasmo impagable que podían darle sus propios militantes—, cuando la crisis republicana se había superado y antes de que la Gran Depresión devorara a una velocidad inaudita los recursos inmunológicos de la

democracia alemana. Lejos de exigir su propia candidatura, prefiriendo seguir en el parlamento de su *Land*, con el pie puesto en las cercanías de su zona de influencia política, como buen señor feudal que conocía los instrumentos en que se basaba el poder en aquel movimiento, Streicher hizo una meritoria campaña a favor de Walter Buch y Franz von Epp, dos candidatos de la máxima confianza de Hitler, que consiguieron ocupar un lugar en el parlamento central gracias al deslumbrante esfuerzo desarrollado por Streicher en su región: Franconia fue responsable de una octava parte de la totalidad de los votos obtenidos por el NSDAP en toda Alemania y Streicher consiguió su puesto en el *Landtag* mientras dejaba que Von Epp y Buch pasaran a disponer del suyo en Berlín.[29] Al analizar los resultados obtenidos —doce diputados y un 2,6 por ciento de los votos en el Reich—, la posición de Hitler, que reunió a los dirigentes en Munich para comentarlos durante tres días, fue menos pesimista de lo que cabía esperar: de hecho, no sólo le permitían cerrar definitivamente las veleidades socializantes de la tendencia dirigida por Gregor Strasser hasta la conferencia de Bamberg, señalando la inutilidad del llamado «Plan urbano»; lo que le permitía albergar esperanzas eran los resultados obtenidos en algunas zonas en las que apenas se había hecho propaganda, medianos centros rurales que empezaban a sentir los indicios de la Gran Depresión o que, sencillamente, habían vivido la experiencia de la racionalización industrial de los «años dorados de Weimar» como un ejercicio a favor de los empresarios y del proletariado urbano. Antes de que llegara la ola de votos que propiciaría la crisis, el campesinado estaba recurriendo a dar su apoyo a sus propias opciones populistas, que eran un primer paso para entregarse a un movimiento que situara sus reivindicaciones en un marco más amplio y, por tanto, más eficaz. Un cálculo racional que se mezclaba, en la actitud del campesinado, con la

defensa de los valores tradicionales que el NSDAP habría de empezar a lanzar como propaganda fundamental sobre la sociedad alemana, lo que coincidía con la apertura a las fuerzas de la derecha que realizaría a partir de 1929, en la campaña contra el Plan Young, y que tendría su culminación en la formación del Frente de Harzburg en 1931, un factor para el que era de la máxima importancia lo que estaba sucediendo en los grupos de la derecha liberal y conservadora: el crecimiento de los sectores más duros en el Zentrum, el acceso de Alfred Hugenberg a la dirección del DNVP, el fallecimiento de Stresemann en 1929 y el giro del DDP hacia una extraña reivindicación de una «nueva democracia» que le llevaría a constituir el *Staatspartei* pactando con los sectores de extrema derecha de la Orden Juvenil de Alfred Mahraun. En este escenario, Hitler esperaba éxitos de sus dirigentes locales como único factor que le permitía hacer una valoración positiva del triunfo de la voluntad. Por ello, cuando Streicher consiguió un buen resultado en las elecciones municipales de Nuremberg de 1929, con la obtención de cuatro concejales, y cuando pudo mostrar el conocimiento de las preocupaciones campesinas rebajando el aire monotemático de *Der Stürmer* a un juego de amalgama entre el antisemitismo y las cuestiones *concretas* que padecía el campesinado, el Führer pudo volver a prestar su apoyo a un dirigente que no cejaba en sus enfrentamientos con otros líderes del partido.[30]

En 1930 llegaron los réditos electorales al movimiento nazi, cuando culminó la aproximación de Hitler a la derecha, cuando ésta fue consciente de que no existía salida posible antidemocrática que no contara con los nazis y cuando el país entero se sumió en la profunda depresión económica, que para los ciudadanos antifascistas implicaba mucho más que una crisis económica, para convertirse en la apertura de una etapa de progresiva indefensión, con la liquidación del espacio liberal, el giro hacia soluciones

autoritarias corporativas del catolicismo y la división inapelable del movimiento obrero con el crecimiento del KPD, es decir, las condiciones opuestas a las que se habían vivido en los traumáticos inicios del régimen. Streicher no pudo celebrar ni la campaña ni la victoria de septiembre de 1930, al hallarse en la cárcel de Stadelheim en Munich. El triunfo, precedido ya de algunos éxitos en elecciones regionales de 1929, resultó espectacular en zonas como Schleswig-Holstein, donde casi la mitad del electorado se inclinó por los nazis tras una durísima movilización del *Landvolk* descrita por el novelista Hans Fallada, y que arrancó de manos de los conservadores del DNVP el voto de los pequeños propietarios y los jornaleros, sin entregarlos a los comunistas. El nacionalsocialismo tenía la doblez de la que carecía el KPD y, mientras Hitler podía reunirse con los empresarios para asegurarles que nunca habría una modificación del régimen capitalista en Alemania tratando de ganar un apoyo que se había mostrado reticente,[31] los agitadores nazis podían recorrer las zonas rurales deprimidas con sus discursos contra los bancos que provocaban la quiebra de los pequeños propietarios, enarbolando una bandera de integración popular que llevaba dispositivos revolucionarios evidentes: los de acabar con una situación que no era una mera llamada mística, sino un choque cruento con la realidad.[32] Como había ocurrido en el conjunto de Baviera, el grado de crecimiento en Franconia no había sido tan fuerte: las elecciones de septiembre habían realizado el sueño de Hitler en otro sentido. Un partido nacional, más bien un gran movimiento de emancipación, una *forma* en la que el espíritu alemán se daba a conocer, mediante una rigurosa encarnación vinculada al discurso racial, pasaba a ser verdaderamente una opción votada en el conjunto del país, dejando de reducirse al sur, a una opción provinciana que procedía de los graves sucesos de 1919 y que se extinguiría en cuanto se sumieran en el olvido los recuerdos de aquellas

circunstancias. La multiplicación por diez en Schleswig-Holstein o por nueve en Hannover era mejor noticia que el 35 por ciento de votos obtenidos en Franconia. El *ritmo* de expansión había roto definitivamente las barreras defensivas republicanas, en especial las que hacían referencia a la clase media protestante, aquella a la que se dirigiría Thomas Mann unas semanas más tarde, consciente de la presión insoportable que se ejercía sobre la conciencia alemana desconcertada por la crisis, tan cercana, tan fácilmente equiparable, tan posiblemente inserta en las condiciones de la derrota, como el propio Mann habría de reconocer, al reprochar a los vencedores que los nazis pudieran contar con *algunas razones.*

No obstante, en los pasos finales para alcanzar el poder, la actitud de Streicher empezó a provocar problemas en la estrategia de Hitler, que ni siquiera la resuelta actitud del Führer para defender a quienes habían adquirido una relación reverencial tan congruente con el mito caudillista, podía dejar de tener en cuenta. Los enfrentamientos con los miembros del partido dejaron de ser pequeñas escenas locales para convertirse en faltas graves de disciplina con el por entonces poderoso responsable de organización del partido, Gregor Strasser, que aprovechó la desidia burocrática de Streicher para acusarle del incumplimiento de las normas de información acerca de militancia solicitada por la dirección del partido en 1931. Por otro lado, a finales de 1932 y comienzos de 1933, vísperas del nombramiento de Hitler como canciller y cuando debía ofrecerse el máximo de cohesión y calma, Nuremberg asistió a la revuelta del dirigente de las SA Wilhelm Stegmann, que llegó a crear un periódico propio denunciando la corrupción del dirigente, algo que incluía la apropiación de fondos y la inmoralidad de su vida personal. Hitler tuvo que emplear toda su capacidad de mezclar la amenaza y el halago para que Stegmann retirara sus condiciones de exigencia de dimisión de Streicher, pero hubo de entender

que, a las puertas del ejercicio de una tarea nacional que le exigía negociar con los partidos de la derecha en una posición de fuerza, actitudes como las de Streicher eran inaceptables.[33]

A partir de aquella crisis —que podía haber decidido la pérdida de una ocasión única para las aspiraciones de Hitler, al no poder presentar a Hindenburg la solidez de un partido controlado cuando aún resonaban las huellas de la revuelta de Stiennes en Berlín—, Hitler estuvo tan dispuesto a ofrecer una recompensa simbólica de viejo camarada a Streicher, un constante tributo a su lealtad, como poco decidido a entregarle tareas de responsabilidad en la gestión de un delicado juego de equilibrios como el que correspondió a los primeros años del régimen. El encargo del boicot a los comercios judíos de abril de 1933 difícilmente podía haberse entregado a una persona más identificada con la propaganda antisemita, y su fracaso resultó evidente, cuando tuvo que detenerse antes de lo pensado y sin que la población alemana estuviera dispuesta, sólo a los tres meses de la llegada del nuevo canciller, a aceptar una práctica militante que sólo correspondía a quienes habían votado por él en marzo, poco más del 44 por ciento de los electores. De hecho, a lo largo de esos primeros compases del régimen, cuando éste deseaba aparecer como un movimiento de «regeneración de Alemania» más que como una revolución estrictamente nacionalsocialista, Streicher quiso imponer una autoridad como líder del partido que no tenía en cuenta la que podía ejercerse desde las instancias del Estado, como le ocurrió con el presidente regional de Baviera o con el propio alcalde de la ciudad, Liebe, que no cesó de quejarse a Hitler por la conducta de quien se hacía llamar el «Hitler de Franconia», sin llegar a comprender que su posición era mucho más imprudente y menos carismática que la que ejercía el propio Führer, demasiado preocupado por asentar su poder entre las personas que *no* le habían votado en marzo de 1933, pero que tampoco lo

habían hecho a favor de la izquierda. Streicher, en cambio, se movía como alguien cuya autoridad derivaba en exclusiva del NSDAP y, más aún, de la propia versión caótica burocráticamente y demagógica desde el punto de vista de la comunicación, que había orientado algunas fases del *Kampfzeit* en su región. Naturalmente, Hitler necesitaba contar con Streicher para algunos episodios pendientes en la organización, como la crisis del verano de 1934, algo que se le recompensaría haciendo de Nuremberg el espacio de aprobación de las leyes raciales al año siguiente, aun cuando Streicher ni siquiera fuera consultado acerca de su contenido, entregado a juristas expertos para los que la importancia residía menos en la propaganda que en la fijación de un orden que pudiera dar a Alemania las reglas indispensables para gobernar y una imagen externa de cumplimiento de la legalidad, que en muchos otros lugares contemplaba diversas facetas basadas en el biologismo político e incluso en el antisemitismo puro y simple.[34] Sin embargo, aun cuando el lugar de la solemne declaración de las leyes fuera Nuremberg, capital del antisemitismo en la construcción imaginaria del movimiento, las actitudes del partido en otras esferas habían empezado a organizar las cosas con una tenacidad mayor y una inclusión del tema judío como elemento específico de un Estado racial de mayor alcance. Como veremos, Goebbels no irá a la zaga en su propaganda antisemita en Berlín poco antes de los Juegos Olímpicos, pero, más allá de lo que puede expresarse en la que parece la agencia más identificada con este aspecto, las SS que van fusionándose con la policía del Estado bajo la dirección discreta de Himmler, otras áreas como las que dirigen Rosenberg en su *Kulturkampf* o Ley en su ambición por establecer un discurso anticapitalista que se fundamente en criterios raciales para evitar otros, va haciendo que Streicher pierda peso en lo que había sido su perfil más definido. Ahora, sin el carisma y la devoción de Goebbels que es una fuerza de la naturaleza

tronando en la capital del Reich; sin la silenciosa pulcritud y eficacia de Reinhard Heydrich, que va extendiendo la trama de los organismos de seguridad del partido poniéndolos a la disposición de las obsesiones raciales de su *Reichsführer*, Heinrich Himmler; sin los recursos que un desequilibrado pero poderoso Robert Ley puede movilizar en el esfuerzo de una sociedad destinada a unificarse; sin el dominio de Hermann Göring sobre los sectores económicos conservadores y los de su propia gestión económica que debe proporcionar las posibilidades de una guerra racial; sin todos estos elementos nuevos en la política del poder nacional, que ha dejado de ser la de la mera agitación y la conquista personalizada de los espacios fácilmente identificables, Streicher no es un líder a escala del Reich, sino un *Gauleiter* más que debe ganarse a pulso su influencia, mientras sólo perdura el vago prestigio de una etapa que va quedando atrás velozmente, a medida que el propio sentido de una nueva era, de un tiempo que se calcula a la velocidad de las utopías, va cayendo en el olvido.

La gran ofensiva antisemita de 1938 ni siquiera le pertenece, sino que se engarza en la lógica de una política que tiene puestos los ojos en el exterior, en los cálculos de una guerra inmediata que ya ha agitado su peligro unas semanas antes, en la Conferencia de Munich. ¡Qué lejos se encuentra todo ello del apocado espíritu de un Streicher que parece adaptarse a su estatura, a su físico vulgar, a su innata mediocridad! Si Pavese podía decir que a los cuarenta años somos los responsables de nuestra cara, un Streicher que, pocos meses después de haberse iniciado la guerra, cumple los cincuenta y cuatro, se encuentra incluso muy por encima de la élite que rodea al Führer, formada por quienes han nacido con el siglo, constituida por quienes, en buena parte, experimentan la Segunda Guerra Mundial como la primera de su vida. Streicher forma parte del grupo de excombatientes que han desembocado en el nazismo como resultado de esa misma condición, no de

quienes han llegado al partido en el proceso de su crecimiento ni, mucho menos, quienes se han embarcado —como Speer o Heydrich— en una maquinaria de masas a punto de llegar al poder. No ha salido de la marginalidad y la bohemia, pero sí de una mediocridad tamizada por la estética sombría de la guerra y la posguerra, por la extraña sensación de vivir que le ha producido la proximidad de la muerte, por la degenerada euforia que brota de saberse en una decadencia radical. Su conducta impropia, sus aventuras sexuales, su colección pornográfica, los abusos de violencia verbal y física que le han dado un rango de poder en el pasado se comparan ahora con una posición inferior a la de los elegantes oficiales de las SS, llegados a la gestión del movimiento cuando éste ya estaba a las puertas del poder, con los técnicos y universitarios dispuestos a ofrecer sus recursos profesionales a una nueva «razón de Estado», una ponzoñosa razón instrumental que sólo contempla, fascinada, las posibilidades de su propio dominio como finalidad de su existencia. ¿Para qué sirve, en ese marco, un maestro de escuela que ni siquiera desea ocupar ese lugar en el nuevo organismo social? ¿Cómo puede compararse a la élite que seleccionan quienes deben asegurar el funcionamiento de la maquinaria del Estado, el juego del consenso y del terror, la asignación de recursos para la guerra, la planificación de la deportación y el exterminio, tareas gigantescas que escapan a las posibilidades de un agitador local cuyo tiempo ha pasado? El principal antisemita del partido ni siquiera será llamado a la operación del exterminio: el racismo contemporáneo es algo demasiado serio para dejarlo en manos de los habitantes de un mero prejuicio arcaizante. En plena debilidad, sus adversarios conseguirán reunir las pruebas que le llevan a la catástrofe. A comienzos de 1940, un tribunal de honor, en el que el jefe de la policía local, Berno Martin, y el alcalde Liebe presentan las pruebas de la depravación del personaje, llevan a Hitler a expulsar a Streicher de

Nuremberg, aunque sin decidirse a quitarle el cargo de *Gauleiter*, que le debe por los muchos servicios prestados. Podrá continuar publicando *Der Stürmer*, y se asegurará que vive en las mejores condiciones.[35] A partir de ese momento, y salvo en la ocasión en la que se dirigió a Hitler para solicitar alistarse en la defensa del Reich a punto de desaparecer, Streicher se dedicó a vivir una vida de burgués alejado del mundanal ruido, del sonido y la furia que tanto había ayudado a encender. Incluso decidió volver a casarse, tras un matrimonio poco feliz, con su secretaria, el 21 de abril de 1945, cuando ya hacía dos años que había enviudado. Tras adquirir una nueva apariencia, se retiró a Austria, viviendo en el campo y entreteniéndose con la pintura, hasta que una desafortunada casualidad lograra que un oficial de origen judío —precisamente como si el destino quisiera amoldarse a los esquemáticos prejuicios del personaje— lograra su detención.

Los jueces de Nuremberg no pudieron probar que hubiera participado en ninguno de los crímenes de guerra que se arrojaban en tromba sobre los expedientes de sus compañeros. Pero la incitación al odio racial había sido una excelencia buscada, que le había permitido no sólo promocionarse en la sociedad, sino también comprender su propia existencia. Siempre miró hacia atrás con la ira suficiente para que aquel rencor pudiera tomar la forma de un afecto simultáneo de su pueblo, de forma que fue uno de los inspiradores más conscientes de uno de los dramas del pasado siglo y del fascismo: la manera en que el único medio para llegar al amor es a través del odio, la única forma de alcanzar la libertad colectiva es renunciar a la propia alma, la única manera de ser humano es decretar la deshumanización ajena. Cuando se decidió su ejecución, podían haber resonado las mismas palabras con las que Simone de Beauvoir se negó a firmar la petición de indulto para Brasillach que le suplicaba Camus: «Hay palabras que matan».

Sin embargo, el 16 de octubre de 1946, Streicher aún pudo demostrar que las conexiones mentales que le habían permitido vivir en su carencia de escrúpulos como en un recinto de moralidad diezmada seguían existiendo. Cuando la soga rodeaba su cuello y la capucha tapaba uno de los rostros más odiados por el alemán verdaderamente honesto de los años veinte y treinta, Julius Streicher pudo concentrar en unas pocas consignas sus odios y sus afectos, haciéndolos complementarios y sinceros como sólo pueden serlo ante la Dama a quien saludó un agonizante y respetuoso Henry James treinta años antes. Le ofreció una curiosa bienvenida gritando: «¡Heil Hitler!» para seguir mostrando lealtad al movimiento de emancipación de *su* Alemania. Ironizó sobre el «Festival Purim», recogiendo los rituales de sangre que siempre había atribuido a los judíos y de los que ahora parecía ser una víctima. Advirtió a sus ejecutores que los bolcheviques acabarían colgándolos a todos. Y, finalmente, cuando la agonía estaba a punto de apagar la suciedad de aquel espíritu, pronunció el nombre de su reciente esposa: «Adele».

3
Gregor Strasser
La soledad del corredor de fondo

El 8 de diciembre de 1932, siete semanas antes de que Hitler fuera nombrado Canciller de la República, el hombre más influyente en el NSDAP después del propio Führer enviaba a éste una carta de dimisión de todos sus cargos en la dirección del partido. Además de algunos temas que se referían a las dificultades de organización derivadas del boicot ejercido por algunos *Gauleiter* a los que se había proporcionado «responsabilidades adicionales de supervisión», Strasser lanzaba a Hitler una acusación cuyo carácter profético habría de ser uno de los primeros en corroborar con su propia vida:

> Tengo el derecho a decir que el NSDAP, según mi punto de vista, no es sólo un movimiento ideológico en proceso de conversión en una religión [«eine zur Religion werdende Weltanschaaungsbewegung»], sino un movimiento de combate [*Kampfbewegung*] que debe reforzar su poder en el Estado en cada oportunidad de que disponga, a fin de hacer posible al Estado realizar sus tareas nacionalsocialistas y consumar el socialismo alemán con todas sus consecuencias. La confrontación brutal con el marxismo no puede ser —con la excepción de algunos individuos— y no puede permanecer como el centro de nuestra tarea política interna. Más bien, creo que el gran problema de este tiempo es la creación de un gran frente de trabajadores y su integración en un Estado de nuevo tipo. La esperanza monotemática de que el caos conducirá a la realización del destino del partido es, según creo, errónea, peligrosa, y sin interés para el conjunto de Alemania. En todas estas cuestiones, su punto de vista es diferente del mío, lo cual hace que mi posición como miembro del parlamento y portavoz se haya hecho insostenible. Saco las necesarias conclusiones de este hecho. Durante toda mi vida no he sido nada distinto a un nacionalsocialista y no lo seré. Por tanto, regreso —sin contemplaciones con respecto a mi persona y sin guardar

rencor alguno— a la base del partido, dejando el campo libre para sus consejeros, a fin de que puedan asesorarle con éxito sobre el terreno en estos momentos.[1]

En la crisis política que atravesaba el país —una elección presidencial y dos elecciones generales en un solo año, tres cancilleres en doce meses—, ese caos institucional al que hacía referencia Gregor Strasser se presentaba, para el sector de los irónicamente llamados «consejeros» (*Ratgeber*), en especial para Goebbels y Göring, como un lodazal de confusiones institucionales sobre el que sólo podría caminar el *Machtergreifung,* la toma del poder por los nazis. La posición de Strasser definiéndose de una forma que tenía menos que ver con la moderación social que con la sensatez política; que obedecía más a la necesidad de reunir esfuerzos del conjunto del nacionalismo antidemocrático alemán en lugar de incrementar los ámbitos de fractura que estaban llevando a los propios votantes del partido al desaliento, sólo podía contemplarse, desde el vértigo de los constantes éxitos experimentados desde la crisis de 1929, como un abandono de la responsabilidad de última hora, un factor destinado a desprestigiar al partido y a dilapidar su imagen pública presentándolo en condiciones de división interna, algo que por las propias características del movimiento nazi solamente podía identificarse con la voluntad de una traición. De poco servía que Strasser anunciara su deseo de mantener los motivos de su marcha en secreto y de iniciar un viaje que le apartara del escenario político. Como él bien sabía, su deserción habría de tomarse dentro del partido y en las instancias de la opinión pública como un paso más en el declive de la organización nazi, que se había iniciado con la pérdida de dos millones de votos en las elecciones de noviembre y que había tenido una expresión dramática en las elecciones regionales de Turingia del 4 de diciembre, que implicaron pérdidas de un 40 por ciento de los votos. Digámoslo en la forma en que este aspecto había de vivirse en el círculo

cercano a Hitler e incluso entre los cuadros del partido que trataban de cerrar filas en torno a su líder en un momento difícil: se trataba de la presentación de una candidatura moderada para resolver la crisis del régimen prescindiendo del principio mismo del liderazgo nazi, sacrificando al Führer si era necesario, en caso de que los sectores sociales con influencia en el entorno presidencial y los pequeños, pero decisivos, partidos de la derecha se sintieran más tranquilos con una renuncia personal que implicaba el cambio de carácter del partido, convirtiéndolo en una organización de la extrema derecha social sin vocación exclusivista.[2]

En el «camino especial» de Alemania con el que ha querido interpretarse la irrupción del nacionalismo como resultado de una trayectoria coherente de la cultura germana, Gregor Strasser parece disponer de su propio *Sonderweg.* Su reputación es la de un hombre de la izquierda, del «verdadero socialismo» no marxista, cuyo trágico final a manos de la Gestapo en junio de 1934, tras la derrota política sufrida en 1932 y una trayectoria previa de mando en el partido, ha permitido que se establezca un cierto paralelismo entre su persona y la de Leon Trotsky, organizador de la revolución, profeta armado, desarmado y exiliado, para seguir la pauta de Isaac Deutscher que podría aplicarse al ritmo vital de Gregor Strasser en un sentido literal. Como el líder bolchevique, Strasser se mueve en los medios independientes, ajenos al partido, asumiendo su propio liderazgo entre antiguos combatientes de la Gran Guerra. Como la austera y disciplinada figura del Ejército Rojo, Strasser se muestra capaz de organizar un partido para la captura del poder, convirtiendo un pequeño núcleo de fanáticos en una organización de masas coherente. Como el dirigente principal de la Oposición de Izquierdas en la Unión Soviética, habrá de obtener el prestigio de una disidencia ideológica que se conoce, que se intuye y que acaba manifestándose en la resonante presentación del proyecto económico del

partido en el Reichstag en 1932. Como la tenaz pesadilla de los burócratas del nuevo Partido Comunista, Strasser mostrará su arrogante desprecio por la camarilla que rodea y halaga a Hitler, lo que estuvo a punto de llevarle a un desastre político y, con él, al conjunto del NSDAP. Como el antiguo heterodoxo convertido en el guardián de las esencias, el líder dimitido defenderá la línea moderada de la que se había alejado a mediados de los años veinte para propiciar una alianza de amplio espectro que permita a los nazis alcanzar el poder de la única forma posible. Como el crítico del sistema degradante establecido por Stalin, habrá de identificar su derrota personal con el riesgo de una quiebra de civilización, anunciada en el nihilismo de los dirigentes nazis, de la misma forma que Trotsky la observaba en los constructores de un orden totalitario que tenía en sí mismo su finalidad. Por último, como el anciano refugiado en Coyoacán, habrá de enfrentarse a la muerte a manos de las mismas personas que había conducido hasta el poder.

En esa fascinación por los perdedores existe siempre el riesgo de una atribución excesiva de virtudes personales y de aciertos estratégicos a quienes tienen la desgracia personal y la fortuna histórica de no poner a prueba sus principios, además de realizar una apresurada selección de los elementos de sus biografías, que pueden ignorar la brutalidad de Trotski con los opositores al régimen, que tanto había de reprocharle Rosa Luxemburg en sus últimos escritos,[3] como la que ejerció Strasser en sus tiempos de militante de los *Freikorps* para aplastar la revolución de Munich.[4] La piedad ante quienes han sido arrojados al arcén del poder político de su tiempo se compensa mediante ciertas tendencias hagiográficas que disponen de recursos de imaginación, a veces dedicados a dignificar una causa política en su conjunto, cuya ocasión perdida se encarna en quienes han sido sacrificados en nombre de la aplicación adecuada de los principios

proclamados como coartada del poder. En otras ocasiones se trata de la tendencia a la simpatía por los herejes cuya actitud implica una renuncia más que una simple derrota, que inmediatamente se coloca en el ámbito de la generosidad personal y una pureza casi siempre desatinada, que seguramente habría impedido que estos personajes alcanzaran el lugar histórico del que dispusieron incluso como vencidos. Incluso pueden llegar a convertirse en aquel cuerpo por el que pasa la condición humana cuando es puesta a prueba por las circunstancias políticas, aprovechando el recelo ante el poder y la almoneda de principios en que éste parece plantar su carpa. Sin embargo, en el caso de Gregor Strasser existe el problema de una reputación que puede inspirarse en un malentendido camusiano, de viajero y huésped no reconocido por la familia que regenta la pensión ideológica que habrá de convertirse en una trampa para poder dibujar el perfil del personaje de manera adecuada. Gregor Strasser es colocado en las mismas coordenadas en las que habita el recuerdo de su hermano menor, Otto, cuando las diferencias entre ambos no hicieron más que acrecentarse desde el nombramiento de Gregor para dirigir la propaganda y la organización del NSDAP tras el fracaso de la experiencia fraccional de la «izquierda nazi» en 1925-1926. En general, corresponde a quienes reivindican esta tradición desde los ámbitos de la extrema derecha hacer el apunte, aunque la confusión no se produzca sólo en este ambiente.[5] Podría señalarse que el enfrentamiento entre Hitler y Gregor Strasser se presenta en una dinámica izquierda/derecha que tenía poco que ver con la realidad, para presentarse en unos términos más próximos a la política de alianzas que al contenido del proyecto propiamente dicho. Sin embargo, ya se sabe que las reputaciones están hechas para fingir los méritos o para encubrir las fechorías y que las palabras de Victor Hugo al comienzo de *Los miserables* continúan teniendo la vigencia de las obviedades: «Lo que de los hombres

se dice, verdadero o falso, ocupa tanto lugar en su destino, y sobre todo en su vida, como lo que hacen».[6] Por otro lado, conviene no confundir la honestidad con la inocencia, una virtud que desagradaría al propio Gregor Strasser porque le aproximaría a la estupidez, a no haber comprendido qué partido había sido capaz de organizar para la victoria, como si su físico notable hubiera sido un inmenso amuleto de inconsciencia ajustado al pecho del NSDAP para darle una apariencia bondadosa, democrática y revolucionaria. Basta con la lectura de las memorias de Kurt Lüdecke para observar cómo fue descendiendo lentamente la irritación por las arterias de un Strasser al principio jovial y abierto, al entender que el dirigente crítico con Hitler estaba proponiéndole tomar el relevo y lo que, a sus ojos, suponía debilitar el partido muy poco antes de que enviara la carta con la que se iniciaba este capítulo.[7] El dibujo trazado por Krebs, que indica que las diferencias entre Strasser y Hitler no habían dejado de manifestarse desde 1925, puede ser un elemento que se acumula en las propias alforjas de autojustificación del antiguo *Gauleiter* de Hamburgo, tan lúcido en sus análisis posteriores como extrañamente afable con la cuadrilla de personajes que presenta en sus recuerdos: decir que la Alemania de Hitler no habría tenido nada que ver con la de Strasser es una suposición que no se apoya precisamente en los acontecimientos previos a 1932. No tomar en cuenta la propia ambición personal que podía haberse adueñado de Strasser a aquellas alturas, y que había convertido su polémica con Hitler en un deseo de aceptar la carrera política que se le proporcionaba quizás por última vez en su vida, es desatender las razonables sugerencias que dos especialistas como U. Kissenkoeter y P. Stachura han realizado en sus trabajos sobre el número dos del NSDAP. Quizás sea mucho más comprensible la actitud de Otto, quien, al recordar el vil asesinato de su hermano, acaba uno de sus libros indicando que trabaja para llegar al día en que Hitler y él se

encuentren a solas en igualdad de condiciones: «Seguro que Gregor habría aprobado el resultado» finaliza el dirigente del Frente Negro.[8]

Esta espesura formada por la propia complejidad de los hechos, las percepciones y las tradiciones imaginarias sólo puede hacerse transitable yendo en busca de los espacios en claro para conectarlos, para hilar una coordenada que establezca la trayectoria sin proponer más que hipótesis de intenciones, a sabiendas de que estamos tratando con la persona que, al lado de Hitler, hizo *posible* el nacionalsocialismo porque construyó las condiciones políticas y organizativas que lo pusieron a las puertas del poder. Desembarazarle de sus consecuencias sería actuar con tan poca rectitud como atribuírselas intactas. En el otoño de 1922, cuando Gregor Strasser entró en las filas del Partido Nazi y de las SA —siendo más posible que el ingreso en la política se hiciera a través de la milicia que lo contrario— no era un novato en las actividades políticas. Ni siquiera en el hogar paterno había dejado de recibir el inicio de una formación de manos de su padre, Peter, quien explicaba a sus hijos sus posiciones políticas de reformismo social cristiano, su crítica al escaso sentido de integración nacional del imperio de Guillermo II, aun cuando trabajara como funcionario municipal para el mismo Reich cuyas insuficiencias consideraba. Ese pensamiento de carácter socialconservador, de un nacionalismo que deseaba que los sectores populares se integraran en el proyecto de un «socialismo germano» había de adquirirse ya en aquellas veladas, con una ambigüedad de propósitos que nunca perderían las posiciones de los hermanos Strasser.[9] Estudiante disciplinado, que hubo de interrumpir sus estudios por el estallido de la guerra, ésta no hizo más que incrementar el nacionalismo que había vivido en su adolescencia. Cuando regresó como oficial a los veintiséis años, se enfrentó a los controles de carretera de los revolucionarios que solicitaban la dispersión de las tropas, y su actuación posterior, vinculándose a

asociaciones de antiguos combatientes en lugar de hacerlo a algún partido conservador, indicaron que el espacio de sociabilidad que había elegido, como sucedió con todos los cuadros del futuro partido, fue el que se había construido en los cuatro años de lucha, esa experiencia que había pulimentado sus actitudes ideológicas y les había dado el elemento de confianza que siempre supone disponer de un área compartida. Hasta el *Putsch* de 1923, fue un conspirador, un militante de diversas organizaciones de excombatientes que no reconocían el nuevo orden y sólo deseaban echarlo abajo por el camino del golpe de fuerza. La política carecía de cualquier otro sentido para él, no ofrecía los dispositivos de los compromisos y las renuncias, sino la única estrategia que había aprendido a realizar en las trincheras: aniquilar al enemigo como forma de dar supervivencia y mejora a la comunidad. Su ingreso en el partido, que debía realizarse de una forma más tardía de lo que indica su hermano Otto,[10] se llevó a cabo de una manera también distinta, como parte de ese sector de excombatientes que, como hemos visto al evocar a Anton Drexler, cambian la composición del mismo, haciéndolo campo de conmemoración de una experiencia comunitaria por parte de los antiguos miembros de los *Freikorps* disueltos en 1921.[11] En 1923, una vez había resuelto los problemas derivados de su nuevo estado familiar, con una esposa y dos hijos gemelos, pudo dedicar su reconocida habilidad organizativa para disciplinar a las SA de Landshut y prepararlas para intervenir en las dos ocasiones en las que hubo la posibilidad de un golpe: en la jornada del Primero de Mayo y, lógicamente, en la del 9 de noviembre.

Sin embargo, la estrella de Gregor Strasser había de alcanzar corpulencia propia cuando los adheridos al movimiento fueron puestos a prueba en el período de prohibición del partido. Como sucede con la experiencia de las personas, las peores características del movimiento *völkisch*, heterogéneo y

carente de estrategia alternativa al golpe cívico-militar, se expresaron en aquellas circunstancias de consolidación de la República, que le hicieron correr el riesgo de una desaparición provocada por lo que parecía el fracaso definitivo de una opción política. Gregor Strasser fue capaz de comprender que sólo era el final de una táctica, la inviabilidad de un camino, no la inexistencia del punto de llegada ni de los motivos que habían llevado a emprender aquel viaje. A un talento que podía mostrarse precisamente en las condiciones de reclusión y desconcierto de Hitler, y que pudo mostrarse con especial calidad al situarse junto a las ingenuas proclamaciones de los radicales del norte o de los sectarios partidarios de Hitler en Munich y Nuremberg.[12] La constitución de un movimiento unitario y la aceptación de la vía electoral correspondían no sólo a un cambio del talante político de Strasser —que siempre mostró una proverbial capacidad de adaptación a las circunstancias—, sino también a su capacidad para reconocer el cambio operado en el paisaje tras la tormenta de 1923. Como pocos, el dirigente de la Baja Baviera comprendió el *cambio de ciclo* que se había producido en la política alemana que contenía una consolidación del sistema en la misma medida en que abría posibilidades a la extrema derecha, siempre que ésta fuera capaz de superar el anárquico carácter de movimiento situacionista de excombatientes, para convertirse en una organización fascista dispuesta a aprovechar todos los escenarios de lucha, tanto la ocupación de las calles con sus milicias como la participación en los procesos electorales y su visibilidad parlamentaria. Tal reflexión llevó a la constitución de la que sería la plataforma política sobre la que Strasser establecería su prestigio y su talla de político nacional, una alianza entre los sectores más pragmáticos del NSDAP bávaro, reunidos en el *Völkischer Block* y el recién creado Partido *Völkisch* de la Libertad (DVFP) liderado por Albrech von Graefe, que acababa de escindirse del DNVP. De esta forma, el movimiento pasaba

a tener representación al norte del Main, donde su presencia había sido muy precaria hasta aquel momento, mientras los partidarios de Von Graefe conseguían introducirse en una Baviera que había reservado sus energías políticas para los radicales del NSDAP. El grupo, que durante el verano acabaría constituyendo una dirección tripartita con Ludendorff, y que se fue consolidando con el nombre de Movimiento Nacionalsocialista de la Libertad, fue rápidamente desautorizado por los radicales de Esser o Streicher, que veían con desagrado el intento de realizar lo que siempre había negado Hitler: la unidad con otras fuerzas y la participación electoral. Los sectores del norte, cuyos portavoces más autorizados fueron Ludolf Haase y Adalbert Volck, consideraban su negativa a disolver la organización nacionalsocialista en un grupo conservador como el que encabezaba Von Graefe. Por su parte, el propio Hitler hizo saber que la entrada de Strasser en el *Reichsführerschaft* del nuevo movimiento se había realizado a través de la persona de Ludendorff y no de la suya, lo que suponía una desautorización política en toda regla.[13] Algo que debía hacerse con ciertas precauciones, considerando el éxito obtenido por el movimiento tanto en las elecciones generales, cuando casi se alcanzaron dos millones de votos, como en las regionales de Baviera y Palatinado, donde el Bloque *Völkisch* igualó a los socialdemócratas.

Es posible que la intención de Strasser fuera construir una nueva organización que le permitiera desembarazarse de algunos personajes como Esser o Streicher, cuya calidad personal y política consideraba de escasa valía para formar un partido de carácter nacional, ya que parecían quedar satisfechos con las mismas consignas que habían resultado de alguna autoridad política en el período inmediato al *Putsch.* Sin embargo, tal aspecto no implicaba una posición *ideológica* menos radical, sino precisamente lo contrario: su carácter de diputado le obligaba a definir con

un mayor esfuerzo de precisión cuáles eran sus posturas políticas, y su discurso inaugural en el *Landtag* bávaro del 9 de julio de 1924 tuvo ese carácter, de especial relevancia por tratarse de la primera intervención en un escenario de este tipo realizada por un dirigente del nacionalsocialismo. Recogido luego en la recopilación de sus conferencias y discursos, *Kampf um Deutschland*, el discurso se refirió a las condiciones en que se había producido la revolución de 1918, señalando que la socialdemocracia había traicionado a los trabajadores alemanes para beneficiar al capitalismo judío, sin que esa pretendida «revolución» hubiera supuesto un verdadero cambio de régimen, sino el aumento del poder de quienes explotaban al pueblo y habían hecho de la derrota una posibilidad de enriquecimiento.[14] Un año después, en un discurso que tituló «Socialismo nacional: ¿a qué llamamos Patria?» se refirió al Plan Dawes como escenario de dominación exterior en el que el nazismo cobraba su sentido, comprendiendo la nación como una «comunidad de destino, de necesidades y de pan» (*Schicksalgemeinschaft, Notgemeinschaft, Brotgemeinschaft*). Una comunidad capaz de agrupar al 85 por ciento de la población en un esfuerzo común contra los grandes capitalistas, un esfuerzo de integración de una inmensa mayoría que nada tenía que ver con las propuestas antipatrióticas y divisorias del socialismo marxista. Para Strasser, el nacionalsocialismo pasaba a entenderse como el nacionalismo, tratándose de expresiones distintas de una misma realidad, absolutamente inseparables, haz y envés de una moneda política cuya devaluación sólo procedía del esfuerzo por limitar la lógica hermandad de cada una de sus caras. La síntesis fascista se colocaba así, como habría de ser habitual desde entonces en el lenguaje nazi, en una veneración comunitaria más que estatalista, en un recurso al *Volk* que relegaba, como una manifestación no esencial, al *Staat.* Tal diferencia con las posiciones del fascismo italiano o francés podían proceder de la vieja lealtad a un Estado

nacional consolidado, en este último caso, o en la idea de la construcción de la patria desde las instituciones, en un proceso de nacionalización de masas que continuara el de la guerra, como pretendía Mussolini. Para Gregor Strasser, como ocurriría para el conjunto del nacionalsocialismo, la primacía residía en la comunidad, aunque el debate posterior habría de situarse en el sentido que tenía la persona del Führer para darle coherencia y el grado de libertad de que dispondrían cada una de las agencias y autoridades en que esta comunidad popular se expresaba, antes de realizarse de forma total en la mitificación de Hitler. El principio antisemita, que Strasser pasaba a utilizar en su primer discurso en el parlamento bávaro, tenía ese mismo sentido de identificación comunitario que habría resultado menos preciso en un proyecto estatalista, pero indispensable en un proyecto que establecía la búsqueda de la identidad o que se reconocía como única manifestación legítima del ser nacional.[15]

La posición de Strasser habría de hacerse mucho más evidente en el período de refundación, cuando ni siquiera asistió al mitin de Hitler en Munich en febrero de 1925, una vez éste había establecido con claridad, en un artículo en el *Völkischer Beobachter*, que no correspondía a un dirigente político interferir en las querellas personales que se produjeran en el movimiento, algo que pretendía situar las diferencias entre el grupo del NSFB y el GVG de Munich como una cuestión meramente temperamental, que debía subordinarse a los intereses generales del partido y, en especial, al liderazgo del propio Hitler, que pasaba a convertirse en la cuestión fundamental. Por otro lado, la aceptación de la vía electoral y el establecimiento de un camino en solitario para el NSDAP refundado parecía desautorizar a todo el mundo, o indicar lo que realmente importaba: que sólo como *Hitlersbewegung* era posible considerar la marcha a través de las instituciones y la conquista de la sociedad que suponía el salto hacia el

fascismo desde el movimiento *völkisch*, algo que no se había escapado a la perspicacia de Hitler cuando reflexionó sobre el fracaso del *Putsch* y el nuevo ciclo político que se había abierto.[16] Para marcar hasta qué punto su concepción de la política tenía diferencias con la que Hitler tenía en aquellos momentos —que le seguía pareciendo vinculada a un simple grupo de seguidores incapaces de considerar la etapa de necesario compromiso y acción parlamentaria; un círculo de radicales *völkisch* de clase media conservadora, que no podían ganar apoyos fuera de la Baviera aún traumatizada por la revolución de 1919—, Strasser disolvió la organización que había creado con Von Graefe y Ludendorff, pero indicó claramente que su relación con Hitler era la de un camarada, no la de un simple seguidor: un *Mitglieder*, no un *Gefolmann*.[17] Aunque hubiera sido nombrado jefe del partido en la Baja Baviera, dejó los asuntos de gestión diaria en manos de su nuevo ayudante, Heinrich Himmler, y se dedicó a organizar el partido en el norte, donde había establecido contactos desde su elección como diputado al Reichstag en las elecciones de diciembre y cuando había hecho propaganda a favor del NSFB a lo largo de 1924. El año de la refundación, precisamente cuando Hitler estaba tratando de hincar las bases de su liderazgo en Baviera —dependiente de sus leales Amann, Esser y Streicher, e imposibilitado de realizar actividades adecuadas por la prohibición de intervenciones públicas que seguía sufriendo—, Strasser iba acariciando la posibilidad de dar una continuidad *de facto* a la posición de primacía adquirida el año anterior, estableciendo una sólida trama de complicidad personal y política con los jóvenes líderes locales de un movimiento al que, hasta entonces, Hitler solamente había considerado importante por su actividad en el antiguo reino de los Wittelsbach. La misma pericia estratégica de Strasser iba a proporcionarle, sin embargo, las condiciones de un error táctico de envergadura, que señalaron la superioridad de la que iba

a disponer el Führer en los años siguientes, lo que demostró que su acceso a la dirección del partido y el establecimiento de su carisma no habían sido casuales. Como resultado de la batalla política que iba a perder muy pronto, Strasser clausuró definitivamente la posibilidad de una sustitución personal o, por lo menos, la de considerar una alteración en la naturaleza de *Führerspartei* de la que se había dotado el NSDAP desde 1921.

El incansable desarrollo de la actividad de Strasser al norte del Main durante 1925 —ciertamente compensada por una actividad no menos incansable de Hitler al sur— le permitió convertirse en un punto de referencia político e ideológico cuyo fracaso podía determinar el futuro del movimiento. Cuando, en las condiciones iniciales de la refundación, el NSDAP no había definido con claridad el poder de Hitler —interrumpido de una manera que podía haber sido irrevocable en el año crucial de la entrada en las instituciones de los nazis—, Strasser trató de construir la organización sobre la base de su carácter programático, respondiendo así a los adversarios republicanos que acusaban al nazismo de la carencia de una ideología. La respuesta de Hitler habría sido mucho más elemental, haciendo de esa misma carencia una virtud y esforzándose en no establecer definiciones que pudieran crear una corriente divisoria dentro del movimiento, para establecer la unidad esencial en torno al nacionalismo racial, el antimarxismo, el antisemitismo, la lucha contra la República heredada de la derrota, la vaga promesa de un renacimiento nacional y su propia posición como dirigente, negando que cualquier otro tema fuera de interés para un verdadero nacionalsocialista, en cuyo ánimo debía estar presente tan sólo la voluntad de lucha, de devolverle a Alemania la grandeza, de eliminar a los parásitos que se habían adueñado del país y de poner las bases para dar al *Volk* un bienestar que se correspondiera con su superioridad. ¿Por qué debían definirse con mayor precisión las cosas en un

movimiento cuya característica fundamental debía ser el *ich glaube*, el «yo creo» que se dejaba llevar por la corriente de ese dinamismo que indicaba, en su propio movimiento, la revitalización de Alemania frente a quienes habían deseado su degeneración? Los asuntos de la «política» eran algo menos que poco interesantes: precisamente, lo que distinguía al NSDAP de cualquier otra fuerza era este aspecto no argumentativo, no programático, este carácter de inversión de los valores de la democracia que debía empezar por la misma negación del esfuerzo interpretativo en los términos clásicos, para pasar a una expresiva sensación, a una estética dominadora en la que la *Weltanschauung* nacionalsocialista se *viviera* emocionalmente. Algo que no significaba dejar de considerar minuciosas reflexiones sobre política racial, sobre organización de la economía, sobre la organización de la empresa, sobre la seguridad nacional o sobre la política exterior que habría de realizar la élite del partido. Pero en modo alguno había de ser este factor *positivo y reflexivo* lo que debía atraer a la militancia antes de la toma del poder y la necesidad de administrar una sociedad. Lo que, aparentemente, podía contemplarse como debilidad del movimiento adquiría ese rasgo diferencial frente a los partidos de Weimar que lo dotaba de progresiva fortaleza, inculcando unidad, seguridad, confianza, potencia, voluntad de existir, donde otros solamente consideraban discusiones, matizaciones, objeciones, fracturas, intereses particulares o de grupo. En este sentido, la superioridad estratégica de Hitler se mostraba en su aspecto más paradójico: en su aparente falta de estrategia en un sentido convencional, aunque no tomándolo en un significado más profundo, que se refería a la congruencia con una época marcada por otra forma de ver las cosas, en la que la crisis de la democracia iba a exigir de quienes prometían una Tierra Prometida mucha más fe en poseer el rumbo correcto que el minucioso trazado de los planos de las ciudades por construir. Esa utopía

negativa podía adquirir la forma de un nihilismo que conectaría con la población —y especialmente con los jóvenes llegados a un mundo nuevo, con quienes habían dejado de comprenderlo como resultado de la crisis que se avecinaba, de quienes vieron en las nuevas circunstancias de despojo una reconstrucción de las condiciones de la Gran Guerra y de la inmediata posguerra—, siempre y cuando el principio de la esperanza que se ofreciera pudiera tener, como lo advertiría Ernst Bloch, la capacidad inmensa de perversión de las promesas, la «malversación de los fondos públicos con que desvirtuaban todas las alternativas revolucionarias transformándolas en su contrario».[18]

A finales de 1925 y comienzos de 1926, Gregor Strasser defendió ante sus compañeros de la *Arbeitgemeinschaft* (AG) de los dirigentes del norte y del noroeste un programa que había redactado con su hermano Otto y con la probable ayuda de Joseph Goebbels. Las reuniones celebradas en Hannover no fueron todo lo satisfactorias que se ha hecho creer, considerando que existía un acuerdo entre casi todos los dirigentes del norte para modificar el proyecto político que defendían mayoritariamente los cuadros de Munich y Nuremberg. El documento era una atropellada serie de afirmaciones. Como lo ha indicado uno de sus comentaristas, el documento —que se presentaba sólo como un esbozo, un *Entwurf*— no pretendía ser un programa detallado, sino resaltar aquellos aspectos que mejor podían ser atendidos por los sectores de la clase media, trabajadores de cuello blanco y obreros no comprometidos con la militancia socialista, sino con alguna forma de sindicalismo cristiano o independiente. En modo alguno era una propuesta «socialista» que se enfrentara al simple «nacionalismo» de Munich, sino una consolidación del nacionalsocialismo tal y como se había presentado en el momento mismo de su formación, con afirmaciones de carácter anticapitalista que nunca habían faltado en los discursos del nazismo desde

su misma construcción y que explicaba que su militancia no hubiera buscado acomodo en algunos grupos conservadores. Pero se trataba de una defensa exaltada del *kleine Mensch*, de una clase media en proceso de descomposición desde la modernización provocada por el Imperio, por la guerra y por los pactos sociales realizados por la revolución, y que había comenzado a organizarse de forma muy clara al votar la candidatura de Hindenburg a la presidencia de la República en la primavera de 1925. La defensa de la pequeña propiedad agraria, la participación en los beneficios empresariales, la condena del gran capitalismo, todos eran aspectos que buscan este apoyo y no suponían ruptura alguna con el espíritu fundacional. Este público urbano —y no solamente el proletariado industrial clásico— era el que debía ser arrancado de las manos de sectores como el poderoso Zentrum, los aún potentes partidos liberales y las organizaciones corporativas que habían empezado a emerger al indicar la crisis de representación del liberalismo. Sin desdeñar la posibilidad de acercarse a los obreros, no nos encontramos ante un enfrentamiento entre un sector obrerista y otro que no lo era, sino ante algo más complejo: lo que Strasser podía ver como la necesidad de llegar a un tejido social distinto al de Baviera, con unas condiciones culturales que se distinguían de las del sur, habitantes de ciudades mayores, habituados a una práctica de sociabilidad diferente a la que podía darse incluso en las dos grandes ciudades meridionales. Haber propuesto una alternativa que deseara quitar a la socialdemocracia y al comunismo su base social resultaba insensato y, de hecho, se trataría de una acción llevada a cabo por Goebbels en Berlín cuando había roto con Strasser y se había aproximado a Hitler. Además de ello, lo que se planteaba era que la plataforma política actuara sobre una base de principios, dando prioridad a la idea, en lugar de hacer del mito de Hitler la idea fundamental en torno a la cual se iba articulando el

movimiento. Incluso las cuestiones que podían parecer más problemáticas, como la posibilidad de establecer una alianza con la Unión Soviética, distinguiendo esa táctica de cualquier concesión ideológica al bolchevismo, no dejaba de entrar en los cálculos iniciales del partido ni de ser una práctica de la propia República de Weimar para escapar a las condiciones de aislacionismo en que podía encontrarse el país. El nacionalcomunismo no se encontraba en el grupo de Strasser, sino en otros sectores que ni siquiera llegaron a tener una relación espléndida con el menor de los hermanos. Como lo indica Kühnl, se estaba ante el deseo de una nueva refundación, que se realizara en el norte y que diera a sus dirigentes la aureola mística que había tenido la sesión de febrero de 1924. Por eso mismo, la respuesta de Hitler y sus allegados fue tan dura: porque podía ser un proceso de sustitución de jerarquías, mientras los cuadros del norte ni siquiera conseguían ponerse muy de acuerdo en una propuesta política que les habría dado mayor capacidad de resistencia de la que demostraron.[19]

La Conferencia de Bamberg, en febrero de 1926, permitió una victoria de los planteamientos de Hitler estrictamente en aquellos aspectos que realmente le interesaban: los referidos a algunas afirmaciones coincidentes con la izquierda —como la expropiación de las tierras de la Casa Imperial sin indemnización— que podían dificultar la aproximación que el Führer sabía que debía realizarse a la derecha social y política alemana, en beneficio exclusivo de un vaporoso populismo *völkisch* que ya había conquistado para el partido, las afirmaciones ambiguas acerca de la Unión Soviética y, especialmente, todo lo que tuviera que ver con la sustitución del programa inicial del partido, que le arrebata el carácter fundacional para traspasarlo a quien, tarde o temprano, podría esgrimir esta condición como base de un requisito carismático. Lo que facilitó su abrumadora victoria no fue solamente la parquedad ideológica de Strasser —cuyo sentido

pragmático era bastante similar al de Hitler, por otro lado—, sino además el hecho de que, en el fondo, ambos tenían posiciones similares en lo que afectaba a los problemas de definición *profunda* del nacionalsocialismo. Ambos compartían sus horizontes temblorosos, al fondo de una utopía cuyo valor auténtico era la movilización contra la falsa democracia existente. Sus discrepancias del futuro habrían de ser el resultado de una táctica de compromiso con la derecha, en absoluto una posición acerca del lugar que debía ocupar el fascismo alemán en el escenario político de Weimar. En cualquier caso, podía corresponder a Otto Strasser y sus seguidores llevar la discrepancia hasta la escisión de 1930, precisamente cuando el partido dio muestras inequívocas de quiénes eran sus aliados sociales naturales. Pero una versión que planteara una derrota política de *todo el sector del norte* frente a Hitler parece ignorar que tal sector no existía como tal en una línea de confrontación abierta con el líder del partido, sino con algunos de sus ayudantes inmediatos, y que cuando Hitler respondió con el relevo de la élite con una extraordinaria habilidad en los meses posteriores —como el encargo de Goebbels a dirigir el *Gau* de Berlín o la marginación de Esser a favor de Strasser al frente del aparato organizativo del partido—, esta cuestión de querellas entre subalternos quedó resuelta fácilmente. La disputa entre el número uno y el número dos para invertir el orden en que podían situarse quedó aplazada o fue reconocida por el propio Strasser, hasta la crisis de 1932, como una cuestión en la que llevaba las de perder, pues las entrañables relaciones que era capaz de establecer con los cuadros del partido tenían poco que ver con la hipnótica capacidad de obediencia que emanaba de la personalidad de Hitler sobre las masas y sobre los propios dirigentes del partido. Si Strasser era el compañero más respetado, Hitler habría de ir consolidando muy rápidamente una posición que le alejaba de la simple dirección para colocarlo en una apariencia de cuerpo

místico al servicio de la comunidad, de síntesis personalizada de sus aspiraciones, el ocupante de un espacio escénico que establecía su carácter, mientras Strasser se limitaba a ser un actor protagonista. Strasser era un miembro destacado del movimiento y de la comunidad nacional. Hitler los representaba. Si Strasser *formaba parte* de la comunidad, Hitler le *daba forma*.[20]

En realidad, Hitler transigió con el discurso «socialista» de clase media que se estaba realizando, con diversas variables —el propio Ley, uno de los acérrimos adversarios del programa estrasserista, era uno de los portavoces más radicales de las posiciones sociales del partido en la cuenca del Rhur, sin que pudieran confundirse sus arengas con las que podían tener el jefe de las SA, Pfeffer, que sería purgado en 1931, o Karl Kaufmann, recluido en Hamburgo, o las posiciones radicales de las que siempre hizo gala el propio Goebbels—. Había resuelto la principal de sus preocupaciones, y sólo los resultados de las elecciones que habían de celebrarse en 1928 podrían indicar si la propaganda orientada a la clase media de las grandes ciudades industriales del norte era lo apropiado. Pero sabía perfectamente —y siempre supo hacerlo de esta manera— que la neutralización de una persona o de un sector social pasaba por ofrecerle una responsabilidad que apareciera como promoción, mantuviera ocupadas a las personas, felices a las clases reconocidas en su función colectiva, estableciéndose una relación personal con el Führer que dependiera de su estricta voluntad. Por ello, no fue sólo Goebbels quien fue recompensado con el regalo envenenado de ir a organizar en Berlín el NSDAP, a fin de demostrarle a Hitler su verdadera capacidad. El propio Strasser fue promocionado, tras aceptar retirar su programa de la circulación e ir poniendo fin al imperio editorial que había creado en el norte, la *Kampkverlag*, responsable de la publicación del periódico *NS Briefe*.

Si una cosa era Gregor Strasser, como bien lo sabía Hitler, era concienzudo, ordenado, capaz de hacer frente a su grave enfermedad —era diabético y sufría las consecuencias de la sobrecarga de trabajo con especial virulencia, algo que pudo ser decisivo en su postración de 1932-1933— mientras cumplía con los deberes encomendados por su partido. Streicher podía ser leal a su propia ambición de poder local; Strasser lo era al afán de engrandecimiento del NSDAP, una característica que le distinguía tanto de la vieja guardia muniquesa como de la que empezó a formarse a partir de 1930, en especial con Goebbels y Göring orientando los pasos de Hitler. Por ello, su nombramiento como responsable de propaganda y, poco más tarde, de organización, permitió el impulso de expansión del partido que pocas personas podían haber llevado a cabo con tanto desprendimiento personal y tan poco deseo de construir una base de poder propia. Una vez asumido que Hitler era quien disponía de algo que él no poseía, su visión política le permitió descubrir que se trataba de un bien indispensable, un *input* que debía custodiar más allá de los recelos previos. Por ello, no hizo una cuestión de principio del escaso entusiasmo que dedicó a la formación de una organización obrera propia, la Organización Nacionalsocialista de Células de Empresa (NSBO), que sólo alcanzó los trescientos mil afiliados en vísperas de la captura del poder. Se trataba de una derrota importante desde el punto de vista del obrerismo atribuido a Gregor Strasser, en especial porque irían constituyéndose organizaciones profesionales en otros ámbitos, y algunos autores han visto en este tema un aspecto al que la historiografía ha prestado poca importancia, tratándose de algo que rompía la imagen de la Comunidad Popular nacionalsocialista y que obligaba a la izquierda a refugiarse en algunos sectores de las SA. Quizás precisamente por estos dos aspectos, y en especial por el primero, Gregor Strasser no quiso dedicar demasiados esfuerzos a esta tarea, que los congresos de

Weimar de 1926 y de Nuremberg de 1927 acabarían dejando de lado, de forma que cuando se celebrase el siguiente, en 1929, se hiciera bajo el impacto de un giro a la derecha en el que el tema obrerista había perdido fuerza.[21]

Las elecciones de 1928 mostraron el fracaso del «plan urbano», concediendo a unos nazis unos resultados locales ridículos, apenas por encima del 1 por ciento, en las ciudades industriales en las que se había realizado un esfuerzo mayor. En cambio, el incremento del voto en las zonas provinciales y rurales, donde se había desplegado menor actividad, indicaba la necesidad de realizar aquellos aspectos en los que la rectificación de Strasser tampoco ha sido siempre bien comprendida: nunca se abandonó la idea de mantener la actividad combativa en las ciudades —y sólo debe pensarse en la monstruosa laboriosidad realizada en un lugar de tan escasas perspectivas como Berlín—, sino que se consideró la necesidad de avanzar en dos líneas fundamentales, que fueron expuestas por Hitler y organizadas por Strasser tras la reunión de Munich de 1928: volcar la actividad de las organizaciones del partido en aquellos sectores sociales y en aquellas zonas geográficas donde había habido un apoyo electoral, pasando a construir esa «ocupación» del espacio público por otros métodos: la porosidad de las organizaciones profesionales, de los ámbitos de sociabilidad de la clase media, y la presencia física, visible, de los camisas pardas en las pequeñas poblaciones para ofrecer la imagen de una disciplina y de un poder que contrastara con la debilidad ofrecida por la República. La lectura de los resultados electorales indicaba la existencia de una franja abundante de alemanes que habían perdido su esperanza en los partidos constructores de la República, para ir a concentrarse en pequeños *splinter parties*. Ese tipo de populismo antidemocrático podía ser una primera plataforma que sería sustituida en cuanto el nazismo ofreciera algo

diferente: la unidad de los diversos descontentos, que se convertirían en desesperación al año siguiente. Por otra parte, abandonada la primacía del «plan urbano», el impulso del socialismo de clase media parecía lo suficientemente asentado para que el partido se presentara como una pieza de utilidad que volviera a reclamar la unidad de las fuerzas antirrepublicanas. Es importante detectar la diferencia con respecto a lo que había sucedido en 1919-1923: ya no era la amalgama extrainstitucional del movimiento *völkisch* en momentos en que buena parte de la clase media optaba por el liberalismo o el catolicismo político. Se trataba ahora de ofrecer un partido político militante, que quizás disponía de pocos votos, pero que tenía el vigor del que carecían partidos con una mayor representación. Se trataba de ofrecer la imagen de una fuerza en crecimiento, cada vez más congruente con lo que la clase media radicalizada alemana iba solicitando, pero también de los planes que se iban haciendo desde una élite económica deseosa de acabar con las condiciones de la revolución de noviembre.

Obtenida la identidad, correspondía ahora captar una capacidad de comprometerse con otras fuerzas, sustituir el sectarismo por la exigencia de la atención a quien disponía de un proyecto mejor trabado para acabar con el sistema. La crisis de 1929 acudió en ayuda de una oferta ideológica que había madurado, lo que creó una demanda en crecimiento exponencial. El pacto con la derecha en Turingia y la salida del partido de Otto Strasser, que dio lugar a una Comunidad de Combate de los Nacionalsocialistas Revolucionarios —que se uniría a otros grupos pequeños para formar el *Schwarze Front*— permitió que Hitler y el propio Strasser avanzaran en esa línea de aprovechamiento de la crisis de la República para hacer del NSDAP una fuerza con la que debía contarse.[22] La caída del último canciller socialdemócrata Müller propició el nombramiento de Heinrich

Brüning, perteneciente al ala derecha del Zentrum, partidario de restablecer la monarquía como confesó en sus memorias póstumas y, en cualquier caso, primera pieza de los gobiernos presidenciales que iban a interrumpir el funcionamiento regular de las instituciones en el marco mismo de la peor crisis vivida por la economía occidental. En realidad, junto al plan de ajuste que podía proponer el canciller, se encontraba una realineación de fuerzas de la derecha que implicaba a católicos y liberales en un compromiso para acabar con el estado de cosas de la revolución de 1918. Para esta tarea se requería la disolución del último parlamento elegido en condiciones normales, y la convocación de elecciones para septiembre de 1930, dos años antes de cuando correspondía y en plena oleada de crecimiento del NSDAP y de desprestigio republicano. Los resultados, al hacer del NSDAP, con más de seis millones de votos y 107 diputados el primer partido de la derecha alemana, ponía las condiciones para que el partido tuviera que adquirir una responsabilidad en la resolución de la crisis, algo que dependía de la actitud que tomaran las otras fuerzas políticas. Si el resultado no había sido más abultado se debía a la resistencia que aún habían sido capaces de demostrar los pequeños *splinter parties,* partidos locales y profesionales que consiguieron el 14 por ciento de los votos, que pasarían a las arcas del nazismo dos años más tarde. Lo que hubo por parte del NSDAP no fue sólo el funcionamiento de una maquinaria publicitaria que ahora había de contar con recursos importantes, sino también la capacidad de convocar a los nuevos votantes, a los millones de jóvenes que acudían a las urnas por primera vez y que fueron decisivos en el crecimiento del partido, como lo fueron también en la expansión del KPD.[23] Había existido también la importante reforma interna propiciada por Strasser, convirtiendo los distritos electorales en la organización básica del partido; de esta forma, la combinación entre lucha electoral y manifestación de fuerza adquiría su

perfeccionamiento. Ahora los nazis disponían de la fuerza de unas temibles escuadras de choque en condiciones de enfrentarse al Frente Rojo, pero también del apoyo de millones de personas que querían que sus propuestas impregnaran la rectificación política que debía darse en el país. Un aspecto alimentaba al otro: el éxito electoral conducía a la afiliación en una organización que exigía la militancia abnegada, para compensar la escasez de fondos con que se contaba, ya que el gran capitalismo alemán no acababa de dar un apoyo completo a esta fuerza, aunque hubiera llegado a la conclusión de su carácter indispensable. Pero, además, la *presencia*, *la actuación*, *la puesta en escena* de la comunidad movilizada contenía un sentido de anticipación en los desfiles de las SA que nadie más podía ofrecer. Strasser no sólo había propiciado una buena organización interna: había hecho que el incremento de los votos y el dominio de la lucha en la calle se convirtieran en un factor indispensable para que el Partido Nazi formara parte de la nueva gobernabilidad y pasara a inspirarla en el momento oportuno.

Lo que lo impidió en un primer momento fueron las propias disensiones internas del movimiento, que afectaron en especial a las SA de Berlín, movilizadas por Stennes en una de las crisis más importantes vividas por el partido poco antes de que se celebraran las elecciones de septiembre. Lo que lo impidió, también, fue la disposición del SPD a ofrecer una tregua al gobierno conservador de Brüning. Una política de no beligerancia que contenía un riesgo evidente: que el nazismo pudiera hacerse con la oposición social a las medidas deflacionarias tomadas por el gabinete, de la misma forma que se abría una brecha con el KPD que tampoco habría podido cerrarse con una política distinta en aquellos momentos. Fue entonces cuando Strasser, portavoz del NSDAP en el Reichstag, pudo convertirse en el político respetable de Weimar, capaz de burlarse de aquella

democracia en unas circunstancias distintas, cuando el propio presidente estaba quebrantando las reglas de juego y cuando sus palabras eran recibidas atentamente en los escaños católicos y en las desvencijadas estructuras liberales, aterradas por la pérdida de apoyo a favor de los pequeños partidos antidemocráticos y por el crecimiento de aquella fuerza que parecía emerger directamente de la catástrofe en lugar de provocarla. Una fuerza con la que se debía negociar, a la que había que adaptarse progresivamente, a la que se debía alimentar para evitar que devorara a sus espectadores.[24] La imposibilidad momentánea de llegar a un acuerdo con el Zentrum —la posición preferida siempre por Gregor Strasser, no sólo por la potencia del partido, sino también por la de sus sindicatos y de su ideología antiliberal—, dada la actitud hostil de Brüning, le llevó a radicalizar el discurso del partido, desarrollando la propaganda en torno a una serie de temas de carácter social que distinguía cuidadosamente de lo que sugería la izquierda, para colocarlo en la propia tradición populista alemana: así ocurrió, por ejemplo, con su discurso del 10 de mayo de 1932, uno de los más preparados y agresivos que se recordaban contra la política económica de la derecha, cuando la posición del partido había pasado a ser la de una organización dispuesta a exigir responsabilidades de gobierno como su ala izquierda. El discurso estuvo plagado de acusaciones contra la política desarrollada por el «canciller del hambre», que se sumaban a propuestas anticíclicas expansivas, que incrementaran el gasto y permitieran atender las necesidades de los desempleados como posición prioritaria de un gobierno obsesionado por los equilibrios financieros.[25] Que el plan hubiera sido tan minuciosamente preparado, recurriendo a sectores académicos que simpatizaban con el corporativismo, indicaba dos aspectos importantes en la carrera de Strasser. En primer lugar, su deseo de presentarse como un político realista, pragmático, que unía a una mística de la Comunidad

Popular las propuestas elaboradas por economistas profesionales para mostrar que había una política alternativa. En segundo lugar, Strasser se presentaba como un dirigente con sentido de la acción constructiva, no sólo de la agitación y los rituales conmemorativos, que podía atraer las miradas de aquellos sectores que deseaban contar con el ala más «razonable» del Partido Nazi. Ello le inculcó un sentido de la necesidad del pacto político que incluía su aceptación de una posición momentáneamente subordinada, aunque progresivamente indispensable, que hiciera del fascismo alemán un factor vertebrador del cambio de régimen. Si otros no lo veían de esta forma, no cabe duda de que una persona como Gregor Strasser iba a tener muy poca paciencia tratándose de sacrificar el futuro de su país y de su partido a los delirios de un grupo de cortesanos como el que ahora rodeaba a Hitler en el *Kaiserhof* de Berlín.

Sin embargo, para estos mismos hombres, que esperaban de su acceso al poder una promoción personal que les liberara de un pasado de marginación —como era el caso especial de Joseph Goebbels o de Hermann Göring—, lo que se hizo inmediatamente fue combinar los pactos indispensables con la derecha —como la participación en las manifestaciones de Harzburg en 1931— y una provocación a Hindenburg como la presentación de la candidatura de Hitler a la presidencia de la República, algo que Strasser consideró un golpe de efecto innecesario, porque hacía a Hindenburg prisionero de los votos de la izquierda y le presentaba ante la población alemana como un baluarte contra el nazismo. De hecho, la caída de Hindenburg y la elección de Von Papen para sustituirle rompían definitivamente cualquier posibilidad de tolerancia de la izquierda y dejaba a la derecha sin máscaras, como podía deducirse del escandaloso discurso realizado por el nuevo canciller, expulsado del Zentrum y cuya tarea era la de cambiar la política de alianzas de la derecha alemana, orientándola a

algún tipo de arreglo con el NSDAP. Lamentablemente para Strasser, la reticencia de Hindenburg ante Hitler, avivada por los desórdenes provocados por las SA legalizadas de nuevo por Von Papen, incitada por quienes aún tenían capacidad de indicar al presidente los riesgos de faltar a su juramento de defensa del orden institucional y el peligro de un enfrentamiento armado entre las milicias fascistas y las comunistas, impidió que el abrumador resultado electoral alcanzado en julio de 1932, cuando los nazis llegaron a los 230 diputados, se convirtiera automáticamente en la entrega de la cancillería al más votado, una práctica de la democracia que los propios nazis habían considerado detestable y que difícilmente podían exigir ahora. Tras la negativa de Hindenburg a aceptar las pretensiones de Hitler en agosto, solamente quedaba la posibilidad de llegar a algún acuerdo con el Zentrum, aun cuando la posición de este partido con respecto a Von Papen fuera poco favorable. Quienes aconsejaron a Hitler, furioso por el trato despectivo que le había dado el presidente, le indicaron que debía arreciar en sus ataques contra Von Papen y provocar su caída, lo que pudo hacerse mediante una triquiñuela parlamentaria sumándose al voto de desconfianza comunista, gracias a que Hermann Göring era presidente de la Cámara.

Gregor Strasser estaba en contra de una estrategia que le parecía suicida, aunque con el tiempo se mostró adecuada para llevar a Hitler a la cancillería, aunque en compañía de personas por las que Strasser sentía el mayor desprecio. Lo único apropiado parecía evitar a toda costa una nueva campaña de la que se hicieran responsables los nazis, presentándose ante la población como un movimiento negativo sólo en condiciones de hacer valer sus votos para llamar a los electores una y otra vez a lo largo del año 1932, en lugar de ayudar a resolver los acuciantes problemas que sufría el pueblo. En aquel momento, y desesperado tras los pésimos resultados electorales de

noviembre, cuando ya era imposible realizar la suma aritmética de los votos del Zentrum y del NSDAP, Gregor Strasser cometió una serie de errores políticos encadenados de una forma incomprensible, probablemente porque en su conducta se debatieron su propio cansancio físico, su desolación por la posibilidad de hundimiento del partido, las tentaciones proporcionadas por el general Kurt Schleicher, canciller desde comienzos de diciembre, y el mayor de todos: el temor a causar la escisión de su partido, que era precisamente lo que trataba de hacer la extrema derecha para obtener el apoyo del centenar largo de diputados que podía controlar Strasser y su influencia entre los *Gauleiter* que le debían el cargo. El encadenado de errores consistió en creer posible el propio proyecto de Schleicher, que implicaba la ruptura no deseada del NSDAP si se realizaba, pues Hitler no toleraría que Strasser entrara en el gobierno como vicecanciller, sino que seguía pidiendo su nombramiento al frente de la cancillería.[26] Schleicher usó a un desesperado Strasser, conocedor a fondo de las condiciones de desmoralización y ruina del partido, para proponerle que lo rompiera, contando con la posibilidad de un gobierno de base sindical en la que ni siquiera se excluía a los socialdemócratas, mientras los nazis aportaban a todos aquellos que no deseaban contar con el enloquecido liderazgo de la corte hitleriana. Cuando Strasser lo propuso ante los dirigentes del partido, nadie le apoyó —ni siquiera el moderado Frick que había entrado en un gobierno de concentración en Turingia poco tiempo atrás—. Por el contrario, hicieron de ello la prueba de una traición que permitía desembarazarse del hombre más poderoso del partido, aprovechando lo que debían saber: que Strasser nunca aceptaría una propuesta que implicara la ruptura, posiblemente porque por ese camino tampoco habría obtenido el apoyo que el canciller Schleicher creía posible. Strasser no sólo deseaba mantener la unidad, sino que sabía que era imposible deshacerla: los

propios cuadros que él había colocado al frente de las organizaciones locales se habrían desconcertado por ello, haciéndole responsable del declive en el que se había sumido el partido, en lugar de trasladar esa condición a quienes impedían a Hitler aceptar un puesto subalterno en un gobierno de coalición, o de quienes, tratando de salvar la personalidad del Führer, no estaban dispuestos a tolerar que Strasser realizara esa función, mientras Hitler continuaba impecablemente entronizado en el altar del movimiento. La carta del 8 de diciembre mostró la derrota y la amargura de Strasser: sólo le faltaba citar por su nombre a quienes consideraba responsables del futuro fracaso político del partido en caso de que Schleicher pudiera convocar elecciones de nuevo. No sabía que la derecha económica dirigida por Von Papen estaba conspirando para que ello no fuera posible y para que Schleicher fuera defenestrado a favor de Hitler. No podía saberlo porque era lo menos probable,[27] tras la actitud mostrada por el partido en el período de Von Papen. Era, además, lo menos deseable si se quería mantener esa posición constructiva en la que todavía confiaba Strasser, sin dar la impresión de una conquista del poder que había forzado la mano presidencial y, más que el triunfo del conjunto de la oposición nacional, más que un triunfo del partido, aparecía como un triunfo de Hitler y su camarilla.

Las vacaciones tomadas después de su dimisión, que permitieron maniobrar a Hitler y poner al partido en su contra no fueron un mero error. Strasser nunca habría podido fracturar el partido y, en cualquier caso, la suerte de Schleicher estaba echada desde el momento en que no se pensó en Hitler para ocupar una posición subalterna en el gobierno y toda su estrategia se basó en la ruptura del movimiento. Con sorpresa, Strasser debió de asistir a la llegada al poder que creía perdida, en un ritmo político cuyo guión parecía redactado por el sarcasmo. Con cierto disgusto, a la

imposición de una política de violencia que, si le parecía adecuada para derribar el régimen anterior, debía parecerle inadecuada para sostener la nueva Comunidad Nacional. En cualquier caso, llevó adelante su vida con sosiego y en silencio, sin tratar de levantar una voz que habría sido escuchada por algunos sectores de dentro y fuera del NSDAP. Según Krebs, fue precisamente el rumor de que Hitler pensaba ofrecerle un cargo en el gobierno lo que aceleró los trabajos de su antiguo ayudante Himmler, de Heydrich y de Göring para levantar el acta de acusación que provocaría su muerte. Dylan Thomas, cantando a una adolescente muerta en Londres, la consolaba diciendo: «después de la primera muerte, no hay ninguna».[28] Gregor Strasser había de tener el dudoso privilegio de experimentarla en dos ocasiones.

4
Ernst Röhm
De repente, el último verano

La Paz (Bolivia), diciembre de 1930: sobre la mesa de trabajo de un oficial alemán se encuentra un telegrama que ha llegado desde su patria, con un mensaje breve: «Vuelve. Te necesito».[1] El tuteo es utilizado de forma excepcional tanto por quien envía el mensaje como por quien lo recibe, aunque esa señal de camaradería, mucho menos usual entre los dirigentes nazis que en otros grupos fascistas europeos, no muestra un grado especial de complicidad política, sino una larga trayectoria de relación personal. Entre ambos ha transcurrido algo más que tiempo: ha habido una mutua necesidad consciente, que les obliga y les permite el uso poco habitual del *Du*. El firmante Adolf Hitler es, a aquellas alturas, el máximo dirigente del primer partido de la derecha alemana, tras el arrollador triunfo de las elecciones de septiembre, y se encuentra en una crisis de crecimiento sobre una masa de afiliados poco homogénea. El receptor, Ernst Röhm, ha pasado cinco años lejos de su país, precisamente por sus desacuerdos con el Führer acerca de la relación que hay que establecer entre la milicia y el partido, lo cual significa una profunda discrepancia en lo que se refiere al conjunto de la estrategia política que debía tomarse. Pero, desde los tiempos en que ha conocido a Hitler, en el inicio mismo de la carrera política de ambos, realizada al calor de las actividades de los grupos paramilitares de Munich y las asociaciones patrióticas protegidas por la 7.ª División del general Franz von Epp, a cuyas órdenes trabaja el entonces capitán Röhm, el Führer ha

tenido que reconocer tanto el sentido de lealtad del personaje que le ha llevado a dimitir y a exiliarse antes que enfrentarse a él en 1925, como su inmensa energía y habilidad organizativa, que puede ayudarle a resolver las pésimas relaciones que tiene con la dirección de sus SA en aquel delicado momento. Antes de marcharse hacia América, el oficial de infantería —acostumbrado a las relaciones de lealtad en las que se ha formado durante su aprendizaje militar, así como a las que han podido sumarse en la prolongada preparación contrarrevolucionaria que culminará en el fracaso de 1923— escribe a Hitler que le bastará con llamarle y acudirá a ponerse a sus órdenes. Para un manipulador de hombres como el Führer, el momento ha llegado, justamente cuando se ha abierto la crisis de la República que los dos se comprometieron a derribar en 1918.

A Röhm, sin embargo, el mensaje también le alcanza en un momento propicio, cuando puede sentirse tentado por esta llamada, cuyas trágicas consecuencias a largo plazo no puede adivinar. La impresión de la distancia, que crea la nostalgia en el nacionalista de carrera militar, parece duplicarse por las diferencias espaciales que la naturaleza impone, atestiguando que se está en un lugar opuesto. Es como si el paso de los años hubiera desfigurado el paisaje en el que el oficial vivió hasta entrar en los cuarenta, lo que le proporciona una insensata apariencia. No sólo se invierten las estaciones, y el telegrama llega cuando es invierno en Alemania mientras la etapa más calurosa del año se adueña del hemisferio sur. Frente al acogedor paisaje bávaro, donde ni la humedad ambiental provoca el desorden, sino una exuberancia controlada de la tierra, dominada por el esfuerzo del hombre y construida a su escala, Bolivia parece complacerse en una perpetua profanación de la estatura del mundo, en un juego de desproporciones en las que el hombre es aplastado por un paisaje avasallador. Si la selva amazónica —apenas alcanzable en aquellos años más que por las empresas

dedicadas a la explotación del caucho como la Casa Suárez o las prospecciones petroleras de los ingenieros de la Standard Oil— se derrama desde el Brasil hasta alcanzar la zona del valle de Cochabamba como una materia imperiosa, incansable, sin término, la población se concentra en las antiguas regiones de explotación de plata y oro, convertidas ahora en zonas de extracción de estaño. Junto a las estribaciones andinas, que arrugan el paisaje con silenciosas emanaciones vertebrales, se despliega el Altiplano, una superficie parda oscura que podría cubrir la extensión de la mayor parte de los países europeos. Más al sur, hacia Paraguay, el país va perdiendo la altura de los 4.000 metros de La Paz, para descender hasta los parajes desiertos de Tarija y el espacio sediento del Chaco que pronto se empapará con la sangre de docenas de miles de soldados de los dos países, en una de esas guerras periféricas que se olvida entre los dos grandes conflictos mundiales.

El capitán dimitido Ernst Röhm puede disfrutar de un ascenso a teniente coronel del ejército boliviano mientras, como otros muchos oficiales alemanes, entrena al ejército de la República colocando en lugar de la formación prusiana la francesa, de la que aún disfrutan sus futuros enemigos paraguayos, y que parece dotada de mayor eficacia a ojos de los gobernantes bolivianos. En los años en los que ha estado en Bolivia, Röhm ha podido entrar en contacto con un esfuerzo de renovación nacional, muy vinculado a la ideología nacionalista y a la confianza en la función de las fuerzas armadas para propiciarla que ha pasado desapercibida a la hora de considerar su formación ideológica. Desde 1925, el país es gobernado por el dirigente del Partido Republicano Hernando Siles Reyes, que cambiará el nombre de su grupo por el de Partido Nacionalista, rodeándose de los jóvenes intelectuales que brotan del movimiento de reforma universitaria americana iniciado en la Universidad argentina de Córdoba, inspirado en los

principios regeneracionistas y patrióticos que se plantean desde el ejemplo de la revolución mexicana y la elaboración de una literatura contraria a la influencia de Estados Unidos, en especial por parte de intelectuales peruanos como Victor Raúl Haya de la Torre o José Carlos Mariátegui. Estos intelectuales que, antes de que se produzca la guerra del Chaco que dará nombre a su generación pasan a llamarse la «generación del centenario», se suman con entusiasmo a la propuesta de modernización realizada por el presidente y a la lucha contra el régimen tradicional, que entrega los inmensos recursos del país a tres compañías que concentran el poder económico nacional: las familias Patiño, Aramayo y la del judío europeo Hochschild. Personas como Augusto Céspedes o Carlos Montenegro comienzan a formar lo que será, en el futuro, uno de los movimientos nacionalpopulistas más importantes de América Latina, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, y su llamamiento a una movilización de la élite no podía pasar desapercibido a un oficial que había renunciado a su carrera militar por la política. En 1930, cuando le llega la llamada de Hitler, el gobierno Siles cae, por una revolución conservadora dirigida por el general Blanco, que repondrá a los republicanos en el poder, lo que pone fin a las esperanzas nacionalistas como había sucedido a mediados de la década en Alemania. Sin embargo, muy poco tiempo después, esos mismos intelectuales habrán de aprovechar la derrota del Chaco para integrar a los jóvenes excombatientes en una movilización que iniciará un camino nuevo en la historia del país.[2] Justamente cuando el país que le ha acogido en su etapa de desempleo y frustración política más honda va a verse envuelto en una crisis política que le habría fascinado por el papel desempeñado por los excombatientes y el protagonismo de los jóvenes oficiales, Ernst Röhm tiene que cumplir con su compromiso, pero también con su nostalgia de la patria y la excitación de un nuevo comienzo

político en ella. Por una vez, el deber de la palabra dada y el placer de la esperanza no se contradicen. Por una vez, la realidad y el deseo tienen el mismo nombre: Adolf Hitler.

Y, sin embargo, el encuentro fundamental de estos dos hombres —Hitler no habría llegado a su posición sin la fundación del DAP por Drexler, sin la expansión de una campaña antisemita en Franconia por Streicher, sin la capacidad de organización de Gregor Strasser, como ya hemos podido advertir, pero nunca habría conseguido el apoyo de las fuerzas paramilitares sin Röhm— en absoluto indica un punto de partida común, sino más bien opuesto. El bohemio artista fracasado que escapa de Viena para no hacer el servicio militar en el ejército austríaco ¿tiene algo que ver con el oficial de carrera que no ha deseado ser, en su vida, nada más que soldado, y que sólo comprende el mundo desde esa perspectiva?[3] Como indicará siempre Röhm, él es un monárquico, incluso un monárquico «azulblanco» bávaro frente al estilo monárquico «negro-blanco» de algunos de sus antiguos compañeros militares, como lo indicará en varias ocasiones, y como lo demostrará asistiendo conmovido a las exequias del último rey de Baviera, Luis III, cuyos restos son devueltos a Munich en noviembre de 1921 y expuestos en la catedral. Röhm habría seguido, como la mayoría de los presentes, un movimiento encabezado por el príncipe heredero, Rupprecht.[4] La juventud de aquel hijo de un funcionario civil, nacido en noviembre de 1887, podría recordarnos los perfiles y ambientes depositados con esa majestuosa veneración por un mundo cancelado que nos ofrecen los relatos de Stefan Zweig, Arthur Schnitzler o Joseph Roth. Nada falta en sus recuerdos de los años de instrucción, que a cualquiera —empezando por el propio Hitler— podrían parecerle meses de una exasperante monotonía, de un tedio clasificado en los turnos de guardia, las marchas agotadoras, la atmósfera reclinada con la luz de la tarde cuando llega la hora del descanso

o los uniformes de paseo y de gala para los días festivos y las invitaciones a casas con hijas casaderas. La fama de un hombre brutal y vicioso que recae sobre aquel corpulento oficial desfigurado por la metralla poco tiene que ver con aquel tiempo previo a 1914, dilatado en las jornadas de servicio, al aburrimiento que arrastra al teniente Anton Hofmiller a su desventurada compasión por la hija inválida de un acaudalado burgués húngaro en *La impaciencia del corazón,* al sentido del honor que provocará el suicidio del alférez Wilhelm Kasda en *Apuesta al amanecer* o la lealtad que arrastra al último de los Trotta a rendir homenaje al emperador Francisco José en *La cripta de los capuchinos.* La guerra moderna genera una actitud nueva, que rompe incluso los esquemas de la forma honorable de dar o recibir la muerte cuya simulación se lleva a cabo en los ejercicios de duelo de las academias militares. Los recuerdos del conflicto pueden ser presentados, en primer lugar, como los de constatación de un cambio de escenario moral, pero también de una transformación de la liturgia aceptable en el campo de batalla.[5] La guerra quiebra una continuidad, pero establece un territorio cómplice nuevo, capaz de reunir en una experiencia y en un objetivo a personas destinadas a vivir en ámbitos opuestos, como Hitler y Röhm. Tal espacio de complicidad podrá ser el de los descuartizados «campos del honor», pero también el que verdaderamente impone un giro de conducta: el retorno a la vida, que se da prolongando ese nuevo ámbito de sociabilidad, que puede mantener sus recursos formales, pero cuyo contenido moral se ha vaciado y se ha llenado de una sustancia que le da vigor para enfrentarse a las condiciones políticas de la posguerra como algo distinto a simples espectadores. Para ambos hombres, desde un origen social y profesional tan distinto, el cruce es el resultado de ese acuerdo esencial: la masa nacionalizada por la guerra, moldeada por la experiencia del frente, es la base natural y el recinto ideológico al que pueden prestar sus energías, para

construir un movimiento nacionalpopulista dotado de la atmósfera tumefacta de la violencia bélica.

Por tanto, si la desmovilización puede crear un problema de orden administrativo y económico complejo,[6] también crea las dos condiciones en las que va a nacer el nacionalsocialismo y, en especial, el carácter que tendrá antes del *Putsch* de 1923: ser una parte más del área patriótica contrarrevolucionaria. Como habrán de hacerlo con posterioridad las organizaciones paramilitares durante el período de consolidación y crisis final de la República de Weimar,[7] el regreso de los soldados alemanes va acompañado de las condiciones de una revolución que propicia la organización de la resistencia gubernamental, necesariamente asociada a las acciones de los grupos de combatientes asociados en los *Freikorps.* A ellos habrán de unirse las asociaciones patrióticas que no tienen ese carácter, pero que permiten una porosidad en la que los excombatientes, o quienes no han podido ir al frente por edad u otros motivos, pueden encontrarse vinculados a las organizaciones armadas que merecen aquel nombre y que serán utilizadas en el Báltico, en Silesia, en la cuenca del Ruhr, en el Berlín del *Putsch* de Kapp y, naturalmente, en la Baviera rescatada de la República de los Consejos en mayo de 1919.[8] Estas organizaciones armadas obedecían a la disciplina de sus jefes directos, como ocurría con alguna de las más famosas de las que tomaron parte en la «liberación» de Munich, y que habían actuado previamente en los combates de otras zonas de Alemania y del Báltico, como la que mandaba el oficial de la marina imperial Hermann Erhardt o el cuerpo que mandaba el teniente Rossbach. Estas organizaciones fueron sometidas a un proceso de disolución que obedecía a los intereses compartidos del gobierno central, de los gobiernos regionales y las imposiciones de las potencias occidentales que las contemplaban como una forma de escapar a la exigencia del máximo de cien mil hombres armados

que contemplaba el Tratado de Versalles. Pero, bajo el mando del general Von Seeckt, la *Reichswehr* se reconstruía con el mismo objetivo de controlar la actuación paralela de estos grupos leales a sus propios jefes, hostiles a la República e incluso opuestos a la derecha parlamentaria de Weimar.[9] De ahí que su función fuera tomándose por las organizaciones patrióticas, mientras algunos sectores del ejército, entre quienes se encontraba el propio capitán Röhm, procuraban ocultar armamento para poder armar una milicia de resistencia o intervenir en una acción contra la República cuando fuera posible. La trama de organizaciones es extraordinariamente complicada de seguir, dada la facilidad con que se producían escisiones y se pasaba de un grupo a otro, así como el distinto nombre que eran capaces de adoptar los antiguos organismos para escapar a los decretos de prohibición. Sin embargo, a medida que las cosas fueron aclarándose, pudo mantenerse una hegemonía inicial de las Ligas Cívicas (*Einwohnerwehren*) y los Cuerpos de Voluntarios Provisionales (*Zeitfreiwillingerkorps*), prohibidos en el verano de 1921.

La desaparición de los *Freikorps* y las organizaciones armadas hizo que una parte de sus miembros pasara al ejército, mientras la extrema derecha prefería continuar manteniendo un espacio de encuentro que, sin embargo, no pudo mantenerse unido, ya que existía una profunda dispersión que correspondía a diferencias de pequeños liderazgos, pero también a los distintos objetivos que se habían ido dando en el proceso de enfrentamiento con el régimen. Las diferencias podían referirse a la moderación del movimiento, que buscase simplemente una restauración imperial, la fuerza de las tendencias regionalistas bávaras o la posición de quienes habían considerado la construcción de un nuevo orden salido de las trincheras, en el que la posición de los excombatientes tenía objetivos políticos que se presentaban en defensa de una revolución nacional alternativa a la

democracia y al socialismo. En el abigarrado panorama de la Baviera de aquellos años podían encontrarse los esfuerzos para tratar de unir en un frente común antirrepublicano las diversas ligas patrióticas y establecer, por lo menos, algún tipo de coordinación entre las asociaciones que les permitiera actuar con el apoyo de los sectores adecuados del ejército. Röhm se integró al principio en la más potente de todas las herederas de las *Einwohnerwehren*, la llamada *Bayern und Reich* del doctor Otto Pittinger, pero a comienzos de 1923 la abandonó por las posiciones favorables al conservadurismo cercano al BVP de sus dirigentes, creó la *Reichsflagge* en compañía de su amigo y compañero de armas Adolf Heiss, que llegó a tener entre tres mil y cinco mil miembros. La fragmentación en numerosos grupos, como el *Oberland* de Friedrich Weber, la Unión de Ligas Patrióticas de Munich (VVM) de Alfred Zeller o la *Niederbayern* del teniente coronel Hoffmann, a la que podían unirse las aún muy débiles SA, llevaron a Röhm a proponer la formación, a comienzos del año crítico de 1923, de una Asociación de Ligas Patrióticas de Combate (*Arbeitsgemeinschaft der Vaterländische Kampfverbände*), cuya dirección militar fue entregada al militar retirado Hermann Kriebel. Adolf Hitler y el NSDAP no pertenecerán al grupo —algo que muestra el disgusto del Führer por hacer entrar a su grupo en lo que le parece una amalgama poco segura de organizaciones de excombatientes que no le dejarán controlar políticamente la asociación—, pero sí lo harán las SA, mandadas por el antiguo jefe de la escuadrilla del capitán Manfred von Richthoffen y poseedor de la valiosa medalla *Pour le mérite,* el ex capitán Hermann Göring.

Las SA se constituyeron en noviembre de 1921, y su nacimiento será narrado con brillantez y excitación por Adolf Hitler en su *Mein Kampf*, cuidando que el momento coincida una vez ya se ha hecho cargo de la dirección absoluta del NSDAP, desplazando a Drexler y queriendo dejar

muy claro que la organización es una fuerza destinada a preservar su propia libertad de palabra, así como una forma de propaganda en sí misma, al hacer de cada conferencia, acompañada de un choque con los agitadores de izquierda, un acontecimiento que llega a la prensa.[10] Bajo la dirección de Göring, la disciplina de las SA fue en aumento, mientras podían cumplir con tareas que permitían realizar tanto los objetivos políticos del partido como proporcionar a quienes deseaban hallar un espacio de reconocimiento colectivo relacionado con el espíritu de la experiencia de la guerra (*Kriegserlebnisse*), entendiendo por ello tanto la internacional como la civil. Un área que no se limitaba a sumar la acción violenta a la política, sino que las consideraba reunidas en un solo acto, propio del espíritu juvenil, revolucionario y carente de respeto por las reglas de juego democrático de la burguesía que habían sido desautorizadas por el episodio bélico. Esta gratificación personal que cada miembro de las SA encontraba en su participación en los desfiles, en las algaradas y en el reparto arriesgado de propaganda, implicaba una *representación* del movimiento en su vertiente de hermandad y, al mismo tiempo, de amenaza, que encarnaba así los criterios de inclusión y de exclusión, de camaradería e intolerancia que proporcionaban otra *forma* de comprender la política, es decir, de *vivirla.* Esa sensación de comunidad se construía mucho antes de que apareciera como conquista del poder y al mismo tiempo que se proclamaba como consigna. Sin embargo, la lucha de las SA no tenía solamente esta función gratificante, sino que también estaba destinada a imponer la *visibilidad* de la fuerza del movimiento, haciendo que desbordara las condiciones normales de la vida política en un sistema democrático y parlamentario, para establecer la *captura* de la calle en el sentido en que un destacamento militar podía comprenderlo, pero también como había de entenderlo el fascismo con la experiencia de los escuadristas italianos. La expedición

realizada a la ciudad de Coburgo, al norte de Baviera, en una localidad donde no existía organización propia y la izquierda controlaba el espacio público, fue el acto más importante de esta fase anterior al *Putsch* como ejercicio exclusivo de las milicias del partido.[11]

Para Ernst Röhm, la creación de una organización-paraguas, destinada a cubrir objetivos antirrepublicanos que mezclaban tan diversas actitudes ideológicas, había de tener un desenlace inesperado con la ruptura de su propia organización, el *Reichsflagge,* dado el apoyo que su compañero Heiss ofreció a las autoridades bávaras cuando éstas se negaron a tomar una actitud combativa contra Berlín, y cuando las sociedades patrióticas más conservadoras prefirieron ofrecer su apoyo a las presiones ejercidas por algunos sectores del ejército como Von Seeckt y el comisario populista Von Kahr, para tratar de que la crisis del gobierno de unidad nacional de Stresemann pudiera desembocar en una alternativa antirrepublicana sin necesidad de recurrir a un conflicto armado. Röhm formó su propia asociación, la *Reichskriegsflagge*, y arrebató a la organización de Heiss toda su militancia en la zona sur de Baviera. Por escasos que fueran sus medios, el RKF le permitía a Röhm mantenerse como militante del NSDAP mientras no se subordinaba a la autoridad de Göring y mantenía una posición de respeto a la soberanía *política* de Hitler que no ponía en duda lo que verdaderamente le interesó toda su vida: construir una milicia popular con objetivos ideológicos propios, enmarcados en una revolución conservadora, que asegurara el orden nuevo proporcionando a sus hombres y a su propia persona el protagonismo, algo que implicaba destacar el carácter de fuerza salida de las trincheras con la que Röhm era capaz de entender aquel movimiento nacionalista. Posiblemente, entre todos los dirigentes del partido, por su formación y por su propia actitud posterior, era el único que llevaba esta concepción hasta el final, al plantear que

solamente la vivencia de la guerra moderna y la abolición de clases en una comunidad de combate orgánicamente jerarquizada servían como modelo para la revolución que deseaba hacer el nacionalsocialismo.[12] La aparición de la RKF se relacionaba con la propia desaparición de la *Arbeitsgemeinschaft*, que no pudo superar las diferencias de criterio acerca de la crisis republicana en los meses finales del año: mientras un sector mayoritario, apoyado por el gobierno bávaro, pensaba la forma de hacer un pulso al gobierno de Berlín, para los nazis se trataba de aprovechar la crisis para hacer una revolución que *comenzara* en Baviera. En septiembre, tras la celebración del impresionante Día Alemán en Nuremberg, que vio la concentración de cien mil miembros de sociedades patrióticas desfilando ante Erich Ludendorff, se constituyó el *Deutscher Kampfbund*, formado solamente por las SA, *Oberland* y un *Reichsflagge* que estaba a punto de romperse, y que lo hizo cuando el enfrentamiento entre el ultraconservador Von Kahr y el *Kampfbund* llevó al extremo de la prohibición del *Völkischer Beobachter* y de las actividades del grupo a finales de septiembre y comienzos de octubre.

La salida de Heiss y sus compañeros no hizo más que incrementar el deseo de Hitler y de Röhm de acelerar una acción que obligara a las autoridades conservadoras bávaras a aceptar el ritmo de los hechos, aun cuando la mayor perspicacia de Hitler le advirtiera de la mala preparación política del golpe que se iba a dar en noviembre, mientras que la visión táctica de Röhm le mostraba, como a otros antiguos jefes de los *Freikorps*, el escaso sentido militar que aquello tenía. En lo que no se equivocaba Hitler, sin embargo, era en ver que la pasividad propia sólo podía desalentar a sus partidarios, que eran los más radicales del escenario *völkisch* bávaro, y que un acto de aquellas características formaba parte del proceso de aceleración que se venía produciendo desde las jornadas de Coburg en el

otoño de 1922, algo que no podía mantenerse eternamente en suspenso sin provocar el agotamiento de sus seguidores y la pérdida de confianza. Si no podía adivinar hasta qué punto el golpe y el juicio posterior le proporcionarían una imagen nacional de la que carecía, tal vez pudiera considerar que habría de limpiar el escenario, dejando fuera de la oposición radical a la República a quienes compartían posiciones con la extrema derecha parlamentaria del DNVP en su versión católica bávara. Por otro lado, podría servir también para restar importancia militar a la organización que se había ido creando, apartando de la primera línea de popularidad al viejo Ludendorff, la pérdida de cuyo ascendiente era imprescindible para que pudiera construirse un liderazgo político alternativo. No eran las consideraciones de Röhm —no podían serlo, en especial, en lo que hacía referencia a las relaciones con el antiguo jefe del Estado Mayor imperial ni con la función asignada a las milicias en el proyecto político—, pero la coincidencia era obvia, al establecer el campo de quienes deseaban actuar y el de quienes deseaban negociar una posición de fuerza que no quebrara el orden existente, sino que se limitara a recalificarlo. En la mañana fatídica del 9 de noviembre, Röhm no caminó junto a los cuadros del *Kampfbund* ante la Feldherrnhalle, sino que ocupó el Ministerio de Defensa con rapidez e inusitada eficacia, en compañía de un joven de veintitrés años recién cumplidos que apareció fotografiado empuñando la bandera imperial del RKF junto a una barricada y que habría de tener un destino especial en la vida de Röhm: Heinrich Himmler. Allí, cuando fue requerido para rendirse, Röhm se negó a entregar las armas salvo recibir una orden expresa de Ludendorff, mientras quienes negociaban con él, el general Jacob Danner y el teniente coronel Hans Georg Hoffmann, le recordaban que, siendo un oficial en activo, no podía recibir órdenes en contra de sus propios mandos orgánicos. Finalmente, mientras el edificio era asaltado por las tropas

gubernamentales y las condiciones se hacían desesperadas, llegaron las condiciones de una «rendición honorable», que incluyeron la entrega a las autoridades y la requisa de las armas.[13]

Tras el juicio y la condena de Röhm, que ya había cumplido con su detención preventiva, sus actividades quedaron inmediatamente vinculadas a la crisis interna del movimiento nacionalsocialista, que se expresó como resultado de la falta de un liderazgo incontestable, la realidad de un espacio multicolor propio de lo que habían sido las organizaciones-paraguas previas al golpe, así como la confusión acerca de la estrategia electoral y de compromiso con fuerzas más conservadoras que se iba a adoptar de cara a un año electoral y, de hecho, como superación misma de la estrategia golpista. En este debate, Röhm actuó como era propio de sus posiciones: primando la necesidad de separar los aspectos militares y políticos de la acción nacionalista, y considerando la necesidad de disponer de una clara autonomía de ese espacio de soldados-políticos que creía que debían acabar marcando el paso del futuro del movimiento, aun cuando reconociera su propia carencia de virtudes de liderazgo carismático y la necesidad de contar con alguna figura de relieve que no fuera contestada en los ambientes de la extrema derecha. Éste era el caso de Erich von Ludendorff, y debe aceptarse que, según puede deducirse de lo que expone en sus memorias, la actividad de Röhm en todo aquel año de prohibición del partido y debate interno estuvo mucho más vinculada a buscar la protección del viejo caudillo militar que la del propio Hitler. En principio, cuando aún se encontraban en el proceso, Hitler le había pasado una nota nombrándole jefe de las SA, dada la fuga de Göring tras el *Putsch*,[14] a lo que Göring hubo de responder poco después, en una reunión en Austria, encargando a Röhm la organización de las fuerzas de asalto del partido. Sin embargo, el carácter clandestino de las mismas obligaban a considerar, como se estaba

haciendo en el nivel político, la creación de una organización legal alternativa, que acabaría constituyendo el *Frontbann* entre finales de mayo y comienzos de junio. Röhm consultó a Hitler y al resto de los dirigentes del *Kampfbund* encarcelados, y recibió una respuesta negativa, ya que Hitler temía por su posible deportación en caso de que se le pudiera relacionar con actividades militares y reprochaba a Röhm un interés por unir a la extrema derecha en su conjunto y no sólo a los sectores *völkisch.* Por otro lado, tanto Weber como Kriebel continuaron manifestando su voluntad de mantener una organización que no fuera centralizada y permitiera a las diversas asociaciones patrióticas su subsistencia. Podemos imaginar la frustración de Röhm, que no entendía la escasa agudeza visual de unos dirigentes que no comprendían la debilidad de una organización sometida a constantes querellas entre sus propias jefaturas, frente a la posibilidad de dar un salto adelante que implicara la unidad de mando. Más frustrante debía parecerle la actitud de Hitler, quien sólo parecía preocupado por la prolongación de su estancia en la cárcel y el temor a que se crearan situaciones de hecho que fueran menguando su autoridad en el movimiento.[15]

De cualquier forma, Röhm aprovechó las propias condiciones políticas, en las que se producía un verdadero desafío a las directrices originales de Hitler, creándose un pacto cada vez más consolidado entre la GVG y el DVFP, para lanzar adelante su propia idea de creación de este tipo de organización unitaria, dejando de lado las objeciones de Hitler —que llegaría a destituirle como jefe de las SA— y a buscar en el verano de 1924, en el marco del movimiento destinado a la unificación del movimiento nacionalsocialista bajo la dirección de Ludendorff, una mayor comprensión de sus propuestas.[16] De hecho, su elección como diputado en el Reichstag en las elecciones de la primavera le había proporcionado inmunidad y

facilidad de moverse por el país, además de un cierto peso propio en el movimiento, que le permitió presidir —tras la presentación de Gregor Strasser— la asamblea del Movimiento Nacionalsocialista de la Libertad de Weimar en julio, destinada a llevar adelante el proceso de fusión de las organizaciones. Con el apoyo de Ludendorff y la oposición de los miembros del NSDAP de todas las corrientes —el propio Rosenberg se refirió a la existencia de un pacto meramente electoral en febrero—,[17] Röhm defendió la necesidad de la unidad de las facciones, que debería hacerse de una forma lenta y tranquila, a sabiendas de que Hitler necesitaba aquello que expresaban los sectores más moderados del DVFP para construir un movimiento amplio en Alemania.[18] Tal posición correspondía a su propia actitud de crear un gran recipiente en el que pudieran verterse todos los componentes de luchadores contra la República, y no podía ser distinta cuando orientaba su mirada hacia la política, que él siempre comprendió como subordinada a las formas de ver las cosas de la milicia. Si ésta exigía la unidad, no podía ser porque se tratara de un espacio menos exigente desde el punto de vista ideológico, ya que, para Röhm, no era ésa la división de funciones en la que siempre pensó. Se trataba de un espacio de combate y ocupación de la calle, no de una mayor o menor implicación política, y tal cosa suponía reconocer la necesidad de lo que ya se estaba haciendo en el aspecto parlamentario, de lo que se estaba viviendo en asambleas como la de Weimar, y el terreno por el que se debía hacer entrar en razón a quienes sólo parecían defender sus propias escuetas soberanías feudales. ¿No sería la misma su posición tras el regreso en 1931, cuando se enfrentó a los sectores más radicales del partido dirigidos por Stennes, o en 1933, cuando aceptó la entrada del Stahlhelm en las SA? La costumbre de señalar en Röhm a una persona situada a la izquierda de Hitler y de la mayoría del partido parece olvidar los enfrentamientos que el capitán del

ejército imperial tendría con los núcleos más radicales de las SA y que era ése precisamente el motivo por el que el Führer le llamaría para que regresara de su exilio boliviano. Parece confundirse, por otro lado, la voluntad de una presencia directa en el mando de la revolución por hacer, de una voluntad de hacer brillar su figura y aquello que ella representaba —el poder de la milicia con respecto al ejército regular en un proceso revolucionario— como si ello implicara, automáticamente, una posición más radical en los aspectos ideológicos, sin tener en cuenta que personas como Rosenberg o Himmler podían tener posiciones mucho más extremas que las del propio Röhm en temas que no tienen por qué referirse sólo a lo *social* cuando hablamos del nazismo, precisamente porque, para éste, lo *racial* es el campo de acción que sustituye a esta estancia, aunque sólo sea en el imaginario simbólico de sus adeptos.

Sin embargo, las expectativas optimistas de Röhm y su *Frontbann*, que había alcanzado una militancia superior a los treinta mil miembros en verano, fue frustrada por el fracaso de la asamblea de agosto, que puso fin a cualquier posibilidad de reconciliación en torno al *Reichsführungschaft*, y al inicio de una persecución por el Ministerio del Interior bávaro, que aprovechó las conversaciones entre los dirigentes encerrados en Landsberg y Röhm para encausarlos de nuevo, lo que prolongó su estancia en la fortaleza hasta que no quedara clara la vinculación de Hitler con la estructura paramilitar, así como las intenciones de ésta. Las peticiones de ayuda lanzadas por Röhm al propio Schleicher, por entonces ya jefe de la oficina política de la *Reichswehr*, sólo recibieron el silencio como respuesta, mientras las entrevistas con el ministro de Baviera para tratar de evitar la represión que se abatía sobre la organización resultaron baldías, a pesar de ser llevadas a cabo por dos diputados como Strasser y Röhm. Que el episodio del *Frontbann* fuera aprovechado para tales fines debía dejar en

mayor soledad a Röhm ante los seguidores de Hitler, lo cual causó en éste una cólera inmensa que confirmaba sus temores de la primavera pasada. Pero las cosas empeoraban aún más por la desidia con la que Ludendorff comenzó a tratar a Röhm a causa de algunas diferencias estrictamente personales, y por la pérdida del escaño en las elecciones del 7 de diciembre, cuando los electores castigaron una propuesta tan dividida quitándole la mitad de los votos, que fueron a engrosar las alacenas parlamentarias del DNVP. Sin escaño y sin apoyos, sometido al desprestigio de una operación que podía contemplarse como de escasa lealtad al Führer, aquella derrota parecía señalar hasta qué punto el regreso de Hitler era necesario para poner orden al movimiento e inyectarle su legendaria energía, mientras los dirigentes moderados del NSFB habían quedado totalmente desacreditados, en especial porque los nacionalsocialistas elegidos en Baviera eran sólo una tercera parte del grupo parlamentario que habría de mantenerse hasta 1928 en Berlín. Cuando Hitler salió al fin de Landsberg, cercana la Navidad de 1924, Röhm volvió a tratar de congraciarse con él, sin conseguir más que una nueva querella sin acuerdo en el mes de enero del año siguiente. El hecho de que ni siquiera estuviera presente en la reunión de refundación del partido ya podía indicar la actitud reticente de sus planteamientos, más próximos a los de Strasser y Ludendorff que a los del grupo de Munich. Con todo, sus esfuerzos para mantener su criatura como una verdadera alternativa a las SA fueron baldíos, a pesar de la reunión celebrada con los líderes del *Frontbann* a finales de febrero y del memorando presentado a Hitler en abril, en el que se manifestaba el carácter nacionalsocialista del mismo, el reconocimiento político sin discusión del Führer y el «apadrinamiento» de Ludendorff. La respuesta de Hitler, reforzado por el ridículo resultado obtenido por éste en la primera vuelta de las elecciones presidenciales,[19] le permitió exigir a Röhm la disolución del *Frontbann*

compensándolo, como era habitual en la conducta política de Hitler, con el nombramiento de jefe de las SA, absolutamente subordinadas al NSDAP y simple apéndice combativo del partido. Naturalmente, aunque Röhm estuvo dispuesto a proclamar a la prensa su lealtad a Hitler, indicando que consideraba que era el hombre que llevaría el partido a la victoria, las otras condiciones eran inaceptables. La dimisión de la jefatura del *Frontbann*[20] no fue seguida más que por la decisión de alejarse de la nueva etapa de lucha política que se acercaba para el nacionalsocialismo, en la que éste desempeñaría un papel de un partido entre los demás, abandonando para siempre la opción de ser una parte del movimiento *völkisch* y, desde luego, cualquier veleidad de establecer dos líneas paralelas de mando que no se interfirieran.[21] Las condiciones personales y políticas de su marcha de Alemania estaban presentes. Al otro lado del Atlántico había un empleo disponible, un ejército por entrenar. A este lado, sólo las recriminaciones por su negativa a aceptar una responsabilidad o el castigo por rebasar los límites del encargo realizado.

El interludio de Bolivia permitió a Röhm experimentar la nostalgia y relajarse de un combate político que, en buena medida, había sido interno. Su regreso estaba destinado a tener un aspecto muy similar. El llamamiento de Hitler se producía cuando las SA, que habían crecido bajo la dirección de Pfeffer von Salomon especialmente en los meses posteriores a 1928, empezaban a exigir que la oficina de la PO (Organización Política, aunque los SA solían llamarla «Organización Cero») tuviera el mismo peso que los más de cien mil hombres que en 1930 se encontraban militando en los camisas pardas. Nada más llegar a ocupar el cargo de autoridad máxima de las SA, sólo bajo las órdenes de su comandante supremo, Adolf Hitler, Ernst Röhm hubo de emplearse a fondo, desde su central de Munich, en controlar la insurrección de los cuadros de las SA de Alemania Oriental dirigidos por

Walther Stennes. Ya en agosto-septiembre del año 1930, las fuerzas mandadas por este hábil organizador, con un área muy extensa de dominio en la que se encontraban Silesia, Pomerania, Berlín, Mecklenburgo, Anhalt y Magdeburgo, capturó los locales del partido, haciendo que el *Gauleiter* Goebbels tuviera que refugiarse en la ayuda de Hitler, que viajó especialmente a Berlín, y ante dos mil SA congregados les prometió que se atenderían sus demandas económicas, aun cuando no se pudo responder a la que era una exigencia política fundamental en aquel momento: formar parte de las candidaturas para el Reichstag. El apoyo prestado por Pfeffer a las exigencias de Stennes fue el factor decisivo para que Hitler prescindiera de él, esperando que la autoridad organizativa de Röhm le permitiría, en aquellos años cruciales para su carrera política, acabar con lo que era una fuerza al mismo tiempo indispensable y consciente del poder que proporcionaba al partido. La revuelta de Stennes de la primavera de 1931 estuvo dirigida especialmente contra las reformas que había introducido Röhm para limitar el poder de los jefes locales y asegurarse su propio dominio, no para entregar las SA atadas de pies y manos a Hitler, pero en aquel momento el Führer sabía que el enemigo principal era la ausencia de disciplina y actuó sin miramientos, sin tratar de buscar la complicidad con quienes habían levantado Berlín, Silesia y Pomerania dirigiéndose ya abiertamente contra la dirección del partido. Hitler no sólo destituyó a Stennes, sino que lo expulsó del NSDAP, y los partidarios de éste buscaron la construcción de una organización radical nacionalsocialista. Sin embargo, el control del partido sobre el levantamiento y la imposibilidad de empujar al conjunto de las SA contra las autoridades locales indicaron, como habría de suceder en 1934, que la lealtad de los camisas pardas se dirigía tanto a los jefes directos como, sobre todo, al movimiento encarnado por Hitler, y que no dudarían a la hora de escoger su campo cuando se produjera un

conflicto entre ambas situaciones. Resulta sorprendente que un hombre como Röhm no sacara las conclusiones adecuadas de la experiencia de Stennes.[22] Pocos meses después, una situación menos dramática, pero que aparecía en un momento especialmente delicado, se producía en la conflictiva Nuremberg con el enfrentamiento entre Streicher y el dirigente de las SA en el conjunto de Franconia, Wilhelm Stegmann. Las quejas del sector dirigido por este miembro de buena familia, militante del partido de primera hora, se debían a las condiciones propicias para un cambio de administración en el país, que demandaba la ocupación de posiciones de fuerza, así como las quejas por las condiciones económicas en que se movían las SA. Los resultados de noviembre alentaron la publicación de un manifiesto dirigido a la militancia de las SA y las SS, en el que se deploraba el giro hacia posiciones conservadoras tomadas por el NSDAP en los últimos tiempos. Röhm se negó a aceptar la dimisión ofrecida por Stegmann y exigió que el tema se resolviera de una forma pacífica, algo que sólo podía indicar que Hitler debería intervenir, asegurando un arreglo con Streicher y evitando la humillación del jefe de las SA en la región. Solamente este tipo de acción evitó que las cosas, a pesar de prolongarse después del 30 de enero de 1933, alcanzaran una situación catastrófica.[23]

La importancia de estos conflictos había de mostrar a Röhm la diferencia entre el pequeño grupo de SA cuyo mando le había ofrecido Hitler en 1925 y lo que ahora tenía entre las manos. Poco antes de producirse el nombramiento de Hitler como canciller, el número de afiliados a las tropas de asalto llegaba casi al medio millón, por lo que constituía una fuerza paralela cuya actitud antes y después de la toma del poder había de convertirse en una partida mortal entre ambos dirigentes. Röhm no podía dejar de tener en cuenta la función carismática que desarrollaba el Führer, y la capacidad de recuperación del partido hasta llegar a convertirse en el

primero de Alemania en julio de 1932, sólo año y medio después de su regreso, había de concedérselo a la habilidad táctica del líder máximo del NSDAP. Sin embargo, su propia actitud de siempre, vinculada a una visión soldadesca del cambio político, despreciativa de toda forma de actividad política que saliera de lo que implicaba la mezcla de disciplina, violencia y respeto a los combatientes de calle del movimiento, de la misma forma que como oficial había admirado la lucha heroica de los soldados rasos, tenía aspectos que le llevaban a tener una posición estratégica quizás mal definida, pero no por ello sin diferenciarse de la que planteaban dirigentes como los *Gauleiter* y el entorno más próximo de Hitler. Röhm venía a representar, a aquella distancia del conflicto bélico perdido, una actitud que había ido abandonando los hábitos de Hitler, aunque en ambos hubiera sido decisiva la experiencia y, como hemos visto, sólo ella hubiera sido capaz de colocarlos en un plano similar. Aun cuando las actitudes de afirmación de un espacio propio y de exigencias de recompensa a sus hombres —una posición muy cercana a la actitud mental de un dirigente de *Freikorps*— no hubieron de manifestarse en toda su crudeza hasta después de la conquista del poder, en los meses anteriores, desde el mismo momento en que se hizo cargo de su responsabilidad, en enero de 1931, Röhm era consciente de dirigir un sector específico del movimiento nacionalsocialista, precisamente aquel que no había sido llamado solamente para hacer propaganda, sino para *combatir*. Para una persona que comprendía la realidad sólo desde el punto de vista de un soldado, este aspecto había de resultar fundamental, sobre todo cuando se había perdido la experiencia de los largos años de lenta introducción en la sociedad alemana desde la refundación de 1925 y cuando le podía resultar relativamente cómodo no reflexionar acerca del mérito que habían tenido personas como Goebbels a la hora de fijar los objetivos de ese combate realizado por las SA. Lo que encontró Röhm antes

de llegar al poder fue ese universo que tanto había añorado, que ahora había adquirido un grado de especial pulcritud, ya que no se encontraba al frente de una coordinadora de organizaciones patrióticas, sino de una fuerza armada dispuesta a hacer la revolución nacionalsocialista formada por cientos de miles de jóvenes. Se encontraba con una composición por edades y por profesión que hacían comprensibles las actitudes más radicales de la organización, tanto en su activismo como en sus demandas sociales: según los datos que ha podido reunir Conan Fischer en el período 1929-1935, lo que se desprende del vaciado de los archivos es una presencia abrumadora de militantes de menos de cuarenta años, pero incluso una militancia inferior a los veinticinco que alcanzaba a casi el 60 por ciento de los analizados, algo que implicaba que ninguno de ellos había podido participar en la guerra, habiendo llegado a la actividad política en los años de la Depresión o los meses inmediatamente anteriores. De igual forma, el número de trabajadores en las SA era mayor a la media que se tenía en el partido, superando el 70 por ciento.[24]

La edad juvenil era propia del NSDAP en su conjunto y no sólo de las SA en aquel momento final de la República,[25] pero el espacio de las Secciones de Asalto permitía agrupar un lugar emotivo muy adecuado a las exigencias de estas franjas de edad, en especial para aquellas que solamente tenían de la guerra un recuerdo heroico, que habían visto mermadas las posibilidades de alistamiento en el ejército profesional y que podían sentirse voluntarios armados de una causa de emancipación para Alemania, que incluía la destrucción de sus tradicionales enemigos: los judíos, los demócratas, los marxistas, pero también las ideas decadentes e inmovilistas de la burguesía. Su llamamiento no procedía de una conciencia juvenil ni obrera, sino de una serie de condiciones que permitía mezclarlas. La lucha contra el orden partía de la injusticia y el sufrimiento social padecido por las condiciones de

la Gran Depresión, pero se canalizaba a través de esta forma de afiliación comunitarista, de fraternidad nacional y de vanguardia de Alemania que no se había podido ejercer en 1914 y que, de todas formas, ahora aparecía con un rostro nuevo, que no era el de una simple restauración. El espacio de *identificación* se producía en actos de violencia que constituían el hallazgo del adversario simplificado, y que corroboraba la solidaridad del grupo en condiciones de riesgo. Con toda la dignidad que para los combatientes podía tener el uso de la violencia frente a objetivos muy concretos, cuyo proyecto político se consideraba un elemento patógeno para el futuro de la nación; con todos los rituales de veneración por los caídos, de atención a los heridos, de consagración de banderas, de desfiles de conmemoración; con todo un material simbólico de penetrante impacto en aquellos sectores cuya vida social se desarbolaba con la crisis, la elección del campo nazi no dejaba de ser voluntaria, al existir otras opciones, como la que presentaba el propio KDP, algo que nos indica que la situación de desesperanza y lucha contra la catástrofe social sólo podía integrarse en el fascismo si era convenientemente interceptado por una serie de dispositivos culturales. Por ejemplo, una determinada conciencia nacionalista, un mito de liderazgo encarnado en el Führer, el mito más ambiguo de una *Volksgemeinschaft* que llegara a superar la sociedad de clases, la canalización de todo ello a través de una opción racial de pertenencia íntima y, al mismo tiempo, pública, como era la sangre compartida con el resto de los camaradas de la comunidad, de los *Volksgenossen.* La ideología racialpopulista pasaba a depositarse de una forma poco argumentada, pero muy fuertemente experimentada, sufrida en los enfrentamientos callejeros, manifestada en la ocupación de las calles, expresada en los desfiles en los que las banderas que tomaban la forma de las concentraciones del ejército romano adquirían un rigor de una disciplina social orgánica, de una profunda hermandad que

el sistema parecía haber olvidado. Al mismo tiempo, la militancia tenía muy presente que sólo podía identificar su función gratificante e inclusiva mediante su tarea de violencia contra «los ajenos», los *Gemeinschaftsfremde,* obreros sindicados o afiliados a partidos, parte del pueblo que se negaba a participar en la única revolución autorizada, explotadores de la nación alemana simplificados en la figura del judío, pero algo que podía extenderse también al egoísmo de las clases altas, salvadas del caos marxista gracias a la sangre derramada por las escuadras de las SA.[26]

Ernst Röhm podía comprender que su militancia podía tener unas ideas tan difusas como la suya, pero que disponían de un acuerdo fundamental: eran una parte específica del movimiento nazi, constituían una columna sustentadora del mismo y no iban a dejarse marginar en el momento de llegar al poder sin ofrecer resistencia por quienes habían combatido en otra línea. Era consciente de que la llegada del centenar de diputados en 1930 y de los dos centenares en 1932 se debía a algo más que a la descomposición de la República, para asentar una esperanza que contenía un abultado sector conservador, pero que incluso éste deseaba contemplar la energía y seguridad que le proporcionaba este ejército revolucionario. En los últimos años de la República, las SA, como otras asociaciones militares, habían conseguido que la *Reichswehr* tuviera que aceptar la colaboración de sus miembros en las Guardias Fronterizas orientales, y las quejas realizadas en algunas zonas por funcionarios socialdemócratas sólo habían servido para provocar la destitución de quien se quejara en la etapa final del régimen. Si consideramos la tradicional versión de enfrentamiento entre las SA y el ejército, que habría de justificar la intervención del 30 de junio de 1934, no tendríamos que realizar el arriesgado anacronismo de dejar de considerar hasta qué punto se contemplaba con simpatía, tanto por la población civil

conservadora, como por los oficiales y soldados del ejército profesional, la actividad de estos cuerpos armados, en especial si deseaban colaborar, además de contra los enemigos interiores de la patria, contra los países que habían ocupado territorios propios aprovechando el Tratado de Versalles, encuadrados en las *Grenzschutz*.[27] Tampoco podía pasarle desapercibido al ambicioso dirigente de las SA que la presencia de sus unidades había sido fundamental en el último período de la República para que Schleicher pudiera asegurar a Hindenburg que era imposible que Von Papen mantuviera el poder frente a la fuerza combinada del Frente Rojo y las *Sturmabteilungen*, de la misma forma que resultó fundamental para imponer el nombramiento de Hitler, cuando los sectores movidos por el propio Von Papen contra Schleicher habían de indicar la potencia física con la que contaba el líder nazi, que iba más allá de lo que pudieran significar sus votos. En definitiva, las SA eran una *imagen* del partido, no sólo la de una determinada franja de juventud y fraternidad —con los factores de violencia y opciones revolucionarias que podían asociarse a ambos aspectos—, sino como indispensable complemento ideológico de lo que podía significar la propaganda desplegada en el mismo sentido por los oradores del partido, en especial Hitler o Goebbels. A fin de cuentas, las SA ya no eran solamente las que defendían una sala de presuntos asaltantes —aunque también lo hicieran—; ni quienes se dedicaban a aterrar a los adversarios intimidándolos en sus actos —aunque lo reiteraran—; eran quienes *expresaban corporalmente* el movimiento: eran el propio movimiento, como Röhm no cesaría de repetir, viendo en los sectores políticos civiles un aspecto secundario y sin aceptar la visión opuesta que podían tener con respecto a su organización los *Gauleiter,* los diputados o quienes prestaban apoyo a una salida de la democracia liderada por Hitler desde la élite económica del país. Es dudoso que Röhm llegara a interpretarlo en la forma

adecuada del impacto de lo simbólico, como es seguro que nunca comprendió lo que significaba la contaminación del aparato estatal que Himmler y sus SS llevarían a cabo minuciosa y pacientemente desde febrero de 1933. Pero comprendía que estaba al frente de una fuerza social que, precisamente, había capturado Alemania, sus bajos fondos, sus barrios populares, su masa comunitaria, dotándola de un proyecto en la medida en que los espectadores de los desfiles de las SA, los lectores de sus hazañas y quienes los contemplaban pidiendo dinero para socorrer al movimiento de emancipación nacional en una etapa de crisis, podían dar al nazismo no sólo el *rostro* de Hitler, sino el *cuerpo uniformado* de su marea parda.

La captura del poder, llegado en forma de una entrega que contenía la continuidad y la ruptura en su forma, había de proporcionar a Röhm y a sus hombres de las SA una función especial, pues el poder no se había conquistado, aun cuando la presuntuosa palabra *Machtergreifung* —aunque en los medios nazis se utilizaba con preferencia el término más adecuado y suave de *Machtübernahme*— pudiera hacerlo suponer. La cancillería se había entregado y, en pocas semanas, el nazismo había de mostrar hasta qué punto la República se hallaba indefensa. Pero sólo podía hacerlo mostrando sus propias armas, entre las que no se encontraba solamente la legalidad, sino un camino de progresiva autorización legal a los métodos dictatoriales asegurada por la fuerza de los que, un año después del nombramiento de Hitler como canciller, alcanzaban ya los tres millones de afiliados. Sin embargo, ese proceso había de darse en condiciones mucho menos homogéneas de lo que podían esperar quienes votaron a un presunto líder de un movimiento unificado, y en una situación que iba a ir demostrando a las SA que sus pretensiones de hegemonía estaban equivocadas, al no contar con el equilibrio delicado entre facciones en que debía apoyarse el poder hitleriano. Röhm se enfrentaba a la propia concepción hitleriana de

equilibrios entre el partido y el Estado, pero también entre las diversas facciones de ambas, deseando actuar —y proclamar que lo hacía— como un poder de vigilancia, de control simultáneo *de la sociedad y del Estado,* de forma que no sólo eran «vigilados» desde su presunta ortodoxia nacionalsocialista quienes eran los enemigos declarados del régimen o sus aliados circunstanciales —comunistas y socialdemócratas, de un lado, católicos y conservadores, de otro—, sino los propios dirigentes del partido. No debe extrañarnos que, aun existiendo entre ellos diferencias de proyecto y voluntad de crear sus propios espacios de poder, uno de los elementos que permitiera unificar a nazis y conservadores fuera la necesidad de controlar la amenaza que representaba esa actitud externa de las SA. Tal actitud nos permite comprender que, incluso cuando la colaboración activa de esta inmensa fuerza armada se considerara indispensable y se presentara su posición en el proceso de conquista del poder ante el resto de la sociedad como si no existiera conflicto alguno, se procediera a una constante queja por las atribuciones que iban adquiriendo las SA, por el poder autónomo que iba teniendo Ernst Röhm, y se plantearan líneas de defensa conjunta. El error de Röhm fue, precisamente, el resultado de las dimensiones ingobernables de la fuerza que se le daba: unas SA a las que se incorporaban masivamente quienes sextuplicaban la vieja organización anterior a la toma del poder. Los problemas del control de la base, del mantenimiento de la disciplina e incluso de asegurar la lealtad de sus miembros a Röhm compensaban con holgura la fastuosidad de su crecimiento numérico.[28] Por otro lado, la apariencia de visibilidad que se dio en una fase en la que la represión había de asegurarse como un signo descifrable del régimen, que aboliera rápidamente cualquier intento de resistencia, favoreció que las SA fueran llamadas a disponer de cierta mano libre en sus actos, estableciendo que sus actos de violencia fueran

dedicados, en especial en los seis primeros meses de «igualación» (*Gleichschaltung*) del Reich, a permitirles neutralizar cualquier espacio que pudiera resistirse a un poder que no estaba aún consolidado, y que se enfrentaba a la resistencia aún inédita de las poderosas organizaciones comunistas o socialdemócratas. Por ello, la adjudicación de un puesto como fuerzas de policía auxiliar (*Hilfspolizei*) a finales de febrero de 1933 fue unida al nombramiento, inicialmente en Baviera y luego en todos los *Länder*,de comisarios especiales (*Sonderbeagtreten*) cuyas funciones eran lo suficientemente borrosas como para intervenir en todos los asuntos de gobierno, local o estatal, así como en las actividades económicas de las empresas. La mezcla de una violencia perfectamente diseñada en la jerarquización de sus adversarios —menos los judíos que los comunistas, en la medida en que éstos podían imponer una barrera defensiva violenta y los primeros no, pero también porque la sociedad alemana que había apoyado la revolución nacional comprendía mejor el asalto a las organizaciones obreras que el que podía darse contra los judíos en cualquier parte de Alemania— y el formar parte del propio Estado cuya cancillería encabezaba el NSDAP dio a las SA una función no sólo más radical, sino de mayor incomodidad para el propio Hitler, en cuyas manos reposaba la capacidad de establecer la neutralización de fuerzas nazis tan heterogéneas, que además habían de entenderse con quienes, sin serlo, habían aceptado la entrega del poder al partido. Para que no hubiera dudas, una vez se hubieron celebrado las elecciones del 5 de marzo, aprobada la Ley de Plenos Poderes y se hubiera pasado a la disolución de los partidos y sindicatos, el propio Röhm hizo unas desabridas declaraciones el 30 de mayo y el 30 de junio, en las que afirmó la responsabilidad última de las SA en el hecho de la revolución y su disposición a completarla, incluso si eso significaba enfrentarse con los nuevos adversarios que habían aceptado la represión

ejercida en los primeros cinco meses de gobierno.[29] Tales aspectos no podían ser acogidos con calma por un Hitler que, desde su llegada misma al poder, había tratado de señalar que el movimiento que él encabezaba no deseaba realizar, en principio, más que una revolución nacional, contando incluso con quienes detestaban a la República, pero no eran nacionalsocialistas todavía. Eran indispensables para que funcionara el aparato del Estado, el sistema económico en crisis y la confianza de las fuerzas armadas. Eran, a fin de cuentas, el reflejo de la mayoría que le había proporcionado el poder absoluto en la votación de la Ley de Plenos Poderes tras el incendio del Reichstag. Por tanto, había de apresurarse a reunir, en el célebre discurso del 6 de julio, a los gobernadores del partido, para señalarles exactamente lo contrario de lo que estaba señalando Röhm. Que la revolución no era una situación permanente, sino que debía canalizarse preservando la gran alianza social que le había dado forma: «El partido es ahora el Estado. Todo el poder yace en manos del poder ejecutivo. Hay que impedir que el centro de gravedad de la vida alemana vuelva a emplazarse en sectores aislados o en organizaciones».[30]

Las advertencias de Hitler tenían el suficiente calado como para dirigirse también a los propios militantes de las SA, a los que repitió en diversas intervenciones palabras de agradecimiento por su tarea y petición de disciplina. Hitler sabía que debía contar con aquella fuerza como un elemento que le asegurara su propia posición frente a los sectores conservadores, de la misma forma que comprendía que la visibilidad tan acentuada obtenida por Röhm no podía dejar de tener en cuenta ese carácter revolucionario y, al tiempo, restaurador del proceso iniciado en enero de 1933. La entrega de reductos de poder a las SA no se debía a un simple pacto con un elemento poderoso que podía provocar problemas, sino a un factor de seguridad para el propio régimen, que en las SA había tenido la

imagen viva del asalto al poder, y ahora debía disponer de una milicia armada como el símbolo de la voluntad de mantenerlo a toda costa, como la fuerza organizada que le preservaba de una reacción de los sectores conservadores cuando descubrieran que habían depositado demasiada fuerza y autonomía en manos de los nazis. Sin embargo, junto a ello se encontraba la tarea que también se estaba realizando para socavar el poder que pudieran presentar las SA, en especial de la mano de los *Gauleiter*, de los gobernadores y de personalidades tan destacadas en el sistema de seguridad del Estado como Göring, Frick o Himmler. Mientras la máxima autoridad prusiana se aseguraba de mantener su autoridad por encima de cualquier otra, despojando a los SA de su función de *Hilfspolizei* en verano, Frick entregaba a Himmler el camino para que el *Reichsführer* de las SS, jerárquicamente sometido a Röhm, pudiera ir adquiriendo un cargo estatal, haciéndole progresivamente jefe de todas las policías estatales, hasta que en 1934 el propio Göring, precisamente por temor a la fuerza de Röhm, acabaría entregando su preciado dominio sobre la Gestapo a los hombres de Himmler en abril de 1934. De igual forma, las cárceles clandestinas que se habían creado, especialmente en el Gran Berlín, fueron asaltadas por las propias fuerzas de seguridad de la policía de Göring, mientras las SS iban siendo encargadas de establecer el modelo de organización de campo de concentración de acuerdo con lo que se hacía en Dachau bajo la supervisión directa del jefe de la policía de Baviera, Heinrich Himmler.[31]

Esta alianza solamente podía ser manipulada con exquisito tacto por sus responsables, que sabían hasta qué punto su situación era difícil. Pero éstos no dejaban de comprender que las SA estaban en una posición inadecuada como resultado de un crecimiento que se había confundido, sin más, con el fortalecimiento, sin tener en cuenta que la multiplicación de su militancia introducía diferencias en su seno.[32] Para Hitler, el problema era convencer a

las SA —y al propio Röhm y sus colaboradores más cercanos en aquel momento— de la necesidad de que se viera una parte integrante del movimiento en una revolución consolidada. El protagonismo que se concedía a las fuerzas de asalto en operaciones como el boicot a los comercios judíos de 1933 o la tolerancia con sus actos de represión era una prueba de ello, además de ser mucho más una necesaria *convergencia* que una *concesión*. Su efecto secundario era la visibilidad de las SA y la sensación de que estaban asegurando el camino ortodoxo y la autodefensa de la revolución. Había otro factor que era fundamental en sus actos: que la represión contra la izquierda fuera realizada desde la *izquierda del partido*, desde el mismo sector que estaba exigiendo la continuidad del proceso revolucionario. De esta forma, la represión era comprendida exactamente como deseaban hacerlo sus más altos protagonistas: contra los partidos y sindicatos de izquierda, pero no contra la clase obrera, a la que se tenía que ganar inmediatamente a través de la próxima fundación del Frente Alemán del Trabajo (DAF). Era obvio que esa mezcla de represión y de captación sólo podían hacerla las SA, con tanta eficacia que su activismo llegó a ser considerado, en las instancias conservadoras del partido, como resultado de alguna infiltración de la izquierda.[33] El propio Röhm trató de calmar las acciones violentas en algunas zonas, aun cuando su entrada en el gobierno en diciembre de 1933 fue una manera de exigir la institucionalización de su poder, de la misma manera que Hitler entendía que se le estaba dando una última oportunidad para adaptarse a lo que había indicado en su discurso del 6 de julio: que el partido no podía ser distinto al poder ejecutivo, aun cuando quizás Röhm entendiera que el partido y la revolución nacionalsocialista que encarnaban las SA no tenían por qué identificarse naturalmente, sino como resultado de una acción vigilada por sus huestes. La entrada simultánea de Rudolf Hess en el gabinete, cuando este dirigente

de perfil mediocre había sido elegido responsable de la oficina de Hitler el 21 de abril, indicaba la forma en que deseaban mezclarse ambos conceptos. La respuesta básica de Röhm continuó siendo la que había utilizado siempre, y que en la fase actual se mostraba como especialmente arriesgada para los intereses de la revolución: podía controlar a *sus* hombres, pero la autoridad sobre las SA pasaba a través de su persona por la propia concepción del tipo de organización y de revolución que se *estaba llevando a cabo*, que no había concluido.

El esfuerzo realizado por Hitler para llegar a un compromiso con Röhm había de agotarse el 28 de febrero de 1934, cuando consiguió reunir a los jefes del ejército —entre ellos al ministro Blomberg— y a los jefes de las SA para que pudieran limar sus diferencias y establecer los campos de responsabilidad compartidos. De igual modo, había aceptado la integración del *Stahlhelm* en las SA y la participación de ambas fuerzas en la defensa de las fronteras orientales, algo que podía haberse entendido como una jugada maquiavélica para atenuar la calidad «revolucionaria» de las fuerzas de asalto, pero que Röhm supo manejar perfectamente mediante un ejercicio de sabia distribución. En cualquier caso, el encuentro con los máximos jefes militares no sirvió más que para convencer a Röhm de su carácter indispensable, como sucedía en cada momento en que obtenía una gratificación, sin comprender que la ostentación de victoria acompañada de declaraciones ásperas contra los «reaccionarios» del régimen sólo podían servir para consolidar la coalición que iba formándose en su contra. A lo largo de los primeros seis meses de 1934, sus propias declaraciones, pero también los constantes incidentes entre SA y funcionarios civiles o militares, condujeron a una situación que se agravaba por la constante promesa de una «segunda revolución».[34] Tras haberse reunido en una cervecería con los jefes del ejército, Röhm realizó afirmaciones muy graves

contra el propio Hitler, acusándole de llevar la situación a un acuerdo con las fuerzas más reaccionarias de la sociedad con tal de mantener el equilibrio del gobierno, algo que acentuaba su función de vigilante ahora ejercida en el seno mismo del gabinete del que formaba parte. Las afirmaciones realizadas por Röhm fueron lo bastante duras como para alarmar a uno de los jefes de las SA. Victor Lutze, *Obergruppenführer* de Hanover, que se dirigió a Rudolf Hess para plantearle su preocupación, reconociendo éste que las cosas habían llegado a un punto en que debía realizarse alguna intervención. Por otro lado, la animosidad contra la persona de Röhm venía de antaño, provocada por su homosexualidad, que se había hecho pública como chantaje en 1932, lo cual provocó un escándalo de impredecibles consecuencias en los medios dispuestos a pactar con el NSDAP, pero también en el seno del partido, donde el propio Himmler hubo de «limpiar» el terreno para proteger a su superior, aun cuando sus actitudes con respecto al tema, como las de otros dirigentes de la organización nazi, fueran de exasperación ante la conducta no sólo del jefe de las SA, sino también de sus inmediatos colaboradores, como el máximo dirigente de las escuadras en Berlín, Karl Ernst. Hitler, que conocía las inclinaciones de Röhm desde hacía mucho tiempo, consideró que se trataba de un asunto privado en el que no debía intervenir, aun cuando mostró su disgusto por la incapacidad de su subordinado para darse cuenta del daño que causaba a la imagen de la organización.[35] Ernst Röhm sabía que este elemento de su personalidad le había cerrado puertas tan claras como su acceso al gobierno en primera instancia, cuando Hindenburg se había negado a recibirle en sus negociaciones iniciales con Hitler en 1932, y que tanto los jefes de la *Reichswehr* como los dirigentes del partido veían en ello un factor esencial para detener su carrera. La que más le interesaba, la que deseaba consolidar en aquella fase en la que la violencia callejera debía

empezar a ser sustituida por la violencia institucional, era la de convertirse en ministro del ejército, algo que —combinado con el mando de las SA— le concedía un valor incalculable en la poliarquía nazi, pero que le estaba vedado tanto por los aspectos personales como por su propia concepción de un ejército popular que sustituyera progresivamente al regular o, por lo menos, lo completara de una forma decisiva. Si tenemos en cuenta la actitud de «regeneración moral» que había prometido Hitler como parte de una adquisición de la nueva virtud racial alemana,[36] la actitud de Röhm no era un tema tan «privado» como deseaba plantear Hitler en primera instancia, dado que buena parte de la legislación que iba a aprobarse en poco tiempo contra los sectores «asociales» respondía a aspectos que la sociedad burguesa consideraba privados, en especial los que hacían referencia a las leyes de esterilización. Si consideramos, por fin, la actitud de Lutze, podemos ver hasta qué punto una parte significativa de la oficialidad y de militancia de las SA, incluidos los más antiguos de sus miembros, estaba harta de la actitud revanchista, alternativa al régimen y partidaria de una tarea sistemática de destrucción institucional, que contemplaban como una deslealtad que debilitaba la buena imagen adquirida por esta facción.[37] Por tanto, sin que pueda hablarse de una conspiración realizada detalladamente por las SA, tampoco es adecuado considerar que la purga realizada a finales de junio de 1934 fue un acto realizado *contra el conjunto* de las Secciones de Asalto por unas SS ávidas de tomar el poder y unos Goebbels y Göring dispuestos a acabar con la influencia de Röhm, aunque estos elementos estuvieran presentes en el desarrollo de los acontecimientos y pudieran ser, en especial el primero de ellos, una de sus consecuencias. Röhm había conseguido levantar, durante año y medio, un estado de permanente sospecha sobre su lealtad a la revolución que se había realizado, estaba poniéndola en peligro para conseguir objetivos faccionales muy poco claros

—que incluso podían interpretarse como resultado del paso de antiguos sectores de la izquierda a las SA desde mediados de 1933—, mientras no dejaba de proclamar abiertamente su deseo de una rectificación que incluía a Hitler, en la medida en que deseaba marcarle una línea de acción, aunque Röhm no tuviera la menor duda sobre el carácter irreemplazable del Führer.

Aun cuando Hitler pudiera vacilar, fuera por el respeto que le inspiraba su antiguo camarada o fuera por el desconocimiento de la escasa capacidad de resistencia de las SA a una acción de represión —que, obviamente, habría sido mayor si la conspiración armada hubiera estado en marcha—, ni Göring, ni Goebbels, ni Himmler, ni Heydrich, ni, desde luego, los jefes militares cercanos a la deriva moderada del partido en aquellos momentos estaban dispuestos a dejar pasar la ocasión por motivos diferentes cada uno de ellos, y todos juntos por el temor real que les inspiraba la actitud brumosa de una fuerza que podía provocar un caos que acabara expulsándoles del poder por una reacción del ejército y de la propia población civil, justamente cuando la recuperación económica que daría mayores cuotas de popularidad al régimen no se había conseguido todavía.[38] A la actitud de quienes deseaban arreglar las condiciones internas del propio movimiento nazi, para reajustar los poderes en su interior, se añadió un elemento más peligroso, que seguramente acabó impulsando a Hitler a tomar una decisión en varias direcciones, respondiendo a las críticas de la derecha conservadora con violencia, para poder justificar así una puesta en orden de las SA mediante una retórica revolucionaria que legitimase sus acciones contra el círculo más íntimo de Röhm como algo distinto a un gesto reaccionario. El 17 de junio, el vicecanciller Von Papen realizó un discurso preparado por su secretario, el intelectual neoconservador Edgar Jung, en el que planteaba los primeros pasos para evitar que la inminente muerte del mariscal Hindenburg dejara indefensos a

los sectores nacionalistas de la extrema derecha, y tratando de ganarse el apoyo de los millones de personas «de orden» que habían apoyado a Hitler a lo largo de 1933 porque se había enfrentado al estado de caos en que se encontraba el país. El discurso, en el que ni siquiera estuvieron ausentes las críticas al «culto a la personalidad», se realizó en un recinto tan significativo como la Universidad de Marburgo, y recibió una cálida acogida que hacía que diera la impresión de que Röhm había logrado un objetivo: poner a los sectores conservadores frente a Hitler en el momento mismo de una crisis institucional como la inmediata muerte del presidente de la República. Algo que Röhm podía considerar conveniente, al necesitar Hitler a las SA para poder enfrentarse a cualquier golpe que viniera de esa zona. Ignoraba Röhm, como siempre le ocurrió por sus escasas luces estratégicas, que ni las SA en su conjunto estaban dispuestas a seguirle por ese camino, y que Hitler disponía ya de un relevo para actuar contra los hombres de Röhm, que no era solamente la fuerza nada despreciable de un ejército profesional, sino lo que podían representar los cientos de miles de hombres de las SS, que habían ido integrándose en la policía estatal, teniendo Himmler como objetivo librarse de la autoridad que las SA continuaban ejerciendo sobre su propia organización.[39]

A mediados del mes de junio, la posibilidad de que Hitler llegara a un acuerdo con Röhm, precisamente forzado por esta actividad de la extrema derecha contra el nazismo en su conjunto —y no sólo contra los excesos de las SA—, aceleraron las actividades de Reinhard Heydrich, que había sido encargado por su superior Himmler de preparar toda la operación contra Röhm, tanto de los informes de espionaje —en su calidad de jefe del Servicio de Seguridad del partido, el *Sicherheitsdienst*— como de la elaboración de un listado de enemigos a liquidar y la agilización de destacamentos de las SS que pudieran llevar a cabo las medidas preparadas,

confiando especialmente en las tropas que pudiera reunir el futuro jefe del *Leibsstandarte Adolf Hitler*, Joseh «Sepp» Dietrich. El llamamiento de Hindenburg a Hitler el 21 de junio, exigiéndole que le diera explicaciones por lo que su amigo Von Papen había dicho en Marburg, así como la actitud enérgica de Von Blomberg, hicieron imposible que Hitler llegara a acuerdo alguno con Röhm, estando dispuesto a tomar en serio todas las pruebas reunidas por Heydrich y el SD. Ni siquiera se evitó la emisión de octavillas falsificadas en Munich, mientras los jefes locales de las SA, el *Obergruppenführer* Alfred Schneidhuber y el *Gruppenführer* Wilhelm Schmid daban órdenes a sus hombres de permanecer en calma, y mientras el jefe de las SA de Berlín, Karl Heines, preparaba su viaje de bodas. A pesar de detalles tan obvios —que en absoluto desmienten que las SA estuvieran dispuestas a mantener una actitud de crítica acelerada al régimen para mejorar sus posiciones en el mismo, aunque no estuvieran implicadas en una conspiración contra Hitler—, el golpe se descargó con inusitada dureza. Al amanecer del 30 de junio, el propio Hitler llamó a la puerta del dormitorio de Röhm en el balneario de Bad Wiessee. A pesar de que la matanza se iniciaría enseguida, Hitler llegó a asegurar en un primer momento que perdonaba la vida a Röhm por los servicios prestados al movimiento mientras sus inmediatos colaboradores, Schneidhuber, Heydebreck, Heines, Von Spreti y Ernst eran condenados sin dilación. A ellos había de añadirse una advertencia contra los sectores de la extrema derecha: Jung, Schleicher, Kahr y Strasser fueron ejecutados. A primera hora de la tarde del 1 de julio, cuando la masacre ya había segado la mayor parte de vidas en aquel acontecimiento que iniciaba el terrorismo de Estado en Alemania, tres oficiales de las SS acudieron a la prisión de Stadelheim y le dieron a Röhm la posibilidad de que se suicidara. Cuando éste se negó a hacerlo, lo asesinaron. Aun cuando sólo podemos fiarnos de la fuerza lírica

de la leyenda que alimentaron los propios verdugos, Theodor Eicke, director del campo de Dachau y quien había de disparar el tiro de gracia, tuvo tiempo de escuchar a Röhm murmurar, moribundo: «Mein Führer, mein Führer».

El 13 de julio de 1934, Hitler se dirigió al Reichstag, tras haber recibido la felicitación del presidente Hindenburg por sus acciones ilegales en defensa de los derechos supremos del Estado, a fin de justificar a posteriori lo que se había hecho. Reiteró que la represión había caído sobre quienes habían sido desalojados del poder el 30 de enero de 1933, pero también sobre quienes eran incapaces de no ver en el Estado algo distinto a un adversario a batir, pretendiendo que Alemania viviera en una perpetua situación de caos que los favoreciera como facción. Ni siquiera evitó referirse a la falta de moralidad en que vivían el *Stabchef* Röhm y su círculo más íntimo, algo que había considerado de escasa importancia cuando lo nombró para el cargo que había ocupado hasta su muerte. Ni siquiera evitó considerar que el ascenso dentro de las SA se debía a complacer las propuestas viciosas realizadas por los oficiales de más alto rango. La depuración política se había convertido en un acto de higiene racial, que parecía anunciar las persecuciones contra los «degenerados» que no tardarían en fundamentar la ideología excluyente del régimen. Dio cuenta del número de oficiales ejecutados, que cifró en 71, incluidos tres miembros de las SS, y señaló que estaba dispuesto al perdón de quienes, una vez vista la energía con que estaba dispuesto a actuar el régimen, reflexionaran sobre sus actos y estuvieran dispuestos a entrar en la disciplina exigida. No ocultó que había sido la decisión más difícil de su vida, aun cuando podemos decir que fue la primera de ellas, cuando frente a él se alzaba un futuro de trece años que contemplaría «soluciones» a problemas políticos de carácter similar. Tales palabras, recibidas con el entusiasmo de los diputados del

Reichstag nacionalsocialista, con sus insultos políticos y personales contra Röhm, podrían compararse con algo que le había solicitado Hitler. Este capítulo se iniciaba con un telegrama recibido en La Paz en diciembre de 1931. El último día de 1933, seis meses antes de morir como resultado de sus órdenes, Röhm recibía en Munich una carta esta vez del ya canciller del Reich, como habían de recibirla un escaso número de sus colaboradores en las fiestas navideñas:

> Mi querido Jefe del Estado Mayor:
>
> He podido dirigir el combate del movimiento nacionalsocialista y de la revolución nacionalsocialista gracias a las SA, que han aplastado el terror rojo. Si el ejército debe garantizar la protección del país contra el mundo exterior, la SA debe asegurar la victoria de una revolución nacionalsocialista, la existencia de un Estado nacionalsocialista y la unión de nuestro pueblo en el plano interior. Cuando te llamé a ocupar tu actual responsabilidad, mi querido Jefe de Estado Mayor, las SA atravesaban una grave crisis. Gracias a tus servicios, este instrumento político se convirtió en pocos años en la potencia que me permitió librar el último combate para poner de rodillas al adversario marxista.
>
> Por ello, al final de este año que ha conocido la revolución nacionalsocialista, quiero agradecerte, mi querido Ernst Röhm, los inestimables servicios que has prestado al nacionalsocialismo y al pueblo alemán.
>
> Quiero que sepas que doy gracias al Destino por tener a un hombre como tú como amigo y compañero de armas. Con mi amistad, mi reconocimiento y toda mi consideración,
>
> ADOLF HITLER

5
Joseph Goebbels
El imperio de los sentidos

El 7 de noviembre de 1926, un joven de escasa talla, que arrastraba un pie defectuoso al caminar, de extrema delgadez, pero del que brotaba ese tipo de energía que siempre da la apariencia de dirigirse hacia alguna parte, de encaminarse al cumplimiento de una tarea, bajaba de un vagón de tercera clase en la Anhaltbanhof de Berlín. Ligero de equipaje, Joseph Goebbels se dirigía a la capital del Reich necesitado de hacerse con una reputación. Identificado por la Historia como el genial manipulador de un régimen sustentado en las apariencias y ansiosamente engrandecido por el espectáculo, tal intención resultaba de singular relieve. Aun cuando no careciera de ella, había de construir, sobre su simple fama de buen orador y de ideólogo de la izquierda del NSDAP, otra que la desbordase hasta darle una sustancia distinta, en un nivel atmosférico diferenciado de la simple buena comunicación lograda por numerosos cuadros del partido hasta aquel momento. Ese desbordamiento había de darse por dos caminos que implicaban el *estilo* que había que adoptar, que medían la estatura del pedestal y la colocación del personaje en el escenario. Por un lado, se trataba de modificar el concepto mismo de propagandista, reducido hasta entonces a la labor de desenredar la madeja de las consignas a través del hilo de una buena oratoria. Por otro, tocando el aspecto que realmente establecían las condiciones de la naturaleza del proyecto político vinculándolo con las necesidades personales de Goebbels, se refería a su

relación con el Führer, quien encarnaba la unidad del movimiento. Para ello, precisamente, se le había puesto a prueba al encargarle responsabilizarse de la dirección del partido en la capital del Reich. Aquel joven de veintinueve años sólo podía contemplar con acritud el paisaje que le iba acercando a una ciudad que ya conocía y que, para cualquiera de los dirigentes nazis de aquel momento, fueran bávaros o renanos como él, parecía resumir todos los males traídos por la República: la fuerza de la izquierda organizada en partidos y sindicatos marxistas, el calor de los espectáculos decadentes, incluso la jungla de asfalto que se tendía bajo unos pies acostumbrados a los paisajes más tiernos y acogedores, más hechos a la medida de la propia nostalgia de los habitantes de los antiguos reinos y ducados periféricos. Las anotaciones hechas en su diario no dejaban lugar a dudas sobre sus sentimientos al hacerse cargo de aquella dolorosa responsabilidad: hincar la cuña nazi en la corteza cerebral de un mundo dominado por todo lo que el nazismo había nacido para destruir. Al recordar su paseo por la ciudad de noche, a mediados de junio, cuando la inspeccionaba para considerar la posibilidad de su nombramiento, escribió: «Berlín de noche. ¡Una charca de pecados! ¿Y aquí debo arrojarme?» («Ein Sündenpfuhl! Und da hinein soll ich mich stürzen?»).[1] Y, sin embargo, diez años más tarde, el Führer habría de convertir una experiencia tan poco recomendable en el motivo de su admiración por Goebbels públicamente, de una manera poco usual en el máximo dirigente del partido. Dirigiéndose a los reunidos para festejar el aniversario de la fundación del partido en la capital del Reich, se dirigió al ya ministro de Propaganda y uno de los hombres fuertes del Tercer Reich, indicando que le agradecía haber iniciado una batalla sin esperanza en aquella ciudad, con una fe cargada de fanatismo (*gläubiger Fanatiker*), habiendo plantado una bandera sin la que habría sido imposible alcanzar el poder. Adolf Hitler desplazó el grito

habitualmente dedicado a su persona hacia el emocionado Goebbels, alzando el brazo y exclamando «Heil!». Esta vez, la anotación en su diario expresaba la sensación de poder ante las masas, ante la Historia, y de humildad ante el caudillo: «No me lo esperaba. La conmoción me ha llegado hasta el fondo. Ha acabado con su "Heil" dirigido hacia mí. ¡Qué felicidad! Mientras, la sala ha estallado en aplausos» («So habe ich nicht erwartet. Ich bin gerührt und tief ergriffen. Er endet mit seinem Heil. Wie glucklich ich bin. Frenetische Beifallstürme»).[2]

La existencia de Paul Joseph Goebbels se encuentra, en sus inicios, muy alejada de aquella ciudad y de aquella vocación política en un sentido estricto, que fue la que nunca adquirió el futuro ministro de Propaganda del Tercer Reich. Si algo define la personalidad de aquel hombre de acción condenado por su defecto físico a sustituir el acto por la palabra, o a hacer de la palabra el acto mismo; si algo da carácter a su existencia de un individuo dotado para comunicarse con las masas y de una diabólica capacidad para encontrar los mecanismos de persuasión y de complicidad con ellas, no es esa capacidad oratoria: a fin de cuentas, se trata de una destreza que podía cumplir su función en un escenario diferente, incluso el del sacerdocio que pudo tentar a su familia cuando Goebbels era un adolescente. Lo que lo perfila, lo que lo lleva de la mano a su lugar en la Historia, no es su capacidad *teatral* sino un deseo de existencia *total* en tiempos de *totalitarismo*, una vocación de ser voz de la comunidad en la época en que el individuo sólo tiene sentido como parte del *Volk.* Captó esa estremecedora voluntad de poder que implicaba el consumo vital de la realidad por el movimiento, hacer de todo cuanto le rodeara parte de sí mismo, verse como la expresión del espíritu del pueblo en su conjunto, nunca como una corriente parcial, a la que correspondía alcanzar la mayoría. En este sentido, Goebbels podía presentar sus aciertos

propagandísticos como el resultado mismo de su congruencia con un rasgo de la nueva política del siglo XX, en el que el pluralismo se contemplaba como una deficiencia de la sociedad burguesa, la insoportable pereza moral de una vida individual, familiar, privada, recluida en la autosatisfacción de la propia y escasa conciencia, de la experiencia del pequeño grupo de interés, de la tradición de una clase, de la continuidad de una saga familiar. Le caracterizaba el afán de lo majestuoso y el odio por lo pequeño, la fascinación por los acontecimientos trágicos y el desprecio por la mediocridad de lo cotidiano. Le tonificaba esa constante referencia a los «filisteos», a los *Babbits*, a los hombres corrientes que desean proteger su terca precariedad con la malévola apariencia de una vida segura, ajustada a los límites del conformismo. Las palabras de Angélica Balabanoff para referirse a Mussolini («no eres un revolucionario, eres un rebelde») se adaptan perfectamente al personaje, cuya lesión diezma su movilidad, pero espolea su voluntad de *ser*.

Creemos que la pasión necesita de un objeto, pero puede ir dirigida a sí misma, puede utilizar como energía su propia combustión permanente, un perpetuo estado de excitación que permite pulsar la Historia y provocarle la vida como un acto reflejo, electrizándola, provocando su agitación. Goebbels sabrá decir que no importa lo que se cree, mientras se pueda disfrutar de la percusión anímica de la creencia. Es el vitalismo del enfermo, como el que Zweig recuerda al hablar de un Nietzsche atormentado por la mirada en declive y los dolores de estómago en una pensión, mientras redacta su llamamiento al Superhombre.[3] Es el hombre contrario al Pessoa del desasosiego, que indica, tras mostrar su repugnancia por la necesidad de creer en hechos que trasciendan a la propia vida individual, sencilla, cotidiana, sin justificación permanente en el futuro: «el corazón, si pudiera pensar, se pararía».[4] Una vida heroica no necesita de

fuerza corporal, sino de una ideología tendida hacia el proyecto utópico, orientada hacia la ruptura del mundo en el que se vive, consciente de existir por el deseo de transformación. Goebbels, el minusválido, no quiere verificar su limitación, sino corregirla, llevar la atención de quienes lo observan hacia otra parte, dotar a su propia conciencia de un factor que, lejos de ser un mero consuelo, es una verdadera forma de ser.

La pasión puede ser un objeto en sí misma. Entendida como seducción, como arte de la manipulación de las emociones propias y ajenas, necesita un *catalizador*. Adolf Hitler cumplirá esa función, incluso cuando Goebbels ni siquiera lo conoce aún, cuando no es más que un nombre del que dan cuenta en la prensa tras el *Putsch* de Munich, cuando se extiende la noticia de su juicio y, durante su encarcelamiento en Landsberg, se convierte en un elemento de referencia para unir a quienes se encuentran en posiciones divergentes y disponen de un mínimo común divisor. El futuro dominador de los espacios escénicos es un ser inseguro que todo lo rinde a la necesidad de ser reconocido, de ser amado y, para ello, precisa amar previamente. Carson McCullers hace una distinción que nos conviene para comprender esa diferencia que coloca la complicidad sentimental de Goebbels y Hitler en un marco conveniente para la necesidad de ambos:

> En primer lugar, el amor es una experiencia común a dos personas. Pero el hecho de ser una experiencia común no quiere decir que sea una experiencia similar para las dos partes afectadas. Existe el amante y existe el amado, y cada uno de ellos proviene de regiones distintas. Con mucha frecuencia, el amado no es más que un estímulo para el amor acumulado durante años en el corazón del amante. No hay amante que no se dé cuenta de esto, con mayor o menor claridad; en el fondo, sabe que su amor es un amor solitario. Conoce entonces una soledad nueva y extraña, y este conocimiento le hace sufrir.[5]

Y Goebbels ama a Hitler. Su diario no hace más que repetirlo de una forma que tiene que ver con la entrega anímica total, pertrechada de una

heterosexualidad carnal que contrasta de una forma escandalosa con las exigencias que se le suponen a quien es propagandista de la vida familiar, pero también con esa subordinación a un líder de quien se espera el abrazo, el reconocimiento, el elogio, la mirada de aprobación. Se trata de la aceptación de una dependencia erótica, no sexual; mística más que militante. Una relación que canaliza la pasión por la vida, que da cuerpo concreto a la creencia. Algo que le permite construir el mito de Hitler porque lo ha experimentado en primera persona, como saciedad de una insatisfactoria turbación frente a un mundo hostil, desaprensivo, un mundo que se ha ocupado de expulsarle de su verdadero lugar, del púlpito que le corresponde, del éxito editorial que él esperaba de su talento: en definitiva, un mundo burgués que no lo acepta con las reglas de la clase media, lo que le obliga a luchar para modificarlas a sabiendas de que se está jugando la vida en el empeño. Curiosamente, como tantas veces ocurre con los segmentos disciplinarios del movimiento nazi, el autoritarismo y la autosuficiencia de los dirigentes pasa a ser una conciencia de vibrar en la tela de araña afectiva, tendida por la radiación ideológica de Hitler en la vegetación podrida de la democracia alemana. Como ocurre con el resto de los planetas que giran con su gigantesca lentitud en el vacío milenarista del *Kampfzeit* y del Tercer Reich, Goebbels se siente rodando en la sombría solemnidad de un campo gravitatorio, en la espesura de una línea de fuerzas que designa su trayectoria, un trazado oblicuo que tiene etapas de calor y de frío, de oscuridad y de sombra, según cual sea la distancia y posición con respecto al Führer. Esa servidumbre humana se comprende como una digna veneración que nadie como el propio Goebbels, constructor minucioso del espectáculo de entrega a Hitler de los demás, puede entender mejor. En nada se parece a la de Hess, cuya relación con el caudillo es la de una enloquecida ama de llaves protegiendo la *presencia ausente* de la verdadera

señora de Manderley. Ni siquiera a la de Himmler, cuyas maneras profesionales y eficientes, autoritarias y frías en los espacios en los que gobierna, se asemejan a la mayordomía de Stevens frente a lord Darlington, en la decadencia de la *gentry* inglesa de entreguerras, dibujada a bisturí por Kazuo Ishiguro. Es algo distinto. Algo que corresponde al creyente que se ha topado con su Dios, el mismo que no deja de anotar en su diario: «¿Quién es este hombre, Cristo o solamente Juan?».[6] Goebbels, como el resto de sus compañeros en la dirección del partido y del Estado, no dejará de moverse con la osadía de un planeta en su soberano deambular por el espacio de poder absoluto del nazismo. Sus vidas, como vamos viendo, han tenido ese carácter de afirmación propia. En el caso en el que la inteligencia podía hacer esperar el cinismo con el que otros actuarán en 1945, sólo se encuentra el hallazgo de ese ansiado objeto de una creencia, de ese amuleto colgado en la Historia de la Alemania del siglo XX, de ese símbolo del sacrificio en que, al final, Goebbels no querrá tener otra función que la del verdadero creyente: la del testimonio, la del *mártir.*

De hecho, el estigma aparece como un corrector de la arrogancia infantil y como una compensación de la inteligencia desde muy pronto. Antes de que pueda ir a la escuela, este muchacho nacido en una familia de humilde clase media en la Renania católica sufre una grave enfermedad, que le deja un pie deforme, sin que sea posible resolverlo mediante la cirugía. La mezcla de compasión de los adultos y de crueldad de los adolescentes que acompañan estas situaciones va convirtiendo la soledad de Paul Joseph Goebbels en algo suavemente protegido por sus angustiados padres, siempre dispuestos a complacer al cada vez más extravagante joven. Pero, sobre todo, enfundado en una inteligencia que irá deformándose tan gravemente como la de Hitler, lo que le impedirá tener una vida afectiva normal. Los recursos escasos de la familia se pondrán en peligro para que

Goebbels no malgaste su genio, con lo que podrá estudiar, y se recurrirá a la ayuda de la Iglesia católica para que pueda recorrer varias universidades e incluso doctorarse. Su procedencia no es, pues, la de un bohemio desarraigado, sino la de un plebeyo consciente de los problemas de los sectores populares y capaz de insertar la desgracia nacional de 1918 en el empeoramiento de unas condiciones de vida que nunca han sido fáciles. Mientras dura la Gran Guerra, en la que ha sido lógicamente rechazado para el servicio activo, Goebbels aprende algo que será decisivo en su desarrollo: su atractivo personal puede hacer olvidar su defecto físico. Su brillantez de expresión, sus inquietantes ojos oscuros, su exasperación romántica, su inteligencia para conocer los flancos más débiles de las personas le proporcionan un éxito inesperado en el mundo femenino. En 1916, su primera novia se dirige a él indicándole que se siente «muy poca cosa a su lado» («wie kleine ich in Gegensatz zu Dir bin»).[7] Como ocurrirá a lo largo de su vida, con los consiguientes problemas que le llevarán al borde de hacer estallar su carrera política, Goebbels responde a una alabanza tan poco prudente como satisfactoria para él con una confesión a su propia conciencia: «cada mujer que pasa me enciende la sangre; las acoso como un lobo hambriento».[8] Incluso el desenlace final de todo, el asesinato de sus hijos y el suicidio compartido con Magda indica algo distinto a esa fusión entre la vida afectiva y la opción ideológica, la incapacidad para comprenderse fuera de ese mundo iluminado por una luz tardía ya, pero donde ha podido brillar como pocos hombres lo han hecho en el siglo pasado. Una exaltación de la personalidad como la que puede esperarse de la crónica de una ambición nos conduce a un callejón de los milagros, donde el individuo desaparece en un acto de magia y se convierte en una parte indescifrable del paisaje, un pedazo de mundo gracias al cual la tierra puede latir, pero que perecería sin el sistema circulatorio que lo alimenta,

sin el movimiento de las masas, el entusiasmo de las multitudes, el proyecto político y la servidumbre ante el caudillo que lo encarna. La egolatría de Goebbels pasa a ser, durante estos años de formación o de desfiguración, la mezcla del orgullo y la más abyecta de las entregas, la más humillante de las pasiones. Quizás ese rumbo personal nos permita explicarnos la forma en que el nacionalsocialismo pudo repetir ese mismo episodio, a escalas tan diferentes, cuando el mago de la propaganda era capaz de crear la atmósfera en la que la materia emocional iba cambiando de estado físico para adaptarse a los recipientes sociales de una época de crisis.

Toda su vida, concluida antes de cumplir los cincuenta años, Goebbels fue conocido como el «Doctor»: entre los dirigentes del partido que podían ostentar este título, nadie quedó tan identificado con él. Quizás porque ningún otro asoció su tarea de una forma tan explícita a un saber, despreciado como conocimiento académico en los ambientes nazis —como el propio Hitler se había empeñado en hacer constar en interés propio—, pero indicando que su posesión le permitía situarlo en su justo lugar, haciendo del conocimiento algo distinto a la fuerza de voluntad, la inspiración y la emoción comunitaria sin la que éste no sirve de nada. Cuando modificó el título original de su tesis, dedicada al dramaturgo de segunda línea Wilhelm Schütz y dirigida por el profesor judío Friedrich Gundolf en la Universidad de Heidelberg, se empeñó en indicar que su interés por la literatura romántica procedía de la necesidad del conocimiento de una época, sin la que la tarea de aquel individuo carecía de valor. Su *Wilhelm von Schültz como dramaturgo. Una contribución a la historia del drama de la escuela romántica* quedó aprobado en 1921, y un joven de veinticuatro años comenzó su calvario como desempleado de formación académica elevada, con la frustración de observar cómo se rechazaba su novela, *Michael*, de la misma forma que Theodor Wolf se negará a aceptar

los artículos que envía al *Berliner Tageblatt*; él, convertido en el gran censor de la prensa alemana sólo catorce años más tarde.[9] A esa frustración profesional se ha sumado la que exagerará en el futuro, para poder hacer de ella uno de los símbolos entre los que se mueve con comodidad. El gran amor de su primera juventud, Anka Stalherm, lo abandonará como resultado de las presiones familiares contra su noviazgo y contraerá matrimonio con un abogado de grandes recursos. Con un sincero y temerario sentido escénico, Goebbels inculcará al argumento la tensión de una promesa de suicidio, que incluso se acompaña de un testamento con la minuciosa y lamentable enumeración de sus escasas pertenencias. Habiendo olvidado aquel incidente en su aspecto más personal, Goebbels no podía sino situarlo en su adecuado valor dramático como *exhibición* de su obra vital. Tanto sus dificultades profesionales como el inmenso dolor provocado por aquella ruptura eran humillaciones que coincidían con la de su clase y la de su patria. En esa congruencia personal, multiplicada por millones de episodios similares, el nacionalsocialismo podía encontrar la fuerza que le dio impulso y veracidad. En su carácter de experiencia *deformada*, hasta que pudiera convertirse en el icono que simbolizara una totalidad, un gran espacio de inclusión para los excluidos. La percepción del *Volksschicksal*, del destino popular al que se pertenece, no se verifica archivándolo en el recuerdo, sino como memoria actualizada. Es una experiencia que se traduce a una utopía, un desengaño social cuyo rencor adquiere la embriagada gesticulación de una esperanza.

Hasta su entrada en la política, que llega de la mano de la invasión del Ruhr por las fuerzas francesas y belgas, el joven Goebbels se mueve en un intento de canalizar esa pasión como lo haría un aventajado discípulo de la clase media, cuyos modestos orígenes se compensan con un título académico y con una voracidad de lecturas que le llevan a Nieztsche y a

Dostoyevsky. No por casualidad, las diferencias que puede observar en su lectura posterior del *Mein Kampf* se refieren al desprecio que Hitler siente por la cultura rusa, que a Goebbels le permite asomarse al genio de los grandes novelistas del XIX. De la misma forma, su radicalismo estético se expresa en aquellos años tratando de acercarse al expresionismo, la tendencia artística que habrá de perseguir desde la Cámara de Cultura del Reich cuando pierda su batalla personal contra Rosenberg y cuando vuelva a entregarse a la dominación afectiva de Hitler. Su admiración por los integrantes del círculo de Stefan George se extiende a los autores de la revolución conservadora, en especial Spengler y Moeller van den Bruck, cuya interpretación de los fenómenos históricos tanto se asocia a la vertiente emocional, a la «metafísica del artista» con la que Nietzsche se ha enfrentado a los valores tradicionales. La relación tampoco será satisfactoria, porque el exquisito núcleo expresionista que brilla en Munich no está abierto a cualquiera, y Goebbels pasa a ser un exiliado también en ese territorio que exige un certificado de la aptitud de creación, que demanda una existencia en Schwabig y un conocimiento de la cultura de la vanguardia de posguerra que Goebbels está lejos de poseer, además de ser un autor involuntariamente inédito, salvo por algunas colaboraciones periodísticas en provincias. Un grano de aspereza más para sumar a su desaliento, una puerta de heterodoxia estética y social que se le cierra como se le han bloqueado las vías de promoción social normalizada en el campo académico. Sacerdotes y herejes coinciden en esa condena a la soledad que muy pronto habrá de encontrar su gratificación en los escenarios de la política, pero que podía haberlos esquivado si su pasión por la creación literaria hubiera sido mejor recibida. Una de sus primeras obras, un drama titulado *Judas Iscariote*, que escribió por el verano de 1918, trataba ya de la rebeldía con la que el presunto traidor intentó impregnar el movimiento de

redención espiritual liderado por Jesús de Nazaret, haciendo del cristianismo una fuerza de liberación nacional que Judas intenta radicalizar poniendo a Jesús ante el hecho consumado de su detención. Aun cuando el tema ha sido considerado en diversas ocasiones, como el espléndido trabajo que realizó Giovanni Papini en *Los testigos de la pasión*,[10] la elección de la temática nos indica a un joven que, lector de obras como *Los endemoniados* y *Crimen y castigo*, se encuentra planteándose preguntas esenciales en un tiempo personal e histórico que marca un límite. Se trata de una persona que no quiere vivir con una intensidad medida por la prudencia, sino que desea rebasar la apariencia tranquila de las cosas para buscar la turbación que acecha en el contenido. ¿Qué opción más interesante podía abalanzarse sobre alguien así, cuando los acontecimientos sociales y políticos parecen predisponerse en un orden de batalla, aunque sea la desalentada y rencorosa disciplina de la posguerra? De esa indignación personal, experimentada cuando la vivencia literaria es un interrogatorio moral y no un mero placer, un campo de maniobras vitales y no un recinto ferial para la distracción de los días de asueto, habrá de surgir un joven dispuesto a hacer *política*. Naturalmente, sólo a condición de que ésta sea algo más que depositar un voto o trazar una argumentación. La política será una aventura estética, desde la que Goebbels podrá mirar al mundo como el capitán Brierly imaginado por otro Joseph con más éxito como novelista, Conrad:

> El resto de la humanidad —es decir, todos aquellos que no estaban al mando del *Ossa*, un vapor con casco de acero que alcanzaba los dieciséis nudos— no eran más que pobres diablos … A mí me caía más o menos bien, aunque sé de algunos (buena gente, a este respecto un poco mezquina) que no podían soportarlo bajo ningún concepto. No me cabe la menor duda de que se consideraría muy por encima de mí. En realidad, aunque uno hubiera sido Emperador de Oriente y de Occidente, a su lado no hubiera podido evitar sentirse inferior. Y, sin embargo, no puedo guardarle rencor. ¿Saben? No me despreciaba por algo que estuviera en mi mano corregir. Por algo que yo fuera. Me tenía por un cero a la izquierda simplemente por no haber tenido la suerte en esta vida de ser *él*.[11]

Los acontecimientos del año 1923 le permiten ir separándose del ambiente que le rodea, dotarlo de la provisionalidad o de la falta de realismo en la que se sumergen los futuros dirigentes nazis. La verdadera Alemania no es la que sufre la invasión, pues los dirigentes republicanos la han buscado, sino la que es ajena al propio sistema que ha propiciado la derrota y la indefensión. La resistencia que oponen antiguos oficiales como Leo Schlageter, uno de los primeros mártires del movimiento, tiene poco que ver con la hábil exigencia de Hitler de no prestar apoyo alguno al régimen, que puede aprovechar la situación de crisis para reforzarse con el lema de la unidad nacional, aunque sea girando a la derecha. La concentración gubernamental conseguida por Stresemann no hace más que hundir las posibilidades de que el golpe de Baviera se haga en las condiciones de unanimidad de la extrema derecha que había permitido construir la *Arbeitgemeinschaft* de las ligas patrióticas a comienzos de año. Las rupturas que van produciéndose en mayo, en julio y en septiembre por diversos motivos van convenciendo a Hitler de la necesidad de avanzar en solitario, en lugar de depender de asociaciones patrióticas que tienen más relación con el monarquismo del DNVP que con el movimiento *völkisch*. Goebbels presta atención a unos acontecimientos empezando a pensar que el punto de referencia para los patriotas alemanes se encuentra en Munich, no en Berlín. Para cuando el golpe fracasa, su decisión de entrar en política ya está tomada: el viejo territorio del catolicismo social conservador, en el que ha podido moverse hasta la obtención de su doctorado, se ha ido deteriorando con las condiciones humillantes que la realidad republicana le proporciona. Quizás habría podido inclinarse por los monárquicos del DNVP, pero la ocupación del Ruhr y la posición de éstos, decididos a apoyar al gobierno en las condiciones de crisis, le hacen abandonar esa ilusión. En cualquier caso, para alguien como Goebbels, poco podía

importar la pasividad de una acción política que era más bien una forma vergonzante de pasividad, una especie de teatro leído donde las voces podían impostarse, cuando él prefería la fuerza del gesto como recinto adecuado de la palabra. La primera versión de su novela *Michael*, que aparecerá en 1929, se redacta en aquellos momentos de pesimismo, cuando a su tedioso trabajo en el banco de Colonia tiene que añadir el sufrimiento que padece el pueblo alemán indefenso. Su abandono de la mesa de administrativo y su consolidación de una relación afectiva con Else Janke parecen abrir una nueva etapa en su vida: perdidas las ilusiones personales, tanto las profesionales como las afectivas que había colocado en torno a Anka, sólo puede ejercer su sublevación entrando en un movimiento que ya se encuentra en marcha. Lejos de ser el viejo combatiente que hemos visto aparecer en los perfiles de Drexler, Streicher, Strasser o Röhm, Joseph Goebbels llega a la política mucho más joven, aunque no tanto como para no haber tenido dedicación alguna: entre los que han caído en la Feldherrnhalle se encuentran hombres más jóvenes, y Himmler ha llevado su estandarte frente al Ministerio de Defensa bávaro recién cumplidos los veintitrés años. Cuando Goebbels comienza a participar en los debates de la coalición *völkisch* que forman los seguidores de Strasser, Ludendorff y Von Graefe, tiene ya veintisiete, una edad avanzada para iniciar una vocación política tan densa, aunque ha venido preparado por los tiempos de un desengaño no menos espeso ante las posibilidades que se le ofrecían en cualquier otro lugar. Aparentemente, el nazismo de uno de sus máximos teóricos será una tabla de salvación en pleno naufragio personal, más que la barca construida lenta y obstinadamente, con esa paciencia de un animal de la que, en otra ocasión, para hablar de la fuerza de voluntad ante la tarea estética, nos hablará Thomas Mann, presentándonos una perfecta variación

para comprender la diferencia entre la labor nerviosa del militante y la constancia burguesa del genio creador.[12]

Goebbels adquirirá rápidamente el prestigio de un orador, que no habrá de abandonarle en toda su vida. A lo largo de los dos años siguientes, puede contemplar con cierta ironía y un oportunismo que tampoco le abandonará en toda su existencia las precarias condiciones del partido en el *Verbotzeit*, pudiendo participar en algo cuya carencia de grandeza inicial reconoce, esperando el momento en que todo comience de veras. Su inmersión en el partido le permite publicar cuando sus artículos han sido rechazados por la prensa liberal de amplia tirada de Berlín, lo cual le impide convertirse en un intelectual reconocido por esa clase media urbana a la que pertenece. Los ácidos comentarios dedicados a sus compañeros de entonces parecen responder muy bien a ese carácter en el que ya se ha formado, cerca de la treintena, y que le hace saber dónde no existe grandeza, pero dónde puede dar la adecuada proporción a su propia estatura. El desprecio que puede sentir por el aire provinciano o la excentricidad de algunos no puede apartarle del único reducto que se le presenta como alternativa a una vida agazapada tras la mesa de una entidad bancaria. Pero hay algo más. Una espera de que llegue algo intenso, encarnado en alguien cuya realidad parece ser acrecentada por la ausencia. Estudioso de los escenarios románticos alemanes, puede comprender perfectamente que la ausencia de libertad de Hitler en Landsberg le concede una grandeza que nunca podrán poseer los *kleine Menschen* que atestan las asambleas *völkisch.* En la zona situada al norte del Main, el movimiento depende de los acicalados desertores del DNVP, agrupados en el Partido *Völkisch* de la Libertad bajo la figura mohosa de Von Graefe. Frente a ellos, la ausencia de Hitler adquiere las medidas de la nostalgia, ese tiempo de los judíos al que hacía

referencia Benjamin cuando indicaba la existencia de una realidad siempre atenta y receptiva, porque en cualquier momento puede llegar el Mesías.

La leyenda elaborada por los seguidores de los hermanos Strasser lo convertirá en un simple oportunista ganado por los halagos de Hitler y el lujo de Munich tras la derrota de los «socialistas alemanes» en la Conferencia de Bamberg a comienzos de 1926. No es así, como puede verse con la simple lectura de las anotaciones de su diario. Porque Goebbels lleva tiempo al acecho, no como el cazador que espera su presa, sino al contrario: como el venado que olfatea el aire y reconoce la presencia del depredador. Este pequeño *homme qui cherche* ha vinculado su suerte y la de Alemania entera a un individuo que dicta el *Mein Kampf* en una celda cercana a Munich. No es el halago, sino la inspiración. No es la compra, sino la eucaristía. Su formación como agitador se va formando conociendo y aceptando la calaña de las personas con las que habrá de convivir, como su benevolente comentario acerca de Strasser, al que ve como un bonachón provinciano, o su malévola observación sobre Streicher, un patológico antisemita que tiene algo repugnante, pero que resulta de utilidad para el movimiento por lo que representa. Sin embargo, la presencia de Ludendorff en Weimar sirve para compensar lo que sería ese baño de mediocridad que se produce precisamente en el escenario que menos lo merece, el Weimar de Goethe: Erich von Ludendorff. El viejo Jefe del Estado Mayor alemán, el verdadero líder de los duros luchadores de los *Freikorps* que habrá de ser anulado por Hitler muy poco después. En aquel momento, al contrario de lo que puede pensarse ahora, a mucha distancia de lo que creerá Alemania, a una conveniente lejanía moral de lo que consideran los nazis en 1924, Ludendorff es la verdadera fuerza que cohesiona el movimiento, aquel capaz de hacer que Röhm y Strasser sean capaces de luchar juntos, que el movimiento nacionalsocialista se presente a dos elecciones generales. A

Goebbels sólo parecen impresionarle los escenarios y las personas sobre las que la Historia parece entornarse, detenerse para ofrecer una leve visión del porvenir. Su apuesta por la estética es tan firme y consciente que decide *sentir*, como si las ideas fueran sólo los poros abiertos por los que se precipita la realidad. El movimiento nacionalsocialista es ya, en aquel momento en que Weimar asiste a las tribulaciones del NSFB, una entrega a la realidad del mundo auténtica, una creencia en la que se está, no una idea que se posee, para utilizar la célebre expresión de Ortega. Al contemplar la asamblea en la que ha conocido a aquel representante del viejo orden, el nacionalista revolucionario, el socialista alemán, no expresa la náusea de quien se siente extraño a un mundo apagado, como si la Gran Guerra hubiera girado el interruptor y hubiera dejado a oscuras aquel continente de emperadores y panteones. Por el contrario, la ciudad de Weimar poblada por los militantes *völkisch* le concede el ritual de una plenitud. Como Karen von Blixen, podía decir entonces, cuando ella contemplaba el temblor de la luz en la sabana de África y él respiraba el olor de intimidad, de vejez noble, de maternidad en el regazo cultural de su propia tierra: «Estoy donde debo estar».[13]

Sin embargo, la entrega a Ludendorff es tan circunstancial como la que se produce por quienes han seguido al anciano general sólo por interposición. Incluso un militar como Röhm debe reconocer la superioridad política de Hitler. ¿No iba a ocurrir lo mismo cuando un místico como Goebbels, al que el sentido de la estrategia conduce por el camino más seguro hacia la voluntad de poder, puede comprender quién es el verdadero *homme à cheval*? Por lo menos, Goebbels tiene claro en qué consiste el sentido de liderazgo que se apoya en la tradición *völkisch*. La impresión que le produce el viejo caballero de uniforme, en cuyo porte resuella la protesta de la vieja Alemania realizada en la ciudad de Goethe y de la Asamblea de

1919, tiene que ser inferior al futuro que contiene la bohemia revolucionaria de Hitler, cuya concepción de la política es la del artista y que sólo puede, por tanto, traer la creación del futuro entre las manos, no una mera evocación del pasado, un recurso retórico en la síntesis de la revolución conservadora del nacionalsocialismo. Tiene que llevar el Principio de la Esperanza a la que se agarra un desplazado social, un marginado, alguien a quien la sociedad ha condenado al silencio, al abandono de la mujer a la que amaba, a la pérdida de una posición social ganada a pulso en la universidad. Goebbels es un nacionalista, pero también un nihilista que necesita romper con la lógica de restauración que anida en demasiados corazones que se mueven en torno a Ludendorff.

Por ello, cuando la liberación de Hitler y la refundación del partido señalan el «nuevo comienzo» que obliga a la ruptura, se aleja alegremente de aquellas compañías provisionales. Después de la peluca y la casaca, llegan los mítines en territorio obrero, o el tipo de trabajadores de pequeña empresa, de ciudades provincianas que constituyen la base popular de este primer nazismo y son anotados orgullosamente como *Arbeiter* en los registros de la militancia. Al aprendizaje de Berlín precede esta atención previa a los sectores del partido que pertenecen a su mismo medio, a quienes están dispuestos a escuchar hablar de la revolución, de la comunidad popular, de la lucha contra la burguesía y a no entender de otra forma la batalla por la emancipación nacional.[14] A lo largo de la primavera de 1925, las anotaciones en su diario indican esa predilección por el discurso revolucionario y la atención dedicada a los trabajadores, haciendo precisamente de Hitler el valedor final de su posición en este tema, aun cuando las dudas no dejen de asomar cuando determinadas declaraciones del Führer y la protección que presta a los dirigentes conservadores de Munich le provoquen cierta inquietud.[15] De hecho, aunque la fuente

proceda de la no siempre segura memoria de Otto Strasser, Goebbels se integró en el partido a causa del sueldo que le proporcionaba su empleo en el *NS Briefe* que pensaba sacar con su hermano Gregor, y que suponía doblar los ingresos proporcionados por el editor del *Völkischer Freiheit* en Elberfeld. Cuando todavía no se le había contratado, ya se consideró con la autoridad necesaria para augurar la destrucción de los racistas de salón del DVFP y para asegurar que el nacionalismo no era nada sin el socialismo. Kaufmann, el muy lúcido dirigente de Hamburgo, había de definir a Goebbels con astucia, advirtiendo que era «muy inteligente, pero poco de fiar» («sehr gescheit, aber sehr wending»).[16] En aquellos meses, el rasgo que había destacado en su carácter era el deseo de imponerse a través de hacer lo que mejor sabía, que era entregarse a un auditorio. La inestabilidad de su carácter fue confirmada a sus biógrafos por quienes le habían conocido muy de cerca en aquella etapa, como su novia Else Janke o su jefe directo, Karl Kaufmann. Si la primera mostró en sus recuerdos las tormentosas relaciones que había sostenido con Goebbels, que se le habían hecho totalmente insoportables, Kaufmann se refería a su carencia de escrúpulos en el momento de escoger partido en el debate interno del nacionalsocialismo a comienzos de 1926, cuando se produjo la Conferencia de Bamberg. De hecho, la evolución de Goebbels en contra de los hermanos Strasser y a favor de Hitler es uno de los aspectos que nunca podrá aclararse en los términos de una lealtad ideológica o programática por dos motivos. El primero de ellos, porque ya se ha visto en el capítulo reservado a Gregor Strasser que la pretendida «izquierda nazi» que se agrupó en el AG del norte y noroeste en 1925 y 1926 no tenía ni sentimiento de facción —más allá de lo que fuera la querella con algunos personajes de Munich, como Gottfried Feder o Alfred Rosenberg, que no fueron precisamente afortunados en el futuro del nazismo—, ni mucho menos una actitud

unánime en los aspectos programáticos. Si Strasser pudo sentirse defraudado por la falta de resistencia o de coraje de Goebbels en la Conferencia de Bamberg, que contrastaba con sus actitudes radicales previas, no era menos cierto que su silencio en la discusión con Hitler no obedecía más que a su confusión de aquel momento, a la propia falta de seguridad en la que se encontraba Strasser y a la carencia de una línea estratégica bien diseñada que hubiera unificado a todos los dirigentes del norte contra los cuadros de Munich. Y todo ello sin señalar el carácter indiscutible del liderazgo de Hitler, que el propio Gregor Strasser había de aceptar. Además, Goebbels estaba al comienzo de su carrera política y había de sentirse fascinado por la capacidad de Hitler de manipular a los individuos, por su mezcla de paternalismo y fraternidad, de autoritarismo y de fanática convicción, de barroquismo verbal y simplicidad de objetivos. Si su relación emocional con Hitler puede causar el rubor de quienes, como Otto Strasser, sólo podían concebir una relación basada en el acuerdo político, en el caso de Goebbels las cosas funcionaban de otra manera, que ni siquiera el fundador del Frente Negro podía sostener como traición. Goebbels aceptó la invitación de Hitler a las veladas propagandísticas que éste le ofreció en Munich por los mismos motivos por los que había aceptado la colaboración que los hermanos Strasser y Kaufmann le proporcionaron en 1925. Ni Gregor Strasser ni Karl Kaufmann le hicieron ascos a su promoción en el seno del NSDAP de la mano de Hitler, y no hay motivos para defender que Goebbels debiera hacer algo distinto. Su ideario de izquierda dentro del partido continuó distinguiéndolo de personas como Rosenberg o Göring siempre, hasta los últimos momentos de la guerra. No dejó de considerar que el socialismo era un elemento esencial del discurso revolucionario que se propugnaba, y en ello no puede ser considerado un oportunista que se alejaba de sus amigos caídos en desgracia, entre otras

cosas porque Gregor Strasser no se hallaba precisamente en esas condiciones en 1926. En su promoción personal, Goebbels no estaba sino buscando un interés propio que en nada vulneraba sus posiciones ideológicas: se limitaba a situarlas con un perfil más definido, menos contradictorio, como hicieron todos los dirigentes del norte en los años siguientes a excepción de Otto Strasser, que hubo de esperar hasta el verano de 1930 para tomar una decisión tajante contra Hitler.

Sin embargo, ¿por qué negar todo lo que hay de emocional, de nervioso, de afectivo, en las opciones políticas, como si éstas se redujeran a rebuscar las propias convicciones clasificadas en un archivador metálico de programas y de doctrinas? Lo que se encontró en la decisión de Goebbels tuvo que ver, efectivamente, con un cortejo, con una ronda erótica que Hitler trazó a su alrededor, una danza nupcial en la que la personalidad necesitada de reconocimiento de Goebbels se sintió tan penetrada psicológicamente como si su corazón hubiera sido violado. Hacer de ello una mera operación de cálculo supone reducir la complejidad de las ambiciones políticas, atestadas de lealtades y desafectos personales, a un simple ejercicio de fría planificación, como si el pulso firme de aquel recién ingresado en la acción política hubiera trazado con un compás la línea más corta entre dos puntos en una carta de navegación burocrática: su soledad y su triunfo. Se trataba de algo más, no sólo porque la decisión política que iba a emprender en 1926 tenía los riesgos de una aventura emprendida para ponerse a prueba en la actitud de un caballero combatiente que escoge el terreno más sucio en el que pueda brillar su armadura. Goebbels era ya, y Hitler lo sabía lo suficiente para ofrecerle aquello que le negó a Kaufmann, un genio de la oratoria, terreno en el que el Führer no era precisamente un principiante, como nunca se equivocó demasiado al juzgar a las personas y extraer de ellas lo más útil de sí mismas, que no siempre fue lo mejor. Por

ello, el hombre que bajó en la estación de Berlín el 7 de noviembre de 1926, dispuesto a enfrentarse con la responsabilidad de levantar un partido en Berlín, no había entregado su honor. Pero había dejado atrás su inocencia.

Aquella especie de sumidero al que se había referido despreciativamente en su diario iba a ser la clave de su conversión en el hombre más poderoso del Tercer Reich después de Hitler: de hecho, el hombre que se convirtió en la *imagen del régimen* en segunda posición, en la voz del nacionalsocialismo en el poder tras la voz del Führer, de la misma forma que sus palabras atronaban en los años que siguieron a Stalingrado cuando un Hitler desmoronado por la depresión se negó a dirigirse de nuevo a su pueblo hasta que pudiera volver a comunicarle victorias. El Berlín que repugnaba a Goebbels antes de su llegada contenía, sin embargo, junto a aquellos elementos que respetó desde el principio, como el panteón que guardaba la tumba de Federico II, toda la vibración de las luces de la ciudad que él trataría de copiar en su tarea de factor de modernización del nazismo. Su estancia en Berlín permitió que el régimen se despojara del ritmo provinciano de Munich, incluso del que podía plantear la plácida agresión de la bohemia de Stefan George, para adentrarse en la espesura de una vegetación de luces que reverberaban sobre la atmósfera, que hacían brillar el asfalto con los anuncios de los cines, de los cabarets, de los teatros. La tupida trama del ferrocarril interno con líneas que alcanzaban hasta veinte estaciones, los cafés abiertos hasta la madrugada, el tráfico agobiante que provocaba más de un centenar de muertos en accidentes al año, los coches que regaban las calles, los camiones que depositaban los fajos de periódicos, los treinta kilómetros de muelles trajinando con las mercancías…[17] Esa sinfonía de Berlín había de provocar en un espectador sagaz como Goebbels una verdadera metamorfosis, en la que la ciudad, lejos de hundirle con su indescifrable código de mensajes lanzados al

transeúnte, fue rápidamente interpretada como la modernidad en la que Goebbels insertó el discurso tradicionalista del nazismo. Nadie como él había de entender la manera en que los efectos devastadores de una modernización acelerada podían incitar una nostalgia de la comunidad, el ensueño de un mundo de sociabilidad tangible, de camaradería a los que dedicaría la mayor parte de su propaganda, construyendo en el ámbito combatiente de su dominio una propaganda que no estaba destinada a ofrecer consignas como hasta entonces, sino a construir anticipadamente la *Volksgemeinschaft.* Cuando el nazismo llegó al poder en 1933, Goebbels le había proporcionado ser una experiencia ya vivida, en la lucha por la toma de sus calles, en la violencia que le había costado llegar a hacerse con un lugar en su inmensa extensión urbana.

Aun cuando Goebbels pudiera exagerar las condiciones de su llegada,[18] si tenemos en cuenta su confortable estancia en la residencia de los Steiger, amigos de los hermanos Strasser, el propio Hitler era consciente de las dificultades que suponía enviar a alguien a aquella ciudad, donde no sólo debía enfrentarse a una organización minúscula, desmoralizada y llena de enfrentamientos internos, sino también a la potencia de los adversarios comunistas —que, a diferencia de los socialdemócratas, podían ser temibles adversarios en el combate callejero—, a un gobierno hostil como el que los nazis nunca habían experimentado en Baviera, y a la propia actividad de Otto Strasser, muy poco dispuesto a que el dominio que hasta entonces había ejercido sobre la organización, a través de la publicación de su *Berlin Arbeiterzeitung*, fuera cuestionado por el nuevo *Gauführer.* Muchos años después, en sus conversaciones de sobremesa, Hitler había de recordar las graves condiciones en que había entregado la ciudad y su perspicacia para elegir al hombre que debería hacerse cargo de ella.[19] Las medidas tomadas inmediatamente por Goebbels nos indican lo poco que se equivocaba quien

le había designado. No sólo se dedicó a realizar una purga intensa en el partido que redujo sus escasos efectivos a la mitad tras una reunión agitada en el local inmundo de que se disponía, conocido como el «fumadero de opio» por las malas condiciones de ventilación y la atmósfera cargada y tenebrosa, sino que además entendió que los resultados del partido en la capital no obedecían más que a su carácter *invisible*, algo que, en la ciudad que encarnaba el espectáculo, cuya vida volcada al exterior era un escenario en sí mismo, resultaba indispensable para salir de los ridículos resultados en las elecciones locales celebradas en 1925, en las que los nazis ni siquiera habían alcanzado los doscientos votos.[20] La visibilidad implicaba irrumpir en aquella zona de la sociedad en la que el nacionalsocialismo había de disputar, según la estrategia diseñada por el grupo del norte tras la refundación del partido, su clientela a la izquierda: entre los trabajadores. Goebbels podía haber limitado su propaganda a los elementos respetables de la clase media, pero sabía que la función del partido y sus SA había de ser, precisamente, la de señalar al conjunto de la capital que existía una nueva fuerza capaz de indicar a los obreros una alternativa revolucionaria distinta a la del marxismo, al tiempo que podían presentarse ante la clase media como la garantía de una defensa contra el Frente Rojo. Actuando en ambos sentidos, el NSDAP adquiría un perfil propio que correspondía, además, a la posición ideológica de una militancia que no tardaría en experimentar las condiciones de la Gran Depresión, pero que estaba sufriendo ya las carencias propias de aquella gran ciudad, como las condiciones de trabajo en un núcleo que no era sólo residencial, sino también fabril, y la escasez de vivienda. Como lo ha indicado la lúcida reflexión de Eva Rosenhaft, el objetivo propagandístico de Goebbles, vinculado a la brutalidad del lenguaje y a la intimidación del adversario, no se basó sólo en establecer la lucha *en* las calles, sino en querer *ganar la*

posesión de las calles, la propiedad exclusiva del espacio público de los sectores populares, tan distinto a los conceptos de privacidad y actividad reglamentada en los breves períodos de actividad política de la burguesía.[21]

En febrero de 1927 dio comienzo real la «batalla de Berlín», cuando Goebbels hizo anunciar una conferencia en la Sala Pharus, en el barrio comunista de Wedding, con el título de «El desmoronamiento del Estado de clases burgués». La provocación, tanto por el tema como por el lugar, dio paso al primer gran enfrentamiento que mereció la atención de la prensa, precisamente lo que esperaba el nuevo jefe del partido en la capital. Los medios de comunicación asentados en Berlín empezaban a colaborar en la tarea de propaganda, divulgando las noticias sobre la violencia desatada por las SA, cuya importancia acabó llevando a la prohibición del partido en una fecha tan temprana como mayo. Partiendo de una organización insignificante, Goebbels había conseguido construir ya un aparato que merecía la atención de los organismos de seguridad. Naturalmente, la prohibición del NSDAP tras diversas explosiones de violencia, a la que se sumó la que recayó sobre el propio Goebbels, ponía en dificultades profundas a la organización, que hubo de adaptarse a las nuevas circunstancias buscando un sistema de expresión alternativo, hasta que las elecciones de 1928 obligaran a las autoridades a levantar la prohibición, pero significaba que el nazismo había adquirido ya el nivel de un *riesgo perceptible.* La propaganda fue asegurada por el surgimiento de uno de los periódicos míticos del nazismo, *Der Angriff*, que sería profusamente anunciado antes de su salida el 4 de julio, compensando su indudable modestia de formato con la violencia de su lenguaje, su clara voluntad de llegar a los sectores populares menos dispuestos a la reflexión política y la seguridad de que se trataba sólo de disponer de un área de consignas que se sumara a la profusión de carteles en los que Goebbels reiteraba una y otra

vez los lemas del partido, orientados contra el judaísmo, contra el comunismo y contra el régimen. La tarea de *inmersión* verbal de la ciudad se realizaba por estas dos vías, antes de que pudiera recuperarse la actividad oratoria de su *Gauführer.* Además de ello, las campañas de difamación realizadas llevaron a Goebbels a los tribunales, en especial cuando orquestó una maliciosa oleada de críticas al subjefe de la policía de la ciudad, Bernhardt Weiss, al que se llamaba «Isidor», iniciando una equiparación del nombre imaginario con la referencia a los orígenes judíos del personaje. La trampa en la que cayó el funcionario, al dar vuelo a la campaña en los tribunales, sólo consiguió crear otro espacio de popularidad para el astuto agitador.[22] En su narración de la batalla de Berlín, Goebbels haría especial hincapié en el valor de una propaganda simple, «ruin, brutal y de mala fe», como mecanismo de conquista de la atención de las masas y de una ferocidad que no dejara espacio para el debate, sino que fuera expresión misma de los recursos de la dominación. La palabra no estaba destinada a comunicar un argumento, sino que constituía en sí misma un arma, cuya veracidad era menos importante que su resonancia, su solemnidad, su excitación, la impresión de potencia y de impunidad que provocaba pronunciarla, de modo que no sólo fuera creando una relación entre el orador y el público —o entre el lector y el periódico—, sino también una complicidad cada vez más normalizada entre la agresividad del espectador y el ambiente en el que lo rodeaban sus adversarios.[23] En 1928, cuando las elecciones al Reichstag obligaron a levantar la prohibición de las actividades del partido, los diarios de Goebbels recogieron meticulosamente la incesante actividad en la que la oratoria se mezclaba con la lucha física contra los comunistas, lo que demostraba cómo el horizonte de un discurso que hablaba de la conquista del futuro no podía dejar de corroborarse en la toma del poder de la calle.[24] La intensísima campaña electoral dio escasos

resultados en toda Alemania, que en Berlín apenas pasaron del 1 por ciento de los votos. Sin embargo, el parlamento no había sido el objetivo principal. El objetivo había sido la *visibilidad política*, la fe de vida que se ha dado en la propaganda en todas direcciones, en el escándalo, en la lucha, en la injuria, en las promesas. Aun cuando los sectores conservadores puedan contemplar en el partido berlinés a un grupo de alborotadores —y éste será un motivo que podrá dificultar el acceso de Goebbels a una posición en el gobierno del 30 de enero—,[25] el *Gauführer* ha conseguido introducirse en una posición privilegiada a pesar de los pésimos resultados del partido: ha obtenido un escaño. Como es de sobras conocido, se dirigirá de esta manera a los diputados del resto de la cámara, cuando les recuerde que él sólo es un IDI y un IDF (*Inhaber der Inmunität* e *Inhaber der Freifahrkarte*), propietario de la inmunidad parlamentaria y de los gastos de viaje pagados, lo que no era poca cosa para las exhaustas arcas de su organización en aquellos momentos. Con once personas más, Goebbels pasaba a representar al NSDAP en el Reichstag, pero su lugar iba a estar fuera de él, aún empeñado en la captura de la ciudad en la que debía obtener un resultado que le permitiera ser el dirigente con un poder personal propio. Debía darle a Hitler lo que éste le había pedido: si no la mayoría en Berlín, que resultaría imposible de alcanzar incluso en los mejores momentos de la agonía republicana, sí una presencia que pudiera compararse electoralmente a la que tenían los socialdemócratas y comunistas. En la segunda ronda de las elecciones presidenciales de 1932, Goebbels y su «grupo de alborotadores» consiguieron entregar a la candidatura presidencial de Hitler 863.621 votos, frente a los 573.099 que se depositaron a favor de Ernst Thälmann. Si consideramos que, en la primera vuelta, ambos candidatos habían quedado casi empatados, los sufragios que habían ido a parar a Hitler sólo podían proceder de una clase media conservadora que, en última

instancia, a la hora de escoger entre un Hindenburg votado por la izquierda y el voto nacional de Hitler, prefería inclinarse por éste.[26] No podía extrañar que, cuando se produjo el definitivo choque entre los hermanos Strasser y Goebbels, que tuvo el desagradable pretexto de la deformidad física de éste como presunto efecto de su carencia de pureza racial, tal y como se denunció en abril de 1927 en el *Berliner Arbeiterzeitung*, Goebbels acabara obteniendo el apoyo del Führer, tan poco dado como era éste a inmiscuirse en los debates personales entre sus cuadros, ya que Goebbels había amenazado con presentar su dimisión, a pesar de que él mismo había utilizado los presuntos orígenes judíos de Gregor Strasser para atacarlo. Es de suponer el cansancio que esto suponía para Hitler, que comunicó a Rosenberg su convencimiento de la necesidad que el partido tenía de contar con los dos tipos de personas que representaban uno y otro dirigente, en lo que no andaba nada errado.[27]

La conquista de Berlín había de prolongarse durante los siguientes cinco años —alargándose hasta la gran manifestación obrera del 1 de mayo de 1933 en el aeropuerto de Tempelhof—, mientras el «pequeño Doctor» iba asentándose como jefe de propaganda del partido en sustitución de Strasser, que se convertía en el número dos como responsable del departamento PO (*Politische Organisation*). A lo largo de aquel período, Goebbels usaría con frecuencia cada vez mayor el ritual de homenaje a los caídos del movimiento, que había comenzado ya con Leo Schlageter y continuado con las víctimas del golpe de 1923 en Munich. Como un especialista en el valor simbólico de las experiencias personales convertidas en un icono, Goebbels fue participando en ceremonias en las que se recordaba, sin esquivar siquiera los detalles desagradables que narraban el aspecto en que habían quedado las víctimas, el sacrificio de los jóvenes combatientes. Cualquier muerte, incluso alguna que tenía un aspecto accidental, era convertida de

inmediato en un ritual cada vez más elaborado, con prolongados desfiles de los SA que iban estableciendo un grado de solidaridad firme entre ellos, con lo que se confirmaba la veracidad de un combate que podía costar la vida y se impugnaba cualquier compasión por el adversario que pudieran tener en el futuro. Como elemento de cohesión y de exclusión, la liturgia funeraria adquiría su valor preciso, pero no tenía el factor simbólico vinculado a un personaje que pasara a algo parecido a la eternidad. A principios de 1930, se acabaría llegando a esta situación cuando un cuadro de las SA, el joven Horst Wessel, fue asesinado en su domicilio por un simpatizante comunista y, como el propio Wessel, persona que frecuentaba los bajos fondos de Berlín. Aunque la muerte de Wessel estuvo relacionada precisamente por un conflicto relacionado con una mujer que se había dedicado a ejercer la prostitución antes de vivir con él, la militancia opuesta de ambos debió desempeñar algún papel. Lo importante es que la larga agonía de Wessel fue acompañada de visitas de Goebbels a la madre, cargadas de un intenso sentimentalismo que el *Gauleiter* manejaba sin pudor alguno. Cuando se produjo la muerte del joven, un poema escrito por el muchacho para las SA, que había adoptado una balada popular, acabaría convirtiéndose en el himno del partido, el *Horst Wessel Lied*, precisamente el elemento que necesitaba Goebbels para darle a aquella muerte un significado medido de acuerdo con su estrategia política y escénica. Las estrofas del himno, al principio reducido a las SA, pasaron a ser las que fueron convirtiendo la legitimidad del movimiento en una religión dotada de la sangre de los mártires de Munich, pero también del gran mártir de Berlín, aquel cuyo nombre podía recordar todo el mundo en la Alemania del Tercer Reich, mientras la mayor parte de los caídos el 9 de noviembre eran héroes de un acto colectivo y, por tanto, anónimo.[28]

En 1929, el año de la Gran Depresión que iba a abrir las puertas al

fascismo alemán, el responsable de Propaganda organizaba la intensa campaña contra el Plan Young que iba a convertirse en el eje de un encuentro progresivo con las fuerzas de la derecha alemana en los siguientes meses. Mientras la desaparición de Gustav Stresemann en otoño de 1929 eliminaba uno de los obstáculos fundamentales para los propósitos nazis, al destruir la barrera más eficaz del liberalismo conservador para salvar la alianza entre la burguesía y la socialdemocracia que podía haber salvado al gobierno Müller y evitado las elecciones anticipadas de 1930, en el DNVP se abría paso la candidatura radical de Alfred Hugenberg, dispuesto a que el nacionalismo modificara los viejos criterios de su política de unidad, de su *Sammlungspolitik* que no implicaba sólo la alianza entre terratenientes e industriales, sino que también expresaba lo que podía enlazar a conservadores de élite y populistas «revolucionarios».[29] La entrada del nazismo en una élite económica dispuesta a clausurar la República había de contar con el ambiguo carácter del partido, capaz de demostrar su capacidad de gobierno, su control de amplios campos de sociabilidad de la clase media y, al tiempo, la línea de violencia que debía utilizar contra un KPD cada vez más potente.[30] Salvo Kaufmann o Krebs en Hamburgo, ningún otro dirigente había tenido que afrontar la tarea que Goebbels estaba llevando adelante en la capital del Reich. Y, desde luego, ninguno de ellos coincidía en la forma de concebir la política que Goebbels y Hitler compartían. Entre 1929 y 1932, la labor realizada por el partido había incluido los contactos de Hitler con el empresariado, la escisión de los sectores vinculados a Otto Strasser, la integración en el Frente de Harzburg y la ruptura con algunos núcleos de las SA que se enfrentaron a la dirección del partido entre el verano de 1930 y la primavera de 1931 en Berlín y en el conjunto del Este alemán. Este último conflicto había de poner a prueba la capacidad de liderazgo —y, por tanto, de control— de Goebbels sobre sus

propios efectivos de choque, que resultaban indispensables en la forma que había tomado el enfrentamiento con los comunistas y, en general, la *aparición* del movimiento nazi en Berlín. La crisis, como ya se ha visto en el capítulo dedicado a Röhm, fue controlada con mayor facilidad en primera instancia, antes de las elecciones de 1930, cuando Hitler pudo convencer a Walther Stennes, pero tuvo que acabar con la expulsión de los disidentes en la primavera de 1931, cuando el NSDAP ya había cruzado el proceso crítico de las elecciones de septiembre de 1930 y Hitler estaba en posición de mostrar una mayor intransigencia. Naturalmente, la posición de Goebbels quedó algo debilitada, al haber tenido que reclamar el auxilio del Führer cuando los SA ocuparon los locales del partido en Berlín y plantearon sus reivindicaciones como un conflicto con el *Gauleiter.* Sin embargo, esa misma mediación pudo resultar favorable a Hitler, que apareció como un vencedor de los revoltosos y radicales ante los medios financieros e industriales alemanes con los que estaba teniendo conversaciones, así como frente a la extrema derecha que iba a pasar al asalto del gobierno en 1932, liderada por Von Papen y Schleicher. Por otro lado, que Goebbels hubiera precisado la ayuda de Hitler podía tranquilizar a éste acerca del riesgo que podía suponer para él, aislado en Munich todavía, la adquisición de un poder especial por parte del *Gauleiter* de Berlín, un factor que trataría de compensar dividiendo el *Gau* en dos. Al frente de la PO del NSDAP se encontraba aún Gregor Strasser evitando, gracias al aborrecimiento mutuo que sufrían él y Goebbels, que llegaran a plantear un grupo de presión de singular eficacia frente a los más allegados a Hitler en la cuna bávara del partido. De esta forma, lo que podía haberse planteado como una situación de incumplimiento de expectativas pudo compensarse con la necesaria levedad del poder carismático de Goebbels frente al del único líder incontestable de la organización.

Poco después de haber superado la crisis de Stennes, Goebbels había de dar un paso que le aproximaría a Hitler de una forma inesperada. En diciembre de 1931, las relaciones sentimentales que mantenía con Magda Quandt se estrecharon lo suficiente hasta que decidieron casarse, en una operación que, para ambos, contenía el deseo de complacer el líder nazi. El Führer había quedado prendado de la personalidad fuerte, inusual, de una persona acostumbrada a una vida independiente como Magda, mantenida por el marido al que había abandonado, y ella se sintió fascinada por el caudillo del nacionalsocialismo, hasta el punto de que su ingreso en el partido se produjo tras escucharle hablar en un mitin, algo nada excepcional, pero que en su caso habría de llevarla a una posición que no sólo procedía de ser la esposa de un alto dirigente del régimen. La boda no fue un episodio privado, pues contenía parte del círculo afectivo que el Führer creaba a su alrededor. Para los dos esposos, nada jóvenes ya, con una larga experiencia sentimental a sus espaldas, su compromiso se convertía en una forma de cerrar sus vínculos con el líder carismático, en especial cuando añadieron una familia tediosamente incrementada una vez al año, con hijos cuyo nombre empezaba, como el que tenía Magda de un matrimonio interior, por H: Helga, Hilde, Helmut, Holde, Hedda y Heide.[31] Magda no era, como en el caso de las mujeres de Himmler, Strasser o Streicher, una esposa relegada, sino una activa participante en las intrigas internas que podían desarrollarse en los aledaños de Hitler, en especial en las veladas que seguían a una cena o en las dilatadas conversaciones en Obersalzberg. Era una militante que fue haciéndose cada vez más fanática, a medida que su vida familiar se fue desvaneciendo por las constantes infidelidades de Goebbels, a las que ella no tardó en responder cayendo en brazos de algunos ayudantes del Ministerio de Propaganda. Fueran cuales fueran las relaciones de Magda con Hitler, una mezcla de enamoramiento y

de cumplimiento de sus propias ambiciones de mujer de mundo, muy parecidas a las que podían darse en su esposo, Hitler no estaba dispuesto a tolerar que aquel matrimonio, que le proporcionaba una extraña seguridad personal, se rompiera, e intervino decisivamente en la crisis que pareció ponerle fin cuando Goebbels se enamoró de la actriz checa Lida Baarova, impidiendo que la ruptura se llevara a cabo, en contra de la voluntad de ambos. En cualquier caso, aquel matrimonio había implicado el alcance de una posición personal de Goebbels que sólo se puede comprender en el campo de lealtades estrictamente personales que movían el mundo emocional de Hitler, lo cual no le hacían a alguien esclavo de las mismas, que estaba dispuesto a sacrificar siempre en función de una tarea para la que se consideraba designado por la Providencia y que no dependía ni siquiera de su propia voluntad o placer: el trato dado a la esposa de Schirach puede indicarnos que, incluso con lazos familiares más íntimos, las emociones solamente eran aceptables dentro de *la emoción* básica acordada, que era la aceptación del proyecto hasta el final. En este sentido, puede pensarse que sólo hubo dos mujeres que decidieron llegar hasta donde se lo exigía este planteamiento, en los estertores del régimen, unos metros bajo el suelo desmantelado de Berlín.

Entre la primavera de 1932 y la de 1933, Goebbels había de vivir una etapa de permutación nacional, dos estaciones que mezclaron la memoria y el deseo, y le permitieron brotar en el paisaje político de Alemania tras el esfuerzo de germinación que había sostenido en tantos inviernos de malestar, en especial el que estuvo a punto de acabar con la carrera política de los dirigentes del entorno hitleriano en diciembre de 1932. Sólo su propio empeño, que venció la resistencia de moderados como Frick o Strasser, le permitió convencer a Hitler de la necesidad de enfrentarse a Hindenburg en las elecciones presidenciales de 1932. Como es obvio, la

resistencia provenía de quienes consideraban que tal actitud podía quebrar el espíritu unitario de Harzburg de donde debería brotar la coalición nacional que rompería el régimen republicano.[32] La posición de Hitler era vacilante, y Goebbels vio en ello la ocasión de destacarse como un aliado de la carrera personal de su caudillo frente a quienes consideraban los intereses más generales de la derecha alemana o incluso del partido. Por ello, cuando presentó públicamente la candidatura de Hitler en el Palacio de los Deportes de Berlín —sin que sea demasiado creíble la tesis de que éste no había dado su consentimiento—, Goebbels se destacaba de los diversos sectores moderados y presentaba a Hitler, en una operación que resultaba de extrema utilidad para mantener su estrategia de «socialista nacional» en Berlín, como dirigente de una revolución que estaba dispuesto a enfrentarse a quien se empeñara, por honrosa que fuera su carrera, a defender una República que debía destruirse. Naturalmente, los comentarios menos calurosos acerca de Hindenburg fueron extraídos de la edición de sus diarios, publicados como libro con el título de *Von Kaiserhof zum Reichkanzlerei*, en el que se abarcaba el período 1932-1933. Durante la campaña, como lo había hecho en todo el tiempo en que se reconstruyó el partido en Berlín, sus ataques contra el anciano mariscal fueron injuriosos, asumiendo el papel de *bête noire* de la vieja casta dirigente alemana que gustaba utilizar para que la utopía nazi se verificara en su persona con mayor nitidez, además de proporcionarle los adecuados réditos electorales en los barrios populares berlineses. La jugada estaba dirigida, además, contra el poder de Strasser como estratega de la línea unitaria del partido, que ya había empezado a mostrar su doble faceta de pacto con la derecha y propuesta de un compromiso social, en la línea de las teorías de la revolución conservadora, que eran ajenas al diseño más reaccionario de algunos de los puntales del antiguo régimen como Von Papen. Esa línea de mantenimiento de la propia

identidad y la capacidad de pacto en un terreno estrictamente programático no se correspondía con lo que era sagrado para Goebbels: la adquisición del *poder total* para el Führer y el movimiento nacionalsocialista, que irían moldeando Alemania, esculpiendo la conciencia de sus habitantes de acuerdo con una obra cuya distribución no podía aceptar la continuidad misma de la política en su forma convencional.

Si sus adversarios —entre quienes no se encontraba sólo Strasser, sino también un moderado más peligroso, como el Hermann Göring instalado en Berlín que esperaba su hora de tomar el poder en Prusia frente a aquel advenedizo— creyeron que la derrota de Hitler pondría a Goebbels en dificultades, se equivocaban. La tercera parte de los alemanes que votaron por Hitler era el mejor resultado obtenido nunca por el NSDAP a escala nacional, y tener como adversario a Hindenburg siempre podía explicar la fuga de una parte importante de votantes conservadores hacia la candidatura del antiguo presidente, mientras Hitler pasaba a convertirse en una verdadera alternativa de gobierno, habiendo mostrado que no existía dirigente alguno de la derecha en condiciones de enfrentársele: el propio mariscal debía su victoria a la concentración del voto socialdemócrata en su persona. Mirado de esta forma, el resultado era especialmente incómodo para Hindenburg, que se encontró desairado por sus propios seguidores, desconcertado por el voto adverso en territorios donde moraban sus propios compañeros de clase social y de ideología. Pero, sobre todo, se mostró la debilidad de un centroizquierda que desde 1925 había sido incapaz de colocar en la dirección del régimen a un republicano leal al sistema. Posiblemente, tal unidad republicana había dejado de existir, pero no hasta el punto de que el único referente del antifascismo alemán en 1932 fuera el secretario general del KPD, escena que tampoco ayudó a entonar la adecuada melodía de unidad democrática frente al fascismo en los cuarteles

de invierno de la clase media alemana y el obrerismo reformista, fuera cristiano o socialdemócrata. Lo que podía presentarse como un fracaso fue, en realidad, el éxito de la subida a las candilejas, de los carteles que llamaban a votar a Hitler, del rostro del candidato inundando las calles por vez primera como aspirante a una responsabilidad pública y no como mero agitador nacionalista contra el sistema. Un precedente necesario para las elecciones del 31 de julio de 1932, cuando el NSDAP consiguió convertirse en el primer partido de Alemania y logró la complicidad de las autoridades centrales del Reich, que disolvieron el gobierno de Prusia y acabaron con la prohibición de las SA en la región, en unos pasos que mostraban claramente lo que había representado la candidatura de Hitler en 1932: indicar al país entero que sólo podía elegir entre la derecha radical y el fascismo, dinámica de la que Alemania no fue capaz de moverse a lo largo de 1932 y que, en buena medida, fue el resultado no sólo de la crisis de los demás partidos, sino también de la forma en que Goebbels movió la propia propaganda.[33] La visibilidad de Hitler como símbolo del renacimiento nacional procedía necesariamente de esa presentación a las elecciones sin las cuales Hitler nunca habría podido presentar una cosecha *propia* de votos en las peores circunstancias, al enfrentarse a Hindenburg, pero en las mejores al ser el candidato que podía esquivar una identificación con el antiguo régimen y con la República que, de forma tan inusual, habían ido a posarse en los hombros enérgicos pero ya moribundos del anciano mariscal. A partir de esa gran obertura, lo que venía eran sólo los coros más bien inseguros, cabizbajos, de quienes entonaban la voz menguada de la táctica política de pasillo frente a la grandeza del pueblo volcándose en aquellos dos símbolos del antirrepublicanismo. La propia fuerza también se alimentaba de la incoherencia, la fragmentación y la debilidad del adversario, de su falta de convicción en el propio régimen que decía querer conservar, algo que

otorgaba al nacionalsocialismo una prestancia de la que carecían quienes seguían apostando por las instituciones de Weimar, aun cuando fuera rectificándolas, frente a los revolucionarios que venían a promover un gran despertar del pueblo alemán, el *Deutschland erwache* que se leía en los emblemas copiados de las legiones romanas que llevaban las organizaciones territoriales del partido en sus concentraciones.[34]

Los delicados juegos de equilibrios realizados por el entorno presidencial y por políticos hábiles pero sin fondo popular, como el propio canciller Schleicher, desembocaron en el único punto en que podían hacerlo: el nombramiento de Hitler como canciller, que fue acompañado de una campaña en la que la represión sobre los adversarios —en especial los comunistas— y la preparación de una gran Jornada de Renacimiento se combinaron para que las elecciones del 5 de marzo expresaran que Hitler ya no sólo encabezaba el nacionalsocialismo en el sentido más estricto de un movimiento político que había luchado por el poder. A partir de ese momento, todo el esfuerzo de Goebbels sería tratar de presentarlo como la *forma de ser* de Alemania. El nacionalpopulismo radical adquiría esa constancia ontológica y esa representación estética: el movimiento era la manifestación del Ser, como el propio Heidegger no dejaría de expresar en sus reflexiones, como si el nazismo fuera la expresión de una voluntad íntima de la nación que se expresaba a través de esta forma política, que adquiría un *aspecto* lleno de entusiasmo, que averiguaba su propio *estar en el mundo*, como si el mundo fuera, en una sola vez, la hostilidad de sus adversarios y el territorio limitado de su elección.[35] Naturalmente, el radical Goebbels no podía participar de aquel primer gobierno que expresaba la petulancia de la derecha conservadora alemana convencida de que se trataba de una operación de otro nivel, de una clásica inclusión del regeneracionismo populista en una posición subordinada en el gobierno,

como se había hecho en diversas ocasiones en la política europea en vísperas de la guerra. Ahora se trataba de otra cosa, de un movimiento que sólo aceptaba esa compañía por una necesidad táctica y por un verdadero afán *totalizador*, un consumo de la realidad política que le cercaba y del que se nutría ávidamente, queriendo convertirse en el ser en su conjunto, en la escena que aparece ante nuestros ojos, en lo que está aguardando para manifestarse como una nación dormida cuyo regreso a la consciencia se hará por esa irrupción brutal de la violencia de la luz de las antorchas que sustituyen con su ritual de oficio de tinieblas y formas inseguras a la luz del día. El acceso de una perversión de la modernidad se presenta como una falsa unanimidad nacional, como un farsante recurso de coalición política normalizado, de juego de mayorías y minorías que nada tiene que ver con lo que se anuncia en la propaganda que Goebbels mueve en un trabajo agotador, que le destruye los nervios cuando su aún amada Magda acaba de escapar, justo en el advenimiento de la nueva era, de una enfermedad que estuvo a punto de llevarla a la tumba.

Goebbels había sido reservado para preparar las elecciones del 5 de marzo en torno a una sola consigna que recordará ante los representantes de la prensa cuando se presente las intenciones de su nuevo Ministerio: una jornada de despertar nacional. Sin embargo, el mismo 30 de enero, cuando Hitler es nombrado canciller, las cosas ya han tomado un rumbo que sólo queda certificar, de ningún modo corregir. Como anotará nerviosamente, en frases breves, en su diario al día siguiente de la toma de posesión, lo que le emociona no es sólo lo que ocurre en la calle, sino también la forma en que este acontecimiento le implica *personalmente*, con lo que culmina su relación con Hitler: «Es tan amistoso conmigo», «Es tan maravilloso conmigo»… A continuación, expresa su pavoroso entusiasmo ante el millón de personas que circulan bajo las ventanas del hotel Kaiserhof, algo que es

«inenarrable» (*Unbeschreiblich*): «Todo masas nuevas», «Hitler es el camino». Luego, va a casa a dormir, con una excitación que apenas se lo permite: «No puedo más», «Preparar la lucha electoral», «La última».[36] Lo será, desde luego, tras una preparación minuciosa en la que se trata de mostrar que Hitler representa el reencuentro de Alemania consigo misma, en modo alguno la victoria circunstancial de un partido. El nacionalsocialismo es el ser alemán, no una fuerza política. Es la forma que adopta la creencia de una comunidad que necesariamente necesita los recursos administrativos de un Estado, como una Iglesia precisa de las implicaciones burocráticas de una administración. Pero lo que le proporciona su razón de existir no es esa misma maquinaria —como podrán pensarlo algunos dirigentes fascinados por la eficacia del sistema, de su carácter implacable y tecnocrático—, sino las afirmaciones de lealtad que cohesionan a los creyentes. Por ello, importa menos el resultado electoral cuantitativo —aun cuando no sea indiferente, en la medida en que podrán utilizarse más tarde los resultados abultados como un *símbolo* de la unanimidad nacional, una curiosa cuantificación de las emociones— que su sentido, que no es el de alcanzar una mayoría, sino el de acreditar el fin de la democracia republicana, el derribo legal de una Historia antinacional iniciada en los ecos de la Revolución de 1789 y reiterada en los de 1918. Los episodios de persuasión corresponden al maestro de la Propaganda, los de la violencia intimidante se dejará en manos de quienes se han especializado en la lucha callejera antes de tomar el poder y que, ahora, ya no representan la subversión, sino la *defensa de la comunidad hecha Estado.* Por ello, la liturgia debe cuidarse hasta el último detalle, hasta la última palabra, evitando que se desgañiten las exigencias de unos radicales que no han asumido realmente el proyecto nacionalsocialista como una manifestación que absorbe el conjunto de lo alemán, sino que desean ser

una parte diferenciada, beneficiándose del cambio de patrones políticos.[37] Por ello, la respuesta turbada, histérica, que agrupa la indignación popular y los recursos legales de represión tras el incendio del Reichstag, como si Alemania respondiera con sus anticuerpos ante la fase degenerada de su población que ha deseado adquirir energía mediante la combustión de lo que *la representa*; por ello, el *Ermächtungsgesetz*, la Ley de los Plenos Poderes que une a liberales, católicos, conservadores y nacionalsocialistas en torno a la nueva autoridad y le permite orientar la regeneración nacional; por ello, la Jornada de Potsdam el 21 de marzo, poco antes de que el parlamento instalado provisionalmente en ese recinto otorgue la mayoría abrumadora que Hitler necesita para dotar de prestancia legal a su dictadura. En la vieja guarnición, frente al escenario de un trono vacío al que el presidente de la República se inclina, Hindenburg y Hitler comparten la escena, simbolizando la fusión creativa de dos épocas que se reconocen, como las dos edades de una familia, una misma sangre que puede difundirse en el cuerpo distinto pero genéticamente identificable como propio. Más que el bastón de mando del mariscal, lo que lleva Hindenburg en la mano parece el testigo de una carrera de relevos, en la que entrega el destino de Alemania, en nombre de la República perdida. Lo entrega al movimiento que ha venido a hacer asomar de nuevo a la luz de las fogatas o del sol las entrañas de Alemania, el *Volksgeist* romántico adecuadamente traducido, lejos de las manos liberales de Heine o de Novalis, lejos del espíritu de la Ilustración, aunque las palabras no dejarán de corromperse, y todas ellas, *Volk*, *Geist*, *Aufklärung*, *Freiheit*, pasarán a engrosar la jerga con la que el nazismo intenta descodificar su barbarie ante los espectadores y los participantes en un juego que exige pronunciar las sentencias mágicas. Goebbels no podrá permitir que Hitler se presente, como le exigen los sectores radicales del partido, pero de una radicalidad que corresponde al

carácter de violencia elemental, de asalto al poder de las SA, como un simple sustituto de la vieja mayoría, como un revolucionario al uso que ha conquistado el poder gracias al nombramiento de Hindenburg o a los votos de la nación por un partido o un gobierno. Cuando el Führer se dirige a sus oyentes en el Palacio de Deportes, en una extensa oración que acaba con un solemne «Amén», el 11 de febrero, estas pautadas fórmulas de integración no se han producido todavía, pero el discurso que realiza ante el pueblo alemán, el primero lanzado como canciller y ya no como dirigente del Partido Nazi, se refiere a un programa de renacimiento (*Wiedererhebung*) al que se convoca a todos. Nadie puede creer en la pérdida de las elecciones, cuando las cárceles clandestinas funcionan ya, cuando las SA están a punto de convertirse en fuerzas auxiliares de la policía prusiana, cuando el Ministerio del Interior está en manos de Frick y el gobierno de Prusia en las de Göring. Pero podría interpretarse que ha ocurrido sólo en parte lo que *ya está sucediendo.* Esa elevación del mito de la *Volksgemeinschaft* y de su Führer a una empresa común ya aprobada por las instituciones, a las que el pueblo sólo tiene que dar su consentimiento, derribando a una República que, desde hace varios años, es una pesadilla de inestabilidad institucional y crisis económica, de desmoralización de todas las clases y de conspiración para acabar con el pacto democrático de 1918.[38]

Por fin, Goebbels es llamado al lugar que le corresponde. Marzo ha traído la victoria total en las elecciones, en la Ley de Plenos Poderes. Marzo trae también lo que Hitler parece tener menos claro que Goebbels: la propaganda no sirve para capturar el poder solamente. A la conquista de las instituciones debe seguir por la forma en que Alemania será anegada de consignas, incluida en la forma de pensar que corresponde al nuevo régimen, educada en el nacionalsocialismo, sometida a un proceso de hegemonía que asume tanto la superación de la dictadura como de la

democracia, para establecer el principio de la pura existencia visible de la comunidad. El ministro de Ilustración Popular y Propaganda (RMVP) no quiere comprender lo que las personas opinan tras una fase de contaminación liberal y marxista: quiere *crear una nación* con la misma constancia emotiva con que un artista detecta la armonía de las piezas que deben complementarse. Por fin, Goebbels dispone de los recursos que siempre le han escaseado. Cuando organice sus oficinas, para las que decora a su gusto el Palacio Leopoldo, da comienzo a lo que debería ser una pequeña maquinaria con unos pocos centenares de funcionarios y que se convertirá en una inmensa trama que ocupa docenas de edificios sólo en la capital, en una institución destinada a la dominación total de la cultura alemana, a la penetración y depuración de todas sus expresiones, a la canalización de todos sus medios, al examen de todos sus mensajes. Entre todos los dirigentes del partido, Goebbels se sabe dueño de una fábrica de símbolos, moderna y tradicional, que recurre a la radio y la literatura, la prensa y el teatro, el arte y la música. La forma y el contenido de lo que un pueblo va a ser será dictado por su constructor. A través de él habla el destino de Alemania encarnado en el Führer. Quizás Goebbels sea, como lo llama jocosamente Hindenburg, sólo el corneta. En los momentos más dramáticos de las querellas militares, el instrumento no es cualquier cosa, antes de que la modernidad permita disponer de otros recursos de comunicación entre los oficiales y la tropa. En realidad, no es el intérprete de un instrumento, sino quien ajusta la orquesta para que emita en una frecuencia reconocible. Sin que puedan apreciarlo quienes han ido ocupando espacios de poder más convencional, Goebbels posee algo que tal vez ni siquiera él mismo llegará a conocer a fondo o sabrá oponer a su lealtad a Hitler, un factor que lo dinamiza y lo frenará al mismo tiempo: posee las manos sobre la ciudad, la autoridad sobre todo aquello que se

refiera a la opinión y a la creación. ¿Qué otro poder estaba en condiciones de comparársele, al ser el suyo el único que no comprende la fragmentación, sino que se identifica con esa totalidad de comunidad organizada que *habla*?

El discurso de presentación a la prensa de su Ministerio no parece dotarlo de ingenuidad alguna: no sólo parece estar seguro de su función, sino también fascinado por la novedad de la misma, al dirigirse a profesionales de los medios de comunicación a quienes descubre los efectos mágicos de unos mecanismos de persuasión y control de la conciencia popular que hoy nos pueden parecen obvios, pero que entonces habían de extraerse de un mundo caótico en el que la agitación tendía a confundirse con la verdadera esencia de ese convencimiento profundo, de esa conversión en la que Goebbels se siente llamado. Sus palabras del 15 de marzo de 1933 no tienen desperdicio por lo que muestran, más allá de las técnicas de la propaganda y su responsabilidad como celador de la libertad de expresión, su profunda asimilación y perfecta capacidad de comunicar lo que ha ocurrido en Alemania y lo que va a ocurrir en el futuro inmediato como resultado de su labor como ministro, que no es otra que la de poner en contacto a un gobierno salido de la voluntad del pueblo y a ese mismo pueblo. No es un ministerio que desee comunicar la opinión que las personas adquieren en su vida cotidiana, sino forjarla como resultado del descubrimiento de la verdadera consciencia de la comunidad popular. Es una manipulación que se presenta como seducción en el más literal de los sentidos: el RMVP tiene que mostrar, a través de su influencia en los medios de comunicación y de creación, cuál es ese impulso vital, ese sentimiento de existir en común, ese enamoramiento de sí mismo que el *Volk* ha comenzado a descubrir en el proceso de conquista del poder, pero que sólo adquirirá del todo a través de una lenta labor de propaganda, que el propio ministro cifra en diez o veinte

años de trabajo sobre una sociedad que debe ser mucho más que adoctrinada: debe ser convencida, como si las ideas brotaran de ella misma. No quiere poseer una mayoría del 52 por ciento que se dedique a la represión sobre el 48 por ciento restante, aunque no deje de advertir lo equivocados que están quienes creen que puedan resistirse a la influencia nazi. Quiere ocupar el corazón de todos los alemanes. Se refiere a ese incómodo asiento que han sido siempre las bayonetas para gobernar un país, porque desea que el Estado pueda yacer sobre la propia comunidad, tendida bajo él hasta que los dos cuerpos acaban fundiéndose en una sola experiencia iluminadora y, al tiempo, relajante. Sabe que la propaganda tiene mala prensa, en especial porque la dureza de su propia actividad de los años anteriores ha podido señalar que hay una contradicción entre la autenticidad y su tarea, entre el buen gusto y su Ministerio. Goebbels, el esteta, señala que no quiere ser un adorno, aunque utilice el término «estética» en el sentido más vulgar y menos preciso: la belleza no tiene nada que ver con esa autenticidad, pues la denuncia de los adversarios del pueblo se hará de una forma despiadada en la que nadie debe esperar contemplar un espectáculo atractivo. Pero Goebbels sabe que incluso esa fealdad constituye una parte esencial del espectáculo que el nazismo va a construir, del escenario que él entablará sobre la mente de la ciudadanía que, sólo cinco años antes, había dado sólo 810.000 votos al nacionalsocialismo, menos del 3 por ciento. El propagandista, dice Goebbels, ese hombre con mala fama popular, no es un vendedor indiferente de una mercancía, sino quien conoce el corazón de sus clientes, de sus compradores, de aquellas personas distintas a las que se acerca, siendo capaz de conectar una sola idea con todas sus existencias diversas. Así ha sucedido el 5 de marzo, cuando toda Alemania se ha concentrado en la consigna del Día del Despertar Nacional, que todo el mundo ha

comprendido en su simplicidad expositiva, aunque la propuesta contuviera una extraordinaria complejidad. Goebbels indica a sus oyentes lo que hoy puede resultarnos exquisitamente familiar: el nazismo dará las respuestas fáciles que la democracia se ha empeñado en situar en complicadas explicaciones, atestadas de datos incomprensibles para la gente corriente. El totalitarismo hitleriano se basará en una yuxtaposición de simplificaciones, de arquetipos que permiten dar cuerpo a los adversarios y a los camaradas, a la nación y a sus objetivos. Recuerda a todos que ningún área del Ministerio tiene como objetivo aburrir a los camaradas del pueblo con programas de radio cargados de consignas o películas «nazis». Por el contrario, lo que se va a exigir a los profesionales es que se muevan en el espíritu de la época, en el *Zeitgeist* mediante la lealtad básica al régimen que lo encarna y mediante la creación de obras de calidad capaces de persuadir y de distraer al mismo tiempo. No duda en poner como ejemplo películas como *El acorazado Potemkin* mientras rechaza la basura de un cine sin los necesarios dispositivos de comunicación, única forma de captar la atención, de emocionar y de vencer a través de un proceso intelectual y sentimental, que constituye la base misma del espectáculo que hay que crear.[39]

Rápidamente, el Ministerio se organizará en departamentos que permitirán el control del cine, el teatro, la radio, la prensa, la literatura, el arte, la música, la cultura popular, la propaganda en el exterior y otras funciones menores.[40] La organización conduce a las fricciones con otras agencias del Estado y del partido que no dejarán de producirse en todas las áreas y épocas de la Alemania nazi, pero Hitler se pondrá del lado del «pequeño Doctor» a la hora de entregarle una máquina cuya valía no desconoce, a medida que la lealtad y eficacia del personaje se le van haciendo más patentes. Por ejemplo, la batalla que Goebbels podía tener con el responsable de la Liga de Combate por la Cultura Alemana, Alfred

Rosenberg, al que arrebata el control sobre este espacio mediante la creación de la *Reichskulturkammer* (RKK) el 22 de septiembre de 1933. La victoria se produce porque coincide con el interés del propio Führer, quien comprende que la coordinación entre el responsable de Propaganda y quien filtra las actividades artísticas y literarias del país debe ser completa. El proceso de *Gleichschaltung*, la nivelación que ha llevado a unificar todas las zonas de soberanía del Reich bajo el poder centralizado del gobierno, será la patente de corso utilizada por Goebbels para exigir esa misma unificación del poder cultural en sus manos. Sin embargo, habrá de negociar algunos de sus aspectos, y no los menos importantes. Aunque él mismo es el responsable de Propaganda del partido, esa misma función en la prensa la ocupa Otto Dietrich, una de las personas cuya mediocridad evidente desdeña de una forma aparatosa, de manera que la inclusión de Dietrich como responsable de la Asociación de Prensa del Reich habrá de ser un motivo constante de enfrentamientos que se alargarán hasta la guerra, y en los que Goebbels suele tener la razón. Max Amann, una de esas figuras grises del Tercer Reich con un poder más que notable, se hará con el control de la edición de los periódicos a lo largo de 1933, siendo nombrado por los mismos directores su representante, lo que le lleva a presidir la Cámara de Prensa en la RKK. Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo desde mayo de 1933, no verá con buenos ojos el control de las actividades de ocio que él espera conducir a través de *Kraft durch Freude*, aunque la capacidad de este dirigente por mantener sus espacios de soberanía se verá mermada por su propia capacidad y por el carácter etéreo de lo que, más allá de los factores simbólicos, significa la Comunidad Popular, cuando ha perdido la batalla por el control de las relaciones laborales con el Ministerio de Trabajo.

A pesar de esas querellas normales en el régimen, Goebbels se asegura de

que la *función* dé comienzo. Consideremos, por ejemplo, la importancia que llegará a tener la fabricación masiva de los aparatos de radio a bajo costo, que permiten que tres cuartas partes de los hogares alemanes dispongan de ese conector con las voces del Führer o del propio ministro poco antes de estallar la guerra, a lo que habría de sumarse una Ley de Prensa de octubre de 1933 que establecía la responsabilidad de los directores de los periódicos y la obligación de que siguieran las directrices tomadas por el RMVP.[41] A ello se sumaría la Ley del Cine de 1934, que establecía las líneas maestras de la censura y pormenorizaba la penalización de los delitos. La depuración de los profesionales y el control de unos medios que, en palabras del propio Goebbels, no se dedicaban a «informar», sino a «instruir», necesitaba del grado de centralización que algunos medios ya tenían, como la radio, el cine o las agencias de noticias, pero que tuvieron que ser construidos lentamente durante el Tercer Reich, como ocurrió con la labor realizada en el área de la prensa por Max Amann. Tal concentración permitía unificar las directrices, aunque no dejaba de establecer una cierta tensión entre distintas formas de contemplar otras áreas menos claramente vinculadas a los mecanismos tradicionales de una dictadura. No se trataba solamente de la censura, sino también de la tarea *constructiva*, creadora de aquellos arquetipos que habían de ir edificando una conciencia comunitaria. No es de extrañar que en 1936 Goebbels impulsara un decreto dirigido a prohibir la crítica, sustituyéndola por el comentario, al considerar la inexistencia de la objetividad, el valor ideológico de los productos culturales y al considerar que el crítico deseaba ejercer una forma de libertad burguesa e individualista que se sumaba a una visión elitista del arte, que el propio Hitler denunciaría al año siguiente, al recordar que el artista creaba para el pueblo y no para sí mismo.[42] Todos y cada uno de los medios habían de colaborar en la fabricación de esa «conciencia nazi» que Claudia Koonz ha descrito, hasta conseguir

establecer una *ideología* que viera en el nazismo la emanación *política* no plural de la comunidad, como si se tratara de un cuerpo homogéneo que no se expresa en una multitud de personalidades contradictorias, sino en una sola conducta sana. Uno de estos territorios de *construcción*, en el que Goebbels imponía su fascinación por esta forma artística, compartida en aquel momento por buena parte de los dictadores europeos, era el tratamiento del cine. Películas como las que dirigió Veit Harlan, *El judío Süss* (1940) o *El gran rey* (1942), antes de su último esfuerzo en la heroica *Kolberg* (1945), contenían los recursos de persuasión de masas cuya eficacia se sabía que debía vincularse a dos factores: la conexión con un prejuicio ya existente y el establecimiento obvio, pero no expuesto de una forma zafia, de los elementos arquetípicos de lo propio y ajeno. La forma en el antisemitismo podía hallar su verificación en el carácter de Süss Oppenheimer, a través de una serie de mecanismos que lo vinculaban al dinero —el capitalismo en su sentido más abstracto y objeto de la propaganda nazi desde el comienzo—, algunos rasgos físicos que expresaban su fondo de anormalidad y vicio, su carencia de honor, el riesgo de la contaminación física de una patología poco definida… Todos estos factores convergían como podía ocurrir en la exaltación de un «buen rey» que se identificaba con el Führer fácilmente, caudillo popular que había salvado a Alemania de sus peligros en una situación desesperada.[43]

Como lo ha señalado Peter Reichel, el objetivo de la política cultural del Tercer Reich era establecer la *presentación* de la comunidad popular y del culto a la personalidad, en la misma línea en la que Goebbels se dirigió a los periodistas el 15 de marzo de 1933 señalando que la relación entre individuo y comunidad se establecía entre el héroe y la persona incluida en la sociedad, quedando el individualismo al exclusivo servicio de aquél, que superaba su forma egoísta para entenderla como entrega a las necesidades

de su pueblo.[44] La lucha por construir una cultura alemana contenía numerosos territorios de fricción, el más evidente de los cuales era el del gusto personal de Rosenberg o Goebbels, su relación distinta con la modernidad, e incluso con el «modernismo reaccionario» de la revolución conservadora, del que no tenían una opinión idéntica. Además de ello, implicaba establecer que la conciencia del nacionalsocialismo era un factor que se basaba *fundamentalmente* en los principios tradicionales defendidos por Darré o Rosenberg, en el modernismo biologista del personal de las SS o en una visión más cercana a la fascinación por la técnica y a la visión instrumental del racismo para el proyecto de la *Volksgemeinschaft* que podía observarse en Goebbels o en otros dirigentes, como Todt o Speer. Ambas cosas no tenían por qué ir unidas, pues los gustos de Speer sobre arquitectura podían alejarlo de las tendencias de vanguardia, mientras su posición con respecto al racismo lo ponía al margen de las consideraciones místicas de Darré o Rosenberg o de las actitudes eugenésicas y aniquiladoras radicales de Himmler. Sin embargo, uno de los elementos que ha tenido un mayor impacto en el análisis de la obra del régimen —y no sólo del servicio mismo de la RKK— ha sido la destitución de la vanguardia artística como «arte degenerado» —algo que se sumaba a la quema de libros del 10 de mayo de 1933—, llevando a las situaciones pintorescas de enfrentar al ministro con artistas que se sentían próximos al régimen, como el pintor expresionista Emil Nolde. El propio Goebbels había apreciado la obra de éste, pero no tardó en evolucionar al ritmo de sus propias necesidades para salvaguardar su espacio frente a Rosenberg, en un tema muy importante para Hitler y que, por otro lado, podía enfrentarlo a una extraña alianza entre los racistas «místicotradicionalistas» y los más próximos al biologismo de las SS. Para evitar tal confluencia de poderes en su contra, Goebbels se inclinó por llevar adelante la famosa exposición de

arte alemán en Munich en 1937, que encontró la oposición inicial del colaborador de *Der Angriff*, Hans Schweitzer, y de Albert Speer, pero que acabó por realizarse. Adolf Ziegler, presidente de la Cámara del Reich de Artes Plásticas, fue autorizado a una requisa sistemática de las obras que se consideraran degeneradas, mientras artistas como Max Pechstein, Ernst Kirchner o Emil Nolde eran obligados a abandonar la Academia Prusiana de Arte, a pesar de sus protestas de lealtad al nacionalsocialismo.[45] Si, en este aspecto, la derrota íntima de Goebbels podía resultar evidente para satisfacción de un tradicionalismo al que había vencido en 1933, otros elementos habían de dañar su absoluta supremacía en este campo, como el encargo realizado a favor de Leni Riefenstahl para la filmación del Congreso de Nuremberg de 1934 y de los Juegos Olímpicos de 1936, dos ocasiones destinadas a crear la imagen de la comunidad en marcha en toda su monumentalidad militarizada y en su fervor por la mejora corporal, la velocidad y el esfuerzo de la voluntad, en las que Goebbels fue desplazado de forma imperiosa por el Führer, mucho más interesado en la calidad del producto que en dar satisfacción a su ministro, de la misma forma que la organización de los congresos, escenario material de la exhibición simbólica de la comunidad, era discutida más con Speer que con él mismo.

La actividad propagandística de Goebbels, como correspondía a su propia convicción de una «ilustración popular» destinada a encauzar los deseos del pueblo de acuerdo con *su propio destino* —y, por tanto, con lo que la gestión del Führer y su partido señalaban—, se adaptó a la radicalización que tomó el régimen a partir de 1936, congruente con acontecimientos internacionales como la remilitarización de Renania, el comienzo de la guerra de España, los esfuerzos por estrechar lazos con las potencias afines —Italia y Japón— y la preparación abierta de una economía de guerra, que se indicaría en la aprobación del Plan Cuatrienal encargado a la dirección de

Göring. La fusión entre la policía del partido y la del Estado, cuya manifestación era el nombramiento de Himmler como responsable de la policía del Reich sin perder su condición de *Reichsführer* de las SS avanzaban en ese mismo proceso de giro hacia el extremismo, que había alentado la aprobación de las Leyes de Nuremberg, el agravamiento, el endurecimiento de la legislación contra los sectores considerados racialmente «ajenos a la comunidad» y la preparación abierta de la expansión territorial, en especial la ocupación de Austria y Checoslovaquia que habrían de producirse antes del estallido de la guerra. Todos estos acontecimientos fueron resaltados con especial dureza por las campañas de radio y prensa organizadas por el Ministerio, en las que el propio Goebbels tomó un relieve especial como orador, aunque prestando especial resonancia a las declaraciones solemnes de Hitler en el Reichstag en las que el Führer manifestaba, como la propia opinión pública británica y francesa habrían de aceptar —aunque empujadas por la propaganda alemana, la potencia de los sectores conservadores en Gran Bretaña y los problemas internos de la Tercera República— que el gobierno alemán deseaba la paz con todas sus fuerzas, como lo había demostrado firmando un tratado con Polonia en 1934, algo que estaba dispuesto a hacer con las potencias occidentales para garantizar la paz, asegurando estar dispuesto a regresar a la Liga de Naciones cuando se respetara la soberanía del país.[46] La posición moderada de Goebbels, siguiendo el tono conciliador de Hitler en aquella expresión de una exigencia de soberanía política que cualquier país debía aceptar, pasó a adquirir una tonalidad distinta con la ocupación de Austria en marzo de 1938, que Goebbels presentó como «una revolución»,[47] vinculada al proyecto utópico del nacionalsocialismo y no a un mero arreglo diplomático como el suceso anterior. En este aspecto, Goebbels no hacía más que seguir las órdenes del Führer, para quien el *Anschluss* no podía presentarse de una

forma distinta, al brotar de la misma sociedad germana construyendo sus fronteras naturales, algo que correspondía al programa inicial del partido y a la propia formulación de uno de los mitos elementales de la *Volksgemeinschaft*,el de la *Grossdeutschland.* Además, esa revolución nacional era un acto de afirmación racial, una presentación del *Volkstum* que escapaba a las fronteras convencionales de los regímenes de carácter liberal o del antiguo régimen, para corresponder a la ideología nacionalsocialista de la primacía de la sangre. La propaganda lanzada a continuación sobre la incorporación de los Sudetes y la justificación de la agitación popular en la Noche de Cristal de noviembre de 1938 indicaban la forma en que la política exterior y la interior se mezclaban y se legitimaban mutuamente en el aparato de propaganda nazi, en una propuesta que Goebbels no dejaría de adivinar como esencial: la comunidad solamente podía adquirir su propio sentido de identidad en movimiento, de voluntad de poder dominando a quienes no constituían parte de ella, mediante una expansión en el escenario de la política internacional, que superaría los viejos argumentos de los conservadores de Bismarck para situarse en un nuevo tipo de imperialismo, vinculado al cumplimiento de la sociedad racial. La construcción del mito de Hitler ya no podía establecerse sobre la base de quien había logrado la pacificación interna del país, sino de quien iba a proporcionar a Alemania su lugar en el mundo, construyendo un orden de poder europeo al servicio de la comunidad. El mito de Hitler pasaba a encarnar, ahora, la fusión de la *Volksgemeinschaft* y del *Lebensraum*.[48]

Sin embargo, las cosas podían cambiar con el inicio mismo del conflicto bélico, cuyas consecuencias algunos dirigentes del partido, como Göring o Goebbels, se apresuraron a señalar de forma matizada, especialmente tras haber observado la suerte corrida por el ministro de Defensa y el Jefe del Estado Mayor, después de que éstos proclamaran su oposición a los planes

expuestos por Hitler a finales de 1937, que fueron víctimas de procesos vergonzosos organizados por el Servicio de Seguridad de Heydrich, que condujeron a la expulsión de Blomberg y Fritzsch por contraer matrimonio con una antigua prostituta y por haber sido chantajeado por un homosexual, respectivamente. Las dudas expresadas por Göring podían responder, como veremos, a su conocimiento de la escasa preparación del Plan Cuatrienal, cuyos objetivos se habían fijado de acuerdo con una guerra situada a mayor distancia. En el caso de Goebbels, podía tratarse de un simple ejercicio de sentido común, de un conocimiento de los formidables enemigos a los que se enfrentaban, de su supino desprecio por Joachim von Ribbentrop, que iba a llevar a las consecuencias más desastrosas del conflicto, como el enfrentamiento con Gran Bretaña, y —no en último lugar— a la función que habría de corresponderle en el marco de un esfuerzo bélico, en el que iba a resultar triunfante quien dispusiera de una fuerza mayor a sus espaldas, como en el caso de las muy poderosas SS, que habían logrado la fusión de todos los organismos policíacos del país en el *Reichssicherheitshauptamt* (RSHA), la Oficina Central de Seguridad, además de disponer de una nada despreciable capacidad de movilización de mano de obra gracias a los campos de concentración existentes en el territorio alemán y austríaco. Por consiguiente, tanto los motivos de poder personal en el régimen como la prudencia ante una decisión de tanta gravedad, que quedó en manos de los sectores con los que se sentía menos identificado —su radicalismo no era exactamente el de Himmler o el de Ronsenberg—, le llevaban a tomar unas distancias que superó rápidamente, con lo que evitó que Hitler se deshiciera de él al menor signo de vacilación. El grado de poder e influencia social, su ritmo de vida en las dos mansiones que se había hecho construir, el delirio de poder entablar relaciones con el mundo del arte, del teatro y del cine, a sabiendas de que todos se inclinaban

respetuosamente ante la persona que podía proporcionarles empleo; en definitiva, la sensación de haber puesto a sus pies un mundo que lo había rechazado en su juventud, así como el de haber cumplido los sueños revolucionarios que había albergado durante sus combates en Berlín, eran factores demasiado pesados para que el temor acerca de la suerte del conflicto modificara el peso de los platillos opuestos en la balanza. Por ello, todo el sistema de propaganda se dispuso a saludar con entusiasmo las rápidas victorias obtenidas en los primeros compases de la guerra, mientras se obedecía la principal orden de Hitler, que Goebbels compartía plenamente y que llevaría mucho más lejos que sus compañeros de partido: el proyecto político del nazismo podía derrumbarse *desde dentro* como resultado de las penurias de la guerra. Por tanto, ésta sólo podía presentarse como una empresa realizada no sólo para salvar las condiciones ideológicas expuestas por el nacionalsocialismo desde su fundación, sino de acuerdo con el mantenimiento de un «estado del bienestar» que las condiciones alemanas de 1938-1939 podían poner al límite de sus posibilidades, en caso de que no se realizaran incursiones de rapiña en territorios ocupados por poblaciones inferiores.[49] Goebbels dedicó sus esfuerzos a indicar la superioridad aplastante de las armas alemanas y la velocidad de sus victorias, produciendo una ingente cantidad de documentación con la que se montaban películas de extraordinario éxito, llevadas incluso a la población campesina en un millar de cines móviles.[50] La película más importante de las que se produjeron en aquellos tiempos de «guerra relámpago» fue, sin duda alguna, *Bautismo de fuego* (*Feuertaufe*). Las imágenes de miles de prisioneros polacos y las palabras amenazadoras que indicaban que podía hacerse lo mismo con Gran Bretaña podían consolar a los alemanes por la pérdida de una paz tan trabajosamente lograda y ensalzada por el propio régimen hasta aquellos días, pero tras la victoria sobre Francia ya no hubo

posibilidades de realizar mayores celebraciones y la filmación del triunfal regreso de Hitler tras su viaje a París acabó con las buenas noticias distintas a la pura y simple ocultación de la verdad con que Goebbels habría de enfrentarse a partir de aquel momento, sin considerar siempre que ese camuflaje ayudara de la forma más adecuada a la resistencia alemana cuando las cosas fueron a peor en 1941.[51]

La campaña de Rusia podía tener la ventaja de filmar las condiciones de vida del pueblo soviético y construir sobre determinadas condiciones de miseria la constatación real de un arquetipo, mediante una inversión de los mecanismos simbólicos que había utilizado el régimen. El judío oriental, el bolchevique, el eslavo, *eran visiblemente ajenos* como lo demostraba la propia tarea de filmación de los reporteros del Ministerio de Propaganda. La difusión de fotografías de campesinos con aspecto atónito ante lo que estaba ocurriendo, las imágenes de precariedad, de suciedad en las chozas, de paisajes rurales infinitos sometidos a una especie de aciago destino que no dependía de aquellos seres defectuosos, que tanto contrastaban con las tropas de jóvenes alemanes de primera hora, se sumaba a los testimonios que los propios soldados llevaron a sus casas y que parecían confirmar que Alemania luchaba en el Este —al contrario de lo que había sucedido en Occidente— en defensa de la civilización.[52] Sin embargo, las condiciones del combate pronto empeoraron, con el fracaso de la ofensiva de verano-otoño y el inicio de la contraofensiva soviética, ante tropas mal equipadas, que no esperaban que el mal tiempo se les echara encima. Para empeorar las cosas, el ataque japonés a Pearl Harbour había implicado la entrada de Alemania en guerra con Estados Unidos, cuando el motivo para invadir la Unión Soviética había sido, además del tradicional objetivo ideológico, permitir la rendición rápida de Gran Bretaña antes de que el gigante americano entrara en el conflicto. El llamamiento de Goebbels a la entrega

de ropa de abrigo para las tropas, en una campaña que consiguió recoger sesenta y siete millones de prendas para los soldados, fue un signo evidente de la diferencia que podía enfrentarle al resto de los dirigentes nazis: Goebbels estaba interesado en convertir el escenario de la guerra en un marco de *socialización* del esfuerzo que verificara la comunidad popular, mientras la mayor parte de los oficiales y de los funcionarios la veían como una guerra convencional, aunque en este caso tuviera también un sentido imperialista sobre un pueblo inferior y contra la amenaza del comunismo. Goebbels logró levantar el sentido del honor de los alemanes, que se sintieron cautivados por aquella llamada a la unidad que se recibía precisamente de quien siempre había cantado los éxitos y ahora manifestaba las dificultades. Todos aprendieron que las cosas iban peor de lo que se esperaba, mucho peor de lo que nunca habían señalado los noticiarios, pero Goebbels creyó que esa verdad, manipulándola en forma de un camino hacia el nacionalismo social, era mejor que la ocultación para mantener las diferencias en una situación límite, algo que presentaría su factura en el imaginario colectivo de los alemanes cuando las cosas ya no pudieran negarse.[53] Ésta fue la actitud de Goebbels en sus colaboraciones tan bien pagadas —a 4.000 marcos cada una— en la revista *Das Reich*, una de las que alcanzó mayor calidad en el nuevo régimen. Se trataba de noticias que no escondían la precariedad de las condiciones en que se encontraba el escenario bélico, el verdadero empate técnico que existía con el fracaso de la primera ofensiva rusa, la resistencia británica y la entrada de Estados Unidos en la guerra. Frente a las presuntuosas actitudes del Ministerio de Exteriores, en las que se afirmaba la inmediatez de una improbable victoria rápida, realizada en las mismas condiciones en que se había obtenido sobre los países vencidos, el pueblo alemán podía apreciar algo que se acercara a la verdad.[54]

Las tareas de propaganda habían de sumarse a una función especial que ocuparía Goebbels en el debate interno del régimen a partir del sitio y caída de Stalingrado: se trataba de la necesidad de racionalizar el esfuerzo administrativo para que la propaganda realizada a fin de justificar el sufrimiento se viera compensada con verdaderas posibilidades de éxito, en especial si éstas se veían entorpecidas por la actitud de una dispersión de responsabilidades y una ineficacia en la producción de material de guerra tan poco aconsejable. Si en enero de 1943 pudo presentar, con el apoyo de Speer y la oposición de Bormann, Keitel y Lammers —el círculo que aislaba a Hitler de la marcha real del conflicto—, un plan para la coordinación del esfuerzo bélico que Hitler llegó a firmar, el hundimiento psicológico del Führer tras la noticia de la rendición del 6.º Ejército de Von Paulus en Stalingrado y la desmoralización general que provocó en el país, que sería informado poco después de la derrota alemana en África, precisamente en la persona de uno de sus mariscales más populares, Erwin Rommel, hicieron que su labor resultara bloqueada por la conciencia de Hitler de la pérdida de la guerra. Esa posición no lo condujo a tomar decisiones para tratar de mejorar la defensa en el frente y las condiciones de la población civil, ya sometida a devastadores bombardeos aliados, sino que lo llevó a un proceso de reclusión en el que iba trazando planes de defensa alternativos, siendo extremadamente vulnerable a las propuestas que se pudieran hacer en contra de la propia lógica del conflicto, como el exterminio de mano de obra judía que podía ser necesaria para la fabricación de armamento o fortificaciones. A partir de 1943, lo que se había abierto en el *Reichsleitung* nazi era la lucha por la sucesión de Hitler, que fue enfrentando a los pragmáticos defensores de la racionalización de la guerra —cuyo modelo sería Albert Speeer— con quienes aprovechaban la deriva del conflicto para ocupar posiciones irrevocables —como podía ser

el caso de Himmler o de Goebbels—.[55] Para Goebbels, restablecer la moral alemana ya no suponía un asunto ministerial: implicaba su supervivencia en una lucha por el poder en la que él pasaba a considerarse un posible sucesor de un Hitler ya agotado, como observó al ver que el Führer ni siquiera conseguía mantener la coherencia de un discurso al celebrar el aniversario de la Jornada de Potsdam, el 21 de marzo de 1943. Además de la influencia que es capaz de transmitir a través de la radio y de *Das Reich*, su percepción del carisma lo lleva a realizar actos de aproximación al pueblo como visitas a fábricas o a centros de distribución de comidas, que sumará a las que dedica a consolar a las víctimas de los bombardeos,[56] que recoge cada vez más desmoralizado en sus diarios, en especial cuando Kaufmann le informa de la destrucción de Hamburgo[57] y cuando los ataques sobre Berlín sean constantes a partir de noviembre de 1943. Con todo, ni estas tareas de aproximación le hicieron presentarse como alguien que dudara ni un momento en público de la victoria final, ni impidieron uno de sus actos más abyectos: el vaciado de judíos de Berlín, que pudo ser declarada «libre» de ellos el 19 de mayo de 1943, algo que suponía la liquidación de los casi setenta mil judíos que aún vivían en Berlín en vísperas de la preparación de la Conferencia de Wannsee.[58] En este aspecto, las posiciones personales de Goebbels y su necesidad de mostrarse como un radical en un tema clave del régimen le permitían combinar varias actitudes dirigidas a captar a las diversas franjas de la sociedad alemana, unificándola en el principio voluntarioso de una guerra igualitaria contra el bolchevismo y, al mismo tiempo, tratar de indicar que la victoria era aún posible si la industria de armamento era capaz de preparar las armas destinadas a tomar justa venganza de los arrasadores bombardeos sufridos por el país. No en vano, los cohetes lanzados sobre Londres a partir del verano de 1944, las V-1 y las V-2, deben su nombre a la palabra *Vergeltung* («represalia»). Ni en número

ni en potencia pudieron hacer más que enfurecer a los londinenses más de lo que ya lo estaban, de la misma forma que los bombardeos aliados lograron el objetivo de enfrentar con el régimen a quien ya era su enemigo, mientras parecía dotar de solidaridad a quienes lo habían apoyado o lo habían contemplado con indiferencia.

El paso político más importante que dio Joseph Goebbels en aquel momento había de producirse entre la caída de Stalingrado y el atentado contra Hitler en julio de 1944. El 18 de febrero de 1943, se dirigió a las masas en el Palacio de los Deportes en uno de los discursos más preparados de su carrera y, posiblemente, el que ha podido presentarle como el mejor orador del régimen después de Hitler. Tras presentar a los oyentes una guerra que parecía librarse tan sólo contra el bolchevismo, lo que le permitió presentar su lucha como la defensa de una civilización milenaria frente a la barbarie asiática, Goebbels dirigió diez preguntas al auditorio, lo que llevó a un incesante diálogo cada vez más encendido con los asistentes. Quien nunca les había ocultado las dificultades del conflicto, ahora les preguntaba si creían en la victoria final, al contrario de lo que proclamaba la prensa británica; si deseaban poner su voluntad al servicio de ganar aquella guerra que parecía librarse contra el destino; si estaban dispuestos a trabajar todas las horas del día para hacer posible materialmente el esfuerzo bélico; si estaban dispuestos a aceptar cualquier medida radical de sacrificio que alentara la victoria; si creían en el Führer, en contra de lo que la propaganda británica lanzaba a la opinión pública de los países aliados y ocupados; si estaban dispuestos a apoyar por todos los medios la lucha contra el mayor peligro, la ofensiva bolchevique; si estaban preparados para entregar cuanto necesitaran a los soldados de aquel frente; si las mujeres deseaban participar igualmente en el esfuerzo por salvar la victoria; si apoyaban la lucha contra los emboscados y traficantes que se aprovechaban del sufrimiento y escasez

del pueblo; si querían que todos, ricos y pobres, soportaran en igualdad de condiciones las penalidades de la guerra.[59] El discurso era decisivo para el debate interno acerca de la coordinación del esfuerzo bélico, pero Goebbels había hecho hincapié en un asunto diferente: además de la vinculación de la derrota con el triunfo del judaísmo y del bolchevismo, en absoluto de las tropas aliadas democráticas, lo que se planteó fue la crítica a las condiciones sociales de desigualdad que seguían persistiendo en un drama como el vivido todos los días por los alemanes. Al día siguiente, los periódicos pudieron señalar la verdadera pretensión del discurso, presentando la propuesta de la «guerra total» de Goebbels como un avance en la línea más radical del nacionalsocialismo. La *Volksgemeinschaft* era una *Kriegsgemeinschaft*, la *Kampfgemeinschaft*, en la que no podía tolerarse la diferencia de los sufrimientos distribuidos en proporción inversa a la condición social originaria de los presuntos *Volksgenossen.* Como la guerra era el estado natural de los pueblos, Goebbels no consideraba la existencia de una élite como podía hacerlo Himmler, encargado de hacer su propia «guerra total» llevando adelante el programa nacionalsocialista en lo que al exterminio se refería. Para Goebbels, volvía el discurso populista, el discurso del antiguo revolucionario que parecía olvidar su salario en *Das Reich* y las dimensiones de la mansión que se había hecho construir en Schwanenwerder, las fiestas venecianas organizadas junto al Wannsee, la frivolidad de una existencia entregada a la caza de actrices en busca de trabajo, o a infidelidades más serias, como su enamoramiento de Lida Baarova. Todo aquello quedaba atrás cuando, como lo indicó sagazmente Robert Herzstein, Goebbels se convirtió en el ideólogo de la guerra total, algo que no se refería a su mejor planificación, sino a la realización completa de la revolución nazi aprovechando la puesta a prueba de la

comunidad popular por una guerra en la que todos debían sufrir en idéntico grado.[60]

Por ello, la respuesta de los sectores afectados, cuyo nivel de vida no se había visto empeorado por la guerra, quienes habían podido aprovecharse de los despojos de la explotación de la mano de obra esclava, de las propiedades judías, incluso de la corrupción o de la dispersión de responsabilidades que proporcionaba oportunidades de trabajo y puestos a salvo de la muerte en la retaguardia, todas estas personas se sintieron insultadas por el *Gauleiter* y ministro. Si el pueblo no aceptaba el esfuerzo bélico debía ser por un fracaso de su propia responsabilidad, como jefe de la Propaganda del Estado y del partido. El intento de ganar popularidad y de hacer virar la guerra hacia una ocasión política que mantenía la lealtad a Hitler pero le permitía presentarse como su heraldo, más que como su escudero, alcanzó al círculo del poder nazi como un golpe en el plexo solar. Ni Bormann, ni Keitel, ni Lammers en la Cancillería, ni Himmler, que preparaba su ascenso a la sucesión y trataba de librarse de su opositor más claro, Albert Speer, ahora que Göring había perdido su propia fe y la confianza de Hitler, ni los mandos del ejército que sospechaban un llamamiento a la retaguardia que podía incitar el nacimiento de una fuerza cívica paralela a la del ejército —además de sentirse aludidos por lo que consideraban una interferencia en su propia responsabilidad— habían de perdonarle a Goebbels aquel atrevimiento, que sólo pudo llegar a buen fin, bloqueadas todas las calzadas que llevaban a Hitler, tras el atentado de 1944. En ese momento, Goebbels pudo presentar la traición del ejército como un hecho y la primacía del partido, en dura competencia con Himmler y sus *Gruppenführer*. El 25 de julio, el acto cometido por unos cuantos oficiales y la seguridad de Hitler de que el ejército se encontraba en gran parte tras ellos, siendo leal al régimen sólo por miedo a las Waffen-SS y a la

militancia del partido, nombró a Goebbels Plenipotenciario para la Guerra Total (*Reichsbeauftragter für den totales Kriegseinsatz*). De forma enloquecida, Goebbels se dedicó a la firma de decretos que movilizaban los recursos que la sociedad alemana, casi por arte de magia, era capaz aún de soportar: en uno de ellos se autorizó la movilización de quienes tuvieran más de catorce años para manejar los cañones antiaéreos. Ochenta mil adolescentes fueron destinados a esta función.

Sin embargo, tanto este plan como las facilidades dadas a Speer —que estuvo caído en desgracia durante todo el invierno de 1943-1944, incluso amenazado de muerte por las SS— fueron incapaces de proporcionar lo que se necesitaba, en especial porque Hitler aún era capaz de desordenar las escasas posibilidades de defensa mediante la interrupción de programas aéreos, como el nuevo modelo de Messerschmidt que habría permitido incrementar decisivamente la velocidad a los cazas alemanes. En lugar de ello, continuaba considerando operaciones de castigo que la Luftwaffe no podía continuar aprovisionando mientras fuera imposible detener los ataques aéreos que habían conseguido, a pesar de los esfuerzos de Speer por concentrar toda la fuerza antiaérea cerca de las fábricas, anular buena parte de la producción. Tras la ofensiva fallida de las Ardenas, incluso Goebbels hubo de aceptar que todo estaba perdido, pero no cayó en la pasividad, sino en un nervioso fatalismo que lo activaba, que le permitía moverse en el tiempo escaso que le quedaba de vida para sorpresa de sus ayudantes más lúcidos, que dejaron su testimonio a los biógrafos más inmediatos. En una ocasión, mientras un oficial le comunicaba la situación en el frente, Goebbels le interrumpió para decirle: «Mientras está usted ahí sentado diciendo tonterías, yo me pregunto si no es hora de envenenar a mi mujer y a mis hijos».[61] En 1944, se conmovió viendo la película *Opfergang*,

reflexionando acerca de la forma en que la muerte voluntaria podía justificar una existencia.[62]

El 22 de abril de 1945, dictó el último de sus comentarios y entró en el búnker de la Cancillería.[63] Seis días más tarde, tanto él como Magda dictaron sendas cartas a Harald, el hijo del anterior matrimonio de ella. Joseph Goebbels le pedía que fuera fiel a sus tradiciones familiares y que se sintiera orgulloso de su madre, a la que Hitler había condecorado con la esvástica de oro. También le pedía que no se sintiera desconcertado por el «ruido» que se iba a producir en el mundo a partir de aquel momento. Magda indicó a su hijo que lo conocía perfectamente, y por ello podía entender que, al perecer el «espléndido concepto de la vida» que tenían, nada podía retenerlos. Le rogaba que entendiera la muerte de sus hijos, que eran «demasiado buenos para la vida que iba a llegar». Acababa suplicándole que viviera por Alemania. El 29 de abril, Joseph Goebbels dictaba su testamento:

> Creo que estoy dando el mejor servicio al futuro del pueblo alemán, porque en tiempos duros como éstos, los ejemplos son más importantes que los hombres. Siempre puede encontrarse a hombres dispuestos a luchar por la liberación de su patria. La reconstitución de nuestra existencia germánica, sin embargo, es imposible si no es modelada con ejemplos comprensibles para todos … Preferimos buscar nuestro final junto al Führer a una vida que carece de valor para mí, si no puedo utilizarla a su servicio y a su lado.

Sólo un cuarto de siglo antes, un Goebbels fracasado socialmente, seguro de su valía y de la negativa del universo a aceptarla, respondía a la ruptura con su novia, un hecho que parecía concentrar todas sus frustraciones futuras, redactando otro testamento, mucho más humilde en cuanto a las cosas ya hechas, en cuanto a las pertenencias materiales a distribuir, pero igualmente orgulloso acerca del porvenir al que el mundo lo obligaba a renunciar. Desde el Elberfeld de 1920 hasta el Berlín de 1945, Alemania se

había asomado a un abismo cargado de cadáveres y había chapoteado en una ciénaga de podredumbre moral, tanto más nauseabunda por adquirir la forma de los actos heroicos y de la abnegación. Pasolini, dirigiéndose al Papa, tuvo la ocasión de señalar que la fe y la esperanza, sin la caridad, habían producido el nazismo. Sin duda, quien se quitó la vida en el búnker a punto de ser capturado por los soviéticos carecía de caridad, aunque estuviera sobrado de fe y desbordara esperanza. Una moral holista podía señalar la íntima dependencia de estos factores, que por separado conducen a la falta de dignidad en un sentido u otro, aunque el elegido por Goebbels implicara la indiferencia ante la vida de quienes no eran sus *Volksgenossen.* Además, al redactar ese presuntuoso testamento que lo enfrentaba de nuevo al mundo, dispuesto a mentir a su hijastro hasta que volviera a resplandecer la verdad, el poeta que había sido Goebbels y trataba de negociar un final airoso no había leído el prólogo escrito por Henry James a *Las alas de la paloma*, una de sus novelas más logradas y con menos fortuna publicitaria. No lo había leído porque el genial novelista americano le negaba esa última salida al escribir: «El poeta no puede pactar con la muerte».

6
Hermann Göring
Un lugar en la cumbre

A finales de los años veinte, Hermann Göring, sentado a comer en uno de los mejores restaurantes de Berlín, el Horcher, repasó el ambiente con un gesto de su mano, como si golpeara con una despreciativa suavidad a los presentes, y dijo en una voz lo bastante alta como para que pudieran escucharlo todos: «Un día barreremos esto y traeremos la justicia de nuevo a Alemania. Ya es hora de echar a todas estas sanguijuelas y llenar el local de verdaderos alemanes».[1] Considerando las características del personaje —que demostró su consistencia moral regresando al día siguiente al mismo lugar, y amenazando unos años más tarde a Joseph Goebbels con hacer depender de la Luftwaffe uno de los locales berlineses que el Plenipotenciario de la Guerra Total deseaba cerrar para acabar con la ostentación—, quizás Göring represente, en esa misma incoherencia, algunos de los aspectos multidireccionales del nacionalsocialismo. Ese detalle viene a recoger, como sucede tantas veces en la vida, el carácter de una persona, porque este tipo de declaraciones espontáneas, de exabruptos sacados directamente de un mal humor sincero, son como un fragmento de cerámica que nos permite averiguar los hábitos de una civilización remota, cuando en su momento ese resto arqueológico fue de una actualidad imperceptible.

Si el conjunto de personajes que se han seleccionado para ofrecer la pluralidad del nazismo, cada uno de ellos la contiene en diversas

proporciones, quizás sea Göring quien no se molestó en disimular lo que, más allá de la diversidad, pasaba a ser contradictorio. Pues estamos ante el conservador vinculado a los grandes intereses económicos que frecuentan su casa de la capital del Reich cuando es uno de los escasos diputados nazis del Reichstag después de mayo de 1928, pero también ante quien es capaz de hacer afirmaciones soeces en la campaña electoral ante un público que, en aquel momento, está formado por los sectores más marginales de la gran ciudad prusiana. Nos hallamos ante el moderado que desea evitar el conflicto bélico y con quien ha planificado una ocupación económica del continente, al servicio de las empresas bajo su mando, que difícilmente podía evitar un enfrentamiento armado. Aparece como el diseñador de uniformes flatulentos, el vacuo, el pomposo, y como el hábil organizador de una soberanía del *Land* prusiano que escapa a la hostilidad de los radicales y a la intrusión de Frick edificando una minuciosa línea de defensa y un personal adicto. Se nos presenta el ave de rapiña cultivada, capaz de arrastrar hacia su erario personal una parte notable de las obras de arte contemporáneas, sin que su voz se alce contra el concepto de «arte degenerado». Es un implacable defensor del sistema capitalista que impone la primacía de la política cuando se le nombra autoridad máxima del Plan Cuatrienal. Se trata de un sensible catador de la buena música, que ha levantado un monumento funerario a su esposa Carin obsesivamente sentimental, pero también de quien es capaz de señalar que su persona se encuentra en cada una de las balas que su policía dispare contra la oposición en 1933. Es el hábil previsor de la catástrofe alemana en los primeros compases de un conflicto que se dilata, pero quien está dispuesto a salvar su propia posición engañando a Hitler y asegurándole que la fuerza aérea podrá abastecer a los soldados de Stalingrado. No es ni el pragmático que sigue a Hitler porque le parece que puede poner un orden nacional donde ha

habido una traición republicana, como Strasser, ni el fanático antisemita que sólo encuentra el motivo de militancia en la erradicación de los judíos, como Streicher, pero está dispuesto a organizar el restablecimiento de un Estado autoritario con la complicidad de las fuerzas nacionales como hará en Prusia, y no le temblarán el pulso ni la voz cuando firme las ordenanzas que siguen al pogrom de noviembre de 1938 o manifieste que «no le gustaría ser judío en Alemania». No es el soldado de fortuna que Röhm representa, levantándose contra un sistema político que ha golpeado al ejército por la espalda, pero se pondrá al frente de las primeras tropas de asalto en Munich y dejará la carrera militar en 1918 para no aceptar las órdenes de oficiales de la *Reichswehr*. No es el místico cuya alma se ha alienado en busca de una experiencia de totalidad, como Goebbels, pero no deja de entregarse a la potencia del ideario nacionalsocialista con una sinceridad que sólo su apego a los símbolos más opulentos de la materia parece desmentir. Incluso su final parece querer resolver todas estas cuestiones cuando, a diferencia de lo que hará el resto de los acusados en Nuremberg, que se hunden en la melancolía o tratan de salvar el cuello, defenderá la obra del régimen al que ha servido y el honor de su máximo dirigente. Quizás por ello ha llegado a ser, junto con Goebbels y Himmler, una de las figuras más populares del Tercer Reich, en general para personas que solamente podrían citar uno solo de estos aspectos de su personalidad y de su función en las querellas internas del régimen, en la forma en que podía sintetizarlo.

Como una buena parte de quienes serían sus máximos dirigentes y sus últimas víctimas, nada parecía presagiar en Göring el destino de un revolucionario, aunque hablemos del singular carácter de la revolución nazi. Mientras otros hombres nacidos en su mismo tiempo avanzan ya, desde sus primeros años, por el alambre de equilibrios de una posición política que se

reconoce como la inversión de la sociedad previa a la Gran Guerra, Göring es un reflejo espectacular de sus vicios privados y de sus virtudes públicas. Este nacionalista radical alemán nace en Rosenheim por una decisión especial de la familia, ya que el padre, Heinrich Ernst Göring, es un diplomático que ha trabajado en las colonias —dejando un excepcional buen recuerdo en Namibia, que contrastará con la brutalidad contra los indígenas en que se educan los futuros oficiales del Imperio—[2] y que pide un destino en Haití, desde donde se trasladó su esposa Franziska para dar a luz en el sanatorio de Marienbad el 12 de enero de 1893. Vicios privados y virtudes públicas: desde muy pequeño, en compañía de sus hermanos, Hermann Göring tiene que imaginar lo que puede haber entre su madre, mucho más joven que su progenitor, y Hermann von Epenstein, un médico que la había atendido en África y que ofrecería su ostentoso alojamiento del castillo de Veldestein a las largas visitas de la familia. En ellas podía producirse la alegría de los niños, en especial de un Hermann al que gustaba recorrer las salas vetustas y blandir la atmósfera guerrera y solemne disfrazado de soldado, pero donde también podían estrecharse las relaciones entre Franziska y Von Epenstein, un soltero codiciado cuya relación con su mujer toleraba el más bien humilde funcionario estatal.[3] El adolescente sólo pudo ser disciplinado en una escuela militar, cerca de la capital del Reich, donde su actitud lacia y desobediente fue sustituida por un repentino acopio del sentido del honor y del deber que le permitieron convertirse en oficial antes de cumplir los veinte años, en 1912. La guerra que estaba a punto de estallar, preparada para desguazar aquel mundo ordenado en el que la carrera de su padre y la riqueza de su protector parecían constituir los dos pilares de una sociedad, convirtió a Hermann Göring, junto con millones de sus compatriotas, en un ser distinto al que se habría forjado en la orgullosa perennidad de la vida de un militar en paz.

Hermann Göring no fue un simple oficial de infantería, sino que habría de incorporarse al aún muy selecto cuerpo de una aviación en ciernes, actuando al principio como simple observador con su amigo Bruno Lörzer, aunque en esa humilde posición, gracias a la destreza con que captaron objetivos enemigos con grave riesgo para sus vidas, Göring había de conseguir la Cruz de Hierro de Primera Clase. En 1915 se convirtió en piloto de combate, listo para utilizar uno de los aviones Fokker que permitieron a la aviación alemana una supremacía de breve duración en el segundo año de la guerra y, en 1916, a su regreso de la convalecencia de las heridas sufridas al estrellarse su aparato, logró ser puesto bajo las órdenes del mítico Manfred von Richthofen, el mítico «Barón Rojo» que, hasta ser derribado en abril de 1918, consiguió obtener ochenta victorias. Las normas de caballería eran tan exquisitas, que los conmovidos pilotos británicos lanzaron un mensaje sobre Cappy, donde se hallaba la escuadrilla al mando de Richthofen, dando la noticia de su fallecimiento y de los honores militares recibidos. El capitán Wilhelm Reinhardt, que lo sustituyó en el mando según los deseos expresados por el propio Richthofen, fue derribado sólo tres meses después, y Göring aprovechó el desacuerdo existente entre los mandos sobre la idoneidad del sucesor para ponerse al frente del J. G. (*Jagdgeschwaders*) n.º 1. Posiblemente, que dispusiera de la máxima condecoración de la fuerza, la pequeña cruz azul *Pour le mérite*, explica su ascenso a un puesto tan codiciado, de cuya fama haría la suficiente ostentación en los años siguientes para convertirla en una llave para abrir las puertas de la alta sociedad en Munich o, especialmente, en Berlín. De hecho, tras su nombramiento sólo consiguió derribar dos aparatos enemigos más, a pesar de que la guerra habría de prolongarse durante cuatro meses.[4] Cuando se le dio la orden de regresar con su escuadrilla y hacerla aterrizar en Aschaffenburg, se enfrentó a un oficial superior que trataba de justificar

el nuevo orden de cosas, reprochándole que no llevara luto por los caídos y por el *Kaiserreich*, indicándole que no pensaba continuar a las órdenes de personas de su carácter. Con esta primera pieza oratoria de su carrera, Göring añadía al tamaño del héroe del arma más fascinante y futurista del momento, la máquina por excelencia «cabalgada» por un ser humano heroico, su condición de una desobediencia debida a quienes habían mancillado la bandera defendida por los muertos de los últimos cuatro años.[5]

Por lo que sabemos, Göring entró en contacto con Hitler en noviembre de 1922, tras realizar diversos trabajos relacionados con la naciente industria aeronáutica en el norte de Alemania y en Dinamarca, y pasó a dirigir las SA a comienzos de 1923.[6] En calidad de esta función participó activamente en el golpe de noviembre de 1923, quedó gravemente herido y tuvo que refugiarse en el extranjero, sin poder regresar a Alemania hasta 1927, con lo que se libró de una querella ideológica de la etapa de prohibición y de la refundación del partido a comienzos de 1925 que le resultaba extremadamente aburrida. No obstante, en aquellos mismos años había ocurrido algo que resultaría imperecedero en la constitución de su experiencia personal. Durante su estancia en Suecia, donde trabajaba como piloto de una línea comercial, conoció a la hermana de uno de sus viajeros, en cuyo castillo hubo de pasar la noche dado el mal tiempo reinante. En un ambiente que podía recordarle el castillo en el que había jugado durante su infancia, con los pesados tapices que habrían de ser una de sus pasiones de coleccionista, y dos grandes esvásticas grabadas junto a la chimenea, el impacto de una mujer hermosa, madura, de carácter resuelto y decidido a una vida intensa que sería breve, había de estar reforzado por aquella decoración. Se trataba de Carin von Kantzow, casada con un aristócrata sueco, cuatro años mayor que el capitán Göring y que enseguida estuvo

dispuesta a seguir los dictados de su corazón dejando a su esposo, cuya comprensión sólo se detuvo en la exigencia de mantener la custodia de su hijo Thomas. Tras convivir durante una temporada en Munich, las presiones de Franziska obligaron a la pareja a tomar la decisión de casarse, adoptando así las condiciones de rigor social que se podía exigir en los círculos a los que ambos pertenecían. El matrimonio se celebró en febrero de 1923 y habría de perdurar como una influencia decisiva en las actitudes públicas de Göring, hasta una muerte prematura a finales de 1931 que lo dejó en un estado de postración inicial y que lo llevó a convertir una de sus residencias en un creciente y perpetuo monumento a su esposa, el Carinhall.[7] A ella habría de deberse la habilidad con la que el antiguo piloto se pondría en contacto con los sectores adinerados de la capital del Reich, por lo que se convirtió en un enlace indispensable para Hitler con estos núcleos sociales, algo que le permitió ascender en la escala del partido hasta una posición envidiable para quien había estado al margen del difícil período de iniciación posterior al *Putsch.* Por otro lado, Adolf Hitler le cobró un sincero afecto, algo que resultaba fundamental en el trato que el Führer mantenía con sus subordinados, a los que demandaba una vida familiar que él no estaba dispuesto a llevar. Su desaparición coincidió con la muerte de Geli Rauball, una de las circunstancias más escabrosas de la vida de Hitler, que estuvo a punto de acabar con su carrera política al tiempo que se sumía en una depresión personal profunda. Justamente en aquel momento hizo su aparición Magda Quandt, la futura mujer de Goebbels, que habría de ocupar un espacio tal vez reservado a la aristócrata sueca, que habría podido afirmar la solvencia de su marido ante Hitler en los momentos en que los fracasos de su gestión al frente de la economía alemana y de la Luftwaffe lo dejaron en caída libre.[8]

Incluso tras su regreso a Alemania en 1927, Göring se mantuvo prudente

e indolentemente alejado de la política, dedicándose a tareas relacionadas con la BMW y otras empresas que le permitían considerar mejores perspectivas de existencia personal. Sin embargo, el NSDAP había comenzado un proceso de crecimiento que, aun cuando no llegara a observarse de una forma considerable en su fuerza electoral, disponía de una potencia militante indudable, como podía observarse en el acto de su prohibición en Berlín, donde Goebbels había comenzado a reorganizarlo enérgicamente, su lenta impregnación de las zonas renanas gracias al trabajo de los hermanos Strasser y la recuperación de sus fuerzas en la Baviera católica y en Franconia. Sectorialmente, estaba consiguiendo penetrar en los núcleos estudiantiles y universitarios y ciertos medios profesionales aun antes de que la Gran Depresión empujara a la burguesía a las condiciones de una desesperanzada búsqueda de soluciones radicales, en buena medida por la debilidad de una cultura liberal que, si no se expresaba aún en la forma de apoyo al partido, sí lo hacía en la ocupación de los espacios de visibilidad antidemocrática, como se había demostrado sobradamente en la elección de Hindenburg como canciller en 1925 y la consolidación de un bloque burgués en el período central de la República. Sin que podamos saber de quién procedió la iniciativa —algunos opinan que Hitler vio rápidamente la conveniencia de tener a aquel personaje en contacto con los medios de la alta burguesía que le interesaba conquistar, y otros lo han visto siempre como una imposición de Göring, que deseaba asegurarse una posición de seguridad económica y de representación personal importante—, el Führer impuso el nombre del antiguo capitán de aviación a pesar de las escasas esperanzas que se tenían puestas en las elecciones de mayo de 1928. En efecto, Göring fue solamente uno de los doce elegidos que formaban una pequeñísima formación ante la presencia sólida de los socialdemócratas, que se habían acercado al 30 por ciento de

los votos y la creciente representación de los comunistas.[9] En los meses siguientes a ocupar su escaño, sin relacionarse en exceso con el *Gauführer* de Berlín Joseph Goebbels, se dedicó a una intensa vida social, en la que su esposa y algunos viejos amigos de la escuadrilla de combate, como Erhardt Milch —que habría de tener una función crucial en la guerra—, habían de rodearle con la aureola de un hombre especial en el seno de un movimiento nacionalpopulista de tintes revolucionarios, que iba apareciendo como la fuerza indispensable para frenar el nazismo. En coincidencia con la campaña conjunta contra el Plan Young de 1929 y en la crisis que se vivió a lo largo de 1930 —lo cual permitió al NSDAP alcanzar casi una quinta parte de los votos nacionales y prepararse para afrontar la formación de un frente de extrema derecha en Harzburg al año siguiente—,[10] la residencia de los Göring fue visitada por personalidades de la nobleza, contándose incluso relaciones directas con miembros de la familia imperial, y algo que había de resultar de mayor importancia para el futuro del partido y para la posición que en el porvenir habría de adquirir Göring en su dirección: el contacto con los sectores de la élite económica que, como Thyssen o Hjalmar Schacht, frecuentaron su compañía, contemplándolo como alguien que sólo tenía que ver en parte con aquel movimiento de orígenes y composición más que dudosa. Su imagen de hombre con pocos escrúpulos ideológicos, lleno de una mera ambición por el poder, podía tranquilizar a quienes tenían una imagen muy aproximada de un mundo darvinista de enfrentamiento entre eficiencias.[11] En este sentido, puede contemplarse que la moderación que sorteaba con su corpulencia en crecimiento y sus inclinaciones al lujo y la monumentalidad que rozaban el ridículo no eran un resultado del radicalismo ni del nihilismo, como podía ser en otros casos en los que la ideología se tomaba con mayor convicción: la extravagancia era la forma de conservadurismo que se apreciaba en estos ambientes,

vinculada siempre a la ostentación, a la riqueza, al poder mismo como fuente del triunfo personal y del bienestar que se exhibía. En esas mismas condiciones se produjo su elección para visitar al papa Pío XI, a fin de convencerle de la necesidad de ser más tolerante con un movimiento que iba perdiendo su raíz bávara para crecer en las zonas protestantes de Alemania, sin evitar siquiera el desarrollo de tendencias propagandísticas más cercanas a los cultos paganos y a la búsqueda de una raíz cultural anticristiana que a los propios orígenes de sus primeros militantes. Al parecer, su visita no obtuvo el resultado deseado en los ambientes vaticanos, aun cuando sí consiguiera estrechar sus lazos con algunos sectores del Partido Fascista, que habrían de resultarle de utilidad para evitar un enfrentamiento bélico por la cuestión austríaca en 1938. De igual forma, tales viajes y actividades estaban destinados a proporcionarle una notoriedad de la que carecía, al no disponer de ninguna base política de poder como la que, en el mismo Berlín, podía mostrar Joseph Goebbels, haciendo de sus posiciones pragmáticas, cercanas a la instauración de una dictadura más que a una revolución, una cláusula de seguridad para la élite económica alemana, para ciertas potencias conservadoras de Europa y, desde luego, una pieza indispensable para el perpetuo juego de equilibrios de Hitler a la hora de conseguir dar coherencia a una base social tan heterogénea, encuadernada por un discurso vago cuyas raíces ideológicas más duras sólo habrían de desvelarse en pleno proceso de guerra, al borde de la descomposición del régimen.[12]

La aparente bonhomía de Göring no se vio rasgada por la muerte de Carin, en diciembre de 1931, pero sin duda aquella pérdida se convirtió en una amputación moral. Carin había sido una cómplice de su carrera política que, de la misma forma que lo había empujado por el camino del poder, habría podido contener determinados aspectos de su brutalidad, aun cuando

sólo fuera porque su coexistencia hubiera impedido el inmenso trauma íntimo de la muerte de aquella mujer enérgica, que compensaba las muestras de indolencia de su marido como podía haberlo hecho con las de irritación. La muerte hubo de producirse, además, en circunstancias penosas, cuando Göring había sido reclamado por Hitler y tuvo que abandonar el lecho donde agonizaba su esposa por exigencia de ésta, cuando el Führer necesitaba de la imagen del antiguo héroe de guerra para entrevistarse con los dirigentes de la extrema derecha alemana. Su encuentro con Hindenburg en noviembre de 1931, aun cuando el propio testimonio posterior de Göring indicó hasta qué punto Hitler había tratado al presidente de una forma inadecuada cuando, acostumbrado como lo estaba a recibir el trato servil de sus seguidores, se encontró con una autoridad que puso ante sus ojos todo aquello que había despreciado a lo largo de su juventud, todas las puertas barrocas que se le habían cerrado en Linz y en Viena cuando deseaba prosperar por su talento artístico, todas las invisibles barreras que hubo de sortear cuando sus amigos de Munich le tuvieron que enseñar a comportarse en público. La ferocidad de la respuesta de Hitler no respondía a la misma lógica de la entrevista pues, si se trataba de amedrentar, el Führer habría debido ir acompañado de algo que representara su fuerza en la calle, como el propio Goebbels, y no de un delegado de la Alemania imperial a la que Hindenburg se apresuró a rendir tributo, marcando una señal de humillación más para el propio «cabo bohemio». En la primera mitad de 1932, la respuesta de los nazis a aquel trato displicente fue clara, con Röhm situando a sus hombres en graves desórdenes callejeros, amenazando con pasar a una acción contra las instituciones si se empeñaban en ignorar el poder del nazismo, y con un Goebbels que animó a Hitler a presentarse a las elecciones presidenciales, condenando a Hindenburg no sólo al *ballotage* sino, como se ha visto,

también a la humillación de ganar su puesto gracias al apoyo de sus enemigos ideológicos. Sin embargo, de aquellas mismas fechas en las que el gobierno Brüning y el del *Land* de Prusia prohibieron las actividades de las SA proviene la agudización de las diferencias radicales entre Hermann Göring y un hombre como Röhm, que no sólo podía causarle cierta incomodidad por sus abiertas inclinaciones sexuales, que fueron publicadas en aquel mismo año, sino que presentaba ya cuál era la concepción del proyecto político en el que se había embarcado el antiguo oficial de aviación, y que tan poco tenía que ver con su horizonte cultural. De aquellas circunstancias difíciles brotó, seguramente, la seguridad de que habrían de enfrentarse en alguna ocasión, algo que explica la conducta que mantuvo Göring prácticamente desde que estuvo asentado el nuevo régimen, en el verano de 1933. La crisis que se produjo a lo largo de 1932 —cuando Göring tuvo un papel destacado como presidente del Reichstag, gracias a lo cual dispuso de un margen de maniobra tan importante como el que provocó la coincidencia de voto de desconfianza a Von Papen con el KPD y la caída del gobierno en el mes de septiembre— implicaba la elección de una vía que lo alejaba tanto de las amenazadoras actitudes de Röhm como de la apertura de Strasser a un pacto subordinado con la derecha. El juego de pasillos era el que debía desarrollarse en la mentalidad conspirativa y elitista de Göring, pero solamente para proporcionar el poder absoluto a Hitler y a él mismo, como autoridad destacada en el gobierno que habría de formarse.[13] No se trataba de una diferencia de objetivos con Röhm y Strasser, sino de método. Pero el mismo método contenía la naturaleza del cambio que debía propiciarse. Y si Göring no estaba dispuesto a estar en el partido al servicio de los intereses de una pequeña casta sin apoyo social, tampoco deseaba someterse al populismo de las SA, teniendo muy clara cuál debía ser la autoridad del Estado que había que preservar de quienes

querían destruirlo desde las posiciones activistas del propio movimiento nazi.

El acceso de Hitler al gobierno puso, en primera instancia, a los elementos más moderados de su partido en el gabinete, a la espera de que las elecciones por celebrar el 5 de marzo le permitieran encarar el proceso de «regeneración nacional» que anunció en su vibrante y decisivo discurso del 11 de febrero. La elección de Wilhelm Frick —que ya había ostentado un cargo en Turingia y, por tanto, podía presentar su experiencia como vía de captura del poder desde una posición en el gobierno—[14] y de Hermann Göring —líder de la mayoría parlamentaria más importante del Reichstag desde la dimisión de Strasser y presidente del parlamento— no se había realizado para contentar al resto de los integrantes de la coalición, a los asociados al *Herrenklub* como Von Papen o Hugenberg, o el puñado de ministros con título nobiliario que parecía responder a una verdadera restauración. La elección de aquel sector moderado convertía a Hitler en la *garantía de la revolución* frente a personajes cuyo perfil político era escaso y cuyo poder en el NSDAP estaba por averiguarse, ya que deberían obtener toda su capacidad de movimientos de la posición que ocuparan en el Estado. Se había realizado, además, como un modo de ganarse la simpatía de los sectores más legalistas —en el caso de Frick— y más conservadores —en el caso de Göring— de la sociedad, ya que las próximas elecciones iban a presentarse como una prueba de fuerza cuyo desenlace final debía ser la imposición de Hitler a sus primeros compañeros de coalición *a través* de la clientela electoral que le prestaron los viejos partidos conservadores y mediante el apoyo que dieron a la aprobación de la Ley de Plenos Poderes a finales del mes de marzo.

Göring había de impulsar rápidamente sus recursos defensivos en un proceso que sabía abierto, y en el que carecía de más instrumentos de

coerción de los que le proporcionaba su propio cargo como ministro del Interior de Prusia. Esa plataforma había de utilizarla como instrumento que le permitiera imponer un estatus propio, en el que las autoridades del partido fueran mezclándose suavemente con las del Estado en un *Land* que representaba tres quintas partes del Reich, y cuando se preveía la puesta en marcha del proceso de *Gleichschaltung* que arrebataría a los estados, especialmente al de Baviera, donde los resultados de los nazis no habían sido todo lo buenos que cabía esperar por su trayectoria inicial. Sus barreras habían de levantarse frente a las aspiraciones del propio Frick como compañero de gabinete y de partido, superior natural como ministro del Interior en una serie de responsabilidades relacionadas con el control social que Göring deseaba conservar en hombres que le debieran su lealtad personal. Había de hacerlo, además, combatiendo los intentos de las SA y las SS —cuando éstas aún dependían de las primeras— para establecer un campo de autoridad paralela a la del Estado, algo que sólo podía hacerse incorporándolas momentáneamente para buscar el mejor momento en que pudieran ser divididas y disciplinadas. Por último, debía utilizar las condiciones de excepcionalidad política en la que había de moverse, y que aparentemente le resultaban incómodas para frenar la expansión de los *poderes de hecho que las milicias nazis habían establecido en la calle*, para implantar un régimen en el que la policía política le permitiera completar la tarea de persuasión que a Goebbels le parecía tan necesario llevar adelante, aunque nunca llegara a pensar de la misma forma quien podía mandar desde una maquinaria burocrática cada vez más precisa. En la realización de esta tarea, Göring se enfrentaba, como cualquiera de los dirigentes nazis a partir del 30 de enero, con la obligación de tomar las condiciones imprecisas de continuidad y de ruptura que suponía el cambio. No sólo en lo que podía referirse al proyecto revolucionario, sino en algo que también lo

caracterizaba: la selección del personal que había que utilizar, sin que la mayor o menor radicalidad de las posiciones pudiera identificarse con la antigüedad de la militancia —aunque así pudiera ser en algunas esferas, como el Frente Alemán del Trabajo—, algo que debía considerarse junto a la validez de un personal heredado, que incluso podía cosecharse en las oficinas de la policía prusiana o bávara, como Göring o Heydrich habían de averiguar muy pronto.

La institucionalización de un régimen de excepción era, precisamente, el objetivo buscado con el nombramiento de Hitler y la decisión de organizar las «últimas elecciones» que se celebrarían en Alemania el 5 de marzo. La inclusión de las autoridades del partido en todos los ámbitos de poder, en forma de Comisionados o Delegados Especiales, se produjo inmediatamente, como se dio en Prusia el decreto que incorporaba a las SA y las SS como policía auxiliar cuya actividad contra los enemigos del Estado —es decir, los adversarios del nuevo gobierno— sería defendida en su aspecto más violento por el propio Göring, cuando aseguró que se hacía responsable de que sus hombres dispararan contra quienes se les resistieran. La aprobación de un sistema de una «custodia preventiva» (*Schutzhaft*), que agravaba la que se había tolerado desde la Gran Guerra, no fue sólo un resultado del incendio del Reichstag y el Decreto de Seguridad que aprobó el presidente en la misma noche en que se produjo, sino que se contemplaba en la batería de medidas que debían tomarse para liquidar las condiciones de seguridad jurídica, los espacios de resistencia institucionalizada como los partidos y los sindicatos, así como cualquier freno a la actividad revolucionaria del Estado y del partido que lo ocupaba que no procediera de una decisión del propio Führer para cuidar del ritmo de construcción del Nuevo Orden, de una manera que le permitiera mantener sus promesas de cambio sin perder el apoyo indispensable de los sectores productivos, como

hemos podido observar en su discurso del 6 de julio de 1933.[15] Sin embargo, la realización de todos estos objetivos podía llevarse a cabo con mejor apoyo por el escándalo que provocó el incendio del Reichstag, cuyas llamas, según expresó con acierto uno de los primeros jefes de la Gestapo, Gisevius, expresaban al mismo tiempo la destrucción de un orden viejo, la amenaza del comunismo y la construcción de un sistema que se sostuviera en la necesidad de preservar una sociedad de su amenaza. El valor simbólico del incendio sobre la propia sociedad alemana que no había votado a Hitler tuvo un valor inmenso de cierre de filas contra el desorden y contra el desafío de un comunismo que había proclamado su voluntad de resistencia, mientras la socialdemocracia intentaba buscar desesperadamente los recursos legales de defensa de la democracia por los que todavía pudiera rectificarse la situación.[16] Al calor del Decreto Presidencial del 28 de febrero, Göring pudo ir construyendo el espacio de represión de sus opositores y de reforzamiento de su propia situación en el régimen que había ido llevando adelante desde el inicio del mes. Antes de tener que entregar el poder represivo a la hábil conquista *Land* tras *Land* de la policía estatal realizada por Himmler y Heydrich, que habría de culminar con la rendición de abril de 1934, hecha para poder enfrentarse conjuntamente al peligro más considerable que representaba Röhm y las SA, la posición de Göring consistió en construir un sistema burocrático que depurara de opositores la administración prusiana, al tiempo que se encargaba de crear, sobre la tradición de la policía política de Weimar, una oficina propia que dependiera primero del Ministerio del Interior y, más tarde, del propio presidente del *Land*, a fin de escapar a los esfuerzos del *Gleichschaltung* realizado por Frick.

Para poder llevar adelante este trabajo que contenía serias contradicciones internas —en especial el aprovechamiento de la

excepcionalidad para conseguir defender una *institucionalización*—, Hermann Göring hubo de aprovechar su elevación en el rango burocrático como autoridad máxima de Prusia tras las elecciones de marzo y la ofensiva desatada contra los sectores de la oposición que culminaría en la Ley de Partido Único del 14 de julio, para construir su soberanía al margen de la que pudiera imponerle cualquier agencia del Estado o del partido.[17] Por ello, en una fase en la cual lo que debía destacar era la lucha contra la posible resistencia al nuevo régimen, era necesario destacar su capacidad de organizar una fuerza propia que tuviera la doble misión de presentarse con la suficiente eficacia defensiva de la Ley de Plenos Poderes aprobada por el parlamento alemán tras la Jornada de Potsdam, pero que se manifestara como un tentáculo institucional que no pudiera dar, en ningún momento, la imagen de que el orden estaba siendo desbordado por los sectores más radicales del partido, quienes deseaban una nazificación organizada desde los frentes de lucha en la calle o las empresas. En esto tuvo que consistir su creatividad al resolver ese elemento incongruente que demandaba la aceptación de la excepcionalidad —como lo hacía la propia *Ermächtungsgesetz* aprobada por todos los partidos menos el KPD ausente y el menguado SPD— y la aplicación de las medidas de fuerza a través de los recursos legales del Estado, capaces de escapar a los del partido.[18] Göring creó, como policía estatal que escapaba a las actividades del partido para depender de la autoridad ministerial del *Land*, un departamento que recibiría el nombre de Policía Secreta del Estado y cuyas iniciales, a fin de evitar la confusión con la GPU soviética, fueron las de la Gestapo, creada por decreto el 26 de abril de 1933, bajo la dirección de un hombre que ni siquiera pertenecía al partido, Rudolf Diels y que sólo sería aceptado en el mismo en 1937. La actividad de éste podía verse ayudada y, al tiempo, vigilada —en la técnica poliárquica utilizada por Hitler en el conjunto del

partido— por el general de las SS Kurt Daluege, que mantenía una posición clara de independencia con respecto a su *Reichsführer* —en aquellos momentos sólo jefe de la policía de Baviera— y una lealtad preferencial por Göring, y por Arthur Nebe — policía desde los años veinte y miembro del partido desde 1931—, que era su consejero policial. Aun cuando, en principio, lo que había hecho Göring no era crear una policía política dependiente del partido, sino más bien todo lo contrario, la evolución del sistema de seguridad, que llevaría a la integración de las SS en la policía, lo que culminaría en el nombramiento de Himmler como jefe de la Policía del Reich en 1936, impedía que pudiera mantener ese criterio. Ya en junio de 1933 se le encargó a Himmler establecer personal auxiliar de las SS en la Gestapo, a través de las relaciones que sostenía con Kurt Daluege, que había podido comprender la fuerza que en la primera mitad del año había ido adquiriendo la fusión entre policía estatal y SS y fue eligiendo su campo a favor de Himmler.[19] Aunque Göring no tardaría en abandonar un terreno en el que sería vencido, el año y medio que separa su llegada al gobierno y la entrega del mando de la seguridad del Estado y del partido a Himmler, tras los acontecimientos de junio de 1934, puede indicar su capacidad de movimiento y su implacable decisión de mantenerse como número dos del NSDAP, posición para la que el propio Hitler le había designado públicamente, como su sucesor, anteponiéndolo al fiel y cada vez más marginado Rudolf Hess. Si la purga de 1934 tuvo, como principal vencedor en el área de las milicias del nacionalsocialismo, a Heinrich Himmler, en la disposición de jerarquías del Estado y del partido concedió a Göring una posición que ni siquiera Goebbels fue capaz de arrebatarle hasta el final de la guerra. El enfrentamiento que Göring había tenido con las SA para acabar con las cárceles clandestinas, enviando destacamentos de la Gestapo para clausurarlas al mando de Diels tuvo que recibir la autorización especial del

Führer para hacer lo mismo cuando se trató de un campo de prisioneros administrado por las SS, que lo protegieron por la fuerza. En esa función de «poner orden», Göring había logrado deshacerse de su principal adversario sin darse cuenta de que estaba alimentando a uno mucho más peligroso, silencioso y lo bastante consciente de sus objetivos como para tener paciencia.

A lo largo de todo el año que separó las elecciones del 5 de marzo y las jornadas de represión contra las SA en el verano de 1934, Göring fue apuntalando esta situación de poder personal vinculado al Estado, en la línea en la que el propio Hitler había declarado que deseaba ver las cosas. Las concesiones hechas a los antiguos jefes del partido fueron cuidadosamente compensadas con la oferta de poder realizada a autoridades que no se correspondían exactamente con las jurisdicciones de los *Gauleiter,* de forma que la adquisición de verdadera influencia política en Prusia dependía de las relaciones que se tuvieran con su presidente. Los decretos diseccionados por Martin Broszat para adentrarse en la jungla de la legislación política alemana de aquel momento no hacen más que mostrarnos esta forma de integración y división paralelas realizadas mediante un principio de liderazgo que se combinaba con la instalación de cargos estatales, como los *Oberpräsidenten* que se distinguirían de los gobernadores del Reich (*Reichsstaathalter*) en el resto del país.[20] Göring iba desplazando su atención a otros asuntos de influencia por los que sentía interés y que le iban a permitir alcanzar posiciones clave en la preparación de la economía de guerra, como la preparación de la aviación alemana. Nombrado por Hitler para hacerse cargo de un puesto que, en principio, se enfrentaba a las condiciones de desarme impuestas por el Tratado de Versalles, Göring se rodeó de un círculo de personas que conocían la industria aeronáutica por haber participado en la Gran Guerra y haber

seguido vinculados a la aviación civil después de 1918; tal fue el caso, especialmente, de Erhardt Milch, quien habría de convertirse en uno de sus principales colaboradores en la Luftwaffe. Aun cuando, en aquellos momentos, sus posiciones pudieran inclinarse por un acuerdo con los sectores conservadores del empresariado alemán, su forma de acercarse a la economía era muy elemental y contenía los factores de una primacía de la política derivada, más que de un aspecto ideológico, de su propia ambición, que podría colmarse si la iniciativa privada se veía sometida a los intereses del partido y del Estado en los que era un dirigente. Tal posición no se convirtió en un aspecto conflictivo hasta 1936-1937, cuando hubo que tomar decisiones que implicaban perjudicar algunas estrategias empresariales y podían tensar los equilibrios presupuestarios, pero en 1933-1935 no era ésta la situación, y el desarrollo de la aviación era contemplada como una labor de necesaria intervención política, con una clara vertiente militar que podía actuar como vanguardia del desarrollo tecnológico y que podía vencer determinados recelos de las fuerzas armadas, para las que la función de esta nueva arma aún no estaba muy clara, pudiendo verse como un elemento autónomo o un simple apoyo del ejército, subordinado a lo que éste pudiera decidir en cada momento.[21] Cuando hubo problemas, sin embargo, en especial cuando Schacht pudo preocuparse por los riesgos de una inflación provocada por un rearme incontrolado, Göring tuvo tendencia a apoyar las posiciones de este sector, en especial porque aún no se le había concedido un área de responsabilidad coherente con un proyecto de sector estatal e imperial que le permitiera vincular su propia posición a la autarquía y a la conquista de territorios en la Europa Central y Oriental. Cuando estas condiciones cambiaron en 1936, Hermann Göring se precipitó a ocupar un lugar en el puente de mando que intuía, con razón, como la base de poder económico que podía completar el peso institucional que ya

poseía en Prusia. Y tales cuestiones no derivaban de un determinado concepto de la comunidad popular por transformar desde dentro *en primer lugar*, más allá del esfuerzo dictatorial y represivo que se había hecho. Implicaban, por el contrario, situar la identidad nazi del *Lebensraum* en una dimensión política, de conquista de mercados y organización de las relaciones de fuerzas económicas en Alemania y en Europa, lo cual rompía la clásica división entre el nazismo y la extrema derecha a la hora de considerar las bases de la expansión: la recuperación de las colonias arrebatadas en 1919 o la creación de un gran imperio racial en el propio continente europeo.[22]

Justamente cuando Göring comenzaba a reorganizar la Luftwaffe, regularizó las relaciones con la mujer con la que estaba conviviendo desde muy poco tiempo después de la muerte de Carin, la actriz Emma Sonnemann. Su interés por la política y su personalidad eran mucho menos acusadas que las de Carin, pero su relación inicialmente compasiva con Göring permitió a éste dejar atrás los peores momentos de la pérdida de Carin, y nunca se planteó competir con lo que era ya un símbolo para su marido. El Führer deseaba que los dirigentes del Reich ajustaran su conducta a la moral tradicional que se defendía desde el poder, combinada con una política racial que disponía de recursos negativos, como el de la esterilización, y positivos, como el agotador esfuerzo de reproducción al que fue sometida Magda Goebbels desde 1932. Carin no había podido proporcionar hijos a su marido, a causa de las dificultades del parto de Thomas, pero Emma Sonnemann le dio una hija, Edda, que nació en 1938.[23] Sin embargo, mientras su vida familiar se regularizaba, su salud empeoraba con el crecimiento de las responsabilidades que se acumulaban en su persona. Con una tendencia clara a engordar, cualquier angustia por el trabajo acumulado lo llevaba a comer, apenas dormía y tuvo problemas con

la morfina, cuyo origen se sitúa en una grave dependencia que desarrolló cuando se recuperaba de sus heridas en el *Putsch* de Munich. El tránsito de 1935 a 1936 implicó para él la aceptación de ese lugar en la cumbre al que tanto había aspirado y que ahora se le presentaba en la forma en que Hitler mejor podía otorgárselo. Por un lado, había conseguido ser un aliado imprescindible en la destrucción de las SA, había mantenido una estructura burocrática apreciable en Prusia, y sus ideas acerca de la guerra moderna como mecanismo para conquistar un espacio económico sometido a las directrices del Estado eran del máximo agrado del Führer. Necesitaba hacerlo porque el poder de Himmler se había desarrollado hasta el extremo de proceder a la primera de las unificaciones entre Estado y partido que se pusieron bajo una organización de éste, al convertirse en jefe de la policía alemana. Considerando que se había entrado en una fase de radicalización que hemos comentado en el capítulo dedicado a Goebbels, y que tendría su primera expresión en la arriesgada apuesta de Hitler en Renania, que podía implicar una respuesta armada por parte de los franceses y los belgas, quien estuviera en condiciones de plantear objetivos destinados a la construcción de un imperio capaz de mantener la autarquía, propuestas acerca de sustitución de materias primas por productos fabricados, y se sentara, al mismo tiempo, al frente del arma más decisiva en un conflicto moderno, tenía mucho a su favor. Göring no dejó escapar la ocasión para seguir siendo el número dos del NSDAP, algo que quedó confirmado, tras el excelente resultado de la operación en Renania, cuando fue nombrado Plenipotenciario para el Plan Cuatrienal, algo estrechamente relacionado con las discusiones que ya había mantenido con Schacht acerca de las preocupaciones de éste sobre la reducción del consumo y la radicalización de la población en caso de que la economía se dedicara al rearme. El célebre discurso sobre «cañones en vez de mantequilla», que Göring lanzó

en aquel momento,[24] estaba destinado a plantear algo que sería objeto de discusión prolongada en el seno de la política imperialista, en la medida en que los sacrificios económicos pudieran acarrear costos de consumo que la población civil no estaría dispuesta a soportar, con lo que se corría el riesgo de un nuevo 1918.[25] Göring presentaba un plan, sin embargo, que implicaba la coordinación sistemática de las actividades productivas, según las necesidades de la propia dinámica expansionista del régimen, que podía obedecer a temas ideológicos internos, así como a la proyección de una serie de conflictos de breve duración que permitieran ir capturando empresas y reservas de materias primas. Además de plantear el esfuerzo de planificación subordinada totalmente al esfuerzo bélico, Göring estaba en condiciones de calmar la ansiedad de Hitler en torno a los problemas del descontento de la sociedad, al indicarle que una línea de conflictos con el exterior bien medida podía copiar los planos de una expansión imperial por realizar sobre los territorios de Austria, Checoslovaquia y Polonia. En el verano 1937 se fundó la compañía *Reichswerke* Hermann Göring destinada a la explotación de mineral propio de escasa ley. Fue el inicio de un consorcio estrechamente vinculado a una tarea de obtención de recursos en el exterior, aprovechando las empresas ya creadas por iniciativa privada y el poder absoluto del régimen en sus relaciones con vecinos conquistados o aliados sumidos, como podía ser el caso de Checoslovaquia o Rumanía.[26] En el interior del país, la empresa estatal dirigida por el dirigente nazi permitió la apropiación de recursos de población emigrada, como sucedió con la expropiación de las empresas Thyssen en 1939, lo que forzó a una venta a bajo precio a otras cuyos dueños permanecían en el país, algo que fue usual en Austria, donde se compraron importantes empresas de armamento y metalurgia a través de la empresa de financiación VIAG (Vereignite Industrie-Unternehmungen Aktiengesellschaft), que habría de

servir para adquirir yacimientos de minerales en los Sudetes y en 1939 en la zona libre de Checoslovaquia.[27] En el momento de su máxima expansión, en 1942, *Reichswerke* Hermann Göring fue capaz de controlar siete complejos industriales en Alemania, seis en Austria, seis en Checoslovaquia, tres en Francia, seis en Polonia, uno en Rumanía dedicados a carbón, hierro y acero; un complejo en Alemania, seis en Austria y seis en Checoslovaquia de armamento, así como seis empresas de navegación; en la Unión Soviética, se encargaron de organizar la producción en unos sesenta *holdings* mineros y metalúrgicos.[28]

Éstas eran las condiciones del poder material sobre el que Göring podía presentar un modelo de imperio alemán cuyo único problema fue el estallido de una guerra generalizada que resultaba insoportable y que, en buena medida, fracasó por las propias resistencias del mariscal del Aire para ceder en sus competencias y conseguir un mayor grado de coordinación y efectividad, tal y como proponían Todt, primero, y Speer después. Para lo que sí tuvo eficacia fue para pasar a un primer plano lo que tenía que presentar también de forma inequívoca, una vez que el régimen se había inclinado hacia un proceso imparable de radicalización. Si Goebbels no perdió la ocasión de organizar una movilización propagandística acelerada en la Noche de Cristal contra la población judía, Göring se hizo responsable de sus resultados económicos. La radicalización había llevado a la crisis en el área económica del país, donde se había producido la dimisión de Hjalmar Schacht, lo que hacía de las decisiones de Göring una marca de distinción con respecto a los viejos aliados de las grandes empresas, partidarios de haber caminado de una forma menos arriesgada y, sobre todo, de no dejarse orientar la producción por un sistema planificado como el que estaba llevando cada vez con más potencia Göring, ayudado por otras agencias estatales, como las que se encargaban de la ya numerosa mano de

obra esclavizada en los campos o la que trataba de contener las relaciones sociales en el marco de un juego de compensaciones en el Frente Alemán del Trabajo.[29] Hubo de hacer frente, malhumorado, a las noticias de destrucción de bienes que le señalaba el frío pero jubiloso Heydrich, indicándole que habría preferido que matara a gente a que destruyera riqueza. Pero no podía dejar de aparecer, en un momento en que los ojos del antisemitismo nazi estaban sobre el número dos del país, como un convencido destructor de la propiedad judía, que él mismo llevaría, tras el proceso de progresivo apartamiento de la actividad económica, a su final. El 12 de noviembre comunicó a la prensa la decisión de hacer pagar a la comunidad judía el resultado de los destrozos, a lo que se añadió un impuesto que debía pagarse por el funcionario asesinado en París —el hecho que había provocado los disturbios—, cuyo importe fue aumentado en un 25 por ciento en octubre de 1939, de manera que los beneficios para el Estado fueron de más de 112 millones de marcos.[30] No contento con ello, Göring añadió un decreto de exclusión de los judíos de toda actividad económica en Alemania, lo que permitió que fueran «arianizados» los bienes que los judíos debían abandonar. De acuerdo con lo que sugirió Goebbels, Göring añadió al decreto del 12 de noviembre la prohibición de que los judíos pudieran ir al cine, al teatro, a conciertos, a cabarets o a cualquier otra manifestación «de la cultura alemana».[31] Antes de que se produjera el inicio de la guerra y el espacio en el que se produciría el genocidio judío, Göring se había apresurado a aparecer como la autoridad máxima dedicada a la expropiación total de los judíos alemanes, extendiendo sus propias atribuciones a las que, en realidad, correspondían al ministro de Propaganda. Salvada de esta forma su ortodoxia ideológica, este hombre aparentemente ajeno a los debates no parecía indiferente a las decisiones.

Naturalmente, es difícil considerar, en estas condiciones, que Göring fuera un moderado en cualquier aspecto que se refiriera al régimen: la represión, el antisemitismo, el imperialismo, la preparación de una guerra racial y de requisa. Sin embargo, las diferencias en los tramos superiores del régimen se referían al ritmo al que debían adecuarse las intenciones. Y Göring, al que se le habían dado garantías de un plazo más largo, estaba seguro de que no podría afrontar una guerra de dimensiones europeas antes de mediados de la década siguiente. De hecho, sus proyectos habían trabajado en esa dirección. Su victoria sobre los sectores conservadores de las empresas había sido absoluta gracias a la cantidad de técnicos de alta calificación con los que se podía contar en la Oficina del Plan Cuatrienal y en las diversas agencias del partido. Pero ninguna eficacia podía enfrentarse a la dramática dispersión de autoridades en la que vivía el régimen, que difícilmente podía solucionarse a través del decreto de septiembre de 1936 que creaba el Plan y el de Octubre, que se lo encargaba a Göring. En 1937, en el Congreso de Nuremberg, Hitler indicó que la economía sólo podía entregarse a los designios de los grandes objetivos políticos.[32] Sin embargo, tal unidad de criterio no iba acompañada de ningún otro tipo de coordinación, evitada cuidadosamente para no permitir la concentración de poder en ninguna de las agencias gubernamentales. Por otro lado, los trabajadores han empezado a apreciar el descenso de sus condiciones de vida y han iniciado formas de resistencia al incremento brutal de la producción que se les exige.[33] Tales temores son los que llevan a un Göring, que se sabe escasamente preparado para el conflicto, a mostrar entusiasmo por su realización a largo plazo —para no poder ser acusado de moderado, en especial cuando Hitler no ha recibido con buenos ojos su actitud conciliadora en la Conferencia de Munich—[34] y prudencia a la hora de

considerar un ataque a Polonia que podría desencadenar la respuesta británica.[35]

De hecho, cuando se produce un estallido que implica a Gran Bretaña, Göring comienza a darse cuenta muy pronto de la precariedad potencial de Alemania, ya que los datos sobre su capacidad de producción habían sido su ocupación durante los últimos años, y le cabía muy poco optimismo para malgastarlo en los fuegos de artificio de las primeras victorias, aunque pudiera compartir las primeras impresiones de una rendición de Gran Bretaña provocada por su aislamiento. Sin embargo, tras la pérdida de la batalla de Inglaterra y la renuncia a la invasión, seguida por los acontecimientos de la segunda mitad de 1941, le cabían escasas dudas acerca del destino de aquel conflicto si no podía interrumpirse por medios diplomáticos.[36] La dispersión que no había tenido mayores problemas en las primeras etapas del conflicto habrá de convertirse en una pesadilla cuando se enfrenten a potencias con capacidad de producción en masa. Robert Ley defenderá rabiosamente su propia soberanía sobre las condiciones laborales, ya que temía perder el apoyo de su clientela o trataba de ocupar un espacio que Göring ha perdido por la caída de confianza de Hitler tras el fracaso en Inglaterra.[37] La querella de autoridades lo enfrentará al recién nombrado ministro de Armamento, Albert Speer, que desde comienzos de 1942 aspira a convertirse en un Plenipotenciario de la producción de guerra, con lo que Göring deberá aplicarle el recurso preventivo que hasta entonces ha sido su padecimiento a manos de agencias que compiten entre ellas. Tal recurso es el resguardo de su soberanía por encima de la búsqueda de un objetivo común, si el precio es ser desplazado de la dirección del partido y alejado del favor de Hitler, quien premia en función de los éxitos tangibles y castiga a los fracasados. Un sistema que podría funcionar si los propios afectados por el fracaso no se preocuparan de salvar su carrera proporcionando cifras

falsas y perspectivas que nunca podrán cumplirse, como lo hará el propio Göring asegurando que es posible la liberación de Stalingrado por aire a pesar de los ruegos de Milch y de los de Speer, cuyo hermano morirá en la ciudad soviética.[38] A la pugna entre agencias se sumará la propia inercia de una producción poco acostumbrada a los sistemas estandarizados, que producen un número excesivo de modelos y en los que la racionalización no puede hacerse de acuerdo con el principio de responsabilidad de empresa individual, que habría sido el más efectivo. Göring se pondrá histérico acusando a sus subordinados de saboteadores, llegará a provocar el suicidio, ya en 1941, de uno de sus mejores amigos, Ernst Udo, un héroe de la Gran Guerra, piloto excelente, pero que no pudo soportar el estrés de las exigencias de su superior.[39] Un acontecimiento de estas características puede indicarnos el grado al que había llegado el deterioro de las relaciones entre Göring y sus subordinados. Éstos no sólo se enfrentan a la mayor velocidad de fabricación que son capaces de lograr los aliados, sino que los motivos de esta carencia también llegan a encontrarse en elementos tan peregrinos como el temor a la pérdida del principio de liderazgo en cada una de las áreas de competencia, la incomprensión del ejército —para el que la aviación nunca puede ser un arma que cumpla funciones más que residuales, algo que bloquea la asignación de recursos— y la propia actitud de Hitler, que prohibirá el avance en investigaciones clave como el ME-262, único recurso que permitía tener algo que oponer a la superioridad en número y velocidad de los aparatos de la RAF. Cuando el propio Milch se hace cargo de la producción de aparatos, será capaz de fabricar cuarenta mil en 1944, a pesar de los incesantes bombardeos enemigos, frente a los diez mil que se habían conseguido en 1940, simplemente mediante técnicas de mejora productiva como la unificación de piezas de recambio, la producción en cadena e incluso el esfuerzo por mejorar determinadas

condiciones de vida de los prisioneros.[40] Todos los elementos que podían evitar el desastre: la racionalización productiva, el trato adecuado a la mano de obra, la superación de criterios artesanales, la estandarización de los recambios, el establecimiento de un mando único que neutralizara la lucha entre agencias, los recelos del ejército ante la Luftwaffe y las actitudes caprichosas de Hitler, que paraliza la fabricación de una aviación ofensiva de caza a favor de sus esperanzas puestas en grandes bombardeos o en lo que serán más tarde las V-1 y V-2, hacen milagroso que la guerra pudiera prolongarse durante tanto tiempo y, sobre todo, que se dispusiera de la capacidad productiva hasta finales de 1944. Con el Año Nuevo, las pérdidas de zonas de recursos naturales en Silesia y del petróleo en los Balcanes anulan cualquier posibilidad de resistencia.

Caído en desgracia ante Hitler, hasta el punto de ser destituido de sus cargos poco antes del suicidio del Führer, Göring estará dispuesto a asumir el papel de defensor del mismo régimen que lo había marginado desde 1941 a la situación de un jefe militar sin competencia, un insulto que en poco podía ser superado saliendo de la boca de Hitler. Incluso fue salvado por los norteamericanos de la sentencia de muerte que se había dictado contra él. Pronto se dio cuenta de que no sólo podía defender el Estado nacionalsocialista, sino que podía reivindicarse a sí mismo ante la opinión pública, como cuando declaró, el 11 de mayo, el grave error de Hitler de no haber aceptado que la guerra estaba perdida ya a mediados de 1944, como le habían indicado sus generales, algo que no dejaba de ser un apoyo indirecto al atentado realizado contra el Führer aquel mismo verano.[41] Quizás esperaba ser tratado como un general vencido que pudiera reivindicar su causa, pero no encontró más interlocutores que los jueces, más acusación que los crímenes de guerra, contra la paz y contra la humanidad, ni más compañía de personas como Streicher, Kaltenbrunne o

Ley, a los que despreciaba profundamente. A lo largo del proceso pudo lucirse momentáneamente ante el fiscal americano, Jackson, en especial cuando las preguntas pudieron referirse a temas como los preparativos de guerra y la vulneración del Tratado de Versalles. Sin embargo, en cuanto salió a flote documentación acerca del antisemitismo, de las matanzas de población civil y el célebre caso de los cincuenta aviadores aliados ejecutados tras un intento de fuga, la posición de Göring se hizo insostenible.[42] Su situación fue desesperada, en especial por la manera en que el resto de los prisioneros se negaron a seguir el juego que llevaba adelante Göring: ni Streicher o Hess estaban dispuestos a reconocer a aquel Tribunal, ni Von Schirach, Speer o Funk deseaban nada más que salvar su propia responsabilidad. La línea intermedia de aceptación, defendiendo las propias ideas y afrontando el proceso como si se tratara de una situación «normal», que pudiera salvarse mediante los recursos de una buena estrategia defensiva, carecía de sentido. Por ello, cuando llegó la sentencia, Göring estaba preparado para no sufrir la última humillación de morir en la horca, mientras veía a los dos generales condenados a muerte, Keitel y Jodl, suplicar que se les concediera una ejecución por fusilamiento, que ellos se negaron a conceder a sus compañeros sublevados en julio de 1944. La cápsula de cianuro, el recurso utilizado por Himmler meses antes, sustituyó la chapucera estrangulación con la que Ley, fiel hasta en su muerte a su escasa competencia, respondió a una condena segura y al aturdimiento por la caída de su imperio.

Meses antes, Göring había aceptado ser sometido al test Rorschach. Cuando observó la mancha que debía comentar, Goering empezó por burlarse de «estas enloquecidas cartas otra vez… ya sabe, me han comentado que les han enseñado algunas pinturas vulgares». El comentario realizado por el psiquiatra ante este avance indicó algo acerca de esa

personalidad que, muy poco antes de que el nazismo fuera gran cosa en Alemania, estaba dispuesto a arrojar de un restaurante de lujo a todos los clientes indeseables: según los médicos, el comentario indicaba un sentido especial de la superioridad, al referirse a sus defensores como «esos viejos»; el comentario reflejaba su deseo de identificarse con la autoridad, considerando absurda una prueba médica:

> Desde el principio, tuvimos la impresión de que nos enfrentábamos a un hombre con sentimientos muy negativos sobre sí mismo y su situación, pero que no aceptaba responsabilidad por nada. Lo normal es ver en la mancha una mariposa, o alguna otra criatura. Göring, en cambio, vio sólo un escarabajo o un murciélago. Finalmente, se decidió por el murciélago …[43]

Los psiquiatras se refirieron a una depresión incubada durante mucho tiempo, pero no es misión de este breve relato acerca de una personalidad compleja, en una época que atestaron los callejones políticos falsarios, los espacios fingidos y los grandes angulares sobre la propia situación en el mundo, hablar de las formas de compensación afectiva con que Göring había de insertarse en un proyecto político. De hecho, cualquier implicación en los espacios públicos indica un deseo de socialización, de pertenencia, de sentido común, de lenguaje compartido. Hermann Göring empezó a matar a sus enemigos a los veintiún años, y hasta los cincuenta y dos no dejó de hacerlo o de ordenar que se hiciera, o de creer que ésa era la única forma de salvar ese espacio al que deseaba asomarse de nuevo, esa patria donde quería verse reflejado. Göring representó a aquel fragmento de la sociedad alemana que creyó posible, desde algo muy parecido al cinismo, pero que era sólo el asombro de que alguien pudiera creer en la democracia, una relación con el pueblo que no pasaba tanto por integrarse en él como por la posibilidad de contemplarlo desde un espacio vistoso en que el *Volk* aceptara la presencia de los mejores. Desde un recinto como el mausoleo de

eternidad donde quiso perpetuar la memoria del único amor profundo de su vida. No era desde el cielo, como en 1917 o 1918, ese balcón sagrado que la aviación de la Gran Guerra le permitió ocupar para observar la grandeza del mundo, observando la tierra carcomida por la metralla y tiznada por los cadáveres desde la pureza de la atmósfera, sólo recorrida por escasos caballeros del aire, aquellos orgullosos jinetes sobre su precaria cabalgadura. Al margen de aquellos héroes de diseño, alejados del mundanal ruido de las trincheras, desfilaban ahora, en la memoria de Göring, los espectros de los miles de pilotos de su Luftwaffe abatidos, hombres cada vez más jóvenes, cada vez menos adiestrados, cada vez más indefensos frente al adversario, rebeldes sin siquiera una causa justa, anónimos *Wandervögel* agonizando en un vuelo estrepitoso, humeante, antes de caer en barrena sobre las ruinas que envilecían el paisaje. No, no era aquella cima heroica poblada por una clase de guerreros extinguida para siempre. Göring había descendido desde la estatura del aire hasta el andamiaje de un poder corrompido y corruptor. No era una cima moral. Era sólo un lugar en la cumbre.

7
Robert Ley
La clase obrera va al paraíso

A mediados de otoño de 1945, un dirigente del NSDAP que iba a ser juzgado en el primero de los procesos de Nuremberg se ahorcó en su celda. Como casi todos sus compañeros, incluidos los que fueron condenados a muerte en 1946, empezó a redactar unas memorias cuyo título ocultaba y revelaba al mismo tiempo, como lo haría un espejo deforme: *Bauernschicksal* («Destino de campesino»). Esta elección no tendría mayor interés si el autor de aquellos recuerdos no hubiera sido el responsable máximo del Frente Alemán del Trabajo (DAF), Robert Ley. En el juego de prestidigitación psicológica en el que habían de desenvolverse los dirigentes nazis tras la caída del Tercer Reich, estos ajustes de cuentas con el pasado podían responder a la necesidad de amortiguar el ámbito de responsabilidades a medida que se hacía más implacable la magnitud de la tragedia. Tal acción podía ser una estrategia frente al tribunal ante el que debían presentarse, pero también era el resultado de una necesidad íntima, que les permitiera volver a un mundo de códigos de conducta social abandonados en el período comprendido entre el final de las dos guerras mundiales, desde la miseria de la derrota, la abnegación de la lucha y la embriaguez embustera del poder total, del cumplimiento de unas expectativas sólo destinadas a un mundo que ardía en un permanente estado de suspensión moral. Se trataba de un verdadero esfuerzo de introspección para tratar de comprender, ellos también, lo que había sucedido: era una

estrategia de redención más profunda que no iba en pos del oportunismo de la reducción de la pena o de la salvación de la horca, sino de una especie de absolución a través de la aceptación sincera de la intensidad del daño cometido y la perplejidad ante la capacidad de ejercicio de la violencia y de impunidad de los actos que se les permitieron. En una combinación inédita de justificaciones políticas y análisis de evolución afectiva, tales trabajos se redactaron, como ocurrió con las páginas escritas por Ley, cuando al otro lado del día solamente esperaba la muerte, el final personal que diera congruencia al *Zusammenbruch* del Tercer Reich. No era el hundimiento del mundo en el que habían creído, sino algo peor: el desguace del mundo *que había creído en ellos*, que les había otorgado una sagrada autoridad y cuya desaparición sólo parecía hacerse completa con la de cada uno de sus responsables máximos.

La paradoja del título escogido por Robert Ley para el comienzo de sus memorias es que, a lo largo del régimen nazi, nadie habría podido relacionarle con algo distinto al mundo del trabajo en las fábricas. Era el responsable máximo de un imperio basado en el control de la mano de obra, de la modernización agresiva de la producción, de la creación de una conciencia de comunidad de empresa y de los rasgos más vistosos de la política social de un régimen que había prometido construir la equivalencia entre nacionalismo y socialismo. ¿Por qué, pues, no poner al comienzo de sus recuerdos la referencia al «destino de un obrero», un *Arbeiterschicksal*? Quizá, la respuesta es más obvia de lo que parece, porque el reflejo de ese cristal que creíamos deformante es algo más riguroso de lo que pensábamos. El máximo representante del obrerismo en el régimen nazi nunca se consideró un dirigente obrero, cuya herencia fuera la de los ya antiguos dirigentes del sindicalismo cristiano y socialista. Fue, de acuerdo con la ideología del NSDAP, el organizador de la propia superación del

concepto de clase que había ido consolidándose a lo largo del *Kaiserreich* y de la República de Weimar. Nunca planteó que dejaba de ser el representante de los trabajadores alemanes: no hubo discurso alguno suyo, recopilado en cuidados volúmenes que editaban sus discursos en elegante letra gótica,[1] en que no se refiriera a este aspecto de su cargo y de su propia personalidad. Pero Ley había venido a precisar el sustantivo con un gentilicio de calidad: el trabajador *alemán* había dejado de ser un obrero en sentido estricto. La nación a la que pertenecía radicalmente pasaba a caracterizarlo, arrebatándole tanto una abstracción universalista como la concreción de su existencia individual. Ley fue un constante y eficaz propagandista del concepto de *Volksgemeinschaft*, del mito positivo en el que el trabajador alemán no era nada más —y nada menos— que la columna vertebral de una comunidad orgánica, que había dejado de realizar una tarea rutinaria e inconsciente, medida sólo por su valor de cambio como mercancía. El trabajador se implicaba voluntariamente, dominando la técnica, mostrando su destreza, transformando la materia, proporcionando a la sociedad una tarea indispensable por la que esperaba el *reconocimiento social* de la misma, no sólo mediante su valorización en el mercado. Los principios individualistas de la sociedad burguesa se basan en la fragmentación ad infinítum de todas las experiencias sociales, en la privatización de lo realizado en los campos colectivos, sea la labor o el ocio, aun cuando pueda legitimarlas mediante una estandarización del consumo y del trabajo que se presenta como principio de igualdad. Para la sociedad burguesa, como para el análisis de la misma realizado por el socialismo de los años treinta, el trabajador es una *mercancía* de valor cuantificable según variables de coyuntura. El nacionalsocialismo levantó uno de sus principales estandartes de combate contra esa idea mediante lo que parecía una protesta contra la deshumanización que implicaba: no se

presentó como destructor de unos derechos solamente, sino constructor de un nuevo espacio de referencias sociales, en el que la revolución espiritual y racial devolvía su honor al obrero, su calidad de dominador de la materia, su orgullosa destreza transformadora, sus rasgos solidarios y cooperativos, su esencia de creador de la riqueza, su carácter de ciudadano sano, auténtico, miembro de una comunidad constituida por una raza superior en el seno de la cual debía abolirse el concepto mismo de lucha de clases. No se trataba de romper sólo con una realidad, sino de acabar con una *percepción* por mecanismos propagandísticos de una gran intensidad, que se basaran en algunas ideas preexistentes, que pulsaran elementos de conciencia de grupo, de los mensajes lanzados a los trabajadores desde su propia condición de sector específico de la sociedad, para lograr laminar cualquier elemento de conflicto que contuvieran y entregar esa misma conciencia como un factor constructivo, funcional, orgánico. Se equivoca quien ha podido plantear que las condiciones sociales del mundo laboral no se alteraron, porque la modificación de este conjunto de apreciaciones, la integración del obrero en un sentido comunitario a través de un sentimiento de pertenencia a una comunidad popular sin fisuras, los factores de cambio *simbólico*, son formas de *apreciar* las relaciones sociales y, por tanto, una manera de definirlas de nuevo.

El nacionalsocialismo dedicó un esfuerzo tan considerable a esta nueva versión porque sabía que no podía llevar adelante un modelo de simple sustitución de la independencia organizativa de la clase obrera, de aplastamiento de organizaciones casi centenarias, de una dilatada cultura que marcaba la diferencia y el conflicto, si no establecía una combinación de represión y de integración, un proceso complejo de neutralización que se enfrentaba a un mundo del trabajo que no era homogéneo y no podía ofrecer una resistencia uniforme. Se dirigía a experiencias muy diversas de

vida material, de formación cultural, de comprensión del propio lugar en la sociedad, y se esforzó en darles unidad, en producir una *Gleichschaltung* que fuera creíble porque abordara, al mismo tiempo, factores que se referían a la mejora de algunos problemas materiales graves —el desempleo, pero también las propuestas de ahorro popular, de Auxilio de Invierno, de fabricación de automóviles baratos, de viviendas de nuevo tipo para trabajadores— que fueron reforzados y corroborados por un *discurso* que, sin ellos, quedaría vacío de nuevas experiencias sociales. De la misma forma que, sin un discurso que las acompañara de una lógica de progresiva modificación del lugar que los trabajadores ocupaban en la sociedad quedaría sin *significado* en caso de que cada uno de los cambios que se realizara no fuera acompañado de su inserción en la lógica de la *Volksgemeinschaft*. Por tanto, a las transformaciones que se produjeron en el mundo material, y que podían responder a la superación de una crisis de coyuntura aterradora, que desencajó las posibilidades de resistencia obrera y arrancó de cuajo la confianza de amplios sectores populares en el porvenir, el nacionalsocialismo sumó un *desplazamiento ideológico*, que logró neutralizar por diversas vías no sólo la resistencia puntual de los trabajadores, sino que llegó a transformar hondamente las relaciones de clase en las empresas. Esto no podía hacerse sin haber recurrido a la fuerza en los últimos años de Weimar y, en especial, en los dos primeros años del nuevo régimen. No se habría logrado tampoco sin la devastación inmensa producida por la crisis que desarboló completamente las condiciones cotidianas de existencia de cualquier tipo de trabajador en los últimos cuatro años de la República. Pero tampoco habría conseguido consolidarse sin un factor de persuasión que se sumaba al esfuerzo de propaganda que hemos examinado en las tareas reservadas a Goebbels. De lo que se trataba, en la agencia a la que dio una dimensión monstruosa la megalomanía

enloquecida y la racional ambición de Robert Ley sus compañeros del DAF, era de aprovechar las mismas raíces comunitaristas en que se había educado a la clase obrera católica o marxista, para depurar la utopía de la comunidad popular de su aspecto de clase, de su grado de autonomía de un sector social y de su conciencia de relación conflictiva *a través* del trabajo, en lugar de convertirlo en una actividad cooperativa que acababa verificando en su propio desarrollo la realización de la *Volksgemeinschaft*. El nacionalsocialismo no deseaba superar el capitalismo, sino la *forma* en que el capitalismo era vivido por los trabajadores,[2] siendo capaz de darle un *valor de cambio simbólico* que se refería a factores tan aparentemente etéreos pero fundamentales en la experiencia de cada uno como la autoestima, el prestigio, el sentido de ocupar un lugar en la sociedad y en el proceso histórico que debía ser reconocido y alabado, que debía recompensarse materialmente y simbólicamente. Todos estos factores se beneficiaban de los elementos de desesperación provocados por el hundimiento de Weimar, como las virtudes acumuladas en una tradición de clase, educada en ser la propietaria de aptitudes sin las que la sociedad entera se desmoronaría, como el propio valor distintivo del trabajo, elemento de humanización y de adquisición de la ciudadanía, factor de progreso frente a la naturaleza, base íntima de la cultura y fundamento de las naciones.[3] El trabajador alemán, a ojos de los funcionarios del DAF y según repetían obsesivamente los discursos de Ley, debían vivir un proceso de conversión, un trayecto de depuración que interrumpía la degeneración social en la que podían comprenderse sus sufrimientos. El dejar de ser proletarios, como lo reclamaba la prensa de las propias células de empresa nazis, era un necesario retroceso, para encarar el camino correcto de la modernidad tras haber caminado por una senda errónea, la de la lucha de clases. Eso podía entenderse cuando se planteaba que el trabajador dejara de

ser una mercancía contabilizada por la burguesía o valorada por el sindicalismo de clase en sus luchas salariales, para ser rehumanizado, como parte del *Volk*.[4] Emancipado de su condición de mercancía por la revolución nacional, el mito de la comunidad de sangre convertía a cada uno de los trabajadores en un instante, en una fase, un fragmento social que adquiría la conciencia de pertenecer a algo: la metamorfosis avanza en sentido opuesto al de la tradición, pues lo que se va a obtener no va a ser un *ejemplar* que levanta el vuelo escapando a su letargo, sino al contrario. Para el nazismo, lo que existe es una vuelta al claustro protector de la crisálida, al espacio que no desea ser independiente, que renuncia a su propia condición de ser libre para comprenderse como elemento de una cadena obsesivamente productiva, ansiosa por servir a una comunidad que valora el trabajo *en su conjunto* y no sólo como relación destinada a obtener un salario. Los elementos de angustia de exclusión que ha provocado la crisis de Weimar tienen un ámbito de resolución en esta capacidad de integración en la ciudadanía que contiene claros elementos arquetípicos, simbólicos, que hacen de los trabajadores básicamente alemanes decentes, sanos, *Volksgenossen.* La persuasión cultural y la gratificación afectiva encuentran a una clase obrera desguarnecida por la crisis, con su moral puesta a prueba por los efectos devastadores del *crack* del 29 y con la capacidad represiva de un Estado que ha liquidado a los cuadros que podían haber mantenido mallas de resistencia. Quizás podría parecer poco importante para la ortodoxia marxista que, lejana a las propias advertencias del joven Marx, desatenta a los cruciales aspectos relacionados con el prestigio social y su fatal deterioro en los tiempos finales de Weimar, sin haber comprendido lo que podía significar el concepto de *alienación* en aquellos momentos, esperaba encontrar en todos los votantes radicales a críticos con la burguesía que necesariamente tuvieran en perfecto estado de revista sus

inclinaciones ideológicas, sin vacilar cuando el régimen era capaz de ofrecer una mezcla de integración seductora y represión visible, siempre amenazadora, siempre hecha pública, una arquitectura de la exclusión radical siempre expuesta para indicar el camino de la expulsión del paraíso y la reclusión en la esclavitud a quienes, absurdamente, no desean aceptar el nuevo contrato social.[5] La victoria sobre el desempleo y la expansión de una organización del trabajo que rompe todos los recursos de una resistencia que acostumbra a la reivindicación en condiciones más favorables explica que la tarea de Ley y el DAF permitiera añadir, al terror y a la parálisis, la neutralización e incluso la adhesión a un proyecto que llamaba a constituir un orden sin clases de acuerdo con las categorías que el liberalismo y el marxismo habían querido ofrecer como métodos para descifrar las relaciones sociales.[6] El nazismo no quiso crear otras, sino sustituirlas por una naturalización, un apaciguamiento que las normalizara y las hiciera fruto de un orden permanentemente abierto a las mejores, siempre y cuando se promovieran desde la aceptación de la abolición *previa* del concepto de clase. Si el trabajo de propaganda coincidía con el remedio a la peor de las pesadillas vividas de una forma generalizada por la nación, el desempleo, la misma solución transversal al mismo parecía no sólo coincidir en el tiempo con los elementos simbólicos utilizados, sino también formar parte de un proyecto coherente.

Si alguien tomó la máxima responsabilidad de este tema, alzándose sobre él para ganar un espacio proporcionado a su ambición de conquistar espacios de poder personal dentro de la lógica poliárquica del Tercer Reich, fue Robert Ley, que ni siquiera procedía de la izquierda nazi, ni de la que se enfrentó a Hitler en Bamberg, ni de la que apoyó la expansión de las Células Nacionalsocialistas de Empresa en 1931 y 1932, sino de quien sólo llegó a su cargo como deriva lógica de su responsabilidad como responsable

de la Organización Política (PO) del partido, sustituyendo a Gregor Strasser en la crisis de diciembre de 1932. Por tanto, es lógico que Robert Ley, en su celda de Nuremberg, no quiera utilizar una palabra con la que se le habría identificado en la Alemania del Tercer Reich cuando su propósito ideológico había sido, precisamente, un cumplimiento completo de la utopía nazi por la vía de la destrucción de todos aquellos aspectos que podían haber sido elementos de identidad de clase conflictivos, para convertirlos en un particular que sólo se comprende y se acepta como zona de una realidad más amplia. Los barrios ideados para crear espacios especiales del pueblo, como la fabricación en masa de Volkswagen, están destinados a *nivelar*, lo cual se *presenta* en el escenario del nacionalsocialismo como mejora de cada uno y como aniquilación de la conciencia de clase al mismo tiempo. Se tiene un coche *popular*, se vive en una residencia *obrera*, se trabaja en una *fábrica*, pero todos estos elementos sólo son comprensibles como episodios que pueden funcionar si el conjunto del organismo nacional está en marcha, en un orden justo en el que cada uno percibe lo que debe serle reconocido, tanto en recursos materiales como en reconocimiento, en «veneración», como dirá el propio Ley. El dirigente del DAF sólo reforzará su organización como resultado de una lucha de facción dentro del sistema de poder del nacionalsocialismo, lo cual lo lleva a realizar algo que, en apariencia, es contradictorio: incrementar la identidad de clase y, al propio tiempo, hacerla nueva, como perfil de un *Arbeitertum* cuya existencia sólo puede comprenderse, autónoma y funcional, poderosa y sumisa, en el marco del nuevo régimen. La *Volksgemeinschaft* no era un primer paso para integrar las reivindicaciones específicas de los trabajadores industriales o mejorar sus condiciones de negociación en la sociedad. De hecho, ni siquiera se consideraba abiertamente empeorarlas: se deseaba entender cualquier cambio de situación en un trayecto que fuera arrancando el

concepto de clase de la mente de quienes llevaban generaciones siendo educados en él.

La comunidad popular era una utopía alternativa, no el primer escalón de un edificio en cuyos sucesivos rellanos se fueran distinguiendo los intereses contrastados del vecindario. Se trataba de una utopía a la que ni siquiera debía llegarse, sino que se iba expresando en su misma realización, como ocurre con todos los movimientos milenaristas que han existido, en los que el viaje emprendido va esbozando los perfiles del territorio de llegada en la imaginación de los viajeros. Si algo hemos aprendido de las propuestas de cambio total que se han contenido en todos los movimientos de emancipación, desde el origen de la revuelta cristiana contra el mundo judío y romano, es el carácter de *presente* que tiene ese supuesto *futuro*, a sabiendas de que los creyentes no querrán delegar en las generaciones del porvenir el provecho de sus esfuerzos —si lo consideramos en su forma más egoísta, pero también la única capaz de exigir sacrificios en tiempo biológico, personal—, por lo que se requiere de la retribución afectiva de *formar parte* del futuro, de ser pieza básica sobre la que éste se construirá, adquiriendo conciencia de ese carácter cimentador. Pero también porque dependerá de la abnegación del trabajo, de la constante depuración, del aprendizaje en el recorrido sobre los paisajes inéditos, de la capacidad de empaparse de la experiencia que ese futuro llegue a serlo —si lo examinamos en el sentido de la responsabilidad que los revolucionarios desean poseer como *portadores del futuro* en sus actos, como si hubieran de rendir cuenta por algo que no verán realizarse, pero que sin su esfuerzo nunca tendrá lugar—. Esa paternidad póstuma alimenta la estructura afectiva y el potencial de agrupación de los movimientos utópicos, porque permite que los hombres y las mujeres se desarrollen sobre el mayor tirano que se ha arrojado sobre su vida: el tiempo, lo que los diferencia de la

inmortalidad y lo que les permite envejecer. Por ello, la pulsación de la utopía contiene siempre los indicios de un afán de eternidad sustitutiva, una divinización de la propia existencia provisional, una negación de la contingencia individual que hace de estos movimientos jugadores con ventaja en cualquier debate político, cuando los demás sólo ofrecen la sumisión a la condición humana, la cadena de renuncias que, en el fondo, implica una mezcla de *carpe diem* y de exaltación del absurdo, hasta hacer del mismo control de una existencia sin sentido la base de una de las corrientes de pensamiento más poderosas de nuestro siglo.

Bauernschicksal puede presentarse, de esta forma, como una confesión de lo que Ley *no* era en relación con su cargo, pero de lo que tampoco le correspondía en la utopía de la *Volksgemeinschaft.* Más que el líder de los trabajadores alemanes, ese químico de formación era el responsable de aplicar un abrasivo destinado a desmentir cualquier perfil de clase delator de las diferencias y rectificador de la homogeneidad, la reconciliación formal, la ausencia de líneas que dieran expresión al conflicto de intereses individuales o de grupo. Sin embargo, como habrá de ocurrir con las confesiones auténticas que se realizan en lo más duro de esa caída, el título de las memorias es una habitación de revelado que, como en *Blow up*, nos indica lo que no aparecía en la escena real, lo que sólo puede verse fuera de la dinámica de los hechos, en el congelado artificial de la fotografía. En la película de Antonioni, las pruebas del *asesinato* que la búsqueda en la realidad se empeña en cancelar del pasado, convirtiéndolo en una ficción o una sospecha improbable, al tiempo que hace de la realidad ese mismo espacio de falsedad. En el caso de Ley, una vocación perdida, sacrificada: para decirlo con sus propias palabras, un *destino* aplazado indefinidamente, que se intentará recuperar en diversos instantes de la vida y que tal vez habría acabado siendo el retiro de un sentenciado a una condena asumible

en las expectativas vitales. Si Antonioni establece una relación simbólica con los *hechos* —lo cual es, literalmente, el pasado—, Ley lo hace con las *ilusiones* —lo que significa la amputación del tiempo—. Para quien debía convertirse en un especialista en la destrucción de la propia realidad a través de la edificación de un mundo fantástico, una ensoñación en la que la comunidad imaginaria sustituye a la condición social, para lograr hacer de la ilusión una experiencia, ese «destino de campesino» se apea del concepto mismo de temporalidad para reconstruir lo que no pudo ser, lo que podía haber ocurrido y sólo el azar distribuyó con su implacable decisión de concedernos los peores de nuestros deseos. Por ello, las páginas de las memorias se interrumpieron, cuando Robert Ley no tuvo la fortaleza de ánimo para llevar su confesión como lo hizo Hans Frank, titulándola de un modo que correspondía a la brutalidad innoble en que había vertido su existencia: *Im Angesicht des Galgens* («En presencia de la horca»). «No hay destino que no venza el desprecio», decía Camus refiriéndose a la satisfacción de Sísifo cuando abrazaba la roca a la que estaba condenado. Robert Ley se encargó de rectificar, por una vez, el destino que se le había asignado desde el instante mismo del *Zusammenbruch.* Aunque le fuera la vida en ello, el destino y la voluntad de Robert Ley se encontraron, en esa fusión que era la esencia del proyecto nazi, el 25 de octubre de 1945.

Sin embargo, si la elección nos indica un *no lugar* —que en la ideología nazi permite considerar *positiva* una profunda *negación*, porque ha establecido la línea divisoria en un lugar distinto, que se refiere al que separa a quienes son ciudadanos, camaradas de sangre, y a quienes son ajenos a la comunidad—, también es capaz de señalarnos el punto deseado, no sólo de partida, sino de retorno. Esa referencia social que rechaza la que se ha vinculado en su responsabilidad en el Tercer Reich es, para Ley, un reencuentro fundamental con sus primeros pasos en la vida, que su principal

biógrafo considera fundamental para comprender su inclusión en el nazismo.[7] Robert Ley nace como hijo de campesinos acomodados de Renania, destinado a ocupar esa misma categoría social. Sin embargo, antes de que cumpla los siete años, su padre no sólo ha dilapidado su herencia en arriesgadas operaciones financieras, sino que ha acabado en la cárcel dejando a su familia a la intemperie, al cuidado de una valerosa y realista mujer que se encargará de asegurarse de que el séptimo de sus once hijos pueda escapar de la miseria y de la degradación social, de la vergüenza y del repudio, por la vía del estudio y de la obtención de un título académico. Ley recordará a los trabajadores en diversas ocasiones la forma en que puede comprender su sensación de desamparo, cuando él mismo ha podido experimentar en carne propia lo que se siente al perder un nivel social adquirido y ser expulsado a las carreteras secundarias del tránsito social. Sin duda, sus emociones ante aquella experiencia permitían hacer sinceras las horas en las que lanzaba arengas a los trabajadores invitándoles a sentirse orgullosos de que la nueva Alemania hubiera superado las diferencias de clase para avanzar hacia la belleza del trabajo, hacia el concepto uniforme de la comunidad del pueblo, hacia la opción totalitaria que sustentase la idea misma de imperio. De igual forma, su capacidad de salida a flote poco antes de iniciarse la Gran Guerra podía alimentar su desprecio profundo por las organizaciones de clase y la combatividad manifestada contra quienes no parecían entender el mensaje uniformista que lanzaba. Gracias a la madre, Emilie Ley (nacida Wald), el joven Robert acude a realizar su aprendizaje inicial en Grunewald y Rupprechtroth, y la insistencia de alguno de sus profesores permite vencer las resistencias iniciales del padre, que ya ha vuelto de su encierro convertido en un ser cínico y amargado al que se enfrenta la decisión de la madre de responder a las aspiraciones del hijo con la suficiente energía como para poder enviarlo primero a una

Oberrealschule en Elberfeld y más tarde, tras obtener el preceptivo *Abitur* que permite entrar en la universidad, ir a Jena, a Bonn y a Münster sucesivamente, para licenciarse en química, y que acabaría por doctorarse después de la guerra. Ciertamente, su vida universitaria tiene que ir vinculada a las necesidades que suponían pagar sus gastos mediante clases particulares y trabajos diversos, pero también disfrutó del ambiente poco discriminatorio que se abrió en la etapa postrera del *Kaiserreich* —para gran indignación de los antiguos monopolizadores de las asociaciones estudiantiles—, cuando las reformas del sistema permiten que personas de procedencia modesta no sólo estudien, sino que también puedan integrarse en asociaciones que suponen los primeros espacios de sociabilidad que les ofrecen un sentido de corporación diferenciada, tanto de las sectarias asociaciones de la nobleza como de las organizaciones de clase de quienes no han tenido acceso al estudio. El sentimiento patriótico podía sumarse a la formación religiosa de muchos estudiantes —como el propio catolicismo de la familia Ley— para ofrecer un espacio patriótico y de respeto a un orden que permitía la promoción social a quien se esforzaba en lograrla. En este sentido, el triunfo de la voluntad que aquella salida de una miseria segura había supuesto no había de quedar sin huella en la mentalidad del joven Ley, que desde su entrada en el colegio en 1898 hasta la lectura de su doctorado poco después de la Gran Guerra no había hecho otra cosa que estudiar para obtener un lugar destacado en la clase media de la que se le había querido expulsar por el fracaso paterno.[8]

Robert Ley no precisaba de la experiencia de la guerra como una posibilidad de socialización alternativa de desarraigado, como en el caso de Hitler, ni fue el ejercicio normal de una profesión radicalizada, como en el de Röhm, ni un factor que rompería su mundo de seguridad futura, como en el caso de Himmler, ni algo de lo que se le apartó por su invalidez, lo que

obligó a una persona como Goebbels a adquirir una compensación personal a través de la militancia. Robert Ley participó en la guerra y fue capaz de no hacer de ella un factor de discontinuidad en su vida personal, algo que hace su experiencia similar a la de Gregor Strasser, aunque la politización de éste se había producido antes del conflicto y se integraría inmediatamente en organizaciones de combate nacionalistas. Ley realizó su doctorado en química y obtuvo un empleo en la IG Farben de Leverkusen, lo que le permitió fundar una familia que rompería años después, cuando su dedicación a la política era completa, de la misma forma que la agresividad adquirida en sus enfrentamientos de partido le llevarían a provocar un incidente laboral que le costaría el despido. R. Smelser lo considera explicable sólo por motivos de psicopatología de una persona que dispusiera de una profesión destacada, que regresaba de un campo de prisioneros en 1920 —cuando el momento álgido del enfrentamiento entre revolucionarios y *Freikorps* se había extinguido— y que tenía más de treinta años cuando empezó a frecuentar los espacios nacionalsocialistas.[9] En este aspecto se sitúa el rencor acumulado por el descenso social que su padre impuso a su familia, algo que lo incitó a buscar una autoridad externa a la que entregarse, mostrando un grado inquebrantable de lealtad a Hitler que lo llevaría a enfrentarse a sus compañeros de facción del norte en cuanto ésta se constituyó. Tal compensación afectiva podía plantearse también como algo que lo condujera a un exacerbado romanticismo, como si el mundo de racionalidad y aplicación de la ciencia que ejercía en su trabajo, como químico especialista en alimentación, se viera interrumpido con una creciente angustia dedicada a encontrar, en un factor utópico creciente, que se alimentaba de una fantasía gigantesca de fraternidad germánica y de localización fácil de elementos patógenos por eliminar, la simplificación de sus aspiraciones, pero envolverlas, al mismo tiempo, en

una sincera y combativa aureola de creencia en un movimiento igualitario, que podía contrastar con sus futuras irregularidades financieras y su propia aspiración al lujo, de la misma manera que podía contrastar su actividad profesional con las vehementes afirmaciones realizadas con un idealismo y un afán totalizador que lo apartaría de los sectores más pragmáticos del partido. Por último, las heridas recibidas en un accidente aéreo durante la guerra, que lo sometieron a media docena de operaciones en un hospital de campaña, dañaron de forma muy grave su lóbulo frontal: aunque este factor no tenía por qué determinar una opción política, formaba parte de un conjunto de circunstancias que le permitían romper la normalidad que estaba al alcance de su mano en 1920. Su alcoholismo manifiesto, que el propio Hitler tuvo que tratar de remediar con aspereza; el suicidio de su segunda esposa, también víctima de excesos; la brutalidad de su actividad política, con la edición de un *Westdeutscher Beobachter* que poco tenía que envidiar a *Der Stürmer*, colocaba a Robert Ley como un personaje excéntrico incluso en el partido, que sólo se ganó su promoción a través del canal que más directamente podía asegurarla frente a cualquier protesta de sectores de la militancia: el apoyo del Führer. Las fotografías de la época nos muestran a un Robert Ley poco agraciado: de escasa estatura, rechoncho, crispado, con un rostro que sus enemigos llegaron a señalar como de clara procedencia judía, advirtiendo que Ley podía haberse cambiado el apellido «Levy» por el que ostentaba. Sus discursos están mal construidos incluso en su versión escrita, carecen de la elegancia que Goebbels sabía imprimirles, de la precisión gélida de Himmler, del brusco entusiasmo de Strasser o del modélico *crescendo* que Hitler dispone cuando va alargando las frases y elevando el tono. Los motivos que podían llevar a este personaje a militar en un pequeño grupo radical sin posibilidad alguna en aquellos momentos nos son desconocidos, y los motivos que Smelser

suma a las incitaciones que llevan a Ley a creer en una emancipación total de tipo milenarista pueden encontrarse reflejadas en personas como Goebbels de una forma acentuada, y en muchos cuadros de las SA y *Gauleiters* sin relieve histórico que compartían la llamada al paraíso realizada por Hitler. Sin embargo, lo que nos interesa de Ley no son unos motivos que nunca llegaremos a saber, de la misma forma que nunca nos será posible entender que alguien como Rosenberg o como Speer compartieran responsabilidades con personas como Streicher o como Ley. Lo que nos interesa son otros dos factores, que resultan complementarios: si Ley representaba una zona de la sociedad alemana como podían hacerlo sus compañeros opuestos de partido, dando luz a esa heterogeneidad vinculada que fue el Tercer Reich, y cómo logró este hombrecillo convertirse en el dirigente de la organización más poderosa del país hasta que la guerra y las SS le arrebataron esa posición. Quizás las respuestas se hallen más en el lóbulo frontal de Alemania y de sus sectores populares después de la Gran Guerra, que en las heridas causadas en esta zona del cerebro de aquel químico capaz de dedicar una tesis, tras seis años de guerra y cautiverio, a los efectos de la glicerina en la mantequilla.

En esa crisis de la sociedad alemana, que afecta de forma diversa a los sectores sociales que apoyarán el nacionalsocialismo de distinta manera y en diversas fases de su desarrollo, existe la visión del proyecto —como, por otra parte, ocurre en cualquier elección racional de una opción política, algo que suele negarse a quienes eligen el nazismo sin querer buscar en su opción factores en los que la persona concreta que elige cree haber realizado tal decisión de acuerdo con una serie de necesidades culturales, que tienen que ver con lo material y con lo emocional—, que parece abrirse con su dilatada capacidad de ofrecer promesas de redención amplias, mucho más de lo que podrán hacerlo las opciones deliberadamente restrictivas de

otras ideologías.[10] Esa propia integración que contiene el nacionalismo socialista hitleriano se realiza ya en el proceso mismo de afiliación y militancia, para prescribirse como una receta destinada a adquirir la medicina final en el momento en que se conquiste el poder, entendiendo este proceso de culminación como el momento del despertar de la nación, momento en que Alemania deja de yacer inconsciente, desmayada, para recobrar el sentido. La misma impresión de admisión a un movimiento de acogida, a una comunidad de combate que anticipa la *Volksgemeinschaft*, ofrece a una persona como Ley la idea que podía compartir con muchos de sus compañeros de clase media, aunque él pueda anticiparse en algo a los demás, al tomar partido antes de la grave crisis de finales de la década. El movimiento nazi es una oportunidad social, una zona abierta de promoción, un espacio que dota de posibilidades a todo el mundo. Por ello, ese sentimiento de lealtad al partido parte del temor a abandonar una plataforma de significado propio en una sociedad en la que se ha perdido prestigio, y Robert Ley había de tener una dimensión mucho más amplia como dirigente del aún pequeño NSDAP en el *Gau* de Renania que como empleado en la IG Farben, siendo su caso un elemento ejemplar que podrá aplicarse a personas de su formación académica y su estabilidad social en los años venideros. Que tuviera un campo de realización profesional no podía compararse con el escenario de seguridad en el futuro y de ciertas adquisiciones de poder en el presente que se le proporcionan cuando escala posiciones en el seno de una organización que habrá de crecer. En ella, Ley podrá combinar rasgos de su carácter que corresponden a esa comunidad de combate, pero que difícilmente podía llevar adelante en su oficina: la obscenidad de una propaganda en la que los adversarios son sistemáticamente deshumanizados, la participación en actos de violencia que seducen por su sensación de ampliación de la esfera del poder

comunitario, y la promesa idealizada de un mundo mejor, de una Alemania fraterna que es la base de justificación utópica del movimiento, y cuyos perfiles se experimentan en los pequeños escenarios de camaradería, de igualdad, de abnegación, que pueden observarse en el seno de la organización. De la misma forma que, en el momento en que el partido vaya adquiriendo una cierta relevancia electoral, el poder social irá proporcionando una promoción que va más lejos, al permitir a los cuadros del partido ser interlocutores sociales que habían perdido esa función en el mismo momento de la revolución alemana, cuando sólo la poseen los dirigentes sindicales socialdemócratas, los dirigentes del SPD y los representantes de los partidos de la burguesía, además de la vieja élite industrial en proceso de modernización acelerada.

Hasta una fecha tan tardía como los primeros meses de 1924, Robert Ley no entra en contacto con los círculos nacionalsocialistas, integrándose en las tertulias del partido a través de la propaganda que se realiza del proceso hecho a Hitler. Las palabras del Führer del NSDAP, según su propia confesión en los años de dominio nazi, le impresionan profundamente en su defensa del acto patriótico que ha llevado a cabo, y se reunirá con quienes, desde los días de los grupos radicales antisemitas, como el *Deutschvölkischer Schutz-und Trutzbund*, han organizado fuerzas de resistencia, primero contra el movimiento obrero y, más tarde, contra la ocupación del Ruhr.[11] Si el año 1924 era especialmente delicado por los conflictos internos que vivía el conjunto de la organización en la etapa de prohibición del partido —que en Renania se habían agravado en diversas ocasiones por las acciones de las propias autoridades prusianas, mucho menos tolerantes que las bávaras—, las cosas no fueron mucho mejor cuando se produjo la refundación a comienzos de 1925 y el NSDAP inició su camino en solitario. Mientras Hitler se hacía cargo directo del mando en

Munich, las cosas no permitían hacer más que dejar cierta libertad de acción a los *Gaue* que habían adquirido en aquel tiempo de confusión una tendencia a la dispersión y a las pequeñas querellas de los caudillos locales o regionales, además de estar imbuidos en un movimiento cuya formación siempre había tenido un carácter combativo, escasamente dispuesto a la centralización y con un sentido de la disciplina más militar que político. Este trabajo era el que debía corresponder al horizonte organizativo de los propios dirigentes de Munich, como Bouhler, Amann o Schwartz, burócratas encargados de nivelar directrices políticas, hacer cuadrar los recursos financieros escasos y mantener el esfuerzo editorial del partido, pero la tarea no podría cumplirse de forma adecuada hasta que el NSDAP se convirtió en un partido de masas y a medida que fue conformándose el mito de Hitler en el interior del partido. Como sabemos por el propio funcionamiento del Reich, lo que era una deficiencia originaria acabó convirtiéndose en un estilo, en una vía destinada a debilitar la concentración excesiva de poder en algún personaje. Pero, antes de llegar a la cancillería, la construcción del movimiento como partido disciplinado hubo de vencer una inercia propia de las antiguas organizaciones de excombatientes y las *Verbände* patrióticas, para enfrentarse luego a los intereses que iban creándose en cada Gau, algo que sólo las reformas organizativas de Gregor Strasser habían de liquidar en los dos años anteriores a su dimisión.[12]

Ley pronto habría de convertirse en uno de los oradores más virulentos del partido y quien era visto en su doble condición de persona con una formación poco habitual en la militancia de la zona, y la brutalidad despiadada con la que expresaba sus posiciones, sin que le arredrara enfrentarse a la importante base socialdemócrata, comunista o de los votantes del Zentrum de la zona. El partido era muy débil: obtuvo menos del 2 por ciento de los votos tanto en las elecciones de mayo como en las de

diciembre de 1924. Quizás por ello le resulto más fácil a Ley ganarse la confianza de los principales jefes del movimiento, Haake y Grohé, y pronto pudo conseguir ser nombrado jefe del Gau, ante la imposibilidad de Haake, elegido diputado en 1924, y seguir manteniendo la organización y sus responsabilidades como parlamentario. Era habitual en aquellos momentos que se reclamara el reconocimiento del cambio por las oficinas centrales del partido en Munich, pero Hitler decidió, como también era usual en su caso, esperar a ver cuál era la evolución del nuevo dirigente antes de darle su plena aprobación. Como siempre, quienes se hallaban en una situación más precaria habían de demostrar al Führer que eran capaces de ofrecerle las únicas dos cosas que le interesaban: eficacia para crear un movimiento de masas y lealtad a su liderazgo. En ambas cosas Ley había de resultarle extrañamente favorable desde el comienzo[13] y, en especial, en la segunda de ellas. Como nos lo indican las anotaciones en el diario de Joseph Goebbels,[14] Robert Ley fue el único de los *Gauführer* del norte y noroeste que, en la crisis de finales de 1925, estuvo de acuerdo con las posiciones políticas defendidas por los hermanos Strasser, por Kaufmann y por él mismo. Si en las reuniones que se celebraron antes de la Conferencia de Bamberg, los diversos dirigentes de la zona, como Haase o Pfeffer, expresaron reticencias concretas ante el documento que trataba de aprobarse, Ley estuvo desde el principio en oposición total a lo que veía como un movimiento destinado a desplazar a Hitler, si no de la jefatura del partido, sí de la misma idea de *Führerpartei* que Hitler estaba tratando de imponer. No había de actuar Ley de una forma distinta con quienes eran sus subordinados entonces ni con quienes lo fueron más adelante, cuando se convirtió en una figura tan poderosa en el Tercer Reich. Sin embargo, Hitler había de apreciar aquella posición hasta el punto de que no fuera nada casual su nombramiento como sucesor de Gregor Strasser como

responsable de organización del partido en 1932, a pesar de los elementos de inmensa conflictividad en que se había sumido la dirección de Ley, sus actividades empresariales y el siempre oscuro tratamiento de los recursos financieros generados por actividades del partido o de cualquier agencia que estuviera relacionada con él. Hitler fue impermeable a cualquier crítica y a los factores de desprestigio que podía causar este personaje, porque pudo observar en él la mezcla de desenfrenada ambición y de lealtad servil hacia su persona, unida a una extraordinaria actividad organizativa, todas las cualidades que exigía a los caballeros de su muy particular Camelot de Obsersalzberg. Sólo el tono de la carta enviado a Hitler para solicitarle el reconocimiento como nuevo *Gauleiter*, iniciado con un inhabitual «Verehrter Führer», mucho más humilde que el tono empleado con el que aún era un camarada por parte de los jefes locales del partido en aquellos momentos iniciales de recuperación, puede indicarnos —a nosotros y al propio perspicaz Hitler— qué relaciones estaba marcando Ley con él, que se apartaban del simple respeto para haber iniciado ya el tipo de veneración inapelable que aún no estaba en condiciones de inculcar.[15]

Por otro lado, la brutalidad de sus enfrentamientos en el *Gau* en 1927-1930 no parecen afectar a Hitler, sino que le proporcionan la imagen de un dirigente que está haciendo lo mismo que Goebbels lleva adelante en una zona de oposición, donde el partido apenas existe: aterrar al adversario, ocupar físicamente el espacio público, hacer que oponerse al partido llegue a representar un riesgo, mientras va presentándose la organización nazi como un movimiento decidido a cambiar las cosas, apoyado en una mezcla de anticomunismo y defensa de los trabajadores alemanes, de los verdaderos socialistas, que lo hacen peculiar ideológica, política y organizativamente. El Führer no dejará de recibir con alborozo la *publicidad* de un movimiento con perfil propio, y su propia actitud ante la

violencia, que ha utilizado para tratar de acabar con la República desde 1919 y que va a volver a usar en un estilo diferente desde su salida de la prisión, al frente de un partido-milicia, lo lleva a considerar que la intimidación del adversario es la expresión de una operación destinada a la unificación política de los alemanes en torno al único movimiento que realmente los representa. Ese tipo de violencia totalitaria, que no es un acto defensivo, sino la propia ontología y estética del movimiento, su razón de ser y su forma de ser, lleva a que Hitler atienda a esas luchas que se dan en el Ruhr, como las que se producen en Berlín, como actos que merecen su aplauso, una vez se ha podido llegar a la conquista de aquella parte de la población de Baviera que debía unificarse tras las banderas del nazismo. Acciones como la de la pequeña población de Rastätten, en marzo de 1927, cuando un joven nazi se convierte en un caído simbólico del movimiento, son aprobadas inmediatamente, tal vez porque la línea del partido tras el Congreso de Weimar en agosto de 1926, que se confirmará en el de Nuremberg de 1927, ha decidido agudizar la contundencia de sus acciones, tras el proceso de reconstrucción que se ha realizado entre la refundación de febrero de 1925 y el primero de los eventos citados.

Tales acciones iban acompañadas de un celo innegable en la tarea de fortalecimiento del partido, en una zona en la que la debilidad organizativa del NSDAP se sumaba al largo período de prohibición sufrido —en Prusia, desde 1922— y a la existencia de espacios de sociabilidad muy consolidados, con los que habían establecido los militantes de los partidos marxistas en la zona industrial del norte y los sindicatos cristianos y la clase media católica del sur, controlada por un partido muy activo, que mantuvo fuertemente perfilado y consolidado su apoyo social a lo largo de toda la etapa republicana, como el Zentrum. La militancia del partido era de unos mil trescientos afiliados en agosto de 1926, sin alcanzar los diez mil hasta la

primera mitad de 1931, cuando el NSDAP tenía bases mucho más amplias en otras zonas del país a aquellas alturas.[16] En 1928, cuando el resultado general del partido había sido escaso, en el distrito de Colonia y Aquisgrán apenas se pasó del 1,1 por ciento, siendo sólo similar al obtenido en el resto de Alemania en el de Coblenza y Tréveris (el 2,1 por ciento). En 1930, cuando en toda Alemania se obtenía una media del 18,3 por ciento, en ambas zonas se estuvo entre el 14,4 y el 14,9 por ciento de votos.[17] La debilidad del movimiento en la zona obligaba a un esfuerzo especial y también otorgaba una cierta impunidad ante un Führer que, hasta mediados de 1930, estaba dispuesto a imponer su presencia a la burguesía alemana por la vía de esa visibilidad alcanzada en aquellos territorios donde habían imperado los partidos obreros sin oposición, o donde el catolicismo había de ser inclinado hacia opciones menos complacientes con la socialdemocracia, en especial cuando el Zentrum estuvo tras el mandato del canciller Brüning y se convirtió, hasta la primavera de 1932, en el principal adversario del partido. El esfuerzo de Ley para extender el número de locales del partido e incrementar los debates realizados después de la salida del trabajo se veía acompañado por una extraordinaria brutalidad en su prensa, que lo llevó a perder su inmunidad parlamentaria en la Dieta Prusiana en 1929, en especial cuando su periódico *Westdeutsche Beobachter* inició una campaña de incitación al odio contra los judíos que llegó a utilizar técnicas muy similares a las de *Der Stürmer*, incluidas obstinadas referencias a asesinatos rituales que se cometían en las sinagogas.[18] Hitler permitió que Ley impusiera este tipo de propaganda e incluso se enfrentara a sectores más moderados de su partido en aquella etapa, seguro de que cambiaría de tono cuando fuera necesario, es decir, cuando se hubiera convencido a la burguesía alemana del carácter indispensable del nacionalsocialismo para cualquier combinación política

que pusiera fin a la República de Weimar.[19] Por otro lado, se fiaba de su capacidad de atraer a un tipo de sectores sociales que empezaban a sufrir las consecuencias de una racionalización industrial que en la zona del Rhur estaba provocando la pérdida de puestos de trabajo incluso en la etapa de expansión republicana.[20]

La llegada de la crisis económica, y su congruencia con la crisis institucional que se inició con la caída del último gabinete de coalición de Weimar en 1930, puso las condiciones para que el NSDAP desempeñara un papel que no había podido representar desde su refundación. Podía presentarse con resultados que, a escala nacional y a escala regional, hacían del nacionalsocialismo una fuerza indispensable para quien considerara encontrar una salida antidemocrática a la República, algo en lo que la élite alemana estaba insertándose como respuesta a un cambio de correlación de fuerzas sociales muy intenso. Por otro lado —y esto se suele tener menos en cuenta—, el partido podía ofrecer un espacio de integración nacional, a través de su propio discurso de síntesis comunitarista, frente a quienes planteaban opciones de clase, de pequeña facción o de ideologías con aspiraciones generalistas. De todos los partidos existentes en el país, el NSDAP no sólo prometía la unidad, sino que la *realizaba en sí mismo*, era su símbolo y su encarnación, al pronunciar la palabra mágica de la *Volksgemeinschaft* presentada como alternativa a la lucha de clases y a la democracia pluralista, y al practicar en su propia carne un ejercicio de suma de elementos que podían ser contradictorios y que, en el resto de la política alemana, se agrupaba en los diversos fragmentos representativos existentes. Este impulso de unidad en tiempos de fragmentación era uno de los factores de fuerza y de veracidad que se le podía conceder al partido, que ya no estaba actuando como una fuerza armada represiva solamente, como el viejo escuadrismo italiano, sino que estaba construyendo un movimiento

nacional frente a quienes se empeñaban en mantener estructuras superadas de división. El nacionalpopulismo adquiría, así, su vigor de una revolución especial, que implicaba el retorno a la unidad perdida del pueblo, elemento indispensable para que toda la nación pudiera hacer frente a sus problemas, y que resultó un elemento fundamental para que, en el instante de su llegada al poder, Hitler pudiera referirse al año 1933 como el de un momento de «regeneración nacional» y no de simple relevo de una fuerza política por otra. El nacionalsocialismo pudo dirigirse, con un discurso que no procedía de la tradición de clase del proletariado, pero tampoco de la burguesía, a clientelas de ambas zonas desmoralizadas por las condiciones en que se hallaba el país: se abrió paso gracias a una deforestación ideológica, a una devastación cultural que abolió la confianza de unos y otros, incluidos quienes podían haber planteado una salida de carácter autoritario-conservador. Además, su carácter de expresión de quienes *sufrían*, de los *perdedores*, pasó a convertirlo en un partido especialmente adecuado para las condiciones de desesperación y de desguace de las tramas de reconocimiento social que se producía a comienzos de la década de los treinta, haciendo de esa condición de partido de combate de los «exteriores» al sistema una de sus principales bazas, que le permitió imponerse a fuerzas que habían tenido una representación abundante en su lucha contra la República, como los veteranos del *Stahlhelm* o los nacionalistas radicales del DNVP, que formaron parte de los gobiernos republicanos. Aparecía como un partido no sólo del pueblo, sino del pueblo *en condiciones de padecimiento*, haciendo de su propio ritual de caídos y de combate un elemento arquetípico, una referencia que se dirigía a quienes padecían la desesperanza por lo que había sucedido con la República. Su juventud le permitía llegar a los millones de personas que sólo conocieron la desdicha

social, y que nunca tuvieron noción de las ilusiones con que se había iniciado el nuevo régimen.

La historiografía ha planteado de una forma contradictoria el apoyo de los trabajadores al nazismo, examinando las posibilidades de análisis sutiles que hoy ofrece la sociología electoral o los estudios de composición social del partido, procurando distinguir entre ambas situaciones que solían integrarse arbitrariamente en los primeros análisis realizados, sin acertar a ver la distancia que existe entre el compromiso militante y el voto que puede variar en una distancia de pocas semanas, como se vio en 1932. La crisis iniciada en 1929 permitió al NSDAP su expansión entre sectores del campesinado, como ya se ha visto, pero pudo entrar en ámbitos específicos de trabajadores que habían sido desdeñados hasta hacía relativamente poco tiempo. Es cierto que la clase obrera de los grandes centros industriales podía continuar inclinándose por una radicalización política que no la sacaba del espacio de los partidos de clase, pasando del SPD al KPD, como haría de forma tan clara entre 1930 y 1932. Sin embargo, el voto obrero nazi podía proceder de los amplios sectores de los trabajadores alemanes que no estaban situados en estos ámbitos, que nunca se habían movido en los escenarios de conciencia de clase más radical, sino que habían optado por el sindicalismo cristiano o por el sindicalismo liberal, o bien, simplemente, por no formar parte de sindicato alguno, por lo que constituían una amplia capa de población que no estaba inscrita en ninguna de las organizaciones de clase, y cuyo voto podía haber ido a nutrir a partidos liberales, a los pequeños partidos de interés o al catolicismo político. El estudio que ha realizado Brustein acerca de sectores enteros de la actividad económica que en otros lugares puede estar muy vinculada a la izquierda —como la construcción—, pero que en Alemania no lo estaba, por el mismo tipo de trabajo, tan sensible a las condiciones que se

produjeron en la Gran Depresión, tan abierto a escuchar cualquier propaganda que animara a la inversión en obras públicas, es muy significativo, como lo que el mismo autor indica acerca del textil. Por consiguiente, más que referirnos a la existencia de una transfusión desde la izquierda, lo que debería considerarse es la capacidad de reunir todo lo que *nunca* se había encontrado en ese lugar ideológico —o lo había hecho de forma muy esporádica y accidental—, para adquirir el predominio sobre aquellos sectores disgregados que, hasta el momento de la crisis, no creyeron encontrar un movimiento que unificara todas sus situaciones sociales heterogéneas en un solo proyecto político. Ésa fue la principal virtud del nazismo y de ahí que pudiera combinar con bastante comodidad su agresividad con el marxismo y su exquisitez con el obrerismo, distinguiendo entre clase y organización, pero también entre clase y situaciones de proletarización indeseadas, que no se contemplan como base de una actitud ideológica socialista o comunista. Sobre ese tipo de trabajador, que sufría ahora las condiciones de la depresión tras no haber sido adecuadamente representado con anterioridad por los grandes sindicatos de clase, se produjo el crecimiento del nazismo entre los sectores obreros del país, cuya pluralidad ha quedado tantas veces desdeñada a favor de interpretaciones más uniformes. Este tipo de persona era la que debía sentirse llamada por las esperanzas promovidas por el programa del «socialismo alemán» y el rechazo de la lucha de clases, que aparecían como un elemento de división que debilitaba a quienes lo promovían, un factor de división del pueblo en lugar del necesario fortalecimiento que prometían los nazis, del que se beneficiaría el conjunto de la población.[21]

La expansión había de producirse, además, en las condiciones especiales de deterioro del régimen en la etapa de gobierno de Heinrich Brüning, cuando el canciller católico recibió el apoyo del SPD en su política

deflacionaria, algo que dejó un extraordinario hueco para la campaña nacionalsocialista y para la radicalización del KPD. Sin embargo, en lo que interesa a este libro, fue la intensificación de la campaña realizada en aquellos momentos por el NSDAP, tanto a escala parlamentaria como de propaganda y organización sindical, lo que nos importa. Pues sólo a partir de 1931-1932 el partido, abandonando el tipo de «socialismo urbano» con el que había tratado de realizar una torpe campaña en 1925-1928, se lanzó a la elaboración de una verdadera plataforma de actuación inmediata —el programa presentado por Gregor Strasser en el parlamento— y a un reclutamiento de trabajadores para las Células Nacionalsocialistas de Empresa, reactivadas tras su olvido por Strasser, de la mano del prodigioso organizador Muchow y su revista *Arbeitertum*, convertida en una de las publicaciones más radicales en su agitación populista, que se beneficiaba del programa de equilibrio presupuestario lanzado por Brüning y apoyado por la socialdemocracia, mientras el nazismo defendía una política keynesiana, que incrementara los impuestos, las obras públicas y el déficit estatal, siendo capaces de relacionar la teórica imposibilidad de realizar tales propuestas por la presión a larga distancia del Tratado de Versalles y las reparaciones de guerra. La política de austeridad lanzada por Brüning no era sólo el resultado de la escasa experiencia para enfrentarse a crisis de esta envergadura, sino también de la necesidad de provocar en los aliados una mayor comprensión por la actitud de Alemania, dispuesta a sacrificarse en lugar de lanzarse a una política de desequilibrio financiero que hubiera permitido aliviar el paro. La mezcla de esa acción en el parlamento, en la que, por primera vez, el partido era capaz de presentar un programa de acción inmediata realmente meditado, en condiciones de responder a objeciones lanzadas desde cualquier sector de la cámara, y la movilización de unas NSBO cuyo objetivo era arrancar a los trabajadores de las manos de

las organizaciones marxistas, para entregarlos a un gran movimiento nacional del que formarían parte, dio el resultado de un crecimiento espectacular de la militancia obrera y permitió que, al llegar al poder, el nacionalsocialismo hubiera llevado ya a cabo una parte considerable de la tarea de persuasión que le iba a permitir construir el DAF. Por otro lado, el partido pudo ganar el apoyo de segmentos de la clase media, en especial los *Angestellte*, por medio de un discurso en el que insistía en su labor de «desproletarización», además de la experiencia que ya tenía en haberse relacionado con el principal sindicato nacionalista de este sector, el *Deutschnationale Handlunghilfeverband* (DHV), en cuya directiva se encontraban algunos dirigentes del partido como Krebs, que llegó a ser *Gauleiter* de Hamburgo.[22] Aun cuando el programa de actuación inmediata sería muy suavizado en el Programa de Reconstrucción Económica (*Wirtschaftliches Aufbauprogramm*) de noviembre de 1932, el avance se había conseguido.[23]

La posición personal de Robert Ley había de verse favorecida por su enfrentamiento con Gregor Strasser cuando éste llevó adelante la división del *Gau*, en el momento en que se decidió hacer coincidir cada uno de ellos con los 35 distritos electorales en que se encontraba dividido el país en 1928. La respuesta de Ley fue tan violenta que Strasser tuvo que advertirle de la inexistencia de reacciones similares por parte de otros *Gauleiter* que se habían visto afectados de forma parecida.[24] La brusquedad de Ley no era menor, en cualquier caso, que la del propio Strasser a la hora de aplicar sus decisiones: su carácter no era el de un verdadero responsable de organización, acostumbrado a bregar con situaciones de este tipo y a salir victorioso, en especial cuando lo que hacía era el resultado de una previsión del propio Hitler en el proceso de parlamentarización del partido. En 1932, los resultados electorales obtenidos por el nuevo *Gauleiter* en la zona norte

(Colonia-Aquisgrán) volvieron a ser desastrosos en comparación con el conjunto de Alemania: un 20,2 por ciento en julio y un 17,4 en noviembre, cuando el *Gau* al que pertenecían en Coblenza y Tréveris había obtenido el 28,8 y el 26,1 por ciento que, al estar por debajo de lo que el NSDAP sacaba a escala nacional, podía indicar una penetración en sectores sociales medios que resultaba más difícil de obtener en la región obrera del norte, aun cuando siempre pudiera achacarse a la mala gestión del conjunto del *Gau* por quien había sido su mayor responsable hasta las reformas administrativas que se emprendieron desde comienzos de la década en Renania.[25] Para evitar lo que podía contemplarse como una rebaja de posiciones, Hitler recurrió a uno de sus elementos para calmar a quien se consideraba ofendido y le resultaba de utilidad: nombró *Gauleiter* de la zona norte a Joseph Grohé, mientras colocaba a Robert Ley en 1931 como inspector del PO, algo que lo elevaba a la categoría de un miembro del aparato central del partido con posibilidades de ocupar una responsabilidad nacional si se producía el acceso al poder. Ley acababa de salir de una de sus peores experiencias personales, en las que se mostró lo mejor y lo peor de su carácter, una ambición desmedida que, bien canalizada, podía ofrecerle al partido ideas grandiosas de organización —algo que no dejó de hacer en su etapa de dirigente del DAF—, pero que podían llevarlo a la ruina por su incapacidad para considerar los obstáculos que había que vencer, ya fueran los de la poliarquía nazi a partir de 1933, ya fueran los sencillamente financieros antes de la toma del poder. A finales de la década de los veinte, había logrado convencer a un rico aristócrata, Friedrich Christian von Schaumburg-Lippe, para que invirtiera una parte de su fortuna en la creación de un nuevo periódico que sería la base de una labor editorial más amplia. Así, Ley organizó una Westmark Verlag que se vinculó al periódico *Nationalblatt*, que empezó a salir en junio de 1930. La

imprudencia con que todo se llevó a cabo, comprando modernas impresoras, adquiriendo edificios y confiando en una venta inmediata acompañada de los anuncios de los simpatizantes, mostraba lo alejado que se encontraba Ley de una visión realista de las dificultades de la prensa de partido. Cuando todo se hubo destruido, con la marcha de un abochornado príncipe a pasar unas vacaciones fuera de Alemania, Hitler recordaba como ejemplo de los riesgos de las aventuras editoriales lo realizado por Ley.[26]

Sin embargo, este contratiempo que podía haber acabado con la carrera política del personaje había de convertirse en uno de los elementos que lo situara en la mejor posición cuando se produjera una situación crítica en el partido. Como adversario manifiesto de Strasser, con una experiencia notable de organización en un ambiente hostil y con el paso a su nueva responsabilidad en el sistema nervioso central del partido, Ley estuvo en inmejorables condiciones para ser protagonista de la reacción de los partidarios más radicales de Hitler contra el golpe de Strasser de diciembre de 1932. A pesar de la pasividad de éste, las cosas podían haberse quedado en un estado de suspensión y de crisis interna que sólo hubieran podido resolverse con un cambio de liderazgo, un aspecto que no debió de estar tan alejado de la mente de Strasser, aunque sí cualquier idea de la ruptura del partido. Por ello, el infatigable trabajo realizado a partir del día 8 para restaurar la confianza de los militantes, sus contactos, sus conferencias, sus llamadas a los camaradas inseguros, pudieron ser factores de apoyo organizativo impresincibles para un Hitler muy trastornado por su propia lucidez, al observar que estaba en el filo de una navaja que podía cortar sus posibilidades de acceso al poder definitivamente. Por ello, el nombramiento de Ley como sucesor de Strasser al frente de la organización del NSDAP era una recompensa y un método de asegurar la lealtad del partido sin que algo así volviera a repetirse, en especial porque ni Ley tenía la capacidad

organizativa, ni el carácter afable y enérgico, ni el prestigio en los sectores moderados de la sociedad y de las zonas más próximas a una vaga idea del «socialismo alemán» de los que había gozado Strasser. Lo cierto es que, justamente cuando Hitler iba a ser nombrado canciller, en un complejo proceso de ocupación del poder que iba a tener los intensos conflictos que ya hemos visto en parte, Robert Ley había conseguido colocarse, desde la posición de jefe de uno de los *Gaue* más débiles del partido, en el *Reichsorganisationsleiter* (ROL), algo que le proporcionaba —y lo ensancharía al crearse el DAF— toda la línea de ambigüedades entre el poder del partido y el poder del Estado que un hombre de su prodigiosa ambición necesitaba para ir haciéndose con un lugar cada vez más poderoso en el sistema competitivo del Tercer Reich.

La llegada de Robert Ley a la tarea que trataría de convertir en un imperio se produjo en pleno proceso de *Gleichschaltung*, en la complicada tarea de colocar, al lado de cada factor de destrucción de un elemento de la República, la alternativa que ofrecía el nacionalsocialismo. Los pasos legales realizados por Hitler se habían acompañado de una violencia ejercida al mismo tiempo desde las instancias propias del partido y las que concedía el Estado ocupado por algunos de sus dirigentes, como quedó muy claro en el caso de Prusia y en el de Baviera, donde la policía estatal y las milicias propias del NSDAP fueron procediendo a un proceso de integración de la violencia autónoma y de la que se regularizaba a través de la legislación, hasta el punto de que, antes de que el Führer dispusiera de la Ley de Plenos Poderes otorgada por el Reichstag, ambas líneas de actuación habían permitido la creación de organizaciones de control nuevas, como la Gestapo, habían inducido el reforzamiento de las propias del partido, como las SA y las SS, y habían permitido un proceso de reclusión de los adversarios del partido que se convirtieron automáticamente en enemigos

de Alemania, y fueron conducidos al campo de concentración que habría de convertirse en modelo para todos los demás, el de Dachau, a poca distancia de Munich y bajo un control cada vez más independiente de un cuerpo especial de las SS. Fruto de esta labor de destrucción y construcción simultánea, de fabricación complementaria de espacios de exclusión y de integración, haciendo de los primeros la necesaria condición de los segundos, fue la aniquilación de las organizaciones de clase y la formación del Frente Alemán del Trabajo, cuyos vacilantes inicios nos indican hasta qué punto su envergadura y su sentido sólo irían cobrando verdadera forma con el asentamiento y la mejor definición del poder nacionalsocialista. Lo que resulta obvio es que, sin la tarea prolongada realizada por el NSDAP para ganarse la confianza de un sector abundante de la clase obrera, la destrucción de los sindicatos y la creación de un organismo alternativo no habría sido posible. De igual modo, habría resultado incompatible la propuesta de una organización de este nivel, que adquiriera su tamaño y su influencia, sin la manera en que iba encajando en las propias necesidades ideológicas del régimen, no sólo como factor de control de una clase obrera que se sabía que era enemiga del nuevo régimen en las grandes fábricas, sino de oferta de una integración, de una mano tendida para aceptar el nuevo orden de cosas. No es casual que la destrucción de los sindicatos y la constitución del DAF se produjera después de un importante discurso realizado por Hitler el Primero de Mayo, un episodio que algunos podrían interpretar como un acto de cinismo, pero que precisamente indica que los pasos represivos dados por el régimen sólo pueden entenderse en el marco de la utopía alternativa que está ofreciendo, como si su llegada a cada ámbito de responsabilidad fuera el principio de una tarea dedicada a deshacer malentendidos. Hitler se dirigió al millón largo de congregados indicando que, por primera vez en mucho tiempo, el primer día de mayo

volvía a ser la fecha del renacimiento, de la regeneración de la tierra, de la fuerza de la naturaleza, superando los años en los que había podido ser la fecha que incitara a los miembros de un mismo pueblo a desatar sus querellas intestinas. El Primero de Mayo expresa, a ojos del nuevo canciller y Führer de la nación alemana, el momento en que se resuelven las divisiones de naturaleza política y se regresa al sentido íntimo de la fraternidad. Un proceso de reencuentro, de reconocimiento mutuo que no durará unas semanas o unos meses, sino que será tarea de generaciones. Bajo el grito de «¡honor al trabajo, respeto al trabajador!», Alemania se despierta en una etapa de fusión comunitaria, basada en la fuerza del símbolo de unidad que cada uno representa, la *Gestalt*, la apariencia, la forma que toma ese movimiento como el forcejeo de un organismo que domina la materia, que la consume y la distribuye en sus tejidos para dotar de fuerza al cuerpo nacional. La unidad pasa a ser el preámbulo del bienestar y no al contrario: cuando Hitler establece el principio comunitario como base del nuevo proyecto político, superando cualquier visión mecánica, plural, conflictiva, está haciendo de la dictadura nazi mucho más que un régimen autoritario que rompe la espina dorsal de la resistencia obrera o inventa mecanismos para poder conciliar intereses contrapuestos. La historia del DAF indicará otra cosa: se trata de considerar que esas diferencias *no existen* más que como una herencia por superar, y que la abolición de la sociedad de clases va a hacerse al margen de un principio relacionado con la propiedad, para basarlo en una idea fundamentada en el organicismo racial:

> Estos millones de hombres que se manifiestan hoy en Alemania volverán a sus casas con el sentimiento de una unidad conquistada de nuevo y con el sentimiento vinculado a él de una fuerza nuevamente recuperada. Sé, camaradas, que vuestro paso será más enérgico mañana de lo que ha sido hoy … Debemos trabajar y lo haremos. Pero sólo con la condición de que os unáis en una misma voluntad de salvar a Alemania, cada alemán encontrará su propia salvación. El pueblo

alemán ha adquirido conciencia de sí mismo. No volverá a soportar que haya en el interior de sus fronteras quienes no estén exclusivamente a favor de Alemania.[27]

El discurso de Hitler, que precedía a la ocupación y destrucción de los sindicatos de clase al día siguiente, venía a dar las pautas de un principio radical, utópico, en el que la emancipación del pueblo era el resultado de un esfuerzo de la voluntad destinado a *configurarlo como unidad.* La forma pasaba a ser el contenido: cada actividad que se realizaba en el puesto de trabajo se convertía en una relación productiva material y creadora de una actitud simbólica y afectiva. Trabajar unidos, sin diferencias, para aumentar el potencial de la nación, porque de sus divisiones artificiales procede su debilidad y la desgracia *material* de sus capas más humildes. Lograda la unidad en un movimiento nacionalista, el resultado de actuar siempre como parte de ese organismo vivo, enérgico, ansioso por producir y por *contemplar su poder*, por ver cada acto como un símbolo de su fuerza, un arquetipo de su determinación a triunfar donde antes sólo existía humillación, supone aceptar que el nazismo requiere y, en gran medida, obtiene ese desplazamiento de perspectiva del que se hablaba al inicio de este capítulo. Sin la represión paralela, sin Dachau abierto, sin las cárceles que se han creado desde febrero y donde han perecido o han sido torturados los disidentes, no sería posible; sin el desguace de la resistencia obrera por la crisis, no lo sería tampoco; sin la pérdida de prestigio de las consignas de clase en el momento de la Gran Depresión, quizás no habría encontrado un hueco que permitiera, además de destruir, construir un tejido de apoyo, haciendo del esfuerzo de ganarse a los trabajadores uno de los ejes de la política del régimen, cuya obsesión por los efectos desastrosos de la Gran Guerra era la forma en que el *Kaiserreich* había olvidado hacerse con la voluntad del proletariado. Los nazis trataban de hacer algo más: no pactaban con él como hizo Guillermo II: deseaban que los propios obreros

creyeran en la *abolición* de lo que los había caracterizado como clase, algo que distingue el nazismo de una dictadura conservadora. Por otro lado, se trata de algo que coloca el nacionalsocialismo en congruencia con un factor aún más importante: la comunidad de empresa que reclamará, una *Betriebsgemeinschaft* paralela a la *Volksgemeinschaft* viene a ser la *forma*, el *escenario* de una racionalización industrial que se está apoderando de los teóricos del Estado y de la producción desde la Gran Guerra.

La labor de destrucción combinada con la construcción alternativa del nuevo orden había de respetar un equilibrio de intereses contradictorios, como el de colocar a Hjalmar Schacht al frente de la banca alemana, mientras se aplicaba un Plan Reinhardt de creación de empleo que podía molestar a los empresarios por su sentido de intervencionismo y gasto público, pero que se amortiguaba por el nombramiento de sectores muy conservadores al frente de los ministerios relacionados con la economía y el trabajo, como Hugenberg, Schmitt, Schwering-Krosig o Seldte. En los primeros pasos de la política de integración nacional, presentarse como representante del conjunto del nacionalismo alemán y cumplir con las promesas hechas a los sectores más agresivos de la base popular del nazismo podía encontrar un elemento de lógica interna en el régimen, un punto de conexión que actuara como centro de gravedad al mismo tiempo que proporcionaba esa capacidad de actuar en diversas direcciones que tenía que demostrar el régimen. Tal punto de encuentro era la superación de la crisis económica y, en especial, el desempleo, aunque se hiciera a costa de renunciar a un incremento de los salarios, siendo la simple obtención de un puesto de trabajo un factor suficientemente legitimador del gobierno de «resurgimiento nacional».[28] Las palabras pronunciadas por Hitler el Primero de Mayo constituían una fase muy clara de esta combinación, en especial porque actuó sobre un movimiento fragmentado, que debía ser

captado por el único factor que permite vincular la actividad individual con una visión total de la propia función de lo que se realiza en el puesto de trabajo: el valor simbólico.[29] Las referencias a la conquista del pan cotidiano se unían a la impresión sensible de participación en un movimiento nacional, que debía ser necesariamente imaginado al no poder ser captado por los sentidos más que en la pequeña escala de una manifestación de masas y en las alusiones a un nuevo orden, a un proceso de cambio y dignificación que se proporcionaba a los asistentes al mitin. De esta forma, el espectáculo no era mera retórica, sino una movilización, como aquellas que los trabajadores alemanes habían realizado en otros momentos y que eran, en sí mismas, una mezcla de lo simbólico y lo real. Las impresiones emocionadas de Goebbels en su diario, al referirse a una jornada en la que ya han dejado de existir obreros y burgueses para existir solamente alemanes unidos por la fraternidad, están escritas con una excitación de un vehemente partidario de lo que se ha dicho y, además, uno de quienes han organizado formalmente el escenario con una de las primeras ayudas de Speer. Un año después, las palabras dirigidas a la necesidad de ganar esa confianza de trabajadores reticentes, de obtener el apoyo de unos trabajadores a los que se les *incluye* en un gran movimiento nacional, basándose en la tradición colectivista, festiva, simbólica, en la que se han movido hasta entonces los obreros organizados y, al mismo tiempo, en la extrema fragmentación en la que se encuentra la *clase como tal* en 1933, aparecerá en las palabras pronunciadas por Robert Ley cuando ya es jefe del Frente Alemán del Trabajo:

> Cuando convocamos a los trabajadores a tomar parte en grandes manifestaciones, llamándoles a los desfiles y poniendo de relieve cómo nosotros estimábamos su colaboración y cómo queríamos hacerlos partícipes de la reconstrucción del nuevo Estado, entonces sí que acudieron en masa. El personal de las fábricas y los talleres ingresa como un solo hombre. Aún no conocían nuestras canciones y, en lugar de esto, cantaban los antiguos aires populares. Nuevas banderas flameaban

> ante ellos. Sus ojos brillaban de entusiasmo y una nueva esperanza invadía sus corazones destrozados … Era maravilloso observar cómo la timidez, el desánimo, hasta cierto hostil encono y aún odio, eran vencidos por un simple apretón de manos entre dos hombres … El pueblo aspiraba ansiosamente a la comunidad. Tratábase, en efecto, de un ansia arrolladora de unirse de nuevo … El desenvolvimiento moderno de la industria, el acuerdo de Washington acerca de la jornada de ocho horas imponía aquella perniciosa racionalización que convertía a los hombres en simples máquinas.[30]

Las palabras de Robert Ley se pronunciaban en un discurso que iba a ser permanente, pero que habrían de ir diseñándose en un espacio de afirmación de su propia organización, de modificación de intenciones iniciales y de expansión más allá de lo que podría haberse pensado, antes de que las condiciones de la guerra crearan un escenario donde las demandas obreras podían quedar más apagadas y la estrella de Ley en una fila secundaria para los intereses de Hitler. Los esfuerzos por crear un área de reivindicación *propia* de los sectores de pequeños propietarios —en especial los que se agrupaban en el *Kampfbund für den gewerblichen Mittelstand*—, como si la revolución nacionalsocialista se hubiera realizado en su favor contra el gran capital, fueron tan rápidamente desmentidas como las elaboraciones acerca de las propuestas corporativas que en principio llegó a formular el propio Ley, a poco de formarse el Frente del Trabajo, con la presión especial de los viejos dirigentes de la NSBO, que ya habían sido reprendidos en reiteradas ocasiones desde la toma del poder, por haber iniciado procesos de interrupción del trabajo en las empresas.[31] Las propuestas iniciales de hacer del DAF un tejido corporativo sobre el que pudiera fundamentarse el Estado no correspondían ni siquiera a las concepciones nacionalsocialistas del trabajo, más pendientes de la idea de una abolición de la condición de proletario que de la imagen de una institucionalización del conflicto a través de un régimen corporativo. De hecho, el congreso constitutivo del DAF, celebrado el 10 de mayo de 1933, había considerado la posibilidad de

constituir una especie de gran sindicato unitario con responsabilidad sobre las relaciones laborales, que agrupara a organizaciones empresariales y obreras, pero pronto hubo de verse que el gobierno pensaba actuar de otra forma. La creación de los trece Fiduciarios de Trabajo (*Treuhänder der Arbeit*) por el Ministerio estaba destinada a mostrar una autoridad *gubernamental* —es decir, orientada en el sentido que lo marcara el Ministerio de Trabajo—, lo que dejaba en sordina las reclamaciones de la NSBO. Es posible que los resultados poco propicios en las elecciones sindicales de aquel año pudieran influir en detectar la necesidad de acabar con aquella práctica, como lo era que los gestores de la economía no estuvieran dispuestos a ver en el DAF un contrapoder del Estado. Con todo, puede pensarse que, a la confusión de los primeros pasos del nuevo organismo, cuando no se estaba nada seguro del control de la clase obrera y aún se temía la posibilidad de una infiltración de la vieja izquierda en el ámbito sindical, se añadiera una visión del DAF que fue haciéndose cada vez más consolidada en el propio Ley y un equipo competente, para el que se abrían expectativas que podían superar las de la negociación sindical clásica, para controlar el mundo de la *política social del régimen* sin abandonar las cuñas que pudieran introducirse en las presiones realizadas constantemente en las reivindicaciones de trabajo, en especial las salariales. No creo que se trate, como tantas veces se observa, de una renuncia, sino de una *concepción diferente*, más moderna, en la que lo que desea el nazismo es un control de la *vida activa* del trabajador, de su experiencia social, de sus ámbitos de encuentro, que hace el DAF un organismo de presión para sus dirigentes en la poliarquía nazi, pero también un factor de modernización de lo que podía entenderse por una acción comunitaria que superaba en mucho los márgenes del viejo sindicalismo, para aspirar a una

acción total que se refiriera al ocio, al consumo, a la vivienda, a los ahorros, además de las relaciones de poder en el seno de la empresa.[32]

Ley sabía perfectamente que el proyecto de su grupo de confianza consistía en asegurar un ámbito, en el que el interés personal por obedecer la orden del Führer de neutralización y la posibilidad de crear un imperio propio pudieran complementarse, como habría de ocurrir hasta 1939. Por ello, su actitud apaciguadora de la segunda mitad del año 1933 —dentro de la cual se encuentra su decisión de acabar con los sueños de un *Ständische Aufbau* o estado corporativo— era simplemente poner su reloj político en hora con las necesidades del gobierno, que le habían sido expresadas en reiteradas recomendaciones ministeriales y en observaciones de la oficina de Rudolf Hess. Que tal juego resultaba de especial beneficio para Ley, si sabía jugar sus cartas conociendo las opciones de Hitler y su estilo de neutralización mutua de agencias del partido y del Estado, puede observarse en la importancia objetiva que había de adquirir el DAF, como organización que llevó una militancia voluntaria —a pesar de las presiones que podían ejercerse sobre quien no aceptaba afiliarse— que llegó hasta cifras tan espectaculares como los catorce millones de miembros en 1934.[33] Si el número y los recursos que podía manejar el DAF lo convertían en una pieza crucial en el juego de fuerzas del nuevo régimen, la lealtad de Ley al discurso de la «primacía de lo político» expuesta por Hitler permitía que Ley ofreciera una resistencia inteligente a las obvias inclinaciones del Ministerio de Trabajo y del de Economía de controlar las actividades del DAF. El nombramiento de los *Treuhänder der Arbeit* ya había sido una muestra de la intención de arrebatarle al DAF lo que se refiriera a las tareas de negociación del poder en la empresa e interferencia en la producción. En enero de 1934, la aprobación de la Ley Fundamental de Trabajo (*Gesetz zur Ordnung der nationalen Arbeit*, AOG), redactada por entero por

funcionarios del Ministerio, venía a dar a éste la responsabilidad absoluta sobre la organización de la *Betriebsgemeinschaft*, lo que provocó, según sus redactores, que acabaran las dudas acerca de a quién correspondía este aspecto crucial, esperando que todo el mundo recordara que en la Alemania nazi habían dejado de existir los sindicatos. La respuesta de Ley fue aprovechar aquella derrota para lanzar una ofensiva en muchas direcciones al mismo tiempo, que diera la impresión de un cumplimiento de las promesas del régimen acerca de su política social como algo que superaba el mero sentido salarial de las antiguas organizaciones. Por ello, aprovechando la confusión que podía haber en aquella instancia, se atrevió a hacer que Hitler firmara un decreto el 24 de octubre de 1934 por el que se entregaba al DAF la responsabilidad de las relaciones laborales, en un lenguaje que contradecía lo aprobado por la Ley Fundamental hasta el punto de que el propio Hess indicó a Ley que no actuara de acuerdo con el decreto firmado de una forma rutinaria, aun cuando el jefe del DAF insistió en no ver contradicción alguna y habría de utilizarlo en reiteradas ocasiones.

La Ley Fundamental del Trabajo Nacional planteaba la superación de lo que había sido el pacto social en la empresa y la idea de una cogestión heredada del poder sindical republicano. Más allá de este punto, implicaba la desaparición de cualquier forma de resistencia organizada de los trabajadores ante decisiones de la empresa que debían ser tomadas por el propio Führer, de acuerdo con los intereses de quienes, sin rubor alguno, eran calificados como su «séquito» (*Gefolschaft*), y la existencia de un simple organismo encargado de prestar apoyo y consejo al empresario (*Vertrauenrat*) que era elegido por los trabajadores del DAF, pero que no tenía fuerza vinculante alguna, por lo que quedaban las decisiones en manos del propietario o de los *Treuhänder* ministeriales. Al DAF sólo le quedó,

además de ese organismo de consejo de aroma feudalizante, la propuesta futura de organizar Tribunales de Honor (*Ehrengerichtsbarkeit*), destinados a juzgar a empresarios u obreros que dañaran los intereses de la comunidad de empresa. La obligación del empresario de velar por el bienestar de sus «súbditos» y de éstos de estar dispuestos a trabajar de una forma disciplinada en una comunidad justa parecía la cancelación definitiva de cualquier defensa de los trabajadores, pero también la reducción a la nada de la propia empresa de Ley, cosa que éste no parecía dispuesto a tolerar. Que Hitler firmara el decreto de octubre de 1934 parece menos un simple descuido que la propia preocupación del Führer por el poder absoluto que depositaba en manos de los empresarios y su constante temor a perder el apoyo de los trabajadores, a quienes había prometido un especial desvelo en su política social.[34] Sin embargo, aun cuando este aspecto de destrucción de una política de conflicto social reglamentado fuera impugnado relativamente por la norma de octubre, Ley conseguía otra cosa que, a sus ojos, podía ser igualmente importante: la creación de una trama organizativa y la obtención de un listado de funciones que hicieron del DAF la organización relacionada con el partido y con el Estado de una forma confusa que dispuso de una mayor capacidad de dejar caer una tormenta de actividades y ofertas sociales sobre la sociedad alemana. Se trató de una verdadera movilización constante del trabajo a través de lo que estaba relacionado con todo lo que afectaba a la vida de los trabajadores.

Así había de ocurrir con las dos organizaciones más importantes que creó el DAF, La Fuerza por la Alegría (*Kraft durch Freude*)y Belleza del Trabajo (*Schönheit der Arbeit*). La primera había de permitir, incluso mediante la botadura de transatlánticos renovados, como el *Robert Ley* o el *Wilhelm Gustlof*, que se realizaran actividades en el tiempo libre destinadas a crear un clima que establecía el control de la clase obrera mediante el sistema de

concesión de premios, que daba acceso a los viajes, pero también a través de la expansión de un sentimiento de pertenencia a la comunidad, de un bienestar alcanzado como el derecho a viajar, que se tenía en muy escasa medida en aquella época. Los viajes incluían siempre un estricto control de la diversión; estaban pensados mucho más que como un simple ejercicio de turismo: consistía en un factor de exaltación del nacionalismo alemán, que permitiría admirar lo extraño pero también adquirir sentido de la diferencia y de la superioridad. La visita a unas ruinas griegas o a un paisaje natural abierto podía proporcionar una expansión del espíritu, pero siempre a condición de que se vinculara con la vida de la comunidad que se había conseguido en la *Volksgemeinschaft.* Se trataba de una continuación del adoctrinamiento, de la inflación ideológica que contenían las agencias del sistema, que permanentemente, incluso en estas operaciones de aparente distracción, estaban destinadas a construir la verificación de la comunidad y a preparar a las personas para los sacrificios que habrían de venir en el futuro. Pequeñas realizaciones de la utopía que justificarían las últimas etapas dolorosas que estaban por llegar. En ningún momento debía olvidarse esta perspectiva en la que, tratándose de destruir los elementos de reconocimiento propio de la clase obrera, habrían de utilizarse las mismas aspiraciones: a la usurpación de todos los elementos materiales que se produjo, un auténtico secuestro de la acumulación primitiva de capital simbólico realizada por la socialdemocracia y el comunismo en los años anteriores, los nazis del DAF habían de añadir no su clausura, sino su perversión, su uso para todo lo contrario que aquello para lo que tantos esfuerzos destinados a crear espacios de sociabilidad de clase se habían realizado.[35] *Schönheit der Arbeit*, cuya primera responsabilidad estuvo a cargo de Albert Speer, implicó una modernización del lugar del trabajo, lo cual permitió emitir constantes consignas acerca de las mejoras por

introducir con referencia a la comida, las cantinas, las duchas, la iluminación, las zonas ajardinadas, etc.[36] El presunto régimen arcaico salido de la AOG se complementaba con estas visiones futuristas de control del tiempo libre que se realizaban, además, en el marco de una acelerada recuperación económica, de una sensación compartida de modernización de la que se beneficiaban quienes obtenían puestos de trabajo y a lo que pronto se añadirían ofertas nuevas como un sistema especial de ahorros, el sistema del *Winterhilfe* o «Auxilio de Invierno» y la organización de productos populares de consumo que fueran colocando la percepción de superar la sociedad de clases fuera del ámbito de la propiedad y el salario; tal es el caso del célebre Volkswagen, que se anunció como «coche del KdF» en el verano de 1938 y que debía promover el acceso a un elemento distintivo de poder social a la mayor parte de los ciudadanos alemanes, en un proceso que quedaría frustrado por la guerra, pero que puede mostrarnos el tipo de ambición de omnipresencia que Ley había diseñado. La propia fábrica, cuya primera piedra puso Hitler en octubre de 1938, estaba destinada a iniciar una serie de ciudades del DAF que, al tiempo que quebrantaban la organización clásica de los barrios obreros en las ciudades, establecían un tipo especial de conciencia de grupo, que correspondía a la ideología del DAF como sector del nazismo que aceptaba ser el área de su política social y no la simple representación de los trabajadores en cada empresa para actuar en su nombre en las situaciones conflictivas.[37]

Cuando éstas se producían, sin embargo, el DAF debía dar también la impresión de que las situaciones de exigencia de mayores salarios, por ejemplo, constituían *parte de su responsabilidad* en la organización de la mejora general de la vida de los trabajadores. Ley se había ocupado de atraer hacia el área que dependía del DAF algunas instituciones como el antiguo DINTA (*Deutsches Institut für Technische Arbeitsschulung*),

procurando que uno de los máximos teóricos de la modernización de las relaciones laborales, Karl Arnhold, pasara a prestar sus servicios en el DAF, tras haberse hecho miembro del partido en la primavera de 1933. La absorción de un instituto como éste suponía la inclusión de las tareas de formación técnica —de acuerdo con los principios de racionalización industrial heredados de las reflexiones empresariales previas a la Gran Guerra y aceleradas por ésta— en el área de competencias del DAF, lo cual permitió construir un imperio del control de la promoción profesional que, al juntarse con las experiencias de fomento del ocio a través de KdF y de las mejoras en el puesto de trabajo mediante el SdA, daban la impresión de un organismo más *protector* que *reivindicativo*, más *integrador* por la vía de la mejora constante de las condiciones de los trabajadores en ámbitos que superaban el de la empresa que *combativo* en los términos clásicos del sindicato, lo que proporcionaba la visión de un inmenso poder, de una aparición constante de funcionarios del organismo, de oficinas a donde el trabajador podía acudir a interesarse por casi todos los aspectos de su experiencia personal que, lógicamente, llevó también a que el DAF aprovechara para intervenir en los temas de la negociación de salarios y precios, haciéndolos elementos que no se vinculaban a las condiciones tradicionales de la empresa, sino a ese proceso *totalitario*, en el que cualquier aspecto estaba relacionado y subordinado a la buena voluntad de quienes gobernaban. El DAF, en manos de Ley, se había convertido en el organismo de socialización de masas más importante, fundamental para la neutralización de la lucha obrera, para la canalización de sus propias aspiraciones, para dar a los trabajadores áreas en que se sintieran solidarios y al tiempo competitivos, protegidos y al tiempo carentes de una conciencia de conflicto esencial con los empresarios. Cabe destacar experiencias como la celebración de competiciones de rendimiento (*Leistungmpfkämpfen*), las

escuadras de inspección del cumplimiento de las normas en las empresas (*Werkschar*), los comités de asesores legales (*Rechtsbetragtunsstellten*), la formación de comités de empresa (*Arbeitsausschüsse*) e incluso una oficina de seguridad social (*Volksschutz*).

No pudo evitarse que los salarios reales descendieran de una forma alarmante a lo largo de los años de recuperación económica, y que, más tarde, aspectos fundamentales del consumo pudieran ser sacrificados al interés del Plan Cuatrienal, que organizaba la economía alemana de acuerdo con las directrices del desarme.[38] Sin embargo, pudo compensarse con la imagen de que el DAF estaba haciendo todo lo posible a otros niveles, tras haber indicado hasta la saciedad que el criterio fundamental de obtención de la promoción de la clase obrera no era el salarial, sino el que se refería a esa masa de actividades de integración y protección que Ley calificaba de «confianza» (*Betreuung*) del obrero y que tenía que ver con otra palabra que enlazaba con la idea del «honor del trabajo».[39] Esta lucha por los aspectos salariales podía ser atacada desde diversos ángulos ministeriales por el carácter «imperial» que estaba tomando el DAF, al considerar que sus funciones, precisamente por una carencia inicial de definición, o por una negativa explícita a formular un esquema corporativo, estaban adquiriendo las propias de un contrapoder a las responsabilidades de múltiples agencias del gobierno, en especial las que dependían de los Ministerios de Trabajo, Economía y, más adelante, del Plan Cuatrienal dirigido por Hermann Göring. Debe tenerse en cuenta que, en los dos primeros casos, los responsables máximos de estas áreas ni siquiera pertenecían al partido —si dejamos de lado el pequeño período de mando de Schmitt en Economía, rápidamente sustituido por el enérgico Schacht por motivos de salud—. Si el Ministerio de Trabajo ya había sacado adelante la AOG en 1934, la actividad de Schacht fue mucho más dura, como correspondía a un hombre

de su carácter, respondiendo a los intentos de los dirigentes del DAF de controlar mediante comités obreros las relaciones laborales y el ejercicio de presiones en el ámbito de los precios y los salarios, mediante la creación de la Cámara de Economía del Reich (RWK), que debía cumplir tales funciones en noviembre de 1934, y en la que los representantes del DAF eran una exigua minoría.[40] La ofensiva sobre temas relacionados con los salarios y el costo de la vida se realizó de la mano de un alto funcionario del DAF, Claus Zlezner, a pesar de la firma del llamado Compromiso de Leipzig con Schacht en 1935, que procuraba expulsar al DAF de tales funciones. La batalla por conseguir que el DAF fuera capaz de llegar a establecer una legislación acerca de temas salariales se mantuvo hasta las vísperas de la guerra, y la suerte de Ley habría sido mayor de no haber mediado la capacidad inmensa de Göring al frente del Plan Cuatrienal y la decisión de sacrificar cualquier reivindicación, fuera obrera o empresarial, a la política de rearme. Frente a Göring, Ley hubo de presentar una lenta y tumultuosa rendición, que acallarían los cañones de septiembre. Por otro lado, la política de sacrificio salarial era un instrumento de fragmentación de la clase obrera al que Ley no podía quedarse indiferente, aun cuando pudiera influir en un debate de competencias. De lo que se trataba era de pulverizar todos los elementos de toma de conciencia de clase que se habían establecido, y abrir el abanico salarial tenía tanta importancia como los aspectos de apropiación simbólica que se habían realizado precisamente bajo el liderazgo del DAF.[41]

Al llegar la guerra, Ley no había logrado el propósito de hacer del DAF un organismo de indiscutible liderazgo en todo aquello que se refiriera a política social, en la medida en que los aspectos relacionados con los ritmos de producción, las posibilidades de cambio de lugar de trabajo, la obtención de productos de importación o el aumento del consumo estaban

mediatizados por un país que, desde 1936, estaba preparándose para una guerra y, desde 1938, había entrado en una crisis interna, lo que provocó su radicalización como mecanismo político movilizador que diera la impresión de conquistas imperiales que parecían preparar la obtención de una gran expansión exterior que rompiera las barreras impuestas a las condiciones materiales. Una vez obtenido el pleno empleo, no bastaba con la propaganda de éste para satisfacer a los trabajadores, que exigían la disponibilidad de mayores cuotas de libertad de elección de puesto de trabajo y de intervención en la fijación de salarios, así como el incremento de los recursos de consumo. Todo ello podía ser aplazado mediante un nuevo cierre de filas en torno a una guerra imperial, cuya ideología había sido cuidadosamente inculcada al pueblo alemán como continuidad lógica de las reivindicaciones contrarias al Tratado de Versalles. Si éste había sido acusado de las miserias de los alemanes, el derecho de conquista de una comunidad popular sana podía presentarse como un «derecho» propagado por los medios de comunicación de masas en los que, en un principio, el país no hacía más que reclamar el poder militar que le correspondía y la capacidad de recuperación de territorios propios del *Volk* que se habían desintegrado junto a los imperios de los Hohenzollern y los Habsburgo. La guerra fue el momento de pérdida de poder alcanzado por el DAF, de imposibilidad de cumplir sus objetivos y, sobre todo, de cesión a agencias estatales cuyos servicios parecían más importantes. Lo que hiciera el ejército, Fritz Todt y Speer en la provisión de armamento, Himmler y sus campos de concentración, Sauckel y su control de la mano de obra, parecía bastante más importante de lo que podía ser una política de bienestar social que sólo se permitía evitando a la población civil algunas penalidades mediante una guerra de pillaje y la existencia de una población destinada a la esclavitud. Los esfuerzos de Ley no se conformaron a la nueva

circunstancia, sino que dieron una última batalla frente a adversarios demasiado poderosos y sin el indispensable apoyo del Führer. Si fracasó en su esfuerzo por enfrentarse a Bormann en el momento en que Hess se fugó a Gran Bretaña en 1941, tratando de recuperar la responsabilidad en el partido que había ido perdiendo antes del conflicto, el hábil secretario pudo enfrentarse no sólo a Ley, sino a la ofensiva combinada de Speer, Göring y Goebbels, que trataban de destruir el círculo de protección que, junto con Keitel y Lammers, había establecido Bormann para filtrar cualquier información que pudiera llegar a Hitler desde los viejos dirigentes del partido.[42] En el caso de Ley, pudo aprovechar el desprecio generalizado que causaba su persona, sus irritantes excesos verbales, su fama de venalidad y de alcoholismo, los efectos secundarios de una desmesurada ambición que quedaba sólo en proyectos mucho menos admisibles en momentos de guerra que en los de paz. Hitler, siempre dispuesto a no olvidar los servicios prestados, había de encargar a Ley llevar adelante un proceso de construcciones que se enfrentara a la devastación causada por los bombardeos por decreto del 23 de octubre de 1942, nombrándole Comisario de Construcción (*Reichwohnungskomissar*), que Ley trataría de hacer crecer desesperadamente, incluso con la publicación de una revista, *Der soziale Wohnungsbau in Deutschland*, cuya dirección encargó a su jefe de gabinete, su antiguo adversario en Renania Simon.[43] Fue su última tarea y su último fracaso, aun cuando la responsabilidad pudiera estar en la imposibilidad de adaptar sus fantasiosos planes al grado de destrucción alcanzado en aquel momento por la superioridad aérea aliada. Sin embargo, tal situación pudo ser aprovechada por sus múltiples enemigos para hacerle descender en la escala de influencia del Tercer Reich, en la que sólo pudo mantenerse gracias a su inmensa lealtad por Hitler, que mantuvo hasta el final, tratando de organizar una resistencia a cualquier precio en el sur del país.

Cuando llegó la crisis del régimen y el final de un sueño de imperio social, de gran comunidad fraterna que convivía con la más execrable de las exclusiones y la amenaza permanente de represión de quienes no deseaban seguir tales directrices, Robert Ley sufrió una crisis personal que parece una sincera perplejidad. Su vida privada había sufrido el duro golpe con el suicidio de su segunda esposa, que venía a sumarse, como una resonancia adecuada, al eco de todos los pasos de desgracia que parecían cernirse sobre Ley, lo que le hizo regresar a la desdicha de sus primeros años. Tras dedicarse a escribir en su cautiverio diversos apuntes, dedicados a la cuestión judía —que consideró un grave error del régimen—, y una reflexión acerca del pensamiento de Hitler, Ley inició sus memorias, ese «destino de campesino» que lo llevó a la indignidad. Porque fue ésta la decisiva, al final, la que tomó la responsabilidad de señalarle el camino de su final, un camino espantoso, peor que el que podía haberle aguardado, aunque sin la vergüenza del gran proceso. Se ahorcó en condiciones patéticas atándose a la cañería del lavabo de su celda, en una muerte por asfixia que debió ser lenta, consciente y de voluntariosa desesperación. Y anotó, para justificarla, que no podía soportar la acusación de ser un criminal.[44] Quizás la palabra le traía el recuerdo de su propaganda de juventud, los «criminales de noviembre», los *Novemberverbrecher* con que Hitler siempre se refirió, incluso al tomar el poder, a los fundadores de la República de Weimar. En cualquier caso, aquel hombrecillo cuyo aspecto, maneras y carácter despreciaban sus compañeros de partido, había levantado el mayor imperio de penetración social y persuasión activa del régimen. En un orden de cosas que insiste en ver tan sólo el carácter arcaico y la represión del nazismo, parece preferirse no contemplar el avance teórico que suponían sus aproximaciones y las de sus colaboradores a una nueva idea de organización industrial que era utópicamente capitalista: esa

congruencia con la racionalización es lo que puede resultar más incómoda cuando sólo se quiere contemplar la irracionalidad ideológica del proyecto nazi. Por ello, Robert Ley es mucho menos conocido que personajes con una influencia social menor, de la misma forma que la obra social del régimen parece lo bastante desconcertante para que algunos historiadores hayan considerado necesario separarla del carácter puramente «arcaico» del exterminio.[45] Otros creemos que «ésa no es otra historia», como suele decirse, sino que forma parte de la misma generalización que perdemos de vista en la jerarquización del nazismo, que nos hace contemplar los elementos de inclusión y de exclusión como factores independientes. Son, para decirlo con las palabras de una escritora de novela negra, piezas de un mismo paisaje de renuncia moral, de coherencia social, del sucio engranaje de los hechos, que es imposible contemplar en cada una de sus facetas: «Te equivocas. Un crimen premeditado, una difamación privada, una pequeña denuncia arbitraria van a alguna parte, a un gran estercolero donde fermentan las cerdadas a gran escala y los consentimientos colectivos. Yo soy generalista».[46] Cualquier historia del nazismo que no lo sea, que trate de establecer la represión sin seducción o la integración como algo que nada tiene que ver con el exterminio, está condenado a ofrecer una versión de aquel régimen que no lo hace comprensible. Hacia ese sumidero donde todos los factores pasan a adquirir significado hay que dirigir la mirada que nos permita descodificar la catástrofe, atribuir las responsabilidades, incluso haciendo de aquellas que tendieron a mejorar la suerte de la comunidad nacional el necesario haz que ocultaba y proporcionaba los recursos para el envés del exterminio, en aquel riguroso otoño de la civilización europea.

8

Baldur von Schirach

Los cuatrocientos golpes

En 1959, cuando Alemania no había irrumpido aún con una filmografía propia sobre la guerra —aun cuando dispusiera de la penetrante experiencia del llamado «cine de ruinas», dedicado a la vida en los escombros de la reconstrucción—,[1] una película sin pretensiones, dotada del beneficio de la humildad y una premeditada carencia de heroísmo en su puesta en escena, alcanzaba un inesperado y merecido éxito de público y de crítica. Se trataba de *Die Brücke*, de Bernhard Wicki, y narraba la historia de unos adolescentes que, en los últimos tramos de la guerra, trataban de cerrar el paso a los veteranos combatientes aliados. La contención de los aspectos melodramáticos sin esquivar los factores trágicos de aquel destino de una juventud sin arrogancia, aterrada aunque no cobarde, patriota aunque no nacionalsocialista, reflejaba con atenta sensibilidad la angustia de una lucha sin esperanza, incluso sin ese sentido de la defensa de una causa noble que alimenta el honor de un combate que se sabe perdido. Aquellos jóvenes de rostro resplandeciente que habían tensado la imagen de *El triunfo de la voluntad*, el congreso del NSDAP rodado por Leni Riefenstahl, pasaban a carecer de entusiasmo y fanatismo para prender en la indomable desfiguración del miedo, en la sensatez de una razón precoz, de esa madurez precipitada que se sintetiza en los baños de sangre de vidas casi recién hechas. A catorce años apenas de los acontecimientos narrados en el documental de Leni Riefenstahl, el sentido común y el sentido de *Erziehung*

en el heroísmo otorgado por los ya añejos dirigentes nazis a aquellos jóvenes airados y desairados tomaban direcciones distintas. Bastaba con palpar el miedo en la mirada de los defensores inútiles del puente, la mezcla de compasión, sorpresa, cansancio y repugnancia de los atacantes; la sordidez oportunista y cobarde de las autoridades locales; la inútil renuncia a la vida de aquellos adolescentes y comparar el espectáculo con el que, muy poco tiempo después, la persona que les había inculcado aquel sentido de ser el *Volkszukunft*, el futuro del pueblo, regateaba la salvación de su existencia frente a sus jueces precisamente en la ciudad de la gran exaltación, en la vieja, despedazada, raída ciudad de los grandes congresos, donde los escombros extendían una versión despiadada: los sueños de la arquitectura heroica sólo producen ruinas sin asomo de grandeza, montones de piedra estupefacta, todo el desorden del mundo donde una vez habitó la promesa del Nuevo Orden. Entre *El triunfo de la voluntad* y *El puente* no han pasado los años, sino los cuatrocientos golpes que han ido contando el paso de los días de gloria a la amarga victoria de los aliados, las cuatrocientas campanadas hasta llegar a la medianoche desde donde Alemania y los jóvenes que sobreviven a la siniestra intensidad que se les había prometido como cumplimiento de su destino manifiesto tratarán de despertar de esa embriaguez que han tomado por acción, de esa enajenación que han tomado por solidaridad, de ese nihilismo que han tomado por revolución.

Las imágenes captadas en *Die Brücke* pueden transportarnos a los menos convencidos, que luchan casi por un sentido elemental de autodefensa. Pero en ese mismo instante que recuerda la película, muy cerca del lugar en el que el líder de las Juventudes Hitlerianas y *Gauleiter* de Viena desde 1940 prepara su huida, los miembros de las últimas unidades de defensa de la ciudad incorporadas a los restos de la División de las SS *Leibstandarte*

Adolf Hitler combaten furiosamente en Oranienburg hasta su extinción.[2] Poco antes, Baldur von Schirach ha declarado pomposamente a Otto Skorzeny: «Skorzeny, mi deber se resume en tres palabras: vencer o morir». Como recuerda con sorna el veterano oficial: «Sin duda, lo que quería decir era: vencer o huir, puesto que el comisario del *Gau* de Viena abandonó la ciudad cinco horas más tarde, tan rápido como pudo».[3] Ante los aliados que lo capturaron, quien había mostrado una fe que habría de inculcar en unos jóvenes cuya estructura afectiva apenas estaba formada, se ofreció a ser él mismo quien se dedicaría a convertirlos a la democracia, oferta que sus carceleros rechazarían con la mezcla de indignación y de sorpresa que es de suponer. A su defensor, el doctor Sauter, le señaló lo siguiente cuando se le recordó la matanza de judíos:

> Se trata de la mayor y más satánica masacre de la historia de la humanidad. Pero este crimen no debe ser achacado a quien sólo es el verdugo, Höss, sino a Adolf Hitler, cuya responsabilidad queda señalada en su testamento … Él y Himmler llevaron a cabo estos crímenes, que han dejado caer la vergüenza sobre nuestra historia para siempre. Los jóvenes alemanes no tienen, por tanto, culpa alguna. Eran antisemitas, pero no deseaban el exterminio de los judíos … Yo llevé a esa generación a creer en Hitler y a serle leal. La juventud que yo lideraba llevaba su nombre. Creía que un caudillo como aquel haría a nuestro pueblo libre y feliz. Conmigo, creyeron lo mismo millones de jóvenes que se entregaron al ideal nacionalsocialista … Creí en ese hombre, eso es todo lo que puedo decir para aclarar mi conducta. La culpa es totalmente mía. Tuve la responsabilidad de dirigir a los jóvenes y les transmití las órdenes, librándoles de responsabilidad. Hitler está muerto. Nunca lo traicioné ni conspiré contra él. Conservé mi cargo como alto funcionario del régimen y dirigente de las juventudes. No era sólo un seguidor de Hitler, ni tampoco un oportunista. Fui un nacionalsocialista desde mi primera juventud: por tanto, fui un antisemita. La política racial de Hitler fue un crimen. Esa política que produjo la muerte de cinco millones de judíos es una tragedia para Alemania.[4]

No es preciso señalar la curiosa adjudicación de responsabilidades en las que, declarándose un fiel seguidor de Hitler —incluso le puso un título significativo a sus memorias que coincide con esta declaración—,[5]

expresaban esa fascinación en tiempo pasado, como si la creencia sincera lo pudiera exculpar, adquiriendo además la forma de un gesto de valentía al absolver de responsabilidad a la juventud alemana, que había entregado a una progresiva relación con las SS una vez la organización de Himmler se impuso a las SA en 1934.[6] La distinción entre el antisemitismo de su militancia nazi y la realización del Estado Racial en sus aspectos menos amables podía sacarse de los discursos que Schirach dirigía a sus jóvenes, pero resulta más útil considerar la forma en que cumple las órdenes de limpiar Viena de población judía, cargada en trenes hacia su destino de muerte cuando se encuentran bajo su responsabilidad. La deportación en la que ha participado deja esa declaración de orgullosa asunción de responsabilidades en un tono de impostación moral cuya misma exageración de arrepentimiento está destinada a impedir el recuerdo de la culpa. En octubre de 1940 solicitó la salida hacia Polonia de la población judía de Viena, ante las protestas airadas de Hans Frank, desbordado por la presencia de judíos en el Gobierno General. Al año siguiente, obtuvo la posibilidad de la salida de sesenta mil judíos de la ciudad.[7] Una vez arrasado el gueto de Varsovia, pudo indicar: «Si alguien me reprocha la expulsión de esta ciudad que un día fue la metrópoli de los judíos, enviando decenas y decenas de miles a los guetos del Este, diré que lo hice para salvar la cultura europea».[8] Sus palabras en el momento de la deportación, con un sentido del humor muy distinto al que podía indicar la humildad de alguien que debía salvar su vida ante el Tribunal de Nuremberg fueron más adaptadas a las características del personaje y su innata capacidad para adaptarse a las circunstancias:

> Hemos buscado la forma de solucionar el problema de la vivienda durante años de una forma no conflictiva. Al mismo tiempo que debíamos hacerlo, teníamos que mantener la paz. Por tanto, he buscado ampliar el espacio mediante la expulsión de los judíos. Diez mil han marchado hacia

> Polonia y aún tenemos a otros cincuenta mil aquí, que nos proporcionan el camino hacia la vivienda. Os garantizo —ya se han construido muchos espacios al respecto en el Este— que tan pronto como estén preparados nuestros soldados, volveremos a la estación para preparar la expulsión de los judíos y, por tanto, prepararemos su viaje hacia Moscú, para colocarlos en el Kremlin. Creo que, en el marco general de Rusia, el Kremlin es el lugar adecuado en el que situarlos.[9]

No hacía falta que llegara el desastre final para que la actitud de Schirach cambiara. Justamente cuando se estaba produciendo el desastre de Stalingrado, con el VI Ejército bloqueado en la ciudad y el giro de la guerra visible para todos, se produjo la célebre discusión entre Henriette von Schirach y Adolf Hitler en Oberslazberg, cuando la esposa del *Gauleiter* reprochó a Hitler las condiciones en que mujeres y niños eran deportados en Amsterdam, según le había explicado una amiga. La reacción de Hitler fue de una virulencia tan extraordinaria que el matrimonio hubo de abandonar la residencia del Führer, haciendo de esa escena una demostración de la actitud que tenían ante el «problema judío». Según Henriette von Schirach, en un tono de voz que ningún invitado pudiera escuchar, le dijo a Hitler: «Ya no puedo ser una compañera de su mesa».[10] Aquella mujer de apenas treinta años, hija del fotógrafo de Hitler, Hoffmann, se había atrevido a enfrentarse al Führer, pero no había tenido nada que objetar a las palabras de su marido en momentos en que la guerra parecía ganada. Sin embargo, la escena pudo ser narrada de otra forma, indicándose que los Schirach habían solicitado un trato más humanitario, de la misma forma que se había hecho en Viena, sin considerar una crítica a la deportación, algo que provocó la reacción airada de un Hitler que se mofó de los aires vieneses blandos que estaban tomando sus antiguos amigos. Casi llorando, Henriette solicitó el traslado de su marido a Munich, si el Führer había perdido la confianza hasta ese punto. Una vez ya divorciada del preso de Spandau, que había entrado en cautiverio antes de los cuarenta años y sólo saldría a los sesenta,

Henriette von Schirach se dedicó a la presentación de sus recuerdos de la etapa de Hitler en un tono que escandalizó dadas las muestras de simpatía que mostraban por el régimen, e incluso llegó a decirles a los austríacos que debían sentirse orgullosos de su «compatriota Hitler» cuando presentó *El precio del poder* en octubre de 1976.[11]

Nos hallamos ante una impostura, algo distinto a lo que hemos encontrado en los personajes examinados hasta ahora, incluso entre quienes veían ablandarse su fe en Hitler, quienes se desconcertaron ante el hundimiento sufrido tras el fracaso de la guerra en Rusia. Algo que, sin embargo, no había de resultar excepcional, y que, por el contrario, contiene un factor ejemplar, compartido por otros juzgados en Nuremberg y por un gran número de personas que colaboraron con el régimen, que precisaban, además de su fe, de la recompensa de la victoria. Sólo la catástrofe, no la brutalidad, les abrió los ojos. Ni siquiera la atenta contemplación de la ideología, para lo que sus propios estudios debían haberles preparado, sino la gestión de una atrocidad que no podía ser un secreto para nadie, como la deportación tras la expropiación, cuyo destino mortal había sido precedido del pillaje y la expropiación de los derechos de la ciudadanía, del atentado a la propiedad y del envilecimiento de la dignidad. Baldur von Schirach fue, sin embargo, un *creyente.* Nada hubo de cinismo en su elección de una opción política que era minoritaria en el mundo en el que se movía, estando a su disposición otras que podían ser más congruentes con los medios y la tradición conservadora de su familia. Pero si el poder tiene precio, la ambición puede caminar por senderos difíciles que no parecen ofrecer recompensa inmediata o que pueden darla en la propia contemplación del combate. Y, en ese combate, Von Schirach ocupaba una posición crucial: la jefatura de la juventud.

El nacionalsocialismo hizo de su encuentro con la juventud alemana un

elemento simbólico que le permitía asumir un buen número de recursos estratégicos al mismo tiempo. Podía presentarse como alternativa de quienes, como sus propios dirigentes, habían nacido con el siglo, para tomar el relevo de unos dirigentes políticos que podían identificarse con el mundo anterior a la guerra. La mera referencia a la clase política que dirigía la socialdemocracia, el liberalismo o el catolicismo alemán podía ser indicativo de la incapacidad de estas fuerzas políticas para hallar en sí mismas una experiencia que respondiera a las expectativas de quienes hallaban en la Gran Guerra la cesura moral del siglo XX. Sólo los comunistas estaban en condiciones de ofrecer algo similar, pero no deseaban basar su propaganda en este aspecto, ya que preferían orientarse a un criterio de fractura de clase, mientras los nazis mezclaban la ruptura generacional y la unidad superior proporcionada por la *Volksgemeinschaft*,la gran tarea de reconciliación, de nacionalización de las masas en un orden más justo que solamente podía traer quien no estaba contaminado por las viejas ideas de la burguesía o del obrerismo. El nazismo podía movilizar a los jóvenes como resultado de su propaganda, pero lo hizo aprovechando un campo propicio, que derivaba de su propia experiencia cultural y de un ambiente de época que no se limitaba a Alemania. La defensa de la juventud procedía de la sublevación contra el ya Antiguo Régimen del siglo XIX, contra una primera fase de la modernidad que había ido perdiendo el pulso, la energía, entregada a las reglas de promoción social de la burguesía, al abandono del heroísmo, al estancamiento de las grandes transformaciones, de los retos colocados frente al individuo. La difusión de una novela que trataba de encontrar el sabor de la aventura entre los lectores jóvenes de la clase media, y hallaba en los relatos de Stevenson, de Conrad o de Kipling una reivindicación de la vida como constante peligro y puesta a prueba del honor, que la mediocridad de la sociedad hedonista y colmada de una clase

productiva parecía aclimatar, incluso renunciando a la belleza en favor de la utilidad, como Thomas Mann recordaría en un cuento tan canónico como *Tristán.* Por otro lado, ese llamamiento a la juventud parecía contener, más que una bondad o inteligencia proporcionada por la edad, la negación a una experiencia alojada ya, sedimentada como recuerdo, para plantearse la experiencia como futuro, como empresa, como ejercicio de la voluntad individual frente a un medio decadente, pasivo, de una exquisita fragancia y debilidad. Frente a la mustia elegancia de los salones burgueses decadentes, la juventud deseaba exponer la brutal belleza del cuerpo, la desnudez del hombre y la mujer, la actividad deportiva, la entrega a la arriesgada velocidad a bordo de las máquinas terrestres o aéreas. Un cuerpo joven, una belleza asignada a la fuerza, contiene la crítica a la degeneración expresada en la apariencia física.[12] Esa veneración de lo nuevo se expresa en el futurismo como veneración artística y literaria de la mecanización, una moral que se somete al impulso de dominación que asesta a la naturaleza la posesión de la máquina y la destreza de una racionalización teñida de vitalismo. Pero también ondea en las corrientes artísticas que expresan, mediante opciones distintas, naturalistas o expresionistas, la imagen pavorosa de los barrios populares donde se apiña la manifestación física, la encarnación en los cuerpos de las personas deformes la caída en la plenitud biológica de la especie, un retroceso que lleva al campo de la ciencia lo que puede ser el origen de esa pérdida de vitalidad, de la decadencia. La «gloria de la aventura»,[13] que lleva a los viajes exóticos y a la creación de un género destinado a crear una nueva imagen del heroísmo, tiene su contrapunto en la descripción de los barrios populares donde la fealdad de sus habitantes, la corrupción tatuada en sus expresiones, es la objetivación de una inferioridad genética que se combina con la ineficacia social. Se trata de una *degeneración*, palabra que hace fortuna tras la publicación del

libro de Max Nordau y que se presenta, tanto en su versión latina como en la germánica (*Entartung*), como algo vinculado con una transición biológica. Lo social se presenta como un resultado de una eficiencia relacionada con la salud, y ésta va estrechamente ligada a la edad, a la energía de la juventud, a la carencia de los impulsos de cansancio y búsqueda de la comodidad que ha recluido la moral de la burguesía, convocando el final de su liderazgo espiritual.

Naturalmente, en el retorno a la elegancia de un mundo limpio, ordenado, propio de la sociedad burguesa, puede hallarse el retorno del hedor de las zonas populares. Pero la experiencia de la guerra habrá de provocar un factor que es, al mismo tiempo, de estímulo y degradación. La Gran Guerra pasa a convertirse en el gran banco de pruebas, el gran centro de experimentación de una generación inquieta, que masifica su inconformismo y procede a darle una forma. La solidaridad de las trincheras, el ejercicio que sólo los más robustos y valerosos pueden realizar, los más viriles y resueltos, quienes no negocian con un mundo que ha puesto la técnica de la burguesía al servicio del vitalismo de esta generación que no cree en el progreso, sino en la autenticidad de las experiencias límite. La guerra se convierte en un inmenso campo de observación para que esos cuerpos bellos se exhiban, como en las batallas homéricas, en una guerra estética en la que, como Benjamin recordará en su crítica a las alabanzas realizadas por Jünger a la violencia mecanizada, los hombres han hecho de la propia violencia un acto de adoración de su propia existencia, una *forma* de vida, un *estilo* que parece humanizar porque no se realiza para ser contemplado por los dioses, sino para ser vivido por el hombre.[14] Pero el hombre sólo lo es en sentido colectivo a partir de la sociedad de masas generada por la guerra y en la mentalidad antiliberal del fascismo. El «socialismo de trincheras» ha puesto en escena todos los

dispositivos emocionales que permiten hacer de la juventud un nuevo sujeto histórico que sustituya a los caducados, aunque lo hace armada de algo más que de su simple condición generacional. Lo hace prendiendo de sus uniformes de excombatientes una ideología basada en el nacionalismo orgánico, en la fijación de los adversarios elementales de la comunidad, en un principio de solidaridad jerarquizada que organizará el socialismo nacional, un patriotismo de masas que ha aceptado que la vida es *acción*, una modernidad que no se basa en la Razón, sino que racionaliza la vitalidad, que da significado al acto, a la representación constante de la comunidad enfrentándose con sus adversarios, sobreviviendo y haciéndose más poderosa. La juventud se encuentra con un destino que es una propuesta política: no todos los jóvenes siguen esa senda, que será la del fascismo. Pero ese camino solamente ha podido ser excavado por la potencia transformadora de una experiencia que ha roto el paisaje ideológico del siglo anterior, que ha desmenuzado el terruño y ha construido un nuevo espacio de realización colectiva. Sobre ese telón de fondo la función puede empezar, con el protagonismo de una juventud que se abre paso, que pide tanda contra la «vieja política», mientras esa denuncia de lo antiguo y decadente se generaliza como se generalizan los trabajos para explicar la ruina de los imperios y de las culturas, asomándose a la experiencia decadente de las grandes civilizaciones mientras se dispone del análisis científico que permite examinar las raíces raciales de la degeneración. En ese marco, la juventud quiere ver representado el mundo como su propio reflejo: un mundo de abnegación, de carencia de egoísmo, de idealismo, de romántica entrega a los demás, de desdén ante la muerte, de fascinación ante el peligro, de recelo ante el intelectualismo, de energía que se muestra en una violencia asociada a la política como *militancia.* La generación que regresa del frente, los jóvenes que no han podido ir, pero

son custodiados por los rituales permanentes de memorización, han construido una ideología que hace de la estética su *forma de estar* en el mundo, su manera de entenderlo y de comunicar su pensamiento. ¿Acaso el artista no se aproxima mediante la metáfora, la emoción, la intuición, a una autenticidad que yace en el fondo de las cosas? La tarea del artista-político es arrancar esa verdad y exhibirla, la *movilización* no es una simple estrategia, es una *actuación*, una forma de hacer visible lo que se es, una *gesticulación* en la que es más importante expresar la ansiosa exhibición de la voluntad que la minuciosa argumentación de una sociedad por construir en el futuro. Los actos conmemorativos, los rituales de masas, los espacios fabricados para sentirse partícipe de un movimiento convierten a éste en algo distinto a un partido político: se trata de la puesta en marcha del destino de un pueblo, del *Dasein* arrojado a la existencia para que se muestre, para que reclame su derecho a la dominación y, al mismo tiempo, a la obediencia a ese todo orgánico del que se forma parte, que te da la vida. El fascismo ofrece a la juventud algo más que el sentimiento de la comunidad de las trincheras: le proporciona un sentido de *totalidad*. Cada experiencia individual sólo quiere comprenderse fuera de su privacidad, se socializa en un campo visible como ocurrirá con la actividad política que se precie a partir de aquel momento y con el desprecio por el individualismo burgués que aparece no sólo en las tendencias políticas radicales, sino también en la voluntad de construir una nueva *Öffenlichkeit*, un espacio público que cancela para siempre las condiciones de intimidad en que se había desarrollado la vida de las clases medias para buscar los espacios de reconocimiento y de vida en común. La guerra hace, necesariamente, que ese salto a lo total se realice, y luego se sostenga como una demanda, como una forma de no querer vivir a solas, alienado, en un espacio de anomia urbana, sino de construir una nueva *Gestalt*, una apariencia que tiene que

simbolizar esa totalidad a la que se pertenece: la patria, la comunidad, festejándola mediante los actos públicos como se ha hecho en otras ocasiones, pero ahora con el nuevo discurso excluyente, simplificador, de normalización y exaltación de la violencia, de libertad pervertida entendiéndola como uso de la vida de los demás, como libre valoración de la existencia ajena y autorización para actuar en consecuencia, como se ha actuado a lo largo del conflicto bélico. La totalidad se otorga también en el tiempo, porque la impresión de eternidad va asociada a los rituales por los caídos, se constituye en un culto a la patria del que forman parte quienes se mantienen con vida mientras la nación esté en pie, en una existencia simbólica, virtual, pero de gran capacidad de movilización porque la oferta de interrupción del tiempo se hace a quienes siguen vivos, a quienes se promete que podrán seguir esa suerte de mantenerse en ese sucedáneo de religión política a través de mitos como el de la perpetuidad de la raza, del suelo y de la sangre.[15]

El vitalismo habrá de hallar algo más, que será la propia oferta de una veracidad en el campo de la ciencia, en la racionalización de las relaciones industriales, en la modernización técnica, lo que permite que ese poder que se ha observado sobre la gestión de la violencia en la gran guerra, sobre la administración de la muerte, pueda contemplarse ahora como el poder de este nuevo mundo sobre la organización de la producción, el control de la sociedad y la delimitación de quienes son *Volksgenossen* y quienes sólo son *Gemeinschaftsfremde*: es decir, de quienes *no son*, y deben exhibir esa condición negativa en una arquitectura de la exclusión, en la expulsión de los rituales participativos. El ostracismo vuelve a ser la pena más dolorosa. Sin embargo, en el mundo moderno, el exilio no es sólo un purgatorio. En la modernidad asaltada y pervertida por la crisis de finales del XIX y reconstruida con los ingredientes desmoralizados de la primera posguerra

mundial, mediante identidades radicales y exclusiones absolutas, el infierno son los otros. El nuevo nacionalismo que procede de la experiencia de la guerra, lo que habrá de llamarse en un aparente oxímoron la «revolución conservadora», tiene un inmenso éxito en esa tarea de sintetizar el culto a la modernidad técnica mostrada por el conflicto, pero que quiere enlazar con una crítica la sociedad burguesa realizada antes de la guerra. El pesimismo cultural de finales de siglo, que tendrá en Langbehn, Paul Lagarde y Moeller van den Bruck a sus propagandistas más agudos, habrá de enlazar con la amplia corriente de intelectuales que quieren demoler el concepto de cultura que la sociedad liberal del siglo XIX ha querido construir y cuyos principios se consideran diezmados por la experiencia bélica. Todo el esfuerzo de esa «nación técnicamente organizada» puede encontrar una curiosa mezcla de las exigencias de una burocracia eficiente, abrumadoramente capaz de controlar una sociedad compleja, obsesionada por la eficiencia y el valor de la organización científica de la sociedad, con el derroche de instintos que toman el sentimiento de pertenencia a la comunidad y la delación del ajeno a la misma como sus factores de justificación. El «socialismo prusiano» de Spengler —cuya peligrosa fecundidad habrá de señalar Adorno en un ensayo primordial— puede sumarse a las exigencias del nuevo nacionalismo del grupo de *Die Tat*, que plantea la construcción de un espacio transversal de jóvenes enfrentados al mundo de los mayores, de lo nuevo frente a lo viejo, de una forma parecida a la manera en que los precursores del fascismo español podían plantearlo en los mismos años,[16] mientras Ernst Jünger construye la más tersa y ajustada labor de un entomólogo analizando en *Tormentas de acero* el nuevo tipo de sociedad que se genera en la guerra y en *El trabajador*, la imagen de una superación de la lucha de clases gracias a la mezcla de la

conciencia de la comunidad y del propio valor simbólico de la conquista material del mundo a través del desarrollo de las máquinas.[17]

La juventud no es, pues, sólo una realidad objetiva, sino también su *negación*. Es un mito, no una situación o una edad provista de algunas circunstancias favorables y otras que lo son menos. La juventud pasa a ser un *concepto* que, al mismo tiempo, tiene que *verse*, incorporado en las personas que plantean la superioridad de esa condición. Concepto de inconformismo, de rechazo de los valores inculcados, de disposición a una ruptura más categórica por la ausencia de una vida ya ajustada al engranaje de la sociedad, en la Alemania previa a la Gran Guerra se organiza en el movimiento de los *Wandervögel* creado en 1901, y que se afirmará en una defensa de la recuperación de una vida *natural*, ajena al aire corrompido de las ciudades industriales, recuperando la fraternidad del grupo, la acción deportiva de las excursiones, la inclusión en el paisaje, un patriotismo ecológico que permite descifrar los lugares como materia de la que brota el espíritu popular, el *Volkgeist*, espacios privilegiados donde habrá de sonar una música que recopila las canciones populares abandonadas por la pomposa cultura de las clases acomodadas, que desprecian la profundidad de lo comunitario y popular.[18] Esta tradición habrá de sufrir el impacto reformador de la Gran Guerra, que convierte todos los elementos asociativos, tendencias al reencuentro con la tradición nacional, gusto por la vida en la naturaleza, etc., en otro tipo de opción que, sin embargo, dispone de ese recurso previo con el que se desea sostener algún tipo de continuidad. Los historiadores han discutido extensamente hasta qué punto el movimiento juvenil alemán que el nazismo conseguirá no sólo conquistar, sino convertir en una de las bazas del *conjunto del movimiento* y no sólo de los jóvenes, sin alcanzar a ponerse de acuerdo, especialmente porque del movimiento de los *Wandervögel* y de los *Bundisch* habrán de

salir posiciones favorables o de clara oposición al nacionalsocialismo, al que muchos de estos sectores no tardarán en acusar de traicionar los ideales tradicionalistas, igualitarios y antiburgueses del movimiento juvenil.[19]

A comienzos de 1922, el joven NSDAP había observado la necesidad de constituir una organización juvenil propia, basándose precisamente en la necesidad de ofrecer un espacio de lucha diferenciado para los militantes menores de dieciocho años y que, por tanto, sin haber podido participar en la guerra en su mayor parte, se habían sentido fascinados por las luchas entre revolucionarios y los *Freikorps* en 1919-1920. Dirigidos al principio por Gustav Lenk, su participación en el golpe de 1923 fue muy escasa dada su poca implantación, y su máximo líder fue encarcelado, además de sufrir la expulsión del partido cuando trató de constituir un movimiento juvenil que superara las fronteras marcadas por la refundación de 1925. Su sucesor al frente de las Juventudes del NSDAP, Karl Gruber, vivía en Plauen, lejos de Munich, y había militado en organizaciones patrióticas unitarias de la juventud antes de lanzarse a una tarea frenética de organización que, en la lucha por decidir quién se hacía cargo de la misma, se optó por aquel que proporcionaba mejores resultados, como era habitual en las decisiones tomadas por Hitler y el núcleo de Munich. Las juventudes acabaron tomando en 1927 el nombre de *Hitlerjugend* a propuesta de Julius Streicher, y pasaron a depender formalmente de las SA, cuyo dirigente, Pfeffer von Salomon, había de proteger su carácter radical y obrerista de los asaltos que empezaban a producirse desde los sectores conservadores del partido, inclinados a un entendimiento con las sociedades patrióticas universitarias. Esta tendencia, dirigida por un joven estudiante de Munich, Baldur von Schirach, y alentada por Alfred Rosenberg, fue rápidamente controlada por Pfeffer von Salomon, quien hubo de advertir a ambos de lo inconveniente de dirigirse a otras organizaciones para establecer plataformas comunes de

acción, algo que iba contra las normas del partido y la línea radical aprobada en el Plan Urbano.[20] Con todo, la posición de Gruber y del propio Pfeffer se encontraba muy debilitada por la orientación que había de ir tomando el partido tras las elecciones del 1928, así como la captura de la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas (NSStB) por Von Schirach en ese mismo año. El esfuerzo realizado por el fundador de las *Hitlerjugend* para mantener su control sobre éstas y reforzarlas se hizo vinculándolas más estrechamente a la protección dada por las SA, mientras una asamblea de Plauen ratificaba su mandato, se creaban organismos como la Liga de Muchachas Alemanas (BDM) y una organización especial para los menores de catorce años, el *Jugenvolk.* Al mismo tiempo, se realizaba un poderoso esfuerzo de organización en toda Alemania, aprovechando la oleada de afiliaciones que se producirían al calor de la crisis: los apenas mil militantes con que empezó Gruber se habían convertido en unos quince mil a comienzos de 1930, aun cuando el principal problema, que preocupa a Hitler y a los líderes del partido cuando se está girando hacia posiciones de unidad con la extrema derecha alemana, es que las Juventudes Hitlerianas no son admitidas en el Comité de la Juventud, que agrupa a cuatro millones de personas, por su vinculación directa a un partido político, así como los problemas que se encuentran para tener aceptación en las organizaciones estudiantiles, dada la reticencia de Gruber para permitir el encuentro entre las Juventudes y las sociedades elitistas universitarias. Sin embargo, para Hitler era indispensable que el nacionalsocialismo obtuviera un resultado favorable en las elecciones que se iban a celebrar en la Unión General de Estudiantes Alemanes (AStA), algo que difícilmente podía conseguirse si el liderazgo de las *Hitlerjugend* insistía en querer marcar esa diferencia.

La crisis provocada en la dirección del partido con el caso de Otto Strasser, seguido por la insurrección de Stennes en 1930-1931 y la

destitución de Pfeffer von Salomon, había de facilitar las cosas a los sectores menos favorables a Gruber. En octubre, sin el apoyo del nuevo jefe de las SA, Ernst Röhm, Gruber dimitió y Hitler pudo convertir a Bandur von Schirach en *Reichsführer* de las *Hitlerjugend*, cargo en el que se mantendría hasta la toma del poder, cuando le sumaría el de Jefe de las Juventudes del Reich. El cambio indicaba una importante transformación en la orientación del Partido Nazi, que se sumaba a su lucha conjunta con los dirigentes del DNVP y el *Stahlhelm* contra el Plan Young y la formación del Frente de Harzburg, así como a la orientación de búsqueda de alianzas en la derecha que había de perseguir el partido tras el fracaso de las elecciones de 1928 y el triunfo de 1930. El vanguardismo que podía ir asociado a las actitudes juveniles más radicales de un primer momento, enlazando con las tendencias vanguardistas presentes en la sociedad en otros ámbitos, perdió prestancia sin ser eliminado del discurso oficial. Para el nazismo, la juventud siguió obligada a mantener el ritual de los desfiles y manifestaciones, de las marchas uniformadas, pero la muestra de disciplina, de nacionalismo y de veneración al liderazgo de Hitler estuvieron muy por encima de los factores de expresión del desarraigo, de la punta de lanza de lucha contra el sistema, de concentración de las posiciones más izquierdistas y obreristas que podían haber ostentado hasta ese momento.[21] En este sentido, las juventudes no abandonaban su radicalismo, sino que lo emplazaban en otro lugar, menos social y mucho más racial, comunitario, antisemita, hitleriano. De hecho, eran congruentes con las posiciones de su nuevo dirigente, con su carrera política en el partido y habrían de serlo con especial claridad en los conflictos del Tercer Reich, cuando siempre se encontraron junto a los sectores cuyo radicalismo se expresaba como un proyecto de Estado Racial Comunitario frente a las posiciones socialistas

revolucionarias de los primeros momentos: el DAF de Robert Ley y las SS de Heinrich Himmler.

Baldur von Schirach había nacido en Weimar, hijo de un funcionario real y de una ciudadana americana (su abuelo había emigrado a Estados Unidos y había llegado a ser oficial del ejército de la Unión durante la guerra civil). El idioma que se le habló en casa hasta los catorce años fue siempre el inglés y vivió rodeado de un ambiente cómodo, conservador, culto, en el que su formación se orientó, en el estrecho contacto con la atención prestada por la familia y los colegios donde permaneció internado, a la música, a la poesía y al arte. Durante su juventud temprana, Schirach adquirió ya una formación nacionalista próxima a los planteamientos *völkisch*, lo que explica que —como puede deducirse parcialmente de sus memorias, cuando relata su entrada en el partido por el impacto que le produjo la oratoria de Hitler durante una estancia en Weimar en 1925—[22] Schirach estuviera preparado para escuchar aquella retórica debido a una formación familiar tradicionalista, que se agravó, según propia confesión, cuando se produjo el suicidio de su hermano Karl en 1919, incapaz de soportar la vergüenza de la derrota alemana. De hecho, no fueron sólo algunas amistades como la de Hans Ziegler —un viejo militante de organizaciones ultrapatrióticas—, sino que su posición no hizo más que confirmarse cuando las palabras de Hitler penetraron hondamente en su conciencia, lo suficiente como para dedicarle un apasionado soneto, entre los muchos poemas que publicaría a lo largo de su vida como dirigente de la juventud nacionalsocialista.[23] Uno de los aspectos que resulta indicativo de aquel encuentro fue su carácter tradicional. Hitler conoció a la familia del joven de dieciocho años y le señaló la conveniencia de que fuera a estudiar a Munich, donde se necesitaban muchachos como él. Por otro lado, esa aceptación social que tanto buscaba Hitler en aquellos años también era una

forma de que Schirach —como luego harían muchos de sus seguidores— hiciera de su militancia nazi una manera de ser radical sin salir del marco de una estructura familiar tradicional que se aceptaba, algo distinto a las posiciones rebeldes que adoptaban algunos jóvenes recién llegados de la guerra, poco dispuestos a recibir las lecciones de sus maestros como las habían recibido hasta entonces, poco inclinados a aceptar la autoridad paterna y los marcos clásicos de convivencia al haber experimentado un ambiente de responsabilidad personal como el que habían sufrido. Que al joven Schirach el encuentro con Hitler le inspirara un soneto, en lugar de una acción de propaganda o de combate, podía ser indicativo de otros aspectos de su personalidad que Hitler no dejaría de reprocharle en sus últimos años, de la misma forma que sus viejos seguidores de las *Hitlerjugend* quedarían desolados por el tipo de vida elegido cuando fue nombrado, a los treinta y tres años, *Gauleiter* de Viena. En 1925, Schirach aún estaba en condiciones de escribir: «No nos podrán robar lo Único, porque creemos en ti con el alma entera, y tú, sólo tú, eres el futuro de Alemania» («Das Eine können sie uns doch nicht rauben / dass wir an Dich von ganzer Seele glauben, / denn Du bist Deutschland Zukunft, Du allein»).[24]

Al parecer, su decisión de entrar en el partido no fue muy bien acogida por algunos de sus compañeros de las asociaciones juveniles alemanas, que desconfiaban de los partidos de Weimar, aun cuando Schirach trató de defenderse indicando el carácter distinto a todos los demás que tenía el NSDAP,[25] algo que podía señalar las dificultades que tendría el partido para abrirse paso en los ambientes de los jóvenes acomodados, algo que explica el profundo interés con el que Hitler quiso atraer a alguien tan bien relacionado hacia Munich. Allí logró que Schirach le preparara una reunión con estudiantes universitarios en 1927, y el éxito de la reunión, que Hitler

temía hasta el punto de hacer aparición solamente cuando se aseguró de que la sala estaba llena, fue decisivo para que el Führer se abriera camino hacia la dirección de la organización de los estudiantes. Schirach se había afiliado en cuanto llegó a la ciudad bávara, pero la NSStB estaba controlada por Hans Tempel, quien la había fundado en febrero de 1926. Tempel pertenecía al sector más izquierdista del partido y, en todo caso, era muy poco favorable a considerar las relaciones con las asociaciones patrióticas elitistas, algo que para Schirach suponía obligar a un sector nacionalista que podía ser favorable a los nazis a escoger innecesariamente su militancia y a votar en las elecciones del AStA a candidatos independientes o conservadores. La posición populista de Tempel, de fusión entre obreros y estudiantes a través de la organización nazi, era opuesta a la idea que tenía Schirach de fundir a los jóvenes universitarios de las distintas corrientes nacionalistas, viendo en ello la principal función del partido.[26] Schirach fue acusado por los seguidores de Tempel de vivir en condiciones de lujo ajenas al sentido del proyecto nazi, pero la protección dispensada por Hitler fue suficiente para mantenerle a salvo de los intentos de expulsión que llevó a cabo el ala izquierda de los estudiantes. En 1928, aprovechando las dificultades de Tempel con núcleos conservadores que habían ido entrando en la organización en Kiel, bajo la dirección de Joachim Haupt, destituyó a Tempel y nombró a Schirach, en un primer paso que debía asegurarle la conquista del conjunto de las juventudes. No es de extrañar que, en ese mismo momento, se celebrara la Asamblea de Pausen por parte de los seguidores de Gruber, para afirmar los principios socialistas revolucionarios de la juventud frente a la tentación de que un sector importante de la misma, como el de los estudiantes universitarios, cayera en manos de quienes se inclinaban por una alianza con las asociaciones conservadoras elitistas.

El problema para los adversarios de Schirach era doble: por un lado, éste

no carecía de capacidad organizativa y, por otro, las condiciones generales del partido desde 1929 iban en la dirección que podía identificarse mejor con sus posiciones. Schirach lanzó una ofensiva para hacer de la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas una verdadera vanguardia intelectual del nazismo, con lo que consiguió un grado de respetabilidad que hasta entonces no había disfrutado, pues era percibido solamente como un grupo popular de acción. Organizó conferencias de dirigentes afines como Feder o Rosenberg, editó documentos, creó escuelas de cuadros, actividades todas ellas destinadas a dotar a la Liga de una función educativa, de formación ideológica al servicio del partido, que mantendría en los años venideros, sin que se le ocurriera hacer de la juventud el sector más radical, como sucedía en otros escenarios, algo que podía exigir a la dirección el cumplimiento de los objetivos y las promesas más contrarias al sistema, aunque el objetivo de hacer de las juventudes el ámbito único de educación cívica no podría conseguirse bajo el nuevo régimen.[27]

El crecimiento de la influencia electoral del NSDAP se vio acompañado sobradamente por la nueva actitud tomada por la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas, orientada a una actitud mucho más amistosa con respecto a las viejas fraternidades. En las elecciones celebradas en el invierno de 1931-1932 el éxito de los nazis fue arrollador y, aun cuando los estudiantes continuaron manteniendo actitudes independientes, depositaron su confianza en cuadros de la Liga para que les representaran en los consejos universitarios: en Munich, por ejemplo, el número de representantes nazis pasó a ser de 11 sobre 31 representantes, y en Berlín lograron 65 sobre 100 en el invierno de 1931.[28] El éxito tenía, además, el resultado de que el cuerpo de profesores se viera presionado por la presencia muy activa de este sector, lo que ensanchó la esfera de simpatías que en amplios sectores académicos tenía el partido o, por lo menos, la falta

de hostilidad, abriéndose paso la necesidad de contar con un movimiento que parecía muy atemperado desde sus orígenes radicales para ofrecer una solución a la grave crisis de las instituciones. Recordemos que, entre las medidas que se tomaban por parte de los gobiernos presidenciales se encontraba la congelación salarial de los funcionarios e incluso la pérdida de sus empleos, mientras el nazismo acentuaba en aquel momento la defensa de la iniciativa pública y el apoyo a los sectores de la clase media castigada por la crisis, y exigía del gobierno una política de gasto público que ni Brüning primero, ni Von Papen después, estuvieron dispuestos a llevar adelante. El nazismo se iba convirtiendo, en el ambiente universitario, en el movimiento que parecía satisfacer los factores de una lucha por la nueva política antidemocrática fascista que fascinaba a tantos jóvenes de la clase media en las universidades europeas, al tiempo que actuaba como la única alternativa posible de estabilidad para los sectores de la clase media ilustrada que no dejaban de constituir los profesores y quienes, salidos de la universidad, iban a ejercer una profesión en condiciones precarias de incongruencia de estatus.[29]

Los éxitos permitieron a Schirach ser nombrado *Reichsführer* de las Juventudes Hitlerianas, bajo la dirección de las SA, aprovechando la crisis sufrida por el partido en aquel cambio de década. Durante 1932, e inmediatamente después de la captura del poder, los afiliados a las *Hitlerjugend*, que podían rebasar la cifra de cien mil antes de la toma del poder, fueron un elemento muy activo de propaganda y de proporcionar a los nuevos votantes imprescindibles en aquel momento la impresión de que el partido por el que optaban, caso de hacerlo por el nacionalsocialismo, tenía una actitud radicalmente nueva, distinta a cualquier otro, radical en sus principios comunitarios y lejana a cualquier conformismo. Esa complicidad generacional había de observarse en el comportamiento de los

votantes de 1932, cuando el NSDAP fue capaz de arrastrar los votos de los pequeños partidos populistas que hasta entonces habían constituido un espacio de resistencia antirrepublicana y que tanto en julio como en noviembre de 1932 se inclinaron por abandonar sus opciones fragmentadas para unirse al movimiento nacional.[30] El esquema, que reproducía lo que Schirach había realizado en la propia Liga de Estudiantes, había de notarse en la profesionalización de la organización y en el cambio de origen social de sus dirigentes: un grupo de militantes voluntarios de origen popular fue sustituido por licenciados que cobraban por sus puestos burocráticos. En 1933, cuando se produjo el *Machtübernahme*, Schirach orientó su organización en el mismo sentido en que lo hacía el conjunto del NSDAP: una *Gleichschaltung* que empezó por absorber a algunas organizaciones patrióticas, mientras el propio *Reichsführer* se encargaba de tranquilizar a los militares, asegurándoles que la organización continuaría contemplándose como una agrupación de jóvenes dispuesta a disciplinarse al servicio de la defensa nacional cuando fuera necesario. De la misma forma, las *Hitlerjugend* se adueñaron del Comité de la Juventud Alemana, destituyendo a su presidente Hermann Maas tras enviar a un grupo de asalto a las órdenes del ayudante del *Reichsführer,* Karl Nabersberg.[31] De esta forma, Schirach pasaba a controlar una organización con un número de afiliados que oscilaba entre los seis y los siete millones. Como presidente del Comité, dependía de los ministros de Justicia y de Educación, mientras que pasaba a depender directamente de Hitler como responsable de las Juventudes. Su independencia de las SA se vería incrementada por la actitud adoptada en la crisis de junio de 1934, una verdadera prueba de lealtad que podía haber tenido en los sectores jóvenes uno de los puntos de conflicto, dada la orientación ideológica con que se hacían las protestas de los seguidores de Röhm y la dependencia política que hasta entonces se había

tenido de las SA. El cambio hacia las SS sería irrevocable a partir de aquel momento, al introducirse una radicalización ideológica en los aspectos del proyecto racial de la juventud que deberán ser considerados, aun cuando Schirach buscaría también compensar esta relación —como era tan usual en la vida orgánica del Tercer Reich— evitando que Himmler llegara a adueñarse de algunos aspectos de la educación de los jóvenes y estableciendo, en cambio, una alianza con el poderoso Robert Ley en la formación de las Escuelas Adolf Hitler.[32]

Las Juventudes Hitlerianas habrían de obtener el monopolio de la organización de los jóvenes por decreto de 1936, cuando se puso fin a cualquier otro organismo, en especial el millón y medio de afiliados que conseguían movilizar las organizaciones católicas.[33] Más de veinte peticiones de organización de movimientos juveniles fueron rechazadas, y una de las funciones básicas de las *Hitlerjugend* a partir de aquel momento fue el control de la disidencia juvenil, a través de su propio servicio de orden, el *Jugenstreifendienst* (JSD), que permitió la persecución de quienes expresaban gustos diferenciados a los exigidos de una forma cada vez más uniforme por la comunidad nacional, ya fuera en la forma de vestir, en la música y, en especial, en la colaboración con los organismos represivos para controlar la disidencia juvenil.[34] Esta labor represiva había de tener menor importancia, desde luego, que la que implicaba una tarea de adoctrinamiento que seguramente sería uno de los aspectos en los que Baldur von Schirach sufriría el mayor de sus fracasos, como habría de sufrirlo Robert Ley en la posesión de las relaciones laborales. El Ministerio de Educación dirigido por el conservador del partido Rust siempre controló la educación formal, mientras Goebbels se encargaba de asegurarse la influencia en aquellos aspectos de carácter propagandístico, como la célebre quema de libros. En este sentido, la depuración producida fue el resultado

del gobierno, no de las tareas del partido propiamente y, menos aún, de las que pudieran correr a cargo de las *Hitlerjugend*, cuyos miembros pudieron dedicarse a la simple tarea de delación.[35] El ámbito en el que sí pudo entrar Schirach fue la creación de las Escuelas Adolf Hitler, en un acuerdo realizado con Robert Ley, para tratar de controlar la tarea que realizaba el Ministerio de Educación a través del programa conocido como NAPOLA (*Nationalsozialistische Erziehungsanstalt*). Las escuelas fueron creadas como respuesta a la actitud del Ministerio e incluso de las SS, que tiene influencia sobre el proyecto NAPOLA a través del funcionario encargado del mismo, August Heissmeyer, que es *Obergruppenführer* de las mismas. El acuerdo entre Schirach y Ley se realizó en abril de 1937.[36] Al mismo tiempo, el control de las universidades fracasará por la misma falta de interés de Hitler de constituir un espacio de poder especial para Schirach fuera del ámbito estricto de una organización de masas del partido, junto con las resistencias que pueden observarse en la universidad, los esfuerzos realizados desde la cancillería por Philip Bouhler para controlar la actividad del sector ideológicamente más radical en temas como el racismo anticristiano y la propia marginación de Alfred Rosenberg, que habría sido un aliado crucial para los intereses de Schirach en este punto.[37]

Al llegar el momento en que estaba a punto de producirse su paso a *Gauleiter* de Viena, Schirach disponía de una organización de masas sólo comparable al DAF. En 1933, el número de afiliados a las *Hitlerjugend* era de tres millones y medio, pero la obligación de hacerlo desde finales de 1936 permitió hacerse con la adhesión teórica de todos los jóvenes alemanes, aun cuando nunca se lograra un control absoluto del sector. En 1934, como se ha indicado al principio, cuando los miembros de las Juventudes Hitlerianas lo eran aún voluntariamente, su participación fue especialmente cuidada por la realizadora, que dedicó una atención

minuciosa a expresar lo que era más importante: la adhesión fascinada al Führer por parte de los jóvenes y el discurso enérgico dirigido por éste, emocionado por poder dirigirse a quienes «sois carne de nuestra carne» y, por ello, habían de comprender que eran responsables del cumplimiento de un futuro que dependería de su aprendizaje: el de amar la paz, pero estar dispuestos a defendersu país; el de obedecer al mando y ser disciplinados; el crecer en una comunidad popular donde se hubiera abolido el concepto de clase. Este vigor ideológico se ratificaba mediante dos aspectos que los jóvenes de la organización habían de tener presentes: una educación en la ideología nacionalsocialista y en el culto al Führer, adhesión a principios que llegaban a ser la simple continuidad de la historia del partido, como si su tarea fuera la de mantener esa llama ardiente cuando la generación anterior no se encontrara ya dispuesta. Junto a ello, la construcción ideológica que suponía la misma experiencia de vida en común, la fabricación de espacios de camaradería que eran la verdadera *Volksgemeinschaft.* M. Kater ha recogido el testimonio de una muchacha para la que las reuniones de campamento pasaban a ser, en sí mismas, el microcosmos de la sociedad utópica que se estaba construyendo: nadie era más que nadie por su origen social, y una campesina de Sajonia que tenía escasa cultura era obedecida por su capacidad de administración en un ambiente de fraternidad que hacía *verdadera* la promesa nazi de un sistema igualitario para los miembros de la comunidad.[38] En este sentido, el propio dirigente máximo de la organización era claro cuando señalaba la equivalencia entre la propia *dinámica* de la organización y la *Weltanschauung* que ésta poseía. «El movimiento es la armonía de la idea y la organización.» La organización no es otra cosa que la manifestación (*Ausdrucksgestalt*) de la ideología en la que reposa. La experiencia cotidiana, las emociones acumuladas en esa verificación de una vida en la

que se forma al individuo dando forma, al mismo tiempo, a la comunidad que deberá constituir en el mañana, señala la constitución de la utopía entre quienes, no mucho más tarde, habrán de ser combatientes radicales. Su formación en esa comunidad popular los enfrentará, junto con una ideología racial de la que se han cuidado también cautelosamente en sus actividades, a la experiencia de contemplar a los pueblos eslavos que no poseen esas cualidades. El racismo, como lo han indicado los estudiosos del tipo de guerra que se realiza en el Este, pasa a verificarse al realizar la observación de las condiciones en las que viven los que son ajenos a la comunidad. De esta manera, no sólo la experiencia de haber colaborado en la vigilancia de los campos de concentración como habrán de hacerlo, sino el hecho de poder participar en una guerra racial que corrobora lo inferiores que son los individuos y las sociedades contra las que combaten, habiendo sido educados en el ambiente idílico de ese tiempo libre lleno de entusiasmo, nacionalismo y sentido de pertenencia a un colectivo, les permitirá desplazar el conflicto hacia el exterior. Sólo el inicio de la derrota, el sentirse abandonados por sus jefes, notar la incompetencia de sus mandos supremos y sentir vergüenza por escenas de brutalidad que no se relacionan de una forma inmediata con la superioridad racial, sino que son una vuelta de tuerca más en ese punto, habrá de llevarlos a una conciencia diferenciada.

Para Baldur von Schirach, cuya entrada en el círculo íntimo de Hitler se había producido gracias al matrimonio con Henriette, la hija de su fotógrafo Hoffmann y, por tanto, amiga de Eva Braun, las cosas podían ir lo suficientemente bien como para que se le concediera el cargo de *Gauleiter* de Viena en 1940. El paso a ser la máxima autoridad en la capital del antiguo imperio, en la «perla» de la *Grossdeutschland*, sólo podía contemplarse como un ascenso, al que llegaba con el encargo de aplastar

cualquier indicio de resistencia al nuevo orden de cosas instaurado en el país, limpiar de judíos la capital del antiguo Imperio Habsburgo y revitalizar la cultura de aquella ciudad que fue un núcleo de experimentación cosmopolita en el cruce entre los dos siglos. Schirach habría de sentirse extraordinariamente cómodo en una posición que le permitía actuar en todas estas direcciones con absoluta tranquilidad. Podía considerar la salida de los sesenta mil judíos que habían de dejar espacio para los residentes arios, colaborando en una de las tareas de expropiación más gigantescas que se dieron en el interior del Reich; tuvo a su disposición a una serie de cuadros cuya experiencia en la extrema derecha austríaca había sido la represión y que, por tanto, estaban dispuestos a actuar sin compasión contra los opositores.[39] La restauración de la vida cultural de la ciudad llegó a enfrentarlo, tras unas relaciones extraordinariamente amistosas, con Goebbels, cuando Schirach consideró oportuno abrir representaciones de Wagner a direcciones heterodoxas, como la realizada en abril de 1941, que provocó reacciones airadas de una parte del público y comentarios indignados de Goebbels que llegó a hablar de bolchevismo, mientras Schirach indicaba que no comprendía cómo podía ser un peligro para el Estado, para la ciudad, para el arte o para la dirección de la guerra una discusión sobre la escenificación de Wagner.[40] La ingenuidad del personaje dejaba mucho que desear, considerando los libros que había aconsejado censurar en las oficinas de las Juventudes Hitlerianas en los años anteriores, y en tiempos de paz. En cualquier caso, su benevolencia en este terreno tenía poco que ver con la que manifestaba en otros, como la cólera demostrada cuando se produjo el atentado contra Heydrich —sustituido precisamente por el austríaco Kaltenbrunner— proponiendo, en un mensaje a Bormann, que tras la deportación de los judíos de Viena, se

produjera la de los checos, algo que era la adecuada respuesta al asesinato del «camarada» Heydrich.[41]

Sin embargo, después del célebre incidente de Obersalzberg de comienzos de 1943, donde el matrimonio Schirach situó su caída en desgracia ante Hitler, puede darnos una indicación de los verdaderos motivos de desencanto de sus camaradas de partido algo que nos devuelve a sus primeros pasos en la Liga de Estudiantes. En el verano de 1944, cuando Kaltenbrunner realizaba una inspección para examinar las condiciones de resistencia en Viena, el propio Schirach le indicó la carencia de esperanza alguna, por estar la ciudad a disposición de los bombardeos constantes aliados, tras la ocupación de Italia y por el derrumbamiento del frente oriental. La oposición interna de todo tipo hacía imposible llevar adelante una resistencia adecuada. El *Gauleiter* Hugo Jury llegó a expresar que la personalidad de Schirach y su estilo de vida eran inadecuados. Su interés por la cultura parecían propios de un período de paz y prosperidad y ridículos en las condiciones duras en las que se encontraba el país. Los obreros austríacos desconfiaban de un hombre al que identificaban con la alta burguesía y la aristocracia, pues consideraban que no estaba preparado para sobrellevar aquella situación. La solicitud de Himmler de destituirlo cayó en saco roto, cuando Hitler no quería añadir la impresión de desconcierto gubernamental en el ataque a quien había sido una de las figuras fundamentales del régimen. Podía añorar ahora a los viejos luchadores frente a aquel aristócrata que le sedujo para hacerse cargo de los jóvenes y ahora, a sus propios ojos, se había hecho un típico miembro de la sociedad decadente vienesa. El 6 de abril abandonaba una ciudad defendida apenas por restos de la división de «Sepp» Dietrich destrozada. Hitler llegó a decir al valeroso y brutal general que sus hombres debían arrancarse el brazal con el nombre *Leibstandarte Adolf Hitler* de sus guerreras, a lo que

éste le respondió que podía ir al campo de batalla a despojar de ese privilegio a los miles de muertos con que los habría sembrado. El día 13, los últimos combates se apagaban en la ciudad donde Schirach había ejercido como virrey, ensalzado al toque de distinción de una corte de fantasía que parecía ajena a lo que sucedía a muy pocos kilómetros, en una cantera donde morían de agotamiento los republicanos españoles, los homosexuales, los opositores políticos, los prisioneros de guerra rusos y los judíos.

Durante un año, hasta que llegó la declaración de las sentencias de Nuremberg en octubre de 1946, Schirach preparó una defensa que se basó en los párrafos con que se iniciaba este capítulo. Leyéndolo, uno puede recordar lo que Sándor Márai comentaba acerca de los alemanes con sus compatriotas húngaros:

> Los alemanes se lo creían todo, incluso cosas que en Budapest no se creía ni el camarero de un café y en ninguna ciudad de provincia convencerían a un juez … Éramos la generación de la posguerra, y como nuestros nervios estaban marcados por el pánico de la destrucción, nos enfrentábamos a aquella Alemania exhausta, dormida y bonachona listos para comernos el mundo, sin albergar duda alguna.

Sin embargo, cuando Schirach escuchó una sentencia de veinte años, que lo salvaba de la muerte que padecería su amigo Rosenberg, pero lo condenaba a perder en una celda el período comprendido entre los treinta y ocho y los cincuenta y nueve años —habría de morir antes de cumplir los setenta, pobre y enfermo, atendido por dos antiguas camaradas del BDM—, debió de pensar que él creyó, pero no en todo, como pensaba Sándor Márai, sino sólo en Hitler. El propio Márai indicó, en una peregrinación a la ciudad de Schirach, que:

> los seres humanos tenemos nuestro destino material, aunque también tenemos un destino espiritual

que nos determina con fatal naturalidad. Uno encuentra a Goethe o no lo encuentra; yo, para mi suerte, lo encontré bastante pronto … Ese destino bien conocido, ese ambiente propio de un genio me acogió, y por alguna razón secreta e inexplicable, dejé de tener frío y de sentirme un paria.[42]

Por la voluntad, no por el destino, en esa misma ciudad donde Schirach dio la espalda a Goethe, quedó fascinado por lo que creyó que era «el ambiente de un genio», el que le permitiría dejar «de tener frío». En la misma ciudad donde vivió una de las inteligencias más sublimes de nuestro tiempo, capaz de teorizar sobre la relación entre la poesía y la verdad y de escribir uno de los más estremecedores poemas de amor de la era moderna, la *Elegía de Marienbad*, Schirach dejó seducirse por una mediocridad. Una insolvencia moral que dejaba atrás para siempre el orgullo del genio y se quedaba sólo con un futuro de vergüenza, confesado para salvar la vida terrenal, cuando el espíritu ya había muerto en aquella misma noche de 1925 en que escribió, en un verso, que la mirada de Hitler marcaba el camino de Alemania.

9

Heinrich Himmler

La noche del cazador

«Quien no tiene carácter necesita de un método.» La frase, escrita por Camus tras la experiencia de la Ocupación y la necesidad de responder al reto moral del Terror de Estado en la política contemporánea, parece ajustarse a una aparente contradicción que hallamos siempre fijada a la personalidad de Himmler. Su aspecto es el de una frágil personalidad de la que no puede sospecharse la responsabilidad de la masacre paradigmática del pasado siglo. Sólo conociendo el resultado final, su imagen nos produce la inquietud derivada, precisamente, de esa falta de ajuste. Por ello, las palabras de Camus pasan a recordarnos la diferencia entre dos aspectos que suelen confundirse en la contemplación de lo que de forma más intensa nos ha llegado de la experiencia nacionalsocialista. De un lado, la construcción de un régimen de control destinado a la exclusión y al exterminio realizados con los recursos y la impunidad de los organismos estatales en una fase dominada por el concepto de la excepcionalidad política. De otro, lo que esperamos encontrar asociado a esa situación en sus ejecutores en su propia disposición física, en la manifestación de sus instintos deformes que ocupan su lugar para dar sentido a una expresión, a un rostro, a una mirada. En este sentido, la visión de la frialdad, incluso de timidez, así como el prestigio de terca laboriosidad de un burócrata obsesionado por la planificación de una tarea que le abruma por su magnitud, empaña la idea que nos hacemos de Heinrich Himmler. La apariencia se basa en un equívoco. En el período de

entreguerras, una serie de actitudes desmoralizaron el sentido cívico y permitieron que se confundiera la iniquidad de la intolerancia con la autenticidad de las convicciones. Por ello, vinculamos el nacionalsocialismo con la imagen de la violencia emocional, la exasperación del gesto complacido en el dolor ajeno, que necesita palpar el daño hecho a los otros, que se alimenta de la capacidad de sufrimiento que es capaz de causar, algo que necesariamente tiene que dejar indicios en la apariencia de las personas. En una sociedad tan poco iconoclasta como para exigir que los símbolos adquieran una forma concreta, reconocible, hasta el punto de que el mismo concepto de representación se apaga, para sustituirse por el de identidad, esperamos que el personaje se adapte al arquetipo, que la vida se resuelva en su evocación. ¿Cómo no relacionar con ello la constante sorpresa de los contemporáneos y los historiadores al referirse a Himmler? Lo que desconcierta a los ensayistas es lo mismo que llevó a Hanna Arendt a considerar «la banalidad del mal» al hablar de las declaraciones de Eichmann en el proceso de Jerusalén, pero también la que le empujaron a ver en Himmler el modelo del perfecto burgués que, en las condiciones adecuadas, había de permitir la degradación más inaudita para salvar su pequeño mundo en el que ejerce su responsabilidad sin vehemencia.[1] Sabemos que, sin embargo, la entera apariencia física de Himmler, las noticias sobre su actuar calmado, sobre su minuciosa pulcritud y exasperante deseo de clasificación ordenada, son la prueba *palpable* de uno de los aspectos que nos coloca ante la verdadera calidad del Estado que organiza el Terror como algo diferente a la violencia social, aun cuando sin esa misma turbación de base nunca se habría producido su instalación. El nazismo es el resultado del miedo, pero crea el Terror. Es la desembocadura de una sociedad que ha ido desencajando sus cifras afectivas en las condiciones en que la vida humana es negociable, tras la experiencia de las

trincheras, tras las odiseas revolucionarias, en los desarraigos generalizados que quiebran los proyectos personales en una sensación de hundimiento que coincide con la llegada a la madurez de sus miembros o con el primer vistazo que la juventud lanza a su alrededor. Recién llegados o con sus antiguas cláusulas morales convertidas en escombros, gentes de distinta edad se encuentran preparadas para el Terror, organizado en una especie de receta homeopática que, por su semejanza con el miedo, se lo resolverá.

Tras la primera sensación de sorpresa, que permite que las personas de nuestro tiempo puedan distinguir al responsable del genocidio de la apariencia espantosa de un asesino, nuestra aproximación lombrosiana al administrativo del Terror de Estado parece otorgarnos los elementos simbólicos de un mundo kafkiano en el que los funcionarios actúan con una impasible lealtad a sus oscuros objetivos, aun cuando parezca, en la pesadilla del judío de Praga que escribe en alemán, que lo que importa realmente es el *procedimiento* más que cualquier consideración sobre los fines,[2] algo que supone una consideración estética de la razón instrumental: en aquellos mismos años, un extraño individuo de Providence, al que la sociedad no prestó atención, H. P. Lovecraft, escribía un relato que parecía desmentir la tendencia a no describir nunca los monstruos de sus obras, sino el efecto que su aparición causaba en los espectadores. *El horror tiene forma*. El horror quiere *ser* una forma que tranquiliza a los adictos y amenaza a los degenerados. Nadie como Himmler espera que la *representación* del Estado de Terror —empezando por sus propios responsables directos— tenga que confundirse con una sensación de incontinencia emocional, de carencia de dominio de los propios impulsos, en definitiva, de *inseguridad* que llegue a contradecir sus funciones. El ciudadano tiene que contemplar la misma percepción de decencia profunda, de entrega al deber, de disciplina férrea y de implacable persecución de un

objetivo noble a quienes han decidido dedicar su vida a demostrar su propia superioridad defendiendo a la comunidad que quiere preservarse, como lo habrían hecho unos caballeros protegiendo a una criatura santificada, cuya fragilidad física contrastase con su necesidad para dar sentido a la Historia. Custodios y servidores, élite racial y abnegada mayordomía que sólo puede servir si puede demostrar el control doméstico del que se ha hecho cargo. El funcionario Heinrich Himmler, con su aspecto de oficinista atildado, de energía recluida en las normas, de impulso encauzado en la obediencia, tiene un sentido en la medida en que debe convencer de la *normalidad* de lo que hace. Naturalmente, sus ayudantes deben tener un aspecto que complete el cuadro, en una consideración de imagen de grupo que coordina los diversos elementos corporales, la personalidad que se adivina: el rostro de Heydrich se convierte en un factor nada secundario en los inicios de su carrera y en las propias obsesiones de formalización racial de Himmler. La brutalidad de los actos cometidos por los oficiales de bajo rango o los soldados contra los judíos o los eslavos forma parte de esa apariencia, de servicio que exige cumplir con las desagradables tareas higiénicas. Acompaña a la elegancia de unos uniformes que parecen los de una Orden de Caballería al servicio de la *Volksgemeinschaft.* El perfil que responde al arquetipo de la belleza racial, la violencia ordenada que responde al cumplimiento de una tarea «decente». La apariencia vaporosa, indefinible, ese «apenas estar ahí» que tiene Himmler y que sólo tras conocer su inmenso poder en el Tercer Reich nos impide contemplarlo con la insignificancia que le habríamos atribuido, con su falta de interés. Escenas de un mismo cuadro que se complementan en una secuencia, en una relación que las hace mutuamente comprensibles y que los espectadores siempre contemplan, aunque dirijan la mirada hacia uno solo de sus componentes.

Para Camus, la ausencia de carácter era lo que, en esa *despersonalización* del Terror de Estado, permitía comprender el ascenso de los mediocres, la conjura de los necios. Sin embargo, el biógrafo Willy Frischauer, uno de los primeros que se enfrentó a la figura de Himmler, se refirió al «método de la mediocridad» para definir al *Reichsführer* de las SS.[3] Si el horror tiene forma, incluso la mediocridad atribuida al personaje necesita de una disciplina, no puede confundirse con la relajación, sino con un tipo especial de incompetencia que nada tiene que ver con la carencia de esfuerzo, sino con el inmenso trabajo que supone hacer fructificar la propia debilidad espiritual en un escenario en el que todos son héroes. El escaso relieve dado a su persona en los primeros momentos del Tercer Reich, que tanto contrasta en la identificación que hoy se produce entre su apellido o su imagen y la del régimen nazi, puede observarse en un hecho significativo: Konrad Heiden, un agudo periodista al que se le escapaban pocas cosas acerca de la naturaleza del nacionalsocialismo, apenas se refirió a Himmler en su historia del NSDAP, publicada cuando los nazis acababan de tomar el poder.[4] No se le puede reprochar a Heiden tal falta de perspectiva cuando el resultado inmediato de la toma del poder para Himmler se había limitado a la ocupación de la jefatura de la policía en Munich, ni siquiera en la totalidad de Baviera, a pesar de que para cuando Heiden escribía ya se habían dado indicios de su capacidad de infiltración en el aparato del Estado, algo que nos puede ofrecer cómo la mediocridad y la discreción pueden ser confundidas y aprovechadas, cuando detrás quizás no haya un carácter, pero desde luego sí se encuentre un método. Entre tantos gloriosos poseedores de una personalidad exuberante, tal modestia no era una toma de conciencia, sino la gozosa entrega de lo espectacular para poder quedarse en la habitación del fondo, redactando el guión de la obra que verdaderamente habrá de llenar el teatro, cuando la efímera gloria de los primeros meses y

determinadas famas hayan caído víctimas de sus propios excesos, que pueden amenazar con oscurecer el papel del actor principal. ¿No habría cambiado el omnipotente Röhm su *estilo* por el de Himmler una tarde de julio de 1934? ¿No se habría ahogado en esos mismos días la risa atronadora de Gregor Strasser ante Kurt Lüdecke, cuando el jefe de la PO le indicaba a su interlocutor que Himmler «no es, como sabes, un genio»?[5] Un observador no menos perspicaz, Albert Krebs, que escribía a algunos años de distancia, sólo podía recordar de Himmler que le impresionó en 1929, cuando éste acababa de ser nombrado jefe de las SS, la sarta de estupideces que fue capaz de reunir en unos pocos comentarios, entre los que se encontraban interesarse por el apellido judío de uno de los cuadros nazis de Hamburgo y del «sospechoso» trabajo en un banco de otro de ellos.[6] Lo que parecía escaparse al fugaz *Gauleiter* de la ciudad hanseática era esa minuciosidad de andares de insecto con los que el pequeño líder de las aún exiguas SS estaba ya realizando sus propias tareas de inspección con un criterio que podía sorprender, pero que sólo una década más tarde había de decidir la vida o la muerte en determinados recuentos realizados en una Oficina de Reasentamiento Racial, de acuerdo con un pormenorizado estudio realizado a través del microscopio de la ideología nazi.

Puede sorprender más la referencia a la «cobardía» que puede encontrarse en lo que Walter Schellenberg definía como algo distinto a una falta de coraje físico: el mantenimiento de una prudente distancia de los demás, la necesidad de no tomar partido hasta que las cosas se hubieran aclarado como para poder responsabilizar a los otros de cualquier error.[7] La inercia de su profunda necesidad de ser apreciado y valorado podía tener alguna relación con ello, algo que podremos examinar en algunos detalles muy explícitos de su formación en sus años más jóvenes.[8] Sin embargo, Lina von Osten, la viuda de Heydrich, podrá referirse en sus recuerdos al

intento de Himmler de provocar su divorcio, algo que se resolvió cuando, ante el apuro del *Reichsführer*, lo sacó a bailar, con lo que consiguió que Himmler, incapaz de un gesto de descortesía que sumó a su torpeza física —tan lejana a la habilidad para la danza que había exhibido en sus tiempos de juventud—, asegurara a la enérgica mujer que todo estaba en orden. La propia Lina von Osten, sin embargo, había de recordar cuántas veces la timidez de Himmler se resolvía ante el glacial Reinhard Heydrich con un grito: «¡Usted y su maldita lógica!» («Sie mit ihrer verfluchten Logik!»), reservado a los momentos en que la argumentación del jefe del Servicio de Seguridad (SD) pasaba por encima del cerebro de su superior la apisonadora de sus cálculos estratégicos para vencer ciertas resistencias impulsadas por el temor a tomar decisiones que atormentaba a Himmler hasta hacerle enfermar.[9] Con todo, ese tipo de complacencia en la rutina, que lo llevaba a sufrir una decisión y que no soportaba un desaire en público, una incorrección cometida por él mismo, podía responder al arquetipo de un maestro de escuela —así lo define Schellenberg, apresurándose a señalar hasta qué punto estaba equivocado—, de la misma forma que Speer, en el tramo final de su vida, recordaba que aquel hombrecillo sin carácter había conseguido ponerse en la órbita de Hitler y brillar con algo parecido a una luz propia, que le permitía orientarse en terribles actuaciones que parecían proceder de un ánimo firme, pero que sólo eran una especie de reverberación de un espíritu decisivo, que brotaba de la personalidad del Führer y golpeando en los pechos de sus ayudantes, a los que inculcaba aquella fe resolutiva del fanático que es sólo una delegación de la voluntad ajena.[10] Esta zona anímica vacante, ocupada por un carisma parasitario que se alimenta con una utopía de lodazal, podía provocar también la impresión del temor en quienes ya conocían su poder, como podía indicarlo Alfred Rosenberg, amigo inicial y adversario de los

últimos tiempos, al escribir que nunca había podido mirar de frente aquellos ojos enfundados tras unos quevedos, aunque al mirar su fotografía, cuando todo se había consumado, podía definir la inquietud que sentía: lo que había visto siempre era la *maldad*.[11]

Quizás esa mediocridad, sometida a la disciplina del método, alumbrada por el carisma iluminador de Hitler, oficiada en el poder adquirido gracias a la capacidad de promoción que ofrecía el régimen en un juego de enfrentamientos que será decisivo en un primer instante —y que luego colocará a Himmler en las coordenadas ideológicas con que Hitler analiza la política exterior, lo que le permitió alcanzar el máximo de su poder—, debe instalarse en los propios datos de una formación personal que habría tomado otro camino muy distinto, muy alejado de las tendencias nihilistas revolucionarias que había de adquirir. De entrada, ese talante minucioso que sustituye el carácter verdadero, el que es capaz de enfrentarse a las circunstancias en lugar de ser un objeto de las mismas, puede hallarse en el mismo momento de su nacimiento, en un acto del que el recién llegado Heinrich no es responsable, pero que nos indica un ambiente familiar basado en la obediencia, en el oportunismo social y en la *precisión*. Cuando, en octubre del año 1900, Gebhard Himmler, tutor de Heinrich, el hijo del príncipe Arnulf, indica a su protector que ha puesto a su nuevo vástago el nombre del aristócrata a su cargo, el por entonces *assistent* en el Ludwig Gymnasium de Munich habrá de indicar detalladamente las características —ya que no el carácter— del recién nacido, con la misma microscópica atención a un mundo ordenado, calibrado, con que distribuye sus sellos y sus monedas antiguas: «Quizás os interese saber, Príncipe Heinrich, que en el segundo día de su existencia en esta tierra, nuestro recién nacido pesaba siete libras y doscientos gramos y medía 52 centímetros».[12]

Un detalle que, sin duda, había de fascinar al adolescente al que se dirigía

la nota, muerto en el frente de la Gran Guerra en 1916, tras dejar un pequeño legado al niño que llevaba su mismo nombre. Heinrich Himmler nacía en una familia entregada a los rituales del servilismo cortesano, obstinadamente incluida en las vías de promoción social de la Europa Central, a través de la función pública, de la enseñanza y de las relaciones sociales con una aristocracia como la de los Wittelbach, que podían erigir una fastuosa sombra de protección sobre quienes parecían excelentes vasallos para tan buen señor, decididos a inclinarse ante el orden establecido, ante un mundo perfectamente dispuesto, con los hombres y las cosas en orden, ese mundo que aguardaba a Heinrich para darle el lugar que había de corresponderle bajo las alas de una aristocracia que no sabía que estaba sobrevolando los últimos metros de su existencia, menos de veinte años antes de que su mundo se derrumbara y se llevara con él la palabra mágica que Stefan Zweig coloca al frente de sus memorias: la *seguridad.* Una palabra, *Sicherheit*, a la que aquel recién nacido habría de dar un significado tenebroso, cuando los acontecimientos radicales, y no sólo el paso exacto e impune de los años, lo convirtieran en un hombre.[13]

No existe una educación llena de maltrato y abandono, sensaciones de orgullo profesional saqueado y destrucción de esperanzas infantiles exageradas en la infancia y la adolescencia de este ser, en cuya conducta posterior quizás nos tranquilizarían estos elementos. Por desgracia, el mismo determinismo naturalista que aplicaban los nazis suele enturbiar nuestro esfuerzo de comprensión de las conductas sociales, y el prestigio de Mal Absoluto carente de explicación de aquello que asociamos a Himmler y sus SS, los campos de exterminio, parece buscar los datos patológicos *individuales* y siempre en el margen de una conducta excepcional, que podamos verificar con un historial clínico adecuado. Las cosas son más complejas si deseamos comprender, sin ir más lejos, la composición social

de la élite de las SS,[14] e incluso la de sus sectores más brutales, como los que formaron la dirección de los *Einstazgruppe*[15],de quienes planearon las formas más prácticas y eficaces del exterminio,[16] de los jefes de División encargados de la custodia de los campos,[17] los dirigentes del SD[18] o de la tristemente célebre división *Totenkopf* de Theodor Eicke.[19] De hecho, ni siquiera podríamos examinar adecuadamente la conducta de quienes, fuera de ese campo de militancia y compromiso más radical, actuaron como delatores o como simples soldados y dieron lugar a lo que Bartov ha llamado la «barbarización» del frente oriental.[20] Tras la búsqueda de una individualidad excéntrica para comprender el nazismo se encuentra la negativa intelectual a la adecuada integración del fascismo y de su apoyo social en las condiciones de la crisis europea de entreguerras. Esa forma en que personas integradas en un mundo ordenado ven volcarse una multitud de fracturas sobre su existencia que la convierte en incomprensible, obligando a adoptar una serie de códigos de conducta que incluyen la criminalidad, es lo que permite que nos acerquemos a los primeros pasos de la vida de Himmler y su conversión en un nacionalsocialista, porque nos resulta *ejemplar* en el sentido preciso del término, que es el opuesto al de su carácter excepcional, para convertirse en una adecuación a consecuencias últimas que tienen su referencia en la existencia de millones de personas sin las que la propia carrera de Himmler habría sido, simplemente, delictiva en los parámetros de la misma sociedad que le permitió promocionarse *a través del crimen político*. El estudio de los diarios de aquel adolescente entre 1914 y 1924 realizado por Bradley Smith nos permite llegar a su misma conclusión, que convendría extender a las experiencias que los textos citados en torno a sus cómplices nos permite señalar: «Heinrich Himmler no fue un adulto convertido al nazismo; fue a través de su compromiso con el partido y con su ideología como se convirtió en adulto»,

lo que le permitió resolver sus «problemas de identidad como hombre».[21] Se trata del paso de un joven educado para ese mundo de seguridad en una ideología católica y conservadora, que debe construir una imagen utópica cuando el mundo para el que se le formó fue destruido. Lejos de ser una experiencia personal, se trata de un ritmo generacional del que Himmler pasa a ser un elemento modélico, no extravagante, aun cuando los modelos deban distinguirse del gran público por su capacidad de sintetizar *lo mejor* de sus aspiraciones morales o estéticas.

Himmler llevó en su Munich natal una vida relacionada con lo que era propio del hijo de un funcionario relacionado con la dinastía reinante y con un profundo sentimiento católico. El conservadurismo estaba impregnado de autoexigencia, de sentido del deber, de una obsesiva moral que contenía cualquier impulso considerado indecente, de un afán de aceptación en los medios sociales adecuados, de una gran ambición profesional y de un fuerte sentimiento nacionalista.[22] Estos factores, a los que podían añadirse algunas peculiaridades del personaje que no le abandonarían en toda su vida, como una creciente arrogancia producida por su inseguridad, que lo llevó a episodios tan desagradables como hacer que su hermano rompiera el compromiso con una novia que había cometido alguna indiscreción, o a zarandear verbalmente a sus mejores amigos, indicándoles cómo debían comportarse, llegaron a poner en peligro constante sus relaciones.[23] Con todo, su actitud era la propia de un fervoroso miembro de una familia mediana, culta, perseverante en su servicio a los Wittelbach, orgullosa de Baviera y del Imperio. El joven Heinrich se fue formando como un conservador imbuido, como ocurría con muchos jóvenes de su generación, de un romanticismo agresivo que lo devolvía a la veneración de la tierra, del paisaje, de las viejas costumbres, algo que habría de agudizarse después de la guerra. Himmler la vivió con la amargura especial de no haber podido

servir en el frente, aunque se enroló pronto en organizaciones de voluntarios como el *Einwohnerwehr* hasta que fueron disueltos por los aliados.[24] La actitud combativa contra la penosa situación en que creía que se encontraba su país debe asociarse a la demolición de un orden que le había prometido expectativas de inserción social confortable y que lo dejó en un perpetuo estado de precariedad profesional, pero también emocional. Los contactos que aún tenía su familia le permitieron desarrollar su actividad vocacional, en la Escuela Técnica de Agricultura, realizando sus prácticas en una granja cerca de la frontera austríaca. Allí pudo convertir sus opciones patrióticas conservadoras en un tipo de tradicionalismo vinculado a las actividades sencillas del campo, a la relación con las fiestas locales y los horarios de trabajo duro, así como a las excursiones que realizaba con su motocicleta por los paisajes a los que iba inculcando un significado trascendental. Las lecturas realizadas en aquellos momentos iban deslizándose desde las primeras novelas de aventuras hacia los intentos de dotarse de una concepción del mundo que pudiera tomar los sentimientos que parecían destruidos con el advenimiento del orden republicano: el honor, la lealtad, el germanismo radical, el progresivo racismo y el antisemitismo que pasó de la fase del prejuicio habitual en los sectores conservadores a tener una furiosa carga racial en los tiempos que se aproximaban al *Putsch* de Munich. La congruencia entre la destrucción del mundo y un método para darle sentido se sumó a la búsqueda de espacios públicos donde tales ideas pudieran compartirse, algo que la crisis del país en 1923 habría de hacer especialmente sórdido.

De hecho, el mundo en el que se movió Himmler fue mucho más el de la milicia de excombatientes que el de la política. Su contacto inicial no fue con Hitler, sino con Röhm, y sólo a través de éste, al que conoció en 1922, habría de integrarse en el NSDAP. Posiblemente, en aquellos momentos se

consideraba más próximo al mismo ideal que su admirado capitán, un monarquismo autoritario que no deseaba restaurar el régimen caído, sino que lo valoraba como negativa a aceptar la República de Weimar y como manera de invertir sus factores de adhesión al régimen democrático. Himmler era un nacionalista antisemita, un militarista, un adversario del sistema que le había arrebatado el mundo en el que se había empezado a formar y ni siquiera había podido defender con las armas en la mano. Su conservadurismo católico inicial fue convirtiéndose en ese confuso ideario social-racista que compartía con tantos grupos dispersos en la capital bávara y que, poco más tarde, había de confluir e ir tomando una forma más precisa en el nacionalsocialismo.[25] Se trataba de un mundo paralelo dotado de mucho mayor sentido que la realidad contra la que luchaba, un espacio de sociabilidad en la que se integró desde muy poco después de cumplir los veinte años, arriesgándose a una tarea heroica que le permitiera formar parte del nuevo ejército, de la nueva élite que debía echar abajo el orden de Weimar para instaurar uno nuevo, que contuviera los principios tradicionales y los ingredientes de radicalización y ratificación que la Gran Guerra y las luchas revolucionarias de la posguerra les habían proporcionado. Su ingreso en el Partido Nazi, en agosto de 1923, se realizó sólo como resultado de su militancia muy activa en el *Reichsflagge* y en la posterior escisión del *Reichskriegsflagge*, formación con la que participaría en el asalto al Ministerio de la Guerra el 9 de noviembre.[26]

El paso de una posición militarista a la opción de un cuadro de partido Himmler lo daría de la mano de alguien distinto a Röhm tras el fracaso del golpe y el encarcelamiento de Hitler. Ya en 1924, encontrándose sin empleo y tras haber decidido dedicarse a la política profesionalmente, se presentó a Gregor Strasser en Landshut, y obtuvo de éste el cargo de ayudante por un sueldo muy escaso. Por entonces, ha ido perdiendo los elementos de

relación con los antiguos amigos, cuya posición antirrepublicana no puede enlazarse, como él lo ha hecho, con un compromiso revolucionario en un pequeño grupo cuyas consignas llegan a molestar incluso a algunos sectores *völkisch* más moderados, que podían encontrarse en las mismas posiciones que había ostentado Himmler en su temprana juventud, de nostalgia por un mundo vinculado a las zonas rurales, a las tradiciones de los antiguos pueblos germanos y a una serie de valores comunitaristas que se veían abolidos por la irrupción de una democracia extranjera, que se acompañaba de la derrota y del abusivo trato de Versalles. Su opción política no le ofrecía demasiadas expectativas, considerando el descenso a los abismos electorales que se produjo en diciembre de 1924, cuando el Movimiento Nacionalsocialista de la Libertad quedó reducido a una presencia simbólica en el parlamento de Berlín, reducido a la mitad de los efectivos conseguidos en la primavera. Sin embargo, lo exiguo del espacio no le preocupaba, como no habría de molestarle la escasa importancia de las SS en el momento en que se le asignó la dirección de la fuerza. Se trataba de obtener un terreno de realización personal que iría consolidándose, a medida que el partido fuera adquiriendo una cierta importancia tras su refundación en 1925, en la única vía de promoción personal que podía adjudicársele. En el caso de una persona como Himmler, por otro lado, las convicciones fueron convirtiéndose en un factor de radicalización ideológica personal que lo colocaron en los círculos más duros del partido.

Aun cuando no tomara posición alguna en el debate entre Gregor Strasser y Hitler, entre 1925 y 1926, lo cual permite indicar que no le preocupaba en absoluto el aspecto programático *socialista* del NSDAP, su radicalismo había de entenderse en una perfecta complicidad con lo que se daba en Munich, en especial en personas como Alfred Rosenberg: el nacionalsocialismo era el proyecto racial alemán, la forma de comprender el

mundo y de disolver la política en un biologismo radical en el que cualquier otro factor resultaba sólo instrumental, un elemento para conseguir la purificación de la raza y la creación de un imperio de alemanes capaces de recuperar su relación decente y sana con su propia sangre común. Si estos factores podían tener las aristas de un discurso alternativo, igualitarista, comunitario, contenían una previa jerarquización que sólo comprendía el mundo como representación de la voluntad del más fuerte, del más sano, del más leal. La pureza racial no era poseída por todos, pero la comunidad había de considerar que este principio era el único que permitía establecer diferencias, por lo que todos los demás quedaban despojados de sentido en comparación con él. El «socialismo» no era más que una «toma de conciencia» racial, dispuesta a la aplicación de aquellas normas de autodefensa, de protección y de virtud que cabía esperar de una élite, de una vanguardia populista y racista que había comprendido la esencia de los conflictos entre los seres humanos y la naturaleza, una élite que había comprendido por dónde debía continuarse la marcha de la historia y en qué debía consistir la revolución alemana: la instauración del Estado Racial y la aceleración de todos los instrumentos que un sistema moderno ponía en manos del poder público para conseguir la higiene de la sangre, la dominación de los inferiores y la justificación biológica de la desigualdad social y el imperialismo. Por ello, la fase dorada de la carrera de Himmler había de vincularse al sentimiento de protección de una comunidad en permanente estado de alerta, en proceso constante de regeneración, para lo que los servicios de seguridad pasaban a ostentar ese título como una *policía de control racial*, destinada a promover la custodia de la *Volksgemeinschaft* y la aplicación de las medidas de «excepcionalidad» (*Ausnahmezustand*) permanente propias de un régimen policial que no se considera en estado de precariedad, sino de crecimiento hacia un objetivo,

uno de cuyos resultados fue la llamada «solución final» (*Endlösung*) del «problema» judío. Esta etapa de máxima expansión del poder sólo puede comprenderse como algo distinto a lo que podía suponer aquel del que disponía Röhm, con unas SA mucho más numerosas, o Goebbels, con un cargo ministerial, o el propio Frick, teóricamente el superior inmediato de Himmler como ministro del Interior. La etapa de expansión que convierte a Himmler en la imagen más precisa del nazismo, en algo que podemos identificar con él —sólo con menor intensidad de lo que podemos hacer con Hitler— es, precisamente, esa congruencia entre autodefensa de la comunidad frente a sus adversarios raciales y mezcla de ámbitos radicales ideológicos y poder de protección y control que proporcionan las SS, el SD y la Gestapo. Es posible que muchos alemanes llegaran a tolerar el nacionalsocialismo y a aceptarlo de forma más que resignada por otras vías que ya hemos visto, pero la que Himmler representaba era la que con mayor propiedad se ajustaba al proyecto nazi como consumación del fascismo y no como su desviación: la raza pasaba a ser el eje que sustituía a la clase en la exaltación de la comunidad, como en el caso defendido por Goebbels y Ley en la propaganda o en la organización de los trabajadores. Pero donde ellos ponían los elementos de integración estética y de sentimiento comunitario igualitarista, Himmler y sus SS situaban una inclusión jerarquizada por la *exclusión radical* que suponía. Ser defensores de la comunidad sólo podía realizarse levantando la columna del ejército ideológico, las oficinas, las agencias, el sistema concentracionario destinado a construir el lugar de los *Gemeinschaftsfremde*, el espacio de los ajenos, la arquitectura de la exclusión que el sistema de los KZ habrá de edificar.[27]

El nombramiento de Himmler como *Reichsführer* de los «Escalones de Protección» (*Schutzstaffeln*, SS), en enero de 1929, lo puso al frente de una fuerza que podía parecer simbólica en comparación con lo que todos los

alemanes de su tiempo contemplaban como factor visible de la violencia del nacionalsocialismo, las SA. El hecho de que, desde el punto de vista de las ordenanzas del partido, las SS estuvieran subordinadas al mando de las Tropas de Asalto podía subrayar esta condición subsidiaria, aun cuando en el sistema de poder del NSDAP, como ocurriría dentro del Tercer Reich, lo que de verdad importaba era la relación *personal* que se establecía con Hitler, por encima de la relación *institucional* que se mantenía con una autoridad diseñada mediante un decreto o unas prerrogativas claramente marcadas. Por tanto, la subordinación era técnica más que política. Puede discutirse si la fundación de esta fuerza, inmediatamente después de la refundación del partido en 1925, respondía a la necesidad de contar con algún elemento de protección legal, dada la situación en que se encontraban las SA, o se trataba de una forma de indicar la prevención de Hitler ante el poder alcanzado por los elementos que comprendían la lucha política en su aspecto meramente militar, cuando él había pasado a modificar esa actitud precisamente tras el fracaso del golpe de 1923, al contrario de lo que había sucedido con Röhm. Como hemos visto, para el antiguo oficial continuó siendo determinante la lucha que pudiera realizarse desde las columnas armadas, destinada a dar un golpe de fuerza o a actuar como una permanente amenaza de hacerlo, mientras Hitler consideraba la necesidad de ir empapando la sociedad alemana de la presencia de un partido que fuera adquiriendo el doble rostro de la normalización cívica y de la alternativa total a la República, aunque superando, en cualquier caso, la imagen puramente *putschista* que podía tener Röhm, lo que explica la marcha de éste y el intento de disciplinar las SA mediante el nombramiento de Franz Pfeffer. Cuando éste manifestó su incapacidad de ajustarse a los cambios de la estrategia de Hitler, orientados a pactar con la derecha radical tras haber obtenido el triunfo de septiembre de 1930 en las urnas, el cambio

por Röhm era una medida de urgencia, que no implicaba que ambos dirigentes coincidieran en la función de las SA *después* de la toma del poder, pero que aseguraba la subordinación de las mismas al liderazgo de Hitler antes del *Machtergreifung.* Tras los desordenados principios de la organización bajo el mando de Julius Schreck y Joseph Berchtold, que apenas habían conseguido disciplinar una pequeña fuerza de doscientos hombres dedicados a las tareas de reparto de periódicos, captación de militantes y protección de los oradores, el cargo le proporcionó a Himmler la posibilidad de desembarazarse de su dependencia personal de Gregor Strasser, aun cuando ya hubiera emprendido ese camino cuando abandonó Landshut y se estableció en la sede central del partido en Munich, a fin de cubrir una oficina de propaganda de la que Strasser, diputado en el Reichstag desde diciembre de 1924 y en constantes viajes por el país, no podía hacerse cargo. Esa presencia directa fue permitiendo a Himmler establecer una relación con el círculo más íntimo del Führer, con personas como Rudolf Hess, Alfred Rosenberg, Philip Bouhler, Max Amann o Franz Xavier Schwartz, que se encargaban de gestionar los asuntos cotidianos de la organización, siendo la puerta de acceso directo a una personalidad como la de Hitler, cuya despreocupación de los asuntos burocráticos ha sido resaltada, sin tener en cuenta que ello no implicaba saber perfectamente a quién ponía al frente de determinadas responsabilidades. Y, en este sentido, la elección de Himmler había de mostrarse, progresivamente, poco accidental: si pudo haberlo sido en un principio —lo cual es dudoso—, había de manifestar su verdadero sentido en los años siguientes, expresando con claridad lo que Hitler esperaba de una fuerza de este tipo; por ejemplo, en la forma decisiva en que las SS intervinieron para frenar la violencia de la insurrección de Stennes en Berlín y Prusia Oriental en la primavera de 1931. A la obediencia ciega de las tropas se añadía un carácter muy distinto

al de la violencia revolucionaria de base ejercida por las SA, para pasar a encabezar una forma de violencia basada en el control del propio partido y, posteriormente, del de la sociedad entera de acuerdo con las directrices del Führer y la lealtad a la ideología racial y elitista del nacionalsocialismo. Por tanto, un aspecto de carácter organizativo e ideológico iba marcando la opción de Hitler por construir esta fuerza pequeña, cuyo propio carácter no consideraba indispensable contar con millones de militantes, algo que ni ofrecía garantías de disciplina por parte de sus jefes ni correspondía a la manera de entender la función de un grupo selecto en el seno del proyecto nazi, a diferencia del populismo de masas de las SA.

Estas características salieron a la luz en el ámbito de la crisis política que se produjo cuando Hitler adaptó su estrategia a la gran alianza de la extrema derecha desde septiembre de 1930, pero pudo observarse en la adecuación de cambios internos promovidos por Heinrich Himmler. Entre ellos destacó la creación de un Servicio de Seguridad que actuaría como un pequeño servicio de inteligencia del NSDAP, y del cual se haría cargo una de las personalidades fundamentales en el proceso de construcción del Estado Policial-Racial, Reinhard Tristan Heydrich. Lo inquietante de su figura es la fusión entre la apariencia aria idealizada que impresionó a Himmler desde su primer encuentro, así como el prestigio de silenciosa eficacia y de frialdad que acompañaban sus acciones más radicales. De hecho, Heydrich, que se convertiría en el segundo de Himmler y en un serio aspirante a su sustitución, como jefe de la policía política del país desde 1939, correspondía exactamente al tipo de personalidad que tenía muy poco de frialdad: por el contrario, se trataba de alguien de una energía nerviosa, un individuo cuya forma desordenada de existencia le había provocado problemas serios en la juventud y que no dejó de tener actitudes que mostraban una forma de ser conflictiva. Sin embargo, se trataba de un

perfecto ejemplar de burócrata de inteligencia privilegiada, que observó rápidamente en qué consistía la tarea que se le encomendaba: construir un régimen de poder absoluto en un Estado moderno. Su llegada tardía al partido nos indica que no se trataba de uno de los viejos luchadores que, desde muy pronto, se iniciaron en los combates de los pequeños grupos patrióticos contra la República. Cuando acabó la Gran Guerra tenía catorce años y una educación exquisita que le permitía interpretar música —su padre era compositor de gustos wagnerianos—, así como una voluntad de hierro para superar deficiencias como su debilidad física y una ambición notable para mostrar su habilidad intelectual superior a lo común. Su vocación era alistarse en un cuerpo armado, y eligió el más selecto, la Marina de Guerra, del que había de ser expulsado con deshonor tras haber mantenido relaciones con una muchacha con la que se negó a contraer matrimonio, ya que se había enamorado de quien sería su esposa toda la vida, Lina von Osten. Fue precisamente ella, admiradora del nacionalsocialismo que Heydrich despreciaba, por identificarlo con las fuerzas plebeyas de las SA, quien lo animó a resolver su desesperada situación yendo a ver a Himmler en junio de 1931 y pidiéndole un empleo a través de un oficial de las SS de origen aristocrático, Friedrich Karl von Eberstein, que era amigo de la familia. Sin mayores perspectivas, Reinhard Heydrich realizó el viaje a Waldtrudering, la residencia privada de Himmler, a quien dejó impresionado por su aspecto de germano puro —algo que siempre llegaba al corazón del *Reichsführer*—, además de dejar que el jefe de las SS se engañara creyendo que había tenido responsabilidades de espionaje en la Marina, presentándole un informe redactado rápidamente acerca de la forma de construir un Servicio de Seguridad.[28] En el otoño de aquel año, Heydrich comenzó a trabajar para construir lo que sería la base de un eficaz servicio de seguridad en el Tercer

Reich, y que empezó como una pequeña oficina de unas SS subordinadas, que no podía competir con el Servicio de Inteligencia (ND) de las SA.

En julio de 1932, Heydrich había conseguido convertirse en jefe del *Sicherheitsdienst*, alcanzando con ello el grado de coronel (*Standartenführer*), algo que significaba, posiblemente, la carrera más rápida que se había producido en la organización. Lo más importante, con todo, había sido la habilidad complementaria de ambos individuos, que eran capaces de convertir un puesto secundario en una base de poder mucho más extensa que aquella para la que se había imaginado el cargo, lo cual los impulsaba, por efecto de las mismas responsabilidades que debían cubrirse, a una función más alta —incluso en la formalización de los entorchados del uniforme— dentro del movimiento nacionalsocialista y, más tarde, en la estructura del Tercer Reich. Lo que había comenzado a construir Heydrich era un órgano de información interna que, rápidamente, pasó a superar las condiciones del examen de las posibles infiltraciones para convertirse en una cuidadosa clasificación de los enemigos del Estado, ya fueran políticos, religiosos o raciales. En un Estado como el que se pensaba construir, disponer de ese mecanismo burocrático de control era la condición indispensable y el despliegue del propio poder: la información generaba la posibilidad de obtener más, y el archivo de todas las amenazas que se cernían sobre la Alemania nazi en manos de un Servicio de Seguridad del partido acabó por hacer de él un organismo indispensable para el propio gobierno tras el 30 de enero de 1933 y, en especial, tras el ejercicio táctico en que consistió también la liquidación de las SA, que había sido posible por el grado de información recogido por Heydrich.[29]

Para ambos, la oportunidad había de producirse con la llegada al poder, realizada en unas condiciones que exigieron, como hemos visto, especiales dotes de equilibrismo a todos los miembros y agencias del movimiento nazi,

pero suponía una especial habilidad por parte de Himmler y Heydrich para superar las condiciones de una posición tan marginal que llegó a amenazar la misma continuidad del SD. Las SS y el SD eran órganos de seguridad en el seno del partido, no del Estado, no eran las únicas fuerzas de choque con las que contaba el NSDAP, ya que disponía de las tumultuosas y tan numerosas SA, y se debía competir con miembros del partido que ocupaban cargos de responsabilidad precisamente en áreas gubernamentales relacionadas con la seguridad del Estado —Göring y Frick—, así como con los *Gauleiter,* los *Reichstaathälter* del gobierno y los responsables de la policía a escala de cada uno de los *Länder* que dependían de sus propios Ministerios del Interior, a veces en manos distintas al NSDAP. Estas condiciones de caos burocrático inicial iban, sin embargo, en una dirección que podía favorecer a quien comprendiera las intenciones a medio plazo de Hitler, la *Gleichschaltung* entre sus propios poderes como Führer del movimiento y canciller, que sólo podrían culminarse con la muerte del presidente Hindenburg y, por una extraña casualidad, mediante la coincidencia entre este acontecimiento y la masacre realizada contra los sectores disidentes en el verano de 1934. Por tanto, la multiplicidad de posiciones de poder que los diversos responsables defendieron con uñas y dientes —en especial en el caso de Göring, Frick y Röhm— debe comprenderse en este *proceso*, en una dinámica unificadora del poder que podía mantener agencias rivales y zonas de confusión, pero que debería tender a un proceso sin ambigüedades en aquello que interesaba a Hitler, como la seguridad del Estado —comprendida en su aspecto racial de una forma cada vez más intensa— y la preparación de una guerra de agresión. Sólo en este campo dinámico de concentración de poder indispensable puede comprenderse que Himmler llegara, en compañía de quien había asumido con mayor claridad un modelo teórico de la seguridad del Estado,

Heydrich, a acumular las diversas responsabilidades relacionadas con el control policial en sus manos, hasta que se convirtió en la única autoridad en este campo, con una capacidad discrecional que correspondía al permanente estado de excepción que el nacionalsocialismo veía como la verdadera actividad política, nunca fijada a unas normas en constante proceso de superación. Las SS eran, además, un cuerpo selecto, que desde enero de 1932 debía asegurar incluso el control de los matrimonios realizados por sus miembros, cuyas novias debían pasar un riguroso y humillante examen médico para que el miembro del cuerpo recibiera el correspondiente permiso, una ordenanza que se hizo célebre por la hilaridad que despertó en ámbitos ingenuos del partido, que no habían llegado a comprender la seriedad de los objetivos raciales que tal actitud indicaba, planteando hacer de aquel cuerpo de seguridad una élite que anticipara la raza pura, responsable de llevar adelante la política de la exclusión radical y el exterminio, de disponer de la máxima confianza del Führer para esta tarea, tras haber dado ejemplo de cómo se aplicaba a sí mismo todos los factores de preservación y disciplina que deseaban que se inculcaran en la sociedad alemana.[30]

Para el momento de la captura del poder, Heinrich Himmler era ya un hombre que había formado una familia. En uno de sus desplazamientos a Berlín desde Munich había conocido a una mujer algo mayor que él, Margarete Concerzowo, con la que contraería matrimonio en 1928 y con la que tendría su única hija, Gudrun, en 1929. Con los recursos aportados por su esposa al matrimonio montó una granja en Waldtrudering, que resultó económicamente poco provechosa y tuvo que cerrarse, aunque tras la *Machtergreifung* Himmler no permitiría que su esposa se trasladara a Berlín, dejando a su pequeña familia en Gmund, en Baviera, mientras allí la esposa del hombre que iba convirtiéndose en uno de los más poderosos de

Alemania había de sujetar sus recursos tratando de atemorizar a sus acreedores con el apellido que ahora llevaba, algo que el propio Himmler, tan meticuloso con estos asuntos, no tardó en recriminarle. Mientras fuera de su domicilio llevaba una vida pública de exaltación y radicalismo que lo llevó a mantener relaciones íntimas con otra mujer y a tener hijos con ella, quejándose de que la estrechez de miras del catolicismo impidiera la bigamia y el reconocimiento de los hijos naturales como una forma de estimular la reproducción de la raza nórdica,[31] en su hogar se comportaba con la suficiente pulcritud para que el recuerdo que conservara su hija fuera el de un padre burgués perfectamente normal, no sólo en el sentido en que podían serlo los guardianes de los campos de concentración que mantenían la necesaria sociabilidad llevando a sus familias con ellos y creando unas condiciones de existencia de «auténtica normalidad racial», sino también en un sentido mucho más restrictivo. El recuerdo de Gudrun era tan ingenuo que, al solicitar permiso para trabajar después de la guerra, utilizó el apellido del padre y rellenó con las palabras *Reichsführer* de las SS la casilla correspondiente a la profesión paterna. Esta «zona burguesa» de su existencia, que tan poco tenía que ver con las tareas heroicas que se planteaban en aquellos mismos años, nos sugiere el carácter puramente instrumental del matrimonio que sostenía con una esposa a la que ya no amaba. Pero también una reverberación de la nostalgia del mundo para el que había sido iniciado, como lo fue la creación de una granja en sus primeros años de matrimonio: una pequeña ciudad en Alemania guardaba, así, ese futuro vacío que fue desplazado por los efectos de la guerra y la crisis alemana de los años veinte, orientando a un joven nacionalcatólico hacia los recintos de una nueva fe, que abjuró progresivamente del cristianismo y se colocó en la veneración de un culto alternativo. En él mezcló sus extravagantes tendencias inspiradas por Rosenberg y Darré, por

un interés enfermizo en aplicar el misticismo religioso al Nuevo Orden por crear, la fidelidad a un oscurantismo que se presentaba como el rescate de un mundo medieval en el que sólo los elegidos, nobles y sacerdotes, podían estar en contacto con la auténtica dirección espiritual y militar de la comunidad, a cuyo servicio se ponían, mezclando a veces ambos elementos en la dinámica de las Órdenes Militares, verdadera inspiración constante de Himmler. Junto a ello, sin embargo, se encontraba un elemento de modernidad, una extraordinaria congruencia con un ambiente de la comunidad científica que se orientaba en la manipulación de la salud con el optimismo de un poder absoluto sobre la materia, un conocimiento adquirido a gran velocidad sobre sus cualidades orgánicas, una dilatada experiencia en las leyes de la herencia y un sentimiento de obligación frente a la sociedad, que habría de beneficiarse de lo que hoy podríamos llamar una vida «más natural», una pervertida manera de ser leal al patrimonio ecológico, al respeto de las leyes de la naturaleza que pasaban a ser violadas con la excusa de reforzarlas. Una determinada lectura del darwinismo social establecía, de acuerdo con una progresiva utilidad para la tecnocracia y el productivismo dirigido por una élite racial, lo que era *cierto*, lo que no podía discutirse y tenía que ser aplicado necesariamente, en una asombrosa mezcla de voluntad y determinismo que partía de una trampa teórica y de gestión. La quiebra de lo más obvio de la existencia: la equivalencia de los seres humanos, a través de una despiadada opción que deseaba razonarse como compasión a favor de la comunidad y, más tarde, como mejora de las condiciones de vida de todos, cuando el sistema de exclusión se adaptó a las condiciones de esclavitud de los considerados inferiores racialmente. El objetivo tradicional y los medios modernos se combinaron con lo que Himmler hubo de depositar en las manos expertas de Heydrich: la construcción de una malla de poder policial que hiciera de la *seguridad* un

término profiláctico, una analogía de la medicina preventiva que había de aplicar a la disidencia y a la «delincuencia racial» los mismos criterios que un biólogo o un médico podían aplicar a la preservación de la salud de la propia especie. Por otro lado, como ocurría con Hitler, el triunfo de ambos dirigentes en el marco de la competencia abierta a partir de 1933 señalaba el principio darwinista de la supervivencia del más fuerte que les indicaría el acierto de sus predicciones y la corrección de su línea de actuación.

El *Reichsführer* de las SS había de asentar esa zona de dominación en una dura lucha sostenida a lo largo del primer año de poder nacionalsocialista, realizando un agotador trabajo de infiltración que pudo vencer todos los obstáculos que se le fueron presentando desde áreas del movimiento y del Estado mucho más fuertes que su plataforma inicial. Las razones de su éxito deben verse, como se ha indicado, en la coincidencia que iban consolidando con los objetivos de preservación del poder que Hitler se había fijado y, en especial, con el *tipo de revolución* que llegaba de la mano del nacionalsocialismo. Por ello, quienes veían un movimiento básicamente socialista nacional, o un objetivo autoritario-conservador destinado al reforzamiento del Estado tradicional, podían verse fácilmente superados por quien iba indicando a un Hitler claro en sus objetivos, pero dubitativo en la estrategia, que la utopía racial podía realizarse por medio de un cuerpo relativamente numeroso, pero homogéneo, disciplinado e implacable, que compartía esa visión del *carácter* del nazismo. Para personas del círculo más próximo a Hitler, como el propio Rudolf Hess, que ascendió hasta convertirse en máximo representante del Führer en las tareas de gobierno ya en los primeros meses de la revolución, el apoyo prestado a Himmler y al SD de Heydrich correspondía a la lealtad que ambas instituciones significaban para el mantenimiento de una autoridad de Hitler que no fuera sometida a un permanente proceso de negociaciones con otros

líderes o que se viera desprestigiada por los excesos de alguna fuerza autónoma, que no siguiera los dictados y los ritmos concretos de aplicación política emanados del caudillo del movimiento. Todo ello habría de observarse en la despiadada lucha que se llevó para identificar el núcleo de seguridad del partido en el centro de seguridad del Estado, que habría de culminar en el nombramiento de Himmler con el cargo doble de *Reichsführer-SS und Chef der Deutschen Polizei* el 17 de junio de 1936.

Himmler había recorrido un largo trecho desde su modesto nombramiento inicial. El 3 de marzo de 1933, antes de que se celebraran las elecciones y se procediera al proceso acelerado de *Gleichschaltung* aplicado a Baviera —que llevó al nombramiento del general Franz von Epp como *Reichstaathälter* el 9 de marzo—, el *Gauleiter* Wagner fue nombrado comisario del Ministerio del Interior y Heinrich Himmler, comisario de la Policía Metropolitana de Munich, cargo al que se sumó el de jefe de la Policía Política en el Ministerio del Interior, algo que comportaba, según el decreto de Wagner, el mando sobre la totalidad de la policía política de Baviera.[32] Todos los especialistas señalan que hubo dos líneas de comienzo para el desarrollo del sistema de represión políticoracial en Alemania: el que procedía de las normas marcadas por Hermann Göring como ministro del Interior de Prusia y las que surgieron de la lenta expansión realizada desde Munich por Heinrich Himmler. Este conflicto de competencias surgió desde el principio, dando la apariencia de una mejor posición para quien no sólo había de convertirse en presidente de Prusia, sino que ostentaba un cargo de mayor relevancia dentro del partido. Pero las cosas evolucionaron en una dirección favorable a Himmler por razones que no son las de la imperturbable habilidad burocrática de su ayudante Heydrich ni el tesón organizativo y la impresión de docilidad del *Reichsführer SS*. Las circunstancias que le permitieron alcanzar un poder mayor, que necesitaba

ir eliminando competidores en el ámbito de la custodia armada de la comunidad e ir fundiendo sus responsabilidades en el partido con las que podía ostentar en el Estado, se movieron en direcciones aparentemente contradictorias, pero de una prodigiosa coherencia interna o de una inmensa capacidad de adaptación —un factor darwinista que Hitler había de saber apreciar—. Pues, por un lado, Himmler parecía actuar como un elemento de referencia conservadora, enfrentándose al constante desafío al Estado que representaban las SA, aun cuando él mismo se encontrara bajo su mando. En ese campo, había de encontrar el apoyo del Ministerio del Interior dirigido por Frick, favorable a que aquel dirigente moderado, que no se dedicaba a exigir una «segunda revolución» y que se ponía al servicio del mantenimiento del orden y la realización de las cosas en el ámbito de una legalidad revisada. Frente al mucho más astuto Göring, Himmler podía presentar la imagen de un defensor de los intereses de las milicias del partido, con lo que podía disponer de algún apoyo de las propias SA frente a quienes, en el área gubernamental, intentan preservar su influencia: Frick, el ministro del Interior del Reich, pero sobre todo Göring, quien parecía querer sabotear todo lo que fuera contra su poder institucionalizado, otorgando solamente algunas concesiones como la participación de las milicias en el orden público como «fuerza auxiliar» de la policía uniformada, mientras constituía su propio mecanismo de seguridad con la constitución de la Gestapo, construida con hombres de su confianza que ni siquiera formaban parte del NSDAP en algunos casos notorios. Ante Hitler, el *Reichsführer SS* podía actuar como el jefe de una vanguardia ideológica claramente delimitada, que insistía en exponer sus puntos de vista raciales al margen del espontáneo antisemitismo populista de las SA, disponiendo de una elegante formación de una guardia pretoriana a la que se le exigía una *apariencia* de fuerza y belleza nórdicas que estaban ya planteando el

propio proyecto racial con su simple puesta en escena. A ese factor había de añadir la creación de un modelo de campo de concentración que, por su rigor y adaptación a las necesidades represivas del nuevo Estado, cegaría las posibilidades de que otros pudieran encargarse de este elemento crucial que edificaba la exclusión, como luego habrían de hacerlo los procesos de deportación, los guetos y los campos de exterminio. Himmler actuaba con prudencia en todas las direcciones, porque partía de una situación de extrema debilidad, pero podía convencer a casi todo el mundo de lo conveniente de aliarse con él *contra otros adversarios.* Era el ejemplo de un Göring dispuesto a encontrar un Himmler resuelto a defenderle de Röhm, como podía ser el caso de un Frick que hallaba en Himmler un progresivo mecanismo de erosión de los poderes de Göring, considerando que el jefe de las SS pasaba a ser un funcionario bajo sus órdenes convencionales. Naturalmente, Frick ignoraba lo que para Hitler y Himmler era un Estado o, más bien, su proceso de abolición mediante una relación comunitaria jerarquizada, algo que excluía una relación de dependencia legal que no se subordinara a la obediencia personal. Pero, a la vez, conociendo cómo Hitler deseaba reconocer la coherencia de su proyecto racial, hasta interpretar de acuerdo con su lógica el desarrollo de todos los acontecimientos —la jerarquización de necesidades, la competencia entre grupos e individuos, el éxito personal, la capacidad de incrementar el propio poder—, Himmler no quería arriesgarse a la actitud desafiante de un Röhm, cuya actitud de equilibrio entre poderes sólo podía parecerle a Hitler una amenaza —y así lo era, en realidad— del poder absoluto que él pretendía ostentar. Por tanto, Himmler había de mostrar la suficiente potencia como para que Hitler lo respetara y lo necesitara en su lucha contra los enemigos de su proyecto político, pero también la lealtad honorable al caudillo que sólo los miembros selectos de la comunidad nunca llegaban a confundir con

el servilismo. En la permanente crisis interna en que se movió el régimen, Himmler había de ser un factor de continuidad, no haciendo otra cosa que consolidar y expandir su poder en la medida en que nunca lo apartaba de estas coordenadas de obediencia y de vehemente convicción del proyecto racial, que lo *hacía posible* para un maestro en los análisis de las correlaciones de fuerzas como era Hitler. Quienes consideran que el Führer apenas se preocupaba de determinados temas secundarios, delegando por hastío su realización en la multitud de agencias que fueron dependiendo de las SS, parecen no tener en cuenta el grado íntimo de *complicidad* que ello implicaba, en mucha mayor medida que la simple dejadez o cansancio del líder máximo del nazismo. En el más comprometido de los asuntos que Hitler había de tender hacia el Tribunal de la Historia, la planificación del exterminio, no parece que las cosas funcionaran de una forma distinta, como tampoco lo hicieron en ninguna de las fases de la carrera que llevó a alguien como Himmler a hacerse cargo de los recursos del Estado que precisaba para realizar esa *Endlösung*, previamente certificada por su habilidad para gestionar la «deportación interna» de los enemigos políticos del régimen y de los «asociales», antes de que la guerra del Este pudiera ofrecer el espacio adecuado para llevar adelante el cumplimiento radical de la Utopía nazi. En este sentido, el apoyo prestado al SD por parte de Hitler fue decisivo para mantenerlo durante el primer año de gestión nazi, aun cuando, a ojos de los sectores más conservadores del Ministerio del Interior, se pudiera considerar que un servicio de inteligencia del partido que se sumaba al ND y a los organismos de espionaje del Estado podía resultar innecesario. En aquellos momentos iniciales, cuando el servicio creado por Heydrich disponía solamente de un año de existencia, y él mismo estaba ocupado en asuntos de organización de la Policía Política en Baviera y tratando de defender su oficina en Prusia, los jefes regionales del partido,

como Kaufmann en Hamburgo, mostraron su indignación por la existencia de aquel organismo que parecía controlar a los dirigentes del NSDAP a favor de una agencia particular del mismo. Con extrema habilidad, Himmler señaló en otoño de 1933 que sólo estaba dispuesto a entrar en los conflictos internos del partido de acuerdo con la autoridad del Führer, buscando enseguida el apoyo que pudieran prestarle Hess, Bormann o Schwartz, ya preocupados por la violencia de una «segunda revolución» y más dispuestos a prestar su apoyo al SD y a las SS que a confiar excesivo poder en un Göring cuyos poderes eran estrictamente gubernamentales, pero no emanados del NSDAP. El 17 de octubre, Hitler, presionado por Rudolf Hess, indicó que el *Sicherheitsdienst* permanecería, incluso tomando responsabilidades que podían corresponder a otras centrales de inteligencia del partido, y se recordó a los *Gauleiter* la necesidad de colaborar con un organismo que había recibido el respaldo del Führer. El alcance de la victoria en un asunto como el SD era fundamental, no sólo porque permitía acompañar el crecimiento del propio Himmler en la estructura de la policía del Reich, sino porque además mostraba haber adquirido un grado de confianza sustancial en el círculo que permitía conectar a Hitler con el partido, en este caso a través de una persona tan decisiva como todavía era Rudolf Hess.[33]

La promoción de Himmler y el diseño de su trama policial se realizaron, por tanto, en la dinámica de construcción del régimen, aprovechando incluso sus episodios contradictorios para neutralizar a sus adversarios. En el invierno de 1933-1934, Himmler fue convirtiéndose, con el apoyo del Ministerio del Interior, en jefe de la Policía Política en cada uno de los *Länder*, siguiendo el modelo que se había establecido en Baviera, un proceso que sólo había de detenerse, temporalmente, en Prusia y Lippe. Debe tenerse en cuenta que, en todos los casos, tal cargo fue acompañado

del nombre que Göring había querido monopolizar para su propia policía política, la Gestapo.[34] El 20 de abril de 1934, cuando ya se estaba preparando una acción coordinada contra Röhm, Göring hubo de aceptar el nombramiento de Himmler como jefe de la Policía Política bajo su exclusiva supervisión (*Der Inspekteur der Geheimen Staatspolizei wird die Geschäfte der gesamten Preussischen Geheimen Stattspolizei nunmehr unter alleiniger Verantwortung mir gegenüber führen*), una resistencia formal que se sumaba a la ejercida frente a Frick a finales del año anterior, y que ahora tenía un carácter simbólico mucho más acusado, al acercarse la mayor crisis política que había de padecer el régimen en sus primeros años de existencia. A comienzos de junio, Himmler completaba su escala de nombramientos mediante el decreto que le convertía en jefe de la Policía Política de Schaumburg-Lippe. Que no adquiriera, por simple lógica, el título de jefe de la Policía del Reich en aquel mismo momento indica la importancia que había de tener el nombramiento de 1936, su ascenso en la escala de confianza de Hitler y la forma en que escapaba al control de su aparente protector anterior, Wilhelm Frick, sometido a unos hechos consumados que él mismo había aprobado en un principio. El nombramiento se produjo sólo después de que el régimen se hubiera orientado en tres direcciones que resultaban de gran importancia para comprender la función que Himmler y sus organizaciones podían desempeñar en el futuro del Tercer Reich. Por un lado, vencer la resistencia de quienes ya habían tratado de desafiar a Hitler desde 1930 con un discurso radical, aparentemente «socialista», pero que no era más que la expresión de una exigencia de facción, que comprometía el mismo carácter de *Führerstaat* que había de tener el régimen, como lo había tenido el movimiento. La opción de estar planteando reivindicaciones que Hitler tuviera que considerar, y hacerlo por una vía pública que expresara que una

concesión se le había arrancado por la potencia *observable* de las SA no podía tolerarse por quienes llegaban a aceptar otros tipos de negociaciones turbias, de pasillo, de neutralización mutua de agencias, que sí se correspondían con un reforzamiento del propio liderazgo arbitral de Hitler. Más que el contenido de las diversas plataformas que fueron levantando los miembros de la *Sturmabteilung*, se trataba de la forma que su misma exhibición disponía en el cruce de fuerzas políticas, cuando la sociedad estaba acostumbrada a una lucha de espacios fragmentarios y aplicaba al nacionalsocialismo el beneficio de ser un gran movimiento sin disensiones internas, la expresión de la unidad alemana bajo el liderazgo indiscutible de Hitler. El segundo factor fue —y por ello es difícil indicar que la derrota de las SA fuera el camino de la «moderación»— la progresiva inclinación del régimen hacia su mejor definición como comunidad racial, algo que fue rellenando el casillero simbólico, además de legal, de los decretos referidos a la esterilización, a las sucesivas normativas penales contra un repertorio de delitos que se creaban sobre la marcha, y la expropiación de la ciudadanía que fundamentó la aprobación de las célebres Leyes de Nuremberg de 1935. El tercer elemento fue la definición de una política internacional que podía vincularse a la superación de los abusos del Tratado de Versalles en una primera instancia, pero que contenían un profundo sentido de restauración *física* del espacio sobre el que debía asentarse la comunidad racial, siendo sus primeros pasos los menos conflictivos, los de apariencia más diplomática, pero que se comprenden considerando que permitieron la elaboración de un camino hacia la construcción de un imperio racial, que completaba necesariamente una visión racial de las reivindicaciones territoriales contra lo que se había aplicado a Alemania en 1919.

El primero de los aspectos fue decisivo para las SS, el SD y la Gestapo,

al permitir ofrecer al resto de dirigentes del partido —y no sólo al propio Hitler— algo que sólo a partir de entonces había de ser obvio: que quien estuviera en contra del radicalismo clientelar, de facción y negociación constante de niveles de poder, de la agitación permanente para obtener promoción social, de una violencia autopropulsada que no respondía a veces más que a la intención local de mantener la autoridad en una región; quien quisiera enfrentarse a todo lo que significaba el complejo de las SA tal y como lo tenía pensado Röhm para después de la *Machtergreifung*, había de contar con el *otro* cuerpo de defensa armada con que contaba el partido y que, además, había ido convirtiéndose en una función del Estado mediante la fusión a escala regional de los cargos en la persona de Himmler. Tanto el grado de información necesaria para que se pudiera llevar adelante la operación —incluso venciendo algunas reticencias de Hitler—, como la entrega de las tropas indispensables para hacerlo —en especial el *Leibstandarte* de «Sepp» Dietrich—, se presentaban ante dirigentes «moderados» como Ley, Goebbels, Hess, Bormann, Schwartz o Bouhler, que no disponían de estos recursos de hombres uniformados a su servicio. Tales hombres no podían mostrar una derrota del partido ante la *Reichswehr*, con el riesgo obvio de un conflicto armado que habría acabado con la caída de Hitler, como el tipo de organismo policial fiel y serio, que comprendía la revolución que se había llevado a cabo. Himmler hizo que su propia promoción apareciera, en el momento en que liquidaba al principal de sus opositores, como un servicio prestado al partido, a la comunidad y al propio Führer. La independencia de las SS con respecto a las SA, que fue proclamada desde los mismos sucesos de junio-julio de 1934, atestiguaba ese nuevo poder alcanzado por el jefe de aquella Orden que había acudido en ayuda del régimen cuando el mismo SD se había encargado de magnificar los riesgos.[35]

El segundo factor de afirmación del espacio de soberanía que culminaría en 1936 se encontraba en la orientación racial que iba tomando el régimen, no estrictamente antisemita aún, sino de un compromiso con la defensa de una comunidad que se depuraba de sus adversarios políticos en la medida en que eran formas degeneradas de la actividad social, algo que había de ser aceptado con bastante benevolencia por la sociedad alemana, cuando la opinión pública no pareció lamentarse demasiado de una represión dirigida contra la izquierda comunista y los responsables de la tan cercana catástrofe de Weimar.[36] Las actividades policiales destinadas a bloquear la resistencia de la izquierda —y, en especial, la del KPD, más dispuesto a la resistencia activa y más acostumbrado al combate callejero— necesitaron unos mecanismos que comenzaran a plantear unas condiciones de excepción sobre las que pudieran utilizarse y radicalizarse mecanismos ya previstos en la Constitución republicana, como la célebre «custodia preventiva» (*Schutzhaft*) que habría de convertirse en el principal instrumento para separar las tareas de persecución política de una legalidad protegida por los jueces y pasarla directamente a la responsabilidad exclusiva de la policía política. En aquellos momentos, tanto la Gestapo de Göring como la formación policial que estaba organizando Heydrich para Himmler en Baviera se basaban en profesionales adiestrados de la policía política, que tenía una larga tradición en la etapa de Weimar y había formado a expertos en la defensa de las instituciones y la vigilancia de los grupos radicales, personas que fueron integradas en las plantillas del nuevo régimen sin mayor problema que las protestas de los propios nazis que habían sido perseguidos por los nuevos gestores de la policía.[37] Es importante destacar la forma en que la quiebra de la oposición *política* se produce muy rápidamente, como lo señalan la misma insistencia del Ministerio del Interior para que se regularice la custodia preventiva, elaborando el decreto

de 12-14 de abril de 1934 destinado, explícitamente, a evitar que la *Schutzhaft* pudiera sustituir a los tribunales de justicia como lo estaba haciendo, recluyendo indefinidamente a los prisioneros sin ninguna garantía, cuando las condiciones de asentamiento del régimen parecían las aseguradas.[38] Sin embargo, la entrevista posterior de Himmler con Hitler dio un resultado que éste anotó como satisfactorio, al señalar que los presos continuarían bajo custodia por la voluntad del propio Führer, algo que Himmler habría de recordar a cualquier autoridad del Estado que le planteara objeciones. En los primeros años, la represión fue *fundamental pero no exclusivamente* dirigida a la oposición política. Los datos que se nos proporciona acerca de los 1.791 internos de Dachau de finales de 1936 aún señalan un número determinante de personas encerradas por delitos que tienen que ver con la militancia o con la difusión de críticas al régimen, en los que llegan al 20 por ciento el número de homosexuales, testigos de Jehová o «asociales» presos, aun cuando la actitud anticomunitaria que lleva a muchos al campo —ese 20 por ciento de delitos poco definidos relacionados con la «actitud» frente al régimen— tiene un carácter que va más allá de la política, para situarse en lo que podemos establecer como análisis racial de la conducta política.[39]

La neutralización de la oposición fue acompañada, ya el mismo 14 de julio, en la misma fecha en que se celebrara la creación del Estado de partido único, de la aprobación de una Ley para la Prevención de las Enfermedades Hereditarias (*Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses*), que permitía la esterilización de quienes pudieran transmitir a su descendencia enfermedades graves, entre las que se citaban explícitamente la debilidad mental, la epilepsia, la corea de Huntington, la ceguera hereditaria, la sordera hereditaria, deformidades físicas, la esquizofrenia y la depresión maníaca. La decisión de esterilización debía

tomarse por los Tribunales de Salud Hereditaria mediante un proceso público, aun cuando fuera en contra de la voluntad de los afectados. La norma fue ampliada el 26 de junio de 1935, que establecía las condiciones de aborto compulsivo y de esterilización de personas «de conducta sexual degenerada» que pudieran infringir el párrafo 175 del Código Penal —referido a la homosexualidad—, al tiempo que se consideraba que las recomendaciones para la castración de criminales bajo custodia preventiva no se veían rectificadas por el decreto.[40] En el mismo año 1933 se habían aprobado leyes contra los delincuentes habituales que incluían la posibilidad de castración, tras el examen realizado por un equipo médico, algo que venía a confirmar la orientación del régimen hacia una concepción racial de los diversos conflictos sociales, algo que diferenciaba necesariamente las actitudes eugenésicas pesimistas del nazismo de otras experiencias de castración, en la medida en que, mientras en otros lugares pudo ser un deleznable uso de un método destinado a prevenir la conducta «asocial», en el sistema nacionalsocialista acabó siendo una pieza que se iniciaba en este punto como forma de *sustituir* cualquier otra apreciación sobre el pluralismo, la lucha de clases, las orientaciones diversas de carácter sexual, estético o político en una sociedad, las opciones políticas, la pertenencia a una raza o la escasa eficiencia laboral, con lo que se creó un criterio de organización de la comunidad que se basaba en el utillaje de elementos modernos, destinados a un pretendido bien común que se obtendría mediante el recurso cada vez más concienzudo y más sutil de la biología y la medicina.[41] Como ha podido señalar uno de los especialistas más destacados en la Gestapo, la población fue acostumbrándose a vincular las tareas de la policía con una «limpieza étnica» que no empezaba con individuos de una raza particular, sino a través del propio descubrimiento de un sistema de depuración de las taras internas de la comunidad nacional,

detectando a los *sospechosos* de ser criminales y estableciendo un régimen penal *preventivo* que respondía perfectamente a ese criterio destinado a evitar males mayores mediante la represión sobre quienes eran portadores de un impulso criminal.[42] La visibilidad obtenida por la Gestapo y por la Policía Criminal (*Kripo*) desde las leyes de 1933 y 1934 permitieron que la población fuera acostumbrándose a una propaganda que le indicaba la función protectora de los cuerpos de seguridad en las precauciones sanitarias que requería y posibilitaba el mundo moderno, relacionando la función represiva con las medidas higiénicas e iniciando un proceso de indiferencia ante la violencia contra los «ajenos a la comunidad» que dispondría de cierto prestigio, al extenderse por sistemas educativos y propaganda diversa como un mecanismo destinado a proteger a los alemanes sanos y decentes de quienes eran «asociales» o podían transmitir lamentables condiciones de enfermedad que la medicina contemporánea podía amputar de una comunidad cada vez más perfeccionada físicamente.

Las medidas de prevención sanitaria confiada a quienes debían velar por la tranquilidad pública no tardaron en convertirse también en algo *directamente* racial, que afectaba a determinados grupos étnicos, en especial los judíos y los gitanos. Expulsados de la función pública y sometidos al boicot de sus comercios en el mes de abril, los judíos fueron perseguidos mediante la exaltación alternativa de quienes no lo eran. El simple hecho de solicitar a los SS que pudieran demostrar no tener ningún antecedente judío en los últimos doscientos años ya era un indicador social de una herencia maligna, que podía presentarse, sin tomar ninguna otra decisión, como un principio de exclusión radical. Sin embargo, ya antes de la aprobación de las Leyes de Nuremberg, la actitud frente a los judíos no fue tan pasiva como una exigencia de quien deseara entrar en la organización policial del NSDAP. Además de la reiterada presión ambiental provocada por la

negativa a dejar entrar a los judíos en baños públicos, en locales comerciales e incluso a bañarse en piscinas o sentarse en bancos de los parques, existió una legislación que se añadió a la depuración de los funcionarios del mes de abril de 1933, como el decreto de julio de 1933 que permitía revocar la ciudadanía a quienes la hubieran obtenido durante la República de Weimar.[43] La persecución contra los gitanos prácticamente se vinculó a las normativas que perseguían la vagancia con singular energía desde 1933, aplicando la *Schutzhaft* y el internamiento de personas que podían dedicarse a algún tipo de comercio callejero o no podían justificar un empleo si eran de raza gitana. Sin embargo, la mayor ofensiva contra este sector llegaría en la segunda mitad de la década.[44] En el Congreso de Nuremberg de 1935, tras haber reclamado la necesidad de alguna fórmula genérica que permitiera la expulsión de los judíos de la ciudadanía alemana definiendo con exactitud quién pertenecía a esta raza, Hitler aceptó el proyecto preparado por Bernhard Lösener y Wilhelm Stuckart para proclamar la Ley de Ciudadanía y la Ley para la Protección del Honor y la Sangre del Pueblo Alemán. En síntesis, las normas establecían la pérdida de ciudadanía adquirida con la Unificación, definía a los judíos de acuerdo con criterios raciales y no religiosos, y expulsaba a quienes se había decidido que eran de una raza ajena, independientemente de sus opciones políticas o religiosas, y mediante un sistema tan arbitrario que se modificó en la Conferencia de Wannsee en 1942 para poder incluir en el exterminio a personas no afectadas por las leyes en función del número de ascendientes judíos, de derechos como el de la pertenencia a la función pública o el ejército, algo que fue ampliado en constantes modificaciones de la ley para sentar las bases de una expropiación generalizada. Lo fundamental era, con todo, que el «espíritu de las leyes» aprobado entonces indicaba dos elementos aparentemente contradictorios: el primero, de carácter normativo,

al establecer claramente unos principios y dejar el control de la actividad antisemita a las autoridades; el segundo, de carácter discrecional, pues las leyes permitían la suficiente flexibilidad para ser modificadas mediante decretos en función de la correlación de fuerzas existente, siendo el objetivo nunca ocultado la *Ausrottung* (extirpación) de los judíos de Alemania, algo que se entendía, en sus aspectos más suaves, como la deportación.

Estos factores se acompañaban de una situación en la política internacional que marcaba el inicio de una política revisionista que no sólo daba prestigio a Hitler como persona que cumplía las promesas realizadas, sino que también permitía asentar el proyecto nacionalsocialista estableciendo que la causa de la miseria de los alemanes procedía *del exterior* y de las complicidades internas que se habían sumado, situando la proclamación de la República como *causa* del Tratado de Versalles. La propaganda nazi podía vincular los éxitos que podían obtenerse en política económica con la recuperación del prestigio internacional. Y hacer de ambas cosas un resultado del final del régimen democrático y el signo visible de la entrada en una nueva era. Difícilmente podían ser indiferentes amplias capas de la sociedad alemana a una mezcla de elementos afectivos y experiencias sociales tan clara, con tal apariencia de veracidad, que se incrementaba en la medida en que las condiciones internacionales parecían agravarse, como cuando se produjo la crisis en Austria en 1934 o cuando se llegó al triunfo del Frente Popular en España y Francia en 1936. Las afirmaciones de una exigencia de soberanía por parte de Alemania, tras haber abandonado la Sociedad de Naciones, haber remilitarizado Renania y haber planteado el retorno al sistema militar obligatorio, pudieron completarse con una alianza con Japón en 1936 que se sumaba a la quiebra de una posible entente italo-británica-francesa, destruida por la invasión de Abisinia de 1935, el bloqueo internacional y la ayuda inmediata de Hitler a

Mussolini, así como por la participación de ambos en la guerra civil española. Para la población alemana en general, estas condiciones podían ser las de una recuperación de la soberanía, del poder político, una parte visible del renacimiento producido. Para los dirigentes nacionalsocialistas era el inicio de un cambio de política orientado de forma clara a la preparación de la expansión imperial, mediante la creación del Plan Cuatrienal en 1936, un giro en la política económica que fue acompañado inmediatamente de actividades destinadas a radicalizar el control sobre los elementos menos seguros de la población.

Fue precisamente en estas condiciones en las que Heinrich Himmler pudo establecer la conexión directa entre su función de protector del proyecto racial más destacado, más situado en una línea de suma eficacia, orden al servicio de las autoridades establecidas, lealtad a la forma discrecional de comprender el derecho por parte de Hitler, por un lado, y por otro, la necesidad de salvaguardar el «frente interior» para asumir un combate decisivo en el exterior, que había de producirse evitando por todos los medios la reiteración de lo que había sucedido en 1918. El decreto firmado por Hitler el 17 de junio de 1936 había ido precedido de una ofensiva durísima del Ministerio del Interior, desde el que Frick consideró que debía acabarse con unas condiciones perpetuas de descontrol y diversidad de agencias que impedían una clara delimitación del poder. Hitler se movió con su habitual cautela, tratando de no enfurecer a los sectores más conservadores de su propio partido y animando a Frick a que legislara sobre formas más suaves de la «custodia preventiva». Sin embargo, apoyó totalmente a Himmler cuando éste, sintiéndose reforzado tras los acontecimientos del verano de 1934, y sabiendo que no podía dejar que las cosas se estabilizaran en una situación de ambigüedad, planteó la necesidad de mantener indefinidamente, hasta que se hubieran liquidado todos los

riesgos que corría la comunidad, la capacidad de actuación de la policía política. Aun cuando Himmler tuviera que realizar algunos pasos atrás tácticos, como el acuerdo del 15 de octubre de 1934, por el que reconocía la autoridad suprema del vanidoso Göring, lo importante era algo que ya se ha reiterado. Nadie como Himmler intuía tan a fondo que los mecanismos de decisión del Tercer Reich funcionaban sobre la base de los hechos consumados y el éxito de las operaciones, principal criterio sobre el que Hitler decidía apoyar a uno u otro de los sectores enfrentados. Por tanto, el *Reichsführer SS* estaba dispuesto a hacer cualquier concesión retórica mientras, sobre la realidad de los acontecimientos, siguiera disponiendo del control de factores tan importantes de represión como el sistema concentracionario. Que el propio Frick le dejara ese terreno, considerando que se trataba de algo temporal, lo ayudó notablemente, pero lo decisivo fue la doble imagen que consiguió transmitir y que fue decisiva para su promoción funcional al rango máximo en la policía política del país: el orden, que implicaba actuar de forma implacable contra quienes lo pusieran en peligro por su conducta impropia desde las propias filas de la Gestapo, y el reconocimiento de que lo que se estaba haciendo en Alemania era una mera preparación para dar un salto hacia la construcción del Imperio. Esa trabazón entre su propia carrera política, el desarrollo de un sistema de seguridad controlado, la necesidad de salvaguardar el orden interno mediante el recurso de los campos de concentración y la disposición a contemplarlo todo en el terreno que más interesaba a Hitler —la política exterior— fueron los elementos que permitieron la marcha hacia el inmenso poder del que dispuso un dirigente del partido que había sido contemplado con displicencia por sus compañeros hasta las vísperas de la llegada a la Cancillería.[45]

El nombramiento de *Reichsführer SS und Chef der Deutschen Polizei*, a

pesar de referirse a una función que dependía del Ministerio del Interior, era una clara creación personal de Hitler, destinada a fundir, por fin, todo el sistema de seguridad y de proyecto racial radical del partido y sus principales portaestandartes en una función pública, basando en ello —además de en su propio carácter de no ser ni canciller ni presidente, sino Führer del movimiento y, por tanto, de la nación— la identificación que hemos podido observar en otros casos, como en el de las Juventudes Hitlerianas en ese mismo año. Sin embargo, ninguna otra institución, ni siquiera el DAF, disponía de la versatilidad que iría adquiriendo un cuerpo aún escaso, inferior a los trescientos mil hombres, pero cuya integración en el nazismo no tenía parangón. La capacidad de infiltración que había mostrado Himmler, creando una inmensa sociedad que financiaba sus actividades y en la que se encontraba la plana mayor de la industria alemana, así como la concesión de cargos honorarios en las SS a altos funcionarios del partido —como hacer *Obergruppenführer* a Schwartz—, iba haciendo que la sociedad se empapara de aquella presencia de un modo que iba mucho más allá de la capacidad de control que podía exhibir la Gestapo o el SD, cuyos informadores eran muy escasos, pero que podían contar con la complicidad, diversificada en motivos y frecuencia, de capas de una población convertida en delatora, en vigilante, en segura de correr un riesgo y en esperanzada por la posibilidad de una emancipación que le era anunciada con los poderosos medios de propaganda. Que se hubiera vencido el desempleo, que se sostuviera una política exterior agresiva y sin humillaciones, que hubiera campañas que destacaran la tranquilidad obtenida gracias a una lucha abierta contra la delincuencia y, sobre todo, el recuerdo tan próximo de la catástrofe previa, lanzaba un abanico de mensajes destinados a satisfacer a capas de la población que eran seducidas por muy diversas agencias, desde las que controlaba el DAF hasta las que

integraba a los jóvenes en los campamentos de las *Hitlerjugend*, además del esfuerzo realizado por el Ministerio de Propaganda para extender el mensaje del partido a la mayor parte de la población. En estas condiciones, un organismo de seguridad tenía que presentarse como algo honorable, ordenado, al servicio de la comunidad y capaz de poner ante los ojos mismos de ésta a dónde iban a parar quienes se resistían a integrarse.

El sistema de campos de concentración fue preparado para aplicar un régimen elaborado y minucioso de Terror que pudiera hacer efectivo el proceso de custodia preventiva mediante una normalización de un nuevo concepto del sistema penal. No se trataba de alargar las penas, sino de considerarlas *previas* al delito o resultado de algo que era delito solamente como efecto de la ideología nacionalsocialista. Por eso, el aumento de la discrecionalidad *interna* que observamos en la Alemania anterior a la guerra es un escenario que prepara la brutalidad de las acciones cometidas en la conquista del Este europeo por la comunidad popular en estado de guerra. Esa violencia ejercida en un espacio calculado de una forma meticulosa, que permite ser observado y conocido por quienes se encuentran fuera del recinto como una reserva de *deficiencia social y racial*, se suma a la manera en que se dispone de un riguroso sistema para tratar a los presos y para fijar las relaciones *dentro* del campo, una vez se ha ejercido una de las funciones primordiales del sistema: *delimitar físicamente* la comunidad popular y lo que no lo es de una forma permanente, que no es fruto de un delito, sino de una condición. La versión que se realiza para poder mantener ese mismo principio en los guetos, para poder establecerlo en las deportaciones, se basa en ese principio fundamental: poner *en su lugar* a los ajenos como única forma *visible* de crear la comunidad con conciencia de su identidad diferenciada. La construcción del campo es indispensable como nuevo sistema penal, no como un simple recurso ante el hacinamiento en las

prisiones que siguen existiendo, sino como una *forma definitiva* de crear una *residencia*, no una celda para los presos que tienen que cumplir una sentencia.[46] La asignación a Himmler de la gestión de los mismos era un triunfo tan considerable por todos estos motivos, que incluían la creación de un espacio de exclusión que fuera recipiente de las políticas del régimen, puesto bajo custodia precisamente de la Orden encargada de proteger a la comunidad de quienes se encontraban dentro del recinto. Su brutalidad ordenada era una manifestación de la confianza en la ideología, una prueba de abnegación que obtenía la recompensa de los creyentes, como los cruzados podían conseguir la rapiña de los tesoros en su marcha hacia Tierra Santa, y como las propias SS serían un organismo enriquecido mediante la administración del pillaje cometido contra un número creciente de víctimas. Visto a veces como un proceso orientado por la simple codicia, deja de tenerse en cuenta la espantosa sinceridad con que podía considerarse la *decencia* del acto cometido, incluso cuando incluía el castigo corporal en los tiempos de paz y cuando prepare el genocidio mediante las operaciones de gaseamiento de inválidos en el proyecto T-4.

Además de una conquista de la élite a la que se encargaba la función represiva, higiénica, depuradora, además de un acto que los convertía en oficiantes de una tarea que iba mucho más allá de los mecanismos habituales de lucha contra la delincuencia e incluso de represión política, además de esa actividad que iba confirmando y ampliando el cerco de *distinción* dentro de la comunidad de la que tales actos los dotaban, cada paso dado implicaba una normalización de la violencia de masas porque acostumbraba a una sociedad a vivir con el conocimiento, muy directo en los campos de Alemania, más difuso respecto a las deportaciones, pero siempre presente como algo que *estaba ocurriendo* y que era necesario para alcanzar la victoria, que constituía una parte de la batalla por la

supervivencia. La *Endlösung* en forma de liquidación de masas con mecanismos industriales sólo pudo llegar como resultado de haber constituido un cuerpo cuya función no era la captura del poder o el control de sus adversarios activos, ni siquiera una violencia espontánea o pautada, sino un verdadero paradigma de sociedad que sólo podía realizarse mediante el exterminio. Sólo aceptando el inicio del proceso, que empezó con la misma constitución del campo de Dachau y la permanencia de las normas de excepcionalidad en las detenciones; sólo aceptando esa brutalización de la vida cotidiana en Alemania ejercida por quienes eran portadores de esa función depuradora, alejados de la imagen del verdugo corriente y colocados en una situación que no poseía infamia, sino un pervertido sentido del honor y del deber; sólo aceptando los escalones de degradación por los que iba descendiendo la conciencia pública alemana, haciendo del conglomerado de seguridad un verdadero recinto que parecía resguardarlos, protegerlos, es comprensible que se pudiera llegar tan lejos como resultado de algo que era cumplimiento, no exageración. El simple hecho de haber aceptado como eje normal de verificación de pertenencia a la comunidad la exclusión de una serie de prototipos de lo que se declaraba ajeno ya era una fractura moral que clausuraba todos los principios que habían normalizado la democracia desde 1918 hasta 1933.

El establecimiento de un sistema concentracionario bien reglamentado siguiendo el modelo de Theodor Eicke en Dachau, y al convertirlo en Inspector General, aseguraba a Himmler el dominio de un sistema que no estaba dispuesto a abandonar como una fase temporal destinada a destruir a adversarios de la fase de captura del poder: no se trataba de un lugar en el que se *cumplía una pena*, sino espacios que *delimitaban una condición.* Al contrario de lo que podría pensarse, esa condición no se refiere a los grupos raciales, sino a la *interpretación racial* de la disidencia, vagabundeo, escasa

predisposición al trabajo, etcétera. Los campos situados en el interior de Alemania fueron la primera fase necesaria, la ruptura de un límite, el abandono de un camino para adentrarse en una zona que se consideraba históricamente transitable. El control ejercido sobre la sociedad fue tejiéndose con escasos recursos, pero con una eficacia que procedía de su apariencia de sentido común, al contemplarse como una parte más del progreso vivido por la sociedad, nunca como un elemento desagradable dentro de un proyecto que, en conjunto, podía aceptarse. Ninguna otra de las funciones del nacionalsocialismo podía funcionar sin la concepción de las relaciones entre el poder político, la población y la ideología racial que establecía el contacto entre ambos polos. El campo de concentración y su fundamento cultural pasaba a ser un factor arquetípico porque era un símbolo, concentraba conceptos en la misma medida en que concentraba personas. Establecía una cuarentena de los reclusos y les arrebataba el principal de los derechos: saber cuándo habrían cumplido las cuentas pendientes que cualquier sistema penal considera redimibles en una sociedad. Himmler dirigió una élite cuya orientación fundamental era evitar esa impresión. Por ello, ni siquiera cuando se trató con delincuentes se consideró que se estaba manipulando un hecho, sino una condición, algo que permitía salir al paso antes de que se produjera el delito y que permitió las grandes razias organizadas al calor de la legislación de 1937 y 1938, que compensaron la cantidad mínima que se había situado en la población de los campos, unas siete mil quinientas personas en 1936-1937.[47] En 1937, casi tres mil personas fueron detenidas por orden de Himmler como «asociales» que se negaban a trabajar. En 1938, la Policía Criminal era autorizada a llevar a cabo la detención de aquellas personas que, aun no habiendo cometido delitos, llevaran una vida irregular que permitiera preverlos, algo que culminó en una nueva redada que aportó unos diez mil reclusos

dispuestos para trabajar en los campos de concentración en vísperas del esfuerzo de guerra.[48] De esta forma, el trabajo no se convertía en un elemento de redención de penas, sino en una alternativa de esclavitud permanente para quienes habían sido considerados ajenos a la comunidad. La mezcla entre las necesidades de una sociedad que estaba preparando la guerra y la autoridad de un Estado Total que se veía a sí mismo como emanación directa de la voluntad de la comunidad nacional pasaba a fijar algunos elementos que no eran arbitrarios. Pasaban a gozar de varias circunstancias que les fueron dando prestigio para el futuro y permitió que se les encomendaran futuras responsabilidades. ¿Resulta una casualidad que las medidas destinadas a llenar de nuevo los campos, hasta alcanzar una población reclusa superior a las veinte mil personas antes de la guerra, coincidieran con la falta de mano de obra en las empresas y con la creación de un instrumento de poder económico que permitía a las SS ocupar su tarea de represión y extirpación social combinándola con la administración de este tipo de trabajador, cuyas condiciones sociales lo convertían en alguien que se comunicaba con la comunidad *a través* de su propia reclusión? Antes de esta última redada de «asociales» repentinamente preparados para un trabajo productivo, las SS crean la sociedad DEST (*Deutsche Erd- und Steinwerke*) poco después del *Anschluss*, justamente cuando a Himmler le debían quedar pocas dudas del despilfarro que suponía renunciar a una opción de mano de obra esclava disponible en Alemania y Austria, y que pronto formaría parte del imperio en la Europa Central y Oriental que iba a construir el nacionalsocialismo. Así dio comienzo a una nueva función de las SS, que Himmler pasaba a servir a su Führer como parte de ese programa orgánico de consumo de los *Gemeinschaftsfremde* a cargo de la fuerza que debe controlarlos, pero también debe obtener el *beneficio* de su existencia separada, incrementando el bienestar y la libertad

de la comunidad, tarea en la que las SS, rectoras y guardianas de esos espacios de producción, podían considerar la primera construcción de un nuevo espacio de relaciones sociales.[49] Era un factor más, desde luego no el único que podía esperarse del establecimiento del poder imperial, pero el que daba sentido a la conquista a punto de emprenderse, y cuyas condiciones psicológicas, cuya normalidad, cuya cotidianeidad y cuyo personal administrativo había sido preparado por las diversas agencias del régimen: todas las que crearon espacios de sociabilidad alternativos, todas las que ofrecieron la perspectiva de formar parte de la *Volksgemeinschaft*, justamente al llegar el momento en que la consumación de esa comunidad implicaba, necesariamente, no sólo el control de sus adversarios internos, sino también ir a la conquista del mundo que les aguardaba en el exterior. Lo que era, realmente, inmensamente, ajeno. Esta colocación del interés productivo y su relación con las condiciones de bienestar del pueblo alemán, en especial durante la guerra, se suma a otra consideración que los historiadores agrupados en torno a Aly y Heim han podido plantear: la existencia de una «lógica» del exterminio que se consideraría como un reguero de fracasos propios de una operación de economía política destinada a optimizar los territorios conquistados con un método de desplazamiento de etnias, de aniquilación de los inservibles, de esclavitud de quienes son obligados a trabajar en unas condiciones que los hacen muy escasamente productivos.[50] El problema va más allá de la habitual y más obvia contradicción —que se dio en la realidad, no sólo en el análisis de los historiadores— entre la necesidad de utilizar mano de obra judía en tiempos de escasez y la voluntad del exterminio, como sucede cuando el propio Himmler escribe a las autoridades de los campos indicando que, dada la imposibilidad de enviar presos de guerra rusos en la primavera de 1942, da permiso para la utilización de 150.000 judíos sanos, cuando ya se ha

decidido la *Endlösung*, pero cuando el recurso a la mano de obra es indispensable, como lo demuestra el paso de la administración de los campos a la Oficina Económica de las SS (WVHA) en ese mismo momento. Esa constante turbación que debían sentir las autoridades de los campos, obligadas a ofrecer producción y, al mismo tiempo, a llevar adelante el proceso de exterminio, a partir de 1942 mediante una perfecta coordinación y recursos cada vez más sofisticados, debe encontrarse con otras consideraciones acerca de la «economía política del exterminio» como la definieron los propios Aly y Heim. De hecho, como bien ha podido señalarlo uno de los máximos especialistas en la contaminación entre la guerra racial y el exterminio,[51] estamos ante una reedición del viejo debate entre el intencionalismo —la subordinación de todo el proyecto de Hitler al exterminio judío— y el funcionalismo —la administración del terror, el internamiento, la guetización y el exterminio en función de las necesidades productivas de un sistema económico razonablemente planificado—.[52] Esa división de los años setenta puede haberse matizado, buscando espacios de encuentro, pero manteniendo elementos diferenciales claros; así, aun cuando se reconozca la existencia de una adaptación del ritmo de los objetivos de exterminio a las condiciones concretas de las necesidades de la producción y al mismo curso del conflicto bélico, tal factor no implica adoptar, como Aly quiere señalar en su texto, el «punto de vista de los perpetradores» dejando el de las víctimas, que ya ha sido suficientemente contemplado. Los especialistas alemanes o anglosajones en el tema que se oponen a esta visión radical del funcionalismo pueden objetar precisamente este punto de vista de «eficacia» productiva y de control de la migración por parte de las autoridades como si sólo se tratara de eso, cuando el carácter especial del proyecto racista es el que *ofrece los cauces indispensables* para que pueda realizarse, además, en las condiciones de una

dictadura que ha acostumbrado a su población a esta labor, a las víctimas a sufrir amenazas constantes de este tipo y ha esquilmado todos los recursos de defensa institucional y moral existentes.[53] Si considerar sólo la ideología podía proporcionarnos el riesgo de acotar el proceso a un sector radicalizado del régimen absolviendo a la sociedad e incluso a amplios núcleos de verdugos directos o indirectos —como quienes producían con mano de obra esclava destinada a la extenuación—, *dejar de considerar* el marco específico del fascismo alemán nos llevaría a un error de bulto, pues *sólo en este marco* pudo establecerse un proceso genocida de tales características.

En el verano de 1939, Heinrich Himmler estaba a punto de alcanzar una nueva victoria sobre sus adversarios políticos. El grado de coincidencia entre su misión y la del Führer había alcanzado el suficiente interés como para que, al contrario de lo que solía hacer, Hitler estuviera dispuesto a defenderlo en querellas de extrema gravedad, como las que lo enfrentaron a Walther Darré y a los generales poco dispuestos a comprender la brutalidad ejercida por los comandos de las SS en Polonia. En 1938, Himmler y Heydrich habían prestado un servicio especial a Hitler al organizar las documentaciones falsificadas que le permitieron librarse de quienes se habían mostrado más reticentes ante la guerra, los generales Von Fritzsch, Jefe del Estado Mayor, y el ministro de Defensa, Von Blomberg,[54] logrando reunir las peores acusaciones que podían lanzarse sobre jefes militares: la homosexualidad en el primer caso, y el haberse casado con una antigua prostituta en el segundo. La satisfacción de Hitler por aquella limpieza de personal le permitió avanzar más en la consolidación del poder de Himmler, a quien consideraba ya un cómplice muy cercano en sus planes de colonización y esclavitud para los eslavos, así como de deportación forzosa y, si fuera necesario, de liquidación en masa de los judíos. En noviembre de

1938, los propios Himmler y Heydrich habían organizado, junto con Goebbels, la acción destinada a llevar a treinta mil judíos a los campos tras apartarles definitivamente de la actividad económica. Quizás al *Reichsführer* no acabó de parecerle adecuada una violencia espontánea, tan alejada de sus minuciosos métodos de confinamiento, de clasificación de los adversarios, de medición de su capacidad de resistencia y, ahora, también de su productividad. Pero participó en ello como muestra, como anticipo de lo que se estaba dispuesto a hacer. Himmler era una persona dispuesta a cumplir esta tarea como había cumplido el poner el orden en un sistema de brutalidad metódicamente diseñada como en los campos, sin dejar de considerar que todas estas cuestiones formaban parte de la conducta que cabía esperar de los nazis enérgicos, de quienes sabían que debía atravesarse aquella circunstancia antes de que diera sus frutos después de un largo período de lucha. Que Himmler hubiera llegado a reconstruir un castillo medieval en Wewelsburg, reuniendo en torno a la mesa a sus máximos oficiales como si fueran los miembros del espíritu renacido de una Orden Militar podía parecer al pragmático y modernista Hitler un extraño capricho, pero no habría de parecérselo que, entre todos los dirigentes del partido, hubiera muy pocos como un Himmler dispuesto a dirigir a sus hombres las palabras que les lanzó en Posen, en el otoño de 1943:

> Tenemos que ser honrados, decentes, leales y amigables con nuestros hermanos de sangre, pero con nadie más. Lo que a un ruso o a un checoslovaco acontezca, no me importa lo más mínimo. Lo que puedan ofrecernos las naciones en materia de buena sangre de nuestro tipo, lo haremos nuestro, si es preciso, raptando a sus hijos y educándolos aquí con nosotros. Que las naciones vivan en la prosperidad o sufran de un hambre mortal solamente me afecta en la medida en que necesitamos a sus súbditos como esclavos para nuestra *Kultur* … La mayoría de ustedes sabrán lo que significan centenares, o quinientos o mil cadáveres echados uno junto al otro. El haber pasado este trance y seguir siendo personas decentes, eso es precisamente lo que nos ha endurecido tanto … Somos producto de la ley de selección.[55]

Dicho cuando habían pasado meses del desastre de Stalingrado y existían ya tantas dudas razonables acerca de la victoria, este mensaje debería compararse con la actitud de triunfalismo que podía tener Himmler en el momento en que empezó la campaña de Polonia. Poco después de la invasión, el 27 de septiembre de 1939, se creaba la Oficina Central de Seguridad (*Reichssicherheitshauptamt*, RSHA) y, a pesar de las protestas realizadas por Darré, Hitler felicitaba el cumpleaños a Himmler el 7 de octubre otorgándole un nuevo título, el de comisario para el Reforzamiento del Pueblo Alemán (*Reichskommissar für die Festigung der deutschen Volkstums*). A lo largo del mes de septiembre, Himmler se ha encargado de realizar operaciones de desplazamiento de población hacia la zona de Lublin acompañadas de las primeras ejecuciones en masa de población judía y de posibles resistentes polacos, algo que ha realizado mediante la formación de siete *Einsatzgruppe* y de la entrega de la tarea de exterminio a los hombres de la Theodor Eicke, los regimientos de la *SS-Totenkopf*.[56] A pesar de los enfrentamientos con algunos oficiales de la Wehrmacht, como el mariscal List o el mariscal Von Mackensen, que se quejan al OKW, Himmler recibirá el apoyo por las acciones de sus hombres, que se mueven, si no con instrucciones directas, sí con la declaración formal de que su función es la limpieza del territorio para el reasentamiento de un nuevo tipo de población germana, que será capaz de labrar y defender el territorio que se le entregue. De ahí su enfrentamiento con Darré y el regalo realizado por Hitler, que implicaba el grado de confianza que le otorgaba un eufórico vencedor en la *Blitzkrieg* en su primera experiencia de mando de tropas victoriosas.[57] De hecho, Himmler no hace más que reiterar la impresión que tiene Hitler de la función de una Polonia destinada a proporcionar tierras de colonización, así como territorios de anexión directa, mientras se permite clausurar en los guetos del Gobierno general, en especial el de Varsovia, a

una población sometida a tales rigores de existencia; a este respecto, el dirigente nazi Seyss-Inquart indicará que la masacre de los judíos podrá provocarse de una forma pasiva, mediante la simple extinción a causa de las penalidades del territorio. Los judíos de antiguas ciudades alemanas entregadas a Polonia tras la Gran Guerra y de territorios como Bohemia, Moravia y Austria, serán preparados para su traslado a Lublin, mientras Hans Frank, el gobernador general, indica la escasa consistencia de un proyecto que no contempla la relación entre medios de alimentación y concentración de habitantes. Una vez el debate sobre la deportación a Madagascar ha concluido, fracasada la ofensiva sobre Gran Bretaña y marginados todos los que veían en la emigración africana —con virtudes exterminacionistas— una primera solución, la elaboración del genocidio judío se prepara en un marco concreto que es necesario considerar, pues especialistas muy dotados no han podido establecer una cronología exacta de la decisión y, por tanto, una relación adecuada con el proceso mismo de la guerra en su fase de expansión o en su proceso de dificultades.[58] Estas operaciones de limpieza y saqueo tienen que contemplarse, necesariamente, en una condición de lucha entre dos facetas de la utopía de las SS que se ponen de manifiesto en el mismo instante de comenzar la crisis de Polonia y de establecerse una Oficina de Inmigración destinada a la creación de espacios para la población germanizada. El debate entre agencias como las que podían depender del Plan Cuatrienal y el Ministerio de Agricultura, o el propio RKF, es fundamental para comprender la manera en que se enfrentan ambos principios, lo que llevará a la dimisión de Darré y su caída en desgracia. De hecho, el fracaso del proceso de reasentamiento de población alemana en Polonia no obedecía a las condiciones de guerra desde junio de 1941, sino al propio diseño del proyecto, en el que existían divergencias tan notables como la necesidad de mantener la producción en manos de unos

campesinos expertos *o* entregar la tierra a los nuevos germanos traídos desde sus lugares de origen en Rusia para ofrecerles una parcela, fuera cual fuera su capacidad productiva. Si el optimismo de los administradores de Darré se había basado en los cálculos acerca de la productividad menor de la población polaca, pronto habrían de encontrarse ante un obstáculo mayor y más inesperado. Pues Miles había empezado a desviar su propia concepción tradicionalista establecida por Darré a una versión tecnocrática de las SS. Para el *Reichsführer*, su oficina debía dar la impresión de proveer con eficacia a *las tres necesidades* del Reich: la germanización mediante las deportaciones y las facilidades a la inmigración; el aumento de producción exigido por Göring para poder alimentar a la población alemana con los recursos masivos obtenidos en las tierras orientales, y las tareas de exterminio de la población judía, de los polacos con capacidad de mantener una resistencia a la ocupación alemana y de los bolcheviques algo más tarde. Poco a poco, este conjunto de objetivos por cubrir fue convirtiendo las SS en una élite burocrática alejada de la mística de sus primeros años, para dedicarse a la eficiencia de la fabricación y del exterminio *al mismo tiempo*, algo que no dejaba de coincidir con la idea de hacer productores libres a los verdaderos campesinos con iniciativa y capacidad, los de origen alemán.[59]

Los objetivos de producción —y no solamente los que se referían a la agricultura— fueron lo suficientemente importantes como para que, en su inspección de Auschwitz de 1941, Himmler decidiera la ampliación de lo que debía haber sido un breve recinto de tránsito por su buena situación ferroviaria, para crear el complejo de Auschwitz-Birkenau a partir de octubre de 1941 —es decir, cuando ya se había decidido el exterminio de los judíos—, mientras la IG Farben ponía en marcha una planta de caucho sintético que emplearía a la mano de obra seleccionada para sobrevivir. Los

campos más pequeños, como Chelmno o Sobibor, ni siquiera se habían planteado la organización de espacios adecuados para retener a un número considerable de personas durante un período largo, sino que disponían de lo justo para recibirlos, alojarlos brevemente y liquidarlos. Esta mezcla de objetivos habría de resultar especialmente gravosa para la eficacia de todas las tareas que se tenían encomendadas, pero respondía al proceso de conversión que hemos ido examinando y que suponía la existencia de planes para el período de paz, cuando la Utopía nazi consideraba una victoria asociada a la capacidad de construcción, labranza y fabricación de mercancías a cargo de ingentes cantidades de una mano de obra esclava, siempre y cuando se hubiera asegurado también el objetivo de la liquidación de un adversario inasimilable que, de momento, podía ser necesario aún, durante algunos meses de su miserable existencia, para proporcionar su último aliento al esfuerzo de guerra y al consumo vital de los alemanes.

Ello nos conduce a la necesidad de establecer una adecuada cronología de la masacre, que implica su relación con una guerra racial, en la que las conquistas de materiales indispensables para la población alemana y la continuidad del esfuerzo de guerra van contrastándose con la primacía del objetivo del exterminio. Para Christian Gerlach, que ha realizado el estudio más detallado de la conferencia de Wannsee tras haber estudiado los episodios de masacre en la Rusia Blanca durante la ofensiva alemana de 1941-1942, el objetivo de la conferencia no era tomar la decisión acerca de la conveniencia del exterminio, sino establecer el orden adecuado en el que éste debía realizarse. De entrada, bajo qué autoridad indiscutible se llevaría a cabo; además, estableciendo la definición de los judíos de acuerdo con una lectura generosa de las Leyes de Nuremberg, aspecto que llevaría a enconadas discusiones con Stuckard, uno de los autores del documento de

1935 en lo que se refería a los «mestizos».[60] La conferencia se realizó, por tanto, con la presencia de delegados ministeriales, del Gobierno General y de la RSHA, para decidir cuál sería el alcance, el ritmo y la autoridad que debía realizar el exterminio, no para aprobarlo. La asistencia de un Heydrich al que le quedaban escasas semanas de vida —moriría a comienzos de mayo, víctima de un atentado en Praga— indicaba la estatura política que había adquirido el personaje, ahora protector de Bohemia y Moravia, mientras continuaba conservando el mando máximo de la RSHA, una posición que podía amenazar al propio Himmler, al disponer de contacto directo con Hitler como gobernador. La autoridad de Heydrich, sin embargo, se incrementaba sobre los hechos pero con la necesidad de una negociación, que debió ser exigida por Hitler para que ninguna agencia se viera excluida o planteara resistencias: por ello, la presencia de funcionarios de tan diversas condiciones no se debía a considerar siquiera una matización al poder ya alcanzado por las SS, sino a la maniobra de Hitler de implicar a *todos* en una operación definitiva que afectaba a los técnicos gubernamentales y a los de seguridad del partido al mismo tiempo. Heydrich pedía opiniones y daba órdenes a través de sugerencias amables, pero no cabía duda de qué agencia mandaba frente a cualquier otra, aunque un frente unido de todos los demás sectores habría podido ponerle dificultades, algo que no se produjo, extendiendo la responsabilidad al conjunto de la administración, tal y como el Führer deseaba. El proceso era gigantesco y exigía esta trama de solidaridad. Pues no se trataba sólo de las matanzas a tiros de prisioneros rusos o de judíos, como había venido realizándose desde la misma invasión de la Unión Soviética y previamente en Polonia, sino también del exterminio de la totalidad de los judíos europeos, incluidos los alemanes, cuyo transporte hacia los campos de la muerte había provocado airadas protestas de alemanes que no habían

movido un dedo cuando las víctimas eran los judíos orientales, los polacos o los soviéticos. Los pogroms que habían seguido a la invasión de la Unión Soviética se habían llevado a cabo junto con las primeras experimentaciones de algún método más eficaz, silencioso y masivo de masacre, un sistema más limpio, como el gaseamiento que se había empleado en el proyecto T-4 de «eutanasia» y cuyo personal, adscrito a la Cancillería, fue empleado por las SS para realizar algunas operaciones semejantes en la zona polaca ocupada por los alemanes, Watherland.[61] La conferencia, en una sola jornada de trabajo, decidió el destino de los judíos europeos de acuerdo con las posiciones más duras, contenidas en las advertencias lanzadas por Hitler a los judíos al estallar la guerra en su célebre discurso del Reichstag del 1 de septiembre de 1939, indicando que si provocaban una guerra mundial serían sus primeras víctimas. Por ello, Gerlach sitúa la decisión en el marco del fracaso de la ofensiva contra la Unión Soviética, aun cuando no se refiera a los judíos polacos o rusos, sino a los *del resto de Europa* y, en particular, a los alemanes. En plena euforia por lo que parecía una situación de éxito seguro, el 16 de julio de 1941 se había producido una reunión a la que tampoco asistió Himmler, pero que fue un éxito total para sus posiciones de radicalismo ideológico. Ni las precauciones de Rosenberg planteando la necesidad de ganarse a la población local, ni las objeciones de un funcionario de la Cancillería como Lammers observando la necesidad de la mano de obra obtuvieron siquiera el apoyo de Göring, que solía ser el que, de una forma más cautelosa, evitaba la destrucción de bienes económicos. Llevado por la euforia del avance alemán y tratando de salvar su propio prestigio tras el desastre sufrido por la Luftwaffe en Inglaterra, Göring se puso del lado de Bormann para apoyar lo que sabía que era la opinión compartida por Hitler y Himmler: el exterminio de la población judía en el Este era una prioridad

incluso considerando aspectos económicos.[62] La máxima autoridad en las zonas ocupadas será el premio obtenido por Himmler y, con él, el mensaje lanzado sobre el carácter de la colonización que se iba a llevar adelante. Por tanto, mientras el exterminio judío-oriental había sido decidido en las condiciones favorables de la ofensiva, su extensión al conjunto de los judíos europeos se hizo considerando quién disponía ya de una autoridad reconocida en el Este, y quién podría poner las condiciones para realizar un transporte y una liquidación de tamañas dimensiones, utilizando los campos que se habían construido en la zona oriental de Polonia: Treblinka, Belzec, Majdanek, Chelmno y Auschwitz. Uno de los pocos documentos existentes, la orden extendida por Göring el 31 de julio de 1941 en la que se indicaba la necesidad de preparar una «solución completa» en la esfera de influencia alemana, iba a enlazarse, con la declaración de guerra a Estados Unidos en diciembre de 1941 y el comienzo de la contraofensiva rusa, en un resultado del inicio del giro de la guerra más que en el de la fase de su máxima expansión victoriosa. Algo que nos señala una convicción del propio Himmler: la política de aniquilación podía ajustarse a las circunstancias, pero no *dependía* de ellas en su realización. La guerra racial, tal como la definieron los jerarcas nazis reiteradamente, en el frente oriental, construía un marco de referencia para que la masacre por preparar fuera acompañada de la que se estaba realizando ya, y no sólo a cargo de las unidades de élite, sino también de las Waffen-SS e incluso de unidades de la Wehrmacht, cuyo combate frente a los soviéticos ni siquiera tenía los reparos que podían observarse en el que se realizó contra los polacos.[63]

De esta forma, Himmler había conseguido convertir las dos fases de monopolio de la protección de una comunidad racial —la paz y la guerra— en un incremento de su propio imperio. Como cualquier otro dirigente del partido, no había hecho otra cosa desde su ascenso hasta la máxima

dirección de las SS: Goebbels, Göring, Ley o Von Schirach habían actuado de manera idéntica. Pero ninguno de ellos se encontraba en la posición de privilegio de combinar el esfuerzo bélico, la Utopía germanista-comunitaria y el exterminio con tanta facilidad, contando con una base de militancia, de profesionales dotados para el cálculo y para la muerte, como los que le permitieron aprovechar la experiencia de los programas de eutanasia de 1939-1941 y convertirlos en una maquinaria que llevó a las grandes fábricas de la muerte. Su ambición lo condujo a recibir, ante el espanto de Speer, el encargo del propio Führer de hacerse con el control de la producción de armamento sofisticado, como las V-1 o V-2 en los campos de concentración, contando con la mano de obra internada que llegó a las setecientas mil personas en enero de 1945. El intento de construir un imperio económico resultó un fracaso por la escasa competencia —a los ojos de Speer— de Himmler, aun cuando deba considerarse que a las deficiencias de su personal pueden sumarse las condiciones en que se encontraba el país cuando se le hace el último encargo, en la primavera de 1944, sólo unos meses antes del colapso económico alemán, con la pérdida de las zonas de combustible de Hungría y de Silesia a comienzos de 1945.[64] Sin embargo, ni siquiera Himmler podía adivinar cómo iban a acabar las cosas. En su posición de perpetuo superviviente de todas las situaciones de riesgo, consideraba la posibilidad de llegar a algún acuerdo que implicara el sacrificio del Führer. De hecho, en el otoño de 1943, su enfrentamiento con Speer que, según explicará éste, estuvo a punto de costarle la vida, formaba parte de un intento de sucesión que todos los dirigentes del partido veían necesario, dado el hundimiento moral en que se encontraba Hitler tras la catástrofe de Stalingrado. Himmler había sido nombrado ministro del Interior en ese mismo año, con lo que alcanzaba la cumbre de su poder político como responsable de la seguridad del país. Sin embargo, las

condiciones militares sólo podían augurar dificultades tan obvias que la petición de un aumento del propio poder en la estructura nazi, sumando las responsabilidades de seguridad a las de economía, solamente podía atribuirse a poder contar con la absoluta confianza de Hitler[65] para encaramarse, ayudándose de ella, a los resortes decisivos. Es más improbable que alguien tan atento a las noticias que podían llegarle de los servicios de información pudiera creer, tras la caída de Italia, en aquella victoria que había dado por segura en 1941. La utilización de sus discursos de Posen en aquellos momentos pueden aducirse como una prueba de su fe en la victoria, pero también como un deseo de atizar la seguridad de sus propios oficiales indecisos, así como de presentarse ante Hitler, a diferencia de personas como Göring o Speer, como alguien con quien de verdad podía contar. Debe considerarse que, muy poco tiempo después, como responsable de la seguridad del Reich, habría de enfrentarse a uno de los elementos que todavía podía ser un rival: la alta oficialidad para la que el nacionalsocialismo había sido un instrumento que ya no servía. Encargarse de nuevo de la defensa del régimen cuando eran tan evidentes las pruebas de una extensa conspiración, que concluyó en el atentado de julio de 1944, había de vencer las resistencias que pudiera tener Hitler para echarse en brazos de la lealtad de aquel eficiente burócrata.

Para Himmler debía parecer obvio, incluso en las condiciones críticas que siguieron al desembarco de Normandía y la insurrección de un grupo numeroso de oficiales, que cualquier muestra de debilidad que diera el régimen solamente aceleraría su caída, impidiéndole negociar unas condiciones de paz de forma adecuada. Sus planes para la posguerra no tienen por qué contemplarse como un efecto irremediable de la fe en la victoria, sino como resultado de una paz negociada, que podía incluir la separación entre bolcheviques y aliados occidentales, lo que permitiría que

Alemania mantuviera sus conquistas en el Este. Para ello, había de mantener una apariencia de poder militar, aunque fuera a través de ofensivas desesperadas, estableciendo un protagonismo especial de sus propias Waffen-SS en la misma resistencia, por alto que fuera el precio que hubiera de pagarse por aquellas unidades. El aplastamiento de Varsovia en agosto de 1944 fue encomendado a las SS y no, como habría sido lógico, al ejército, a petición del propio Himmler, para el que esta muestra de poder no iba dirigida solamente a ganarse la confianza de Hitler, sino también a aparecer ante sus adversarios militares con una capacidad de negociación que también se refería a los aspectos de esta área. La mítica destrucción total de Varsovia a manos del *Gruppenführer* Bach-Zelewski podía ser equiparable, en su ensañamiento y despiadada eficacia, a las acciones de destrucción masiva que la aviación aliada podía permitirse, rompiendo la imagen de un ejército dispuesto a negociar con los habitantes de los territorios ocupados o a mostrar signos de debilidad a la hora de quebrantar su moral.[66] El mismo sentido podía tener querer ponerse al frente del *Volkssturm*, el cuerpo de civiles creado para actuar como fuerza guerrillera auxiliar de las tropas ante la abrumadora superioridad de los ejércitos enemigos, dando una prueba a los aliados de que no bastaría con un simple relevo de los gobernantes, pues el pueblo los apoyaba, sino con una negociación que permitiera desembarazarse del verdadero enemigo común, la Unión Soviética.

Para Himmler, la lealtad a Hitler y al proyecto nacionalsocialista no podía ponerse en duda tras las tareas que había asumido en el Tercer Reich. En 1977, Gitta Sereny obtuvo de una de las secretarias de Hitler, Christa Schröder, una confesión que le suplicó que mantuviera en secreto mientras ella viviera, y que nos indica este grado de lealtad, que Hitler sabía desplegar estableciendo lazos de una tremenda ambigüedad humana entre

sus hombres más cercanos. En la primavera de 1941, tras una entrevista con el Führer a solas, Himmler se sentó frente a Schröder y se cubrió los ojos con las manos, apoyando los codos sobre el despacho y murmurando: «¡Dios, Dios mío, qué es lo que se espera que haga!», algo que la secretaria relacionó inmediatamente con la cuestión del exterminio.[67] Una lealtad que había de ponerse a prueba al final. Hitler no permitía el menor margen de maniobra para tratar de realizar una defensa estratégica de mínima consistencia *política.* Cuando Himmler fue ásperamente recriminado por Hitler por no haber sabido mantener el frente oriental de una forma adecuada —una acusación que gustó a los militares profesionales, para los que el *Reichsführer* era un desvergonzado advenedizo en aquellas tareas—, Himmler vio hundirse el último asidero que le quedaba a la fidelidad a la única persona a la que se había entregado con ciega obediencia desde su nombramiento como jefe de las SS en 1929.[68] Poco antes de recibir aquella reprimenda, Himmler ya había emprendido negociaciones con el conde Bernadotte a través de la Cruz Roja, aun cuando no se atrevería a dar el paso de utilizar su propio poder militar contra Hitler para realizar un cambio de liderazgo que permitiera negociar la paz.[69] El hombre sin el atributo del carácter, pero con la metodología de la mediocridad, parecía hundirse en el pozo de su propio concepto de la subordinación a un ser superior. Un héroe carismático que había dejado de ser el Hitler emancipador de Alemania, el caudillo *völkisch* esperado, para convertirse tan sólo en el propio temor de Himmler a dejar de cumplir con su deber, a su infame sentido de las obligaciones burocráticas que, en la mezcla más perfecta de servilismo y orgullo, parecía adquirir el perfil de una honorable lealtad. Sus problemas físicos, dolores de estómago y de cabeza que habían sido, ellos sí, leales compañeros de su vida desde la adolescencia parecían el recibo pagado ante cada toma de decisión, ante cada noticia desfavorable, ante cada impresión

de pérdida, como si aquel jovencito que no soportaba quedar mal en las relaciones sociales, ser impuntual en una cita u olvidar felicitar a su madre el cumpleaños, como nos cuenta su primer diario, se encontrara ahora en esa fase en la que, alcanzada la cumbre de la vida cuando aún no había cumplido los cuarenta y cinco, su salida de la historia pudiera producirse con la vergüenza y la escandalizada reprobación que sufre quien ha cometido una indiscreción. Himmler no podía soportar la sensación de fracaso, y la vida le había proporcionado, desde su ingreso en el partido, una constante dosis de éxitos que lo habían narcotizado.

Ahora, esa misma búsqueda desesperada de ascender en plena derrota lo llevaba a considerarse sucesor de Hitler y persona adecuada para negociar la rendición cuando el Führer hubiera dado muestras de su abandono psicológico total o de su suicidio. Heinrich Himmler buscaba un ascenso, que lo convirtiera en interlocutor, cuando la única conversación que se esperaba tener con personas como él era del tipo de las que sufrirían los dirigentes nazis en Nuremberg. Sin embargo, se produjo la negativa de los aliados cuando ya era demasiado tarde para cualquier margen de maniobra con el ejército soviético en Berlín y los dirigentes occidentales no estaban dispuestos a romper su alianza a favor de un pacto con un adversario vencido. Procedieron a dar la noticia con la suficiente publicidad como para que Himmler apareciera ante su Führer como un traidor. Hay muchas cosas que pueden provocar la anulación de una persona, incluso de alguien sin más carácter que su ambición metódica: en el caso de Himmler, el repudio del Führer era la principal, de la misma forma que para un Hitler acostumbrado a la lealtad inquebrantable de Himmler, su acción pasaba a ser un golpe fatal, definitivo, el que seguramente le hizo perder no sólo la esperanza en la victoria, que había perdido desde hacía mucho tiempo, sino incluso en los hombres con quienes merecía la pena morir.[70] Para Himmler,

el nombramiento como sucesor de Dönitz justamente por aquella indiscreción de la prensa lo situaba en unas condiciones absurdas. Obedecer a alguien de tan escasa talla política ni siquiera podía ponerse a prueba del sentido de la obediencia de alquien que había tenido un mundo entero en sus manos. Lo único que le quedaba a Himmler era buscar una salida que le impidiera continuar con aquel ejercicio de degradación, aun cuando las instituciones que se lo ofrecieran estuvieran vencidas y los aliados fueran tan inicuos como para aceptar una alianza con los bolcheviques, adversarios de la civilización que él, como *Reichsführer* de las SS, como dirigente máximo del partido tras la persona de Hitler, había decidido extirpar de la superficie de la tierra. Sin embargo, para el oportunista que se escondía en el fondo de aquel hombre acostumbrado a los ejercicios de escalada burocrática, a las brazadas con la ropa a la vista, la posición de los aliados no podía ser más lógica: en la primavera de 1945, no era suficiente con ser anticomunista para aceptar la propuesta de Himmler de una paz por separado con los británicos y los americanos. Himmler no tenía *con qué negociar.* Todo el esfuerzo realizado para dar muestras de vitalidad, de dirigir un verdadero ejército, una potencia económica, todo aquello que había mostrado al mundo hasta hacerse con el mando de la contraofensiva en el frente oriental, ya no contaba. Y menos aún cuando el uniforme y el apellido habían transmutado el miedo y la seguridad que otorgaron otras veces en el objetivo principal de una venganza, que procediera a hacer de Himmler y de individuos de su talla lo que siempre habían deseado ser: los arquetipos, el resumen, el símbolo de la Utopía nazi.

Willi Frischauer, uno de los primeros biógrafos de Himmler, explicó en un tono terso, ágil, de acontecimientos que se precipitan los unos sobre los otros, el final de Himmler antes de comenzar a narrar el principio de su vida. Quizás porque esas escenas últimas habían de quedar fijadas en la

mente del lector, interceptando cualquier asomo de relación positiva que pudiera tenerse con el personaje. La indefensión, amargura y el orgullo histérico de sus últimos momentos aniquilaban aquella metódica existencia, porque solamente en aquel despacho de las tropas aliadas en Lüneburg, el 21 de mayo de 1945, el eficiente burócrata adquirió los rasgos de un Barleby nada calmado, pero dispuesto a decir: «Preferiría no hacerlo». Cuando el sargento Edwin Austin lo obligó a desnudarse, aquel hombre cuya vida había estado protegida por la elegante exactitud de un uniforme, se sintió mucho más que desnudo. Por ello, miró asombrado a los oficiales que acompañaban al sargento, diciéndoles: «Este hombre no sabe quién soy». «Usted es Himmler. Y eso continúa siendo su cama. Desnúdese.» Himmler lo hizo, aunque ya había tomado una decisión, precipitada sin duda por un hecho sustancial: le habían quitado su significado personal, cuando la pérdida del valor de cambio de su nombre, que ya no podía permutar el miedo en respeto, le arrebató la última de sus pertenencias, enfrentándole a la seguridad de la muerte que le esperaba al final de un trayecto de episodios tan ignominiosos como el que estaba a punto de sufrir. El registro minucioso de su cuerpo, la violación de cada uno de sus rincones íntimos, la forma de hurgar en los orificios buscando una cápsula de veneno. Quizás quiso pasar aquella última vejación, antes de morder la falsa muela donde escondía el veneno y caer, muerto de forma casi instantánea, sin que la inmediata intervención de sus celadores pudiera evitarlo.[71] En la fotografía célebre que se tomó tras intentar reanimarlo, vestido de nuevo, Himmler aparece sin señales de sufrimiento en su rostro, apenas cubierto por una manta y llevando las gafas que le cubrieron la mirada casi todos los días de su vida, y que todavía le resguardaban los párpados en esa impresión de materia absurda y perfecta que tienen los cadáveres. La ideología de Himmler se basó en la fusión entre la voluntad y el destino.

Cuando el destino fue triunfal, pareció el simple cumplimiento de una voluntad victoriosa. Cuando fue desfavorable, pareció la derrota de la voluntad y, con ella, el desmentido de una ideología. Camus recordaba a Sísifo arrastrarse hacia las profundidades del abismo, tratando de encontrar un significado a aquella situación desesperada. La frase con la que Camus pareció consolar a Sísifo y consolarse él mismo por la suerte de los humanos también habría gustado a aquél a quien el destino había traicionado, tras haberle dado mucho más de lo que, en realidad, sus cualidades personales le habrían proporcionado fuera de los tiempos de ignominia. Aquel *kleine Mensch* llevado, por las vicisitudes de la Historia y una personalidad desquiciada, desde un anónimo empleo de ingeniero agrícola entusiasta de las leyes de la reproducción animal, a ser para siempre el símbolo de un proyecto político basado en la esclavitud, la exclusión racial y el exterminio, habría aceptado las palabras de Camus: «No hay destino que no venza el desprecio». Como el de cualquiera de sus víctimas.

10

Albert Speer
El contrato del dibujante

En 1975, uno de los psicoanalistas más prestigiosos de Alemania, Alexander Mitscherlich, publicó en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* un artículo en el que señalaba la existencia de una relación amorosa entre Adolf Hitler y Albert Speer, carente de cualquier significado sexual, pero atestada de las relaciones de dependencia y mitificación del héroe con las que el joven Speer trataba de compensar una infancia en la que no había encontrado un punto de referencia similar. Cuando Gitta Sereny planteó la cuestión a Albert Speer tres años más tarde, en el curso de las entrevistas que habían de dar lugar a uno de los libros más penetrantes sobre el carácter del personaje, Speer indicó: «Sí, Mitscherlich se acercó mucho a la verdad».[1] Naturalmente, la exposición de motivos y la respuesta parecían cubrir un aspecto del nacionalsocialismo para el que la figura de Speer ha tenido una especial capacidad de convalidación.[2] Una persona como él, de una familia acomodada cuyo universo material y moral no se había venido abajo con la República; con estudios realizados con relativa brillantez; alguien tardíamente vinculado al NSDAP y, según confesión propia, mucho más «hitleriano» que nazi; alguien que poco tenía que ver con la siniestra funcionalidad tecnocrática de Himmler agitada por su vehemencia ideológica, de la misma forma que estaba alejado del descarnado uso de un poder totalitario al servicio de la propia corrupción y del conservadurismo, como ocurría en la desgraciada experiencia de fracaso personal que

acompaña a la figura de Göring; alguien que se hallaba lejos de una exaltación mística acompañada de la manipulación explícita de la conciencia, como era el caso de Goebbels; un hombre alejado de la higiénica ejecutoria terrorista de Heydrich, de la carencia de escrúpulos en el uso de la violencia plebeya de un Röhm o de la obscenidad antisemita de un Streicher. Alguien que parecía responder, en una paradoja permanente, a la excepcionalidad y la similitud con la mayoría, un *Sonderleiter* convertido en *Untertan*, dirigente particular y súbdito, cuya duplicidad permitía admirarlo por sus dotes extraordinarias de gestor y, al mismo tiempo, insertarlo en la experiencia de los alemanes que se absolvieron a través de su condena. Pues el sentimiento de empatía parece imponerse al de la admiración y seguir al de la sorpresa. Si alguien como Speer llevó el uniforme de alto funcionario del Reich, se alistó en el NSDAP, participó en el esfuerzo de guerra con una eficacia que permitió su prolongación ¿qué era lo que impedía a los alemanes decentes compartir una vida de errores en una época excepcional? Jost Dülffer se ha referido a ese aparente sacrificio de Speer en el primero de los procesos de Nuremberg, un sacrificio que despierta la mayor de las compasiones de sus compatriotas, en especial de los compatriotas con los que estableció una nueva alianza sentimental, una especie de *Betrügtegemeinschaft*, comunidad de engañados que venía a suceder a la entusiasta *Volksgemeinschaft* que lo había justificado todo. Para la suerte de Speer, a la hora de salvar su vida, fue decisivo que asumiera algo más que su *responsabilidad*, para añadirle el sentimiento de *culpa*, lo que implicaba la asunción de un sentido penitencial que se sumara a la penalización jurídica, un acto de arrepentimiento que contrastaba con la incredulidad de algunos dirigentes, unida a una orgullosa asunción de responsabilidades generales mezcladas de forma infame con el regateo de lo que, en su misma defensa, volvían a ser «detalles lamentables» de una

gestión grandiosa.[3] Dülffer no deja de poner ante sus ciudadanos la inmensa contradicción existente entre la muerte en la horca de Fritz Sauckel, que entregaba la mano de obra que se le solicitaba para los esfuerzos defensivos del Reich, mientras quien se la pedía con tanta urgencia conseguía librarse del verdugo. No fue, desde luego, la única de las circunstancias que permiten desaprobar la equidad con la que se actuó en la posguerra, más allá de aquella sala. Sin embargo, quizás es la más representativa, porque ningún otro de los dirigentes nazis trató de labrarse, a partir de esa misma asunción de culpa y responsabilidad, de asunción de las pruebas y tormento por no haber impedido la masacre, la vejación, el terror, una *reputación* que le adjudicó un liderazgo moral para millones de ciudadanos que no sólo colaboraron con el régimen, sino que también consideraron que estaban haciendo lo correcto en un mundo que —ellos eran los primeros en aceptarlo— había estado regido por una incorrección moral sustantiva. Incluso la aceptación de la culpa de los temas en los que no se había tenido una intervención directa, elevando desde su provocativa situación en los acontecimientos un lugar moral que exigía una respuesta a los responsables de ese proyecto político, hacía de Speer una excepción entre los acusados y un asidero para quienes deseaban restaurar algo más que su libertad: su relación con ellos mismos como personas, su identificación como nación de ciudadanos, su honor como alemanes que creyeron porque se les había arrebatado cualquier otra esperanza. Sin embargo, Joachim Fest, siempre tan brillante a la hora de sintetizar las condiciones en las que se desarrolla un carácter, atribuía a Speer cualidades en las que, en cierta forma, podrían recaer el verdadero sentido de los actos cometidos por personas como él. Albert Speer había sido un hombre entregado al rasgo más obsesivo de la modernidad antidemocrática del período de entreguerras: la autosuficiencia de la eficacia técnica, la idea de que tal eficiencia no era sólo un

instrumento del poder, sino además algo valioso en sí mismo, una finalidad que tampoco se inclinaba ante el sistema totalitario, sino que sólo encontraba en éste las condiciones de una gran congruencia social, de una administración ejercida para actuar sin frenos políticos y morales que habían fijado las relaciones entre los medios y los fines desde la época de la Ilustración.[4] El genio creador, la eficiencia asombrosa, la capacidad organizativa que permitió alargar la catástrofe en nombre de la autodefensa nacional, dejaban de ser un elemento oculto de la admiración, de la complicidad de quienes se acercaban al ejemplo de Speer, para ser un agravante que le hacía participar del sentido de la época en la peor de sus actitudes, aunque no en la única posible.[5] Lo más demoledor del diagnóstico es que podía haberse actuado de otro modo. Lo más grave es que otros lo hicieron. Y la inteligencia superior, lejos de ser un anestésico, se convierte en una zona de mayor vulnerabilidad para las terminaciones nerviosas de la conciencia alemana. Esa capacidad de introspección en la propia culpa se exige con carácter retroactivo, se enfrenta al ejemplo de quienes se negaron a continuar incluso tras haber comenzado la colaboración, como el caso de Hans Simon, miembro de la Oficina de Speer, que se negó a seguir «trabajando para esa gente» tras la *Kristallnacht* de 1938.[6] La lucidez no puede esperar el cumplimiento de la catástrofe y la amenaza para la propia vida, con lo que apareció lo que tantos reconocieron desde diversas situaciones: la posibilidad de la propia realización, que en el caso de Speer pasa a reconocerse como la oferta a un presunto genio de un campo de pruebas sin límites políticos primero, sin barreras presupuestarias en las suntuosas obras arquitectónicas, sin discriminaciones morales en la exigencia de mano de obra para reforzar la producción de tanques o de aviones en los tramos finales de una guerra sin posibilidad de victoria.

No era la resistencia para mejorar las condiciones de una rendición

negociada: era la fascinación por ese mecanismo de relojería que permitió a Speer ponerse a prueba en un esfuerzo titánico, utilizando unos ingredientes que, sólo en última instancia, consideró humanos, como en la escandalosa exigencia de alimentar a los trabajadores esclavizados para que se incrementara su eficiencia, porque la compasión había quedado muy atrás en el trayecto vital del personaje. Ese entusiasmo creador, de artista al que no conciernen las consideraciones morales de su trabajo, sino la fabricación de su obra como resultado de su ingenio y su fuerza de voluntad, podía llevarse hasta las últimas zonas de la sociedad alemana que busca la regeneración de sus tejidos calcinados después de 1945. Los alemanes que siguieron a Hitler no se consideraron genios, pero sí creyeron que seguían a una persona dotada de aquella característica heroica que hacía de él un jefe natural, en una era de decepción ante los dirigentes políticos, de fracaso de la democracia parlamentaria y de sus representantes menos dotados para hacer de la política un permanente desafío de la estética. Los alemanes asistieron a una escenificación de su propio poder delegado, participaron de la fuerza que emanaba del autor de la obra. Por ello, comprendieron a Speer cuando subrayó su actitud de lealtad *personal* ante Hitler, desde el mismo momento en que lo conoció y decidió afiliarse al NSDAP, hasta el instante dramático en que vio a un anciano que sólo le suplicaba tener fe en la victoria, en *su obra*, como el autor abucheado por el público al que uno de sus actores principales compadece, en un ambiguo juego de adjudicación de responsabilidades que se mueve, vacilante, entre el gusto de los espectadores y la capacidad del productor.[7] Desde la adhesión hasta la despedida del Führer, Speer pasa a relacionarse con Alemania de otra forma, que completa con su entusiasmo inconsciente y deleznable de manipulador de un continente en llamas, que parece arder a su servicio. Es también, a ojos de tantos compatriotas, el hombre que trataba de hacer de

esa relación personal una coartada apenas visible, como un aire viciado, entumecido por la propia respiración: separar las partículas de aquel Hitler distinto, inicial, aún victorioso en su batalla por mejorar la suerte de sus camaradas de sangre, sin que tuviera que recurrir a los actos reprobables que habían ensuciado el nombre de su país. El dirigente que cumplió sus promesas de unir a un pueblo y de restaurar sus condiciones materiales, el respeto de las potencias y su derecho a la soberanía. El hombre cuya deriva ideológica se acentuó en los tiempos difíciles, cuando a la euforia siguió el agotamiento, cuando el vientre de Berlín se abrió para mostrar no sólo cuál había sido el precio, sino también quiénes se habían convertido en simple materia prima de aquel experimento. Speer pudo señalar que aquel final estaba allí desde el principio, pudo ir señalizando las fases de su declive, de su sospecha, de su seguridad última de haber cometido un error. Sin embargo, sólo pudo pautarlo, como hicieron tantos de sus compatriotas, en la melodía de una progresiva aceleración de la derrota. Sólo pudo hacerlo pasando de puntillas sobre aquellos buenos tiempos, los años triunfales de inauguración, en que tantos se vieron satisfechos, en que tantos aprobaron el estado de las cosas, en que tantos desearon seguir justificándose mucho tiempo después. Pudo ser identificado con el deseo extenso de quienes creyeron poder distinguir —en un sentido moral apropiado, más allá de la propia obtención de beneficios— entre el Hitler amable, restaurador y emancipador, que les entregó aquella embriaguez inicial, y desvincularse de aquel enloquecido habitante del búnker, de aquel desvencijado individuo que parecía corroborar, con el deterioro físico y el desvarío mental de sus últimos días de existencia, la arquitectura cabizbaja de un Auschwitz en ruinas y los escombros aturdidos de la futura *Germania* que Speer diseñó para su Führer.[8]

La casa a la que acudió Gitta Sereny para realizar la entrevista a Albert

Speer había sido vulnerada por un aviso de quienes tenían en su mente una imagen muy distinta de la utilidad de esa función desempeñada por Speer. El día en que llegó a Heidelberg para realizar la entrevista que daría lugar a su extenso libro de contraste con los dos textos publicados por Speer, éste le mostró una carta que había recibido, en cuyo remite se hacía constar: «Las víctimas del 16 de octubre de 1946», fecha de la ejecución de sus compañeros del proceso de Nuremberg condenados a muerte. Bajo un membrete en el que constaban las siglas de la organización en el exterior del Partido Nazi, NSDAP-AO y sobre una firma de iniciales con el rango de oficial de las SS, podía leerse una algarada de insultos dedicados a quien había traicionado el régimen al que sirvió, quien había planeado gasear a Hitler en su refugio de Berlín y quien se había dedicado a propagar en sus libros de memorias su arrepentimiento por lo sucedido, por lo que obtuvo una libertad que no había conseguido Rudolf Hess y una vida que fue arrebatada a sus compañeros de proceso.[9] La escritora, que se había hecho famosa por su entrevista al criminal de guerra de Treblinka Franz Stangl,[10] se había resistido a tener un contacto personal con Speer, pero éste comenzó por indicarle su extrema vulnerabilidad ante los fanáticos fieles al Tercer Reich, que podían asaltar su domicilio cuando quisieran. En otro texto, Sereny recuerda que la primera ocasión en que oyó hablar de Speer fue cuando obtuvo un pase especial para asistir al proceso de Nuremberg, tras ser informada de uno de sus compañeros en la UNRRA de que la mayor parte de los refugiados con los que trabajaba habían sido convertidos en mano de obra esclava por requerimiento del Ministerio dirigido por aquel hombre.[11] Cuando aceptó acercarse de nuevo a uno de los rostros de aquel infierno, Sereny se topó con aquella imagen que siempre deseó transmitir Speer tras la caída del régimen al que sirvió con lealtad hasta el fin: alguien que, en medio de la incomprensión por la conducta de los hombres en

circunstancias excepcionales, intenta explicarse a sí mismo, pero que comienza por mostrar su aspecto más humano, la condena lanzada por quienes fueron sus camaradas, la comparación ofensiva con el leal prisionero de Spandau. Aquella mansedumbre sólo logró atestiguar ante Sereny lo que ésta ya había averiguado: el gran fabricante de imágenes había conseguido inculcarle al mundo algo que contrastaba con lo que el compañero de Sereny le había dicho al hablarle de Speer: «Fue el segundo hombre más poderoso de Alemania». Le faltó añadir: y sólo pudo serlo a través del nacionalsocialismo. Pero eso ya se encargaría de descubrirlo ella misma.

La casa en la que Sereny fue recibida por Speer fue la misma residencia a la que se trasladó su familia al acabar la Gran Guerra, desde la cercana Mannheim, donde había nacido el futuro ministro de Hitler en marzo de 1905. Su situación en la colina coronada por el castillo de piedra sonrosada, medio destruido por un incendio, hace de ella un lugar privilegiado, asomada a una de las ciudades más hermosas de Alemania, prácticamente intacta tras el desastre de la última guerra. Es una de esas poblaciones medianas cuyo centro histórico muestra las señales de haberse izado sobre la posesión de centros académicos, con el ambiente propicio al recogimiento del estudio y el esparcimiento de la juventud. Los retratos colectivos de las asociaciones estudiantiles uniformadas, sable en mano, cuelgan de algunas tabernas próximas al Neckar, mientras en sus orillas se tienden, los días soleados, los descendientes de aquellas promociones fotografiadas en grupos de mirada colérica, retadora, donde nunca falta un rostro que mira a la cámara con una expresión afligida, la única que parece presentir el futuro que acechaba a aquellos adolescentes de existencia a salvo. Albert Speer no pareció ser muy feliz en aquella ciudad ni en su Mannheim natal, donde le molestó lo suntuario de un ambiente que se unía

a la carencia de amor entre sus padres, algo a lo que probablemente se vinculó el aire artificioso de una existencia que él compensaría cruzando barreras sociales en relaciones con amigos que no eran invitados a su casa. Sin embargo, si algo fue evidente desde el principio de su vida fue la capacidad para intentar hacerse con el respeto de alguien que había triunfado en la vida dándole el bienestar indispensable en momentos de inmensa turbación para el país, que provocaron el desplazamiento social de tantas personas de su edad. Al mismo tiempo, se formó en un aire de control personal y de cierta indiferencia por lo que no afectaba directamente a sus planes que resultaba desconcertante a quienes lo conocían. La propia Gitta Sereny, investigando en la correspondencia a su novia y futura esposa, Margarette Weber, descubre que Albert Speer considera el 12 de enero de 1923 un día en el que no ha ocurrido nada que pueda interesarle.[12] Repasemos los acontecimientos, en especial los que se refieren a aquello que preocupó a los futuros camaradas de Speer: porque el 12 de enero de 1923, las tropas francesas y belgas cruzaban la frontera alemana e invadían el Ruhr, a escasa distancia del lugar en el que Speer se dedicaba a asistir a conciertos, a leer literatura clásica, participar en actividades deportivas como el remo o la escalada, y a tener sus primeros escarceos amorosos. Las biografías de los líderes del nacionalsocialismo, incluso de aquellos distinguidos por su moderación o su frialdad, comienzan refiriéndose a sus reacciones ante el proceso de humillación nacional que supuso la derrota, la revolución, la pérdida de posición social y las primeras colaboraciones con los grupos de resistencia nacionalista. Speer sólo se refiere a sí mismo, a su evolución espiritual, al desarrollo de su vocación, como si su indiferencia ante la Historia en aquellos años pudiera ser la explicación de la zona de seguridad afectiva que lo distanciaba de los acontecimientos en los años de su compromiso político. Para Fest, tal indiferencia no es una preparación de

alegato para su futuro, sino una realidad que va más allá del propio Speer, aunque en él encuentra una zona de exaltación. Si puede relacionarse con la actitud de un grupo al que Speer llegue a representar, se trata de la reticencia al liberalismo como espacio público de la burguesía alemana, una ruptura clásica que podría encarnarse en su persona,[13] pero que podría encontrarse en los reproches de Thomas Mann con los que se ha iniciado este libro. Tengamos en cuenta que ese refugio en un interior que nada quiere saber de la vida pública más que en las formas más románticas del movimiento *Bündisch* o de los *Wandervögel*, con cuyos principios pudo simpatizar un Speer que se presenta como crítico de la burguesía, deseaba romper con la lealtad a las ideas próximas a Naumann y el social-liberalismo de finales del *Kaiserreich* que se extenderían en los primeros años de Weimar a través del Partido Demócrata y en el ala más avanzada del Partido Popular. En el apoliticismo de Speer existe algo sorprendente, pero que no es inocuo en la etapa de crisis que recorrerá la espina dorsal de la primera democracia alemana: el nacimiento de un populismo antidemocrático cuya primera expresión podrá darse en la militancia contrarrevolucionaria más agresiva —lo cual es lo más habitual en los sectores dirigentes del NSDAP—, pero que también se presenta como una reticencia ante la actividad política, algo que parece ajeno a los fluidos elementales de la cultura alemana. Por otro lado, a la posición de indiferencia que destacan quienes lo conocieron en aquel momento, Speer podía añadir una posición económica que muy pocos disfrutaron en la hiperinflación que coincidió con sus años de estudiante en Karlsruhe y en Munich, al disfrutar su familia de un fondo en dólares obtenido por la venta de la empresa materna de Mainz. De esta forma, su rechazo espontáneo de lo que tuviera que ver con la política no tomó la forma del antirrepublicanismo que hizo presa de una parte de su generación, sino más

bien de una cierta frivolidad atenta sólo al propio vigor juvenil, un rasgo que el joven Moravia hubo de destacar en *Los indiferentes* para referirse a otro país, pero que tal vez se encontrara en una inmersión en la plenitud del arte que no corresponde solamente a una deficiencia del carácter alemán, sino a la tendencia de una época, que Ortega definió en un texto de envidiable lucidez, con apariencia de comentario artístico y con la sustancia de una carga de profundidad contra la democracia de masas.[14]

Precisamente ese distanciamiento que poseía ya las condiciones de la superioridad del artista lo había llevado al estudio de la arquitectura, abandonando por las presiones paternas su primera inclinación por las matemáticas y escogiendo la misma profesión que ejercía su progenitor. Su inmersión en esa disciplina que exigía la imaginación y el orden, la temeridad del espíritu y la prudencia de las mediciones, siempre pudo poseer el reto de una imposición del hombre a la materia a través de la técnica. La arquitectura pasaba a ser un arte social que disponía de las exigencias de su utilidad pública y del uso de unos elementos artificiales que podían convertirse en factores simbólicos. No en vano, fue un campo de enfrentamiento en la República de Weimar que exigió la toma de posiciones muy rápidamente, tanto a quienes se habían movido en los círculos de la Bauhaus como a quienes prefirieron el *Werkbund*.[15] En el mundo de la experimentación constante, Speer había escogido un campo de riesgo, de afirmación de la propia proyección del artista sobre la sociedad que no podía compararse con la escasez de medios que podía ofrecerle la mediocridad de un debate estratégico. Por ello, su presencia en Munich justamente tras el *Putsch* de noviembre no le dejó huella alguna: su camino hacia el nacionalsocialismo era, de hecho, una vía hacia el Estado como gran constructor, como gran organizador de la comunidad, comenzando por sus espacios físicos, por sus estancias y monumentos, y acabando con la

tarea de expresarla en la organización minuciosa de su laboriosidad. La coherencia de esta trayectoria resulta mucho menos sorprendente o accidental de lo que podría sospecharse, si es que nos interesa descubrir uno de los aspectos esenciales del fascismo, que tiene que ver con la vanguardia, pero sobre todo con la voluntad de petrificación, de sometimiento de la materia y de organización de los espacios en los que habitan los seres humanos, sobrecogidos por el vigor de una monumentalidad arquitectónica, destinada a la preservación de la especie y a la superioridad manifiesta de la totalidad frente al individuo. Quizás el culto a la *Volksgemeinschaft* que realizaran Goebbels o Ley en sus funciones deba hallar otras raíces, que se encuentran en la propia adjudicación del organicismo autoritario controlado por ingenieros y arquitectos.[16]

Al acabar su formación en Munich, Speer y el que había de ser colaborador en el nazismo y amigo solidario durante su encarcelamiento, Rudolf Wolters, trataron de ser aceptados por uno de los arquitectos más prestigiosos de aquel momento en la Universidad Técnica de Berlín, Hans Pölzig. Lamentablemente, las cualidades de dibujante de Speer no eran tan buenas como las que se solicitaba en el selecto círculo de este profesor, y ello lo condujo al magisterio de Heinrich Tessenow.[17] Si algo repugnaba a éste era la confusión entre la arquitectura y los fuegos artificiales de una imaginación desbocada. Buscaba la simplicidad que suele confundirse con la ausencia de genio, como si la sencillez no fuera el resultado de una agotadora tarea de eliminación de los elementos superfluos y resultara de una mentalidad inválida, lesionada artísticamente. Tessenow, que había de mostrar su disgusto por las primeras obras de su alumno Speer, a las que reprochó precisamente desempeñar la función para las que habían sido pensadas: «causar efecto».[18] Speer había de escribir a su novia el entusiasmo que sentía por la sobriedad de aquel maestro, nada indiferente a

la relación entre arquitectura y sociedad, como había de probarlo la referencia al heroísmo y la grandeza con la que el propio discípulo cierra el primer capítulo de sus memorias.[19] Sin embargo, la admiración por Tessenow había de inclinarse ante una necesidad política y de cumplimiento de sus ambiciones profesionales. La admiración mostrada por Paul Ludwig Troost, que había modificado el edificio de la Casa Parda de Munich y que se alejaba totalmente de los gustos simplificadores de Tessenow, en función de los encargos que comenzó a recibir de la dirección del Partido Nazi. En 1933, cuando recibió los primeros encargos oficiales de dirigentes del partido para la decoración de sus oficinas —comenzando por las de Goebbels y su Ministerio de Propaganda—, Speer era ya un miembro del NSDAP. Su relato de la entrada en el partido, a principios de 1931, corresponde perfectamente a lo que podía suceder con personas de su edad en la Alemania en crisis tras las elecciones del septiembre anterior. Fue su fascinación por un Hitler insólito, razonable, que se dirigía a los estudiantes universitarios con su capacidad para adaptar el discurso a sus oyentes, sin recurrir en este caso a los excesos de la demagogia. Obviamente, la fascinación fue por el líder del partido y no por el partido, aun cuando tal afirmación requiere de un apéndice que no exagere su carácter excepcional. No era otra la vía de acceso al movimiento nazi por parte de muchas personas que habían asimilado perfectamente la identidad entre el partido y su líder, viendo en él, en aquellos momentos de desgraciado caos de la nación, unos rasgos que lo diferenciaban de los políticos de Weimar ya amortizados. Era una vía, desde luego, que había de impregnar la posición de sectores medios en lo que a la «cautela» de Hitler ante los estudiantes se refiere, al presentarlo como un dirigente que podía estar rodeado de demagogos y violentos, pero que habría de controlarlos y subordinarlos a los intereses generales de la nación. La propia ideología nazi exigía esta

confusión interesada, que permitía prescindir de aquel aspecto del nacionalsocialismo que podía resultar menos agradable o próximo a quien se veía fascinado por él, atribuyéndolo a un factor contingente, sectorial, pero no a una esencia que sólo podía representar en su totalidad el propio Hitler. En este sentido, lo que suele verse como una *personalización* de los motivos que llevaron a Speer a la militancia podía resultar en todo lo contrario, la entrega a un elemento simbólico que podía comprenderse mucho mejor en su doble condición de miembro de la clase media y de artista con aspiraciones situado en una especialidad que necesitaba, para poder realizarse, del apoyo del poder político, y que había de inclinarse por la aceptación entusiasta del que se presentaba como *totalidad*, como autoridad absoluta. En esta actitud podían encontrarse los propios intereses y ambiciones de Speer con su difusa ideología y la extraña necesidad de asumir un compromiso que hasta entonces ni siquiera le había rozado la piel.

Naturalmente, todo debía resultar demasiado tentador para aquel joven de menos de treinta años, dispuesto a iniciar su vida profesional en Mannheim, y que de pronto se veía agasajado por los jerarcas del partido, que lo trataban con la displicencia con la que Goebbels podía dirigirse a un recién llegado que recibía órdenes, muy lejos de sospechar la mirada que pronto depositaría el Führer sobre aquella ambición desmesurada, un alma atenta, a la espera, con la potencia silenciosa de una máquina que sólo aguarda la energía que la ponga en marcha.[20] En mayo de 1933, Speer realizó algunas sugerencias para modificar la plataforma desde la que Hitler debía dirigirse a los trabajadores, en el gran discurso con el que se iniciaría la ofensiva por la construcción de la *Volksgemeinschaft*. Meses más tarde, al tiempo que trabajaba con Paul Ludwig Troost como ayudante en las obras de remodelación de la residencia del canciller, elaboró unos bocetos para la

organización del escenario del Congreso de Nuremberg, a los que Hitler dio una aparentemente desdeñosa aprobación. De una forma desesperada, Speer estaba tratando de abrirse paso hacia él, entre la maraña de la guardia pretoriana de los *Altekämpfer* de Berlín y de Munich. Ninguno de ellos habría de reconocerle el esfuerzo y, desde luego, no habría de ser Goebbels el que hiciera referencia alguna a la modificación de sus planes teatrales para el Primero de Mayo en el Tempelhof Feld. El asombro mostrado por el propio Speer en sus memorias acerca de la importancia que Hitler prestaba a la arquitectura deja el sabor de una verdad sinuosa, esquiva. Resultaba imposible que alguien que había manifestado con tanta ostentación la importancia de las *escenificaciones* como la del Primero de Mayo fuera ajeno a la importancia de una arquitectura entendida como gesto del poder, como control del espacio y gestión de sus habitantes, como imagen petrificada de la grandeza y protagonista simbólico de la comunidad popular. Hasta qué punto Speer lo intuyó y Hitler lo sabía, de qué modo circuló entre ellos una corriente que mezcló dos aptitudes, resulta un factor que nunca podremos averiguar. Lo cual no significa que podamos establecer una *coincidencia*: desde luego, no se trata de la que une a Julio II y a Miguel Ángel en la memoria de la humanidad. Su calidad era otra que superaba la del mecenas y el artista, para establecer la simultaneidad del artista-político y del político-artista, comprendiendo ambos que sus funciones son distintas en un proyecto sentido con una intensidad idéntica. La arquitectura como poder, como persuasión, como consigna, como intimidante representación que mantuviera en una vida perpetua la esencia de la comunidad, pero que diera a sus autores temporales, mortales, históricos, la posesión del símbolo del poder político. Lo que, a sus ojos, era el poder a secas.[21] A partir del otoño de 1933, como cuando lo invitó a comer y le prestó su americana para solventar el problema de las manchas

provocadas en la de Speer por las obras que estaba dirigiendo, Hitler ya había dado muestras de reconocer un talento a la espera, al acecho. Cuando se produjo la inesperada muerte de Troost, la frase espontánea de una persona que habría de compartir responsabilidades políticas, banquillo y prisión, Walter Funk, resultaba mucho menos jovialmente siniestra de lo que parecía: «¡Le felicito! Ahora, el primero es usted!».[22]

Para el sorprendido Speer se trataba de la culminación de un proceso que lo había ido introduciendo en el círculo personal de Hitler, acompañándole en sus audiciones musicales, en sus debates acerca de arte, en sus excursiones y encuentros con los viejos camaradas. Fue como si, tras haberlo observado desde hacía tiempo, sin que Speer hiciera nada más que tratar de mostrar una eficacia irreprochable, Hitler hubiera decidido entregar una parte de sus esperanzas a quien era *joven*, como habría de señalarle cuando le confió sus propósitos. Se trataba de un lazo que vinculaba a los dos, que permitía el intercambio de papeles entre señor y sirviente, una enfermiza complicidad que podía ocultar sus aspectos más desquiciados bajo la ostentosa sombra del triunfo, pero que no pudo hacerlo cuando esa misma relación fue sometida a la exhibición obscena del fracaso, que destruyó física y psicológicamente a la persona que parecía pilotar aquel encuentro, aunque la seducción procediera, precisamente, de esa juventud eficaz, entusiasta, del futuro intrépido contenido en la asunción del papel del artista que Speer se había empeñado en corroborar. No dejó de hacerlo con la minuciosa manera de ordenar las pasiones, de encauzarlas por la vía de la racionalidad y el equilibrio de las paredes maestras afectivas y políticas a las que su propia formación podían haberle acostumbrado. Su despacho se llenó pronto de viejos compañeros, alumnos de Tessenow que lo acompañaron en sus esfuerzos y su entusiasmo por la oferta que se les estaba haciendo, fascinante y retadora, un desafío que podía ser el sueño de

cualquier técnico que prescindiera de las condiciones morales en las que podía realizarse. Personas con el talento de Rudolf Wolters o como el que posee, por encima de todos sus compañeros, Hans Peter Klinke: desesperado porque no se le reconocen sus méritos personales —entre los cuales algunos de los colaboradores de la creciente responsabilidad de Speer sitúan la «catedral de la luz» obtenida mediante los reflectores alzados hacia el cielo nocturno en el Congreso de Nuremberg—, acabará marchando al frente donde morirá, rindiéndole Speer el reconocimiento póstumo de su superioridad, su carácter de arquitecto favorito del maestro, demasiado inteligente y con demasiadas dotes de autonomía como para ser elegido por él como ayudante.[23] Más allá de los acontecimientos funerarios, Speer prefiere el anonimato de sus asesores, en un momento en que ni siquiera ha conseguido una victoria total al convertirse en el *único* arquitecto del Führer, un especialista en la división de funciones entre sus subordinados. A finales de 1938, cuando ya ha sido nombrado autoridad máxima para la reconstrucción del nuevo Berlín, intentará que Hitler firme un decreto otorgándole tal responsabilidad para el conjunto del país, a través de una Comisaría del NSDAP que estaría bajo su control. En este aspecto, su conocimiento de las opciones del líder máximo del nazismo se mostró muy deficiente, pues a propuestas tan agresivas solía responder con la reticencia y el rechazo. Incluso un arquitecto habría de comprender que la línea más corta entre la ambición y el poder no es la recta, sino la que pasa por el control de una calculada indiferencia, la sensación de no representar peligro alguno de sustitución y, sobre todo, nunca dar la impresión de que se está al mando, sino de que se recibe en forma de prebenda, aunque se haya conseguido mediante un prolongado ejercicio de seducción. En estas reglas elementales de poder, la arrogancia podía ser una mala consejera que nunca interfirió en la carrera de Martin Bormann, pero hizo añicos la de

Rosenberg y estuvo a punto de destruir la de Goebbels y la del propio Speer. Por poco que le gustara, hasta la guerra y el abandono de los grandes proyectos urbanísticos, Speer hubo de soportar la competencia de Hermann Giesler, aunque se permitió boicotearle desde sus oficinas de aprovisionamiento la entrega de materiales indispensables para las obras que debían realizarse en Linz.[24]

Con la ayuda de aquel grupo de técnicos con talento, Speer fue escalando posiciones en el partido que le permitieron mantener su figura cuando se iba produciendo la fusión de las instancias del NSDAP y del Estado. La entrega de un uniforme de alto funcionario a comienzos de 1934, junto con su asignación a las labores de organización de las plantas industriales en la agencia del DAF *Schönheit der Arbeit* le proporcionaron una proximidad a la dirección que nunca pudo enfrentarse a los recelos de los viejos luchadores, dirigentes locales y regionales del partido que le plantearon una terca resistencia incluso en los períodos más angustiosos de la guerra. Posiblemente, a ojos de aquellos caudillos Speer era lo que más podían detestar y lo que les parecía más fácilmente intercambiable: un técnico, algo a lo que él mismo no dejaría de contribuir recordándoles siempre que pudo la autoridad superior de la que emanaban sus cargos institucionales, llevando en su persona la doble inspiración del nombramiento estatal y de la confianza del Führer. Se trataba del debate entre ideólogos y tecnócratas que los protagonistas pueden contemplar de una forma muy distinta a quienes analizamos las cosas a distancia. Pues, si el propio Speer señaló, al inicio de su último libro, *Infiltration*, que Hitler nunca habría logrado mantenerse en el poder sin el auxilio de las personas que sabían cómo organizar el trabajo en una empresa de forma eficaz,[25] él sabía que la libertad de la que podía gozar el ingeniero industrial, el economista de empresa o el coordinador de la producción de armamentos sólo podía

realizarse con el apoyo de la tarea de los ideólogos nacionalsocialistas, de una militancia de base y de unos cuadros locales y regionales que se encargaban de las labores de disciplina, de conquista territorial, de disuasión de la resistencia laboral, de colaboración con el proyecto unánime de la guerra total, *a causa de sus principios.* ¿Habría podido un técnico, como aquel arquitecto de Mannheim formado en las mejores escuelas, disponer de un poder semejante de no haber recibido el apoyo de toda aquella masa de pequeños líderes a los que despreciaba? Sus propios encargos políticos de mayor envergadura inicial, la construcción del escenario de los congresos de Nuremberg o las instalaciones laborales que correspondían a Belleza en el Trabajo, sólo podían relacionarse con esa *necesidad* de contar con las masas, no con el simple *deseo* de manipularlas. Y entre las masas y Speer se encontraba esa majestuosa tela de araña formada por los pegajosos hábitos de control social realizados por las estructuras intermedias del partido, sin la cual se habría desmoronado la estructura de poder que le daba trabajo. Por ello, puso especial cuidado en destacar a los ojos del Führer, en primer lugar, como la persona que le proporcionaba esas instancias de representación de poder de la revolución nacionalsocialista. Si las sugerencias realizadas en el Primero de Mayo de 1933 habían sido sólo un principio, la dedicación obsesiva a *construir* el espacio político de los congresos de Nuremberg de una manera definitiva se prolongó a lo largo de la década como el principal de sus esfuerzos, destinado precisamente a una labor de corrección visual de un poder cuyo carácter absoluto quería simbolizarse más que copiarse, en una falsificación artística que plasmaba un ideal más que lo que estaba sucediendo en la sociedad alemana. Las obras gigantescas diseñadas para fijar emplazamientos de ese encuentro anual de los *Volksgenossen* nunca pudieron terminarse, pero se han conservado suficientes indicios de lo que

se pretendía, superando los modestos planes previstos por Paul Ludwig Troost y su sucesor, Ludwig Russ.[26] En lugar de proceder a un acondicionamiento de viejos palacios, Speer organizó un recinto permanente que pudiera actuar como símbolo de la comunidad y del liderazgo. La Gran Avenida parecía acudir a los lugares sagrados, como la explanada de Luipold destinada a rendir homenaje a los caídos, el Campo de Marte empleado como lugar de concentración, entrenamiento y exhibición de las actividades de las milicias, o al Palacio de los Congresos de doscientos metros de anchura, cien de longitud y cincuenta de altura, en el que se continuaría trabajando fatigosamente durante la guerra. Cada uno de los espacios estaba destinado a obtener dos elementos: la *contención* de las masas en el seno de un espectáculo de luz, de infinitas distancias que enarbolaban el poder de la comunidad reunida creando un espejismo de multitudes adictas, y la reverencia al Führer, orador en cada una de las grandes ocasiones, ante cada fragmento de la comunidad, vector de aquel proceso unitario, que mostraba a sus seguidores la inmortalidad a través de la persistencia de las edificaciones suntuosas.[27]

Aquella coincidencia con la relación entre Arte y Estado que se había planteado Hitler, centrada en una arquitectura que superara las tendencias de interiorista de un Troost, permitieron que Hitler se decidiera a entregar a Speer la joya de su corona como artista que modelaba el nuevo espacio público de acuerdo con las necesidades del movimiento. Hitler había considerado la necesidad de remodelación de tres docenas de ciudades alemanas, pero puso especial énfasis en los trabajos destinados a Nuremberg y, sobre todo, a la construcción de la nueva capital del imperio, la *Germania* que, sustituyendo al viejo Berlín, se pondría al frente del Reich milenario, conquistador de los territorios destinados a una casta racial superior. Hitler había mostrado siempre su desprecio por aquella ciudad tan

poco similar a su leal Munich, una capital hedionda de callejuelas habitadas por proletarios que ni siquiera el 5 de marzo de 1933 le habían concedido su apoyo. Goebbels había batallado por ella de forma incansable, como hemos visto, tan sólo para que el movimiento nacionalsocialista no pudiera verse como algo provinciano, de mediana ciudad sureña, incapaz de penetrar en la modernidad expresada por aquella ciudad explosiva de los años veinte. Ahora, debía llevarse adelante un plan de modificación que destruyera su vieja apariencia y se *adaptara* a la grandeza que se le había impuesto. El proyecto destinado a *Germania* era el de una regeneración, no sólo el de una disposición urbanística que facilitara las comunicaciones internas de una gran urbe atestada. Era una *puesta en su lugar*, voluminosa más que ajetreada, monumental más que multitudinaria, expresiva de una voluntad de grandeza más que extensa. La arquitectura de la capital debía mostrar una intención, una conciencia, debía ser un alarde anímico de la fuerza de un pueblo, no limitarse a encontrar las formas más funcionales de *albergar* unas oficinas burocráticas y a los laboriosos habitantes de una capital imperial. El 30 de enero de 1937, Speer recibió el que creyó que iba a ser el encargo más importante de su vida: inspector general de Construcción de la Capital del Reich (*Generalbauinspektor für die Reichshauptstadt*, GBI),[28] con poder sobre todas las oficinas municipales, que debían ponerse a sus órdenes y no plantearle objeción alguna para la realización de sus planes, algo que iba destinado a cubrirle contra la hostilidad manifiesta del alcalde, Julius Lippert, que siempre consideró aquel sueño una innecesaria violación de la atmósfera berlinesa a la que ni Hitler ni Speer habían pertenecido nunca. Speer pudo contar en su oficina con los técnicos que habían trabajado para él atendiendo los innumerables encargos que realizaban los jerarcas del régimen a cargo del partido. Las Oficinas del GBI fueron instaladas en la Pariserplatz, donde el joven designado ya como principal

hermeneuta de la capilaridad entre poder y arquitectura había llevado a sus amigos Rudolf Wolters y Willi Schelkes, y fueron atendidas también por un experto financiero municipal, un católico del Zentrum que llegaría a ser secretario de Estado con Adenauer, Karl Hettlage, cuya aversión por Speer quedó clara cuando lo entrevistó Gitta Sereny: no le provocó más admiración que la que derivaba de su obstinada entrega al esfuerzo en encargos imposibles, aunque el político democristiano señalaba a la escritora que la empatía que despertaba Speer era la de aquellos artistas que han comprendido que su trabajo consiste en incrementar la capacidad de manipulación. De igual forma, Willi Schelkes manifestó a Sereny cómo no se trataba sólo de Speer, sino de la impresión de sus colaboradores de disponer de un margen de libertad creativa, de poder para destruir lo viejo y poner en pie unos sueños que nunca habrían podido imaginar.[29] En realidad, no se trataba de otra cosa en el conjunto del proyecto nacionalsocialista: realizar lo inimaginable, alcanzar un dominio nunca soñado sobre la resistencia de la materia y la de las víctimas de quienes deseaban restaurar el «orden natural de las cosas». La mezcla de regeneración y creación encuentra pocos espacios de conflicto y explicación tan fecundos como el del arte en un sistema totalitario.

Los criterios gigantescos con los que Speer retomó ideas que ya habían sido consideradas por Hitler a mediados de los años veinte —la Gran Avenida con el Arco de Triunfo y la Sala de Congresos coronada por una cúpula que se inspiraba en el Vaticano, el Palacio del Führer porticado— no se encontraban lejos de una sensibilidad arquitectónica compartida por los grandes creadores de la época, inclinados al gigantismo como lo fueron Mies van der Rohe, Bruno Taut, Le Corbusier o Boris Iofan.[30] Sin embargo, lo que distinguía a estos arquitectos de los conceptos expresados por Hitler y Speer no era sólo la grandeza del espectáculo del hombre dominando la

materia, doblegando el esfuerzo de la naturaleza, un aspecto de la constancia de la modernidad por la transformación del entorno que Zygmunt Bauman ha levantado como un contencioso contra determinadas euforias del proyecto moderno que se exasperan en la carencia de escrúpulos morales de la posmodernidad.[31] El problema estaba en la congruencia entre este tipo de proyectos y un régimen que aspiraba a la *totalidad*, a la absorción de las vidas humanas organizadas y clasificadas cuidadosamente de acuerdo con los criterios de su particular eficacia y su utilidad minúscula en un mundo musculoso, heroico, ansioso de la inmortalidad y despectivo con respecto a los seres ordinarios, comunes, cuya existencia sólo podía cobrar sentido a través del acto comunitario. Como en los restos de las viejas culturas desaparecidas a las que Hitler se refería con frecuencia, la arquitectura tenía algo más que los factores básicos de un receptor de espectáculos permanentes. Deseaba petrificarse en un gran mausoleo que dejara constancia de un intento por vivir con grandeza, de un triunfo de la voluntad temporal que se eternizaba por la resistencia de las construcciones tras la expiración de sus planificadores. Hitler podía despreciar, como lo hacía Speer, un clasicismo hecho a escala de los hombres concretos, pero su reflexión acerca de la función del arte puede enlazar con la que realizan Canetti o Sebald sobre el espacio construido con aspiración de ser una totalidad sin salida, en la que el hombre se clausura, un marco asfixiante de grandeza convertido en un engranaje kafkiano.[32] El encargo de la nueva Cancillería, que Speer pudo llevar adelante en un tiempo inesperado y entregársela a Hitler a comienzos de 1939, llegó a aquel joven arquitecto en el mismo momento en que sucedió un episodio que, por su interés familiar, parece conveniente indicar aquí: por aquellas mismas fechas, Hitler asistió a una representación en cuyo público se encontraba el padre de Speer. El Führer mostró interés en

conocer al progenitor de su favorito, que le fue presentado. Mientras el canciller se deshacía en elogios acerca del retoño, aquel viejo arquitecto liberal y burgués, que ya había manifestado su disgusto por los planes de reconstrucción de la capital, fue incapaz de continuar soportando las palabras de Hitler y, balbuceando una excusa, desapareció. Speer comentó años más tarde que quizás su padre había visto la esencia de aquel líder, que él no alcanzó a vislumbrar hasta el momento de la catástrofe.[33] Desde luego, debe suponerse que a Speer se le escapaban circunstancias difíciles de esquivar, como ocurrió en las crisis nacionales de 1934 o 1938, que ningún alemán, y especialmente ningún dirigente del partido, podía haber obviado: no es que fuera incapaz de penetrar en la esencia de Hitler, es que ni siquiera parecía preocuparle la apariencia de las cosas que pudieran suponer una distracción de las tareas en las que había de realizarse. Quizás en la impaciencia de su padre, tan mal recibida por un Speer que siempre había deseado satisfacer las expectativas puestas en él por su familia, se encontraba la intuición que poseen las personas con una dilatada experiencia vital, una sabiduría que sedimentan los acontecimientos críticos que se presentan siempre como los grandes sustitutivos de la voluntad personal. Porque, justo cuando su hijo se encontraba en la cúspide de su poder, se iba a iniciar el camino de conquistas imperiales que conducirían a su máxima exaltación y a su condena.

El inicio de la Segunda Guerra Mundial iba a manifestar muy rápidamente las carencias de preparación para una contienda de larga duración en que se encontraba el país. Tal aspecto no podía responder a una limitación que se adjudicara el propio régimen cuya preparación para una subordinación de todo el esfuerzo económico del país a una fase de conquista permanente está fuera de dudas, como lo demuestran los enfrentamientos ya relatados entre los responsables del Plan Cuatrienal y

los sectores conservadores de la economía, así como de planes parciales de modernización de las Fuerzas Aéreas, de la Marina y de la Wehrmacht. La formación de instrumentos de una mínima coordinación del esfuerzo bélico, como el Consejo de Defensa creado en 1938, no sólo resultó insuficiente, sino que además alentó una competencia abierta entre diversas agencias en un marco de debate dirigido por Göring, hasta que el propio Hitler decidió poner fin a un instrumento que resultaba inútil y podía proporcionar un poder excesivo al jefe de la Luftwaffe, cuyo desprestigio posterior estaba aún lejano.[34] La necesidad de una movilización centralizada, que permitiera disponer del máximo de recursos fue encomendada a Fritz Todt, cuya eficacia a la hora de movilizar mano de obra ya se había demostrado en el control de trabajadores para la construcción de autopistas. Su nombramiento, producido en marzo de 1940, se enfrentó a varios obstáculos infranqueables durante su mandato: por un lado, la acérrima defensa realizada por las instituciones de la Wehrmacht bajo la dirección del general Thomas, del Plan Cuatrienal o del Ministerio de Economía, de sus propios ámbitos soberanos, con criterios que podían resultar profundamente ajenos a lo que para Fritz Todt era la base de la eficacia productiva: la fabricación en serie y el premio a las empresas más competitivas, por ejemplo, algo que se alejaba del desprecio por los «beneficios de guerra» que experimentaban los generales y de la preferencia por una visión del armamento producido de forma artesanal, en una infinita gama de variedades que se adaptaban a circunstancias de combate distintas, pero que limitaban la velocidad de producción y la estandarización del proceso; por otro, el hecho de que las quejas de Todt, que Hitler podía llegar a comprender, se enfrentaran a los éxitos militares obtenidos mediante los viejos hábitos de carencia de coordinación y rigidez productiva, en las campañas de Polonia, Países Bajos, Noruega, Dinamarca, Bélgica y, sobre todo, Francia.[35] Mientras

estos problemas se sucedían, acompañados por la euforia de las reiteradas campañas victoriosas, Speer mostraba su adhesión a una guerra bien coordinada desde un mando unificado, mientras su viaje a París con el Führer —sentado entre él y su adversario Giesler— le permitía ver que a Hitler ya no le interesaban las tareas de construcción monumental en las que se había empeñado previamente, sino sólo las que llevaban a la organización de la propia empresa destructiva. Parecía, por tanto, que una época de su vida y de su ambición llegaba a su fin, duramente alcanzada por el trasiego de unas circunstancias que exigían la entrega al esfuerzo generalizado de la guerra.

Las cosas habían de sufrir un giro inesperado muy poco tiempo después. Precisamente cuando el águila que Speer había diseñado para los congresos parecía dispuesta a deponer el vuelo para descansar por el formidable esfuerzo desplegado, Hitler lanzó una ofensiva sobre la Unión Soviética que lo enfrentaría a los problemas detectados por Todt y que el Führer no ignoraba. Precisamente las dificultades de responder de una forma adecuada a las exigencias de armamento y movilización, así como una evaluación exagerada de las fuerzas británicas en aquel momento, llevaron a Hitler a tomar la decisión de un ataque a la Unión Soviética, cuya derrota dejaría totalmente aislada a Gran Bretaña, que contaba sólo con las vagas promesas de la administración americana impotente ante el neutralismo nacional, y se enfrentaba a una nueva victoria de la Wehrmacht, con el efecto devastador que ello podría producir en la población británica. La derrota en la batalla aérea entre los dos países, cuando la Luftwaffe había mostrado su inferioridad ante la RAF, pudo ser el principio del fin del poder de uno de los posibles adversarios de Todt, como Hermann Göring, pero no tenía por qué implicar, en la forma prudente de gobierno mostrada por Hitler siempre, un cambio en la gestión del esfuerzo de fabricación aérea para depositarlo

en manos distintas a las de su mariscal. Los factores políticos que podían multiplicar la desmoralización interna por la derrota en el aire ante la RAF desalentaron cualquier medida en ese sentido, en un dirigente que calculaba las penalizaciones y la atribución de responsabilidades sin dejar de pensar en los elementos internos de poder del régimen y su prestigio, tratando de combinarlos desesperadamente con la eficacia militar. El fracaso de una ofensiva de corta duración, que se sumó a la entrada de Estados Unidos en la guerra con Alemania a mediados de diciembre de 1941, había de alterar por completo las condiciones del conflicto. No sólo porque la guerra hubiera adquirido las dimensiones raciales que ya había comenzado a tener en Polonia, sino porque se hizo evidente para Todt, como lo era para el propio Hitler, que las condiciones en que se había acelerado la campaña podían haber permitido victorias fáciles previamente, pero se había subestimado la capacidad de resistencia del ejército soviético y se habían considerado de forma inadecuada las necesidades del alemán. Aunque Todt había visto cómo su estatura de *Reichsminister* se incrementaba en 1941 con el control del agua y la energía, su organización tenía serias dificultades para proporcionar el abastecimiento indispensable a los combatientes, con un sistema de transportes colapsado por el invierno. En la primera fase de la guerra, la productividad del obrero alemán no llegaba a una cuarta parte de la que conseguía el británico, y se había iniciado una ofensiva gigantesca con un nivel de producción de tanques inferior al que se obtendría en 1942, después de que se instauraran las primeras medidas de emergencia sugeridas por Todt.[36] Sin embargo, a los pocos días de que éste indicara a los dirigentes industriales del país la necesidad de una planificación de la economía de guerra que premiara la eficiencia con contratos de trabajo que la privilegiaran, y llamara a la autorregulación de las empresas para que se ajustaran a una responsabilidad propia en la producción que les permitiera

recibir los encargos del Estado, se produjo su célebre entrevista con Hitler y su fatal accidente aéreo.

El nombramiento de Albert Speer como sustituto de quien, sin duda, había tenido un agrio encuentro con Hitler, indicándole que la guerra no podía sostenerse sin drásticos cambios en la organización productiva, iba acompañado de la confianza del Führer en la asombrosa capacidad de organización de tareas complejas que había demostrado el joven arquitecto. No tardó en demostrarla, pues sólo tuvo que recurrir a los informes proporcionados por la propia Organización Todt para indicar, en una reunión celebrada con los representantes de las tres fuerzas armadas, el Ministerio de Economía y la Asociación de Industriales, los principios de asignación de recursos, coordinación estricta y responsabilidad individual de las empresas que su hábil y austero antecesor había señalado. Antes de que concluyera el mes de febrero, se reunía con un grupo de *Gauleiter* para exponerles sus objetivos, aprovechando la ocasión para indicar que, en cualquier caso, la autoridad política que le había sido confiada por el Führer implicaba que se pusieran a sus órdenes como ministro de Armamento y Munición, algo que los jefes regionales del partido contemplaron con el natural escepticismo que les provocaba su figura. Para Speer quedaba claro que sólo disponiendo del favor constante de Hitler y de su disposición a remover lentamente la maraña de autoridades que impedían mejorar el esfuerzo de guerra, así como reconocer una autoridad específica en el campo económico que no fuera de la Göring, podría cumplir con su cometido. De hecho, siempre que quiso justificar sus fracasos, Speer había de referirse a los problemas que se pusieron a sus criterios de modernización industrial por parte de los líderes del partido, que podían llegar a entender que el ministro se entregaba a los intereses de los empresarios con un sospechoso entusiasmo, cuando ellos habían sido

educados en un principio comunitario y en la primacía de la voluntad política.[37] En abril, Hitler aceptó la creación de un Consejo de Planificación, aun cuando pidiera que su establecimiento apareciera formalmente como una concesión del Plan Cuatrienal de Göring, quien colocó a su fiel Paul Körner en la dirección del nuevo organismo, aun cuando el poder real se encontrara siempre en manos de Albert Speer y de Erhardt Milch. De esta forma, Speer había conseguido incrementar su poder, entrar en el terreno antes sagrado de las atribuciones del jefe de la Luftwaffe y había conseguido que se aceptase el principio de coordinación indispensable, mientras el Führer mantenía las apariencias a fin de evitar lo que más temía: que el partido llegara a poner en cuestión una estrategia que parecía dañar la autoridad de los viejos luchadores.

A esta misma lógica corresponde que, a pesar de los esfuerzos de Speer para colocar a Karl Hanke como Plenipotenciario para la Movilización del Trabajo (*Generalbevollmächtigter für den Arbeiteinsatz*), tal puesto fundamental, al que correspondía la movilización del principal recurso con el que debía contarse en la producción, fuera asignado a un jefe del partido leal a Bormann y bien visto por los *Gauleiter* de primera hora, Fritz Sauckel.[38] Sin embargo, los enfrentamientos entre este infatigable recolector de mano de obra y Albert Speer constituyen una parte de la leyenda que permitió la dejación de éste en sus graves responsabilidades acerca de la mano de obra esclavizada. Speer insistió siempre en el horror que le causaban las condiciones de mala alimentación y trato inadecuado que recibían los trabajadores extranjeros, en especial los soviéticos, pero su protesta era tan comprensible en el marco de las necesidades de la eficiencia económica, que el propio Hitler hubo de indignarse por la pérdida de la principal fuente de recursos que ofrecían los territorios ocupados en el Este, a causa de la conducta negligente de quienes creían poder aniquilarla sin

pensar en su utilidad.[39] En el primer año de su mandato, el enérgico Sauckel recorrió Europa en busca de una mano de obra que llegó a alcanzar la entrega de 2.700.000 personas en 1942, a los que podrá sumar 1.400.000 en 1943, tras el decreto de movilización firmado por Hitler en enero de 1943. A comienzos de 1944, Hitler solicitó de Sauckel cuatro millones de trabajadores más por indicación de los funcionarios de la Oficina de Speer, aunque el antiguo *Gauleiter* de Turingia habrá de reconocer la imposibilidad de obtener esta cifra, dado el estrechamiento progresivo del territorio de soberanía alemana, aunque podrá llegar a más de la mitad, empleando población alemana y prisioneros de guerra, no sin antes quejarse de una de las argucias realizadas por Speer para conseguir incrementar la producción de guerra en Alemania: dejar que los franceses puedan disponer de su propia mano de obra para fabricar objetos de consumo que pueden dedicarse al mercado alemán.[40] De hecho, entre Speer y Sauckel sólo hubo la exigencia típica en el régimen de marcar los límites de la propia autoridad, como ocurrió cuando Sauckel recordó a Speer que su nombramiento dependía directamente de Hitler y que se encontraban al mismo nivel, como forma de protegerse de un Speer al que se le conocía su actitud depredadora, consumiendo zonas de autoridad ajena a una pasmosa velocidad, que justificaba ante el Führer con los datos de la producción lograda tomando tales medidas. En la práctica, el auténtico adversario del tándem Speer/Sauckel era la Oficina Central de Seguridad (RSHA), que tenía intereses propios en la custodia de la mano de obra disponible: o, dicho de otro modo, y tal como demuestra Ulrich Herbert, una vez Speer pudo desembarazarse de la autoridad ejercida por el ejército, la dinámica interna de la economía de guerra enfrentó al propio ministro, vinculado a la lógica empresarial y a los intereses de la industria privada, con quienes deseaban aprovechar el conflicto para instaurar un «socialismo racial»

dominado por los tecnócratas de la RSHA, con lo que quedaban en una posición intermedia Fritz Sauckel y el propio partido, en condiciones de negociar con ambos.[41]

A comienzos de 1943, el poder alcanzado por la *Baustab Speer* había logrado un grado de control de la economía de guerra sorprendente. Desde luego, había heredado la eficacia del personal de Todt que, a través del principal de sus funcionarios, Franz Dorsch, le había indicado que tendría que ganarse la confianza de aquellos funcionarios eficientes demostrando que era capaz de realizar lo que había llevado adelante el ministro fallecido.[42] Había logrado introducir el principio de *Selbswaltigung*, o responsabilidad propia, en las empresas, a pesar de las reticencias del partido. Se había enfrentado con cierto éxito a los recelos de Hitler, siempre obsesionado por mantener los equilibrios internos del partido y del Estado, así como la que le ofrecían cada uno de los dirigentes celosos de la preservación de su área de competencia, algo que fue concentrándose en torno a la propia figura de Hitler en las figuras de Bormann, Keitel y Lammers, cuya influencia sobre un Führer cada vez más agotado, y que se hundió psicológicamente en los primeros meses de 1943, fue acrecentándose a expensas de la relación directa que deseaban establecer los dirigentes más conocidos del partido, que ostentaban también cargos de delicada responsabilidad en la dirección de la guerra. Esta situación produjo el único esfuerzo serio de imprimir un giro realista en la política alemana para afrontar una guerra cuyos reveses se aceleraron tras la caída de Stalingrado. Para poder llevar adelante este giro, Speer debía contar con el apoyo de dirigentes veteranos y que dispusieran de una fuerza real bajo sus pies, como Robert Ley, Hermann Göring o Joseph Goebbels. Antes de su célebre discurso sobre la «guerra total» de febrero de 1943, Goebbels había señalado ya que el país se encontraba ante una crisis de liderazgo. Su idea

de una coordinación de los esfuerzos para un frente interno unido se combinaba con los elementos ideológicos de un nuevo «socialismo de trinchera», un romanticismo bélico que poco tenía que ver con las condiciones de eficiencia que demandaba Speer, pero que podía llegar a coincidir en objetivos a corto plazo, como el incremento de la centralización y el esfuerzo para modificar algunas intervenciones desafortunadas en la producción de guerra, entre las que se haría especialmente célebre la negativa de Hitler a promover el avión de caza a reacción, convirtiéndolo en un ineficaz bombardero, cuando su capacidad de defensa frente al verdadero «segundo frente» —el que había abierto la aviación aliada descargando su poder destructivo sobre los centros de producción de guerra del Ruhr— era mucho mayor actuando como un caza de ataque contra las fortalezas volantes. La operación destinada a agrupar los intereses de Funk, Goebbels, Göring, Ley y Speer se vino abajo el 12 de abril, como resultado de la deserción del propio Goebbels y la neutralización de Göring, que intentaba desesperadamente recuperar el favor de Hitler. La astucia de burócrata silencioso de Bormann se había adelantado a la brillantez de sus oponentes, creando una total desconfianza de Hitler ante las críticas que se hacían a la dirección del conflicto. El único resultado fue que Göring se abandonara a una languidez irreparable, mientras Goebbels procuraba ganarse el apoyo de la Cancillería, y Himmler, con el que nadie había contado, advertía de su oposición a los planes de unificación que pudieran relegarle. Considerando la diferencia de criterios políticos que enfrentaban a aquellos personajes y lo que podía representar Himmler en el escenario del debate, resulta poco extraño que Hitler se inclinara por considerar que todo aquello era una intriga que ponía en duda la verdadera unidad de mando: la que él representaba. Un Führer que se había pasado su carrera política combatiendo los enfrentamientos fraccionales del NSDAP era

particularmente irascible cuando creía ver en cualquier propuesta un intento de obligarle a tomar partido en una de las querellas internas, que él sabía que estaban orientadas muchas veces por la propia ambición de sus subordinados que por el movimiento general al que decían servir.[43]

El problema, a lo largo de 1943, fue para Speer la imposibilidad de ganarse la confianza de la organización del partido en los momentos en que todos empiezan a advertir la gravedad de la situación, tan claramente expuesta por Goebbels en su discurso de febrero. A pesar de que pudiera disponer de la confianza de algunos altos oficiales, en especial de Guderian, de Zeitzler, de Fromm, de Milch o de Dönitz, sus propuestas destinadas a asegurar formas ordenadas de retirada tras el fracaso de la ofensiva de verano de 1943 fueron rechazadas por Hitler, quien temía que cualquier organización de la resistencia a algunos kilómetros de la retaguardia acabara provocando el pánico en los soldados y su retirada hacia lugar seguro en las fortificaciones construidas a sus espaldas. Desde ese punto de desconfianza en sus propios hombres, que empezó a contaminar a Hitler tras la rendición de cientos de miles de soldados en Stalingrado y en Túnez, resultaba muy difícil obtener terrenos propicios para contener la ofensiva soviética, que se frenó milagrosamente en aquellos mismos momentos, sin que tal circunstancia pudiera aprovecharse para reforzar las defensas alemanas.[44] A aquella circunstancia había de sumarse una dificultad especial para abastecer el frente que se combinaba con la imagen de indefensión. En la penúltima noche de mayo de 1943, dentro de la Operación Milenio diseñada por el general Harris, más de mil bombardeos ingleses provocaron graves daños en Colonia, tras el intento realizado por docena y media de cazas para destruir las presas del Ruhr, abriendo grietas que no pudieron cerrarse hasta finales de septiembre desviando mano de obra indispensable para las defensas del Atlántico.[45] A los bombardeos

sobre las grandes ciudades —como los reiterados ataques sobre Hamburgo en julio y agosto— siguieron los dirigidos a los centros de producción, como los de Schweinfurt en agosto y octubre, que redujo la capacidad de producción a una tercera parte. Para sorpresa de Speer, este tipo de incursiones estratégicas, que demolían la capacidad de producción de armamento, a pesar de los esfuerzos de dispersión realizados bajo sus órdenes, cesaron en la primavera de 1944.

Por entonces, Albert Speer hubo de sufrir la crisis interna que se produjo en el seno del régimen, cuando el desmoronamiento de Hitler fue una evidencia que todos trataron de resolver en provecho propio. Bormann temía el prestigio alcanzado por Speer entre los empresarios y los generales menos adictos al partido. Himmler deseaba situarse en una línea de sucesión clara utilizando para ello el inmenso poder físico acumulado, los recursos económicos administrados por la Oficina Central de las SS y la implicación plena de su ideología con la del Führer. Por ello, al discurso de Posen en el otoño de 1943 —realizado por un desesperado Speer ante los *Gauleiter*, a los que amenazó con emplear toda la autoridad depositada en sus manos si su negligencia o la resistencia a provocar sacrificios en su región entorpecían el esfuerzo de guerra— siguió el llevado a cabo por Himmler, el más descarnado de los que llegó a pronunciar al referirse claramente al exterminio y al sentido profundo de la guerra ideológica que se estaba librando. Los dirigentes del partido, que habían escuchado una reprimenda de un tecnócrata vinculado al empresariado, recibieron una lección siniestra que les solicitaba su solidaridad para cerrar filas en torno al proyecto originario del movimiento nazi, cuya realización debía asegurarse con la victoria. La diferencia entre los dos lenguajes y los dos interlocutores era tan evidente que Speer se derrumbó, en un colapso de su sistema nervioso que había de dejarle postrado desde comienzos de 1944 hasta su retorno al

trabajo el 8 de mayo. Un momento clave para que la confianza que había puesto Hitler en su persona se viniera abajo, depositándola en ayudantes de su Oficina como Saur, mientras el Führer aceptaba las presiones de Himmler para dejarle organizar el trabajo de la mano de obra esclavizada en túneles infectos o en campos de concentración, responsabilizándose de la entrega de armamento sofisticado. Cuando regresó a su trabajo con una inmensa sensación de derrota personal y de abandono, tras haber sido mimado por Hitler durante tantos años, elevado hasta la cumbre de un poder sustancial sobre figuras más veteranas del nazismo, tuvo que asistir a un nuevo descenso, que coincidiría con el golpe de julio de 1944 —en el que se sospechó su implicación, pues los conspiradores pensaban sugerirle aceptar la cartera de Economía—,[46] cuyo efecto inmediato fue incrementar las medidas de seguridad en torno a Hitler, cerrar el círculo de leales que había tratado de quebrantarse a comienzos de 1943 y, en especial, poner a Joseph Goebbels en el cargo de Plenipotenciario para la Guerra Total, un cargo que disputaba áreas de competencia que debían estar a disposición de Speer.[47]

Afortunadamente para él, Goebbels era un fanático, pero no carecía de la inteligencia necesaria para ver hasta qué punto necesitaba la eficiencia de aquella Oficina, siempre y cuando no se revelara como una fuente de poder político alternativo. Por ello, el ministro de Propaganda estuvo dispuesto a aceptar algunas sugerencias de Speer, como la de no realizar campañas de prensa que falsearan la realidad de la situación, algo que también iba en contra de los principios de Goebbels, que deseaba acrecentar su poder incrementando la sensación de pánico entre la población.[48] Sin embargo, cuando fracasó la ofensiva de las Ardenas, Goebbels se permitió acusar a Speer de haber propiciado el fracaso en la guerra por no haber sido capaz de ofrecer los recursos necesarios.[49] A lo largo de 1944, los eficientes técnicos

del Ministerio de Armamento habían conseguido triplicar la producción de 1942, aumentando especialmente la capacidad aérea del país y formando barreras antiaéreas defensivas en el Ruhr de cierta eficacia. Tal eficacia había ido acompañada de la denuncia a los responsables de la seguridad del Estado o la amenaza de hacerlo a aquellos industriales a los que se consideraba responsables de un boicot a la producción de guerra. Speer llegó a solicitar la intervención del Ministerio de Justicia contra el gerente de la empresa de Aceros y Metalurgia de Linden, August Pagels, y volvió a dirigirse a Otto Thierack para que acusara formalmente a Walter Kamaryt, un austríaco que había falsificado datos acerca de las necesidades de material de guerra.[50] En noviembre de aquel año, el ministro se dirigía a Hitler indicándole la necesidad de perseverar en aquella situación desesperada y señalándole que el futuro del Reich se encontraba en la capacidad de defender la cuenca.[51] Extrañas palabras para alguien que decía estar seguro de la derrota del Reich desde hacía dos años, pero que expresaba, en compañía de los miembros de su Ministerio, constantes referencias a la posibilidad de que el esfuerzo realizado permitiera salvar la situación.[52] El contagio por la esperanza de una prolongación que permitiera negociar alguna salida con los aliados prendió también en Speer, a pesar de que cada vez se tenía menos con que negociar y a pesar, sobre todo, de la ruptura de puentes que había significado la «solución final» decidida en enero de 1943. Por otro lado, el éxito en la producción no podía enfrentarse a lo más obvio: la reducción del número de soldados movilizables, con una caída en el número de divisiones alemanas que podía provocar todo lo contrario a lo que ha solido pensarse de su esfuerzo de producción bélica: una crisis de exceso de oferta para una demanda decreciente, que en 1944 era ya la mitad de lo que podía abastecer la producción de la industria militar, lo que provocó un colapso en el

transporte.[53] Desde finales de 1944, todas las esperanzas del régimen estaban depositadas en un área que podía responder a la jurisdicción de Speer, pero de la que habían ido tomando el control Goebbels y Himmler aprovechando su caída en desgracia: la fabricación de nuevas modalidades de armas, en especial las V-1, que empezaron a funcionar semanas después del desembarco en Normandía con mucha menos capacidad destructiva y en menor cantidad de lo que se esperaba, mientras la producción de V-2 se retrasaba en manos de las SS, y la producción de nuevos modelos de submarinos resultaba inútil tras el desembarco y poco probable por la capacidad de destrucción de los muelles fortificados.

En realidad, se trataba de eso: era demasiado tarde para tomar medidas que, de haberse adoptado en 1942 o 1943, habrían permitido que la aviación alemana no desapareciera como fuerza de combate real, y que el empleo de aviones a reacción pudiera compensar la superioridad numérica del adversario. Era demasiado tarde, en especial, porque la ocupación de las zonas petroleras de los Balcanes y de las regiones carboníferas de Silesia provocó el tan temido colapso económico, que hacía inútil cualquier resistencia que careciera de producción de municiones y abastecimiento de combustible. Era demasiado tarde, pero Speer había sido el responsable de que la economía alemana no se desmoronara como había previsto Todt, a lo largo del mismo 1942 o en los inicios de 1943. El número de víctimas provocadas desde aquel momento no correspondía a la posibilidad de una victoria —con todo lo que ello implicaba considerando el proyecto político triunfador—, sino la simple fascinación por demostrar cómo afrontar una tarea gigantesca que mostraba la propia decisión, la firmeza de un carácter voluntarioso donde se mezclaban las raíces románticas y la veneración por la eficacia tecnológica en la que Speer se había educado. En febrero de 1945, uno de los directivos de la Siemens y colaborador del ministro, doctor

Lüschen, se presentó en el despacho de Speer y le dio a leer unos fragmentos del *Mein Kampf* en el que Hitler defendía el derecho de un pueblo a librarse de un gobierno que se mantuviera por la fuerza, vulnerando el derecho a la supervivencia de sus ciudadanos.[54] De aquella visita surgió el célebre intento de gasear a Hitler y su círculo más próximo, que no podía llevarse a cabo por la protección de los respiraderos del búnker de la Cancillería, ni por la propia decisión de Speer de no recurrir a un expediente como aquel, cuando ni siquiera había tratado de sumarse a la movilización de los jefes militares en el verano de 1944.

Desde el 19 de marzo, cuando Hitler había iniciado sus órdenes de destrucción de Alemania, el esfuerzo de Speer y sus colaboradores se había destinado a evitar que esto se produjera. El 29 de marzo llegó a Berlín tras una de sus inspecciones en el Ruhr, y evitó que se volaran puentes por los que circulaba agua y electricidad que habría dejado en la más completa desolación a los habitantes de la capital. En abril, acudió a Hamburgo, donde el viejo *Gauleiter* Kaufmann, luchador desde los inicios mismos del partido, protegía su ciudad de los esfuerzos de algunos fanáticos para destruirla, rodeado de un nutrido grupo de fuerzas especiales que se enfrentaban con él a las órdenes de destrucción.[55] Para entonces ya había realizado su prueba personal más dura, la que podía permitirle recuperar la confianza de Hitler y evitar el cumplimiento de las órdenes de destrucción masiva del 19 de marzo. Además de este factor, se trataba de enfrentarse con el hombre a través del cual había conseguido cumplir ambiciones impensables y que ahora se había convertido en una sombra de sí mismo, exigiendo pruebas de lealtad contra cualquier lógica, disposiciones personales a creer aún en él y actitudes dispuestas a su mismo sacrificio. Speer no pudo superar aquella prueba personal. Ante la resolución del ministro de negarse a dimitir y asumir su responsabilidad por no cumplir

literalmente las órdenes de destrucción masiva, Hitler le dio veinticuatro horas para responder con lo único que podía ofrecerle a cambio: su fe en la victoria. No se trató de una petición endurecida, sino de una súplica, o fue así como la vivió Speer. A fin de cuentas, las experiencias no son más que una percepción. En circunstancias tan excepcionales y fantasmagóricas como aquella terca, inútil y aniquiladora resistencia, junto a alguien desesperado por la pérdida de un poder absoluto tras haberlo degustado y haber compartido su sabor con Speer, el ministro cedió. Su memorando redactado trabajosamente en el que planteaba la necesidad de cesar la lucha no fue aceptado. Hitler, el hombre que le había designado en 1933 desde su humilde posición de ayudante de un arquitecto famoso, convertido a sus ojos en un anciano patético y peligroso, sólo estaba dispuesto a una respuesta personal. Casi sin darse cuenta, Speer pronunció la frase que se esperaba de él: «Estoy incondicionalmente con usted».[56] Quizás aquello le permitió obtener la firma del Führer para controlar el proceso de destrucción ordenado el día 19, pero esa escena mostraba mucho más que una argucia para arrancar de las manos aún poderosas de Hitler una matización que salvara las ciudades alemanas de la destrucción a manos de los seguidores más leales de su líder. Se trataba de una rendición final de cuentas, de un pago emocional por todo lo recibido que habría de sumarse a la sentencia de Nuremberg y que, seguramente, habría tenido plena consistencia si la decisión del Tribunal lo hubiera entregado al mismo destino que Sauckel o Göring. Pues la última de las conversaciones, frente a un Hitler que sólo consideraba la forma de morir, confesándole que le había desobedecido, pertenecía a otra etapa en el desarrollo emocional de Speer, que incluía el riesgo corrido, aunque se compensaba con la verbalización de una ruptura, de una negativa final, una rectificación al último gesto de

fascinación y piedad que había sido capaz de proyectar Hitler unos días antes, cuando lo hizo ponerse a su disposición.

En 1980, dos años después de la larga serie de entrevistas que dieron paso a su libro, Gitta Sereny recibió una afectuosa carta de Speer. Se puso furiosa ante la calma de aquel hombre que se atrevía a considerar que habían iniciado una relación amistosa, un dirigente del Tercer Reich que creía haberla fascinado con su sentimiento de culpa y con su extrema lucidez. En 1981 le envió su último libro, *Infiltration*, en la versión alemana que llevaba por título *Der Sklavenstaat.* Gitta Sereny lo leyó sin interés, considerándolo un ejercicio desquiciado de acusaciones contra Himmler y un pésimo trabajo de historiador, pretencioso y lleno de ese sentido de acusaciones a sus antiguos camaradas y remordimiento personal que tanto le habían desconcertado. Lo peor le aguardaba en una conferencia dictada por un exceso de alcohol, cuando Speer llegó a decirle lo que nunca había proclamado:

> Lo que quería decirle —dijo con aire dichoso Speer— es que, después de todo, no lo he hecho tan mal. Después de todo, yo *fui* el arquitecto de Hitler; yo *fui* su Ministro de Armamentos y Producción; yo *estuve encarcelado* durante veinte años en Spandau y, al salir, *hice* otra buena carrera. No está mal del todo, ¿no?[57]

Frente a Hitler, Speer no estaba solamente aterrorizado. Frente a Sereny no estaba solamente medio borracho. Ni siquiera la atmósfera podía desenfocar la excitación por la aventura amorosa que le confesaba veladamente a su interlocutora, que aguardaba una explicación al otro lado del hilo, dándose cuenta de que nunca había logrado penetrar en la mente de aquel hombre. De hecho, la *Erlebnis* orgullosamente insinuada iba a costarle la vida, cuando sufrió un colapso tras una entrevista para la BBC en Londres, en brazos de su amante Jane Ellison, y murió justamente el 1 de

septiembre de 1981, cuando se cumplía el aniversario de la guerra que le había conducido al poder y a la aniquilación. La propia amante tuvo que dar la noticia del fallecimiento a su esposa, en un acto tragicómico para el que ya no cabían procesos de contrición ni exhibiciones de sentimientos de culpa. Curiosamente, Albert Speer murió mintiendo, engañando a su mujer, engañándose a sí mismo con sus dotes de seducción. Para su desgracia, ni siquiera ese final quedó velado por la intimidad y la discreción, sino que tuvo la fortuna exhibicionista en que había consistido su existencia, esa vida falsificada por una justificación estética o una razón más allá de todo principio moral que le permitió decorar el interior de una residencia mientras retiraban el cadáver del secretario de Von Papen en 1934. Quizás al contemplar su vida en aquellos últimos instantes de lucidez, esa antesala de la muerte a pleno sol, Speer había de recordar sus días de plenitud, de vitalidad y de poder, con las mismas palabras que Arthur Conan Doyle ponía en uno de sus personajes:

> Mi vida ha sido ajetreada y durante su curso me ha caído en suerte vivir experiencias insólitas. No obstante, hay un episodio que es tan decididamente extraño que cada vez que lo recuerdo reduce los otros a la insignificancia. Me mira, tenebroso y fantástico, desde las brumas del pasado, y eclipsa los insulsos años que lo precedieron y lo siguieron.[58]

11
Alfred Rosenberg
Retorno al pasado

«Querido Rosenberg: dirija, a partir de ahora, el movimiento» («Lieber Rosenberg! Führen Sie ab jetzt die Bewegung»). Tras el fiasco del *Putsch* de noviembre, y ante la ausencia o encarcelamiento de todos los dirigentes que podían ser una alternativa viable dentro del pequeño círculo de leales de Munich, Adolf Hitler dejó anotada esta orden, junto a otra correspondencia apresurada que el jefe del NSDAP abandonó en manos de la esposa de Ernst Hanfstaengl, a sabiendas de que no tardaría en ser detenido.[1] El destinatario de aquel encargo implacable lo recibía sin felicidad alguna: se recordaba a sí mismo, años después, recorriendo de noche las calles, con el gorro encasquetado hasta las cejas, cambiando de tranvías y observando a los paseantes que se movían en la sombra.[2] De hecho, Rosenberg escribió en sus últimos apuntes, elaborados mientras esperaba una sentencia de muerte segura en la otra gran ciudad de Baviera, que se quedó «pasmado» («Ich war doch erstaunt») al leer aquella nota, afectuosa y enérgica. No se trataba del temor a las condiciones en que había de enfrentarse a un riesgo político en el que habían muerto camaradas tan especiales como su compatriota ScheubnerRichter y cuando algunos esperaban un proceso de incalculables consecuencias. No era el miedo —un sentimiento que no había de caracterizarle nunca, a pesar de su aspecto apocado y discreto que contrastaba con la fanfarronería que tanto le disgustaba entre sus camaradas —, sino la conciencia de su falta de pericia como organizador, de una

autoridad que podía ponerse fácilmente en duda por un carácter respetuoso que contrastaba con el de los agitadores profesionales, a lo que se sumaban las condiciones de desguace en que se hallaba un partido prohibido, con todas las personas que tenían cierta capacidad en la cárcel y con unos alemanes, «en especial los bávaros», poco dados a las tendencias conspirativas.

Sin embargo, Alfred Rosenberg parecía haberse especializado, en su propia formación intelectual, en aquellos aspectos que marcarían lo que él llamaría pomposamente la *Weltanschauung* nacionalsocialista, sobre la base de una modernización del antisemitismo que había convertido el viejo prejuicio clásico en una forma de explicar las corrientes liberales y revolucionarias que se organizaban contra la autocracia zarista.[3] Uno de los motivos fundamentales de su entrada en la política fue el rechazo de la revolución rusa comprendida como resultado de una acción coordinada de los judíos, organizados de acuerdo con lo que señalaban los *Protocolos de los Sabios de Sión*, cuyo texto debió conocer en los ambientes contrarrevolucionarios de Moscú en su época de estudiante, y que había de popularizar en Munich precisamente en 1923, tras haber publicado numerosos panfletos sobre la conspiración mundial judía y su primer experimento en Rusia.[4] La figura de Rosenberg, sin embargo, va más allá de esta zona indudable de su actuación política, un resorte que, siendo un principio de decisión en sus años más jóvenes, acabó integrándose en una concepción racial más amplia. No fue un antisemita a la manera de Streicher o Esser, a quienes despreciaba con la arrogancia del intelectual, pero también con motivaciones más epidérmicas, que tenían que ver con su rechazo de la vulgaridad, de una brutalidad obvia que se alejaba de su conducta. La violencia extrema de sus convicciones, la extorsión moral que suponían para articular el repudio de doscientos años de pensamiento

ilustrado, incluso para más de dos mil años de ideario humanista, podían combinarse con un disgusto sincero con las muestras más obscenas de la acción política. Por una suerte de perversión de los términos de una filosofía congruente con el desorden moral del período, al que ya nos hemos referido en diversas ocasiones, eran sus mismas demandas de una «decencia» racial, de una superioridad de cultura, de un heroísmo que debía entenderse como la caballerosa elegancia del individuo superior, lo que podía conducirle a una posición elitista a la que repugnaba el populismo soez de quienes no apelaban al espíritu, sino a la forma más infame de los instintos. Alfred Rosenberg fue, sin duda, el pensador que articuló en una instancia más cuidadosa, más capaz de inspirarse en la literatura del pesimismo cultural alemán de finales del siglo XIX, en el romanticismo y en la revolución conservadora de la posguerra, para obtener una base teórica que *interpretara* el mundo de acuerdo con los intereses del nacionalsocialismo. En modo alguno puede entenderse que, a diferencia de lo que ha podido ir sedimentándose en el análisis del Tercer Reich, Rosenberg fuera alguien llevado por un impulso involuntario hacia la política, un personaje que se hubiera visto forzado a abandonar las sabrosas atmósferas del debate de ideas para introducirse en un marco de luchas tácticas en las que siempre se sintió un extranjero. Sin duda, su tragedia fue que realmente *creía* en el nacionalsocialismo como ideología.[5] Pero, aceptando la afirmación de Fest al señalar la tendencia a la demolición teórica que puede albergar un movimiento cuya filosofía *es* el Poder, no podemos atribuir a Rosenberg ni una neutralidad ni una inocencia que parezca contraponerse al pragmatismo cínico con que se ha revestido a Speer hace sólo unas páginas. Pues Rosenberg sólo podía comprender su propia acción filosófica en el marco de la acción política. Su manera de comprender ésta como *formalización* del carácter de un *Volk*, representación

dinámica que *mostraba* el espíritu a través de un proyecto racial vinculado a aspectos tan materiales como la sangre y el suelo, lo obligaban a plantear su existencia de pensador como individuo cuya vida se sumergía en una identidad comunitaria, esencial, orgánica, que determinaba su propio pensamiento, su visión del mundo, sus apetencias estéticas, su inclusión en una tarea histórica destinada a frenar la degeneración y a iniciar el camino de una restauración, aprovechando el caos político y la crisis cultural que siguió a la Gran Guerra.[6] Rosenberg fue un derrotado en las querellas internas del régimen, alguien relegado a oficinas cuyo poder era sólo teórico, pero que siempre indicaron un tenaz compromiso político en su sentido más radical, precisamente el que podía ser inútil para segar la habilidad de las trampas tendidas por pragmáticos de distancias cortas, pero el que le hacía comprender que nada de lo que pudiera pensar *individualmente* tenía sentido, como mero capricho racionalista del intelectual burgués, fuera del marco de un movimiento de emancipación del *Volk.*

El nacionalsocialismo no fue una cosa distinta para sus ambiciones personales, y dotarlas de unos principios enunciados con una pastosa adherencia al lenguaje del ensayo le proporciona un lugar especial, aunque no ajeno al NSDAP, ni siquiera circunstancial, como si se tratara de un compañero de viaje cuyo compromiso intelectual se pone al servicio de una causa. Rosenberg era un profesional de la política, el director del diario del Partido Nazi, el responsable de la Liga por la Cultura Alemana, el jefe de la Oficina de Asuntos Exteriores del Partido, el ministro de Territorios Ocupados en el Este, entre otros cargos que su carrera le permitió alcanzar. No fue un redactor de una literatura que la organización consumía y aprovechaba para su propaganda, el firmante de manifiestos, el orador en mítines de intelectuales solidarios, la figura frecuente con la que nos

obsequian las imágenes de un siglo que, en buena parte, tuvo tanto de *Trahison des clercs* como de consumidores del *Opium des intellectuels.* Un siglo capaz de alimentarse de esa presunta responsabilidad de los artistas convencidos de esa mezcla de lucidez, compasión, intensidad emotiva y entrega a la primacía de la Historia que acompañó a tantos pensadores, recostados en una u otra orilla de su propia nostalgia del futuro. El tiempo de la euforia habría de dar lugar al del desencanto, pero sólo para los que sobrevivieron a las exigencias de ese paseo por el amor y la muerte, esa aventura cosmopolita en la que el *Voyage au Congo* se rectificaba con el *Rétour de la URSS*, de la misma forma que, al otro lado del espejo, el *Voyage au bout de la nuit* sólo regresaba en forma del desquiciado nihilismo de *Rigodon.* Por muchos motivos, Alfred Rosenberg afrontaba su tarea de pensador de una forma distinta a André Gide o Louis Ferdinand Céline. Bien habían de saberlo los escritores y los pintores expresionistas que fueron condenados por la ortodoxia marcada en la definición del arte degenerado en la exposición muniquesa de 1937, pero que ya habían recibido severos correctivos de un escritor al que probablemente despreciaban, que nunca frecuentó el arriesgado campo gravitatorio del Círculo de Stefan George en el mismo Munich en el que comenzó su carrera política. Además de los criterios que rigen la calidad de una obra, que lo sitúan al margen de lo que pudieran hacer Heidegger, Spengler, Jünger, Zehrer o Benn, lo importante fue apartarle de esa construcción ideal de un visionario instalado soñadoramente sobre raíles que se pierden en el horizonte. Rosenberg estaba en la tripulación que marcó la hoja de ruta, era uno de los navegantes que señaló hacia dónde debía dirigirse aquel gran vehículo de la comunidad nacional en marcha, en una tarea que incluía la reducción a la esclavitud y el exterminio de las razas inferiores. No fue alguien que, como tantos otros, proporcionó una circunstancial jerga

literaria que edulcoró una tarea alegremente destructiva, fascinada por el mundo nuevo que se anunciaba en el reverso de las ruinas. No habría sido nadie al margen de esa utopía que fue la suya hasta el final, hasta el tuétano de sus peores objetivos de discriminación, esclavitud, conquista y exterminio, porque sólo en el marco de un movimiento político que contuviera tales objetivos su obra idealizada podría convertirse en una realidad. Sólo le disgustaban quienes tenían la imaginación suficiente para cometer atrocidades específicas en el seno de un proyecto atroz, una imaginación de individuos devastados por el sufrimiento de la posguerra alemana.[7] Y ni siquiera cuando hubo de pasar cuentas con su conciencia, llegó a considerar que esa utopía merecía revisarse como resultado de su propia experiencia. Derrotado como burócrata, Rosenberg no fue un cautivo del mal de la política, sino un ideólogo cuyas propuestas implicaban, por su propia naturaleza antirracionalista y comunitarista, la inmersión en una filosofía precisa, cuya calidad había de detectar perfectamente: arrebatarle al nacionalsocialismo el carácter de ser una propuesta entre otras, para convertirla en la *única forma* en la que se manifestaba el ser germánico. Su teorización, más allá de su valor estricto en la historia de las ideas, contiene ese principio fundamental que lo llevó a ser peor analista o escritor que los intelectuales de la revolución conservadora, pero un *intérprete* —en los dos sentidos de la palabra— mucho más dispuesto a luchar en el seno del movimiento, a tomar responsabilidades en su dirección, a asumir tareas administrativas, tras haber dotado al nacionalsocialismo de esa presuntuosa pulcritud ideológica. La de ser, por encima de cualquier alternativa que hubieran ofrecido los últimos doscientos años al pueblo alemán, la identificación entre el *Volk* racial y su toma de conciencia en el movimiento nazi. En estas condiciones, quizás su tragedia no fuera el haber creído, sino que se le observe como alguien capaz de separar, en una escisión que

vulneraba su propia doctrina, el conocimiento racionalista de la vida y la dinámica biológica, racial, de su realización.

Si en Albert Speer nos hemos encontrado con un artista cuya llegada a la política se produce como resultado del hallazgo de un campo de experimentación para sus aptitudes artísticas, aunque no deje nunca de considerar que éstas solamente podían alcanzar su propia sustancia en un Estado como el que le proporcionaba aquel poder, en el caso de Rosenberg hallamos a un pensador cuyo enfrentamiento a las condiciones sociales e históricas, cuya interpretación de las fuentes de la comunidad y de su regeneración, obligan a que el único público que puede escucharle de forma adecuada, el auditorio de su discurso, el escenario de su interpretación, solamente puede ser el de un movimiento político entendido como expresión viva de la auténtica nación. Pues, fuera de éste no existe otra cosa que la aceptación de la propia decadencia que se quiere evitar, la asunción de una vida enfeudada en los dominios de una turbación del carácter racial que conduce, a quien acepta ese territorio, a existir con la condición de un siervo. Carente de cualquier distanciamiento intelectual que le permita observar con sarcasmo a los militantes activos con la actitud de un entomólogo orgulloso de sus tareas de organización del trabajo de los seres inferiores, disciplinados y funcionalistas, a los que llama *Volksgenossen* como quien utiliza una palabra mágica destinada a poner en actividad a una masa de entes sonámbulos, narcotizados en un gabinete del doctor Caligari con una clientela de masas más espectacular que inquietante; capaz de considerarse un líder cuyas tareas intelectuales no se encuentran por encima de las que debe llevar adelante el pueblo, sino en una zona particular de la existencia del *Volk*, gracias a cuya vida colectiva él mismo puede ser alguien, Alfred Rosenberg se aleja de la visión que puede proporcionarnos el tecnócrata moderno, aunque recurra constantemente a la defensa de la

actualidad de sus propuestas políticas, que siempre presentará como un *reinicio biológico y cultural*, como la recuperación de los elementos determinantes del carácter de una comunidad que se han ido perdiendo en los últimos milenios.

Tal pérdida se acelera después de la Gran Guerra, escenario de demostración de la caída de una complacencia cultural, destrucción de un certificado de garantía de la sociedad moderna, que Rosenberg vive en las condiciones privilegiadas de un asistente a tres acontecimientos históricos que «fabrican» sus percepciones emotivas. Los dos primeros son los que vive como estudiante de Tallin, como miembro de la comunidad alemana cuya afirmación de identidad habrá de afirmarle, desde el inicio de su vida, en la *aceptación* de una diferencia, y lo que experimenta en Moscú y su regreso al territorio báltico durante una fase de la guerra y en el inicio de la revolución. Sin que apenas haga referencia a ello en sus apuntes de Nuremberg, los testimonios que nos quedan son los de un estudiante de ingeniería técnica, cuyos resultados escolares no le permiten ir a la universidad —con lo que evita el proceso de rusificación que se ha impuesto en la época de Alejandro III—, por lo que debe asistir a un centro privado donde podrá mantener el uso del idioma alemán. Tras una estancia breve en París, que habrá de coincidir con el estallido del conflicto bélico y la instalación en Moscú para librarse del efecto próximo de los compases iniciales de la guerra y la revolución, Rosenberg regresará a su tierra cuando el ejército alemán ha conseguido penetrar en ella, tras destruir la resistencia zarista y del gobierno provisional. Allí se ofrecerá como voluntario para combatir en la guerra contra los revolucionarios rusos y afirmar la presencia de un territorio que los nacionalistas alemanes contemplan como una zona especial de control, de retorno cargado de mística de combatiente moderno y de nueva marcha de los caballeros teutones hacia el Este, aunque sus

servicios no serán requeridos. En diciembre de 1918, marchará a Alemania para recibir el tercer impacto decisivo en la formación de su personalidad, que a partir de ese momento no hará más que perfilarse, perfeccionándose en el seno de un ambiente en el que sus posiciones dejan de ser una extravagancia para convertirse en los hábitos mentales y en la forma normal de actuación de sus conciudadanos.[8]

Tal implicación no había de realizarse en el primer punto de llegada, Berlín, donde creía poder conectar con arquitectos como Behrens para dedicarse a continuar con la vocación profesional que le había orientado hasta entonces. Como buena parte de su generación, aquel joven nacido a comienzos de 1893 había iniciado una vida en un mundo cuyos resortes sociales y culturales habían dejado de existir, enfrentándose a la sensación de evidente colapso de una civilización que podía interpretarse de manera catastrófica o con el entusiasmo de la esperanza, pero que inculcaba a quienes vivían la época la impresión de ser actores y testigos de un cambio monumental, de atravesar una línea que podía objetivarse en la crisis de sistemas políticos y en las penalidades de la desmovilización y la reconstrucción económica, pero que también podía interiorizarse como una *experiencia* que estableciera un nuevo código de lenguaje para enfrentarse a un mundo nuevo. Si las nostalgias eran plurales, pudiendo endurecerse en la actitud de los sectores conservadores que estaban dispuestos a cualquier actividad destinada a frenar aquel desliz de los acontecimientos o mantenerse en la inquietud de una clase media que trataba de adaptar un siglo de cultura burguesa a las condiciones inéditas de inseguridad, las esperanzas rupturistas también podían expresarse de modos distintos, depositándose en quienes veían abrirse el espectáculo de una revolución proletaria, de una democracia reformista o de un nuevo proyecto, basado en la corrección radical de los valores de la sociedad iniciada en 1789, y que se

presentaría con el rostro de un nihilismo destinado a volver a construir, con nuevos materiales humanos, heroicos e implacables, los valores de una cultura depuesta con el Humanismo y la Ilustración. Incluso la existencia de una ciudad como Berlín le resultó ajena, de forma parecida a como Hitler explica su incomodidad al sobrevivir en una capital cosmopolita como Viena.[9] La comparación no es ociosa: dos individuos provincianos, que reaccionan instintivamente ante las amenazas de un mundo moderno que adquiere forma en las condiciones físicas de una gran ciudad, incorporándose en su desorden como el símbolo de la mezcla de razas y el cautiverio biológico, la diáspora celular en que se encuentra el pueblo al que se pertenece, tan ajeno a aquella manifestación artificiosa, a aquella carencia de expresión de su carácter, a aquella ajetreada monstruosidad. Para ambos, el destino es el viaje iniciático; el uno en busca de una ciudad alemana, como proclamará con júbilo al comentarlo en el *Mein Kampf*; el otro, rumbo al sur, hacia una capital de algo más de medio millón de habitantes, que mezcla el tradicionalismo mayoritario de sus gentes con una actividad universitaria apreciable y la multiplicación de grupos vanguardistas, así como con la presencia de algunos de los intelectuales más importantes de su tiempo: Thomas Mann, Oswald Spengler, Moeller van den Bruck; se enfrentan de formas diversas a la tarea de interpretar el significado del desastre. Curiosamente, al furibundo adversario del cristianismo, especialmente en su versión católica, parecerá no importarle ir a vivir precisamente al territorio cuya identidad se vincula con la adhesión al legado de Roma, en lugar de ir a buscar en Sajonia o Turingia los vectores de algunas actitudes que puedan corresponderse con los rasgos paganos que alientan en el movimiento *völkisch.* En Munich, sin embargo, existen las condiciones indispensables para que ese rechazo de la modernidad y el esfuerzo de regeneración puedan realizarse. La experiencia

de los Consejos Obreros y, en especial, la expansión de las sociedades patrióticas que hallan en el ambiente de la contrarrevolución un marco de continuidad de una guerra perdida, un ámbito que parece aislarse de las coordenadas políticas de la República de Weimar, ofrece los espacios de socialización, el público necesario, las complicidades mostradas abiertamente en los campos de entrenamiento paramilitar de los excombatientes, o clausuradas en el Hotel Vierjahreszeit, donde ha venido reuniéndose la Sociedad de Thule.

El hombre que apenas se había involucrado en la resistencia contra la revolución rusa, considera la tarea que dé un giro decisivo a su vida, que le hará abandonar su profesión y lo convertirá en un propagandista a sueldo, en sus encuentros con esa mezcla de místicos del racismo clásico, antisemitas radicales de la tradición *völkisch* y personas cuyas concepciones políticas han sido acuñadas por la experiencia del frente y por el combate en las escuadras de los *Freikorps.* En un marco como éste, Rosenberg comenzará sus actividades políticas, afiliándose al DAP[10] y comenzando a colaborar en diversos órganos nacionalistas, en especial *Auf gut Deutsch*, de quien será su mentor y enlace en los ambientes más duros de la contrarrevolución muniquesa, Dietrich Eckart. El tipo de trabajo que realiza en estos primeros años, cuando aún no ha conseguido obtener la ciudadanía alemana —algo que justificará su nombramiento como redactor en jefe del *Völkischer Beobachter*, una forma de que le sea concedida— responde con bastante exactitud, aunque en una ínfima escala, a la orientación que dará a la totalidad de su existencia. No sólo ha carecido de dudas a la hora de integrarse en un movimiento de lucha cuyo significado evidente es convertirse en una superación de la política, sin que su carácter tan minoritario sea un obstáculo a la hora de decidirse: su propia concepción de las relaciones entre una élite heroica y las masas se adaptará cada vez con

mayor comodidad a la existencia de un círculo de dirigentes con una influencia sistemáticamente ampliada en el *Volk.* Su actividad política en ese NSDAP inicial, previo al golpe de noviembre de 1923, se orientará en el apoyo a Hitler en su estrategia organizativa frente a Drexler. Para Rosenberg, la reticencia de una fusión de movimientos nacionalpopulistas se realiza como resultado de uno de los aspectos de la degeneración política que ha llegado a contaminar los ambientes *völkisch*: la escasa importancia dada al liderazgo carismático, al concepto de un *Führerbewegung*, a favor de las formas asamblearias de los grupos patrióticos que proliferan tras la Gran Guerra. Las inclinaciones igualitaristas de Drexler poco tienen que ver con el concepto de *Volksgemeinschaft* en el que se mueven Hitler o Rosenberg, para quienes la estructura jerarquizada de la comunidad y la responsabilidad completa de los más fuertes deben ser configuradas en la misma edificación del movimiento revolucionario. Por ello, el poder absoluto reclamado por quien encarna el nacionalsocialismo implica ya una forma de comprender el partido en su sentido más *racial* y menos *popular.* Las leyes de la naturaleza que impregnan una lucha destinada a evitar la caída en la decadencia de la raza nórdica tiene que manifestarse en ese dominio que se adjudica al verdadero Jefe, acompañado de quienes constituyen la élite, abnegadamente dispuestos a servir a las masas, pero implacables en su decisión de no ser sustituidos por ellas, ni siquiera en los aspectos hiperdemocráticos que pueden constituirse en los ambientes paramilitares del Munich de comienzos de los años veinte, donde el principio de comunidad puede llegar a confundirse con el relativismo a la hora de comprender la función del liderazgo. En la crisis de 1921, cuando Hitler logra imponer su criterio, Rosenberg actuará de forma distinta a como pueden hacerlo algunos cuadros de excombatientes incorporados al movimiento como Röhm o Amann, o de una manera diferente a como

puede hacerlo el círculo de demagogos antirrepublicanos que puede movilizar Hermann Esser. Para él se trata de la coherencia con la anticipación del Tercer Reich que el propio partido debe contener en su desarrollo, como movimiento en el que ya se da forma al ideal de *desigualdad* de los individuos y constitución de un ámbito de *honor racial*, basado en el respeto a la sangre y en la lealtad a la supervivencia de una comunidad cultural determinada por las leyes de la biología.[11]

En aquellos mismos años que precedieron al golpe, Rosenberg se dedicaba a una paciente tarea de elaboración doctrinal, tratando de hacerse un espacio en el movimiento pangermanista mediante la inoculación de un nuevo tipo de reflexión antisemita y una formulación de los principios de un nuevo nacionalismo, modernizado por los hallazgos de la ciencia y estimulado por el pesimismo cultural de finales de siglo. No era la suya una reflexión que se moviera aisladamente, bordada a un movimiento soldadesco sobre el que colocaba determinadas sutilezas ideológicas. Rosenberg se incluía en un movimiento más amplio, capaz de reinterpretar el pasado de Alemania en un enlace con el romanticismo popular y la manipulación del pensamiento vitalista de Nietzsche, mientras en el conjunto del continente se planteaban observaciones intelectuales obsesivas acerca de la caída de los imperios, las crisis de las civilizaciones y los impulsos propicios a su regeneración. Unas veces, estas actitudes disponían de una base biologista clara, explícita, mientras que en otras se realizaban referencias a la raza que podían ser tan generales como para poder interpretarse, en un lenguaje que desconocía la consumación histórica de un Estado Racial, como una visión del pueblo o de la comunidad cuyo futuro deseaba mejorarse, ante la angustia que prendía en los intelectuales europeos por la impresión de un final de época confuso, aunque siempre vinculado a la idea del «envejecimiento» y la «pérdida de potencia

creativa» de la sociedad occidental.[12] Las colaboraciones de Rosenberg en *Auf gut Deutsch* y las que empezó a realizar como ayudante de Eckart en la redacción del *Völkischer Beobachter* se dedicaron al tema del judaísmo, iniciando el camino de una reflexión modernizadora que había de inspirar también a Hitler en su famoso discurso del 13 de agosto de 1920, en el que se planteaba la concepción judía de la existencia como ajena a la concepción germánica, haciendo del antisemitismo un aspecto racial-cultural determinado por las leyes de la naturaleza que superaba los prejuicios religiosos de la tradición antisemita. En el caso de Rosenberg, tal inversión de valores se expresaba mediante la experiencia ya observada en un caso de fractura excepcional del poder: la revolución bolchevique, cuya aspiración era constituir un movimiento de masas en todo el mundo que llegara a seducir a los trabajadores y los apartara de la fidelidad a su comunidad, condición imprescindible para la regeneración nacional. Tal fue el sentido que tuvieron los panfletos que publicó antes del golpe: *Die Spur der Juden im Wandel der Zeiten*, *Inmoral in Talmud*, *Der staatsfeindliche Zionismus* y *Pest in Russland*, que completaría en 1923 con la edición de *Die Protokolle der Weisen von Zion und die judische Weltpolitik*.[13] Desde el principio de su carrera como editor, Rosenberg se consideró un ideólogo encargado de recuperar un *tradición* cultural propia, dado que cualquier manifestación intelectual o artística no era el resultado del genio de un individuo, sino del carácter de un *Volk*, el único capaz de crear un *estilo* y una comprensión *propia* de las relaciones sociales, del poder, de la belleza, de la vida. Su búsqueda consistió en ir ampliando los vestigios de este espíritu germánico en otras zonas de Europa, como Grecia o Italia, pero comenzó por considerar la manera en que la presencia del judaísmo se presentaba como la alternativa a esa tarea de recuperación del carácter nacional en lo que consistía su labor como dirigente *político*. Pues sólo a

través de la movilización de la comunidad en un partido de nuevo tipo podría obtenerse su emancipación, comenzando por la que debía apartarles de la verdadera epidemia de nuestro tiempo: la presencia de un alma *ajena* a la cultura nórdica, que en las circunstancias de la posguerra estaban marcadas ya claramente por el judaísmo, aunque la tradición romántica alemana ya hubiera detectado su importancia: el esfuerzo por desentrañar esa actitud en Fichte, Schiller o Goethe había de poner especial empeño en recuperar a los autores de finales de siglo, en especial Nietzsche y Lagarde.[14] Desde *Die Spur der Juden*, Rosenberg planteaba una política que condujera a la segregación, que reconociera lo que ya estaba sucediendo: que los judíos no eran ciudadanos alemanes, sino una nación distinta, con su propia conciencia de raza, que aprovechaba la carencia de ese grado de apropiación en los ambientes en que se movía.

Su actividad publicitaria fue decisiva para establecer, como elemento diferencial del nacionalsocialismo en aquellos años —especialmente en el propio Hitler—, la relación entre una interpretación racista de la historia y del futuro político de Alemania, mientras situaba *dentro* de este esquema general un antisemitismo de nuevo tipo que inspiraba también las raíces del anticomunismo y las bases para una política internacional destinada al abastecimiento de las necesidades del *Volk.* Frente a los elementos de carácter «socialrevolucionario» o «nacional *y* socialista» que se mantenía en otros ambientes del movimiento *völkisch* y del propio NSDAP, Rosenberg se aproximó a Hitler en una complicidad ideológica que iba situando la primacía de los factores raciales, los que eran la auténtica razón de ser del proyecto utópico nazi, que se adaptaba perfectamente a las condiciones de la modernidad por la vía de aplicar las corroboraciones biológicas del racismo, la interpretación de los problemas sociales y de la racionalización de la economía a través de la eficiencia y destrezas distintas de cada pueblo,

y la construcción de un tipo de Estado perfectamente adaptado a las condiciones totalitarias que sedujeron a los combatientes políticos del nuevo siglo, ofreciendo el pensamiento racial como una manera de aceptación de lo que era *real* y a través de un juego de mutua alimentación entre la necesidad de respetar las leyes de la naturaleza y la exigencia de intervenir sobre el organismo nacional para protegerlo de su propia degeneración. Por ello, en su debate con los sectores que planteaban el nacionalsocialismo como la mezcla de dos conceptos, Rosenberg quiso manifestar lo que resultaba tan obvio para Hitler, el hombre que habría de traducirlo a la táctica política con mayor habilidad: hacer del nacionalsocialismo *una* sola palabra, superando una imagen de yuxtaposición de dos principios, para establecer que se trataba de algo distinto a *ambos*, era para Rosenberg uno de los signos más llamativos de nuestra época y la esencia misma del movimiento nazi.[15] Esta posición que identificaba la política exterior, la cultural, la racial y el concepto del Estado habían de justificar las aspiraciones de Rosenberg a no ser un simple teórico del nacionalsocialismo apartado de las tareas del poder, a sabiendas que los aspectos relacionados con la política internacional, el sistema educativo, el control de la actividad artística o las leyes de protección racial solamente podían proceder de que los dirigentes del movimiento que tuvieran más claro este carácter del NSDAP llegaran a ocupar los puestos clave de la administración tras la *Machtergreifung.* La frustración de Rosenberg es comprensible, más que en los límites de una ambición personal, en los del cumplimiento de lo que resultaba esencial en su proyecto político, factor del que derivaban otros aspectos que podían llegar a movilizar a las masas y a fascinar a algunos dirigentes —como Röhm, Goebbels o el propio Speer—, pero que en modo alguno podían referirse a la calidad del ideario expresado por el propio Hitler, aun cuando su categoría de táctico sin escrúpulos le

permitiera prescindir de Rosenberg a favor de quienes podían llegar a realizar tareas semejantes sin la coherencia teórica que éste proponía. En realidad, de lo que se trataba para Hitler siempre era de la utilidad que tenían quienes lo rodeaban, y Alfred Rosenberg nunca se caracterizó por la facilidad de preservar los equilibrios que mantenía unido el movimiento, por la claridad de su estrategia para capturar el poder o de la necesidad de respetar las áreas de competencia de cada facción: en definitiva, que todo su potencial ideológico resultaba de escasa utilidad *política* para el Führer, empeñado en una dura lucha por alcanzar el poder —un proceso lleno de concesiones ideológicas al populismo de unos y al conservadurismo de otros—, de la misma forma que su conservación exigía no enfrentarse con quienes eran indispensables para mantener la lealtad de una parte mayoritaria de los alemanes al proyecto político que preparaba una guerra de expansión.[16]

En los tiempos previos al *Putsch*, cuando la actividad de Hitler era menos autónoma, más entregada a la necesidad de situarse en la confluencia de diversas entidades antidemocráticas, Rosenberg pudo desempeñar una función más importante: relacionar al movimiento con los organismos de la emigración de los rusos blancos, que podían proporcionar fondos para ayudar a las tareas de una implacable propaganda antisemita y antibolchevique, vinculando ambos factores como el haz y el envés de una misma vegetación. Max Erwin Scheubner-Richter, como organizador de las plataformas unitarias *völkisch*, y Alfred Rosenberg, como teórico que acabó dirigiendo las principales publicaciones generales del partido, proporcionaron al nacionalsocialismo este contacto, dado su origen báltico, su conocimiento de la realidad de la antigua Rusia zarista —de la que tan poco caso haría Hitler en los años críticos de la ocupación de la Unión Soviética— y sus relaciones con la organización de emigrados que se

encontraba en Munich, conocida como *Aufbau* (Reconstrucción), aunque el nombre completo fuera *Aufbau. Wirtschafts-politische Vereinigung für den Osten* (Reconstrucción. Liga Político-económica para el Este), creada en torno a 1920 y que desempeñó un papel importante en la financiación de movimientos de extrema derecha alemana. Rosenberg perteneció a la Liga, y Scheubner-Richter fue su primer secretario.[17] Esta labor pudo quedar interrumpida por las consecuencias del golpe de Munich, que no dejaron de ser bien recibidas por Hitler en la medida en que le permitía demostrar lo que, a lo largo del año 1923, ya había estado señalando a sus partidarios: la escasa confianza que podía depositarse en la torpeza política y la carencia de disciplina de las ligas patrióticas, llamando a la necesidad de una rectificación que constituyera un movimiento político autoritario, un *Führersbewegung* que fuera, al propio tiempo, un movimiento de fe, un *Glaubensbewegung*.

Cuando recibió el encargo de hacerse con la dirección del «movimiento» —y Hitler evitó utilizar el término «partido»—, Rosenberg disponía de esta herencia personal y esta aportación realizada al patrimonio ideológico del nacionalsocialismo. No podemos sorprendernos de que considerara la dificultad de la tarea que le confiaba Hitler, cuando el prestigio del nazismo no se había beneficiado de su actuación en la Corte de Justicia de Munich, algo que modificó de forma decisiva el futuro del NSDAP en el seno del movimiento *völkisch.* Sin embargo, es mucho más discutible que la elección de Hitler se debiera a un malévolo plan para nombrar a quien no pudiera disputarle la respetable organización de la que ya disponía a finales de 1923, formada por unos cincuenta mil adheridos que habían mostrado su inmenso poder de convocatoria en Coburg en 1922 y en Nuremberg sólo unas semanas antes del golpe fallido. El nombramiento se debía a la carencia de alternativas, no a un desprecio del personaje, por el que Hitler

debía de sentir —al contrario de lo que ocurriría en la crisis del período de prohibición— un indudable respeto intelectual y una impresión de coincidencia política profunda.[18] De hecho, Rosenberg habría de disponer de la autorización especial del Führer para publicar unos comentarios al programa del NSDAP de 1920 antes del *Putsch*, algo que implicaba este grado de confianza que no se asociaría en los años tan distintos de la refundación y conquista de la sociedad alemana a partir de 1925, en una alianza política con el teórico.[19]

Sin duda, uno de los aspectos que marcó el futuro político de Rosenberg de una manera desfavorable fue su posición en el *Verbotzeit*, cuando, tras la creación de la *Grossdeutschland Volksgemeinschaft*, apoyó un proceso de participación electoral del que se excluyó, pero que implicó una alianza política subordinada al DVFP de Graefe y una vía institucional muy peligrosas para el futuro de Hitler. Condenado como se encontraba, convertido en una celebridad respetada por todo el mundo y visitada con una frecuencia pasmosa en su confinamiento de Landsberg, Hitler podía sentirse amenazado por la buena marcha del movimiento, que había perdido su autonomía y en la que él podía pasar a la condición de un punto de referencia simbólico, un precursor mártir, habiendo caducado su época de caudillo del partido. Puede suponerse la irritación que produjo en Hitler aquella situación que lo mantenía en la impotencia justamente cuando su elevación al carácter de una figura nacional era más claro, mientras personas como Graefe podían aprovecharse de aquel golpe de la fortuna para reforzar un movimiento político reaccionario que no había conseguido franquear la barrera del Main. El éxito de los resultados de la primavera de 1924, cuando la coalición obtuvo unos resultados espectaculares en Munich y una excelente representación en el Reichstag —aunque siendo la mayoría de los representantes del partido de Graefe—, empeoraba las cosas, al

vincularse el éxito electoral con la ausencia del líder, cuya veneración generalizada se realizaba en una fase de cambio de estrategia, mediante la participación electoral y la corriente que tendía a la fusión de su partido ilegalizado con una organización más potente en los ámbitos institucionales.[20] No es de extrañar que, frente a esta situación, se levantaran los más fervientes partidarios del liderazgo político de Hitler, como Streicher, Amann o Esser, enfrentándose a los dirigentes del nuevo Movimiento Nacionalsocialista de la Libertad, pero también a lo que consideraban la ineptitud de Rosenberg para custodiar el partido como le había encargado el Führer. Que Rosenberg tuviera serias dudas sobre la vía electoral, que se alejaban de su visión elitista de la política, y que manifestara su oposición franca a un proceso de unidad de los nazis con los nacionalpopulistas de Graefe, como hizo en la asamblea de Weimar de julio de 1924, poco podía interesar a este sector y al propio Hitler, que con extrema habilidad se apartó de una situación que no podía controlar, presentándolo como una voluntad de dedicarse a la redacción de su libro y a dejar que los conflictos internos fueran administrados por quienes, en uso de su libertad y su información, estuvieran en mejores condiciones para hacerlo.[21] Dejando las tareas de aquella plataforma electoral que parecía avanzar irremediablemente hacia la fusión de los dos partidos, incapaz de aliarse con los radicales de Munich y Nuremberg, a quienes despreciaba hasta el punto de amenazar con presentar una querella contra Esser —algo de lo que sólo pudo disuadirle el propio Hitler—,[22] Rosenberg había de regresar a sus tareas de publicista de alto nivel, con la edición del periódico *Der Weltkampf* en el verano de 1924, que el propio Hitler consideraría un elemento esencial en la lucha contra el judaísmo.[23] Cuando se produjo la salida de la cárcel de Hitler y se llevó a cabo la refundación del NSDAP, con la vuelta a la calle del diario *Völkischer Beobachter*, Rosenberg había

de comprender muy pronto que su suerte en el partido había cambiado. De hecho, Hitler, al indicar que no deseaba entrar en las querellas que se habían producido durante su encierro, desautorizaba formalmente la dirección del movimiento que se le había encomendado, cuya crisis interna había llevado a la posibilidad de su liquidación o su entrega a otros, de acuerdo con la estrategia que podían diseñar Ludendorff, Strasser o Graefe en aquellos momentos. El hecho de que, en el acto de reconciliación entre las facciones enfrentadas, no se encontraran presentes más que Frick o Feder en representación de los moderados o Streicher, Amann y Esser actuando en nombre de los radicales, permitía observar cómo Hitler podía traicionar a sus leales seguidores del norte, agrupados en torno a Adalbert Volck o Ludolf Haase, mientras lanzaba una dura advertencia contra el pragmático Gregor Strasser, al que no le quedó más remedio que ceder, a cambio —como siempre sucedía con Hitler— de recibir un encargo político en la dirección del partido refundado.

En la nueva etapa que se abría, que Hitler tuvo que afrontar con la prohibición inmediata de sus actuaciones en público en Baviera y Prusia —en un caso hasta 1927, en el otro hasta 1928—, el Führer había de contar con dos tipos de cuadros a su lado. En Munich, un reducido grupo de burócratas eficaces, de una prodigiosa capacidad de trabajo que sólo contrastaba con su aparente desinterés por las cuestiones ideológicas: personas como Max Amann, Philip Bouhler o Franz Xavier Schwartz. Este núcleo de personas grises, que anticipaba la función desempeñada después por el núcleo de la Cancillería encabezado por Bormann, Lammers y Keitel durante la guerra, había de dedicarse a una higiénica administración de un partido que debía organizarse, sin las querellas ideológicas que habían caracterizado las fases anteriores. Por otro lado, era preciso contar con el apoyo de un estratega que sumara a su capacidad organizativa de los

núcleos dispersos por el norte de Alemania la imagen de un criterio político, una posición ideológica que pudiera llevarse al parlamento y a los mítines de masas. Esa persona no podía ser otra que Gregor Strasser y el grupo de *Gauleiter* que iba formándose en torno a su frenética actividad. Ciertamente, en este caso existía el riesgo de que la propia posición de autonomía política del enérgico dirigente y el prestigio adquirido como líder del sector más radical en sus propuestas sociales llegara a plantear un conflicto con las posiciones ideológicas de Hitler. Sin embargo, se trataba de un peligro que el Führer estaba dispuesto a correr, ante la carencia de alternativas. Su obligado silencio lo ponía en manos del círculo de leales burócratas y de los eficaces propagandistas del «socialismo» nazi, cuyas posiciones los enfrentaron a finales de 1925 y comienzos de 1926 con aquellos que, como el propio Rosenberg, no consideraban en absoluto que el nacionalsocialismo tuviera algo que ver con el obrerismo manifestado por los dirigentes del *Arbeitsgemeinschaft* creado por los hermanos Strasser, Goebbels y Kaufmann, entre otros.[24] Aun cuando Rosenberg no había de tomar una parte tan activa como la que tuvo Feder en el debate de Bamberg de 1926, sus posiciones acerca de dos de los temas clave que se tocaron en aquella reunión —las propiedades de los antiguos príncipes y las relaciones con la Rusia soviética—, estaban muy claras en tomas de posición realizadas a lo largo de todos aquellos años en el órgano central del partido. En la cuestión rusa, especialmente, poco podía dudarse acerca de la función esencial que desempeñaba su oposición a cualquier tipo de alianza con los soviéticos contra el capitalismo occidental, ni siquiera en la forma de una táctica que permitiera a Alemania hacer frente a su aislamiento, y mucho menos como una insólita solidaridad entre «socialistas nacionales» de distinto carácter, una forma de aproximación al bolchevismo que debía de escandalizarle.

En la línea de progresiva afirmación de movimientos tácticos destinados a construir un partido que debía relacionarse con la extrema derecha alemana, la manifiesta carencia de habilidad de Rosenberg llevó a Hitler a negarle cualquier espacio de influencia política que pudiera llegar a plantearle problemas con quienes sí le resultaban imprescindibles. La arrogancia de Rosenberg y su sentido de superioridad intelectual, de intérprete exclusivo de la ideología del partido, como si sólo él tuviera una obra escrita que le permitiera justificar el liderazgo de la utopía nacionalsocialista, mientras los miembros del *Reichsleitung* sólo disponían de su propia dedicación a tareas organizativas, puede indicar a qué distancia se encontraba de personas como Goebbels o Strasser, cuyas afirmaciones ideológicas eran firmes, pero sólo podían incluirse en la verificación del movimiento, mediante la tediosa tarea de construir aquel complejo edificio desde la base de una sociedad que, antes de 1929, se encontraba en condiciones de rechazar un movimiento radical a los espacios de la intemperie. A pesar de esa limitación tan obvia, Hitler no dejó de apreciar la necesidad de contar con un factor ideológico que dotara al partido de los elementos de una doctrina profunda, de una verdadera *Weltanschauung*, como le gustaba decir, frente a los programas inmediatos y los juegos de consignas atronadoras que eran capaces de construir los estrategas mejor situados en la dirección política de la organización, o la eficiencia administrativa mostrada por quienes habían de ir sedimentando este trabajo. Por ello, fue el propio Hitler quien se aseguró de que Alfred Rosenberg pudiera disponer de esa posición, que podía chocar con ciertas ambiciones intelectuales de Goebbels, pero que éste siempre supo reducir a favor de su influencia política, como habría de demostrarse en el célebre enfrentamiento acerca del expresionismo tras la captura del poder. El II Congreso del partido celebrado ya en Nuremberg fue el primero que contó

con la presencia permanente de Rosenberg en las funciones de maestro de ceremonias y, al mismo tiempo, de conferenciante cuyas densas reflexiones se desplomaban sobre una asistencia más dispuesta a entusiasmarse con las lanzadas gruesas de un Goebbels que con las complejas punciones ofrecidas por Rosenberg desde la tribuna, quien se extendía en discursos acerca de las sutilezas sobre política internacional o los engranajes más hondos de la cultura nacionalsocialista. En aquellos mismos meses, Hitler le encargó la constitución de una Sociedad Nacionalsocialista para la Cultura Alemana, que en 1928 cambió su nombre por el que se haría célebre durante el Tercer Reich: la Liga de Combate por la Cultura Alemana (*Kampfbund für deutsche Kultur*, KfdK). En la línea que era propia del partido, que creaba organizaciones específicas como frentes de lucha, la KfdK tendrá la ambición de ocuparse del *conjunto* del espacio cultural nacionalsocialista, incluyendo a los técnicos, a los ingenieros, a los funcionarios o maestros, en un esquema de intervención en áreas de otros dirigentes que serán sobradamente conocidas como mecanismo de permanente dinamización y puesta a prueba de las agencias del partido y sus dirigentes. En la práctica, sin embargo, antes de que buena parte de las tareas que quedaban reservadas a la *Kampfbund* en el área específica de la creatividad artística o literaria sean ocupadas por el Ministerio de Ilustración Popular y Propaganda de Goebbels, Rosenberg intentará convertir esta Oficina en una base material para realizar el gran combate por una alternativa nacionalsocialista en el campo de la estética, un elemento que para él no tenía el significado propagandístico que adquirió en la esfera de mando de Goebbels, sino que debía convertirse en un factor esencial del cumplimiento del programa como *expresión* de una comunidad que necesitaba dotarse de su conciencia, de su formalización, de sus símbolos de reconocimiento y de representación, y no sólo de un poder político que precisaba dotar-se de

medios de *control* de la vida cotidiana del pueblo. Los esfuerzos de la *Kampfbund* para fijar un *estilo* racial propio en el teatro, en la literatura o en la música a través de organizaciones sectoriales creadas poco antes del cambio de ciclo político de 1930, había de acompañarse de la edición de la revista *Volk und Kultur* poco después de la captura del poder, con un listado de apoyo a la misma encabezado por el propio Hitler, quien deseaba mantener un cierto equilibrio entre el poder otorgado a Goebbels en la Cámara de Cultura del Reich y la definición, de acuerdo con parámetros más raciales que los propios de una «comunidad popular» al estilo de Goebbels, que había señalado Rosenberg.[25]

En 1929-1930, el NSDAP comenzaba a obtener los réditos electorales y el aumento de militancia provocados por el efecto combinado de la autorización de Hitler para hablar en público, el avance de la crisis económica y la adhesión de sectores de la clase media y la juventud en los que había ido depositándose un ingente trabajo de agitación. Aprovechando un aumento de la audiencia que, sin vincular su obra oficialmente con el pensamiento del partido, no podía descuidar el hecho de que era el editor de su órgano central y responsable de la *Kampfbund*, Rosenberg volvió a una actividad frenética de propagandista, publicando los trabajos que le permitirían consolidar su prestigio como intérprete de un determinado carácter del nacionalsocialismo, cuya heterogeneidad se incrementaba en la medida en que el movimiento iba obteniendo un apoyo más diverso. Sus posiciones habían de manifestarse en tres grandes campos que se interrelacionaban intentando construir una visión coherente del mundo, una *Weltsanschauung*: la concepción racial de la Historia, la alternativa *a la política* que suponía la recuperación de una comunidad popular racial y, por último, los aspectos de expansión territorial que se derivaban de ambos elementos, sintetizados en el principio del *Lebensraum.* El primero de los

factores había de extenderse en su libro más célebre, *Das Mythus der 20. Jahrhundert* (*El mito del siglo XX*), cuya publicación en 1930 suponía la exposición más precisa y ambiciosa de los fundamentos del proyecto político nazi, en un abigarrado despliegue de erudición destinada a presentar a Rosenberg como el único teórico de talla con el que contaba el partido en aquel momento, quizás con la única excepción de Darré, aun cuando éste redujera sus objetivos teóricos a aspectos más concretos, en especial los relacionados con la apertura de un frente antimodernista y ruralista en el futuro Reich.[26] No deja de ser curioso que ambos, en el momento en que dispusieron de una responsabilidad política durante la crisis de la guerra mundial, fueran sometidos a las exigencias de los sectores más radicales del partido con la complacencia o la pasividad de Hitler, algo que indica lo impaciente que se mostró el Führer con aquellos sectores que expresaban una ortodoxia ideológica que pudiera enfrentarlo a sectores poderosos de la organización o la sociedad alemana, o que se presentaran ante él como ineficaces intelectuales que nada podían hacer frente a quienes compartían los principios más radicales de la sociedad racista, mientras los orientaban en un sentido pragmático subordinado a los intereses de la acción política, en lugar de expresarlo con una apariencia academicista que Hitler detestaba. Con todo, algunas de las objeciones que plantearon Darré o Rosenberg frente a Himmler y sus agencias tenían una relación muy directa con los problemas prácticos del reasentamiento de la población alemana y de la forma de enfocar la guerra contra los bolcheviques rusos, aun cuando Hitler siempre hubiera de ver esta visión interceptada por el mismo prestigio de teóricos del nacionalsocialismo del que habían querido dotarse ambos personajes.

Alfred Rosenberg utilizó un texto tan dilatado como *El mito del siglo XX*, cuya redacción fue realizando a lo largo de un período muy amplio —a

pesar de lo cual el volumen adolecía de un desorden expositivo que no se observa en obras más sintéticas—, para encontrar un hilo conductor en la historia de la humanidad cuya desembocadura lógica fuera la catástrofe de 1914-1918 y la oportunidad política que ésta había generado. La referencia inicial a las condiciones de desconcierto cultural, de falsificación obvia, de desarticulación de la conciencia en que se encuentra el continente tras la Gran Guerra, sirve para realizar una afirmación de principio, que inspira la concepción misma de la evolución de las culturas:

> La historia racial es, por tanto, historia natural y mística simultáneamente: la historia de la religión de la sangre está constituida por el gran relato de la ascensión y el hundimiento de los pueblos … El curso de la vida real, roja de sangre, cuyo rumor atraviesa el sistema circulatorio de toda especie popular genuina y de toda cultura, fue desdeñado por la cristiandad y por el humanismo, diluyéndose en el universo: para decirlo de otro modo, la sangre fue privada de su alma y reducida a una fórmula química, y así «explicada».[27]

Sin detallar las fuentes en que basaba afirmaciones sobre encrucijadas históricas complejas —la disolución del helenismo, la decadencia del Imperio romano, el encuentro entre Roma y los pueblos centroeuropeos, la formación del Antiguo Régimen y su disolución en la Francia posmedieval, las querellas internas del cristianismo primitivo, etc.—, el libro era una exposición de argumentos que no deseaban exponer los hallazgos de los hechos, sino dotar de significado un proceso que se examinaba de acuerdo con aquella posición de principio. La determinación *biológica* de los hechos culturales no estaba destinada a realizar una interpretación de los acontecimientos, sino fundamentar en el hallazgo de este factor explicativo la negación de las tendencias *individualistas* o *igualitarias*, para sustituirlas por la aceptación de una alternativa orgánica y jerarquizada de la sociedad. La afirmación de que la raza era la forma (*Gestalt*) del alma o del espíritu establecía una de las piruetas propias de la ideología nacionalsocialista:

establecer el determinismo de la naturaleza y negar, al mismo tiempo, que el movimiento se basara en un obsceno materialismo. La única forma de resolver tal contradicción era convertir la raza en algo más que en un dato natural —como ha podido verse en la indignación con la que Rosenberg denuncia la lectura puramente «química» del fluido sanguíneo— para considerar la primacía del elemento *mítico.* El mito se convierte en el elemento rector que da conciencia a un *Volk* porque cree en esta verdad elemental. No basta con la existencia de unas condiciones raciales cuya vulneración supone la contaminación y decadencia de una cultura. Hace falta que un movimiento establezca una nueva confianza, una fe, la relación mística con la sangre que revele a un pueblo las condiciones decisivas de su carácter. El simple *hecho* proporcionado por las leyes de la naturaleza sólo podía convertirse en un *acontecimiento cultural* mediante una voluntad que lo reconociera y aceptara su *apariencia.* El mito orienta a una comunidad en acción, le da el rumbo para que el *Volk* llegue a ser él mismo, tome cuerpo, sepa desplegarse en una acción que corresponda a su carácter diferenciado, a su identidad. La verdadera emancipación de un pueblo consiste en el hallazgo de esos rasgos comunitarios, de esa esencia de base racial que determinará la aparición de una cultura dominante si se protege de cualquier contaminación, si es fiel a su mismo ser, manifestado en los *estilos* artísticos que proceden de su auténtico carácter colectivo.

La propuesta de Rosenberg consistía en dotar algunos factores del vitalismo nietzschiano de una lectura racista de la historia, de modo que los elementos individualistas del pensamiento de este autor fueran sometidos a la comprensión de cualquier actividad humana tan sólo a través de lo que los diversos individuos de un mismo grupo racial comparten. Los valores atribuidos a un individuo superior pasaban a considerarse propios de un *Volkstum*, como ocurre con el sentido heroico de la existencia, el *honor* (la

voluntad de poder, la entrega abnegada a la comunidad, la imposición de los derechos a los inferiores) se presenta como una alternativa al *amor* cristiano (la exaltación de la debilidad, la presunta pureza del humilde, la negativa a la violencia que transforma, la sumisión). Esta ideología, originada en la deformación paulina, judía y cosmopolita, del mensaje originario de Cristo, se presenta como las bases de la peor *deformación* de cualquier cultura: la negación de su identidad inalterable, el rechazo a la preservación de su pureza, a favor del universalismo. El cristianismo contaminó los principios más elevados del reconocimiento de una cultura, al proponer la igualdad de los seres humanos, el carácter contingente de sus diferencias biológicas, la posibilidad del establecimiento de una cultura universal. El nacionalsocialismo puede presentarse como un nuevo *mito* movilizador en sentido contrario al que creó esta tendencia religiosa: la restauración del principio de una comunidad impermeable, generadora de su propia cultura, basada en la desigualdad de sus integrantes y en la solidaridad de todos ellos al defender la supervivencia del *Volkstum.* Frente al *desarraigo* del cosmopolitismo, frente al *individualismo* racionalista burgués, frente a la *debilidad* proclamada por el cristianismo, Rosenberg sugería como tarea de un nuevo mito emancipador la mística de la tierra, de la sangre, del instinto de lo propio, de la lealtad a la comunidad de los miembros de la misma sangre y el honor de los jefes que deben liderar, como los mejores representantes de ese espíritu anegado por siglos de decadencia, el giro hacia una nueva *Volksgemeinschaft*.[28]

La mezcla de cristianismo y de judaísmo procedía de la vulneración de los rasgos originarios del pensamiento de Jesús por los judíos, en especial por san Pablo, cuya obra fundamental se había destinado a la universalización del mensaje, creando una Iglesia que había ido haciendo suyas creencias orientales mágicas y que había doblegado el arrianismo, la

forma de cristianismo propia de los pueblos germanos. La corrupción provocada por el judaísmo, lo que obligaba al nacionalsocialismo a hacer del antisemitismo uno de sus principios fundamentales, era la manera en que una *raza* había logrado universalizar todos los factores de desarraigo, negación de la identidad cultural, sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional única, primacía del honor, de la voluntad, del instinto heroico, a favor del racionalismo, del materialismo, del igualitarismo y del individualismo. Todos esos aspectos espirituales habían sido necesarios para que la forma de ser judía se impusiera a la germánica. Rosenberg defendía que los pueblos no necesitaban códigos objetivos permanentes y estáticos, sino que una característica de su superioridad era lo que les diferenciaba de la obsesión romana por lo estático, por lo normativo, por lo que se fijaba en códigos y en leyes inmutables, destinadas a limitar el impulso creativo de la comunidad a favor de la defensa de los individuos, de los valores del pacifismo y de la resistencia de los débiles. En lugar de ello, los pueblos germanos siempre habían defendido la acción, lo dinámico, lo que no estaba escrito, sino que resultaba de la fluidez de la tarea comunitaria, de la libertad de transformación, de la voluntad de poder, del derecho resultante de la fuerza. En el mismo *Mito del siglo XX* , pero también en textos como *Das Wesensgefüge des Nationalsozialismus. Grundlagen der deutschen Wiedergeburt* (*La estructura esencial del nacionalsocialismo. Fundamentos del renacimiento alemán*), una apretada síntesis leída en el III Congreso del NSDAP de 1929, Rosenberg planteaba la propuesta política para «el Reich venidero», en el que se produciría un despertar de la conciencia comunitaria del *Volk* alemán, en vísperas de llevar adelante su *propia* revolución, su *propia* adquisición de una conciencia política que no podía ser más que su *exhibición* de una voluntad colectiva de poder. La disciplina del pueblo sólo podía proceder de la creación de una nueva autoridad vinculada a la tierra,

un liderazgo que procediera orgánicamente de la raza, en lugar de establecerse como una Iglesia, un Rey o un Estado dispuestos artificialmente sobre la vida de la nación. Los alemanes habían sufrido un poder que no *emanaba* de ellos mismos, sino configuraciones de la autoridad que procedían de arriba abajo sin salir, previamente, de la matriz popular, sin ser un producto natural, una jefatura que brotaba de la propia cultura:

> El Estado no es hoy para nosotros un ídolo autónomo, ante el cual todos deben estar como arrojados en el polvo. El Estado no es ni siquiera un fin, sino que es un medio para la preservación del *Volk*. Un medio entre otros, tal como deberían serlo la Iglesia, el derecho, el arte y la ciencia. Las formas estatales cambian y las leyes estatales pasan, pero el pueblo queda … La autoridad del conjunto del pueblo (*Volkheit*) es más alta que la autoridad del Estado … La autoridad fue exigida en Europa en nombre de un principio estatal abstracto o en nombre de una revelación religiosa presuntamente absoluta, es decir, en nombre del individualismo liberal y del universalismo eclesiástico … La autoridad arracial exigió la anarquía de la libertad … La *Volksgemeinschaft* no está caracterizada sólo por una raza, pero … en ninguna parte es la consecuencia de una mezcla uniforme de elementos raciales diferentes … La diversidad siempre está caracterizada por la preponderancia de la raza básica, que determinó el sentimiento vital, el estilo estatal, el arte y la cultura … Surge un estilo de vida *völkisch* arraigado en la tierra, un nuevo tipo alemán de ser humano … Plasmarlo es la misión del siglo XX … La genuina idea creadora de la libertad sólo puede florecer en un pueblo en su totalidad cuando posee aire para respirar y tierra para labrar. Una idea del honor que actúe en forma vital, por consiguiente, se verá permanentemente activa sólo en una nación que disponga de suficiente *Lebensraum* … Con la espada y el arado, por el honor y la libertad, así suena el grito de batalla de una nueva generación, que quiere erigir un nuevo Reich … Este grito es nacionalista. ¡Y socialista![29]

El nacionalsocialismo, tal y como lo presentaba el principal de sus teóricos antes de llegar al poder, quería superar la idea clásica de la política, comprendida como la construcción de una autoridad estatal. El *movimiento nacionalsocialista* se entendía en su sentido más estricto, como una dinámica de la comunidad de todo el pueblo, haciendo que esa *única* palabra a la que se había referido Rosenberg para justificar el nombre del

partido adquiriera su plena fisonomía. El proceso de toma de conciencia suponía un acto de depuración racial, en el que se incluía atribuir a una autoridad carismática, surgida naturalmente de la propia esencia del pueblo, del mejor de sus miembros, y a una serie de dirigentes que se ponían a prueba en la dirección de la comunidad todos los días, en una incesante actividad destinada a la purificación racial, a la liberación del elemento que garantizaba la supervivencia del pueblo. La política dejaba de ser un elemento formalizado y estático, para ser la expresión que *iba formándose* en el propio ejercicio de su acción, como si el pueblo fuera viéndose a sí mismo, moldeándose en su afán de vida en común, en su existencia comunitaria, jerarquizada y, al mismo tiempo, consciente del factor elemental de unidad, de nivelación, de equiparación más radical: la propiedad de una misma sangre, la pertenencia a un mismo suelo. Tal y como podía entenderse en la tradición europea, en la que la política se comprendía como conflicto de intereses entre individuos o clases, Rosenberg desentrañaba lo que tratarían de llevar adelante agencias como el DAF, las *Hitlerjugend* o el gran complejo de las SS. La comunidad no tenía conflictos sustanciales, sino que tenía *enemigos* o *seres ajenos* que lo eran como resultado de su alienación racial. Se trataba de un proyecto radical de inclusión, pero que sólo podía realizarse mediante la fijación de delimitaciones. La tendencia a fijar las estructuras de un Estado Totalitario, propio del fascismo francés o italiano, pasaba a manifestarse en el nacionalsocialismo alemán como una *totalidad particular*, una raza que no podía ser universal, pero que deseaba ser *total* en un espacio determinado, homogénea, con un sentido orgánico de la existencia que mezclara lo individual de un cuerpo con lo colectivo de una sociedad. El poder no se establecía más que como la actuación de una jerarquía natural, que resultaba de la propia destilación del genio de la raza, que brotaba de ella para

identificarla, para señalarle su destino, para organizarla con la entrega de un antiguo caudillo guerrero. La negativa a fijar los espacios institucionales no se presentaba como la abolición de los derechos de los individuos que no sabían a qué leyes atenerse, sino como la completa libertad de una comunidad popular que no quería detenerse ante ninguna protección del individualismo. El caos organizado en que desembocó el Tercer Reich fue una manera ágil en que las diversas facciones fueron distribuyendo de una manera flexible y móvil, perpetuamente reversible, sus zonas de dominación. Pero todas ellas debían rendirse a ese interés comunitario en nombre del cual debían actuar siempre y que era el único legitimador de sus conductas. Para el desencanto de Rosenberg, tales propuestas habían de cercenarse a favor de factores menos idealistas, más atentos a un juego de fuerzas en el que combatían distintas autoridades, agencias dispuestas a ofrecer su pericia técnica y a esquivar cualquier control por parte de una comunidad que no era unánime, sino reducida a un estado líquido adaptable a las formas establecidas por las necesidades de esa élite en permanente conflicto. Rosenberg hablaba de algo distinto a un caos burocrático, resultado de la competencia entre responsables de tareas cada vez más perentoriamente exigidas a los ciudadanos alejados de cualquier posibilidad de elección. Pero así se plasmó, y no de otra manera, ese «nuevo tipo alemán de ser humano» que predijo el ideólogo. Sin embargo, él mismo había visto que las cosas no serían tan fáciles, que lo que se defendía abiertamente era un proceso de exclusión como garantía de la realización comunitaria:

> En el Reich venidero … los hombres lucharán por idéntica meta o deberán ser desplazados. Y la meta es y será siempre la misma: la salud, la dignidad y la libertad del pueblo alemán. Ahora bien, sólo pueden estar de acuerdo con esta meta los seres humanos que poseen afinidad en su modo de ser, sólo aquellos que sean capaces de sentir vívidamente la comunidad de sangre y de destino de todos los alemanes. Por eso, la exigencia de nuestro programa de que sólo los *Volksgenossen*

> pueden adquirir derechos cívicos no es una «irrupción de chauvinismo reaccionario», sino la forma más elemental y natural de autoconservación … Adolf Hitler ha señalado que ninguna revolución es duradera y benéfica si no cumple con los objetivos que se indican: ampliación del espacio vital y mejoramiento biológico del material humano. De ahí la exigencia de que los judíos no pueden ser *Volksgenossen*, lo cual constituye una exigencia natural y lógica para un auténtico *Volkstaat* … Para negros y bastardos de negros valen las mismas medidas que para los judíos … Por eso, el nacionalsocialismo exige la separación —legalmente consagrada por el derecho público— de todo lo africano y lo asiático de la vida alemana, pero por eso también ha exigido siempre la reunión de toda la germanidad.[30]

Uno de los factores que Rosenberg añadía, de forma nada accidental, a su propia concepción de los mecanismos para la *representación* de la comunidad era el valor de los símbolos, a través de los cuales se expresaba el enlace entre los elementos complejos de la sociedad, imposibles de adquirir a través de un proceso puramente sensorial y rechazados, en la mentalidad nacionalsocialista, como factores que había que obtener a través de mecanismos racionalistas de deducción. El símbolo se convertía en la *forma* de la comunidad captable, simplificada, reducida a un elemento esencial que podía *sugerir*, de acuerdo con una «metafísica del artista» que no era nada extraña a la formación filosófica de Rosenberg. Esa forma intuitiva de conocimiento, multiplicada como experiencia de masas que permitía situar la relación con el símbolo en un campo comunitario, era lo que interesaba destacar a Rosenberg, que precisamente se refería a la construcción de la esvástica como plasmación más clara de esta comunidad en marcha, que negaba el estatismo de las culturas mediterráneas a favor del culto a la acción de los pueblos nórdicos:

> El ser humano no puede captar y representar el mundo, la vida en su inmediatez. La esencia de la vida es su ininterrumpida actividad (*Wirksamkeit*); la esencia del espíritu humano y de la conciencia, en cambio, es lo interrumpido, lo intermitente. Sin ese ritmo espiritual no sería posible ni una sola obra de arte, ni un solo pensamiento elaborado de la ciencia, ni sería posible una sola acción heroica. Esta profunda diferencia entre el proceso vital ininterrumpido, fluido, orgánico, y

> la esencia de nuestra capacidad de comprensión, nos obliga a distinguir aún más y llevar aquellas formas a nuestra conciencia con cuya ayuda el ser humano se apropia del mundo, lo subyuga o le sirve. La intuición actúa convenciendo o provocando negación de una manera directa … La intuición trabaja según sus eternas leyes siempre con símbolos … Es también un nuevo símbolo el que hoy es llevado por el Movimiento Nacionalsocialista. Este símbolo nos muestra en color y dibujo directamente lo que conocemos teóricamente y lo que queremos interiormente … Y aquí podemos ya comprobar una consonancia mística entre estos valores de carácter e ideales con la intuición directa, ya que el término medio de toda humanidad que lucha con nosotros en un frente, también reconoce un ideal racial … La cruz gamada salta por encima de siglos y milenios y señala las fuentes de aquella fuerza, de la cual antaño procedieron las hazañas creativas alemanas.[31]

De esta forma, cuando el nacionalsocialismo alcanzó el poder, Alfred Rosenberg se había dotado de un área de responsabilidad de facto, que procedía de sus mismas publicaciones, presentadas como aportaciones particulares, aunque atendidas por el público como una parte sustancial de la doctrina del partido, y había obtenido el nombramiento de algunos cargos que parecían ponerle en una zona administrativa indispensable. Su teorización del *acto cultural* haciéndolo práctica y representación de la raza lo llevaban necesariamente a que su autoridad fuera reconocida institucionalmente en el aparato del nuevo Estado. Su reflexión sobre el *Lebensraum* y la fundamentación de un antibolchevismo asentado, a la vez, en el antisemitismo y en el derecho del pueblo alemán a obtener un espacio vital indispensable para su desarrollo, lo colocaban en la esfera de las relaciones internacionales. Sin duda, la importancia de su labor fue reconocida por el propio Hitler cuando se apresuró a citarle, en enero de 1934, en un listado de dirigentes del NSDAP que eran recompensados con el agradecimiento del Führer. Junto a Hess, Schwartz, Amann, Himmler, Röhm y Goebbels, apareció en la primera entrega, incluso por delante de Göring, Ley, Schirach o Buch, que tuvieron que esperar a la segunda.[32] En abril de 1933, poco después de que el poder de Hitler se confirmara en las elecciones de marzo y pudiera modificar su gabinete, el Führer nombró a

Rosenberg jefe de una Oficina de Asuntos Exteriores del partido (APA), cuya administración cotidiana había de recaer en la mano derecha de Rosenberg, Arno Schickendanz. El nombramiento podía considerarse una forma de mantener la vigilancia del NSDAP sobre las tareas de un Ministerio dirigido por un conservador como Von Neurath y donde Hitler sospechaba de la existencia de elementos ajenos a sus intenciones en política internacional. Sin embargo, desde el punto de vista de Rosenberg, tal decisión suponía un duro golpe para sus aspiraciones. Goebbels podía mantener, al mismo tiempo, su cargo de jefe de Propaganda del partido y formar un Ministerio que invadiría áreas de competencia de la *Kampfbund* con la autoridad del Estado de su parte. La posibilidad de ingresar en el área gubernamental, cuando la revolución no se había producido como un verdadero asalto y liquidación del poder, sino como un proceso de negociación con estamentos conservadores y con la base social que les había dado su apoyo en las elecciones de marzo, resultaba indispensable para desempeñar alguna función de verdadera dirección en las orientaciones políticas que Rosenberg había teorizado en los años veinte de una forma tan minuciosa. Rosenberg no se engañó acerca de las condiciones de debilidad en que se encontraba, cuando había albergado sólidas esperanzas de llegar a las zonas altas de la administración del Estado. Su irritación había de observarse claramente en la forma en que perdió los estribos en un viaje a Londres en mayo de 1933, donde tuvo que enfrentarse a manifestaciones callejeras, a la dureza de las acusaciones de la prensa e incluso a las interpelaciones de la oposición laborista en la Cámara de los Comunes.[33] Aquella desastrosa experiencia pudo ser aprovechada por sus enemigos para desautorizarlo permanentemente ante Hitler para cualquier cargo gubernamental que tuviera que ver con la diplomacia, aunque él mismo se

había negado a luchar contra la camarilla de Hitler por estar convencido de que se le ofrecería el cargo de ministro de Asuntos Exteriores.[34]

La frustración de Rosenberg era tanto mayor cuanto más evidentes eran las señales lanzadas por el Führer sobre sus ideas acerca de las relaciones entre el Estado y el partido, que se concretaron en ocasiones tan diversas como su discurso del 6 de julio ante los gobernadores del Reich sobre la finalización del proceso revolucionario o la ley del 1 de diciembre de 1933, que establecía una fusión entre ambos organismos que, en realidad, implicaba la dedicación del partido a la simple tarea de organizar a la población alemana para aceptar las directrices que procedieran de su máximo líder. La incorporación de Röhm o Hess al gobierno como ministros sin cartera como resultado de esta norma no podía entenderse más que como una participación controlada en la que se deseaba hacer visible la condición de estamento de derecho público del NSDAP, aun cuando esa posición implicaba, de acuerdo con las propias palabras con las que Hitler se dirigió a los *Gauleiter* a comienzos de 1934, como la aceptación de las tareas *pasivas* del partido, vanguardia que debía traducir a la vida cotidiana de la población los designios de un Führer enviado por el destino.[35] Si Rosenberg podía estar de acuerdo con esta visión que negaba la institucionalización estatista a favor de la relación entre un caudillo y la comunidad, no dejaba de resultarle expresivo de su marginación que los cargos que se le concedieran se refirieran a agencias del partido y nunca a las gubernamentales. Sin embargo, su frustración fue acompañada de un despliegue de actividad sorprendente para su fama de hombre apático. Aprovechó el nombramiento con el que Hitler parecía indicarle de nuevo su espacio puramente ideológico, como representante del Führer para la Supervisión de la totalidad de las Escuelas de Formación Ideológica del NSDAP (*Beauftragten des Führers für die Überwachtung der gesamten*

geistigen und weltanschaulichen Schulung und Erziehung der NSDAP) en diciembre de 1933 para trasladarse a unas oficinas en Berlín, donde se encontraba el poder del Estado. En el Congreso de Nuremberg de 1934 se refirió a la necesidad de un levantamiento de la conciencia de la juventud en el mundo, lo cual expresaba su ambición de hacerse con dos espacios concretos de lucha: el que aún podía controlar la Iglesia y los ámbitos de educación propios del Ministerio y del partido, que se distribuían entre personas tan diversas como Von Schirach, Rust o Ley. En el combate con la Iglesia ni siquiera recibió el pleno apoyo de Hitler, cuya actitud en este punto fue iniciar un proceso de acercamiento a los «cristianos alemanes» dirigido por el más moderado de todos ellos, Ludwig Müller, aunque la violenta reacción de la Iglesia protestante contra las cláusulas raciales que proponía el capellán del distrito militar de Könnisberg llevó a una organización de resistencia que se agrupó en torno a los jefes de la Iglesia evangélica de Baviera, Marahrens y su *Notbund* (Liga de Emergencia). Mientras el Führer emprendía una retirada cautelosa, neutralizando el movimiento de resistencia mediante la aceptación de las autoridades de las que se dotaran las propias instituciones luteranas, la actitud con los católicos fue aún más prudente, por la necesidad de contar con el Concordato y la lenta adhesión de las masas que controlaba el inmenso espacio de sociabilidad que había construido el catolicismo alemán desde el siglo XIX. Solamente cuando se publicó la encíclica *Mit brennender Sorge*, los servicios de seguridad fueron instruidos para lanzar un ataque contra la institución eclesiástica, especialmente con acusaciones de escándalos sexuales, aunque el propio Führer había de considerar, iniciada la guerra, que el catolicismo conseguía mantener la lealtad de buena parte de sus viejas bases, y que había resultado baldío el esfuerzo de llevar adelante un proceso de erradicación cultural en tan escaso tiempo.[36] Finalmente, Hitler

ni siquiera se molestó en sustituir al moderado Kerrl al frente de los asuntos eclesiásticos cuando falleció a comienzos de los años cuarenta. Kerrl era un declarado adversario del neopaganismo de Rosenberg, que en 1935 había publicado una durísima respuesta a los críticos cristianos de «El mito del siglo XX», con el insultante título de *An die Dunkelmänner unserer Zeit. Eine Antwort auf die Angriffe gegen den Mythus des 20. Jahrhunderts* (*Ante los oscurantistas de nuestra época. Una respuesta a los ataques contra «El mito del siglo XX»*),[37] en el que llegaba a entrar en temas como la denuncia del nombramiento de Pedro como jefe de la Iglesia de Jesús, la inconveniencia de situar el Antiguo Testamento en la tradición cristiana, los elementos mágicos introducidos por la cultura asiática en el cristianismo, las conspiraciones jesuíticas y un capítulo especialmente dedicado al cardenal Faulhaber. En realidad, todo el asunto había de concluir en cuanto Hitler considerara que se trataba de un debate de carácter ideológico que no tenía su plasmación inmediata en una ampliación del poder del partido, un factor que era decisivo para todas sus decisiones, incluidas las que parecían más orientadas al cumplimiento de sus convicciones ideológicas, que en este caso se aproximaban mucho más a las de Rosenberg que a las de Kerrl.[38] En lo que respecta al sistema educativo, el nombramiento de Rust como ministro, que Rosenberg despreció creyendo que tenía posibilidades en Exteriores, mostró un celo especial en preservar su propio espacio, algo a lo que se sumó la minuciosa tarea de Hitler de evitar que un sector tan crucial como la juventud fuera controlada por ninguna de las agencias en conflicto. Ya se ha visto que ni siquiera Von Schirach pudo hacerse con el control de las escuelas del partido, y que tuvo que ponerse de acuerdo con Ley para crear sus Escuelas Adolf Hitler, de las que, según hubo de confesar Rosenberg en su cautiverio después de la guerra, se le excluyó explícitamente. Las escuelas especiales de educación política (NPEA), que

podían haber estado bajo la responsabilidad del cargo para el que fue nombrado en diciembre de 1933, fueron entregadas a la dirección del Ministerio, aunque bajo la supervisión de un oficial de las SS, August Heissmeyer, que tuvo que proteger su propio espacio de las apetencias de Himmler, su máximo superior en la organización.[39] Los esfuerzos realizados por Rosenberg para dirigir la formación de una Nueva Orden de dirigentes del partido, que se corresponde con su idea de un Estado comunitario dirigido por los jefes naturales emanados del pueblo, no verá cauce alguno por el que transitar y, en la práctica, el único cargo cultural que se le proporcionará será la Oficina del Reichsleiter Rosenberg (ERR) en 1940, para examinar la documentación, bibliotecas y museos de los territorios ocupados. A mucha distancia, desde luego, de las aspiraciones que podía tener uno de los primeros militantes del partido y el que más había colaborado en la elaboración de su doctrina.

El único consuelo que se le proporcionó antes de su última derrota, con el nombramiento de Ribbentrop para el Ministerio de Asuntos Exteriores en 1938 y la firma del pacto germano-soviético en agosto de 1939, resultado directo de la línea marcada por el nuevo ministro, fue el triunfo de sus posiciones estéticas frente a las de Goebbels, en lo que hacía referencia al llamado «arte degenerado», un debate que en el caso concreto de la Alemania de mediados de los años treinta se refería a clarificar la relación entre el movimiento expresionista —algunos de cuyos exponentes de mayor solidez se encontraban al lado del régimen, como Barlach o Nolde— y el movimiento nacionalsocialista. En este caso, Rosenberg pudo aprovechar la coincidencia entre los gustos artísticos de Hitler, la predisposición de éste a intervenir con dureza en este campo —como lo estaba haciendo mediante la proyección de la nueva capital del Reich— y la conveniencia de numerosos sectores conservadores del régimen de acabar con lo que consideraban una

peligrosa infiltración en la Cámara del Reich, tolerada por un ministro diletante. En julio de 1933, Rosenberg había publicado un artículo en el *Völkischer Beobachter* que señalaba la necesidad de establecer —de acuerdo con su propia concepción de la cultura— si la revolución nacionalsocialista debía permitir un desacuerdo fundamental en cuestiones artísticas, que no se refería a la libertad de cada individuo para crear lo que le viniera en gana, sino a la posibilidad de considerar a personas como Nolde o Barlach, *al margen de su calidad estética propia*, representantes del nuevo espíritu alemán, de la revolución nacionalsocialista. El 7 de junio de 1935 culminaba su victoria sobre Goebbels —una victoria pírrica, considerando la escasa fuerza que le quedaba a la *Kampfbund* y la velocidad con la que el ministro se adaptó a las nuevas condiciones— mediante el discurso *Weltanschauung und Kunst*, que venía a reiterar su concepto del arte como expresión de la comunidad y su opción por un realismo que excluía a los autores expresionistas:

> La libertad, tal como se ve en el nacionalsocialismo, no puede comprenderse como un individualismo sin control, sino como el cumplimiento creativo del ser individual, como una representación de su fuerza interior, y también como una representación de su sangre y su carácter que proceden de precondiciones de su personalidad … Y cuando planteamos la idea de una *Kulturgemeinde* nacionalsocialista, queremos expresar inmediatamente que consideremos el más alto deber de la concepción del mundo nacionalsocialista crear la unidad entre personalidad, *Volk* y Estado.[40]

Fue su último triunfo y, si lo consideramos bien, su único triunfo *personal*. Pues, tras sufrir la agonía de la orientación del Ministerio de Asuntos Exteriores a una torva alianza con el bolchevismo, cuya pericia táctica nunca podría apreciar un hombre como él, que había teorizado hasta la saciedad las líneas maestras de la política exterior alemana creyendo que coincidían con las de Hitler —alianza con Gran Bretaña, aniquilación de

Francia como adversario permanente, expansión hacia el Este, corrección de la política racial italiana—, tuvo que observar cómo se llevaba adelante la *consumación* de los elementos de exclusión racial que había exigido en sus ensayos y había aprobado en la experiencia interior de segregación, aunque la tarea fuera conducida con una brutalidad que lo desconcertaba y, sobre todo, fuera encargada a la responsabilidad de otras agencias, en especial las que se crearon para Himmler o utilizando las que las mismas SS ya controlaban. A fin de cuentas, la *política* racial estaba destinada a ser ejercida por otros, aun cuando a Rosenberg se le hubiera tolerado su elaboración más minuciosa. Si el exterminio nunca estuvo presente en sus planteamientos, la segregación, deportación y conquista sí aparecieron con claridad en ellos, algo que en poco lo distinguía de la propaganda genérica que realizaba el partido. Sin embargo, Hitler no podía prescindir de quien era el responsable de la Oficina de Asuntos Exteriores del NSDAP y de la persona que estaba tras la doctrina del *Lebensraum* dentro del partido, aun cuando fuera de él pudiera encontrarse en los estudios académicos con tanta abundancia.[41] Su nombramiento como responsable de territorios ocupados en el Este antes de iniciarse la ofensiva contra la Unión Soviética le permitió tratar de colocar a algunos hombres de confianza en un organismo que podía tener un peso especial en la administración de la Unión Soviética cuando se preparaba el asalto. La intención de Rosenberg era lograr la colocación de personas como Heinrich Lohse o, sobre todo, Arno Schikendanz, que podían compartir el principio de un aislamiento bolchevique mediante la presentación de las tropas alemanas como liberadoras en Ucrania y en los países bálticos. Sin embargo, el entorno de Hitler había de negar la segunda propuesta, situando a un Erich Koch, quien se convertiría en una auténtica pesadilla para sus sueños de crear una alianza entre Alemania y Ucrania.

Cuando su cargo se convirtió en responsable del Ministerio para Territorios Ocupados en el Este (RMfdbO), en julio de 1941, Rosenberg ya había participado en la conferencia del 16 de julio en la que se decidió la suerte de los judíos europeos, y que había de dar lugar a la célebre nota de Göring a Heydrich de finales de aquel mismo mes. Como las principales objeciones acerca de las necesidades de mano de obra provinieron de Lammers, la posición de Rosenberg sólo podía entenderse como la aceptación de una situación que se había iniciado mucho antes en Polonia, que ya estaba llevándose a cabo en el propio territorio soviético y que no parecía ofrecer muchas alternativas, especialmente cuando su máxima preocupación era, en un momento en que la ofensiva parecía imparable, advertir a Hitler de la necesidad de contar con los pueblos autóctonos, en especial ucranianos y bálticos, como una forma de vencer la resistencia soviética y de consolidar el futuro imperio alemán. Lo que sucediera con los judíos, a la luz de la virulencia de sus ensayos, podía significar para él muy poco a aquellas alturas del conflicto bélico. En 1943 y a comienzos de 1944 realizó viajes de inspección por Ucrania y por el Báltico, y se quejó enérgicamente ante Hitler por la conducta de Erich Koch, que desobedecía constantemente sus órdenes considerándose limitado solamente por la autoridad del propio Hitler y de Himmler, y al margen de lo que pudiera opinar el ministro, cuyos planes estratégicos para construir una alianza con los pueblos del Este más propicios había resultado un fiasco. Para cuando logró convencer a Hitler de la necesidad de imponer algunos criterios de este tipo, a finales de 1944, ya no contaba con un territorio real sobre el que ejercer su soberanía.[42]

¿Fue para Alfred Rosenberg una tragedia haber creído realmente en el nacionalsocialismo, como lo indicó Joachim Fest? ¿Fue su tragedia, como ocurre con tantos perdedores de la Historia, no haber sabido convertir sus

principios ideológicos en una estrategia política? No creo que, planteadas de esta forma, las cosas puedan expresarse de este modo. Es posible que Rosenberg fuera incapaz, por una rigidez doctrinal que se combinaba con una carencia de energía y de constancia letales a la hora de enfrentarse a adversarios de suma tenacidad, como fue el caso de Heinrich Himmler. Rosenberg fue víctima de algo distinto a su creencia o de una lealtad a la utopía que le impedía negociarla en el campo de los compromisos políticos. Es difícil que se trate de eso cuando, en el momento en que la Alemania nazi alcanzó su máxima expansión, el cáliz utópico del Estado racial hubo de beberse hasta las heces. Rosenberg no fue un ideólogo marginado *a causa* de sus principios, sino más bien *a pesar* de ellos, a pesar de la coincidencia con el plan de exclusión, depuración racial, planes higiénicos de esterilización, extirpación de la población judía de Alemania y una expansión mortífera hacia el Este que se acompañó del exterminio. Sus problemas con el régimen procedieron de alguna resistencia moral ante la configuración espantosa de un Estado estético cuya belleza no sólo se expresaba en el radiante sentido de dominio de los miembros de la comunidad, sino también en aquellas víctimas que, como había de indicar el poema más estremecedor escrito sobre un campo de exterminio, sólo pudieron «cavar tumbas en el aire». Ése era el espacio vital, el *Lebensraum* de los camaradas del pueblo, cuya cara complementaria era el espacio mortal, el *Toddesraum* para los ajenos a la comunidad, material humano prescindible, superfluo, amenazador, personas que no pertenecían a la cultura y a los que, como hemos visto, Rosenberg señaló con claridad la puerta de salida de la *Volksgemeinschaft.* Incluso él podía considerar que esa puerta de salida sólo era la entrada en la eternidad, que ese concepto de la «belleza fluida», no estática de los pueblos del Norte, se perpetuaba en la cintura blanda de las columnas de humo y en la despiadada, efímera,

velocidad de la ceniza. Quizá pudiera considerar que aquello formaba parte de los grandes procesos históricos, pero ningún otro estableció tal coherencia entre sus propósitos explícitos y su espantosa realización. Poco antes de subir al patíbulo, Alfred Rosenberg, que se sabía desde hacía tiempo un moribundo, había de responder a cualquier objeción de su conciencia con meridiana claridad:

> El nacionalsocialismo fue el contenido de mi vida activa. Le serví fielmente aunque con algunas torpezas e insuficiencias humanas. Continuaré siéndole fiel todo el tiempo que me quede de vida.[43]

12

Martin Bormann
El hombre que nunca estuvo allí

En marzo de 1908, un joven de catorce años observaba cómo iba deshaciéndose en la lejanía la costa de Egipto, mientras el buque que lo llevaba a Europa se distanciaba de su ciudad natal, Alejandría. Su padre, un comerciante muy apreciado en la ciudad egipcia, poco dado a las ensoñaciones, se acercó al adolescente y no pudo reprimir su compasión ante la magnitud del espectáculo: «Mira atentamente este país, hijo mío, sólo una vez más. Vas a abandonarlo sólo unos pocos años».[1] Se dice que para el joven Rudolf Hess no tenían sentido las palabras de Durrell:

> Cinco razas, cinco lenguas, una docena de religiones; el reflejo de cinco flotas en el agua grasienta, más allá de la escollera. Pero hay más de cinco sexos, y sólo el griego del pueblo parece capaz de distinguirlos. La mercadería sexual al alcance de la mano es desconcertante por su variedad y profusión. Es imposible confundir Alejandría con un lugar placentero. Los amantes simbólicos del mundo helénico son sustituidos por algo distinto, sutilmente andrógino, vuelto sobre sí mismo. Oriente no puede disfrutar de la dulce anarquía del cuerpo, porque ha ido más allá del cuerpo. Nessim dijo, una vez, recuerdo —y creo que lo había leído en alguna parte—, que Alejandría es el más grande lagar del amor; escapan de él los enfermos, los solitarios, los profetas, es decir, todos los que han sido profundamente heridos en su sexo.[2]

Sin embargo, la relación de veneración erótica que expuso Hess ante *su* Führer, la lealtad puesta a prueba incluso en los momentos de abierto desprecio que le manifestaba Hitler, harto de sus dolencias imaginarias, de su ineficacia, de su pesimismo, de su función de acólito silencioso, como un aroma a pesadumbre volatilizado a su alrededor; la lealtad mantenida en

cuarenta y seis años de cautiverio, podía plantearse como la renuncia a una vida afectiva que estuviera por encima de aquella admiración, «sutilmente andrógino, vuelto sobre sí mismo», para utilizar las propias palabras de Durrell. El Hess de cuya masculinidad se burlaban los dirigentes endurecidos del partido era el portador de una herida de la virtud que escondía un deseo de ser a la sombra de alguien, de existir como referencia de un ente superior. Las relaciones humanas en un ensamblaje autoritario, los complejos mecanismos del liderazgo carismático sólo pueden enfriarse enérgicamente en las cisternas de la burocracia, si no quieren ser presas de esta atracción ambigua. Hess no era un burócrata, y en sus años de infancia de Alejandría pudo saborear el sentido elemental de la existencia, la sensualidad de la naturaleza explosiva, jugando con niños árabes en el jardín de su casa, y aprendiendo los nombres de las estrellas a través de las cuales, durante siglos, las familias de aquellos pequeños habían sabido orientarse en el desierto. Hess pudo canalizar su sensualidad hacia la entrega al mundo estético y emocional proporcionado por el movimiento hitleriano; pudo compensar la dolencia afligida del escaso aprecio de la autoridad paterna y de su inexpugnable soledad espiritual acercándose a un Hitler ante el que fue enmudeciendo hasta no tener nada que decirle. Pero mantuvo ese interés por la inquieta pulsación de los astros, que sumaría a la fascinación por la geopolítica en sus años de estudiante en Munich. Hess sólo pudo entrar en la Historia como resultado de una opción que sacrificaba su carrera académica junto al profesor Haushofer, para servir de secretario a Hitler, que acabó por usarlo de simple pantalla protectora contra las querellas internas de la militancia, mientras depositaba las responsabilidades que exigían una verdadera dedicación e inteligencia estratégica o administrativa a otros dirigentes. Progresivamente, Hess fue convirtiéndose en un halo que parecía contagiar de fervor y sumisión a

Hitler, como una imagen que el Führer tuviera a mano para conectarla a la gran exhibición ante las multitudes y presentarla al modo del alemán *decente*, el que nada deseaba para sí mismo, el devoto peregrino que caminaba tras el Führer evitando que las circunstancias de la vida pudieran molestarlo con pequeños asuntos que lo distrajeran de su misión. Sólo en sus primeros años tuvo la utilidad de sus relaciones personales en Munich, de su formación académica privilegiada, de los contactos ofrecidos a Hitler, algo que fue dejando de ser necesario a medida que el movimiento fue cobrando importancia por sí mismo y por el liderazgo del Führer.[3] Lealtad cuando se produjo la turbia aventura de su vuelo a Escocia, que los investigadores nunca han podido considerar al margen de una orden del propio Hitler o de la forma en que Hess pudo comprender un comentario de su líder.[4] Lealtad, por fin, en un proceso y en un cautiverio en el que nunca reveló los aspectos críticos al régimen que le había desahuciado públicamente, como se apresuraron a realizar los jerarcas supervivientes redactando sus populares memorias en Spandau.

A miles de kilómetros de Alejandría y a una distancia de carácter aún más dilatada, un joven nacionalista, cuyo futuro político había de pasar necesariamente por el poder aparente y la negligencia temperamental de Hess, cometía un asesinato. Vinculado a los restos del *Freikorps* Rossbach, participó en un *Feme* (un acto de justicia realizado de acuerdo con el código del honor germánico), que consistió en golpear, degollar y disparar en la cabeza a un joven llamado Walter Kadow, del que se sospechaba que era un comunista infiltrado en la organización. Los hechos se produjeron en la primavera de 1923, tras la muerte de Leo Schlageter, con cuya entrega a la policía se relacionaba a Kadow.[5] Gracias a la asunción de las responsabilidades directas por otro individuo que se haría tristemente célebre al dirigir el campo de exterminio de Auschwitz, Rudolf Höss, el

joven pudo salir de la cárcel al cabo de once meses de cautiverio, con lo que podía lucir en sus solapas morales el dudoso atributo de ser un perseguido por la justicia republicana. Como tal fue acogido entre los terratenientes reaccionarios de Herzberg, en Turingia, que se habían acostumbrado al servilismo y el empeño en el trabajo de quien siempre sabía estar en su sitio. Martin Bormann había llevado a cabo un acto de violencia física que no había de ser el principal rasgo de su conducta, pero que permite comprender que la brutalidad de sus ejercicios burocráticos en un Estado totalitario, en un régimen de poder absoluto, disponían de una procedencia carnal, orgánica, asimilable a su musculatura y no sólo a la solvencia de un administrativo. No tiene poca importancia que, a los veintitrés años, su conciencia estuviera lo suficientemente mellada como para haber realizado un acto cobarde y salvaje, que ni siquiera tenía la tosca «virilidad» de los enfrentamientos entre los SA y sus adversarios, a cara descubierta, en las calles de las grandes ciudades alemanas. Como sus acciones destinadas a la progresiva ocupación de un poder completo, impenetrable, viscoso hasta dejar su humedad en cualquier acción del régimen, su responsabilidad había quedado aletargada por la noche, mediatizada por las sombras. Incluso la violencia tuvo que ser comprendida, en una personalidad ya formada, como algo que podía camuflarse en la oscuridad, para librarse después de la responsabilidad gracias a la abnegación de quien iba a convertirse en un verdugo profesional, siempre dispuesto a narrar sus experiencias. Bormann siempre tuvo la capacidad de relacionarse con un ser opuesto que le permitiera crecer socialmente. Si, años más tarde, ésta sería la función de Hess, en los principios mismos de su carrera hacia el poder se encontró con alguien de un nombre casi duplicado, de cuya locuacidad y exhibicionismo se aprovechó el silencio de Bormann.

Hasta aquel acto cuyas consecuencias penales deberían haberle

conducido a la protección de los sectores antirrepublicanos de su región, en una forma mucho más productiva a la que en realidad se produjo, Martin Bormann se había desarrollado en condiciones sociales poco propicias, aunque sabiendo adaptarse perfectamente a las circunstancias, siendo el jardinero fiel de un recinto ornamental que no le pertenecía, pero que él cuidaba hasta conocerlo mejor que sus propios dueños. La instrumentalización de sus relaciones familiares, que llevaría adelante como parte de su carrera en un matrimonio oportunista, podía encontrar sus raíces afectivas en una serie de desgracias familiares, que se iniciaron con la muerte de su padre y el enlace de su madre, desesperada por las condiciones económicas en las que se encontraba y una edad ya madura para aquel tiempo, con su cuñado Albert Vollborn. Martin nunca contempló con buenos ojos aquella boda, que rápidamente dio lugar a los rumores de una relación previa de adulterio por parte de Antonie Mennog y que lo obligó a compartir un hogar con los hijos del primer matrimonio de Vollborn. Sin embargo, esta decisión de la madre le permitió estudiar en Weimar, a donde se trasladó la familia, y poder relacionarse muy pronto con el ambiente *völkisch* de la ciudad.[6] Más importante que las asociaciones de carácter antisemita a las que perteneció después de la guerra —en especial el *Schutz- und Trutzbund* y el DVFP— fueron las opciones elegidas por su dependencia del terrateniente para el que trabajaba en Mecklenburg, Hermann von Treuenfels. Un trabajador como él se puso siempre del lado de su patrón, comentando jocosamente la escasa estatura cívica de los dirigentes republicanos que, precisamente en Weimar, habían dado base constitucional al régimen sucesor del *Kaiserreich.* Bormann, el futuro personaje que se presentaba a sí mismo como un revolucionario, era un monárquico muy distinto al tipo que encarnaba Röhm, por ejemplo, pues sus inclinaciones derivaron siempre de aquello que podía agradar a la

autoridad que se encontraba por encima de su cabeza y donde confiaba en medrar. Sus relaciones con la familia fueron lo bastante íntimas como para que pusiera a una de sus hijas el nombre de la baronesa, Ehregard —de la misma forma que pondría a su primer hijo el de Adolf y a otra de sus hijas el de la esposa de Hess, Ilse, aunque lo cambió aparatosamente por Eike tras el vuelo de su antiguo superior a Escocia—. Sólo en 1925, cuando salió de la cárcel y no obtuvo la recompensa que esperaba por el año de prisión sufrido, en un momento en que la crisis de la República había llegado a su fin y los propios monárquicos del DNVP estaban dispuestos a adquirir responsabilidades gubernamentales, Bormann pudo comprender la inutilidad de aquella posición. El reaccionario brutal, eficaz gestor de las tareas de la granja y respetuoso defensor de las relaciones de explotación que sufrían los campesinos de la Alemania Central-Oriental, comenzó a pensar que su patrón tenía mucho más claras que él mismo las barreras de clase infranqueables en las que se sustentaba su posición social. Bormann podía aceptar el destino provisional de un lacayo, ser el cuerpo intermedio dispuesto entre los jornaleros y un terrateniente que odiaba el régimen republicano por motivos que iban alejándose de los factores místicos del monarquismo que había ostentado hasta entonces. Pero si esa provisionalidad empezaba a estancarse para adquirir el aspecto de unas aguas definitivamente entornadas, Bormann aplicó una regla que había de convertirse en la clave de su éxito: saber cuándo la paciencia ante la lentitud de su promoción personal se convertía en resignación frente a una condición de clausura. Esa perspicacia, tan poco abundante en un movimiento que vio perder vidas y carreras por la impaciencia —como en el caso de Strasser y Röhm—, de la misma forma que hundió en la destrucción política a quienes se creían pacientes y eran sólo pasivos —como fue el de Wilhelm Frick o de Walther Funk—, le permitió imponerse

aceptando los reveses momentáneos de la fortuna, pero escapando de los callejones sin salida que su militancia en el nacionalsocialismo le proporcionó más de una vez.[7]

La entrada de Bormann en el NSDAP se produjo algo tardíamente, aunque en todas las peticiones realizadas por las oficinas del partido para averiguar la trayectoria política de sus militantes señalara que, desde muy joven, había militado en organizaciones patrióticas de carácter antisemita, aun cuando no aclarara que había estado colaborando activamente con una organización que se había enfrentado con dureza a los plebeyos hitlerianos y había puesto en peligro el liderazgo del prisionero de Landsberg en 1924. De hecho, el abandono de sus contactos con los grupos más conservadores y su fascinación por el nacionalsocialismo tenía que ver con una evolución personal, que trataba de buscar un espacio político en el que no se sintiera marginado, algo que pudo ir perfilándose en una defensa más enérgica de los aspectos igualitarios de una «revolución» nacional, que había podido degustar en los ámbitos de los excombatientes más que en la actitud de los propietarios agrícolas de Turingia e incluso de los sectores más conservadores de la aristocracia venida a menos de Weimar. Sin embargo, fue precisamente en esta ciudad donde hubo de trenzar sus primeras relaciones con los nazis, dedicándose al reparto del periódico local del partido, *Der Nationalsozialist*, que componía y escribía casi en su totalidad Hans Severius Ziegler, bien conectado con los círculos wagnerianos y nietzschianos de la capital. Por otro lado, el antiguo *Gauleiter* del movimiento, Arthur Dinter, famoso por haber escrito un *best seller* como *Los pecados contra la sangre*, había acabado por enfrentarse a Hitler por cuestiones de carácter ideológico y por el estilo autoritario con el que el Führer deseaba refundar la organización, liquidando los elementos tradicionalistas de la democracia *völkisch*.[8] En pleno proceso de expansión

y burocratización del partido, Bormann había de comprender la importancia que adquirían las relaciones personales cuando se mezclaban con una *utilidad irremplazable* en el seno de la organización. Todos aquellos que lo conocieron en la dirección del partido —y, sin duda, debía haber pocas personas que dispusieran de menos simpatías entre sus jerarcas— resaltaron su conciencia de inferioridad social, que solamente podía permitirle llegar a disponer de algunas opciones si conseguía mantenerse sobre los dos factores que caracterizaban a aquella organización: el que establecía una dependencia *personal* de Hitler, decidida por la única voluntad del jefe del partido, y el que la fundamentaba en un *valor de uso* para los requerimientos que una persona de carácter tan instrumentalizador como el Führer deseaba encontrar. Ciertamente, puede decirse que sólo alguien para quien el resto de las personas eran meros medios podía reconocer tan a fondo la misma actitud en el entorno aparentemente místico del caudillo. Creer en él tan sólo fue letal para personas preparadas como Rosenberg, Darré o Speer, en tres ángulos muy distintos de su captación del personaje. Sólo un tecnócrata utilitario como Himmler y alguien con la habilidad política de Goebbels podían maniobrar en un campo de relaciones tan movedizo como éste, y ambos tuvieron que hacerlo sabiendo hacerse con una base de poder personal que les permitiera evitar que Hitler prescindiera de sus servicios, lo cual les posibilitaba adquirir una especie de valor negativo: resultaba más costoso depurarlos que mantenerlos en el poder.

De este modo, Bormann se lanzó en pos de una carrera de eficiencia administrativa que lo llevó a ser jefe de prensa y ayudante directo del nuevo *Gauleiter* de Turingia, Fritz Sauckel, con quien establecería lazos permanentes desde aquellos años que sabría utilizar durante la guerra. Su escasa capacidad como orador —el «valor de uso» que Goebbels podía presentar frente a Hitler— tuvo que compensarlo mediante una redoblada

constancia del trabajo burocrático en un tipo de movimiento que era muy reacio a este estilo.[9] La relación personal con el Führer la cuidó de una forma exquisita, aprovechando la posición estratégica que ocupaba Turingia en los planes de expansión hacia el norte del partido, que Hitler intentaba lograr con la ayuda de la tenacidad organizativa de Strasser. De igual modo, procuró mantener una relación estrecha con el OSAF (delegado jefe de las SA) Franz Pfeffer von Salomon, procurando ser llamado a las oficinas de Munich, donde se encontraba la posibilidad de realizar tareas cerca del círculo íntimo de Hitler. En noviembre de 1928, había convencido al responsable de las fuerzas de asalto que tenía las suficientes ideas y el orden administrativo, tan escaso en una organización en proceso de reestructuración, como para recibir un empleo remunerado a tiempo completo en la central del NSDAP.[10] En el nuevo cargo, Bormann había de presentar muy pronto las características que antes se han señalado como fundamentales para el incremento de su poder, a costa del que podían creer que le correspondía los militantes más antiguos de la organización o quienes disponían de un nombre ilustre, alumbrado constantemente por las candilejas de una organización de combate que iba adquiriendo potencia electoral y pudiendo ofrecer sinecuras en los ámbitos institucionales, gracias al crecimiento espectacular de resultados electorales que obtendría el partido desde 1929. Por un lado, Bormann se mostró como el hombre capaz de resolver situaciones económicas delicadas, como la creación de un Fondo de Auxilio (*Hilfskasse*) que sustituyera el contrato con una empresa privada, encargada de indemnizar a los SA heridos en luchas callejeras, algo que se conseguía muy rara vez, dada la responsabilidad de los propios militantes en las incidencias denunciadas. Al crear una caja de reserva especial, a la que Hitler dio la orden de cotizar a todos los afiliados del partido a las SA, se disponía de una base financiera indispensable para

afrontar los inmensos gastos que había de cubrir el NSDAP en las campañas electorales por realizar a comienzos de la década de los años treinta. En un partido que, salvo casos excepcionales como los minuciosos Schwartz o Bouhler, la dedicación a estas tareas se consideraba una tarea miserable, tan poco alineada con la imaginería heroica del movimiento, Bormann acababa de conseguir convertirse en el administrador de una sustanciosa donación mensual para las necesidades de la organización, que ni siquiera estaba obligada a atender *cualquier* reclamación que procediera de los militantes afectados por algún problema relacionado con una radicalización de la violencia política, pues correspondía precisamente a su Oficina decidir si el caso debía compensarse o no, de acuerdo con la disponibilidad que se tuviera.[11] Esta promoción burocrática, que le concedió cierto respeto de sus camaradas, aunque en absoluto el tipo de confianza que podían tener los viejos dirigentes, que valoraban otro tipo de carisma, fue sumada a un acto fundamental para introducirse en el círculo privado de Hitler: su boda con la hija de Walther Buch, Gerda. La muchacha, de una belleza que puede apreciarse en las fotografías de su boda, en la que Hitler y Hess actuaron como testigos, quedó pasmosamente enamorada de aquel hombre de escaso atractivo temperamental y físico, aun cuando la afirmación de Von Lang, que señalaba que la profesión de maestra había acostumbrado a Gerda Buch a apreciar a personas mucho más bajas que ella, sólo pueda tomarse como una muestra de sentido del humor del biógrafo. Más probable es el comentario realizado por Darré, que conocía el carácter alocado y pasional de la muchacha, y que se refirió brutalmente al embarazo que se apresuró a proporcionar el eficiente administrativo, ya que sólo siete meses separaron sospechosamente el matrimonio del primer hijo, a quien Bormann llamó, respetuosamente, Martin Adolf.[12] Por escaso que fuera el placer de un burgués conservador como Buch ante aquella circunstancia, tuvo que

atenerse a las consecuencias de la impetuosa decisión de su hija, que permaneció toda su vida enamorada de Bormann, como lo demuestra la publicación de su correspondencia en los últimos años de la guerra.[13]

La relación con la familia Buch y el hecho de que Hitler hubiera sido testigo de su boda permitió establecer un vínculo social cargado de naturalidad entre ellos, ya que el Führer pasaba muchas veladas en casa del responsable de la Organización de Arbitraje del Partido (USCHLA). Ante el disgusto de algunos de quienes acompañaban normalmente al Führer en sus excursiones al restaurante Osteria, Bormann empezó a sumarse a las comidas desde 1929-1930, algo que podía sorprender, aunque no constituir una molestia excesiva para las personas habituales, como Himmler o Rosenberg, que ni siquiera reparaban en su presencia y lo tenían como un trabajador de la Casa Parda emparentado con uno de los dirigentes más respetados de la organización. De forma retrospectiva, cuando redactaba sus anotaciones destinadas a convertirse en su testamento político, Rosenberg había de recordar aquella *ausencia* con especial acritud. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que Rosenberg fue una de las personas más perjudicadas por Bormann en los años en que éste sustituyó a Hess, aprovechando el carácter débil del ideólogo y las alianzas establecidas con Himmler en temas relacionados con el control de los territorios ocupados o los límites puestos a cualquier deseo de control cultural por parte del autor de *El mito del siglo XX*.[14] Darré, otra de las personas más perjudicadas por la labor de zapa de Bormann en los años en que estuvo a cargo de la Cancillería del Führer, recordaba que, ocurriera lo que ocurriera, uno siempre se encontraba con Bormann sentado a la mesa, cuya amabilidad contrastaba de tal manera con la brutalidad con que trataba a sus allegados o a sus subordinados; Darré decidió no volver a poner los pies en su casa tras asistir a la humillación de Gerda por parte de su esposo.[15] La actitud

servicial con sus superiores, que llegaba a molestar a quienes tenían un carácter más recio, combinada con esa ferocidad con que trataba a quienes se encontraban bajo sus órdenes, había de ser otra de las características que no sólo era propia de una personalidad autoritaria, sino que también resultaba muy eficaz para asegurarse una lealtad que no podía obtener más que por el temor a las represalias. Dada su trayectoria en la organización, tan gris y poco pública, la falta de conocimiento de su personalidad que le permitiera margen alguno de maniobra, el único factor que le permitía abrirse paso, además de su eficiencia administrativa y sus muestras de absoluta lealtad al Führer era disponer de la sumisión absoluta de aquellos a quienes exigía la dedicación que no podía proceder de la camaradería ni del carisma, sino de la obediencia burocrática. De igual forma, la manera en que podía pasar de una exquisita gentileza ante un *Reichsleiter* tan poderoso como Ley a actitudes despectivas de una inaudita e innecesaria humillación, mostraba que sólo podía entender las relaciones de poder como un vínculo que, en su caso, debía establecerse por el temor de quienes habían sido sus iguales o sus superiores, y el afecto y la dependencia progresiva de aquel a quien consideraba su único jefe permanente.

A estos dos elementos para construir su propia carrera dentro del movimiento —la capacidad de un trabajo constante, incansable, que acababa minando la resistencia de quienes consideraban tener cosas más importantes y heroicas que hacer, sumada a su integración matrimonial en el ámbito personal de Hitler— había de sumarse otro factor que fue resultando de una importancia creciente en el movimiento, en especial cuando éste se aproximó a las esferas del poder político y acabó integrándose en el Estado: la conspiración destinada a destruir la reputación y los apoyos en el aparato de algún dirigente. Una de las primeras acciones tomadas en esta dirección fue un extenso memorando dirigido a Rudolf

Hess el 5 de octubre de 1932, en el que denunciaba la vida privada de Röhm, la degeneración de sus oficiales y el mito de los «servicios prestados al partido», que Röhm presentaba sin considerar que el verdadero organizador de las SA había sido Pfeffer y que el crecimiento de las fuerzas de asalto había sido el resultado de la expansión general del NSDAP desde 1929. La carta se dirigía a la persona adecuada. Alguien con las características emocionales de Hess había de ver con un profundo desprecio aquella situación, además de no tener un vínculo personal con Röhm como el que, sin embargo, podía mantener con algunos jefes muniqueses de las SA, cuyo asesinato en 1934 resultó para él un golpe durísimo. La recepción de una misiva de este estilo por Hitler le habría hecho sentirse disgustado por la persona a la que se hacía mención —además de por poner en duda sus referencias a la valoración pública realizada acerca del OSAF—, además de cuestionar un principio que era, en aquellos momentos, esencial para el Führer: la vida privada de Röhm era un asunto personal, que sólo podía criticarse si dejaba de llevarse con discreción. Como se sabe, no había sido precisamente la discreción lo que había ocurrido justo en los momentos en que el partido necesitaba disponer de un mayor prestigio, al disputar los votos de la derecha conservadora más extrema. Bormann se daba a conocer a Hess como un trabajador eficiente que también era capaz de tener ideas propias sobre el *carácter* del movimiento nacionalsocialista, en especial en lo que hacía referencia a algo a lo que Hess era muy sensible, su ejemplaridad como receptáculo de virtudes de la raza alemana. Por último, el ataque se realizaba cuando Bormann quería distanciarse de su condición de miembro de las SA, aprovechando los recientes enfrentamientos que había habido en Berlín y que habían llevado a la expulsión de Stennes. Su futuro en aquel movimiento era más que dudoso, dada una personalidad tan poco dada al activismo, tan poco inclinada por los aspectos más «sociales»

del movimiento y tan disciplinada en lo que atañía a la subordinación a un partido que deseaba identificarse con el Estado. Su intento fallido de convertirse en el líder de la Fuerza Motorizada del partido (NSKK), que él mismo había inventado en 1929, le había hecho comprender que no podría disponer de un ascenso normalizado en aquel ámbito, y que debería establecer los lazos propios de un esquema que reuniera, en un triángulo perfecto, el control del papeleo como mecanismo de información exhaustiva, la vigencia de una lealtad expresada con un exagerado servilismo, así como la disposición a una tarea conspirativa permanente, resultado de su voluntad de ampliar los espacios de su poder hasta convertirse en el intermediario indispensable entre el liderazgo carismático de Hitler y el partido, que luego pasaría a doblarse en su cargo como responsable del Gabinete de Hess y luego jefe de la Cancillería, al ser la zona de mediación entre el conjunto de autoridades del partido y del Estado y la más alta autoridad de ambos.

Cuando se produjo un ascenso al poder que no implicaba la conquista violenta y total del mismo —como podría indicarlo el término *Machtergreifung* normalizado en la historiografía, que implica una «conquista», mientras que el *Machtübernahme* utilizado por los nazis se refiere a una más moderada «toma» o «acceso al poder» mucho más congruente con los hechos, por lo menos hasta las elecciones de marzo—,[16] Bormann pudo aprovechar su oposición a los sectores radicales del partido, que no dejaron de causarle problemas al Führer, deseoso de mantener su vinculación con los sectores conservadores que lo apoyaban, al tiempo que esa moderación en las alianzas políticas no implicaba, en modo alguno, la *limitación* del poder de Hitler, sino trabajar de la mejor manera posible para incrementarlo, en lugar de exigirle una negociación constante con la base del movimiento. En el preciso momento en que Hitler necesitaba llevar

adelante el proceso de institucionalización del nuevo Estado, Bormann —que había permanecido en las oficinas del partido en Munich y veía peligrar su único empleo como responsable del *Hilfskasse* dados los esfuerzos de Schwarz para centralizar los fondos del NSDAP y hacerlos depender de una financiación estatal— se decidió a solicitar a Hess un empleo en su nuevo cargo de *Stellvertreter der Führer.* No sólo se trataba de la posibilidad de que un hombre escasamente dotado para las tareas burocráticas podría aceptar con satisfacción la oferta de alguien cuyas ambiciones de brillo político parecían nulas, sino que Bormann previó la importancia crucial que había de tener aquel cargo en la definición de la estructura del Estado y sus relaciones con el partido, el elemento que había de resultar fundamental en el futuro del Reich. En este aspecto, pocos hombres de la vieja guardia del NSDAP fueron tan perspicaces: sólo Himmler —cuya dedicación minuciosa a las tareas burocráticas era similar a la de Bormann— intuyó que éste era el terreno en el que se iban a dirimir las cuestiones fundamentales del poder, lo que lo llevó a entrar en una confrontación abierta para el control y estatización de los servicios de seguridad del partido, fundiéndolos con los del Estado, asumiendo los costos de la resistencia de Göring y Frick. Otros, como Robert Ley o Alfred Rosenberg, fueron derrotados políticamente por no haber apreciado la importancia fundamental de su imposición a los órganos gubernamentales *desde* las estructuras del partido, mediante una yuxtaposición como la que conseguían Himmler o Goebbels, aun cuando en el caso de Rosenberg se trató de una derrota impuesta por su carencia de base social más que de una falta de sensibilidad ante el problema. La posición de Frick, que sólo disponía de fuerza en el gabinete, resultaba la inversa, mientras que las condiciones en las que quedaba Röhm podían implicar una correlación de fuerzas favorable siempre y cuando se diera un proceso de radicalización de la revolución,

que Hitler detuvo no sólo porque implicara la pérdida de la alianza con el ejército, como es usual plantear, sino *sobre todo* porque establecía una dinámica del poder basada en una negociación de fuerzas en la que él era *una pieza más* y no un elemento alejado de las querellas internas e incontestable.

La asunción de su cargo de *Stabsleiter* (jefe de Gabinete) del *Stellvertreter* (representante del Führer) comenzó por otorgar a Bormann una fuerza que debía utilizar con extremada cautela, en especial porque su propio superior era una persona escasamente dotada para defender su área de influencia frente a las ambiciones de las diversas agencias del partido que, a veces duplicadas en tareas gubernamentales, podían desafiar las órdenes emanadas de una teórica voluntad del Führer. En abril de 1934, Hess aún había de quejarse en una nota difundida entre los *Gauleiter* y los *Reichstatthälter* de la forma en que se prescindía de su autoridad a la hora de realizar nombramientos en la administración, en un momento en que los jefes locales del partido y delegados nombrados por el gobierno debían hacer mostrar su autoridad para congraciarse con su propia base social, al tiempo que tensaban sus relaciones con la Oficina de Hess para apreciar hasta qué medida se encontraba en condiciones de controlarlos. A medida que el resto de partidos fueron ilegalizados y se llegó a la situación de hecho del 14 de julio, cuando sólo el NSDAP quedó en pie, la movilización del nacionalsocialismo había podido dar la impresión de desbordar en mucho las intenciones originales de un acceso a la Cancillería que suponía la coalición de fuerzas de la derecha, a las que se sumaron los católicos del Zentrum en la votación de la Ley de Plenos Poderes, que aceptaron la necesidad de un acuerdo para establecer un régimen autoritario y liquidar las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda. El conjunto de fuerzas conservadoras —especialmente lo que representaba el DNVP o los

pequeños partidos como el *Wirtschaftspartei* o los grupúsculos socialcristianos o conservadores, así como la presencia puramente simbólica de los dos grandes partidos liberales, el DVFP y el *Staatspartei*— implicaba el paso de una cultura de coalición nacional a la pura y simple *integración* en un movimiento nacional liderado por el nazismo, una revolución que no permitía el ingreso en el partido de quienes pudieran desbordarlo —las inscripciones fueron cerradas por Schwartz poco después de haber asegurado la captura del poder—, sino que obligaba a aceptar la existencia de una vanguardia política que se establecía como liderazgo espiritual de la nación. Entre la liquidación de todos los partidos legales y la ley que fundía el partido y el Estado pasaron aún cinco meses, al final de los cuales Rudolf Hess fue nombrado ministro sin cartera, junto con Ernst Röhm. Hitler se había esforzado en proclamar desde el verano el paso a una fase constructiva del proceso revolucionario. Sin embargo, ello no podía implicar —dados los objetivos radicales del régimen que se mantenían y que precisaban de una progresiva adhesión de la sociedad— el final de una movilización, sino la orientación de las transformaciones radicales por realizar *desde el Estado*, algo que en su pensamiento implicaba sólo una cosa: desde su propia voluntad como Führer enviado por la Providencia. Aun cuando a Hess podía pasarle desapercibido, considerando que bastaba con expresar esta afirmación para que las cosas funcionaran, Martin Bormann entendía que tal autoridad carismática había de combinarse con una ejercicio disciplinario constante, que evitara que el reconocimiento teórico de esta afirmación continuara con una espiral de captura de poder territorial o de área por los *Gauleiter* y *Reichsleiter*, que quisieran comprender que la fusión progresiva entre el Estado y el partido implicaba una simple *sustitución* de las viejas autoridades por los responsables de las tareas de gestión local o de área de gobierno por los dirigentes y

especialistas del NSDAP. Por el contrario, de lo que se estaba hablando era de un nuevo tipo de Estado, que en ningún modo suponía un desplazamiento automático, que entregara el poder horizontal o vertical a las correspondientes autoridades del partido, sino la concentración de todos los poderes en una autoridad máxima que lo era *en los dos ámbitos*, y que perpetuaba formalidades de Estado y formalidades de partido precisamente para asegurar que los procesos de fusión de funciones dependerían del ritmo que el Führer decidiera, si es que optaba por una solución que llevara a la integración de funciones en un área determinada. Para Bormann, que interpretó este concepto en un sentido mucho más radical que el propio Hitler —siempre dispuesto a hacer concesiones para evitar rupturas, por lo menos antes de que la guerra mundial se complicara—, el partido debía ir dejando de ser una constante coordinación de entidades autónomas para adquirir un tono progresivamente disciplinado, unitario. No logró realizar este proyecto hasta los tramos finales de la guerra y en las condiciones excepcionales de un conflicto que colapsó los órganos del Estado. Pero, sin duda, fue el hombre que dispuso de una claridad más potente en el campo de las relaciones entre *esta* forma de poder, tan distinta a cualquier otra, incluso a otros sistemas de institucionalización del fascismo, que puede conocerse como *Führerstaat*. La sorpresa expresada por el crecimiento de su poder personal sólo puede plantearse desconociendo ese carácter del poder político tal y como se fue organizando en un *proceso* que se había iniciado con una coalición de gobierno, había pasado a legitimarse mediante un estado de excepción tras el incendio del Reichstag y la Ley de Plenos Poderes, estableció el partido único, decretó la fusión entre el Estado y el Partido Nacionalsocialista y acabó por ser reconducido a un poder personal de Hitler, configurado en el de la propia Cancillería a partir de 1941 y, desde 1943, Secretaría del Führer. El esfuerzo de Bormann fue ir limando

las áreas de incertidumbre en el que las agencias estatales y del partido iban desarrollando su labor, para disponer del mayor control sobre todas las actividades, a favor del Jefe Máximo del Estado.

Bormann había de sufrir algunos tropiezos en una tarea tan complicada, que siempre respondieron a la falta de auxilio de Hitler, como cuando se enfrentó a la vez, en 1936, a Von Schirach y a Göring para tratar de evitar que multiplicaran el número de agencias destinadas a la juventud. Para el político que analizaba las correlaciones internas de fuerzas, los criterios no podían ser idénticos en los plazos, aunque pudieran serlo en el concepto mismo del Estado que se planteaba. Para decirlo con mayor rotundidad, en 1936 Hitler no estaba dispuesto a enemistarse con Göring para evitar que su Secretaría personal perdiera el control de un área que podía ser secundaria, cuando el Mariscal del Aire acababa de ser nombrado responsable máximo del Plan Cuatrienal y, por tanto, coordinador de todo el proceso de la economía de guerra. Sin embargo, los avances logrados por Bormann en este esfuerzo centralizador, ya antes del estallido de la guerra, recibieron la ayuda combinada de la buena suerte y de la tenacidad en la persecución de un objetivo tan claro. Bormann fue el elemento utilizado por Hitler para subordinar todo el aparato del Estado a su voluntad, presentándolo como si se tratara de una entrega de la administración al partido en su conjunto, algo que habría exigido la formación de algún tipo de autoridad colectiva de éste que nunca llegó a existir, pero que era sustituida por las relaciones bilaterales que se establecían entre líderes afines o entre Hitler y cada uno de los *Reichsleiter*. Prueba de esta decisión fue la reacción colérica del Führer cuando Bormann puso en su conocimiento que los *Gauleiter* habían decidido convocar una reunión en Berlín, lo que llevó a una intervención inmediata de la Oficina del *Stellvertreter* para recordar que tales situaciones no podían repetirse, y que el derecho de reunir a los dirigentes del partido

para que recibieran instrucciones del Führer sólo podía corresponder a Hitler, que lo tramitaría a través de su Oficina. No hubo necesidad de repetir la advertencia. Tras medidas tomadas por el propio gobierno, como la disolución de la Policía Auxiliar en agosto de 1933, la creación de una oficina del Ministerio de Justicia para estudiar los posibles excesos de las SA y las SS, y la nota enviada por Bormann que señalaba el 13 de octubre la inconveniencia de establecer relaciones horizontales entre antiguos miembros del partido, se aprobaría la Ley del 1 de diciembre de 1933. Ésta convertía al NSDAP en una institución de derecho público, «base de pensamiento estatal alemán y ligado de manera indefectible al Estado». Como señaló hace años Martin Broszat, que la ley hablara del partido como base de la *idea* del Estado y no como mecanismo de organización del mismo era ya una retirada de cualquier fundamento jurídico a la primacía del NSDAP, cuya «guía espiritual» se expresaría necesariamente a través de las decisiones tomadas por Hitler, que tras la muerte de Hindenburg pasaba a tener en su persona la condición de Führer del Estado y del partido.[17] En julio de 1935, Hitler se reservó el nombramiento de funcionarios, estudiándose un decreto que debería resolver el problema de preservar los derechos adquiridos por éstos y la voluntad del propio Führer de romper con la inercia administrativa, que consideraba contraria al esquema darwinista de conflicto y constante superación en la que veía una dinámica positiva de la comunidad. El problema fundamental, como es lógico, no se refería a las ideas que Hitler pudiera tener con respecto a los empleos fijos o los salarios uniformes que podían desalentar la competencia, sino en la necesidad de entregar al partido el control de la administración del Estado. Tal principio asumido, y célebremente proclamado por el Führer en el Congreso de 1934, al señalar que el partido guiaba al Estado, no al contrario, podía entenderse de formas distintas y, de hecho, fue

comprendido de una manera dinámica y conflictiva, debiendo respetar siempre el poder *real* del que disponía cada dirigente en su zona de responsabilidad. Para Goebbels, por ejemplo, cualquier control de *sus* nombramientos en el área de cultura representaba una intolerable intromisión, ya que él era un dirigente del partido en quien debía confiarse para que nunca dejara ingresar en su Ministerio a quienes pudieran ser adversarios del nacionalsocialismo. Para Bormann suponía la superación de este concepto feudal del poder, para evitar lo que era un simple tema de confianza política en un derecho reservado a los *Reichsleiter.* Aun cuando el nombramiento llegara a ser el mismo, lo que estaba en juego era el criterio, y Bormann había de enfrentarse a la propia desidia de Hitler, tan receloso de la pérdida de su autoridad como partidario de cederla para evitar que se acumulara un trabajo ingobernable sobre su mesa, además de tener que presentarse siempre como defensor de los intereses del partido y factor que deseaba completar una revolución que aboliera cualquier rasgo de independencia del Estado. Su queja de 1934, que expresaba su preocupación por el hecho de que sólo el 10 por ciento de los funcionarios fueran militantes del partido, iba en la dirección de poder presentarse ante los *Gauleiter* como alguien que, al querer disponer de la autoridad para revisar el nombramiento de empleados públicos, estaba protegiendo intereses corporativos, no sólo un mecanismo de control *sobre el propio partido*.[18]

Junto al proceso de centralización del poder que buscaba, Martin Bormann consiguió que su posición fuera instalada en un ámbito claro desde el punto de vista normativo, algo que logró al ser nombrado *Reichsleiter* el 10 de octubre de 1933, por lo que ya podía enfrentarse, de igual a igual, a dirigentes como Robert Ley, que disponía de una de las áreas de competencia recientes más poderosas —el DAF— mientras

continuaba siendo responsable de Organización del Partido, una tarea que estaba destinada a chocar con las ambiciones del *Stablsleiter* de la Oficina del Führer. A ello añadió la posición de diputado en el nuevo Reichstag elegido en una candidatura única del partido el mes de noviembre, dotándose de una suma de rangos legales que le permitían ir acrecentando la autoridad que emanaba de su contacto con el Führer a través de Hess y por una acumulación ingente de material que le permitía controlar la actividad de los dirigentes locales. Sin embargo, los años treinta continuaron manteniendo obstáculos a la realización de estas funciones al completo, por la resistencia de los organismos del partido y por la evidente confusión de tareas. Por ejemplo, cuando Robert Ley nombró inspectores de la Oficina de Organización Política (POL) para examinar el proceder de los *Gauleiter*, Bormann consideró que el responsable de organización irrumpía en su terreno y nombró él mismo inspectores de su propia Oficina, algo que sólo desembocó en un bloqueo de la tarea: los dirigentes territoriales se consideraron espiados y, como reconocían solamente la autoridad del Führer, lograron que tanto Ley como Bormann tuvieran que retirar de una forma ordenada esta pretensión.[19] Sin embargo, al llegar a las últimas etapas de la paz, Bormann había logrado algunas victorias significativas, que no se referían solamente al aumento de su poder, sino también al desguace progresivo de un Estado heredado de Weimar. La Ley de Funcionarios de enero de 1937 (DBG) supuso un criterio de selección basado en la lealtad a los principios nacionalsocialistas y el establecimiento de normas de competencia que afectaran a criterios ideológicos.[20] A ello se sumó la progresiva desaparición de las reuniones del gobierno, que fueron haciéndose excepcionales, hasta concluirse con un último encuentro del gabinete en febrero de 1938.

Esta tarea normativa había ido anulando la fuerza que algunos dirigentes

podían oponerle, aun cuando necesitara apoyarse en otros para hacerlo, como cuando solicita que la Gestapo disponga de una mayor libertad de acción para ejercer un control efectivo sobre la sociedad, lo que lo llevó a una alianza inestable con Heinrich Himmler, mientras se dedicaba a destruir sistemáticamente el poder de Robert Ley o Alfred Rosenberg: el primero, porque la responsabilidad en el área de organización que seguía disfrutando el jefe del DAF era un obstáculo a sus propias funciones; el segundo, porque un hombre como Rosenberg había elaborado una doctrina del Estado que era contraria a las aspiraciones del burócrata Bormann, que también deseaba disponer del control de la cultura y del liderazgo en una lucha contra la fuerza de la Iglesia, aspectos en los que Rosenberg se consideraba con justicia una autoridad designada por el propio Führer. Para ir ganando el beneplácito de Hitler, Bormann había de mover un instrumento esencial en el área de las relaciones personales que sabía que resultaban fundamentales para ganarse la confianza de un dictador que siempre actuaba de acuerdo con su concepto de las personas: no tanto del valor estricto que tuvieran, sino de los beneficios y la protección que pudieran proporcionarle. A la lealtad manifestada de una forma ostentosa, a la eficacia en la Oficina que descargaba a Hitler de un trabajo que él consideraba imposible de llevar adelante, aunque no quería desdeñar, Bormann hubo de sumar la administración de los bienes de Hitler a través del Fondo Empresarial que administraba su Oficina desde 1933, y que suponía la entrega de recursos especiales por empresarios para facilitar la tarea de gobierno del Führer y buscar su apoyo.[21] Ello supuso que el habilidoso contable fuera capaz de preparar el gran regalo que tenía disponible para su admirado líder. La pequeña casa rural que Hitler tenía desde la época del *Putsch* de Munich fue ampliada hasta convertirla en una mansión de montaña (*Berghof*), rodeada de terrenos arbolados y de cultivo

que fueron comprados a precios irrisorios a los campesinos. Además de ello, encargó a Fritz Todt una obra gigantesca, que debió resultar del agrado que Bormann había observado en Hitler por este tipo de planteamientos, pero que nunca pudo oponer a los que le presentaba Speer. En septiembre de 1938, pudo inaugurar la Casa de Té en lo alto de Kehlstein, aun cuando Hitler habría de aprovechar en escasa medida una obra tan monumental, cuando el conflicto bélico estaba a punto de desencadenarse. De todas formas, la presencia de Bormann en Obersalzberg lo convirtió en un personaje que, además de recibir el agradecimiento de Hitler por su constante labor en aquellos aspectos más tediosos de la administración, iba apareciendo como alguien indispensable, que disponía de todas las informaciones que el Führer necesitara para enfrentarse a las constantes demandas de los dirigentes del partido que habían alcanzado el poder en su compañía. La propia insignificancia política de Bormann lo convertía en el individuo más adecuado para aquella tarea, pues Hitler no podía ver en su persona un posible álter ego, como en el caso de Rosenberg, Goebbels, Göring o incluso Speer, sino un humilde administrativo que sería incapaz de hacer otra cosa que ponerse a su servicio.

Como en otros casos de quienes se encontraban al frente de algún área de la administración —como los casos de Himmler o, sobre todo, de Speer—, la guerra había de ofrecer oportunidades a cualquiera que tuviera ambiciones políticas y habilidad suficiente, y Bormann se había construido una poderosa plataforma que, ya en el congreso del partido de 1938, le había permitido ocupar descaradamente el lugar que antes correspondía a Robert Ley. La creación de un Comité de Defensa en agosto de 1939, que estaba bajo la dirección de Göring, era muy poca cosa, conociendo el grado de enfrentamiento neutralizante que podían tener las diversas agencias —piénsese en lo que se ha considerado al plantear los esfuerzos de

coordinación bélica de Todt y Speer—, en comparación con lo que significaba la proximidad física al propio Hitler, viajando en su tren en toda la campaña de Polonia y convirtiéndose en un perpetuo intermediario, en una situación que, de hecho, el ajetreado Führer iba utilizando cada vez con mayor asiduidad para poder tomar las líneas de mando decisivas en los aspectos que habían pasado a ser los de su máxima incumbencia: la preparación de la guerra con la Unión Soviética —tras haber eliminado el peligro francés— y la solución del «problema judío», ya fuera mediante la deportación, ya fuera mediante el exterminio o una combinación de ambos factores. Su momento de máximo riesgo y poder se produjo cuando Rudolf Hess realizó su vuelo a Escocia para tratar de negociar una paz con los que él consideraba aliados naturales de Alemania, antes de lanzarse a la ofensiva contra la Unión Soviética. Bormann se había asegurado la protección en un momento en que las sospechas por los actos de su superior podían recaer sobre él, mediante una aprobación permanente de la política exterior de Hitler y su apoyo en las actividades de los sectores más radicales del partido en las operaciones de deportación en Polonia y de asignación de recursos alimenticios mínimos en el Gobierno General. Disponiendo del apoyo de Himmler y de la aprobación general de Hitler por su actitud, pudo neutralizar la enemistad de un desalentado Göring, aún poderoso a pesar de su caída en desgracia tras la batalla de Inglaterra, señalándole la coincidencia de sus objetivos: evitar la dispersión del poder del Estado —Göring continuaba siendo el máximo responsable de la Oficina del Plan Cuatrienal— y asumir la subordinación de todas las autoridades políticas y militares a este objetivo—.[22] Neutralizado este riesgo, limpiado su nombre con la vehemencia con la que actuó contra su antiguo jefe, borrando despiadadamente su nombre de los documentos, ordenando que se retiraran sus fotografías de todas las oficinas del partido y, como se ha dicho,

llegando a inscribir en el registro civil un nuevo nombre para su hija, Bormann no sólo se vio recompensado con el cargo que había ocupado Hess, sino que lo vio ascender a la formación de una Cancillería que, además, le permitió convertirse en ministro a finales del mes de mayo.

Esta consolidación de su poder, cuando podía haber caído con todo el equipo de ayudantes de Hess, había sido el resultado de una labor paciente, minuciosa, de un poder de hecho que pasaba a reconocerse y de una gestión impagable de los asuntos del gobierno para los que Hitler iría teniendo una paciencia cada vez más pequeña, a medida que las condiciones de la guerra fueron haciéndose más complicadas, una vez fracasada la primera ofensiva contra la Unión Soviética en el invierno de 1941. En ese mismo año había logrado una victoria definitiva sobre Ley, al conseguir que todos los asuntos relacionados con la administración dejaran de pasar por la POL y discurrieran por la Cancillería. Sin embargo, en los dos años siguientes había de realizar ofensivas de mucha mayor potencia, que iban alimentando su poder como resultado de la victoria precedente. A lo largo de 1942 y 1943 trabajó con dureza contra la independencia de los jueces: aprovechando la vacante en el Ministerio de Justicia, consiguió la colocación en el cargo de uno de sus hombres de confianza, Thierack, que también pasó a dirigir la Academia de Jurisprudencia, algo que implicó dos objetivos políticos acariciados desde hacía tiempo: la caída en desgracia de uno de sus enemigos más destacados, el antiguo abogado de Hitler, Hans Frank, a quien habría correspondido el cargo, el deseo de abandonar el ingobernable Gobierno General de Polonia, y la entrega al radical Roland Fiesler de la Secretaría de Estado de Justicia, destinada a la homogeneización de la misma de acuerdo con los principios de excepción de los Tribunales Populares del Reich. El resultado fue la completa destrucción del sistema de justicia en el régimen y su servil entrega a la

autoridad del Führer, a través del control que sobre un área fundamental era capaz de ejercer el propio Bormann.[23] La ofensiva contra la Iglesia que siguió a continuación, planteando la superación del cristianismo en su vertiente ideológica y la negativa a aceptar la influencia de un poder externo al Estado en asuntos como las políticas raciales, suponían una clara interferencia en aspectos que habían sido defendidos por personas como Rosenberg sin éxito en los años de paz, pero que ahora se encontraban con un ambiente de libertad, de euforia destructiva y de ampliación del poder de un Estado ideológicamente radicalizado que era muy distinto a las condiciones de 1933-1936. La brutal respuesta a la resistencia del grupo de estudiantes de *La Rosa Blanca* en 1943, en la que Ronald Feisler tuvo un destacado papel, podía indicar la firmeza con la que el Estado estaba dispuesto a colocarse frente a quienes, en nombre de la religión, estuvieran dispuestos a saquear los logros obtenidos en una guerra que Bormann consideraba victoriosa.

Por otro lado, tales aspectos ideológicos habían de mantenerse en toda su extensión en el mismo momento en que Himmler deseaba aprovechar la radicalización del régimen que estaba procediendo al exterminio sistemático desde el verano de 1941, y ello condujo incluso a consideraciones que afectaban a la vida privada del burócrata eficiente de una forma que resulta irrisoria, si no respondiera a llevar la concepción racial del Estado a una concepción de la liquidación de los débiles y reproducción de los fuertes que resulta aterradora. En enero de 1944, Bormann escribió a su mujer confesándole que se había enamorado de Marja Behrens y que, al haber establecido una relación estable con ella, sólo encontraba los remordimientos padecidos por las quejas de la muchacha, que era amiga de la esposa. La respuesta de la mujer, firmada el 14 de enero de 1944 en Obersalzberg, indica una comprensión poco frecuente, que se eleva al rango

de una ideología para un nuevo Estado de esclavos de raza deteriorada y Señores puros que deben reproducirse en bien de la cultura y la comunidad. Desde luego, la entusiasta Gerda le manifestaba que ya se había dado cuenta de lo que sucedía, pero le indicaba, recordándole que el novio de Marja había muerto en Stalingrado:

> En el caso de M. tú serás capaz de remediar esta situación, pero tendrás que hacer lo posible para que M. tenga un hijo y al año siguiente yo, de forma que siempre puedas contar con una mujer. Luego, educaremos a todos los niños en nuestra casa junto al lago, viviremos juntos y la mujer que esté esperando un hijo podrá estar contigo en Obersalzberg o en Berlín … Sólo en un aspecto, querido, debes proceder con las máximas precauciones y educarla amablemente. Todavía no está libre de la fe cristiana … Proporciónale libros que la iluminen a este respecto, pero hazlo de un modo discreto.[24]

Naturalmente, Bormann respondió como se esperaba de su eficiencia, señalando el 28 de enero que estaba «profundamente agradecido» y que no podía seguir escribiendo porque «el deber lo llamaba», lo que, considerando la respuesta de la esposa, tenía un valor polisémico siniestro. Pero las cosas no se acababan ahí para la obsesiva Gerda. El 2 de febrero de 1944, mientras el mundo se estaba hundiendo a su alrededor, la bella aristócrata estaba en condiciones de insistir en la necesidad de la bigamia de su esposo, indicando que había estado «meditando sobre Mahoma en su calidad de legislador», y elogiando los principios que permitían salvaguardar la virtud en algunos temas, como prohibir el vino porque incapacitaba *para la guerra*. El 10 de febrero llegaba a plantear el formulario que debería tener el matrimonio con la amante, que constaba de la voluntad de Martin Bormann y del consentimiento de Gerda.[25]

En aquellos mismos momentos, sin embargo, Bormann podía tener necesidades políticas más acuciantes. En la primavera de 1943 había tenido que enfrentarse al esfuerzo más peligroso de desplazarlo del poder, que

había llegado de la mano de Speer, Goebbels, Göring y Funk, que intentaron actuar sin éxito, en el intento de superar la crisis de liderazgo en que se encontraba el país tras la derrota de Stalingrado y el colapso producido por el tapiado de comunicaciones entre Hitler y el círculo de los máximos dirigentes del partido a causa de la posición de la Cancillería. El ataque fue desordenado, especialmente porque Göring había quedado amortizado políticamente desde el área de gestión del propio Speer, que había liquidado la mayor parte de sus responsabilidades en la producción de guerra, mientras que Goebbels temía que la resistencia combinada de Himmler y Bormann pudiera poner fin a sus ambiciones de convertirse en un Plenipotenciario para la Guerra Total, objetivo que buscaba desde el momento mismo de su discurso en el Palacio de los Deportes de febrero. Para esta tarea, además, la competencia de Speer podía convertirse en un factor peligroso, pues sus aspiraciones de coordinación eran semejantes. Por fortuna, la intervención inesperada de Himmler y la defensa que llevó adelante Hitler de las tareas del hombre de confianza de Bormann, el ministro de Movilización de Trabajo, Sauckel, echaron por tierra el intento y no hicieron más que incrementar el poder del jefe de la Cancillería, que aquel mismo año pasó a ser nombrado con un título que respondía de forma clara a una confianza personal de un Hitler en proceso de hundimiento psicológico, necesitado del apoyo de un ser totalmente leal: secretario del Führer, poco antes de nombrar a Himmler ministro del Interior y de plantear así la mayor radicalidad ideológica de su entorno, como una huida hacia delante en los momentos más penosos de la campaña. Desde ese momento, el entusiasmo de Bormann empezó a adquirir los rasgos de un verdadero desequilibrio que fue más allá de la sobriedad de análisis de personas como Himmler e incluso del misticismo resistencialista de un Goebbels, que esperaba ansiosamente que el empeoramiento objetivo de las circunstancias

acabara por proporcionarle la razón. Las cartas de Bormann a su esposa lo indican de una forma que contrasta con la realidad de las fechas: el 11 de septiembre de 1943, cuando el régimen fascista italiano ha caído, le indica que «se ha esfumado» toda la ansiedad que sentía tras haber escuchado las palabras de Hitler. El 25 de enero de 1944 le señalaba su voluntad de construir un refugio de archivos para preservar «valiosos documentos». El 27 de julio de 1944 la animaba explicándole que «los preparativos para incrementar los esfuerzos de guerra siguen por buen camino». El 5 de septiembre de 1944, a pesar de reconocer que el futuro parecía cubierto de negros nubarrones, la incitaba a considerar que «si continuamos trabajando esforzadamente, la oscuridad desaparecerá algún día para dar paso a una claridad deslumbrante». Sin embargo, ese mismo día ya se indicaba la posibilidad de que no vivieran para ver la victoria, aunque se apresuraba a señalar: «No puedo creerlo». El 28 de diciembre de 1944 se atrevía ya a decir que «por el momento, la victoria parece muy lejana», tras señalar que la aviación aliada había realizado tres mil incursiones sólo en el frente occidental y que la Luftwaffe «no se ve por ningún lado». El 4 de febrero, tras indicarle con franqueza lo desesperado de la situación, le señalaba que no se lo contaría de no saber que era una leal nacionalsocialista y que «tú, al igual que yo mismo, jamás perderás la confianza en la victoria final».

Estas apreciaciones, que no ocultaban la situación desesperada a su esposa, pero que la edulcoraban con sinceras muestras de indiferencia ante lo que pudiera traer el futuro, mezcladas con alternativas afirmaciones de confianza en la victoria, podían indicar la forma en que Bormann iba adquiriendo la mentalidad del propio Hitler, que utilizaba recursos similares. Las acusaciones de traición, las quejas por la escasa valía de los oficiales, las manifestaciones de desengaño, las pomposas afirmaciones sobre el lugar que esta guerra tendría en la Historia, parecían calcarse de los

monólogos de Hitler, buscando en un entorno cada vez más estrecho los motivos de un desastre inesperado. Desde finales de 1943 había comenzado a enfrentarse con Himmler y Ohlendorf por la redacción de informes acerca del estado de ánimo de la población, que considerada excesivamente pesimistas, algo que condujo a la progresiva ruptura entre ambos personajes, que se aceleró tras el atentado de julio y las críticas de Bormann a la impericia de Himmler como jefe de la Defensa de Reserva.[26] A la apertura de una confrontación tan peligrosa se sumó sólo una alianza circunstancial con Goebbels tras el nombramiento de éste como Plenipotenciario de la Guerra Total, en el verano de 1944. En este caso, las posiciones del ministro de Propaganda podían coincidir con las de Bormann por su sentido centralizador, que ya era una cuestión de pura lógica, más que un principio de autoridad personal o de sumisión de las autoridades locales al Führer. En los últimos tiempos del conflicto, su posición burocrática se desplazó hacia posiciones de una mayor inclinación por los temas ideológicos, coincidiendo con Goebbels en la oportunidad que ofrecía la guerra para llevar adelante un cumplimiento del proyecto nacionalsocialista, aunque estuviera en desacuerdo con él y con Speer acerca de la necesidad de ocultar a la población las condiciones reales en que se estaba desarrollando el conflicto. Su entusiasmo por el armamento del *Volksturm* podía corresponder a esa postura de inclinación por las posiciones más radicales que, según hemos visto, coinciden con el giro dado en la lucha contra el cristianismo y en el estricto control ideológico de la población.

Desde el fracaso de la ofensiva de las Ardenas y el fracaso de Himmler en sus esfuerzos para detener la ofensiva rusa en el Este, Bormann había perdido las esperanzas reales en una victoria, y sólo trataba de mantener la lucha por otros medios, intentando sostener una continuidad del poder que

permitiera hacerle comprensible aquel proceso desde su punto de vista burocrático. Un hombre obsesionado por el control de los acontecimientos, por el orden estricto de una comunidad bajo vigilancia, por la acumulación de archivos que parecieran someter la realidad a un escrutinio domesticador, había de desplazar su mundo en el búnker de la Cancillería a una coincidencia entre el mundo subterráneo y la clandestinidad en el que parecía desmoronarse el mundo en el que había creído, como si las ruinas de la destrucción ordenada por el Führer correspondieran en una ávida venganza de burócrata al proceso de *desorganización* de todo aquello que había ido edificando minuciosamente como un verdadero Estado del Führer. Reducido a un territorio escueto, subterráneo, lo único que podía hacer Bormann para serle fiel era reiterar las absurdas órdenes que se daban desde su Secretaría, y que sólo iban destinadas a movilizar divisiones imaginarias para la liberación de la capital, y a suministrar por las vías habituales la orden de detención de los traidores que, como Himmler o Göring, habían manifestado su deseo de rendirse.[27] El 29 de abril, aún tuvo ocasión de enviar un telegrama a Dönitz indicándole que procediera contra aquellos oficiales que se habían negado a romper el cerco y entrar en Berlín.

Sin embargo, si algo indica el carácter del hombre en el que se había convertido Bormann, o el hombre que siempre fue creyendo que bastaba con vencer su situación mezquina con la resolución, su brutalidad y su sentido del orden administrativo, lo encontramos en la tranquilidad con que reconoció el nombramiento de un gobierno que negociara las condiciones de la rendición o la continuidad de la resistencia, al margen de las condiciones reales en que el mundo seguía discurriendo por encima de su cabeza. Tras el suicidio del Führer, al que asistió respetuosamente, haciendo cumplir la última voluntad de la destrucción de sus restos, envió un mensaje al almirante Dönitz informando de su nombramiento como sucesor. No

había en ello rencor alguno, ni alivio por escapar a aquellas circunstancias: estaba seguro de que el gobierno legítimo continuaba en pie, de que había logrado mantener las líneas de continuidad con la Cancillería en la que había empezado a servir desde el inicio mismo del Tercer Reich, y no le había defraudado que Hitler no lo escogiera como sucesor, a sabiendas de que carecía de las condiciones para ello, y por el placer que le proporcionaba el trabajo del poder real tras el trono, que esperaba ejercer con mucha mayor capacidad al habérsele nombrado para asesorar al dubitativo almirante. Se conformaba con que Hitler lo hubiera presentado como «el más leal de sus camaradas». Sin embargo, debía abandonar Berlín para cumplir con aquella última misión, que incluía la salvación de su propia existencia, y nunca lo logró. Sean cuales fueren las circunstancias de su muerte, en las que no coincidieron los testimonios presentes, como el chófer Kempka o el líder de las Juventudes Hitlerianas, Axmann, su cadáver fue descubierto unos años después accidentalmente, al realizar unas obras, se identificaron sus restos y se puso fin a treinta años de especulaciones sobre la creación de un Cuarto Reich en el exilio dirigido por quien había sido calificado, por el propio Rosenberg, como «la sombra del Führer». Su abogado se vio obligado a organizar la defensa de Bormann como si continuara vivo, como si los jueces no pudieran resignarse a que se les hubieran escapado, sucesivamente, Hitler, Goebbels, Himmler y, por fin, el hombre cuyo cadáver no pudo ser encontrado en el mostrador de una carnicería en que se habían convertido las calles de Berlín. El maestro de la simulación, el hombre del poder invisible, quien parecía manifestar una ausencia tangible, inquietante, que se intuía poderosa y tenaz, siguió manteniendo esa posición, ese extraño prestigio carente de personalidad, una energía hueca, una atmósfera amenazadora, que sobrevivió a su propia existencia con la misma terquedad de la imaginación ajena con la que había

logrado dar la impresión de un poder que sólo pendía de un hilo. Quizás, habiendo estado siempre tan cerca del poder, su identificación con él no le permitió existir en ninguna otra circunstancia. O tal vez llegó a identificarse tanto con su sentido, con su carácter, con su simple enunciación deshumanizada, que el hombre nunca estuvo allí. Sólo permaneció, durante doce años de desconcierto de quienes lo conocieron, lo temieron y fueron sus víctimas, como la idea misma de un Estado absoluto, su compacta y, al mismo tiempo, etérea y destructiva denominación.

Conclusión
… Y sobre nosotros, el cielo

Sólo han transcurrido quince años desde aquel otoño berlinés de 1930, en el que Thomas Mann leyó una advertencia convertida en epitafio de la primera democracia alemana. Los nuevos otoños que llegan tras la catástrofe no permiten disfrutar de la palidez repentina de la vegetación, de la resignada caducidad de la materia, una actitud que sólo parece experimentarse en las ciudades intactas, en las que las casas continúan protegiendo la existencia de sus habitantes y les ofrecen un sentido común, la sencilla congruencia entre las transformaciones sin esfuerzo de la atmósfera de las calles y el ritmo absorto de las estaciones. En la mayor parte de Alemania, sin embargo, el paisaje se desvanece, queda abolido por las ruinas. Los edificios desmantelados ofrecen una extraña sensación de vigencia orgánica, de una suspensión del tiempo cultural, agotado sobre la destrucción, como si una espantosa mezcla de avidez y pasividad de la vida hubiera tomado posesión de la geometría, del orden, del diseño artificial, de siglos de humanismo, de la obra de la inteligencia. De un extremo a otro del Reich, ya sea por los combates terrestres o por el resultado de los bombardeos de la Operación Milenio, lo habitual es que la antigua construcción, que incluía la existencia de sus familias integradas en las casas, que sumaba a los transeúntes en calles tendidas bajo su protección inconsciente, se exprese ahora en esa apariencia desfigurada de los cadáveres sin expresión, recorridos por una multitud de insectos que tratan de alimentarse devorando los restos esparcidos. Las venas abiertas de las

cañerías, la osamenta fracturada de las vigas, la complicidad calcinada de los tejidos expuestos obscenamente, en paredes insensatas abiertas al vacío por el hundimiento de una habitación, en los restos dactilares de los retratos que siguen identificando a los antepasados en una cima absurda, un calvario al que se llega remontando la trama de cascotes, como caminando por encima de la lava enfriada y sólida. Lo más curioso de los ambientes de destrucción en una guerra es el profundo desarraigo que supone la pérdida de la casa, un factor que ayuda a desmentir el criterio mismo de los nacionalsocialistas que han gobernado el país y lo han llevado al desastre: son precisamente los vecinos familiarizados con el anterior paisaje depuesto quienes se sienten fuera de lugar, quienes son ahora los *Gemeinschaftsfremde*, los excluidos, los ajenos a la comunidad que tratan de orientarse entre los escombros, un espacio peor que lo irreconocible, porque les resulta demasiado familiar. Y la peor experiencia es ese sentimiento de haber formado parte de todo aquello, la conciencia de un destino abatido a sus espaldas y que llevaba su propio nombre, que los incluía, que les facilitaba reconocerse como los propietarios de un ámbito de realización colectiva e individual.

Junto a los despojos de los edificios, sus cuerpos doblan ese abandono en sus gestos, que se corresponde con quien no puede seguir actuando, de quien ha olvidado su papel y no consigue recordar la frase que le corresponde en un escenario distinto. Ellos, los vencidos, caminan atemorizados por algo que no se refiere al odio o al miedo a los soldados que han ocupado su territorio, sino a una relación instintiva con lo que los rodea, que no pueden comprender como experiencia propiamente dicha, sino como un enrevesado cumplimiento final de la amoralidad con la que han estado jugando mientras las apuestas de deshumanización se acumulaban sobre el tapete de una Europa desolada. Han perdido el control

que se observa en quien está en *su* ciudad, moviéndose con algo parecido a la arrogancia, a la seguridad de no perderse, a disponer de un lugar que corresponde a cada uno en un paisaje extenso y complejo. Por el contrario, son los adversarios, los vencedores, los que ni siquiera hablan el idioma alemán, al que los nazis han dotado de la perversión inaudita de su vocabulario,[1] los que caminan con un sentido de posesión que no se refiere sólo a *haber ganado*, sino también a la misma dinámica en que se basó el régimen: la visibilidad de quienes no tienen dónde refugiarse, de quienes quedan obstinadamente prendidos en una precariedad que los obliga a empezar todos los días en la incertidumbre de las necesidades radicales, ofreciendo a estos jóvenes de países alejados el saber que ellos sí tienen un sitio que continúa existiendo, donde están *dentro del lugar.* Aunque se encuentre a miles de kilómetros de distancia, la comparación entre el desamparo y la calidez de los hogares que les esperan, intactos o rehaciéndose con la satisfacción de una victoria militar e ideológica, les permite otro modo de relacionarse con la destrucción que no les pertenece, a la que no pertenecen. Los papeles se han intercambiado, los visitantes son los dueños intermitentes, los rostros pierden consistencia para establecer una condición colectiva. En el fondo más amargo de aquel *bitter Ende*, el nacionalsocialismo ha superado lo individual y consigue que la sociedad sólo se exprese funcional, orgánicamente, mediante la formalización simbólica de los signos exteriores: el uniforme o los harapos, los galones lucidos o arrancados apresuradamente, las condecoraciones exhibidas o entregadas a los guerreros victoriosos a cambio de una ración, los trajes a medida de los funcionarios de la ocupación o los esfuerzos por dotar de dignidad a su vestimenta de quienes comienzan a ser negociadores de las condiciones de la reconstrucción.

La catástrofe trata de ser comprendida de nuevo: dejando transcurrir el

invierno más penoso de la guerra, que no es el primero sino el segundo, el Grupo 47 reúne a algunos escritores que desean recuperar el significado de ser alemanes, de hablar en alemán, de escribir en alemán. Quieren continuar haciéndolo saliendo en defensa de esa parte de la cultura alemana que ha sido vulnerada no sólo en el exilio y en la muerte, sino también en la apropiación indebida, la consumición absoluta realizada por el nazismo al trazar la equivalencia entre la comunidad y el proyecto. El reencuentro con un idioma que parece volver a alumbrarse tras su uso desaforado es una primera exigencia y una conmovedora lamentación de quienes se reúnen en torno al editor Hans Werner Richter: poetas como Günter Erich o Marie-Luise Kaschnitz, novelistas como Heinrich Böll o el muy joven Günter Grass, cuyas obras habrán de extenderse en las dos décadas siguientes, comienzan a recuperar los recursos de un idioma, devuelven su nombre adecuado a las cosas, incluso al recuerdo que les espera. El sentimiento de apatía de una muchedumbre que ha cruzado el umbral del dolor y se mueve día a día, desinteresándose del futuro, de las instituciones, de la política, no se encuentra junto a esta vanguardia inquieta, sino en los esfuerzos por recuperar la respiración tras la mezcla de entusiasmo y espanto que ha ido cebándose en sus espíritus malgastados, en su conciencia exhausta. La sensación obtiene rápidamente la verificación de los acontecimientos. En primer lugar, es algo tan obvio como la mentira en la que han vivido, que les hace proclamar ante los encuestadores su absoluta indiferencia ante quiénes serán los nuevos gobernantes, cuáles serán las fuerzas políticas, porque se ha arrancado de cuajo su capacidad de creencia: primero, mediante una fe en lo que era lo contrario de la política e incluso de la vida colectiva en su sentido de tolerancia y pluralidad —es decir, de lo que podía tratarse una verdadera sociedad—, y segundo, porque se ha asumido que el nacionalsocialismo mentía o, simplemente, fracasó, arrastrando con él

cualquier vínculo con la verdad política, creando una zona moral fúnebre en los alrededores de su agonía.[2] A ello se suma el proceso de *Entnazifierung* acordado por las tres grandes potencias vencedoras en la Conferencia de Potsdam, cuando el conflicto ya ha concluido. El único orden existente en Alemania es el que impone la delimitación de las zonas de soberanía de los ocupantes y la clasificación en el campo magnético de la responsabilidad con el nacionalsocialismo. Los alemanes sin hogar, despojados de todos los factores que permiten considerar un proyecto de futuro, son empujados a ajustar cuentas con el pasado: el sentido del tiempo sólo se obtiene en el caos de su ausencia o en el retroceso de los relojes políticos.

De acuerdo con ello, a la derrota —no a la *gran* derrota del Reich, sino a la vivida por cada uno en su pequeña historia personal de pérdidas de seres queridos, del recuerdo aterrado de los bombardeos, del desprecio sentido por los dirigentes nazis o de la complicidad con quienes eran sus compatriotas y hablaban en su nombre— se une la humillación, que tampoco es la *gran* subyugación que sigue a la ocupación del territorio, al desguace de la nación en un país que ha sido insistentemente educado en el orgullo nacional, sino esa recuperación de lo individual a través de un examen ideológico, que parece reiterar los escrutinios raciales realizados en tiempos previos: los *Hauptschuldige*, responsables máximos; los *Belastete*, comprometidos con el régimen a una escala inferior; los *Minderbelastete*, personas que han aceptado el régimen para sobrevivir, escalando en los niveles inferiores de la burocracia y del partido; los *Mitläufer* o seguidores, que se han «limitado» a aplaudir las acciones de un Hitler que parecía arrebatarles la miseria, aunque fuera a costa de la de otros; los *Entlastete*, por fin: los inocentes, aunque la palabra se centre más en presentarlos en la condición de «libres de culpa», en un lenguaje penal que tiene una matización muy clara frente al moral.[3] Las nuevas condiciones de la Guerra

Fría permitirán que el proceso de desnazificación se frustre, pero no sin haber creado una nueva frustración entre quienes han sido llamados a examen, quienes se han sentido vejados, amenazados, muchas veces por segunda vez en su vida, tras haber sufrido las condiciones del Tratado de Versalles en su primera juventud. La ignominiosa forma de establecer un perdón para quienes tienen delitos de sangre, que los iguala en una nueva *Gleichschaltung*, con quienes han sido simples funcionarios locales, militantes del partido o alguna de sus agencias cuando ésta era la única posibilidad de adquirir un empleo, se suma a la cínica consideración acerca de los responsables de destrucciones masivas puestos rápidamente a salvo en interés de la industria militar norteamericana o de los servicios de espionaje de uno y otro lado del muro ideológico de los aliados contra el fascismo.[4] La represión, acompañada de un proceso de reeducación cuyos recursos propagandísticos debían de resultar odiosos precisamente para quienes habían soportado con peor talante las campañas nazis, se une a las condiciones materiales en las que se intenta fundamentar la supervivencia, mientras la pérdida de la identidad nacional camina penosamente junto a cada ciudadano, que trata de mantener el paso en unas condiciones que no hacen más que recordar, por medio del sufrimiento orgánico más elemental, la vergüenza que supone el haber pertenecido a un país. La llegada de casi diez millones de refugiados desde las zonas orientales, que podían haberse convertido en la base social de un movimiento de extrema derecha y que se organizarán en la Liga de los Expulsados de su Patria y las Víctimas de la Ilegalidad (*Bund der Heimatvetrieben und Entrechteten*, BHE), se suma a las condiciones escandalosas de internamiento de prisioneros, a las raciones insuficientes, al frío que se combate sólo mediante la destrucción de las zonas urbanas arboladas, a la célebre directiva JCS 1067 de Eisenhower, que considera necesario tratar a los alemanes como responsables colectivos

de lo que ha ocurrido.[5] Ni siquiera las condiciones iniciales del Berlín controlado por una élite de rusos formados en Leningrado, que han llegado acompañados de los exiliados comunistas y tratan de restaurar la cultura democrática alemana, la victoria del antifascismo como parte de un haber por compartir con el propio pueblo al que han liberado, podrá sostenerse frente al cambio de guardia que exigen las condiciones de 1947 en adelante.[6]

La reconstrucción del país, en su sentido institucional y económico —el que se refiere a la identidad, al debate sobre el pasado, parecerá ser el peaje de silencio o deformación pagado para lograrlo—, se acelera en la medida en que la fabricación de una nueva conciencia para la República Federal habrá de realizarse sobre la base del crecimiento económico y la solidaridad con las fórmulas políticas occidentales. En ese mismo proceso, el reconocimiento de la comunidad exige una diversidad de opciones culturales que pueden ser de entretenimiento, recuperando la vieja comedia cinematográfica o el cine de nostalgia rural tan adecuado para las penalidades urbanas. Sin embargo, así como el neorrealismo italiano se constituye en género propio, en ayuda de la sensibilidad nacional al reconocimiento de una época para cualquier espectador del mundo que desee comprender los despojos morales de una época cuyos hábitos de supervivencia rozan la delincuencia, la indignidad, el blindaje del cinismo y también la tenacidad de la compasión por quienes sufren, los productores alemanes exhiben un grupo de películas que puede clasificarse como el «cine de las ruinas». Precisamente en 1947, el año en que empieza a reunirse aquel grupo de intelectuales cuya reflexión trataría de devolver a Alemania su sentido común, su ideal colectivo, Josef von Backy estrenaba *… Und über uns der Himmel.* Sobre nosotros, el cielo, el cielo protector, cuando los techos fabricados por el hombre han mostrado su escasez, tu

tenue fragilidad, lo poco que es una casa como nos lo recordó una escritora italiana —cuyo marido, Leone, fue fusilado en los últimos días de la ocupación de Roma por las SS—, en su breve, serena, desesperada conciencia de pérdidas definitivas.[7]

En la ciudad de los grandes congresos del NSDAP, en el Nuremberg que ha sido diezmado por los ataques aéreos y por las tareas de demolición de los zapadores —que se encargarán también de destruir las residencias de Obersalzberg y dejarán sólo el «Nido del Águila» como una portentosa obra de ingeniería para la que se organizan aún excursiones desde Munich—, los jerarcas del régimen que han sobrevivido, que han podido ser localizados, llegan desde sus lugares iniciales de concentración, desde el castillo de Kransberg y desde el campo de concentración de Mondorf-les-Bains, y son recluidos en la cárcel para preparar los interrogatorios que comienzan inmediatamente, antes de que se inicie el célebre proceso, en el mes de noviembre.[8] La mayor parte de los personajes que se han estudiado en este libro pasaron por ellos: Göring, Ley, Von Schirach, Speer, Streicher, Rosenberg, o no pudieron hacerlo por haber fallecido: Drexler, Strasser, Röhm, Himmler, Goebbels… y Bormann, cuya muerte fue considerada una desaparición. Los acusadores dispusieron de responsables que podían tomar el lugar de cada uno, Fritzsche, Kaltenbrunner, Funk, todos los jefes militares y el leal, desquiciado, Rudolf Hess. Al disponer un acta de acusación sobre los gobernantes del Tercer Reich —e incluso sobre quien apenas había gobernado, como era el caso de Julius Streicher—, los aliados adelantaban un desplazamiento simbólico de responsabilidades y construían una interpretación de lo que había sido la llegada al poder del nacionalsocialismo, la instalación de un proyecto político basado en la ruptura de las leyes sociales más elementales y la agresión imperial a la que fue conducido un pueblo como resultado de la lenta infiltración de una

ideología. En todo su planteamiento —en caso contrario, su posición jurídica habría sido otra— existía una presunción que no resulta útil para el historiador. El proceso contuvo el carácter de una represalia en su sentido más estricto, porque no se trataba más que de castigar a quienes *configuraron* el poder, *tomaron las decisiones*, sin tener en cuenta la sociedad que las aceptaba y la Alemania que había hecho posible que esa élite llegara a ocupar el territorio institucional donde se adoptaban las medidas radicales que deseaban condenarse. Como es lógico, no se actuó con ese sentido explícito de *selección*, sino mediante la escisión entre comunidad y dirigentes que podía convenir a la propia *comprensión* de lo que había sucedido. La magnitud de un proceso de búsqueda de responsabilidades en otros niveles habría tenido que dejar constancia de algo mucho más elástico, que siempre aparece en los esfuerzos por recuperar las crisis políticas del pasado que han concluido en tragedias colectivas. Debía haberse avanzado en esa implicación que se señalaba en un principio, en respuesta a Thomas Mann: lo que el nacionalsocialismo *tenía que ver* con Alemania. No con una Alemania concebida en el limbo de las construcciones ideales, sino la que se enfrentó a los tiempos difíciles y las grandes esperanzas del período de entreguerras.

El nacionalsocialismo no fue una mera reacción defensiva, un puro retroceso ante las dolencias de la modernidad inexplicable, destructiva de instancias morales tradicionalistas. No fue solamente un reflejo de la amenaza revolucionaria, invertido en una revolución alternativa. El nacionalsocialismo fue un proyecto social que se instalaba en la modernidad y que procedía de las mismas actitudes culturales propuestas por la modernidad, siendo incomprensible fuera de éstas. Fue un resultado de las condiciones sociales en que comienza el siglo XX, tras el desastre de la Gran Guerra, no un acontecimiento nihilista que podía haberse producido en

cualquier otro momento, dependiendo sólo de la casual coincidencia del nacimiento de una élite de dementes. Ofreció una alternativa a la democracia que se presentaba como la restauración de la «verdadera» comunidad frente a la falsificación del parlamentarismo. Invitó a un reencuentro con la esencia racial de un pueblo sano frente a la degeneración que estaban provocando los hábitos morales de las grandes ciudades. Se basó en los principios de una inclusión radical y de una exclusión absoluta basadas en las aportaciones de la biología para interpretar las relaciones sociales, aunque su análisis no tuvo la frialdad esterilizada de los laboratorios y las academias, sino la verificación necesaria del entusiasmo de la utopía. Propuso la racionalización industrial y la liquidación del conflicto social a través de una comunidad jerarquizada mediante criterios distintos a la propiedad, y a la que se le ofrecía las posibilidades del saqueo de los pueblos inferiores, una ideología implacable al servicio de un imperialismo sin máscaras compasivas. Superó, por primera vez en el siglo XX, con los mecanismos propios del mundo moderno, la política en sentido estricto, para sustituirla por la estética. A partir del nacionalsocialismo, la vida social era una dinámica de *exhibición* de la comunidad y de *arquitectura* de la exclusión en los campos, en los guetos, en las normas de esterilización, en la designación de las vidas superfluas y la mano de obra esclava. Dio un sentido a la libertad que era el del Poder de la comunidad desplegándose, consumiendo la energía de su propia voluntad de destino.

Cada uno de los personajes que se han examinado podía indicar una vía que llevaba desde el corazón de la experiencia social acumulada por cada uno de los alemanes de entreguerras hasta el proyecto propuesto por aquel pequeño partido que se constituyó en una ciudad provinciana en 1919. Si el conjunto de quienes se adhirieron al nazismo compartían la idea de *totalidad* del proyecto, que se representaba simbólicamente en Hitler, lo

hacían otorgando porcentajes distintos a los diversos ingredientes de su composición. El «socialismo nacional» de Goebbels, el «nacionalsocialismo» de Rosenberg, la demagogia antisemita de Streicher, la ostentación inclusiva e intimidante de Speer y la fabricación de una duplicidad de protección y represión por Himmler, las esferas de superación de la sociedad de clases de Ley o el mito de la juventud aprovechado por Von Schirach, el dominio de la economía por la política de Göring o la vinculación de los plebeyos combatientes de Röhm. El brebaje contenía todos estos elementos, en dosis diferenciadas, única forma de conseguir un movimiento absolutista en un mundo moderno habituado a la pluralidad como *forma* social por excelencia, cuando el nacionalsocialismo ofrecía la funcionalidad *orgánica* que negaba el conflicto interno y debía desplazarlo recurriendo a la solidaridad de la *Volksgemeinschaft* y la turbadora *Ausmerzung* de quienes debían reconocerse como radical y definitivamente distintos, aunque utilizables. Un año más tarde de haberse iniciado el proceso, las sentencias pudieron establecer interpretaciones muy distintas acerca de ese reparto de ingredientes, como hemos podido observar en el caso de Speer y el de Sauckel, en el de Von Schirach y el de Streicher. Quizás, el verdadero tribunal sea la Historia. Ese pasado que nos aguarda para ser comprendido sin anacronismos, pero también sin achacarlo todo a un determinismo retroactivo que haga a los individuos el simple resultado de las circunstancias excepcionales. Un pasado como el que contemplaba Jack Burden en los últimos párrafos de la obra maestra de Robert Penn Warren, *Todos los hombres del rey*:

> Sin duda, regresaremos para recorrer el Row y contemplar a los jóvenes en el campo de tenis, junto al racimo de mimosas, y caminaremos por la playa junto a la bahía, donde las balsas flotan suavemente al sol; e iremos hasta los pinares, cuyas hojas alfombran el suelo y amortiguan las pisadas, de modo que nos moveremos por entre los árboles, tan silenciosamente como el humo. Pero aún transcurrirá mucho tiempo antes de eso y pronto saldremos de la casa y nos lanzaremos a

la convulsión del mundo, desde la historia otra vez a la historia y a la terrible responsabilidad del Tiempo.

Bibliografía

Abel, T., *Why Hitler Came into Power*, Cambridge, Massachusetts, 1986.

Abraham, D., *The Collapse of Weimar Republic. Political Economy and Crisis*, Nueva York, 1986.

Ackermann, J., *Heinrich Himmler als Ideologe*, Göttingen, 1970.

Adorno, T., «Antisemitismo y propaganda fascista», en *Obra completa*, vol. 8, Madrid, 2004.

Agamben, G., *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, 2000.

Aly, G., y S. Heym, *Architects of Annihilation. Auschwitz and the Logia of Destruction*, Londres, 2002.

Aly, G., *Hitlers Volksstaat. Raub*, *Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Frankfurt, 2005.

Andreassi, A., *«Arbeit macht Frei». El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Barcelona, 2004.

Antezana Ergueta, L., *Historia secreta del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, La Paz, 1984.

Arendt, H., *Ensayos de comprensión*, *1930-1954*, Madrid, 2005.

Aronson, S., *The Beginnings of the Gestapo System. The Bavarian model in 1933*, Jerusalén, 1969.

—, *Reinhard Heydrich und die Frügeschichte von Gestapo und SD*, Stuttgart, 1971.

Aschheim, S., *The Nietzsche Legacy in Germany*, *1890-1900*, Berkeley, 1992,

Auerbach, H., «Hitlers politische Lehjahre und die münchener Gesellschaft 1919-1923. Versuch einer Bilanz anhand neueren Forschung», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 25 (1977), pp. 1-45.

Ayçoberry, P., *La societé allemande sous le III Reich*, París, 1998.

Banach, J., *Heydrichs Elite. Das Führerkorps der Sicherheitspolizei und des SD*, *1936-1945*, Paderborn, 1998.

Bankier, D., *The Germans and the Final Solution. Public Opinion under Nazism*, Cambridge, 1992.

Baranowsky, S., *The Sanctity of Rural Life*, *Nobility*, *Protestantism and Nazism in Weimar Prusia*, Nueva York, 1995.

—, «Nacionalismo radical en el contexto internacional. “Fuerza por la Alegría” y las paradojas del turismo nazi», *Historia Social*, 52 (2005), pp. 93-108.

Barskai, A., *Nazi Economics. Ideology, Theory*, *and Policy*, Oxford, 1990.

Bartov, O., *The Eastern Front*, *1941-1945*, *German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Londres, 1985.

—, *Hitler's Army. Soldiers*, *Nazis*, *and War in the Third Reich*, Nueva York, 1992.

—, *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Ithaca, 2003.

Bartsch, G., *Zwischen drei Stühlen. Otto Strasser: eine Biographie*, Coblenza, 1990.

Baumann, Z., *Modernidad y holocausto*, Toledo, 1989.

—, *Life in Fragments. Essays in Postmodern Morality*, Oxford, 1995,

—, *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, 2001.

Baur, J., *Die russische Kolonie in München, 1900-1945. Deutsch-russische Beziehungen im 20. Jahrhundert*, Wiesbaden, 1998.

Bayón, F., *La prohibición del amor. Sujeto*, *cultura y forma artística en Thomas Mann*, Barcelona, 2004.

Becker, P., «Fritz Sauckel. Plenipotentiary for de Mobilisation of Labour», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *The Nazi Elite*, Londres, 1993, pp. 194-201.

Benjamin, W., «Tesis de Filosofía de la Historia», en *Discursos interrumpidos*, *I*, Madrid, 1973.

Bennecke, H., *Hitler und die SA*, Munich, 1962.

—, *Die Reichswehr und der «Röhm Putsch»*, Munich, 1964.

Bergen, D. L., *Twisted Cross. The German Christian Movement in the Third Reich*, Chapel Hill, 1996.

Berghahn, V., «Die Harzburger Front und die Kandidatur Hindenburgs für die Präsidentschaftswählen 1932», *Vierteljarhrshefte für Zeitgeschichte*, 13 (1965), pp. 64-82.

Bering, D., *The Stigma of Names. Antisemitism in German Daily Life*, *1812-1933*, Cambridge, 1992.

Berlekamp, B., y W. Röhr, eds., *Terror*, *Herrschaft und Alltag im Nationalsozialismus. Probleme einer Sozialgeschichte des deutschen Faschismus*, Munster, 1999.

Bessel, R., *Political Violence and the Rise of Nazism. The Stormtroopers in Eastern Germany 1925-1934*, New Haven, 1984.

—, *Germany after the First World War*, Oxford, 1993.

Black, P., *Ernst Kaltenbrunner. Ideological Soldier of the Third Reich*, Princeton, 1984.

Bleuel, H. P., *Sex and Society in Nazi Germany*, Nueva York, 1973.

Bloch, C., *Die SA un die Krise des nationalsozialistische Regimes*, *1934*, Frankfurt, 1970.

Bloch, E., *Erbschaft dieser Zeit*, Frankfurt, 1962.

Boelcke, W., ed., *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg. Hitlers Konferenzen mit Albert Speer*, *1942-1945*, Frankfurt, 1969.

Bologna, S., *Nazismo y clase obrera*, *1933-1993*, Madrid, 1999.

Bollmus, R., «Alfred Rosenberg. National Socialism's "Chief Ideologue"?», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *The Nazi Elite*, Londres, 1993, pp. 183-193.

Bormann, M., *Memorias*, Barcelona, 1954.

Bracher, K. D., *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Düsseldorf, 1984 (1.ª ed. de 1955).

—, *La dictadura alemana. Génesis*, *estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, 1972.

Bracher, K. D., G. Schulz y W. Sauer, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, Frankfurt, 1960.

Bramsted, E. K., *Goebbels and National Socialist Propaganda*, *1925-1945*, East Lansing, 1965.

Bramwell, A., *Blood and Soil. Walther Darré and Hitler's «Green Party»*, Abbotsbrook, 1985.

Brandes, G., *Nietzsche. Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, México, 2004.

Brauer, S., *Anatomie de la Révolution conservatrice*, París, 1996.

Breitman, R., *The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution*, Londres, 1991.

Broszat, M., «Die Anfänge der Berliner NSDAP 1926/1927», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 8 (1960), pp. 85-118.

—, «Soziale Motivation und Führer-Bindung des Nationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 18 (1970), pp. 394-409.

—, *L'État hitlérien. L'origine et l'évolution des estructures du troisième Reich*, París, 1985.

—, *Hitler and the Collapse of Weimar Germany*, Oxford, 1987.

Browder, G., *Foundations of the Nazi Police State. The Formation of SIPO and SD*, Lexington, 1990.

Browning, C., ed., *The Path to Genocide. Essays on Launching the Final Solution,* Cambridge, 1992.

—, *Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, 1992.

—, *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy. September 1939-March 1942*, Lincoln, 2004.

Brownlow, D. G., *The Life and Times of Horst Wessel. Composer of the «Horst Wessel Lied»*, Hannover, Massachusetts, 1996.

Brüning, H., *Memoiren 1918-1934*, Stuttgart, 1970.

Brustein, W., *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party*, *1925-1933*, New Haven, 1996.

Buchheim, H., M. Broszat, H. J. Jacobsen y H. Krausnick, *Anatomie des SS-Staates*, Munich, 1994 (1.ª ed. en 1967).

Buck-Moris, S., *Walter Benjamin*, *escritor revolucionario*, Buenos Aires, 2005.

—, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*, Madrid, 1995.

Bukey, E. B., *Hitler's Austria. Popular sentiment in the nazi era*, *1938-1945*, Chapel Hill, 2000.

Bullock, A., *Hitler*, Barcelona, 1969.

Bullock, M. P., *The Violent Eye. Ernst Jünger's Visions and Revisions on the European Right*, Detroit, 1992.

—, *Death and deliverance. «Eutanasia» in Germany*, *1900-1945*, Cambridge, 1994.

—, «"See you again in Siberia". The German-Soviet War and Other Tragedies», en *Ethics and Extermination. Reflections on Nazi Genocide*, Cambridge, 1997.

—, *Germany Turns Eastwards. A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, 1998,

Burleigh, M., y W. Wippermann, *The Racial State. Germany*, *1933-1945*, Cambridge, 1991.

Burrin, P., *Hitler et les juifs. Genèse d'un génocide*, París, 1989.

Butler, E., y G. Young, *Mariscal sin gloria. Vida y muerte de Hermann Göring*, Barcelona, 1980.

Bytwerk, R. L., *Julius Streicher.The Man Who Persuaded a Nation to Hate Jews,* Nueva York, 1983.

Calic, E., *Reinhard Heydrich. Schlüsserfigur des Dritten Reiches*, Düsseldorf, 1982.

Canetti, E., *El juego de ojos*, Barcelona, 2005.

Cano, G., *Nietzsche y la crítica de la modernidad*, Madrid, 2001.

Caplan, J., *Government without Administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988.

Carr, W., *Arms*, *Autarky and Aggression. A Study in German Foreign Policy*, Nueva York, 1973.

Cecil, R., *The Myth of the Master Race. Rosenberg and Nazi Ideology*, Nueva York, 1972.

Cesarini, D., ed., *The Final Solution. Origins and Implementation*, Londres, 1994.

Chateaubriand, R., *Memorias de ultratumba*, Barcelona, 2004.

Chesterton, G. K., *Autobiografía*, Barcelona, 2003.

Childers, T., *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany*, *1919-1933*, Chapel Hill, 1983.

—, «Interest and Ideology. Anti-System Politics in the Era of Stabilization, 1924-1928», en G. Feldman y E. Müller-Lückner, eds., *Die Nachwirkungen der Inflation auf die deutsche Geschichte*, *1924-1933*, Munich, 1985, pp. 1-20.

—, «The limits of National Socialist mobilisation. The elections of 6 november 1932 and the fragmentation of the nazi constituency», en T. Childers, *The Formation of the Nazi Constituency*, *1919-1933*, Londres, 1986, pp. 232-259.

—, «Languages of liberalism. Liberal political discourse in the Weimar Republic», en K. Jarausch y L. E. Jones, eds., *In Search of a Liberal Germany*, Nueva York, 1990, pp. 323-359.

—, «The middle classes and National Socialism», en D. Blackbourn y R. Evans, eds., *The German Bourgeoisie*, Nueva York, 1991.

Collotti, E., *La Alemania nazi*, Madrid, 1972.

Conan Doyle, A., «La familia de Tío Jeremy», en *Nuestro visitante de medianoche y otras historias*, Madrid, 2001.

Conrad, J., *Lord Jim*, Valencia, 1997.

Conte, E., y C. Essner, *La Quête de la race. Une antropologie du nazisme*, París, 1995.

Corni, G., «Richard Walther Darré. The Blood and Soil Ideologue», en R. Smelser y R. Zitelmann, *The Nazi Elite*, Londres, 1993, pp. 18-38.

Cospito, N., *Los Wandervögel. La juventud alemana de Guillermo II al III Reich*, Barcelona, 2002.

Craveri, B., *La cultura de la conversación*, Madrid, 2003.

Dawidowicz, L., *The War Against the Jews*, *1933-1945*, Nueva York, 1968.

Deschner, G., *Warsaw Rising*, Londres, 1972.

—, *Reinhard Heydrich. Staathalter der totalen Macht*, Munich, 1980.

Detwiler, B., *Nietzsche and the Politics of Aristocratic Radicalism*, Chicago, 1990.

Deuerlein, E., «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», *Vierteljarhrshefte für Zeitgeschichte* (1959), pp. 454-464.

—, *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Munich, 1974.

Dickmann, F., «Die Regierungsbildung in Thüringen als Modell der Machtergreifung. Ein Brief aus dem Jahre 1930», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 14 (1966), pp. 454-464.

Diehl, J. M., *Paramilitary Politics in Weimar Germany*, Bloomington, 1977.

—, «Von der “Vaterlandspartei” zur “Nationalen Revolution”. Die “Vereigniten Vaterländischen Verbände Deutschlands (VVVD)”, 1922-1923», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 33 (1985), pp. 616-637.

Diels, R., *Lucifer ante portas. Zwischen Severing und Heydrich*, Zurich, s. f.

Dinesen, I., *Lejos de África*, Madrid, 1986.

Drage, C., *Als Hitler nach Canosa ging*, Berlín, 1958.

Drexter, A., *Mein Polistisches Erwachen. Aus den Tagebuch eines deutschen sozialistischen Arbeiters*, Munich, 1919.

Dülffer, J., «Albert Speer. Cultural and Economic Management», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *The Nazi Elite*, Londres, 1993, pp. 212-223.

Dülffer, J., J. Thies y J. Henke, *Hitler's Städte. Baupolitik im Dritten Reich*, Colonia, 1978.

Dupeux, L., *Aspects du fondamentalisme nacional en Allemagne de 1890 à 1945*, Estrasburgo, 2001.

Durrell, L., *El cuarteto de Alejandría. Justine*, Barcelona, 1970.

Dutch, O., *Hitler's Twelve Apostles*, Londres, 1939.

Eley, G., *Reshaping the German Right Radical Nationalism and Political Change after Bismarck,* New Haven, 1980.

—, «What produces Fascism. Pre-Industrial Traditions or a Crisis of the Capitalist State?», en *From unification to nazism*, Londres, 1986, pp. 254-282.

Erbe, R., *Die nationalsozialistische Wirtschaftspolitik im Lichte der modernen Theorie*, Zurich, 1958.

Falter, J., «The National Socialist Mobilisation of New Voters, 1928-1933», en T. Childers, *The Formation of the Nazi Constituency*, *1919-1933*, Londres, 1986, pp. 202-231.

—, «The Young Membership of the NSDAP Between 1925 and 1933. A Demographic and Social Profile», en C. Fischer, ed., *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Oxford, 1996, pp. 79-98.

Feder, G., *Manifest zur Brechung der Zinsknechtschaft des Geldes*, Munich, 1919.

—, *Der deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage*, Munich, 1923.

Fehrenbach, H., *Cinema in Democratizing Germany. Reconstructing national Identity after Hitler*, Chapel Hill, 1995.

Fest, J., *Das Gesicht des Dritten Reiches. Profiles einer totalitären Herrschaft*, Munich, 1993.

—, *Speer. The Final Veredict*, Orlando, 2001.

Fischer, C., *Stormtroopers. A Social*, *Economic and Ideological Analysis*, *1929-1935*, Londres, 1983.

—, *The German Communists and the Rise of Nazism*, Londres, 1991.

—, *The Rise of the Nazis*, Nueva York, 1995.

—, *The Rise of Nacional Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Oxford, 1996.

Förster, J., «The relation between Operation Barbarossa as an ideological war of extermination and the Final Solution», en D. Cesarini, ed., *The Final Solution. Origins and Implementation*, Londres, 1994, pp. 85-102.

Franz-Willing, G., *Die Hitler-Bewegung. Der Ursprung*, *1919-1922*, Hamburgo, 1962.

—, *Krisenjahr der Hitler-Bewegung*, *1923*, Oldendorf, 1975.

—, *1933. Die nationale Erhebung*, Ausburgo, 1982.

—, *Die Hitler-Bewegung*, *1925 bis 1934*, Oldendorf, 2001.

Frei, N., *L'État hitlérien et la societé allemande*, *1933-1945*, París, 1994.

—, *Adenauer's Germany and the Nazi Past. The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, 2002.

Fridländer, S., *L'Allemagne nazi et les juifs. Les années de persecution*, *1933-1939*, París, 1997.

Friedrich, J., *El incendio. Alemania bajo los bombardeos*, *1940-1945*, Madrid, 2003.

Friedrich O., *Before the Deluge. A Portrait of Berlin in the 1920s*, Londres, 1972.

Frischauer, W., *Himmler. The Evil Genius of the Third Reich*, Londres, 1953.

—, *Hermann Göring. Gran visir del III Reich*, Buenos Aires, 1955.

Fritzsche, P., *Rehearsals for Fascism. Populism and Political Mobilization in Weimar Germany*, Oxford, 1980.

Fromm, B., *Blood and Banquets. A Berlin Social Diary*, Nueva York, 1990.

Frye, B., *Liberal Democrats in the Weimar Republic. The History of the German Democratic Party and the German State Party*, Illinois, 1985.

Fumaroli, M., *Chateaubriand. Poésie et Terreur*, París, 2003.

Fussell, P., *The Great War and Modern Memory*, Londres, 1975.

Gallego, F., «Notas sobre el gobierno de Enrique Peñaranda en Bolivia, 1940-1943», *Iberoamerikanisches Archiv*, 13 (1987), pp. 229-254.

—, *Los orígenes del reformismo militar en América Latina. La gestión de David Toro en Bolivia*, *1936-1937*, Barcelona, 1991.

—, *Ejército*, *nacionalismo y reformismo. La gestión de Germán Busch en Bolivia*, *1937-1939*, en Barcelona, 1992.

—, «Expansión y ruptura del orden liberal en Bolivia», *Boletín de Estudios Americanos*, 53 (1996), pp. 153-173.

—, «El partido nazi en los años centrales de la República de Weimar (1925-1930). Un comentario crítico», *Investigaciones Históricas*,16 (1996), pp. 223-238.

—, «La naturaleza del nazismo», *Investigaciones Históricas*, 18 (1998), pp. 313-326.

—, «Del *Stammtisch* a la *Volksgemeinschaft.* Sobre el lugar del nazismo en la República de Weimar», *Historia Social*, 34 (1999), pp. 73-100.

—, «Hitler y los totalitarismos», en F. García de Cortázar, ed., *El siglo XX . Diez episodios decisivos*, Madrid, 1999, pp. 85-105.

—, *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo*, *1919-1945*, Barcelona, 2001.

—, «Los demás son silencio. Normalidad y exclusión en la política contemporánea», en F. García de Cortázar, ed., *La mecánica del poder*, Madrid, 2002, pp. 159-210.

—, «El nazismo como fascismo consumado», en F. Gallego, ed., *Pensar después de Auschwitz*, Barcelona, 2004, pp. 11-102.

—, «La lógica de una exclusión radical. Pensar desde Auschwitz», en VV. AA., *Acogidos y rechazados en la historia*, Valladolid, 2005, pp. 85-102.

—, «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en F. Gallego y F. Morente, eds., *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, 2005, pp. 253-447.

—, *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, 2005.

—, *De Auschwitz a Berlín. Alemania y la extrema derecha*, *1945-2004*, Barcelona, 2005.

—, «Estado racial y comunidad popular. Algunas sugerencias de la historiografía sobre el nacionalsocialismo», *Ayer*, 57 (2005 [1]), pp. 275-292.

—, «Thomas Mann y el esfuerzo por la salvación de Alemania. Comentarios al *Deutsche Ansprache. Ein Appell an die Vernunft*», *Anthropos*, 210 (2006), pp. 122-132.

Gallo, M., *La noche de los cuchillos largos*, Barcelona, 1974.

Gay, P., *La cultura de Weimar. La inclusión de lo excluido,* Barcelona, 1984.

Gellately, R., *The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Londres, 1990.

—, *No solo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, 2001.

Gentile, E., *Il culto del littorio*, Bari, 1994.

Genton, B., *Les Alliés et la culture. Berlin*, *1945-1949. Essai de comparaison*, París, 1998.

Gerlach, C., «The Wannsee Conference, the fate of German Jews, and Hitler's decision in principe of exterminate all European Jews», en O. Bartov, ed., *The Holocaust. Origins. Implementation. Aftermath*, Londres, 2000, pp. 106-161.

Geyer, M., *Aufstückung oder Sicherheit. Die Reichswehr und die Krise der Machpolitik*, *1924-1936*, Wiesbaden, 1980.

Gies, H., «NSDAP und landwirtschaftliche Organisationen in der Endphase der Weimarer Republik», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*,15 (1967), pp. 541-576.

Giesler, H., *Ein anderer Hitler. Bericht seines Architekten Hermann Giesler. Erlebnisse*. *Gespräche*. *Reflexionen*, Leoni, 1977.

Giles, G., «The Rise of the National Socialist Students' Association and the Failure of Political Education in the Third Reich», en P. Stachura, *The Shaping on the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 160-185.

—, *Students and National Socialism in Germany*, Princeton, 1985.

Ginzburg, N., *Las pequeñas virtudes*, Barcelona, 2002.

Gisevius, H. B., *To the Bitter End*, Boston, 1947.

Goebbels, J., *Kampf um Berlin*, Munich, 1934.

—, *The Secret Conferences or Dr. Goebbels. The Nazi Propaganda War 1939-1943* (ed. de W. A. Boelcke), Nueva York, 1970.

—, *Final Entries 1945. The Diaries of Joseph Goebbels* (ed. de Hugo Trevor Roper), Nueva York, 1978.

—, *Tagebücher* (ed. de R. G. Reuth), Munich, 2002, 5 vols.

Goethe, J. W., *Conversaciones de emigrados alemanes*, Barcelona, 2006.

González García, J. M., *La máquina burocrática (Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*), Madrid, 1989.

Goodrick-Clarke, N., *Les racines occultistes du nazisme*, Puiseau, 1989.

Gordon Jr., H., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1972.

Gordon, S., *Hitler*, *Germans*, *and the «Jewish question»*, Princeton, 1984.

Göring, E., *Göring*, *mi marido*, Barcelona, 1972.

Graber, G. S., *The Life and Times of Reinhard Heydrich*, Nueva York, 1980.

Graml, H., *Antisemitism in the Third Reich,* Londres, 1992.

Gregor, N., *Daimler-Benz in the Third Reich*, New Haven, 1998.

Grill, H., *The Nazi movement in Baden*, *1920-1945*, Chapel Hill, 1983.

Hagenlücke, H., *Die deutsche Vaterlandspartei. Die nationale Rechte am Ende des Kaiserreiches*, Düsseldorf, 1997.

Hale, O., *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, 1973.

Hamann, B., *Hitler's Viena. A Dictator's Apprenticeship*, Nueva York, 1999.

Hamel, I., *Völkischer Verband und nationale Gewerkschaft. Der Deutschnationale Handlungsgehilfen-Verband*, *1893-1933*, Frankfurt, 1967.

Hanfstaengl, E., *Hitler. The Missing Years*, Londres, 1957.

Hartleyb, J., *Pour une sociologie du nazisme*, París, 2002.

Hayes, P., «A Question Mark with Epaulettes?» Kart von Schleicher and Weimar Politics, *Journal of Modern History*, 52 (1980), pp. 35-65.

—, *Industrie and ideology. IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1988.

Hayward, N. F., y D. S., Morris, *The First Nazi Town*, Aldershot, 1988.

Heberle, R., *From Democracy to Nazism. A Regional Case Study of Political Parties in Germany*, Nueva York, 1970.

Heiber, H., *Goebbels*, Berlín, 1962.

Heidegger, M., «Construir, habitar, pensar», en *Filosofía*, *ciencia y técnica*, Santiago, 2002.

Heiden, K., *Der Führer*, Boston, 1944.

—, *A History of National Socialism*, Nueva York, 1971 (1.ª ed. en 1935).

Heilbronner, O., *Catholicism*, *Political Culture*, *and the Countryside. A Social History of the Nazi Party in South Germany*, Ann Arbor, 1998.

Heinz, H., *Germany's Hitler*, Londres, 1934.

Henderson, N., *Dos años junto a Hitler*, Barcelona, 1945, pp. 186 y ss.

Herbert, U., *Hitler's Foreign Workers. Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997.

Herbert, U., K. Orth y C. Dieckmann, eds., *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager. Entwicklung und Struktur*, Gottingen, 1998.

Herf, J., *El modernismo reaccionario. Tecnología*, *cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*,

México, 1990.
Hermand, J., *Old Dreams of a New Reich. Volkisch Utopias and National Socialism*, Bloomington, 1992.
Herzstein, R. E., *The War that Hitler Won*, Londres, 1978.
Hildebrandt, K., *The Foreign Policy of the Third Reich*, Berkeley, 1973.
Hilberg, R., *The Destruction of the European Jews*, Chicago, 1967.
Hitler, A., *Mi lucha*, Santiago de Chile, s. f.
—, *La Jeune Allemagne veut le Travail et la Paix*, Berlín, s. f.
—, *Obras completas. Discursos 1933*, *1934 y 1935*, s. l., s. f.
—, *Las conversaciones privadas de Hitler*, Barcelona, 2004.
Höhne, H., *The Order of the Dead Head. The Store of Hitler's SS*, Nueva York, 1970.
—, *Mordsache Röhm. Hitlers Durchbruch zur Alleinherrschaft*, *1933-1934*, Hamburgo, 1984.
—, *«Gebt mir Vier Jahre Zeit». Hitler und die Anfänge des Dritten Reiches*, Berlín, 1996.
Holmes, H., *The NSDAP and the Crisis of Agrarian Conservatism in Lower Bavaria. National Socialism and the Peasants' Road to Modernity*, Nueva York, 1991.
Holzbach, H., *Das «System Hugenberg». Die Organisation bürgerlicher Sammlungspolitik vor dem Aufstieg der NSDAP*, Stuttgart, 1981.
Hugo, V., *Los miserables*, Barcelona, 2005.
Hull, D., *Film in the Third Reich*, Nueva York, 1969.
Hull, I. V., *Absolute Destruction. Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, 2005.
Hunt, L., *Nietzsche and the Origin of Virtue*, Londres, 1991.
Hüttenberger, P., *Die Gauleiter. Studie zum Wandel des Machtgefüges in der NSDAP*, Stuttgart, 1969.
Hutton, J. B., *Hess. The Man and his Mission*, Nueva York, 1970.
Isherwood, C., *Historias de Berlín*, Barcelona, 2005.
Jablonsky, D., *The Nazi Party in Dissolution. Hitler and the Verbotzeit*, *1923-1925*, Londres, 1989.
James, H., *The German Slump. Politics and Economics*, *1924-1936*, Oxford, 1986.
Jamin, M., «Zur Rolle der SA im nazionalsozialistischen Herrschaftssystem», en G. Hirschfeld y L. Kettenacker, eds., *Der «Führerstaat»: Mythos und Realität»*, Stuttgart, 1981, pp. 329-360.
Jansen, G., *Das Ministerium Speer. Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968.
Jarausch, K., *Students*, *Society*, *and Politics in Imperial Germany. The Rise of Academia Liberalism*, Princeton, 1982.
—, «The crisis of German Professions, 1918-1933», *Journal of Contemporary History* (1985), pp. 379-398.
Jasper, G., *Die gescheiterte Zähmung. Wege zur Machtergreifung Hitlers*, *1930-1934*, Frankfurt, 1986.
Joachimsthaler, A., *Adolf Hitler*, *1908-1920. Korrektur einer Biographie*, Munich, 1988.
Jones, J. S., *Hitler in Viena*, *1907-1913. Clues to the Future*, Nueva York, 1983.

Jones, L. E., «The Dying Middle. Weimar and the Fragmentation of Bourgeois Politics», *Central European History*, 5 (1972), pp. 23-54.

—, «Crisis and Realigment. Agrarian splinter parties in the late Weimar Republic, 1928-1933», en R. Moeller, ed., *Peasants and Lords in Modern Germany. Recent Studies in Agricultural History*, Boston, 1986, pp. 198-232.

—, *German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System*, *1918-1933*, Chapel Hill, 1988.

Jones, N. H., *Hitler's Heralds*, *The Story of the Freikorps*, *1918-1923*, Londres, 1987.

Kater, M., «Der NS-Studentenbund von 1926 bis 1928. Randgruppe zwischen Hitler und Strasser», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*,22 (1974), pp. 148-190.

—, *Doctors under Hitler*, Chapel Hill, 1989.

—, *The Twisted Muse. Musicians and their Music in the Third Reich*, Nueva York, 1997.

—, *Hitler Youth*, Harvard, 2004.

Kele, M., *Nazis and Workers. National Socialist Appeals to German Labor*, *1919-1933*, Chapel Hill, 1972.

Kellogg, M., *The Russian Roots of Nazism. White Émigrés and the Making of National Socialism*, *1917-1945*, Cambridge, 2005.

Kershaw, I., *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987.

—, *Hitler*, Londres, 1991.

—, *Hitler*, *1889-1936*, Barcelona, 1998.

Kessler, C. H., *The Diaries of a Cosmopolitan*, *1918-1937*, s. l., s. f.

Kissenkoetter, U., *Gregor Strasser und die NSDAP*, Stuttgart, 1978.

Klein, H. S., *Parties and Political Change in Bolivia*, *1880-1952*, Cambridge, 1971.

Klemperer, V., *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, 2001.

Klönne, A., *Jugend im Dritten Reich. Die Hitler-Jugend un ihre Gegner*, Düsseldorf, 1982.

Koch, H. W., *Der deutsche Bürgerkrieg. Eine Geschichte der deutschen und österreichen Freikorps*, *1919-1923*, Frankfurt, 1978.

—, *The Hitler Youth. Origins and Development*, *1922-1945*, Nueva York, 1996.

—, *In the Name of the Volk. Political Justice in Hitler's Germany*, Londres, 1997.

Koehl, R., *RKFVD*, *German Restlement and Population Policy*, *1939-1945*, Harvard, 1957.

Koehn, B., *La résistance allemande contre Hitler*, *1933-1945*, París, 2003.

Koeves, T., *Satan in Top Hat. The Biography of Franz von Papen*, Nueva York, 1941.

Koonz, C., *Mothers in Fatherland. Women*, *the Family*, *and Nazi Politics*, Madison, 1983.

—, *La conciencia nazi*, Barcelona, 2005.

Kranig, A., «Arbeitnehmer, Arbeitsbeziehungen und Sozialpolitik unter dem Nationalsozialismus», en K. D. Bracher, M. Funke y H. A. Jacobsen, eds., *Deutschland*, *1933-1945. Neue Studien zur nationalsozialistischen Herrschaft*, Düsseldorf, 1992, pp. 135-152.

Kratzenberg, V., *Arbeiter auf dem Weg zu Hitler? Die Nationalsozialistische Betriebszellen-*

Organisation. Ihre Entstehung, *ihre Programmatik*, *ihr Scheitern*,*1927-1934*, Frankfurt, 1989.
Krausnick, H., y H. H. Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und der SD*, *1938-1942*, Stuttgart, 1981.
Krebs, A., *The Infancy of Nazism. The Memoirs of Ex-Gauleiter Albert Krebs*, *1923-1933*, Nueva York, 1976.
Krüger, H., *A Crack in the Wall. Growing up under Hitler*, Nueva York, 1982.
Krüll, M., *La familia Mann*, Barcelona, 1992.
Kube, A., *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich*, Munich, 1986.
Kühnl, R., *Die nationalsozialistische Linke 1925-1930*, Meisenham, 1966.
—, «Zur Programmatik der nationalsozialistischen Linke. Das StrasserProgramm von 1925-1926», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*,14 (1966), pp. 17-333.
Kurzke, H., *Thomas Mann. La vida como obra de arte. Una biografía*, Barcelona, 2003.
Lacoue-Labarthe, P., *La ficción de lo político. Heidegger*, *el arte y la política*, Madrid, 2002.
Lacqueur, W., *Russia and Germany. A Century of Conflict*, Londres, 1965.
von Lang, J., *The Secretary. Martin Bormann*, Nueva York, 1979.
—, *Der Hitler-Junge. Baldur von Schirach. Der Mann*, *der Deutschland Jugend erzog*, Hamburgo, 1988.
Langewiesche, D., *Liberalism in Germany*, Londres, 2000.
Large, D. C., *Where Ghost Walked. Munich's Road to the Third Reich*, Nueva York, 1997.
Leasor, J., *The Uninvited Envoy. The Mysterious Flight of Rudolf Hess,* Nueva York, 1962.
Lebert, S., y N., *My Father's Keeper. Children of Nazi Leaders. An Intimate History of Damage and Denial*, Boston, 2000.
Ledesma Ramos, R., *Obras Completas*, Barcelona, 2004.
Lenman, R., «Julius Streicher and the Origins of the NSDAP in Nuremberg, 1918-1923», en A. Nicholls y E. Matthias, *German Democracy and the Triumph of Hitler*, Nueva York, 1971, pp. 161-174.
Leopold, J. A., *Alfred Hugenberg. The Radical nationalist Campaign against the Weimar Republic*, New Haven, 1977.
Létourneau, P., *Walther Rathenau*, *1867-1922*, Estrasburgo, 1995.
Lewy, G., *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 2000.
—, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Oxford, 2000.
Ley, R., *El Frente Alemán del Trabajo. Su origen y su labor. Discurso pronunciado ante el Cuerpo diplomático y la prensa extranjera el 1.º de marzo de 1934*, Santander, s. f., pp. 24-28.
—, *Durchbruch der sozialen Ehre*, Berlín, 1935.
—, *Deutschland ist schöner geworden*, Berlín, 1936.
—, *Wie alle helfen dem Führer*, Berlín, 1937.
—, *Soldaten der Arbeit*, Munich, 1938.
Liebscher, D., «La Obra Nacional Dopolavoro fascista y la NS: Gemeinschaft "Fraft durch Freude".

Las relaciones entre las políticas sociales italiana y alemana desde 1925 a 1939», *Historia Social*, 52 (2005), pp. 129-146.

Long, R. C. W., *German Expressionism. Documents from the End of the Wilhelmine Empire to the Rise of National Socialism*, Berkeley, 1993.

Lougee, R. W., *Paul de Lagarde*, *1827-1891. A Study of Radical Conservatism in Germany*, Cambridge, 1962.

Low, A., *The Men around Hitler. The Nazi Elite and its Collaborators*, Nueva York, 1996.

Löwy, M., *Walter Benjamin. Aviso del incendio*, Buenos Aires, 2002.

Lüdecke, K., *I knew Hitler*, Londres, 1938.

—, «The "Honour of Labor". Industrial workers and power of symbols under national socialism», en D. Crew, ed., *Nazism and German Society*, *1933-1945*, Londres, 1994, pp. 67-109.

Lüdtke, A., «Où est passé la braise ardente? Expériences ouvrières et fascismo allemand», en A. Lüdtke, ed., *Histoire du quotidiene*, París, 1994, pp. 209-266.

Lukács, G., *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Barcelona, 1967.

Luxemburg, R., *La revolución rusa*, Barcelona, 1969.

Mabire, J., *Röhm*, *L'homme qui incesta Hitler*, París, 1982.

Márai, S., *Confesiones de un burgués*, Barcelona, 2004.

Martín de la Guardia, R. M., «Propaganda y control social en la Alemania nacionalsocialista», *Historia Social*, 34 (1999), pp. 101-116.

Mai, G., «National Socialist Factory Cell Organisation and the German Labour Front. National Socialist Labour Policy and Organisations», en C. Fischer, ed., *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Oxford, 1996, pp. 117-136.

Mainer, J. C., *La doma de la Quimera* (ed. revisada), Bonn, 2004.

Mallmann K-M., y G. Paul, «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo Society and Resistance.», en D. Crew, ed., *Nazism and German Society*, *1933-1945*, Londres, 1994, pp. 166-196.

Mann, T., «Von Deutscher Republik. Gerhart Hauptmann zum sechzigten Geburgstag», en *Essays. Band 2. Politik* (ed. de H. Kurze), Frankfurt am Main, 1977, pp. 61-93.

—, «Deutsche Ansprache. Ein Appell and die Vernunft», en *Essays. Band 2. Politik* (ed. de H. Kurze), Frankfurt am Main, 1977, pp. 109-130.

—, «El accidente ferroviario», en *La voluntad de ser feliz y otros relatos*, Barcelona, 2000, pp. 385 y ss.

Manstein, P., *Die Mitglieder und Wähler der NSDAP 1919-1933. Untersuchungen zu ihrer sichtmässigen Zusammensetzung*, Frankfurt, 1990.

Manvell, R., y H. Fraenkel, *Goebbels*, Barcelona, 1961.

—, *Goering*, Barcelona, 1969.

—, *Hess. A Biography*, Nueva York, 1973.

Maser, W., *Der Sturm auf die Republik. Frühgeschichte der NSDAP*, Düsseldorf, 1994.

Mason, T., «Innere Krise und Angriffskrieg 1938-1939», en F. Forstmeier y H. Volkmann, eds., *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkriegs*, Düsseldorf, 1975, pp. 155-188.

—, *Social Policy in the Third Reich*, Oxford, 1993.

—, «The containtment of the nazi working class in nazi Germany», en *Social Policy in the Third Reich*, Oxford, 1993, pp. 231-273.

—, «The origins of the Law of the Organization of National Labour of 20 January 1934. An Investigation into the Relationship between "Archaic" and "Modern" Elements in Recent German History» e «Intention and Explanation. A current controversy about the interpretation of National Socialism», en *Nazism*, *Fascism*, *and the Working Class*, Oxford, 1995, pp. 77-103 y 212-230.

Matthias, E., y R. Morsey, eds., *Das Ende der Parteien 1933. Darstellungen und Dokumente*, Düsseldorf, 1960.

McCullers, C., *La balada del café triste*, Barcelona, 2001.

McElligott, A., *Contested City. Municipal Politics and then Rise of Nazism in Altona*, *1917-1937*, Ann Arbor, 1998.

Meissner, H. O., *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, Munich, 1978.

Melio, G., *Les résistances allemandes à Hitler*, París, 2003.

Merkl, P., *Origins of the West German Republic*, Westport, 1963.

—, *Political Violence under the Swastika. 581 Early Nazis*, Princeton, 1975.

—, *The Making of a Stormtrooper*, Princeton, 1980.

Miale, F., y M. Selzer, *The Nuremberg Mind. The Psychology of the Nazi Leaders*, Nueva York, 1975.

Milatz, A., *Wähler und Wahlen in der Weimarer Republik*, Bonn, 1965.

Moeller, R. G., ed., *West Germany under Construction. Politics*, *Society*, *and Culture in the Adenauer Era*, Ann Arbor, 1997.

Molau, A., *Alfred Rosenberg. Der Ideologe des nationalsozialismus. Eine politische Biographie*, Coblenza, 1993.

Mommsen, H., *Die verspielte Freiheit. Der Weg der Republik von Weimar in der Untergang 1918 bis 1933*, Frankfurt, 1990.

—, «Government without parties. Conservative Plans for Constitutional revision at the End of the Weimar Republic», en L. E. Jones y J. Retallack, *Between Reform*, *Reaction and Resistance. Studies in the History of German Conservatism from 1789 to 1945*, Oxford, 1993, pp. 347-374.

—, «L'incendie du Reichstag et ses conséquences politiques», en *Le nacional-socialisme et la societé allemande. Dix essais d'histoire sociale et politique*, París, 1997, cap. 5.

Moraleja, A., *Nietzsche y la «gran política». Antídotos y venenos del pensamiento nietzschiano*, Madrid, 2001.

Moreau, P., *Nationalsozialismus von links. Die «Kampfgemeinschaft Revolutionärer nationalsozialisten» und die «Schwarze Front» Otto Strassers 1930-1935*, Stuttgart, 1985.

Morente, F., «La universidad alemana y la construcción del Tercer Reich», en F. Gallego, ed., *Pensar*

después de Auschwitz, Barcelona, 2003, pp. 153-181.
—, «La universidad en los regímenes fascistas. La depuración del profesorado en Alemania, España e Italia», *Historia Social*, 54 (2006), pp. 51-72.
Mosley, L., *The Reich Marshall. A Biography of Hermann Goering*, Nueva York, 1974.
Mosse, G. L., *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Londres, 1966.
—, *Fallen soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, 1990.
—, *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity*, Nueva York, 1996.
Müller, I., *Hitler's Justice. The Courts of the Third Reich*, Londres, 1991.
Murphy, D., *The Heroic Herat. Geopolitical in Weimar Germany*, *1918-1933*, Kent, 1997.
Muth, H., «Schleicher und die Gewerkschaften 1932. Ein Quellenproblem», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 29 (1981), pp. 188-215.
Neumann, F., *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, Madrid, 1942.
Newton, S., *Profits of Peace. The Political Economy of Anglo-American Appeasement*, Oxford, 1996.
Nicholls, A., «Hitler and the Bavarian Background to National Socialism», en A. Nicholls y E. Matthias, *German Democracy and the Triumph of Hitler. Essays in Recent German History*, Nueva York, 1971, pp. 99-128.
Noakes, J., *The Nazi Party in Lower Saxony*, *1921-1933*, Oxford, 1971.
Noakes, J., y G. Pridham, eds., *Nazism*, *1919-1945. A Documentary reader. 1: The Rise to Power*, *1919-1934*, Exeter, 1983.
Norling, E., *Los hermanos Strasser y el Frente Negro*, Barcelona, 2004.
Nyomarkay, J., *Charisma and Factionalism in the Nazi Party*, Mineápolis, 1967.
O'Donnell, J., *The Bunker. The History of the Reich Chancellery Group*, Boston, 1978.
Orlow, D., *The History of the Nazi Party*, *1919-1933,* vol. I, Pittsburgh, 1969.
—, *The History of the Nazi Party*, *1933-1945*, vol. II, Pittsburgh, 1973.
Ortega y Gasset, J., *Obras completas*, Madrid, 2004-2006.
Orth, K., «The Concentration Camp SS as a Functional Elite», en U. Herbert, *National Socialist Extermination Policies. Contemporary German Perspectives and Controversies*, Nueva York, 2000, pp. 306-336.
Osterland, M., *Gesellschafsbilder in Filmen. Eine soziologische Untersuchung des Filmangebots der Jahre 1949-1963*, Stuttgart, 1970.
Overy, R., *The Nazi economic Recovery*, Londres, 1982.
—, *Göring*, Nueva York, 1984.
—, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.
—, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, 2003.
von Papen, F., *Der Wahrheit eine Gasse*, Munich, 1952.
Papini, G., *Los testigos de la pasión* (1937), en *Obras*, vol. IV, Madrid, 1957.
Patch, Jr., W. L., *Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic*, Cambridge, 1998.
Patfeld, P., *Himmler. El líder de las SS y la Gestapo*, Madrid, 2003.

Pauley, B., *Hitler and the Forgotten Nazis. A History of Austrian National Socialism*, Chapel Hill, 1981.

Pessoa, F., *Libro del desasosiego*, Barcelona, 2002.

Petsch, *Baukunst und Stadtplannung im Dritten Reich*, Munich, 1976.

Petzina, D., *Autarkiepolitik im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1960.

Petzold, J., *Franz von Papen. Ein deutsches Verhängnis*, Munich, 1995.

Peukert, D., *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassischen Moderne*, Frankfurt, 1987.

—, *Jugend zwischen Krieg und Krise. Lebenswelten von Arbeiterjungen in der Weimarer Republik*, Colonia, 1987.

—, *Inside Nazi Germany*, Londres, 1987.

—, «The Genesis of the Final Solution from the Spirit of Science», en T. Childers y J. Caplan, eds., *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 234-252.

Phelps, R., «Thule Society and Germanen Orden», *Journal of Modern History*, 25 (1963), pp. 245-261.

—, «Hitler “grundlegende” Rede über den Antisemitismuo», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 16 (1968), pp. 390-420.

—, «Hitler and the *Deutsche Arbeiterpartei*», en H. A. Turner, *Nazism and the Third Reich*, Nueva York, 1972, pp. 5-19.

Piper, E., *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe*, Munich, 2005.

Plum, G., «Übernahme und Sicherung der Macht 1933/1934», en M. Broszat y N. Frei, eds., *Das dritte Reich im Überblick. Chronik. Ereingisse. Zusammenhänge*, Munich, 1989, pp. 34-47.

Pridham, G., *Hitler's Rise to Power. The Nazi Movement in Bavaria*, *1923-1933*, Londres, 1973.

Prinz, R., y R. Zitelmann, eds., *Nationalsozialismus und Modernisierung*, Darmstadt, 1994.

Quella-Villéger, A., y T. Muhidine, *14-18. Grands reportages*, París, 2005.

Quinn, M., *The Swastica. Constructing the Symbol*, Londres, 1994.

Rabenat, A. M., *Joseph Goebbels und der «Grossdeutsche» Film*, Munich, 1985.

Read, A., *The Devil's Disciples. The Lives and Times of Hitler's Inner Circle*, Londres, 2003.

Reese, W. P., *Un extraño para mí mismo. Diarios de un soldado alemán*, *1941-1944*, Madrid, 2005.

Reiche, E., *The Development of the SA in Nürnberg*, *1922-1934*, Nueva York, 1986.

Reichel, P., *La fascination du nazisme*, París, 1993.

Reif, A., ed., *Albert Speer. Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Munich, 1978.

Reinmann, V., *Goebbels y el III Reich*, Barcelona, 1973.

Reitlinger, G., *The SS. Alibi of a Nation*, Londres, 1956.

Reiss, C., *Goebbels. Mefistófeles moderno*, Barcelona, 1973.

Rempel, G., *Hitler's Children. the Hitler Youth and the SS*, Chapel Hill, 1989.

Reuth, R. G., *Goebbels. Eine Biographie*, Munich, 1990.

Rich, N., *Hitler's War Aims. Ideology*, *the Nazi State*, *and the Course of the Expansion*, Nueva York, 1973.

Richard, L., ed., *Berlín*, *1919-1933. Gigantismo*, *crisis social y vanguardia: la máxima encarnación de la modernidad*, Madrid, 1993.
Richie, A., *Faust's Metropolis. A History of Berlin*, Londres, 1998.
Roberts, C., *The Myth of the Master Race. Alfred Rosenberg and the Nazi Ideology*, Nueva York, 1972.
Röhm, E., *Die Geschichte eines Hochverräter*, Munich, 1930.
Rolfs, R. W., *The Sorcerer's Apprentice. The Life of Franz von Papen*, Lanham, 1996.
Rosenberg, A., *Das Parteiprogramm. Wessen*, *Gründsätze un Ziele der NSDAP*, Munich, 1922.
—, *An die Dunkelmänner unserer Zeit. Eine Antwort auf die Angriffe gegen den Mythus des 20. Jahrhunderts*, Munich, 1935.
—, *Race and History and Other Essays* (ed. por R. Pois), Nueva York, 1970.
—, *Fundamentos del nacionalsocialismo. Las bases del nuevo orden*, Buenos Aires, 1975.
—, *El mito del siglo XX . Una valoración de las luchas anímico-espirituales de las formas en nuestro tiempo*, Barcelona, 1992.
—, *Letzte Aufzeichnungen. Nürnberg*, *1945-1946*, Uelzen, 1996.
Rosenhaft, E., «Working-class Life and Working-class Politics. Communists, Nazis and the State in the Battle for the Streets. Berlin, 1928-1933», en R. Bessel y E. J. Feuchtwanger, *Social Change and political Development in Weimar Germany*, Londres, 1981, pp. 207-240.
Sala Rose, R., *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Barcelona, 2003.
von Salomon, E., *Die Geächteten*, Berlín, 1930.
Salter, S., «Class Harmony or Class Conflict? The Industrial Working Class and the National Socialist Regime», en J. Noakes, ed., *Government party and People in Nazi Germany*, Exeter, 1980, pp. 76-103.
Sánchez Meca, D., *Nietzsche. La experiencia dionisíaca del mundo*, Madrid, 2005.
de Santiago, L. E., *Arte y poder. Aproximación a la estética de Nietzsche*, Madrid, 2004.
Schellenberg, W., *Al servicio de Hitler. Memorias del jefe del espionaje nazi*, Barcelona, 2005.
Schellenberger, B., «Katholischer Jugenwiderstand», en J. Schmädecke y P. Steinbach, eds., *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus*, Munich, 1994, pp. 314-326.
von Schirach, B., *Die Fahne der Verfolgten*, Berlín, 1935.
—, *Yo creí en Hitler*, Barcelona, 1968.
von Schirach, H., *Der Preis der Herrlichkeit. Erfahrene Zeitsgeschichte*, Munich, 1975.
Schleunes, K. A., *The twisted Road to Auschwitz*, *1933-1939. Nazi Policy toward German Jews*, Chicago, 1970.
Schmidt, M., *Albert Speer. The End of a Myth*, Nueva York, 1984.
Scholl I., ed., *Los panfletos de La Rosa Blanca*, Barcelona, 2005.
Schönbaum, D., *Hitler's social revolution*, Nueva York, 1980.
Schulte-Sasse, L., *Entertaining the Third Reich. Illusions of Wholeness in Nazi Cinema*, Dirham, 1996.

Schwarzwäller, W., *Rudolf Hess. The Last Nazi*, Bethesda, 1988.

Sebald, W. G., *Pútrida patria. Ensayos sobre literatura*, Barcelona, 2005.

von Sebottendorff, R., *Bevor Hitler kam. Urkundliches aus der Frühzeit der nationalsozialistischen Bewegung*, Munich, 1933.

Selva, E., *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, 2001.

Sereny, G., *Into that Darkness. From Mercy Killing to Mass Murder*, Londres, 1995 (1.ª ed. en Nueva York, 1974).

—, *Albert Speer. His Battle with Truth*, Nueva York, 1995.

—, *El trauma alemán. Testimonios cruciales de la ascendencia y la caída del nazismo*, Barcelona, 2000.

Sgrazzutti, J., y D. Roldán, «Tiempo libre y disciplinamiento en las clases obreras italiana y alemana de entreguerras. Dopolavoro y Fraft durch Fraude. Un análisis comparativo», *Historia Social*, 52 (2005), pp. 109-127.

Shirer, W., *Le troisième Reich. Des origins a la chute*, París, 1961.

Showalter, D. E., *Little Man, What now? Der Stürmer in the Weimar Republic*, Hamden, Connecticut, 1982.

Siegel, T., «Lohnpolitik im nationalsozialistischen Deutschland», en C. Sachse, T. Siegel, H. Spode y W. Spohn, *Angst*, *Belohnung*, *Zucht und Ordnung. Herrschaftsmechanismen im Nationalsozialismus*, Opladen, 1982, pp. 54-132.

Sigmund, A. M., *Las mujeres de los nazis*, Barcelona, 2000.

Silverman, D., *Hitler's Economy. Nazi Work Creation Programms*, *1933-1936*, Londres, 1998.

Skorzeny, O., *Meine Kommandounternehmen*, Stuttgart, 1965.

Smelser, R., *Robert Ley. The Leader of the German Labor Front*, Oxford, 1988.

Smelser, R., y R. Zitelmann, eds., *The Nazi Elite*, Londres, 1993.

Smith, B., *Heinrich Himmler. A Nazi in the Making*, *1900-1926*, Stanford, 1971.

Snyder, L., *Hitler's Elite*, Nueva York, 1989.

Snydor, C. W., *Soldiers of Destruction. The SS Death's Head Division*, *1933-1945*, Princeton, 1977.

Sofsky, W., *The Order of Terror. The Concentration Camp*, Princeton, 1993.

Solchany, J., *Comprende le nazisme dans l'Allemagne des annés zéro*, *1945-1949*, París, 1997.

Sontheimer, K., *Antidemokratisches Denken in the Weimarer Republik. Die politischen Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918 und 1933*, Munich, 1962.

Speer, A., *Spandau. The Secret Diaries*, Nueva York, 1976.

—, *Infiltration*, Londres, 1981.

—, *Memorias*, Barcelona, 2004.

Speier, H., *German White-Collars and the Rise of Hitler*, New Haven, 1986.

Spender, S., *Un mundo dentro de un mundo*, Barcelona, 1993.

Spotts, F., *Hitler and the Power of Aesthetics*, Nueva York, 2003.

Stachura, P., *Nazi Youth in the Weimar Republic*, Oxford, 1975.

—, «“Der Fall Strasser”: Gregor Strasser, Hitler and National Socialism 1930-1932», en P. Stachura, ed., *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 88-130.

—, «German Youth, the Youth Movement and National Socialism in the Weimar Republic», en P. Stachura, *The Nazi Machtergreifung*, Londres, 1983, pp. 68-84.

—, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, 1983.

Steinberg, M. S., *Sabers and Brown Shirts. The German Students' to National Socialism*, *1918-1933*, Chicago, 1973.

Steiner, G., *Antígonas. La travesía de un mito universal por la historia de Occidente*, Barcelona, 1986.

—, *Nostalgia del absoluto*, Madrid, 2001.

Stephan, G., *Aufstieg und Verfall des Linksliberalismus*, *1918-1933. Geschichte der Deutsche Demokratischen Partei*, Gotinga, 1973.

Stern, J. P., *Hitler. Le Führer et le peuple*, París, 1985.

Stern, F., *The Politics of Cultural Despair. A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, Berkeley, 1961.

Sternhell, Z., ed., *The Intellectual Revolt against Liberal Democracy*, *1870-1945*, Jerusalén, 1996.

Stöss, R., *Politics against Democracy. Right-wing Extremism in West Germany*, Oxford, 1991.

Strasser, G., *Kampf um Deutschland. Reden und Aufzäge eines Nationalsozialisten*, Munich, 1932.

Strasser, O., *Hitler and I*, Boston, 1940.

—, *Flight from Terror*, Nueva York, 1943.

—, *Mein Kampf. Eine politische Autobiographie*, Frankfurt, 1969.

Strasser, O., y V. Alexandrov, *Le front noir contre Hitler*, París, 1968.

Streicher, J., ed., *Reichstagung in Nürnberg*, *1933*, Berlín, 1933.

Streit, C., *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjestischen Kriegsgefangenen*, *1941-1945*, Stuttgart, 1978.

Teichova, A., *An Economic Background to Munich*, Cambridge, 1974.

Thamer, H. U., *Il Terzo Reich. La Germania dal 1933 al 1945*, Bolonia, 1993.

Thomas, D., «A refusal to mourn the death, by fire, of a child in London», en *Muertes y entradas (1934-1953)*, Madrid, 2003.

Thomas, R. H., *Nietzsche in German Politics and Society*, *1890-1918*, Manchester, 1983.

Toland, J., *Adolf Hitler*, Kent, 2.ª ed., 1997.

Tolstoy, N., *The Night of the Long Knives*, Nueva York, 1972.

Travers, M. P. A., *German Novels on the First World War and their Ideological Implications*, *1918-1933*, Stuttgart, 1982.

Traverso, E., *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, 2001.

Treviranus, G., *Das Ende von Weimar. Heinrich Brüning und Seine Zeit*, Düsseldorf, 1968.

Trevor-Roper, H., *Final entries 1945. The Diaries of Joseph Goebbels*, Londres, 1978.

Turner, Jr., H. A., *German Big Businesses and the Rise of Hitler*, Nueva York, 1985.

—, «“Alliance of Elites” as a Cause of Weimar’s Collapse and Hitler’s Triumph?», en H. A. Winkler, *Die deutsche Staaskrise 1930-1933*, Oldenburg, 1992, pp. 205-214.

Turner, H. A., *Hitler’s Thirty Days to Power. January 1933*, Londres, 1996.

Tyrell, A., *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*, Düsseldorf, 1969.

—, «Führergedanke und Gauleiterwechsel. Die Teilung des Gaues Rheinland der NSDAP 1931», en *Virteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 25 (1975), pp. 341-374.

—, *Vom Trommler zum «Führer». Der Wandel von Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP*, Munich, 1975.

—, «Gottfried Feder and the NSDAP», en P. Stachura, *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 48-87.

—, «Auf dem Weg zur Diktatur. Deutschland 1930-1934», en K. D. Bracher, M. Funke y H. A. Jacobsen, eds., *Deutschland 1933-1945. Neue Studien zur nationalsozialistischen Herrschaft*, Bonn, 1992, pp. 15-31.

Varga, W., *The number one Nazi Jew-Baiter. A Political Biography of Julius Streicher (Hitler’s Chief Anti-Semitic Propagandist*, Nueva York, 1981.

Vargas, F., *Más allá, a la derecha*, Madrid, 2006.

van der Vat, D., *The Good Nazi. The Life and Lies of Albert Speer*, Boston, 1997.

Venayre, S., *La gloire de l’aventure. Gènese d’una mystique moderne*, *1850-1940*, París, 2002.

Venner, D., *Histoire d’un fascismo allemand. Les corps-francs du Baltikum et la Révolution conservatrice*, París, 1996.

Ventrone, A., *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, 2003.

Viereck. P., *Metapolitics. The Roots of the Nazi Mind*, Nueva York, 1941.

Vogelsang, T., *Reichswehr*, *Staat und NSDAP*, Stuttgart, 1962.

Volkmann, H. E., ed., *Ende des Dritten Reiches-Ende des Zweiten Weltskriegs. Eine persperktivische Rückschau*, Munich, 1995.

Wachsmann, N., *Hitler’s Prisons. Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven, 2004.

Wagener, O., *Hitler. Memoirs of a Confidant*, New Haven, 1985.

Waite, R., *Vanguard of Nazism. The Freecorps Movement in post-war Germany*, *1918-1923*, Cambridge, Massachusetts, 1952.

Walk, J., ed., *Das Sonderrecht für die Juden in NS-Staat*, Stuttgart, 1996.

Walker, L. D., *Hitler Youth and Catholic Youth*, *1933-1936. A Study in Totalitarian Conquest*, Washington, 1970.

Wangerin, G., y G. Weiss, *Heinrich Tessenow. Ein Baumeister*, *1876-1950. Leben*, *Lehre*, *Werk*, Essen, 1976.

Weidling, P., *Health*, *Race and German Politics Between National Unification and Nazism*, *1870-1945*, Cambridge, 1989.

Weitz, J., *Hitler’s Banker*, Londres, 1997.

Welch, D., *Propaganda and the German Cinema*, *1933-1945*, Oxford, 1983.

—, *The Third Reich. Politics and Propaganda*, Londres, 1993.

Weinberg, G., *Germany*, *Hitler and World War II*, Nueva York, 1995.

Weyr, T., *The Setting of the Pearl. Viena under Hitler*, Oxford, 2005.

Whalen, R. W., *Bitter Wounds. German victims of the Great War*, *1914-1939*, Ithaca, 1984.

Winkler, H. A., «Unternehmerverbände zwischen Ständideologie und Nationalsozialismus», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 17 (1969), pp. 540-571.

—, *Mittelstand*, *Demokratie und Nationalsozialismus*, Colonia, 1972.

Wood, R., *The Conservative Revolution in Weimar Republic*, Londres, 1996.

Wortmann, M., *Baldur von Schirach. Hitlers Jugendführer*, Colonia, 1982.

Wulf, J., *Martin Bormann. L'ombre de Hitler*, París, 1963.

Wykes, A., *The Nürnberg rallies*, Nueva York, 1970.

Ziegler, H., Nazi Germany's N*ew Aristocracy. The SS Leadership*, *1925-1939*, Princeton, 1989.

Zilbert, E., *Albert Speer and the Nazi Ministry of Armaments. Economic Institutions and Industrial Production in the German War Economy*, Madison, 1981.

Zitelmann, R., *Hitler. The Politics of Seduction*, Londres, 1999.

Zizek, S., *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Barcelona, 2001.

Zofka, Z., «Between Bauernbund and National Socialism. The Political Reorientation of the Peasants in the Final Phase of the Weimar Republic», en T. Childers, ed., *The Formation of the Nazi Constituency*, *1919-1933*, Beckenham, 1986, pp. 37-63.

Zsejnmann, C. C., *Nazism in Central Germany. The Brownshirts in «Red» Saxony*, Nueva York, 1999.

Zweig, S., *La lucha contra el demonio*, *Obras*, Barcelona, 1958.

—, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, 2001.



En los primeros años del movimiento, antes del *Putsch* de Munich, las SA no eran más que una organización similar a las numerosas asociaciones de antiguos combatientes que proliferaron en Baviera. En la foto, un grupo de militantes a comienzos de 1923, precedidos por el lema «¡Alemania, despierta!» con un emblema similar al de las legiones romanas.



Los jóvenes alemanes fueron educados en una cultura política revolucionaria: la defensa de la comunidad popular sin clases, homogénea, cohesionada por la evidencia de sus adversarios raciales y por la lealtad a un líder carismático. «Te pertenecemos», expresan ante Hitler el 1 de mayo de 1939.



En 1928, momento que recoge la fotografía de Hitler dirigiéndose a los dirigentes fundacionales del NSDAP, el nacionalsocialismo es una pequeña organización con escasa representación parlamentaria. Esta situación se modificará sólo unos meses más tarde, cuando el movimiento aglutine los diversos descontentos sociales para constituir una alternativa total a la democracia de Weimar.



Anton Drexler es el arquetipo del trabajador especializado, patriota, antisemita, antidemócrata, antimarxista, favorable a la inclusión de las masas en un nuevo nacionalismo que incorpore al «socialismo alemán» a las masas protagonistas de la política después de la Gran Guerra. Fundador del DAP, se verá pronto desplazado por un Hitler de mayor carisma y capacidad estratégica.





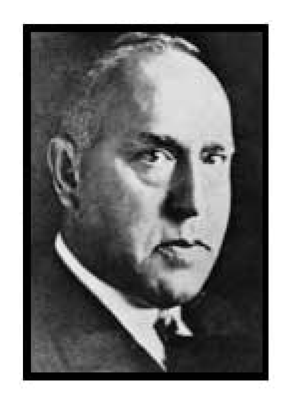
El *Putsch* de Munich indica el fin de la primera fase de desarrollo del nacionalsocialismo, aún favorable a la integración del partido en un movimiento unitario *völkisch*. A partir de su fracaso, la refundación del NSDAP se basaría en la conquista de los espacios sociales, la participación en las elecciones, el camino en solitario y la progresiva identificación con Hitler. En la foto, Streicher habla a los patriotas de extrema derecha movilizados en noviembre de 1923.

El nacionalsocialismo reunió distintas culturas políticas en un solo movimiento heterogéneo, capaz de llegar a todas las versiones de la cultura antidemocrática alemana. Una de ellas podría encarnarse en el dirigente incontestable de Nuremberg, Julius Streicher, director de *Der Stürmer* y representante de las formas más soeces del antisemitismo popular.



La llamada «izquierda nazi» trató, en los años confusos de la refundación del partido tras el fracaso del *Putsch* de 1923, de orientar el NSDAP por el camino de un «socialismo alemán» cuyo objetivo prioritario fuera la conquista de los sectores más castigados de la clase media y los trabajadores industriales. Sus líderes, como Gregor Strasser o Joseph Goebbels, que aparecen recorriendo las calles de Bamberg, fueron vencidos en la conferencia celebrada en esta ciudad a comienzos de 1926.

Gregor Strasser no tenía sólo extraordinarias cualidades de organizador. En él podían verse reflejados todos aquellos sectores de la clase media más dependiente, para los que el nacionalsocialismo era, fundamentalmente, la síntesis entre el anticapitalismo y el antimarxismo del pequeño burgués. Su abandono de la política, en diciembre de 1932, indicó la conciencia del carácter ficticio de esta propuesta. Su abandono de la dirección del NSDAP, en diciembre de 1932, puede atestiguar el carácter ilusorio de esta propuesta ideológica.





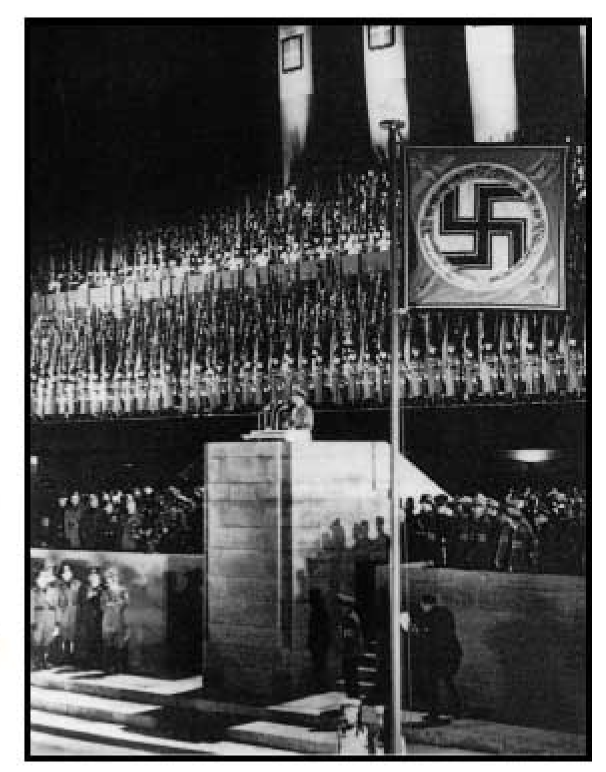
Ernst Röhm fue llamado por Hitler para que se hiciera cargo de unas SA inquietas por los tratos del *Führer* con la derecha alemana. Contemplado siempre como el dirigente de un ala radical del partido, en realidad se trataba de alguien que sólo veía en la política un proceso de militarización de la sociedad. Desde 1933 hasta su asesinato en 1934, trató de levantar su propio imperio para negociar las condiciones del Tercer Reich con Hitler.



«Mi punto de vista ha sido siempre el de un soldado», escribió al comienzo de sus memorias, *Die Geschichte eines Hochverräter*, Ernst Röhm. Decisivo en el apoyo del ejército al nacionalsocialismo precario anterior al *Putsch* de Munich, lo sería también para entregar a Hitler una organización disciplinada en vísperas de la captura del poder.

Joseph Goebbels realizó la «conquista de Berlín» para Hitler, convirtiendo un pequeño grupo local en una organización de masas. Para ello, recorrió los barrios obreros de la ciudad disputando a los comunistas las calles de la capital. En la foto aparece realizando uno de sus mítines en las condiciones de precariedad organizativa de finales de los años veinte.





Tras la captura del poder, Goebbels se convirtió en el organizador de la propaganda del partido y del Estado simultáneamente. En la foto, puede observarse la contundente e intimidante escenografía del nuevo Reich, destinada a convencer a sus invitados de la Italia fascista, Mussolini y Ciano, de la superioridad del nuevo régimen.



Sin la Gran Guerra y la derrota, Hermann Göring habría desarrollado su existencia en el mundo apacible y ordenado de las guarniciones militares. En el conflicto destacó en el cuerpo de élite de la aviación, que iniciaba su andadura bélica, como miembro y posterior jefe de la célebre escuadrilla del Barón Rojo, Manfred von Richthofen.



Los últimos años de Weimar y el Tercer Reich hicieron de Hermann Göring uno de los políticos más destacados del movimiento nazi. Siempre actuó en los sectores más moderados, alejado del radicalismo social de las SA y celoso de los poderes que adquiría en el marco de una dictadura tradicional: la Presidencia de Prusia, la dirección de la fuerza aérea o la coordinación de la economía de guerra.



A Robert Ley correspondió organizar una de las tareas más importantes del régimen nacionalsocialista: el control, seducción y canalización organizativa de la clase obrera. Dirigente máximo del Frente Alemán del Trabajo, no lo concibió como organización sindical, sino como expresión dinámica de una comunidad popular que superaba la noción misma de clase, para construir la nación de productores.



La responsabilidad obtenida por Ley en 1933 no dejaría de crecer a lo largo del Tercer Reich, hasta hacer de las diversas agencias del DAF la mayor plataforma de masas del Estado nacionalsocialista. Sin embargo, nunca logró adquirir el poder personal que podía derivarse de ello en la complicada poliarquía nazi y fue desbordado por dirigentes con una base institucional menos poderosa. Aunque su papel fue insignificante en los últimos años del régimen, fue uno de los principales encausados en el Gran Proceso de Nuremberg, que evitó con el suicidio.



Baldur von Schirach procedía de una familia acomodada de Weimar y, desde su mismo ascenso a la dirección del movimiento estudiantil, representó el contacto del nacionalsocialismo con los sectores acomodados de la sociedad alemana, fascinados por aquel movimiento que mostraba los aspectos sintetizados de una revolución y una restauración.
En la foto aparece con su esposa, Henriette, hija del fotógrafo personal de Hitler, Heinrich Hoffmann.



Tras la derrota, Von Schirach trató de minimizar sus responsabilidades en los aspectos más trágicos del nacionalsocialismo juzgados en el Gran Proceso de Nuremberg. Sin embargo, había sido el responsable máximo de la educación en el nazismo de los jóvenes alemanes. Como gobernador de Viena autorizó la deportación de los judíos de aquella ciudad, una medida que los condujo al exterminio.

Heinrich Himmler no pudo participar de una forma activa en la Gran Guerra, pero pudo vestir el uniforme de reserva, con el que aparece fotografiado con su hermano mayor, Gerhard. Aquel joven conservador, de familia monárquica y católica, estrechamente vinculada con la dinastía de los Wittelbach, reyes de Baviera, pasó al nazismo acompañando la destrucción de la sociedad tradicional en la que se había formado desde su nacimiento, en 1900.





Heinrich Himmler empezó su carrera política como secretario de Gregor Strasser, pero en 1929 pasó a adquirir el rango que ostentaría durante el resto de su vida: *Reichsführer* de las SS, un pequeño cuerpo que en principio dependía orgánicamente de las SA de Röhm. La élite del terror moderno que Himmler representa contrasta perfectamente con la violencia callejera que encarna la figura y el uniforme de Röhm, como lo hace la victoria del primero sobre el segundo.



En la fotografía, en la que aparece inspeccionando un nuevo cañón antiaéreo, Albert Speer es retratado cumpliendo con la función que le dio mayor poder: la de Ministro de Armamento.



El semblante de Speer nos muestra, junto con el brazalete de la Organización Todt, a un hombre arquetípico de la falta de entusiasmo, de las emociones controladas, de la rigidez y eficacia de la administración. Un «técnico» al servicio del Estado, que pretendió hacer de su función una tarea que superaba las vicisitudes de una ideología.

Alfred Rosenberg formó parte de aquellos sectores del pequeño grupo antisemita de Munich vinculado con el exilio báltico antibolchevique. A él se debió la teorización más coherente de una visión racista de la historia que divulgó en numerosas obras, en especial *El Mito del siglo XX*.





A pesar de su importancia como ideólogo, Rosenberg no obtuvo ningún cargo de relieve gubernamental en el Tercer Reich, hasta que fue nombrado Ministro para los Territorios Ocupados en el Este, una responsabilidad que habría de costarle la condena a muerte en el Gran Proceso de Nuremberg.



Martín Bormann ostenta una de las carreras políticas más peculiares del Tercer Reich, pero más cercanas al estilo del poder de un régimen totalitario. Sin carisma personal, sin una base de masas propia, sin una función bien definida, todo su poder derivaba del control burocrático ejercido desde la Cancillería, así como de la confianza ciega que Hitler depositó en su eficiencia administrativa.

De procedencia humilde, Bormann logró ingresar en el círculo personal de Hitler mediante un matrimonio de fortuna. En 1929 se casó con Gerda Buch, la hija del responsable del Comité de Conflictos del NSDAP, diputado en el Reichstag y uno de los más allegados al *Führer* en los años anteriores a la conversión del movimiento en una organización de masas. En la foto, la novia es acompañada por el padrino de la boda, el propio Hitler y por su padre, Walter Buch.





El movimiento nacionalsocialista no se presentó nunca como un partido más, sino como la expresión de la comunidad popular alemana, una sociedad jerarquizada sin más adversarios que los *Gemeinschaftsfremde*, los ajenos a la comunidad por sus defectos raciales, expresados en ineficacia, rebeldía social, gustos artísticos o inclinaciones sexuales. El Congreso de Nuremberg de 1938 indica la forma en que el nazismo quiso «construir» esa imagen inclusiva de la comunidad para que sus miembros la percibieran.



Las celdas del Palacio de Justicia de Nuremberg donde se recluía a los principales dirigentes del Tercer Reich eran vigiladas constantemente por soldados de los ejércitos aliados, dado el número de suicidios que había ido produciéndose desde la caída del régimen, y que había impedido llevar al banquillo a Hitler, Himmler o Goebbels. Ley se suicidaría antes de iniciarse las sesiones, y Göring tras conocer el veredicto.



El Gran o Primer Proceso de Nuremberg deseó tener un carácter ejemplar que justificara no sólo la victoria, sino el significado de la guerra recién acabada. A través de quienes, aún con vida, podían representar las diversas facetas del nazismo, mostró al mundo cuáles habían sido los rasgos de un régimen político que conculcó los principios sobre los que se levantaba el concepto mismo de civilización.



Nuremberg, la ciudad que Hitler había nombrado capital de los grandes congresos destinados a demostrar al mundo entero la adhesión de Alemania al nazismo, fue la elegida por los aliados para enseñar la verdadera cara del régimen, solicitando las responsabilidades políticas que se derivaban de ello. Criticado por algunos como la «justicia del vencedor», otros han subrayado la escasa coherencia de unas sentencias que absolvieron a responsables directos del ascenso de Hitler al poder o fueron indulgentes con quienes permitieron su dominación.

1. F. Gallego, «Thomas Mann y el esfuerzo por la salvación de Alemania. Comentarios al *Deutsche Ansprache. Ein Appell an die Vernunft*», *Anthropos*, 210 (2006), pp. 122-132.

2. H. Kurzke, *Thomas Mann. La vida como obra de arte. Una biografía*, Barcelona, 2003, pp. 390-392. Acerca de la potencia de los comunistas en la ciudad de Berlín pueden considerarse los resultados de las elecciones de julio de 1932, cuando obtuvieron 382.317 votos frente a los 318.950 de los socialdemócratas y los 280.295 de los nazis (J. Kuczynsky, «Efectos de la crisis en la vida cotidiana», en L. Richard, ed., *Berlín, 1919-1933. Gigantismo, crisis social y vanguardia: la máxima encarnación de la modernidad*, Madrid, 1993, p. 225).

3. «Von Deutscher Republik. Gerhart Hauptmann zum sechzigten Geburgstag», en H. Kurze, ed., *Essays. Band 2. Politik*, Frankfurt am Main, 1977, pp. 61-93.

4. W. Benjamin «Tesis de Filosofía de la Historia», en *Discursos interrumpidos, I*, Madrid, 1973, pp. 180-181.

5. Las que Benjamin llama «imágenes dialécticas», donde el significado es más decisivo que el momento en el que se producen los acontecimientos, lo que proporciona la fuerza simbólica de un hecho y su valor no sólo de identificador de la ruptura o la resistencia de una época, sino también de destructor del concepto de cronología que proporciona el tiempo abstracto, vacío de contenido, de los relojes, para disponer del tiempo conmemorativo, lleno de recuerdos y de sentido de la redención que poseen los calendarios. Véase, a este respecto, S. Buck-Morris, *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, Buenos Aires, 2005, pp. 17 y ss. Asimismo, S. Buck-Morris, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*, Madrid, 1995, pp. 23 y ss., y el comentario de M. Löwy a las «tesis», *Walter Benjamin. Aviso del incendio*, Buenos Aires, 2002, pp. 142-147 para el comentario de la tesis XV, en la que se introduce la idea del tiempo abstracto y el tiempo conmemorativo.

6. E. Canetti, *El juego de ojos*, Barcelona, 2005, p. 173.

7. G. K. Chesterton, *Autobiografía*, Barcelona, 2003, p. 392.

8. G. Steiner, *Antígonas. La travesía de un mito universal por la historia de Occidente*, Barcelona, 1986.

9. Esa diferencia entre la Alemania de la carne y la del espíritu, entre la animalidad y la humanidad, es la que destaca la germanista Rosa Sala en su introducción a los textos del grupo, en *Los panfletos de La Rosa Blanca*, Barcelona, 2005, pp. 13-15.

10. F. Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Nueva York, 2003, esp. caps. 4 y 5: «El artista como político» y «El político como artista».

11. D. C. Large, *Where Ghost Walked. Munich's Road to the Third Reich*, Nueva York, 1997, p. 219.

12. F. Bayón, *La prohibición del amor. Sujeto, cultura y forma artística en Thomas Mann*, Barcelona, 2004, nos propone la tensión existente en la obra de Mann precisamente en un hombre que se ve «como intermediario entre todos los excesos imaginables en el ámbito de la cultura, la ética y la política» (p. 24).

13. M. Fumaroli, *Chateaubriand. Poésie et Terreur*, París, 2003, pp. 11-12.

14. B. Craveri, *La cultura de la conversación*, Madrid, 2003, p. 13.

15. J. W. Goethe, *Conversaciones de emigrados alemanes*, Barcelona, 2006, pp. 25 y ss.

16. M. Krüll, *La familia Mann*, Barcelona, 1992, pp. 215 y ss.

17. M. Broszat, *Hitler and the Collapse of Weimar Germany*, Oxford, 1987, pp. 32 y ss.

18. M. P. A. Travers, *German Novels on the First World War and their Ideological Implications, 1918-1933*, Sttutgart, 1982, pp. 83 y ss.

19. G. Steiner, *Nostalgia del absoluto*, Madrid, 2001, p. 17; sobre los rituales conmemorativos, aunque habremos de referirnos a ellos con detalle en esta introducción, debe citarse ahora a G. L. Mosse, *Fallen soldiers. Reshaping the memory of the World Wars*, Nueva York, 1990, parte III.

20. E. Rosenhaft, «Working-class Life and Working-class Politics. Communists, Nazis and the State in the Battle for the Streets. Berlin, 1928-1933», en R. Bessel y E. J. Feuchtwanger, *Social Change and Political Development in Weimar Germany*, Londres, 1981, pp. 207-240.

21. J. Goebbels, *Tagebücher* (ed. de R. G. Reuth), Munich, 2002, vol. II, p. 546.

22. B. Fromm, *Blood and Banquets. A Berlin Social Diary*, Nueva York, 1990, pp. 28-29; Count H. Kessler, *The Diaries of a Cosmopolitan, 1918-1937*, Londres, 1999, pp. 399-402.

23. S. Spender, *Un mundo dentro de un mundo*, Barcelona, 1993, p. 164.

24. A. Richie, *Faust's Metropolis. A History of Berlin*, Londres, 1998, cap. IX.

25. C. Isherwood, *Historias de Berlín*, Barcelona, 2005, p. 232.

26. B. Smith, *Heinrich Himmler. A Nazi in the Making, 1900-1926*, Stanford, 1971.

27. He planteado algunos de los elementos de esta transición en F. Gallego, «El nazismo como fascismo consumado», en F. Gallego, ed., *Pensar después de Auschwitz*, Barcelona, 2003.

28. A. Speer, *Infiltration*, Londres, 1981, pp. 7-13; S. Aronson, *The Beginnings of the Gestapo System. The Bavarian Model in 1933*, Jerusalén, 1969, pp. 16 y ss.

29. R. Chateaubriand, *Memorias de ultratumba*, Barcelona, 2004, vol. II, pp. 1.435 y ss.

30. «¿Qué significa entonces “ich bin”? La vieja palabra “bauen”, a la que pertenece “bin”, nos responde: “ich bin”, “du bist”, significa “yo habito”, “tú habitas”.» M. Heidegger, «Construir, habitar, pensar», en *Filosofía, ciencia y técnica*, Santiago, 2002, p. 202.

31. Z. Baumann, *Modernidad y holocausto*, Madrid, 1989.

1. J. Nyomarkay, *Charisma and Factionalism in the Nazi Party*, Mineápolis, 1967, p. 58. Acerca de la falta de primogenitura, véase, reivindicando a las figuras de Drexler, Röhm y Strasser, el libro de O. Dutch, *Hitler's Twelve Apostles*, Londres, 1939. Para Drexler, pp. 15-23.

2. El marco social en el que se desarrolla la actividad del Partido Nacionalsocialista se encuentra en las numerosas historias del partido en su primera etapa. Sin embargo, dos textos que aportaron consideraciones muy interesantes acerca de la influencia del medio para marcar el carácter del proyecto nazi, y no sólo las condiciones favorables que permitieron su desarrollo inicial, son: H. Auerbach, «Hitlers politische Lehrjahre und die münchener Gesellschaft 1919-1923. Versuch einer Bilanz anhand neueren Forschung», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 25 (1977), pp. 1-45; y A. Nicholls, «Hitler and the Bavarian Background to National Socialism», en A. Nicholls y E. Matthias, *German Democracy and the Triumph of Hitler. Essays in Recent German History*, Nueva York, 1971, pp. 99-128.

3. A. Joachimsthaler, *Adolf Hitler, 1908-1920. Korrektur einer Biographie*, Munich, 1988, señala que, según indicó Max Amann después de la guerra, Hitler había considerado la necesidad de fundar un partido nuevo, precisamente después de haber escuchado a Gottfried Feder exponer sus ideas, un partido que llevaría el nombre de «socialrevolucionario», algo que confirmaría el periodista Konrad Heiden. Tal reflexión de Hitler se producía tras la universidad de verano celebrada en los barracones del ejército en 1919.

4. Acerca de la importancia del mito del líder en la cultura *völkisch*, puede verse J. Hermand, *Old Dreams of a New Reich. Volkisch Utopias and National Socialism*, Bloomington, 1992; así como el desarrollo de este principio en el pensamiento decadendista finisecular en F. Stern, *The Politics of Cultural Despair. A Study in the Rise of the Germanic Ideology.* Berkeley, 1961. En relación con la figura de Hitler cumpliendo ese papel, el libro de J. P. Stern, *Hitler. Le Führer et le peuple,* París, 1985, y naturalmente los dos estudios de I. Kershaw: *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987 y *Hitler*, Londres, 1991, de la serie «Profiles in Power». Un ejemplo de la forma en que desea evitarse la rectificación en el seno del propio partido es la forma en que Röhm confiesa al disidente Lüdecke la imposibilidad de modificar estas condiciones, recogidas en las memorias de éste, *I Knew Hitler*, Londres, 1938, p. 265.

5. A. Hitler, *Mi lucha*, Santiago de Chile, s. f., cap. IX.

6. R. von Sebottendorff, *Bevor Hitler kam. Urkundliches aus der Frühzeit der nationalsozialistischen Bewegung*, Munich, 1933. Según nos indica G. Franz-Willing, la segunda edición de la obra fue prohibida por el régimen en 1934 (*Die Hitler-Bewegung. Der Ursprung, 1919-1922*, Hamburgo, 1962, p. 74), aun cuando el historiador acierta al señalar que el partido, posterior a la existencia de un movimiento nacionalsocialista formado por las organizaciones antisemitas y nacionalistas *völkisch*, nunca habría llegado a existir en la forma en que lo hizo sin la presencia y el liderazgo personalizado de Hitler, algo que legitima el propio título de su obra.

7. Las notas pueden encontrarse en E. Deuerlein, *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Munich, 1974, pp. 98 y 105. En la nota de 1935 (p. 60), Drexler recuerda lo mucho que le costó convencer a sus compañeros del DAP de que concedieran a Hitler un protagonismo especial, antes de que el éxito de su primera intervención pública rompiera todas las resistencias. Una versión más extensa de la carta de 1940 se encuentra en R. Phelps, que la obtuvo de la propia hija de Drexler, en «Hitler and the *Deutsche Arbeiterpartei*», en H. A. Turner, *Nazism and the Third Reich*, Nueva York, 1972, pp. 5-19.

8. K. Heiden, *A History of National Socialism*, Nueva York, 1971 (publicado por primera vez en 1935), p. 3.

9. Considerando lo que había de ocurrir después del *Putsch* de Munich, incluida la constitución de un partido propio por Drexler, el tipo de elogios al Führer realizados por el fundador del DAP, que se recogen en el libro de H. Heinz, *Germany's Hitler*, Londres, 1934, pp. 101-146.

10. A. Drexler, *Mein politisches Erwachen. Aus den Tagebuch eines deutschen sozialistischen Arbeiters*, Munich, 1919.

11. E. Deuerlein, *Der Aufstieg…*, pp. 56 y ss. También R. Phelps, «Hitler…». Un resumen del «despertar político» de Drexler puede obtenerse en una *Flugblatt* escrita en 1921 o 1922, que es una buena síntesis de sus posiciones políticas, en especial porque señala la importancia de un antisemitismo que a veces ha sido desdeñado a favor de una actitud fundamentalmente obrerista, como si fuera éste el elemento que pudiera separarlo de la posición de Hitler: como veremos, la cuestión es otra (A. Tyrell, *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*. Düsseldorf, 1969, pp. 20-22). El texto termina, precisamente, señalando que el bolchevismo es un fraude (*Betrug*) judío.

12. K. Heiden, *A History…*, p. 4.

13. H. Heinz, *Germany's…*, pp. 102-103.

14. Sobre el Partido de la Patria y el paso de su militancia a las organizaciones nacionalistas radicales de la posguerra, véase H. Hagenlücke, *Die deutsche Vaterlandspartei. Die nationale Rechte am Ende des Kaiserreiches*, Düsseldorf, 1997. J. M. Diehl, «Von der "Vaterlandspartei" zur "Nationalen Revolution". Die "Vereigniten Vaterländischen Verbände Deutschlands (VVVD)" 1922-1923», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 33 (1985), pp. 616-637.

15. J. Toland, *Adolf Hitler*, 2.ª ed., Kent, 1997, p. 134.

16. G. Franz-Willing, *Die Hitler-Bewegung*…, p. 63. Acerca del carácter anexionista del artículo, D. C. Large, *Where Ghost Walked. Munich's Road to the Third Reich*, Nueva York, 1997, p. 71.

17. K. Heiden, *The History…*, p. 6. Acerca de la posición de Rathenau como intelectual capaz de observar el cambio de estructura empresarial que supone la guerra, la comunidad de empresa y una nueva relación entre la política y la economía, véase P. Létourneau, *Walther Rathenau, 1867-1922*, Estrasburgo, 1995, esp. pp. 137 y ss. El mejor trabajo que existe en español acerca de la actitud del empresariado alemán en esta fase es el de Alejandro Andreassi, *«Arbeit macht Frei». El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Barcelona, 2004, pp. 65-116, que contiene una abrumadora muestra de la literatura acerca de la modernización de las relaciones laborales.

18. G. Franz-Willing, *Die Hitler-Bewegung…*, pp. 88 y ss. El Partido Socialista Alemán se constituyó en Düsseldorf bajo la dirección del ingeniero Alfred Brunner (1871-1936), con un programa inicialmente muy influido por las ideas de G. Feder acerca de la «esclavitud del interés» (*Zinsknechtschaft*), una de las consignas de mayor difusión en el populismo de la extrema derecha de aquellos años. El grupo de Munich no llegó a arraigar, dado el rápido desarrollo del NSDAP bajo la dirección propagandística de Hitler, y el DSP se extendió por otras zonas de Baviera —en especial Franconia, donde se alió momentáneamente con Julius Streicher— y de la Baja Sajonia. El desarrollo del Partido Nazi llevaría a su disolución tras el intento fallido de unificación de 1921 y el paso del grupo *völkisch* de Nuremberg al NSDAP a finales de 1922.

19. E. Deuerlein, *Der Aufstieg…*, p. 59 («… ist eine Vereinigung ausgewählter Persönlichkeiten zwecks Besprechung und Studium politischer Angelegenheiten»).

[20]. N. Goodrick-Clarke, *Les racines occultistes du nazisme*, Puiseau, 1989, cap. 11. También R. Phelps, «Thule Society and Germanen Orden», *Journal of Modern History*, 25 (1963), pp. 245-261. Desde mediados de 1919, la Sociedad de Thule estuvo vinculada estrechamente al NSDAP, y contaba entre sus accionistas con personas tan destacadas del partido como Feder. Tras los sangrientos acontecimientos de abril de 1919, cuando un grupo de dirigentes de la sociedad fue fusilado por los partidarios de la República soviética y con el debilitamiento del DSP y el crecimiento del NSDAP de Hitler, alejado de los postulados esotéricos en lo que a la acción política de masas se refería, Sebottendorff fue perdiendo influencia en la organización, en beneficio de quienes estaban más vinculados al Partido Nazi.

21. A. Rosenbeg, *Letzte Aufzeichnungen. Nürnberg 1945-1946*, Uelzen, 1996, p. 76.

22. J. Nyomarkay, *Charisma…*, p. 62. Una nota de Feder a Drexler quejándose de la influencia y el estilo de Hitler, redactada en febrero de 1921, puede verse reproducida en el libro de W. Maser, *Der Sturm auf die Republik. Frühgeschichte der NSDAP*, Düsseldorf, 1994 (nueva versión del texto pionero publicado con el subtítulo de esta nueva edición), pp. 484-486.

23. Años después, en su penetrante análisis de la personalidad de algunos de los dirigentes del partido —además de la espléndida reproducción del paisaje político del nazismo en Hamburgo—, el *Gauleiter* de esta ciudad, Albert Krebs, había de recordar lo desagradable de su carácter, que incluía la pobreza de su conversación, la seguridad de ser la única persona con ideas propias en el partido y su incapacidad para que alguien le llevara la contraria. A. Krebs, *The Infancy of Nazism. The Memoirs of Ex-Gauleiter Albert Krebs, 1923-1933*, Nueva York, 1976, pp. 257-259.

24. El propio título del libro iba en esa dirección, *Manifest zur Brechung der Zinsknechtschaft des Geldes*, Munich, 1919, y poco antes había publicado, en forma aún más breve, un folleto, *Der Staatsbankrott-Die Rettung,* lo cual le proporcionó una atención especial en los ambientes de la extrema derecha muniquesa poco después de la revolución de noviembre, como economista del movimiento.

25. Hitler tuvo que elogiar el libro publicado en 1923 por Feder, *Der deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage*, Munich, 1923, considerándolo la principal fuente de inspiración ideológica del NSDAP. En 1927, Feder publicó un comentario al programa del partido, para enfrentarlo al denso escrito redactado por Rosenberg cuando éste aún se encontraba a cargo de la dirección del clandestino movimiento nacionalsocialista, y aparecer como verdadero intérprete de la posición oficial, especialmente tras haber desarrollado una tarea de resistencia contra la «izquierda nazi» previa a la conferencia de Bamberg de 1926, en defensa de las posiciones del grupo de Munich frente a los hermanos Strasser y los *Gauleiter* del norte y el noroeste. En 1933, aún trató de competir con los ideólogos antisemitas y la maquinaria del nazismo con la publicación de un panfleto, *Die Juden*, que en nada ayudó a colocarlo en el área de poder que él creía haberse ganado con su trabajo teórico y propagandístico en los años de lucha.

26. A. Tyrell, «Gottfried Feder and the NSDAP», en P. Stachura, *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 48-87.

27. M. Kellogg, *The Russian Roots of Nazism. White Émigrés and the Making of National Socialism 1917-1945*, Cambridge, 2005, pp. 109 y ss. Acerca de Dietrich Eckart y su relación con Rosenberg, consultar W. Maser, *Der Sturm…*, pp. 179 y ss.

28. D. Orlow, *The History of the Nazi Party, vol. I, 1919-1933*, Pittsburgh, 1969, p. 12.

29. *Ibidem*, p. 13.

30. G. Franz-Willing, *Die Hitler-Bewegung…*, pp. 66-67.

31. A. Joachimsthaler, *Korrektur einer Biographie. Adolf Hitler, 1908-1920*, Munich, 1989, cap. 5.

32. R. Phelps, «Hitler "grundlegende". Rede über den Antisemitismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 16 (1968), pp. 390-420.

33. Proust, *En busca del tiempo perdido y El tiempo recobrado*, Madrid, 1981, pp. 420-422.

34. Según recuerda el propio Drexler en el informe que entregó al partido en 1935, «tuve que empeñarme en duras batallas en el comité para que Hitler pudiera realizar una conferencia en nombre del DAP» («Schwere Kämpfe hatte ich im Ausschuss durchzuführen, bis Hitler das erstemal für die DAP reden könnte.»); en E. Deuerlein, *Der Aufstieg*…, p. 60.

35. K. Heiden, *The History*…, p. 7.

36. E. Deuerlein, *Der Aufstieg*..., p. 55.

37. J. Nyomarkay, *Charisma*…, pp. 57 y ss.

38. He recogido algunas de estas impresiones en *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, 2001, pp. 102-103.

39. E. Deuerlein, «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», *Vierteljahrshefte für Zeitzgeschichte*, 1959, pp. 454-464.

40. El documento de Hitler, «Organization des Aussuches der Ortsgruppe München und seiner Geschäftsordnung» puede leerse en A. Tyrell, *Vom Trommler zum «Führer». Der Wandel von Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP*, Munich, 1975, pp. 29 y ss.

41. R. Zitelmann, *Hitler. The Politics of Seduction*, Londres, 1999.

42. R. Phelps, «Hitler “grundlegende” Rede über den Antisemitismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 16 (1968), pp. 390-420. Véanse comentarios también en I. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Barcelona, 1998, p. 168.

43. E. Deuerlein, *Der Aufstieg…*, pp. 98 y 105.

44. G. Franz-Willig, *Die Hitler-Bewegung*…, p. 97.

45. J. Nyomarkay, *Charisma*…, pp. 58 y ss.

46. Algunos párrafos del panfleto se recogen en K. Heiden, *A History*…, pp. 51-52.

47. R. Lenman, «Julius Streicher and the Origins of the NSDAP in Nuremberg, 1918-1923», en A. Nicholls y E. Matthias, *German…*, p. 137.

48. La carta puede leerse en G. Franz-Willig, *Die Hitler-Bewegung…*, pp. 110-111.

49. *Ibidem*, p. 115.

50. A. Tyrell, *Vom Trommler…*, pp. 132 y ss.

51. H. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1972; G. FranzWilling, *Krisenjahr der Hitler-Bewegung 1923*, Oldendorf, 1975.

52. D. Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution. Hitler and the Verbotzeit, 1923-1925*, Londres, 1989. Según Jablonsky, el propio Drexler fue uno de los firmantes del acuerdo con el DNVP en febrero de 1924.

53. E. Deuerlein, *Der Aufstieg…*, p. 246.

54. A. Rosenberg, *Letzte…*, p. 82.

1. Según lo indica G. Franz-Willing en *Krisenjahr der Hitlerbewegung 1923*, Oldendorf, 1975, p. 138. Según W. Maser, la condición de orador indispensable en el ambiente *völkisch* procedía del resultado de la crisis del verano de 1921 (*Der Sturm auf die Republik. Frühgeschichte der NSDAP*, Düsseldorf, 1994, p. 315).

2. A. Krebs, *The Infancy of Nazism. The Memoirs of Ex-Gauleiter Albert Krebs, 1923-1933*, Nueva York, 1976, pp. 307-309.

3. R. Lenman, «Julius Streicher and the Origins of the NSDAP in Nuremberg, 1918-1923», en A. Nicholls y E. Matthias, *German Democracy and the Triumph of Hitler*, Nueva York, 1971, pp. 161-174.

4. D. Orlow, *The History of the Nazi Party, 1933-1945*, vol. II, p. 83.

5. Acerca de la actitud de los médicos de Landsberg, véase D. E. Showalter, *Little Man, What Now? Der Stürmer in the Weimar Republic*, Hamden, Connecticut, 1982, p. 24.

6. C. Koonz, *La conciencia nazi*, Barcelona, 2005.

7. J. M. González García, *La máquina burocrática (Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka),* Madrid, 1989; E. Traverso, *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, 2001, esp. cap. II, «Auschwitz "ante". De Kafka a Benjamin»; Z. Baumann, *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, 2001, esp. caps. 1 y 2; F. Gallego, «Los demás son silencio. Normalidad y exclusión en la política contemporánea», en F. García de Cortázar, ed., *La mecánica del poder*, Madrid, 2002, pp. 159-210; F. Gallego, «La lógica de una exclusión radical. Pensar desde Auschwitz», en VV. AA., *Acogidos y rechazados en la historia*, Valladolid, 2005, pp. 85-102.

8. Como habría de definir D. Peukert la respuesta modernista nazi a la crisis del proyecto moderno en su monografía acerca de Weimar, *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassichen Moderne*, Frankfurt, 1987.

9. J. Streicher, ed., *Reichstagung in Nürnberg 1933*, Berlín, 1933.

10. E. Reiche, *The development of the SA in Nürnberg, 1922-1934*, Nueva York, 1986, cap. 1.

11. D. E. Showalter, *Little*…, pp. 6 y ss.; T. Childers, «Languages of liberalism. Liberal political discourse in the Weimar Republic», en K. Jarausch y L. E. Jones, eds., *In Search of a Liberal Germany*, Nueva York, 1990, pp. 323-359; L. E. Jones, «Crisis and Realigment. Agrarian splinter parties in the late Weimar Republic, 1928-1933», en R. Moeller, ed., *Pesants and Lords in Modern Germany. Recent Studies in Agricultural History*, Boston, 1986, pp. 198-232.

12. R. L. Bytwerk, *Julius Streicher.The Man Who Persuaded a Nation to Hate Jews*, Nueva York, 1983, pp. 2-9; W. Varga, *The Number One Nazi Jew-Baiter. A Political Biography of Julius Streicher (Hitler's Chief Anti-Semitic Propagandist)*, Nueva York, 1981, pp. 23-34; A. Low, *The Men Around Hitler. The Nazi Elite and its Collaborators*, Nueva York, 1996, pp. 138-140; L. L. Snyder, *Hitler's Elite*, Nueva York, 1989, p. 90.

13. D. Maser, *Der Sturm…*, pp. 229-231; E. Deuerlein, *Def Aufstief…*, p. 45.

14. L. E. Jones, «The Dying Middle. Weimar and the Fragmentation of Bourgeois Politics», *Central European History*, 5 (1972), pp. 23-54; L. E. Jones, *German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System, 1918-1933*, Chapel Hill, 1988, pp. 238 y ss.; T. Childers, «The middle classes and National Socialism», en D. Blackbourn y R. Evans, eds., *The German Bourgeoisie*, Nueva York, 1991, pp. 318-337; T. Childers, «Interest and Ideology. Anti-System Politics in the Era of Stabilization 1924-1928», en G. Feldman y E. Müller-Lückner, eds., *Die Nachwirkungen der Inflation auf die deutsche Geschichte 1924-1933*, Munich, 1985, pp. 1-20; G. Eley, «What produces Fascism. Pre-Industrial Traditions or a Crisis of the Capitalist State?», en *From unification to nazism*, Londres, 1986, pp. 254-282; D. Langewiesche, *Liberalism in Germany*, Londres, 2000, pp. 257 y ss.; W. Stephan, *Aufstieg und Verfall des Linksliberalismus 1918-1933. Geschichte der Deutsche Demokratischen Partei*, Gotinga, 1973, partes 3 y 4.

15. G. Eley, *Reshaping the German Right Radical Nationalism and Political Change after Bismarck*, New Haven, 1980.

16. D. E. Showalter, *Little*…, pp. 57 y ss.

17. P. Merkl, *Political Violence under the Swastika. 581 Early Nazis*, Princeton, 1975, p. 453.

18. Los estudios de S. Gordon (*Hitler, Germans, and the «Jewish question»,* Princeton, 1984), H. Graml (*Antisemitism in the Third Reich*, Londres, 1992), que mantienen posiciones contrarias sobre el peso de la cuestión judía en el universo nazi, indican una periodización del prejuicio a la normalización de la persecución que se relaciona con los aspectos citados, al permitir que la violencia sea situada en un ámbito de actuación como autodefensa frente a algo que ha pasado a verse como extraño y como vinculado a las penurias generales sufridas tras la guerra, de forma que resulta un tema politizado, que sale del prejuicio individual o familiar, porque es la base de la solución de todos los demás problemas.

19. W. Varga, *The number…*, pp. 77 y ss.

20. T. Adorno, «Antisemitismo y propaganda fascista», en *Obra completa,* vol. 8, Madrid, 2004, pp. 369-379.

21. W. Varga, *The number…*, pp. 50 y ss.

22. A. Tyrell, *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*, Dusseldorf, 1969, p. 94.

23. E. Deuerlein, *Der Aufstieg*..., p. 231.

24. Para todas las polémicas del tiempo de prohibición, el libro indispensable es el de D. Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution. Hitler and the Verbotzeit, 1923-1925*, Londres, 1989.

25. M. Varga, *The number*…, p. 105.

26. G. Pridham, *Hitler's Rise to Power. The Nazi Movement in Bavaria, 1923-1933*, Londres, 1973, p. 49.

27. Las referencias bibliográficas a este debate y la explicación detallada del mismo pueden verse en el capítulo dedicado a Gregor Strasser.

28. A. Wykes, *The Nuremberg Rallies*, Nueva York, 1970; P. Reichel, *La fascination du nazisme*, París, 1993, pp. 107 y ss.

29. W. Varga, *The Number…*, pp. 139-140.

30. G. Pridham, *Hitler's…*, pp. 57 y 182.

31. H. A. Turner Jr., *German Big Businesses and the Rise of Hitler*, Nueva York, 1985.

32. R. Heberle, *From Democracy to Nazism. A Regional Case Study of Political Parties in Germany*, Nueva York, 1970. Acerca del cambio de voto campesino, Z. Zofka, «Between Bauernbund and National Socialism. The Political Reorientation of the Peasants in the Final Phase of the Weimar Republic», en T. Childers, ed., *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, Beckenham, 1986, pp. 3763; véase, también, H. Gies, «NSDAP und landwirtschaftliche Organisationen in der Endphase der Weimarer Republik», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 15 (1967), pp. 541-576. Sobre los cambios en Baja Baviera, H. Holmes, *The NSDAP and the Crisis of Agrarian Conservatism in Lower Bavaria. National Socialism and the Peasants' Road to Modernity*, Nueva York, 1991, esp. pp. 111 y ss.; acerca del caso de Prusia, S. Baranowsky, *The Sanctity of Rural Life, Nobility, Protestantism and Nazism in Weimar Prusia*, Nueva York, 1995, pp. 117 y ss.

33. E. Reiche, *The Development…*, cap. 5.

34. J. Walk, ed., *Das sonderrecht für die Juden im NS-Staat.* Stuttgart, 1996, p. 127 (*Reichsbürgergesetz* y *Gesetz zum Schutze des deutschen Blutes und der deutshen Ehre* del 15 de septiembre de 1935).

35. R. L. Bytwerk, *Julius Streicher…*, pp. 40-41.

1. U. Kissenkoetter, *Gregor Strasser und die NSDAP*, Stuttgart, 1978, pp. 202-203.

2. P. Stachura, «“Der Fall Strasser”, Gregor Strasser, Hitler and National Socialism 1930-1932», en P. Stachura, ed., *The Shaping of the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 88-130.

3. R. Luxemburg, *La revolución rusa*, Barcelona, 1969.

4. P. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, 1983, p. 16.

5. Una de las excepciones a esta norma es la que puede contemplarse en el documentado trabajo de E. Norling, *Los hermanos Strasser y el Frente Negro*, Barcelona, 2004, que insiste en las diferencias ideológicas entre ambos hermanos, que llevaron a una práctica ruptura personal entre ellos. Puede considerarse, por otro lado, la forma en que un personaje reivindicado por este sector, como Ramiro Ledesma, comentó la muerte de Gregor Strasser, considerándola una tragedia en un acto político correcto dirigido por el canciller Hitler para evitar la ruptura del dominio nazi en Alemania (*JONS,* 11 de agosto de 1934). Con todo, sin que se produzca la identificación plena entre las propuestas de ambos hermanos, la simpatía por las posiciones de Gregor parecen fuera de duda en los sectores «nacionalrevolucionarios» de los años de la segunda posguerra mundial.

6. V. Hugo, *Los miserables*, Barcelona, 2005, p. 51.

7. K. Lüdecke, *I Knew Hitler*, Londres, 1938, pp. 441-445.

8. O. Strasser, *Flight from Terror*, Nueva York, 1943, p. 361.

9. B. Strasser, *Gregor und Otto Strasser. Kurze Darstellung ihrer Persönlichkeit und ihres Wollens*, Munich, 1954, citado por U. Kissenkoetter, *Gregor Strasser*…, p. 13 y P. Stachura, *Gregor Strasser…*, pp. 1-12. O. Strasser, *Hitler and I*, Boston, 1940, pp. 1-2.

10. O. Strasser, *Hitler and I*…, pp. 1-13.

11. P. Stachura, *Gregor Strasser…*, pp. 16-25.

12. Las posiciones del grupo radical en este período pueden examinarse en el magistral trabajo de J. Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*, Oxford, 1971, pp. 41 y ss.; el seguimiento más minucioso de los acontecimientos de este período es el realizado por D. Jablonsky, *The Nazi Party*…

13. La nota de Fobke, en nombre de Hitler, en A. Tyrell, *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*, Düsseldorf, 1969, p. 80. Las dificultades de desarrollo del partido fuera de Baviera pueden verse en investigaciones como las de H. Grill, *The Nazi Movement in Baden, 1920-1945*, Chapel Hill, 1983, cap. 3; O. Heilbronner, *Catholicism, Political Culture, and the Countryside. A Social History of the Nazi Party in South Germany*, Ann Arbor, 1998, pp. 45 y ss; A. McElligott, *Contested City. Municipal Politics and then Rise of Nazism in Altona, 1917-1937*, Ann Arbor, 1998, caps. 3, 4 y 5; C. C. Zsejnmann, *Nazism in Central Germany. The Brownshirts in «Red» Saxony*, Nueva York, 1999, pp. 25 y ss.

14. G. Strasser, *Kampf um Deutschland. Reden und Aufzäge eines Nationalsozialisten*, Munich, 1932, pp. 11-43.

15. *Ibidem*, pp. 72-77.

16. El artículo se recoge en J. Noakes y G. Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader. 1: The Rise to Power, 1919-1934*, Exeter, 1983, pp. 39-40.

17. P. Stachura, *Gregor Strasser…*, p. 38.

18. E. Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*, Frankfurt, 1962, p. 126.

19. R. Kühnl, «Zur Programmatik der nationalsozialistischen Linke. Das Strasser-Programm von 1925-1926», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 14 (1966), pp. 317-333; R. Kühnl, *Die nationalsozialistische Linke 1925-1930*, Meisenham, 1966, pp. 5-126; J. Nyomarkay, *Charisma and Factionalism in the Nazi Party*, Mineápolis, 1967, cap. VI; G. Franz-Willing, *Die Hitler-Bewegung 1925 bis 1934,* Oldendorf, 2001, pp. 47-64; D. Orlow, *The History of the Nazi Party*, vol. 1, Pittsburgh, 1969, pp. 63-75; O. Strasser, *Mein Kampf. Eine politische Autobiographie*, Frankfurt, 1969, pp. 25 y ss.

20. Acerca de la Conferencia de Bamberg, es usual citar el comentario realizado por Goebbels en sus diarios, en los que se refiere a la media hora de discusión tras las cuatro horas de intervención de Hitler, las vacilantes palabras del «honorable» Strasser obligado a compartir aquella compañía de «cerdos». El silencio espectacular de Goebbels, el gran orador en quien tanto se confiaba, el que mayores atrocidades había expresado acerca del grupo de Munich y del propio Hitler, elementos que propiciaron la imagen de una victoria política sobre un sector del partido debido a motivos ideológicos. De haber sido así, la suerte de Goebbels habría sido muy distinta, como no tardaría en demostrarse en el caso de Otto Strasser, contra cuya influencia fue nombrado precisamente *Gauleiter* de Berlín a finales de 1926 (J. Goebbels, *Tagebücher* [ed. de R. G. Reuth], Munich, 1992, vol. I, p. 227-229). Otra fuente del enfrentamiento ha sido la de O. Strasser, *Hitler…*, pp. 88 y ss., texto en el que llega a indicarse que Hitler y Strasser estuvieron a punto de llegar a las manos.

21. G. Mai, «National Socialist Factory Cell Organisation and the German Labour Front. National Socialist Labour Policy and Organisations», en C. Fischer, ed., *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Oxford, 1996, pp. 117-136; V. Kratzenberg, *Arbeiter auf dem Weg zu Hitler? Die Nationalsozialistische Betriebszellen-Organisation. Ihre Entstehung, ihre Programmatik, ihr Scheitern 1927-1934*, Frankfurt, 1989, esp. pp. 115-174. Acerca de una influencia sectorial del estrasserismo, véase M. Kater, «Der NS-Studentendbund von 1926 bis 1928. Randgruppe zwischen Hitler und Strasser», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 22 (1974), pp. 148-190.

22 Acerca de la escisión de Otto Strasser puede verse O. Strasser y V. Alexandrov, *Le front noir contre Hitler*, París, 1968, pp. 97 y ss.; P. Moreau, *Nationalsozialismus von links. Die «Kampfgemeinschaft Revolutionärer nationalsozialisten» und die «Schwarze Front» Otto Strassers 1930-1935*, Stuttgart, 1985, y G. Bartsch, *Zwischen drei Stühlen. Otto Strasser: eine Biographie*, Coblenza, 1990.

23. J. Falter, «The National Socialist Mobilisation of New Voters, 1928-1933», en T. Childers, *The Formation of the Nazi Constituency 1919-1933*, Londres, 1986, pp. 202-231.

24. Acerca de la etapa de Brüning, W. L. Patch Jr., *Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic*, Cambridge, 1998, pp. 72 y ss.; del propio Brüning, *Memorien 1918-1934*, Stuttgart, 1970, pp. 145 y ss.; G. Treviranus, *Das Ende von Weimar. Heinrich Brüning und Seine Zeit*, Düsseldorf, 1968, pp. 125 y ss.; G. Jasper, *Die gescheiterte Zähmung. Wege zur Machtergreifung Hitlers 1930-1934*, Frankfurt, 1986, pp. 55 y ss.; A. Tyrell, «Auf dem Weg zur Diktatur. Deutschland 1930-1934», en K. D. Bracher, M. Funke y H. A. Jacobsen, eds., *Deutschland 1933-1945. Neue Studien zur nationalsozialistischen Herrschaft*, Bonn, 1992, pp. 15-31. Acerca de la crisis final de la República, continúa siendo imprescindible el libro clásico de K. D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Düsseldorf, 1984 (1.ª ed. de 1955).

25. U. Kissenkoetter, *Gregor Strasser…*, pp. 83 y ss. Las bases teóricas del plan deben relacionarse con una tradición intervencionista que se había desarrollado entre economistas conservadores desde el propio *Kaiserreich*, así como a la existencia de un círculo de investigación económica en el seno del partido en el que las viejas ideas de Drexler y los aspectos menos concretos de las propuestas eran sustituidos por verdaderos programas de acción, en manos de gente preparada académicamente o por experiencia en el mundo de los negocios. En marzo de 1931, Konstantin Hierl ya había editado un opúsculo, *Principios económicos básicos y objetivos del NSDAP (Wirtschafspolitische Grundanschaungen und Ziele der NSDAP)*, y probablemente el *Wirtschaftliches Sofortporogramm der NSDAP* leído por Strasser fue proporcionado por este grupo y redactado por Adiran von Renteln. La mejor explicación al respecto la proporciona A. Barkai, en *Nazi Economics. Ideology, Theory, and Policy*, Oxford, 1990.

26. H. Muth, «Schleicher und die Gewerkschaften 1932. Ein Quellenproblem», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 29 (1981), pp. 188-215; P. Hayes, «A Question Mark with Epaulettes?», Kart von Schleicher and Weimar Politics, *Journal of Modern History*, 52 (1980), pp. 35-65; H. Mommsen, «Government without Parties. Conservative Plans for Constitutional Revision at the End of the Weimar Republic», en L. E. Jones y J. Retallack, eds., *Between Reform, Reaction and Resistance. Studies in the History of German Conservatism from 1789 to 1945*, Oxford, 1993, pp. 347-374.

27. H. A. Turner, *Hitler's Thirty Days to Power. January 1933*, Londres, 1996.

28. D. Thomas, «A refusal to mourn the death, by fire, of a child in London», en *Muertes y entradas (1934-1953)*, Madrid, 2003.

1. J. Mabire, *Röhm*, *l'homme qui inventa Hitler*, París, 1982.

2. Acerca del ambiente boliviano en el que habrá de vivir Röhm entre 1926 y 1930, puede verse H. S. Klein, *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*, Cambridge, 1971; también F. Gallego, «Expansión y ruptura del orden liberal en Bolivia», *Boletín de Estudios Americanos*, 53 (1996), pp. 153-173. Sobre la organización de grupos de excombatientes y la revolución posterior a la guerra del Chaco, véase L. Antezana Ergueta, *Historia secreta del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, La Paz, 1984; A. Céspedes, *El dictador suicida. Cuarenta años de historia de Bolivia*, Santiago de Chile, 1956; F. Gallego, *Los orígenes del reformismo militar en América Latina. La gestión de David Toro en Bolivia, 1936-1937*, Barcelona, 1991; F. Gallego, *Ejército, nacionalismo y reformismo. La gestión de Germán Busch en Bolivia, 1937-1939*, Barcelona, 1992; F. Gallego, «Notas sobre el gobierno de Enrique Peñaranda en Bolivia, 1940-1943», *Iberoamerikanisches Archiv*, 13 (1987), pp. 229-254.

3. «Ich bin Soldat. Ich betrachte die Welt von meinem soldatischen Standpunkt aus.» («Soy soldado. Considero el mundo desde mi punto de vista de soldado.») Prólogo a las memorias publicadas, en su primera edición, en 1928, *Die Geschichte eines Hochverräter*, 2.ª edición, Munich, 1930, p. 9.

4. J. Mabire, *Röhm*…, pp. 73-74.

5. Como puede recogerse en el libro clásico de P. Fussell, *The Great War and Modern Memory*, Londres, 1975, cuya traslación a Alemania puede contemplarse en R. W. Whalen, *Bitter Wounds. German Victims of the Great War, 1914-1939*, Ithaca, 1984, esp. pp. 37-130; entre la inacabable bibliografía acerca del tema, puede obtenerse una visión contemporánea en la recopilación de A. Quella-Villéger y T. Muhidine, *14-18. Grands reportages*, París, 2005.

6. R. Bessel, *Germany after the First World War*, Oxford, 1993. Bessel se refiere también, no obstante, al «nuevo orden moral» que supone la creación de un espacio posbélico (pp. 220 y ss.).

7. J. M. Diehl, *Paramilitary Politics in Weimar Germany*, Bloomington, 1977. Para los tiempos de consolidación y crisis, véanse los caps. 5 y ss.

8. Acerca de los *Freikorps,* véase H. W. Koch, *Der deutsche Bürgerkrieg. Eine Geschichte der deutschen und österreichen Freikorps, 1919-1923*, Frankfurt, 1978: para Baviera, pp. 98 y ss; N. H. Jones, *Hitler's Heralds, The Story of the Freikorps, 1918-1923*, Londres, 1987: para Baviera, cap. 11; D. Venner, *Histoire d'un fascisme allemand. Les corps-francs du Baltikum et la Révolution conservatrice*, París, 1996: para la conquista de Munich, cap. 7; el texto clásico es el de R. Waite, *Vanguard of Nazism. The Freecorps Movement in Post-war Germany, 1918-1923*, Cambridge, Massachusetts, 1952, que trata la conquista de Munich en el cap. 4. K. Ludecke, en sus memorias, se refiere al carácter de los *Freikorps* indicando que «era un fenómeno peculiar de la posguerra, organizados permanentemente por los oficiales del antiguo ejército, en general con la aprobación gubernamental. Incluían a personas de todas las clases, pero especialmente a las de la clase media. Eran patriotas ardientes, pero la mayoría eran hombres probablemente incapaces de recuperar su vida civil tras la gran aventura de la guerra. La guerra se había convertido en su oficio, su medio de vida y su espacio personal … Carecían de programas y de ideales políticos, y actuaban según las instrucciones del gobierno más que por propia iniciativa. Cuando fueron inútiles, se disolvieron sin recompensa ni agradecimiento. Pero aquellos hombres airados, desesperados, sin nada que perder, se volvieron contra la República con un celo fanático. Desobedeciendo las órdenes, retuvieron las armas y formaron sociedades secretas, empezando a ejercer el terrorismo político» (K. Ludecke, p. 14). Una indispensable aproximación al paso a la lucha de este carácter son las memorias de E. von Salomon, *Die Geächteten*, Berlín, 1930.

9. T. Vogelsang, *Reichswehr, Staat und NSDAP*, Stuttgart, 1962, pp. 13-40.

10. A. Hitler, *Mi lucha*, Santiago de Chile, cap. VII, «La lucha contra el Frente Rojo».

11. N. F. Hayward y D. S. Morris, *The First Nazi Town.* Aldershot, 1988, pp. 80 y ss. Sobre la jornada de Coburg, véanse las memorias de un antiguo militante de las SA, H. Bennecke, *Hitler und die SA*, Munich, 1962, pp. 42 y ss.

12. E. Röhm, *Die Geschichte…*, pp. 201 y ss.

13. H. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1972, pp. 344 y ss.

14. D. Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution. Hitler and the Verbotzeit*, 1923-1925, Londres, 1989, p. 80.

15. J. Nyomarkay, *Charisma and Factionalism in the Nazi Party*, Mineápolis, 1967, pp. 65 y ss; H. Bennecke, *Hitler und die SA…*, pp. 110-119.

16. E. Röhm, *Die Geschichte…*, pp. 289 y ss.

17. E. Piper, *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe*, Munich, 2005, pp. 107-108.

18. D. Jablonsky, *The Nazi Party…*, pp. 105 y ss.

19. G. Pridham, *Hitler's…*, pp. 43-44.

20. La carta en la que se informa sobre su dimisión en el *Völschichen Kurier*, firmada por el capitán Weiss, en *Die Geschichte…*, p. 317.

21. Las diferencias entre Hitler y Röhm, que llevan a la toma del poder político por éste y a la clara subordinación de lo militar a lo político, en J. Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches. Profiles einer totalitären Herrschaft*, Munich, 1993 (1.ª ed. en 1963), pp. 196 y ss. H. Bennecke señala que las diferencias no se encontraban ni en el *Putsch* ni en el giro que dieron las cosas con el nombramiento de Röhm en abril de 1924 como jefe de las SA, sino en la manera en que Hitler le dejó claro al antiguo oficial que no podría seguir su propio camino, sino el marcado por el liderazgo del Führer. «La negativa de Hitler a las continuadas propuestas de Röhm, el hombre que había contribuido decisivamente a su desarrollo político, destinadas a proseguir un trabajo conjunto, expresó con claridad que sólo estaba decidido a llevar adelante su propio camino.» («Die Weigerung Hitlers, auf weitere Vorschläge Röhms, des Mannes, der entscheidend zur politischen Entwicklung Hitlers beigetragten hatte, für witere Zusammenarbeit einzugehen, bracote klar zum ausdruck, dass er nun entschlossen war, Seine eigenen Wege zu beschreiten.»), H. Bennecke, *Hitler*…, p. 118.

22. Para la revuelta Stennes, véase R. Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism. The Stormtroopers in Eastern Germany 1925-1934*, New Haven, 1984, pp. 62-65. Acerca de los motivos de la movilización, puede verse el texto de uno de los dirigentes, el *Oberführer* de Silesia Kremser, en A. Tyrell, *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*, Düsseldorf, 1969, pp. 342-343, que reproduce su carta del 2 de abril de 1931; C. Drage, *Als Hitler nach Canosa ging*, Berlín, 1958, pp. 117 y ss.

23. E. Reiche, *The Development of the SA in Nüremberg, 1922-1934*, Nueva York, 1986, pp. 146 y ss.

24. C. Fischer, *Stormtroopers. A Social, Economic and Ideological Analysis 1929-1935*, Londres, 1983, cap. 3.

25. J. W. Falter, «The Young Membership of the NSDAP Between 1925 and 1933. A Demographic and Social Profile», en C. Fischer, ed., *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Oxford, 1996, pp. 79-98.

26. Los elementos ideológicos de las SA pueden encontrarse en el texto de C. Fischer ya citado, cap. 5, «Ideología y política de las SA», y Richard Bessel ofrece algunos de los elementos de su resentimiento en *Political violence…*, pp. 75 y ss., cuando estudia los patrones de violencia política usados. También es interesante ver el libro de P. Merkel, *The Making of a Stormtrooper*, Princeton, 1980, esp. cap. 5.

27. R. Bessel, *Political Violence…*, pp. 60-70; M. Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit. Die Reichswehr in der Krise der Machtpolitik 1924-1936*, Wiesbaden, 1980, pp. 97 y ss.

28. M. Broszat, *L'État hitlérien. L'origine et l'évolution des estructures du troisième Reich*, París, 1985, pp. 308-309. Orlow se refiere a los numerosos testimonios contemporáneos acerca de la escasa preparación de los cuadros nazis para hacerse cargo del gobierno del país (*The History of the Nazi Party, 1933-1945*, vol. II, Pittsburgh, 1973, pp. 18 y ss.).

29. *Ibidem*, pp. 302 y 308.

30. A. Hitler, *Obras completas. Discursos 1933, 1934 y 1935,* s. l., s. f., pp. 125-127. La importancia del discurso está recogida en la obra de Broszat y en el libro del periodista W. Shirer, *Le troisième Reich. Des origines à la chute*, París, 1961, pp. 226-227.

31. G. Browder, *Foundations of the Nazi Police State. The Formation of SIPO and SD*, Lexington, 1990, pp. 9-131; R. Diels, *Lucifer ante portas. Zwischen Severing und Heydrich*, Zurich, s. f., partes I y II; H. Buchheim, M. Broszat, H. J. Jacobsen y H. Krausnick, *Anatomie des SS-Staates*, Munich, 1994 (1.ª ed. en 1967), cap. de Broszat, «Nationalsozialistische Konzentrationslager 1933-1945», en especial la primera parte, dedicada a la fase de la conquista del poder.

32. A este respecto, es indispensable observar la forma en que Bessel examina las contradicciones internas de las SA —que explicarán su fácil neutralización en junio de 1934— en *Political Violence*…, caps. VI-VIII, incluido el desconcierto que provocaban en los observadores que les habían protegido y habían contemplado con simpatía en los meses previos a la conquista del poder.

33. N. Frei, *L'État hitlérien et la société allemande 1933-1945*, París, 1994, p. 47. El texto fundamental para comprender el proceso contradictorio desempeñado en estos primeros meses por las SA es el de M. Jamin, «Zur Rolle der SA im nazionalsozialistischen Herrschaftssystem», en G. Hirschfeld y L. Kettenacker, eds., *Der «Führerstaat»: Mythos und Realität*, Stuttgart, 1981, pp. 329-360.

34. N. Frei, *L'État*…, pp. 48 y ss.

35. J. Mabire, *Röhm…*, pp. 246 y ss.

36. C. Koonz, *La conciencia nazi*, Barcelona, 2005, cap. 2.

37. R. Bessel, *Political Violence…,* pp. 128-129.

38. Los relatos pormenorizados y valoraciones de los hechos, casi siempre coincidentes en la conspiración entre los otros jefes del partido contra Röhm, pueden verse en los libros clásicos de C. Bloch, *Die SA und die Krise des nationalsozialistische Regimes 1934*, Frankfurt, 1970; H. Bennecke, *Die Reichswehr und der «Rohm Putsch»*, Munich, 1964; H. Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 93-131. También de H. Höhne, *Mordsache Röhm. Hitlers Durchbruch zur Alleinherrschaft 1933-1934*, Hamburgo, 1984. Relatos muy vivos son los que nos proporcionan N. Tolstoy, *The Night of the Long Knives*, Nueva York, 1972, o M. Gallo, *La noche de los cuchillos largos*, Barcelona, 1974. También es muy revelador el apartado dedicado al tema en el libro de J. Nyomarkay, *Charisma…*, pp. 126 y ss.

39. Los recuerdos del propio Von Papen sobre aquellas jornadas en *Der Wharheit eine Gasse*, Munich, 1952, pp. 341 y ss. Comentarios a la actitud de este sector de la derecha en J. Petzold, *Franz von Papen. Ein deutsches Verhängnis*, Munich, 1995, pp, 198 y ss.; R. W. Rolfs, *The Sorcerer's Apprentice. The Life of Franz von Papen*, Lanham, 1996, pp. 297 y ss.; T. Koeves, *Satan in Top Hat. The Biography of Franz von Papen*, Nueva York, 1941, pp. 221 y ss.

1. J. Goebbels, *Tagebücher* (ed. de R. G. Reuth), vol. I, Munich, 2002, p. 277. Anotación del 17 de septiembre de 1926.

2. *Ibidem*, vol. 3, pp. 1.001-1.002. Anotación del 31 de octubre de 1936.

3. S. Zweig, «Apología de la enfermedad», en *La lucha contra el demonio, Obras*, Barcelona, 1958, pp. 981 y ss.

4. F. Pessoa, *Libro del desasosiego*, Barcelona, 2002, p. 15.

5. C. M. Cullers, *La balada del café triste*, Barcelona, 2001, p. 31.

6. J. Goebbels, *Tagebücher…*, vol. I, p. 200, anotación correspondiente al 14 de octubre de 1925.

7. R. G. Reuth, *Goebbels. Eine Biographie*, Munich, 1990, p. 26.

8. H. Heiber, *Goebbels*, Berlín, 1962, p. 14.

9. V. Reinmann, *Goebbels y el III Reich*, Barcelona, 1973, p. 29.

10. G. Papini, *Los testigos de la pasión* (1937), en *Obras*, vol. IV, Madrid, 1957, pp. 670-680.

11. J. Conrad, *Lord Jim*, Valencia, 1997, pp. 84-85.

12. T. Mann, «El accidente ferroviario», en *La voluntad de ser feliz y otros relatos*, Barcelona, 2000, pp. 385 y ss.

13. I. Dinesen, *Lejos de África*, Madrid, 1986.

14. R. G. Reuth, *Goebbels…*, pp. 62 y ss.

15. Anotaciones en el diario en mayo y junio de 1925.

16. R. Manvell y Fraenkel, *Goebbels*, Barcelona, 1961, pp. 57-58.

17. L. Richard, ed., *Berlín, 1919-1933. Gigantismo, crisis social y vanguardia: la máxima encarnación de la modernidad*, Madrid, 1993, pp. 17-45; O. Friedrich, *Before the Deluge. A Portrait of Berlin in the 1920s*, Londres, 1972.

18. Es lo que plantean R. Manvell y H. Fraenkel en *Goebbels*, pp. 89 y ss.

19. A. Hitler, *Las conversaciones privadas de Hitler*, Barcelona, 2004, p. 425. Conversación del 24 de junio de 1942: «Él poseía, en efecto, las dos cualidades indispensables para triunfar en Berlín: su elocuencia y su talento. Encarna al hombre del Ruhr, ese hombre que, íntimamente ligado al trabajo del acero, representa un tipo humano de valor excepcional».

20. V. Reimann, *Goebbels…*, p. 83. Concretamente, el NSDAP había obtenido 137 votos, frente a los 604.696 del SPD y los 347.381 del KPD.

21. E. Rosenhaft, «Working-class Life and Working-class Politics. Communists, Nazis and the State in the Battle for the Streets, Berlin 1928-1932», en R. Bessel y E. J. Feuchtwanger, *Social Change and Political Development in Weimar Germany*, Londres, 1981, pp. 207-240.

22. D. Bering, *The Stigma of Names. Antisemitism in German Daily Life, 1812-1933*, Cambridge, 1992, pp. 3 y ss.

23. J. Goebbels, *Kampf um Berlin*, Munich, 1934, p. 16. Para todo este período, véase el estudio de M. Broszat, «Die Anfänge der Berliner NSDAP 1926/1927», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 8 (1960), pp. 85-118.

24. Por ejemplo, la anotación correspondiente al 17 de mayo, en la que se da cuenta de un mitin del día anterior en Neukölln: «Camino con las SA. Un celestial viaje de caballeros … Las calles rodeadas de rojos, un griterío ensordecedor, silbidos, y los nuestros marchan hacia delante, un grupo en tumulto hacia abajo, un grupo legendario (*Heldenschar*), que no vacila ni se ablanda. Con estos pechos, un día conquistaremos el mundo». Sin embargo, no deja de advertir en sus propios apuntes, en anotación del día 16, que el partido tiene como principal objetivo la política, que no es una organización de defensa armada, siendo la violencia un instrumento de ésta y no al contrario.

25. H. Heiber, *Goebbels*, pp. 115 y ss.

26. Resultados en V. Reinmann, *Goebbels*…, p. 158.

27. *Ibidem*, p. 107.

28. D. G. Brownlow, *The Life and Times of Horst Wessel. Composer of the «Horst Wessel Lied»*, Hanover, Massachusetts, 1996, pp. 117 y ss.

29. H. Holzbach, *Das «System Hugenberg». Die Organisation bürgerlicher Sammlungspolitik vor dem Aufstieg der NSDAP*, Stuttgart, 1981, para el período inicial de la República. Los pasos finales pueden seguirse en J. A. Leopold, *Alfred Hugenberg. The Radical Nationalist Campaign against the Weimar Republic*, New Haven, 1977, esp. pp. 55 y ss. Sobre la deserción de las élites, véanse las posiciones opuestas de H. A. Turner Jr., «"Alliance of Elites" as a Cause of Weimar's Collapse and Hitler's Triumph?», en H. A. Winkler, *Die deutsche Staaskrise 1930-1933*, Oldenburg, 1992, pp. 205-214, y D. Abraham, *The Collapse of Weimar Republic. Political Economy and Crisis*, Nueva York, 1986.

30. La conquista de determinadas zonas de sociabilidad de clase media puede verse en el libro de J. Caplan, *Government without Administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988, esp. pp. 90 y ss.; M. Kater, *Doctors under Hitler*, Chapel Hill, 1989, cap. 2; M. S. Steinberg, *Sabers and Brown Shirts. The German Student's Match to National Socialism, 1918-1933*, Chicago, 1973; H. A. Winkler, *Mittelstand, Demokratie und Nationalsozialismus*, Colonia, 1972; H. Speier, *German White-Collars and the Rise of Hitler*, New Haven, 1986. K. Jarausch, «The Crisis of German Professions, 1918-1933», *Journal of Contemporary History*, 1985, pp. 379-398, así como los estudios sobre sectores de la élite de la sociedad en el período previo a la captura del poder por autores como H. Stephenson, G. Giles, P. Stachura y D. Geary en P. Stachura, ed., *The Nazi Machtergreifung*, Londres, 1983, o los que recoge T. Childers en su edición de *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, Londres, 1986.

31. Magda Goebbels nació en 1901 en Berlín y el divorcio de sus padres la llevó a tener un padrastro judío, Friedländer. A los veinte años se casó con un industrial acaudalado que casi le doblaba la edad. A los pocos años, Magda tenía ya un amante más joven que ella, descubrimiento que lleva a la separación amistosa del matrimonio, lo cual le permite llevar una vida independiente mantenida por una renta más que generosa de su marido. Entró en el partido tras escuchar a Hitler en 1929 y procuró situarse en las oficinas centrales del partido en Berlín, donde ofreció sus servicios y conoció a Goebbels, de quien se convertiría en amante en 1930. H. O. Meissner, *Magda Goebbels. Ein Lebensbild*, Munich, 1978, cap. 9 y ss., para la época posterior al matrimonio.

32. V. Berghahn, «Die Harzburger Front und die Kandidatur Hindenburgs für die Präsidentschaftswählen 1932», *Vierteljarhrshefte für Zeitgeschichte,* 13 (1965), pp. 64-82.

33. H. Mommsen, *Die verspielte Freiheit. Der Weg der Republik von Weimar in der Untergang 1918 bis 1933*, Frankfurt, 1990, pp. 443 y ss.; H. A. Winkler, *Weimar, 1918-1933. Die Geschichte der ersten Demokratie*, Munich, 1994, pp. 443 y ss.; G. Jasper, *Die gescheiterte Zähmung. Wege zur Machtergreifung Hitlers, 1930-1934*, Frankfurt, 1986, pp. 88 y ss.; D. Peukert, *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassischen Moderne*, Frankfurt, 1987, pp. 252 y ss. son narraciones muy solventes del proceso de liquidación del régimen desde la primavera-verano de 1932.

34. Una visión que defiende la idoneidad de la campaña es la de R. G. Reuth, *Goebbels*, cap. 8. Las anotaciones de Goebbels en su diario durante aquellos días señalan el temor a una reacción del gobierno contra el NSDAP, algo que necesariamente tenía que ver más con el propio desafío lanzado en la campaña que con el repentino descubrimiento de la peligrosidad del partido. Los problemas legales de la última etapa de Brüning habrían de quedar superados, precisamente, porque los resultados obtenidos por un Hitler que había forzado a Hindenburg al *ballotage* no permitían un ataque tan directo a la fuerza que representaba a más de una tercera parte de los alemanes cuando el propio Hindenburg sólo había logrado el 53 por ciento de los votos en la segunda vuelta.

35. P. Lacoue-Labarthe, *La ficción de lo político. Heidegger, el arte y la política*, Madrid, 2002, pp. 84 y ss. Véase la crítica a Heidegger por un heideggeriano heterodoxo en S. Zizek, *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Barcelona, 2001. cap. 1. He hecho algunas consideraciones en «El nazismo como fascismo consumado», en F. Gallego, ed., *Pensar después de Auschwitz*, Barcelona, 2004, pp. 11-102.

36. J. Goebbels, *Tagebücher…*, vol. II, p. 758, anotación del 31 de enero de 1933.

37. D. Orlow, *The History of the Nazi Party, 1933-1935*, vol. II, Pittsburgh, pp. 18 y ss.; G. Franz-Willing, *1933. Die nationale Erhebung*, Augsburgo, 1982, pp. 68 y ss.; H. U. Thamer, *Il Terzo Reich. La Germania dal 1933 al 1945*, Bolonia, 1993, pp. 295 y ss.; E. Collotti, *La Alemania nazi*, Madrid, 1972, cap. 3; K. D. Bracher, *La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, 1972, pp. 228 y ss.; H. Höhne, *«Gebt mir Vier Jahre Zeit». Hitler und die Anfänge des Dritten Reiches*, Berlín, 1996, pp. 87 y ss.; G. Plum, «Úbernahme und Sicherung der Macht 1933/1934», en M. Broszat y N. Frei, eds., *Das dritte Reich im Überblick. Chronik. Ereingisse. Zusammenhänge*, Munich, 1989, pp. 34-47. Naturalmente, el mejor estudio de conjunto continúa siendo el libro colectivo dirigido por K. D. Bracher, G. Schulz y W. Sauer, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, Frankfurt, 1960.

38. I. Kershaw, *The «Hitler Myth». Image and Reality, in the Third Reich*, Oxford, 1987, cap. 2; P. Ayçoberry, *La société allemande sous le III Reich*, París, 1998, pp. 77 y ss.

39. D. Welch, *The Third Reich. Politics and Propaganda*, Londres, 1993, pp. 136-147.

40. La organización puede verse en el libro de Welch, pero también en el de E. K. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-1954*, East Lansing, 1965, pp. 49 y ss.

41. R. M. Martín de la Guardia, «Propaganda y control social en la Alemania nacionalsocialista», *Historia Social,* 34 (1999), pp. 101-116. Acerca de la prensa, véase el texto clásico de O. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, 1973.

42. Los textos aparecen en el libro de D. Welch, *The Third…*, pp. 168-174.

43. A este respecto, el análisis pormenorizado de estas películas por L. SchulteSasse, *Entertaining the Third Reich. Illusions of Wholeness in Nazi Cinema*, Dirham, 1996, es indispensable. Véase, además, D. S. Hull, *Film in the Third Reich*, Nueva York, 1969, y A. M. Rabenat, *Joseph Goebbels und der «Grossdeutsche» Film*, Munich, 1985; D. Welch, *Propaganda and the German Cinema, 1933-1945*, Oxford, 1983.

44. P. Reichel, *La fascination du nazisme*, París, 1993, pp. 71 y ss.

45. R. G. Reuth, *Goebbels…*, p. 227. Acerca de las querellas culturales en la República de Weimar, es imprescindible P. Gay, *La cultura de Weimar. La inclusión de lo excluido*, Barcelona, 1984. Un excelente estudio con gran aportación documental sobre el expresionismo alemán es el editado por R. C. W. Long, *German Expressionism. Documents from the End of the Wilhelmine Empire to the Rise of National Socialism*, Berkeley, 1993. El capítulo IV se dedica a las relaciones entre el expresionismo y el nazismo. Uno de los documentos recogidos es la carta de protesta de Emil Nolde al presidente de la Academia Prusiana de Arte en 1937.

46. K. Hildebrandt, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Berkeley, 1973; W. Carr, *Arms, Autarky and Aggression. A Study in German Foreign Policy*, Nueva York, 1973.

47. E. K. Bramsted, *Goebbels…*, p. 165.

48. I. Kershaw, *The «Hitler…»*, cap. 5.

49. T. Mason, «Innere Krise und Angriffskrieg 1938-1939», en F. Forstmeier y H. Volkmann, eds., *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkriegs*, Düsseldorf, 1975, pp. 155-188.

50. D. Welch, *The Third…*, p. 93.

51. J. Goebbels, *The Secret Conferences of Dr. Goebbels. The Nazi Propaganda War 1939-1943*, ed. de W. A. Boelcke, Nueva York, 1970, pp. 190 y ss.

52. M. Burleigh, «"See you again in Siberia". The German-Soviet War and Other Tragedies», en *Ethics and Exterminaron. Reflections on Nazi Genocide*, Cambridge, 1997, pp. 37-110; O. Bartov, *Hitler's Army. Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York, 1992; C. Streit, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjestischen Kriegsgefangenen, 1941-1945.* Stuttgart, 1978; W. P. Reese, *Un extraño para mí mismo. Diarios de un soldado alemán, 1941-1944*, Madrid, 2005.

53. C. Reiss, *Goebbels. Mefistófeles moderno*, p. 233.

54. *Ibidem*, pp. 246-253; véanse algunos fragmentos de los esfuerzos solicitados por Goebbels en 1942 en *Das Reich*, en R. G. Reuth, *Goebbels…*, pp. 299-306, en especial cuando, tras el ataque alemán a Stalingrado, indica a sus lectores que los soldados no luchan por el trono y el altar, sino por «el grano y el pan, por una mesa bien surtida … Una guerra por materias primas, por caucho, por hierro, una guerra por la existencia digna como los seres humanos que somos, en una posición que nunca habríamos podido tener siendo la nación humillada que fuimos».

55. Según anotación en su diario de 28 de julio de 1943, de la edición realizada por Louis Lochner en 1948, Goebbels señalaba que «la gente desea de forma cada vez más insistente una autoridad fuerte, preferiblemente la del mismo Führer. Pero ¿qué puede uno decir en la presente situación?» (p. 477).

56. R. Manvell y H. Fraenkel, *Goebbels*…, pp. 264-275.

57. J. Goebbels, *Tagebücher…*, vol. 5, pp. 1.945-1.946.

58. R. G. Reuth, *Goebbels…*, p. 318.

59. J. Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945. A Documentary reader*, Exeter, 1983, vol. IV, pp. 490 y ss.

60. R. E. Herzstein, *The War that Hitler Won*, Londres, 1978, pp. 65 y ss.

61. C. Reiss, *Goebbels…*, p. 315.

62. R. Herzstein, *The War…*, p. 111.

63. H. Trevor-Roper, *Final Entries 1945. The Diaries of Joseph Goebbels*, Londres, 1978, p. XXXII.

1. L. Mosley, *The Reich Marshall. A Biography of Hermann Goering*, Nueva York, 1974, p. 110.

2. I. V. Hull, *Absolute Destruction. Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, 2005.

3. L. Mosley, *The Reich*…, pp. 5 y ss.; R. Manvell y H. Fraenkel, *Goering*, Barcelona, 1969, p. 15.

4. W. Frischauer, *Hermann Göring. Gran visir del III Reich*, Buenos Aires, 1955, pp. 26 y ss.; E. Butler y G. Young, *Mariscal sin gloria. Vida y muerte de Hermann Göring*, Barcelona, 1980, pp. 30 y ss.

5. Acerca de esa imagen heroica y aventurera de los aviadores puede pensarse en la imagen española de un Ramón Franco convocado por la extrema izquierda y por el fascismo casi simultáneamente, así como el mito que podrá crearse en torno a la figura de Italo Balbo en Italia. Una película como *Las águilas azules (The Blue Max)*, dirigida en 1966 por John Guillermin y basada en la novela de Jack Hunter, puede aproximarnos a la impresión de elitismo, reglas especiales para la guerra y sistema de promoción social que ofrecía el arma. No nos indica, sin embargo, algo fundamental: su relación con la vanguardia política y artística, que se prolongará hasta su masificación en la siguiente guerra mundial.

6. A. Kube, *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich*, Munich, 1986, p. 8. Sobre la desastrosa forma de organizar las SA en aquel momento, pueden verse las memorias de E. Hanfstaengl, *Hitler. The Missing Years*, Londres, 1957, pp. 76-77.

7. L. Mosley, *The Reich…*, pp. 54-60.

8. A. M. Sigmund, *Las mujeres de los nazis*, Barcelona, 2000, pp. 27-56.

9. Las impresiones de Carin, que acudió a la apertura del Reichstag, en este sentido están recogidas en el libro de L. Mosley, *The Reich…*, p. 112.

10. Además de los títulos que se han venido comentando sobre este proceso de crecimiento, el desarrollo del partido en esa fase puede verse en el excelente manual de C. Fischer, *The Rise of the Nazis*, Nueva York, 1995, que complementa su estudio acerca del crecimiento paralelo de los dos sectores radicales que se mueven contra el sistema republicano, *The German Communists and the Rise of Nazism*, Londres, 1991, cap. 6 y ss. Por otro lado, la posición ideológica hacia el nacionalsocialismo puede verse en H. A. Winkler, «Unternehmerverbände zwischen Ständideologie und Nationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*,17 (1969), pp. 540-571.

11. J. Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches. Profiles einer totalitären Herrschaft*, Munich, 1995.

12. R. Overy, *Göring*, Nueva York, 1984, cap. 1.

13. E. Butler y G. Young, *Mariscal…*, pp. 113 y ss.

14. F. Dickm Machtergreifung. Ein Brief aus dem Jahre 1930», *Viertaljahrshefte für Zeitgeschichte*, 14 (1966), pp. 454-464.

15. H. Buchheim, M. Broszat, H. J. Jacobsen, H. Krausnick, *Anatomie des SSStaates*, Munich, 1994 (1.ª ed. en 1967), p. 325; M. Broszat, *L'État hitlérien*. *L'origine et l'évolution des estructures du troisième Reich*, París, 1985, caps. 3-6; F. Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, Madrid, 1942, pp. 57 y ss.

16. H. B. Gisevius, *To the bitter end*, Boston, 1947, cap. 1. H. Mommsen, «L'incendie du Reichstag et ses conséquences politiques», en *Le national-socialisme et la société allemande. Dix essais d'histoire sociale et politique*, París, 1997, cap. 5.

17. E. Matthias y R. Morsey, eds., *Das Ende der Parteien 1933. Darstellungen und Dokumente*, Düsseldorf, 1960.

18. R. Diels, *Lucifer ante portas. Zwischen Severing und Heydrich*, Zurich, s. f., pp. 105 y ss.

19. G. G. Browder, *Foundations of the Nazi Police State. The Formation of SIPO and SD*, Lexington, 1990, pp. 50 y ss.

20. M. Broszat, *L’État*…, pp. 175 y ss.

21. R. Overy, *Göring*, pp. 37 y ss., acerca del enfrentamiento entre Von Blomberg y Milch. Pese a los temores de los sectores empresariales, Hitler autorizó un importante incremento del gasto en fuerza aérea.

22. M. Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit. Die Reichswehr und die Krise der Machpolitik*, *1924-1936*, Wiesbaden, 1980; D. Petzina, *Autarkiepolitik im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1960; R. Erbe, *Die nationalsozialistische Wirtschaftspolitik im Lichte der modernen Theorie*, Zurich, 1958, pp. 121 y ss.; A. Barkai, *Nazi…*, pp. 158 y ss.; D. Silverman, *Hitler's Economy. Nazi Work Creation Programms, 1933-1936*, London, 1998; P. Hayes, *Industrie and ideology. IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1988, pp. 69 y ss.; H. James, *The German Slump. Politics and Economics, 1924-1936*, Oxford, 1986, pp. 343 y ss.; N. Gregor, *Daimler-Benz in the Third Reich*, New Haven, 1998, cap. III; R. Overy, *The Nazi Economic Recovery*, Londres, 1982, y *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.

23. Emma dejó unas memorias, *Göring, mi marido*, Barcelona, 1972, en las que los escasos apuntes referidos a la política trataban de indicar su incomprensión ante la persecución de los judíos y el amago de discusiones que había tenido con Hitler sobre el tema. Considerando el papel que desempeñó su marido en los acontecimientos de noviembre de 1938, resulta un tanto extraño este desconocimiento forzado en la edición alemana de los años sesenta. Edda Göring vivió en España, donde fue espléndidamente acogida, y en 1958 pasó su examen de *Abitur* con un comentario a la frase del primer presidente de la RFA, T. Heuss: «Olvidar es, al mismo tiempo, una ingenuidad y un peligro» (S. y N. Lebert, *My father's Keeper. Children of Nazi Leaders. An Intimate History of Damage and Denial*, Boston, 2000, p. 208).

24. W. Frischauer, *Hermann Göring…*, p. 204.

25. T. Mason, «The Legacy of 1918 for National Socialism», en el libro de A. Nicholls y E. Matthias citado en la bibliografía, pp. 215-240.

26. R. Overy, «The Reichswerke "Hermann Göring". A Study in German Economic Imperialism», en R. Overy, *War and Economy…*, cap. 5; M. Riedel, *Eisen und Kohle für das Dritte Reich*, Gotinga, 1973.

27. A. Teichova, *An Economic Background to Munich*, Cambridge, 1974.

28. R. Overy, «The Reichswerke…», pp. 162-163.

29. La derrota de Schacht en J. Weitz, *Hitler's Banker*, Londres, 1997, pp. 209 y ss.

30. H. Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, Londres, 1992, p. 142.

31. *Ibidem*, pp. 143-144.

32. R. Overy, *Göring*, p. 51.

33. T. Mason, *Social Policy in the Third Reich*, Oxford, 1993, cap. 6 y epílogo.

34. S. Newton, *Profits of Peace. The Political Economy of Anglo-American Appeasement*, Oxford, 1996, cap. 4.

35. N. Henderson, *Dos años junto a Hitler*, Barcelona, 1945, pp. 186 y ss.

36. A. Kube, *Pour le mérite…*, cap. VIII.

37. R. Smelser, *Robert Ley. Hitler's Labor Front Leader*, Londres, 1988, caps. 8-9.

38. A. Speer, *Memorias*, Barcelona, 2001, p. 458.

39. W. Frischauer, *Hermann Göring*…, cap. 22.

40. R. Overy, *Göring*, cap. 8.

41. R. Manvell y H. Fraenkel, *Goering*, p. 281.

42. R. Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, 2003, pp. 165 y ss.

43. F. Miale y M. Selzer, *The Nuremberg Mind. The Psycology of the Nazi Leaders*, Nueva York, 1975, pp. 84-85.

1. Principalmente, *Durchbruch der sozialen Ehre* (Berlín, 1935); *Deutschland ist schöner gewoerden* (Berlín, 1936); *Wie alle helfen dem Führer* (Berlín, 1937); *Soldaten der Arbeit* (Munich, 1938).

2. M. Kele, *Nazis and Workers. National Socialist Appeals to German Labor, 1919-1933*, Chapel Hill, 1972, cap. 6. Sobre el concepto sustitutivo de la *Volksgemeinschaft*, véase V. Kratzenberg, *Arbeiter auf Weg zu Hitler? Die Nationalsozialistische Bretiebszellen-Organisation. Ihre Entstehung, ihre Programmatik, ihr Scheitern 1927-1934*, Frankfurt, pp. 17 y ss.; S. Bologna, *Nazismo y clase obrera, 1933-1993*, Madrid, 1999; S. Salter, «Class Harmony or Class Conflict? The Industrial Working Class and the National Socialist Regime», en J. Noakes, ed., *Government Party and People in Nazi Germany*, Exeter, 1980, pp. 76-103.

3. A. Andreassi, «*Arbeit macht Frei». El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Barcelona, 2004, pp. 338 y ss.

4. M. Broszat, «Soziale Motivation und Führer-Bindung des Nationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 18 (1970), pp. 394-409.

5. «El trabajo no es obtener un salario, dinero obtenido y merecido a cambio. El trabajo es, por el contrario, un despertar de la conciencia, y creer que su único resultado es la justa remuneración lleva a la destrucción. Trabajo significa lucha frente a la materia, frente a la energía del mundo. El trabajo es legitimidad, conocimiento de las leyes orgánicas del mundo. El trabajo significa disciplina, significa crear el orden, crear la cultura. Los trabajadores, los soldados y los artistas son, en último término, la misma cosa. Están unidos a través de su raza. A través de la armonía de su sangre. Esto es lo que iguala el valor del trabajo. Una vez que hemos adquirido este conocimiento, podemos prestar la atención debida a la existencia de cada trabajo diferenciado. Cada trabajo llevado a cabo en un proceso de fabricación, que responda a la necesidad de un pueblo, debe ser reconocido; y su realización debe ser venerada.» R. Ley, *Durchbruch der sozialen Ehre*, Berlín, 1935, p. 11.

6. T. Mason, «The Containtment of the Nazi Working Class in Nazi Germany», en *Nazism, Fascism, and the Working Class*, Cambridge, 1995, pp. 231-273.

7. R. Smelser, *Robert Ley. Hitler’s Labour Front Leader*, Oxford, 1988.

8. K. Jarausch, «The Crisis of German Professions, 1918-1933», en *Journal of Contemporary History*, 1985, pp. 379-398. El número de estudiantes abogados creció, por ejemplo, de 4.112 en 1880 a 12.334 en 1912. Jarausch califica la época tardía del imperio como una «época dorada». En su libro *Students, Society and Politics in Imperial Germany. The Rise of Academia Liberalism* (Princeton, 1982), el autor dedica el capítulo 5 a lo que llama el «currículo oculto», en el que considera la modificación del espíritu corporativo que se produce con el cambio de personas que entran en la universidad, y un apartado extenso se dedica, en el mismo capítulo, a diferenciar las organizaciones estudiantiles de viejo estilo y las que corresponden a los nuevos sectores sociales integrados.

9. R. Smelser, *Robert Ley…*, pp. 17 y ss.

10. W. Brustein, *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933*, New Haven, 1996, pp. 138 y ss.

11. Para los inicios del nazismo en aquella zona, véase A. Tyrell, «Führergedanke und Gauleiterwechsel. Die Teilung des Gaues Rheinland der NSDAP 1931», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 25 (1975), pp. 341-374. La entrada de Ley en pp. 360-361.

12. Acerca de los problemas de centralización y la poliarquía, el trabajo general, al que deben sumarse los análisis regionales para adquirir una visión más actualizada, es el de P. Hüttenberger, *Die Gauleiter. Studie zum Wandel des Machtgefüges in der NSDAP*, Stuttgart, 1969.

13. En junio de 1925, Hitler se dirigió a los cuadros del partido en Plauen, de una forma que debía resultar especialmente atractiva para el sentido místico y romántico que Ley siempre relacionó con el partido: «*Yo amo al movimiento. Es la obra de mi vida.* No pertenezco a ese tipo de políticos que hoy están aquí y mañana trabajan allí. El movimiento: *eso* es mi trabajo. *Con él vivo, con él muero, con él caigo. ¡No seré nunca otra cosa!* Por favor, ¡apoyadme en esto!» (A. Tyrell, *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*, Düsseldorf, 1969, p. 109).

14. Diarios de Goebbels, actitud de Ley en la crisis de 1935-1936, anotaciones del 10 y del 30 de septiembre de 1925. Acerca de la actitud de Ley, relacionándola con el temor al poder de los otros dirigentes, véase el juicio de J. Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*, Oxford, 1971, p. 85.

15. R. Smelser, *Robert Ley…*, p. 41.

16. A. Tyrell, «Führergedanke…», p. 361.

17. A Milatz, *Wähler und Wahlen in der Weimarer Republik*, Bonn, 1965, p. 112. Según la misma tabla de resultados, en 1928 el partido había obtenido, a escala nacional, mejor porcentaje que en Colonia/Aquisgrán (*Wahlkreis* 20) en 29 de los 35 distritos. En Coblenza/Tréveris, sólo 14 habían obtenido un resultado superior. En 1930, el resultado de Colonia/Aquisgrán se vio superado en 28 distritos, y el de Coblenza/Tréveris, en 26.

18. R. Smelser cita la frase de Ley: «All Juda müsse sterben damit Deutschland leben könne» («Todos los judíos deben morir para que Alemania viva»).

19. A. Tyrell, «Führergedanke…», p. 362. El periódico hablará de «Blutschände und Abteilung» («rituales de sangre y descuartizamiento») en 1928.

20. A. Tyrell, *Führer…*, recoge el discurso de Hitler en mayo de 1926, en el que indica que las formas especiales de actuación en el Rhur pueden tener un cierto «tono local» como en Franconia, pero que su actitud es la misma que la de todos los que desean imponer el ideario nazi por todo el país (p. 133).

21. Acerca de la base obrera del partido, véase P. Manstein, *Die Mitglieder und Wähler der NSDAP 1919-1933. Untersuchungen zu ihrer sichtmässigen Zusammensetzung*, Frankfurt, 1990; C. Fischer, ed., *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Oxford, 1996.

22. I. Hamel, *Völkischer Verband und nationale Gewerkschaft. Der Deutschnationale Handlungsgehilfen-Verband 1893-1933*, Frankfurt, 1967.

23. W. Brustein, *The Logic…*, p. 146.

24. Para las reformas de Strasser, véase U. Kissenkoetter, *Gregor Strasser und die NSDAP*, Stuttgart, 1978, cap. III. El cruce de cartas con Strasser puede seguirse en R. Smelser, *Robert Ley…*, pp. 85 y ss. La persona que Strasser puso al frente del Gau de Coblenza-Birkenfeld fue el muy hábil y activo Gustav Simon, que trató de avivar las diferencias entre la dirección del partido y Ley para hacerse con una posición de poder en una zona complicada para el partido.

25. Resultados en A. Milatz, *Wähler…*, p. 112. En ambos casos, los resultados del *Gau* del norte eran ya los peores de toda Alemania, algo que se prolongaría hasta las elecciones de marzo de 1933, cuando el NSDAP no pasó del 30 por ciento, incluso por debajo de Berlín, donde se obtuvo el 31 por ciento.

26. O. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, 1973, pp. 52-53.

27. A. Hitler, «La jeune Allemagne veut le travail et la paix», pp. 34-41.

28. M. Broszat, *L'État hitlérien. L'origine et l'évolution des estructures du troisième Reich*, París, 1985, pp. 213-221 sobre la combinación de políticas conservadoras y de creación de empleo.

29. A. Lüdtke, «Où est passée la braise ardente? Expériences ouvrières et fascisme allemand», en A. Lüdtke, ed., *Histoire du quotidien*, París, 1994, pp. 209-266.

30. R. Ley, *El Frente Alemán del Trabajo. Su origen y su labor. Discurso pronunciado ante el Cuerpo diplomático y la prensa extranjera el 1.º de marzo de 1934*, Santander, s. f., pp. 24-28.

31. Acerca de las reivindicaciones de las organizaciones vinculadas a los pequeños productores, véase D. Schönbaum, *Hitler's Social Revolution*, Nueva York, 1980, cap. 1.

32. La oposición de Ley a un régimen de carácter corporativo provenía de su nombramiento, que procedía de su responsabilidad en el área de organización del partido y no contenía las tradiciones de fragmentación que podían observarse en algunos dirigentes de la NSBO como Muchow, o de los diferentes organismos que el DAF fue absorbiendo, cuyo origen eran las organizaciones de izquierda o de derecha que fueron trasladadas a su responsabilidad por el proceso de *Gleichschaltung.* A una mentalidad que sólo había de actuar en defensa del propio espacio de autoridad se añadía la versión comunitarista más que obrerista que había asimilado Ley desde su entrada en el partido, a diferencia de algunos cuadros que se dedicaron a levantar el edificio sindical a comienzos de los años treinta. Por ello, la reacción ante la hiperactividad del DAF, que acabó con la medida general de la Ley de los Fiduciarios de Trabajo, tuvo que ver con la propia angustia de Ley, al ver que tenía que coordinar una actividad de intereses contrapuestos difíciles de articular, en los que él era una especie de simple centro de conexión. En principio, el factor más claro era la neutralización de las organizaciones de la clase obrera, procurando que la situación superara su fase de caos lo más pronto posible (T. Mason, *Social Policy in the Third Reich*, Oxford, 1993, pp. 88-91).

33. R. Smelser, *Robert Ley…*, p. 161. En el congreso de 1934, Ley informaba del paso de cinco millones de miembros en el momento de la creación del DAF a los 9.359.533 del 1 de diciembre de 1933 (R. Ley, *Durchbruch…*, p. 160).

34. T. Mason, «The origins of the Law of the Organization of National Labour of 20 January 1934. An Investigation into the Relationship between "Archaic" and "Modern" Elements in Recent German History», en *Nazism, Fascism, and the Working Class*, Oxford, 1995, pp. 77-103.

35. D. Liebscher, «La Obra Nacional Dopolavoro fascista y la NS: Gemeinschaft “Fraft durch Freude”. Las relaciones entre las políticas sociales italiana y alemana desde 1925 a 1939», *Historia Social*, 52 (2005), pp. 129-146; J. Sgrazzuti y D. Roldán «Tiempo libre y disciplinamiento en las clases obreras italiana y alemana de entreguerras. Dopolavoro y Kraft durch Fraude. Un análisis comparativo», *ibidem*, pp. 109-127; S. Baranowsky, «Nacionalismo radical en el contexto internacional. “Fuerza por la Alegría” y las paradojas del turismo nazi», *ibidem*, pp. 93-108.

36. P. Reichel, *La fascination du nazisme*, París, 1993, pp. 221 y ss.

37. R. Smelser, *Robert Ley…*, pp. 171 y ss.; A. Kranig, «Arbeitnehmer, Arbeitsbeziehungen und Sozialpolitik unter dem Nationalsozialismus», en K. D. Bracher, M. Funke y H. A. Jacobsen, eds., *Deutschland 1933-1945. Neue Studien zur nationalsozialistischen Herrsschaft*, Düsseldorf, 1992, pp. 135-152.

38. T. Mason, *Social…*, p. 129.

39. A. Lüdtke, «The “Honour of Labor”. Industrial workers and power of symbols under National Socialism», en D. Crew, ed., *Nazism and German Society, 1933-1945*, Londres, 1994, pp. 67-109.

40. R. Smelser, *Robert Ley*…, pp. 224-225.

41. T. Siegel, «Lohnpolitik im nationalsozialistischen Deutschland», en C. Sachse, T. Siegel, H. Spode y W. Spohn, *Angst, Belohnung, Zucht und Ordnung. Herrschaftsmechanismen im Nationalsozialismus*, Opladen, 1982, pp. 54-132.

42. J. von Lang, *The Secretary. Martin Bormann*, Nueva York, 1979, pp. 162 y ss.

43. R. Smelser, *Robert Ley…*, p. 281.

44. *Ibidem*, p. 297.

45. R. Prinz y R. Zitelmann, eds., *Nationalsozialismus und Modernisierung*, Darmstadt, 1994.

46. F. Vargas, *Más allá, a la derecha*, Madrid, 2006, p. 23.

1. H. Fehrenbach, *Cinema in Democratizing Germany. Reconstructing National Identity after Hitler*, Chapel Hill, 1995, cap. 2; M. Osterland, *Gesellschaftsbilder in Filmen. Eine soziologische Untersuchung des Filmangebots der Jahre 1949-1963*, Stuttgart, 1970; F. Gallego, *De Auschwitz a Berlín. Alemania y la extrema derecha, 1945-2004*, Barcelona, 2005, cap. 2.

2. M. Wortmann, *Baldur von Schirach. Hitlers Jugendführer*, Colonia, 1982, p. 228.

3. O. Skorzeny, *Meine Kommandounternehmen*, Stuttgart, 1965, p. 212.

4. M. Wortmann, *Baldur*…, pp. 13-14.

5. B. von Schirach, *Yo creí en Hitler*, Barcelona, 1968.

6. G. Rempel, *Hitler’s Children. The Hitler Youth and the SS*, Chapel Hill, 1989, cap. 2.

7. T. Weyr, *The Setting of the Pearl. Viena under Hitler*, Oxford, 2005, pp. 176-177.

8. E. B. Bukey, *Hitler's Austria. Popular Sentiment in the Nazi Era, 1938-1945*, Chapel Hill, 2000, p. 163.

9. M. Wortmann, *Baldur*…, p. 205. Discurso ante dirigentes del DAF el 6 de septiembre de 1941.

10. H. von Schirach, *Der Preis der Herrlichkeit. Erfahrene Zeitsgeschichte*, Munich, 1975, p. 11. En realidad, la traducción literal sería: «Ya no pertenezco a su mesa» («Ich gehöre nicht mehr an Ihren Tisch»).

11. A. M. Sigmund, *Las mujeres de los nazis*, Barcelona, 2000, pp. 217-246.

12. F. Gallego, «El nazismo como fascismo consumado», en F. Gallego, ed., *Pensar después de Auschwitz*, Barcelona, 2004, pp. 11-34.

13. S. Venayre, *La gloire de l'aventure. Genèse d'unes mystique moderne, 1850-1940*, París, 2002.

14. W. Benjamin, *Discursos interrumpidos*, I, Madrid, 1982, pp. 55-57.

15. G. L. Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, 1990, pp. 53 y ss.; G. L. Mosse, *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity*, Nueva York, 1996; E. Gentile, *Il culto del littorio,* Bari, 1994; A. Ventrone, *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, 2003.

16. E. Selva, *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, 2001. Sobre el mito de la juventud, véase R. Ledesma Ramos, «¿Fascismo en España?», en *Obras Completas*, vol. IV, Barcelona, 2004, pp. 133 y ss.; así como sus artículos en la revista *La Conquista del Estado*, reunidos en la misma obra, vol. III, pp. 17-320. Sobre el mito de la juventud, que introduce a ese mismo efecto en el caso de la clase obrera alemana, véase D. Peukert, *Jugend zwischen Krieg und Krise. Lebenswelten von Arbeiterjungen in der Weimarer Republik*, Colonia, 1987, caps. 1 y 2.

17. K. Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in the Weimarer Republik. Die politischen Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918 und 1933*, Munich, 1962; S. Brauer, *Anatomie de la Révolution conservatrice*, París, 1996; M. P. Bullock, *The violent eye. Ernst Jünger's Visions and Revisions on the European Right*, Detroit, 1992; L. Dupeux, *Aspects du fondamentalisme national en Allemagne de 1890 à 1945*, Estrasburgo, 2001; R. Wood, *The Conservative Revolution in Weimar Republic*, Londres, 1996; F. Stern, *The Politics of Cultural Despair. A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, Berkeley, 1961.

18. N. Cospito, *Los Wandervögel. La juventud alemana de Guillermo II al III Reich*, Barcelona, 2002; H. W. Koch, *The Hitler Youth. Origins and Development, 1922-1945*, Nueva York, 1996, cap. 2.

19. Para un análisis de la discusión, véase P. Stachura, «German Youth, the Youth Movement and National Socialism in the Weimar Republic», en P. Stachura, *The Nazi Machtergreifung*, Londres, 1983, pp. 68-84.

20. H. W. Koch, *The Hitler Youth*…, p. 72.

21. M. Kater, «Der NS-Studentenbund von 1926 bis 1928. Randgruppe zwischen Hitler und Strasse», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 22 (1974), pp. 148-190.

22. B. von Schirach, *Yo creí…*, cap. II.

23. M. Wortmann, *Baldur*…, pp. 34 y ss.; J. von Lang, *Der Hitler-Junge. Baldur von Schirach. Der Mann, der Deutschland Jugend erzog*, Hamburgo, 1988, pp. 18 y ss.

24. En 1938, Schirach publicó en Leipzig *Das Lied der Getreuen. Verse ungenannter österrechister Hitler-Jugend aus den Jahrend der Versolgung 1933-1937*, que consta como recopilación propia. Otro texto de poemas publicado por él es *Die Fahne der Verfolgten*, Berlín, 1935.

25. J. von Lang, *Der Hitler-Junge*…, pp. 20-21.

26. M. S. Steinberg, *Sabers and Brown Shirts. The German Students' Path to National Socialism, 1918-1935*, Chicago, 1977, caps. 5 y 6.

27. G. Giles, «The Rise of the National Socialist Students' Association and the Failure of Political Education in the Third Reich», en P. Stachura, *The Shaping on the Nazi State*, Londres, 1978, pp. 160-185. Algunas cuestiones las plantea Giles, aplicadas al caso de Hamburgo en *Students and Nacional Socialism in Germany*, Princeton, 1985.

28. M. S. Steinberg, *Sabers*…, pp. 88-90.

29. Sobre el crecimiento del nazismo en la universidad, véanse los trabajos de F. Morente, «La universidad alemana y la construcción del Tercer Reich», en F. Gallego, ed., *Pensar después de Auschwitz*, Barcelona, 2003, pp. 153-181, y «La universidad en los regímenes fascistas. La depuración del profesorado en Alemania, España e Italia», *Historia Social*, 54 (2006), pp. 51-72.

30. J. Falter, «National Socialist Mobilisation of the New Voters, 1928-1933», en T. Childers, *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, Londres, 1986, pp. 202-331; para una visión que matiza sus apreciaciones, véase T. Childer…, «The limits of National Socialist mobilisation. The elections of 6 november 1932 and the fragmentation of the nazi constituency», en T. Childers, *The Formation*…, pp. 232-259. Véase también el libro de este último, *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983, pp. 192-211.

31. B. von Schirach, *Yo creí…*, pp. 175 y ss.

32. A. Klönne, *Jugend im Dritten Reich. Die Hitler-Jugend un ihre Gegner*, Düsseldorf, 1982, pp. 118 y ss.

33. L. D. Walker, *Hitler Youth and Catholic Youth, 1933-1936. A Study in Totalitarian Conquest*, Washington, 1970, esp. pp. 91 y ss.

34. M. Kater, *The Twisted Muse. Musicians and their Music in the Third Reich*, Nueva York, 1997, pp. 130 y ss.; B. Schellenberger, «Katholischer Jugenwiderstand», en J. Schmädecke y P. Steinbach, eds., *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus*, Munich, 1994, pp. 314-326; G. Melio, *Les résistances allemandes à Hitler*, París, 2003, pp. 197 y ss.; B. Koehn, *La résistance allemande contre Hitler, 1933-1945*, París, 2003, pp. 69 y ss.; G. Rempel, *Hitler's*…, pp. 72 y ss.

35. D. Peukert, *Inside Nazi Germany*, Londres, 1987, cap. 8.

36. M. Wortmann, *Baldur*…, pp. 145 y ss.

37. C. Roberts, *The Myth of the Master Race. Alfred Rosenberg and the Nazi Ideology*, Nueva York, 1972, pp. 134 y ss.; E. Piper, *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe*, Munich, 2005, pp. 462 y ss.

38. M. Kater, *Hitler Youth*, Harvard, 2004, p. 2. Un testimonio interesante de las vivencias de un miembro de las *Hitlerjugend* es el que se encuentra en H. Krüger, *A Crack in the Wall. Growing up under Hitler*, Nueva York, 1982.

39. B. Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis. A History of Austrian National Socialism.* Chapel Hill, 1981, pp. 122 y ss.

40. M. Wortmann, *Baldur*…, pp. 197-198.

41. *Ibidem*, p. 207.

42. S. Márai, *Confesiones de un burgués*, Barcelona, 2004, pp. 251 y 271.

1. H. Arendt, *Ensayos de comprensión, 1930-1954*, Madrid, 2005, pp. 161-162.

2. Acerca de la forma en que Primo Levi interpreta *El proceso* de Kafka, véase G. Agamben, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, 2000, pp. 17 y ss.

3. W. Frischauer, *Himmler. The Evil Genius of the Third Reich*, Londres, 1953.

4. K. Heiden, *A History of National Socialism*, Nueva York, 1971. Concretamente, Heiden habla por vez primera del personaje al referirse a su discurso ante las SS en 1931, al distinguir entre las tareas de las SA y de sus *Schutzstaffel* (p. 139), en la referencia al carácter racial de las tropas mandadas por él (p. 344) y en la colaboración en la matanza del 30 de junio.

5. K. Lüdecke, *I Knew Hitler*, Londres, 1938, p. 268.

6. A. Krebs, *The Infancy of Nazism. The Memoirs of Ex-Gauleiter Albert Krebs, 1923-1933*, Nueva York, 1976, pp. 265-267.

7. W. Schellenberg, *Al servicio de Hitler. Memorias del jefe del espionaje nazi*, Barcelona, 2005, p. 64.

8. En especial, lo que se recoge en el comentario a sus anotaciones diarias en el período 1914-1924, que aparecen en el libro de B. Smith, *Heinrich Himmler. A Nazi in the Making, 1900-1926*, Stanford, 1971.

9. G. Deschner, *Reinhard Heydrich. Statthalter der totalen Macht*, Munich, 1980, p. 84.

10. A. Speer, *Infiltration*, Londres, 1981, p. 6.

11. A. Rosenberg, *Letzte Aufzeichnungen. Nürnberg, 1945-1946*, Uelzer, 1996, p. 102.

12. Citado por B. Smith, *Heinrich Himmler*…, p. 20.

13. S. Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, 2001, p. 17.

14. H. Ziegler, *Nazi Germany's New Aristocracy. The SS Leadership, 1925-1939*, Princeton, 1989, cap. 4.

15. H. Krausnick y H. H. Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und der SD, 1938-1942.* Stuttgart, 1981.

16. G. Aly y S. Heym, *Architects of Annihilation. Auschwitz and the Logia of Destruction*, Londres, 2002.

17. K. Orth, «The Concentration Camp SS as a Functional Elite», en U. Herbert, *National Socialist Extermination Policies. Contemporary German Perspectives and Controversies*, Nueva York, 2000, pp. 306-336.

18. J. Banach, *Heydrichs Elite. Das Führerkorps der Sicherheitspolizei und des SD, 1936-1945*, Paderborn, 1998.

19. C. W. Snydor, *Soldiers of Destruction. The SS Death's Head Division, 1933-1945*, Princeton, 1977.

20. R. Gellately, *The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Londres, 1990; B. Berlekamp y W. Röhr, eds., *Terror, Herrschaft und Alltag im Nationalsozialismus. Probleme einer Sozialgeschichte des deutschen Faschismus*, Munster, 1999, esp. parte II, «Sreitfragen: Sozial- und Wirkungsgeschichte der Gestapo»; D. Bankier, *The Germans and the Final Solution. Public Opinion under Nazism*, Cambridge, 1992, pp. 101 y ss.; C. Browning, ed., *The Path to Genocide. Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, 1992, y *Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, 1992; O. Bartov, *The Eastern Front, 1941-1945. German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Londres, 1985; D. Cesarani, ed., *The Origins of the Final Solution. Origins and Implementation*, Londres, 1994. Contribuciones en la segunda parte dedicada a la Operación Barbarroja y a la función del ejército regular en las acciones de exterminio.

21. B. Smith, *Heinrich Himmler*…, p. 172.

22. R. Manvell y H. Fraenkel, *Himmler*…, pp. 14-24.

23. El episodio del noviazgo es muy significativo del concepto del honor y del derecho a meterse en la vida ajena que Himmler fue sedimentando ya cerca de los veinte años, llegando a contratar a un detective para que le proporcionara pruebas sobre la conducta de la prometida de su hermano mayor. En el caso de su mejor amigo, Lu Zahler, llegó a molestar tanto con sus recriminaciones a la novia de éste, que tuvo que soportar una respuesta jocosa sugiriéndole que se metiera en sus asuntos. El propio Himmler se atormentaba en su diario diciendo que debía aprender a tener la boca cerrada y no tratar de dar su opinión con tanta franqueza (*Ibidem*, pp. 140-151).

24. P. Patfeld, *Himmler. El líder de las SS y la Gestapo*, Madrid, 2003, pp. 58 y ss.

25. B. Smith, *Heinrich Himmler*, pp. 94-125. Dado que el texto de Smith sigue minuciosamente las lecturas realizadas por Himmler y las anotaciones acerca de sus angustias y esperanzas, su inteligente interpretación de todo ello lo convierte en la mejor guía para aproximarse a su evolución inicial.

26. H. Höhne, *The Order of the Dead Head. The Story of Hitler's SS*, Nueva York, 1970, pp. 38 y ss.

27. Acerca de esta congruencia, puede verse el libro ya citado de H. Höhne, además de los trabajos sobre agencias específicas de las SS, como el de R. Koehl, *RKFVD, German Resettlement and Population Policy, 1939-1945*, Harvard, 1957; H. Buchchem *et al., Anatomie des SS-Staates*, Munich, 1994; G. Reitlinger, *The SS. Alibi of a Nation*, Londres, 1956; G. Browder, *Foundations of the Nazi Police State. The Formation of SIPO and SD*, Lexington, 1990; S. Aronson, *Reinhard Heydrich und die Frühgeschichte von Gestapo und SD*, Stuttgart, 1971; K-M. Mallmann y G. Paul, «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo, Society and Resistance», en D. Crew, ed., *Nazism and German Society, 1933-1945*, Londres, 1994, pp. 166-196. Además del estudio clásico acerca del pensamiento de Himmler, J. Ackermann, *Heinrich Himmler als Ideologe*, Göttingen, 1970. Las ensoñaciones raciales de Himmler, en buena medida recogidas por su masajista Kernsten, pueden seguirse en la biografía de R. Manvell y H. Fraenkel citada, cap. 6. De igual forma, pueden considerarse los comentarios a su forma de vida y su célebre discurso de Posen de 1943 en H. P. Bleuel, *Sex and Society in Nazi Germany*, Nueva York, 1973, cap. 6. La disposición de la sociedad alemana a aceptar una «virtud» racial ha sido tratada por C. Koonz en el ya citado *La conciencia nazi*, Barcelona, 2005. Su obra anterior, *Mothers in Fatherland. Women, the Family, and Nazi Politics*, Madison, 1983, ya avanzaba ideas acerca de una conciencia racial atribuida a la función pública de la reproducción.

28. G. Deschner, *Reinhard Heydrich…*, pp. 7-46; E. Calic, *Reinhard Heydrich. Schlüsserfigur des Dritten Reiches*, Düsseldorf, 1982, pp. 1-85; G. S. Graber, *The Life and Times of Reinhard Heydrich*, Nueva York, 1980, pp. 1-63.

29. G. Browder, *Foundations*…, cap. 2.

30. Acerca de las posiciones ideológicas de las SS, puede verse el trabajo de H. Buchheim, «Befehl und Gehorsam», en H. Buchheim *et al., Anatomie*…, pp. 215-322. La norma matrimonial puede leerse en la biografía de Himmler de R. Manvell y H. Fraenkel, pp. 35-36.

31. *Ibidem*, p. 214.

32. S. Aronson, *The Beginnings of the Gestapo System. The Bavarian Model in 1933*, Jerusalén, 1969.

33. G. Browder, *The Foundations*…, cap. 8.

34. En junio de 1933, Himmler obtuvo el cargo en Bremen; en agosto, lo consiguió en Baden; en octubre, en Hamburgo; en noviembre, en Lübeck y Mecklenburg-Schwerin; en diciembre, en Anhalt, Hesse, Turingia y Württemberg; en enero de 1934, en Brunswick, Oldenburg y Sajonia (H. Buchheim *et al*., *Anatomie*…, pp. 39-43).

35. G. Deschner, *Reinhard Heydrich*…, cap. 8.

36. N. Frei, *L'État hitlérien et la société allemande, 1933-1945*, París, 1994*,* caps. 1 y 2.

37. Para el caso de Baviera, véase S. Aronson, *The Beginnings*…, pp. 1-7; véanse también las memorias de W. Schellenberg, las de H. B. Gisevius o las de R. Diels para observar esta línea de continuidad, que nos indica la disposición de este sector intermedio de la sociedad alemana a luchar junto a Hitler en una tarea de combate contra los adversarios del país que, además de ser el resultado de un profundo anticomunismo, podía ser una vía de promoción personal tras una etapa de fractura social generalizada que provocó una inmensa perversión social y una primacía del oportunismo en tantos casos de profesionales que serían indispensables para la progresiva marcha hacia Auschwitz.

38. H. Buchheim *et al*., *Anatomie*…, pp. 340-341.

39. *Ibidem*, pp. 353-354.

40. M. Burleigh y W. Wippermann, *The Racial State. Germany*, *1933-1945*, Cambridge, 1991, pp. 136-141. Acerca de la ideología racial que sustenta esta búsqueda de la pureza, puede verse E. Conte y C. Essner, *La Quête de la race. Une antropologie du nazisme*, París, 1995, pp. 13-119; las condiciones generales del biologismo político pueden verse en P. Weidling, *Health, Race and German Politics Between National Unification and Nazism, 1870-1945*, Cambridge, 1989, pp. 489 y ss.

41. Para una discusión acerca de este tema, véase la posición de D. Peukert, «The Genesis of the Final Solution from the Spirit of Science», en T. Childers y J. Caplan, eds., *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, 1993, pp. 234-252.

42. R. Gellately, *No solo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, 2001, cap. 5.

43. M. Burleigh y W. Wippermann, *The Racial…*, pp. 77-81; S. Friedländer, *L'Allemagne nazi et les juifs. Les années de persécution, 1933-1939*, París, 1997, caps. 1-3; K. A. Schleunes, *The Twisted Road to Auschwitz, 1933-1939. Nazi Policy toward German Jews*, Chicago, 1970, caps. I-III.

44. G. Lewy, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Oxford, 2000, primera parte.

45. G. Browder, *Foundations*…, caps. 13, 14 y 18

46. W. Sofsky, *The Order of Terror. The Concentration Camp*, Princeton, 1993; U. Herbert, K. Orth y C. Dieckmann, eds., *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager. Entwicklung und Struktur*, Gottingen, 1998.

47. H. Buchheim, *et al*., *Anatomie*…, pp. 349-385.

48. R. Gellately, *No solo*…, pp. 136-143.

49. A este respecto, puede verse el conjunto de la obra de G. Aly que culmina en *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Frankfurt, 2005.

50. U. Herbert, *Hitler's Foreign Workers. Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997, pp. 61 y ss.; N. Wachsmann, *Hitler's Prisons. Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven, 2004, pp. 65 y ss.

51. O. Bartov, *Germany's War and the Holocaust. Disputed Histories*, Ithaca, 2003, pp. 79 y ss.

52. T. Mason, «Intention and Explanation. A current controversy about the interpretation of National Socialism», en *Nazism, Fascism, and the Working Class*, Cambridge, 1995, pp. 212-230.

53. Por ejemplo, los que se reúnen en el libro de U. Herbert, *National Socialist Extermination Policies. Contemporary German Perspectives and Controversies*, Nueva York, 2000, o quienes lo han hecho en el libro de D. Cesarini, ed., *The Final Solution. Origins and Implementation*, Londres, 1994.

54. G. Deschner, *Reinhard Heydrich*…, pp. 168 y ss.

55. R. Manvell y H. Fraenkel, *Himmler*…, pp. 163-164.

56. H. Krausnick y H. H. Wilhelm, *Die Truppe*…, pp. 34 y ss.; C. W. Sydnor, *Soldiers*…, pp. 37 y ss.

57. R. Breitman, *The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution*, Londres, 1991, pp. 70-78; C. Browning, *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy. September 1939-March 1942*, Lincoln, 2004. Los libros clásicos que, incluso en una relación que está lejos de ser exhaustiva, deben citarse son el de R. Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Chicago, 1967, y el de L. Dawidowicz, *The War against the Jews*, *1933-1945*, Nueva York, 1968.

58. P. Burrin, *Hitler et les juifs. Genèse d'un génocide*, París, 1989, caps. 2 y 3.

59. A. Bramwell, *Blood and Soil. Walther Darré and Hitler's «Green Party»*, Abbotsbrook, 1985, pp. 129 y ss.

60. C. Gerlach, «The Wannsee Conference, the fate of German Jews, and Hitler's decision in principe of exterminate all European Jews», en O. Bartov, ed., *The Holocaust. Origins. Implementation. Aftermath*, Londres, 2000, pp. 106-161.

61. M. Burleigh, *Death and Deliverance. «Eutanasia» in Germany, 1900-1945*, Cambridge, 1994.

62. R. Breitman, *The Architect*…, pp. 181-183.

63. J. Förster, «The relation between Operation Barbarossa as an ideological war of extermination and the Final Solution», en D. Cesarini, *The Final Solution*…, pp. 85-102.

64. A. Speer, *Infiltration*…, cap. 15.

65. P. Patfeld, *Himmler*…, p. 585.

66. G. Deschner, *Warsaw Rising*, Londres, 1972.

67. G. Sereny, *Albert Speer. His Battle with Truth*, Nueva York, 1995, pp. 248-249.

68. J. Goebbels, *Final Entries 1945. The Diaries of Joseph Goebbels* (edición de Hugo Trevor Roper), Nueva York, 1978, pp. 103 y ss. Anotación del 11 de marzo de 1945.

69. W. Schellenberg, *Al servicio*…, pp. 418 y ss.

70. *Ibidem*, acerca de la indignación de Himmler por la publicación dada a su carta.

71. W. Frischauer, *Himmler*…, cap. 1.

1. G. Sereny, *Albert Speer. His Battle with Truth*, Nueva York, 1995, p. 237.

2. A. Reif, ed., *Albert Speer. Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Munich, 1978.

3. J. Dülffer, «Albert Speer. Cultural and Economic Management», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *The Nazi Elite*, Londres, 1993, pp. 212-223.

4. J. Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches. Profiles einer totalitären Herrschaft*, Munich, 1993, p. 270. «Danach war nicht nur die Technik selbst, sondern technische Tätigkeit überhaupt wertfrei, und wie es keine “bösen” Erfindungen und Entdeckungen gibt, so bleibt auch der technische Genius unberührt von der moralischen Seite eines Dienstverhältnisser, in das er sich begibt.» («Por ello, no era la técnica en sí misma, sino las tareas técnicas las que carecían de valor. Y, como no hay inventos ni descubrimientos “malos”, el genio técnico no se ve afectado por el aspecto moral de las condiciones de servicio en que se halla.»)

5. En sus diarios de Spandau, el 29 de marzo de 1947, Speer se pregunta, atormentado, si la guerra no se perdió por una cuestión de incompetencia. «En última instancia, las guerras modernas se deciden por la superioridad tecnológica, y nosotros no la teníamos.» *(Spandau. The Secret Diaries*, Nueva York, 1976, p. 51).

6. G. Sereny, *Albert Speer*…, p. 165.

7. A. Speer, *Spandau…*, pp. 211-215. Anotación correspondiente al 20 de noviembre de 1952.

8. Existen algunos textos fundamentales en la tarea de desguazar la imagen proporcionada por Speer de su trabajo puramente «eficaz» y «neutral» durante el nazismo, como el de G. Jansen, *Das Ministerium Speer. Deutschlands Rüstung im Krieg*, Berlín, 1968; M. Schmidt, *Albert Speer. The End of a Myth*, Nueva York, 1984; D. van der Vat, *The Good Nazi. The Life and Lies of Albert Speer*, Boston, 1997.

9. G. Sereny, *Albert Speer*…, p. 16.

10. G. Sereny, *Into that Darkness. From Mercy Killing to Mass Murder*, Londres, 1995 (1.ª ed. en Nueva York, 1974).

11. G. Sereny, *El trauma alemán. Testimonios cruciales de la ascendencia y la caída del nazismo*, Barcelona, 2000, p. 275.

12. G. Sereny, *Albert Speer*…, p. 52

13. J. Fest, *Speer. The Final Veredict*, Orlando, 2001, cap. 1.

14. J. Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*, en *Obras completas*, vol. III (1917-1925), Madrid, 2005.

15. P. Reichel, *La fascination du nazisme*, París, 1993*,* cap. 7; J. Hartleyb, *Pour une sociologie du nazisme*, París, 2002, pp. 237 y ss., acerca de la racionalización de la posición del individuo en la sociedad obtenida a través de la inserción en el nacionalsocialismo como algo distinto a la política democrática.

16. J. Herf, *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, 1990, esp. caps. 7 y 8.

17. G. Wangerin y G. Weiss, *Heinrich Tessenow. Ein Baumeister, 1876-1950. Leben, Lehre, Werk*, Essen, 1976.

18. A. Speer, *Memorias*, Barcelona, 2004, p. 52.

19. *Ibidem*, p. 33. Curiosamente, Speer confiesa el disgusto que sentía en aquellos tiempos por la grandilocuencia de las obras de Cecil B. de Mille, reconociendo que no tardaría él mismo en mimetizarla. Un detalle de su juventud que indica la influencia de Tessenow y su pureza antimodernista en el joven Speer.

20. R. G. Reuth, *Goebbels. Eine Biographie*, Munich, 1990, pp. 282 y ss.

21. F. Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Nueva York, 2003, cap. 19. Acerca del concepto de la arquitectura de Hitler pueden verse los recuerdos del arquitecto que compitió con Speer por el favor de Hitler, Hermann Giesler, en *Ein anderer Hitler. Bericht seines Architekten Hermann Giesler. Erlebnisse. Gespräche. Reflexionen*, Leoni, 1977.

22. A. Speer, *Memorias*, p. 91.

23. G. Sereny, *Albert Speer*…, pp. 128-130.

24. *Ibidem*, pp. 234-235. Acerca de la opinión de Giesler, véase H. Giesler, *Ein anderer*…, pp. 318 y ss.

25. A. Speer, *Infiltration*, Londres, 1981, cap. 1.

26. A. Read, *The Devil's Disciples. The Lives and Times of Hitler's Inner Circle*, Londres, 2003, pp. 339-340.

27. P. Reichel, *La fascination*…, pp. 113 y ss.; J. Dülffer, J. Thies, J. Henke, *Hitlers Städte. Baupolitik im Dritten Reich*, Colonia, 1978; J. Petsch, *Baukunst und Stadtplannung im Dritten Reich*, Munich, 1976.

28. A. Read, *The Devil's*…, p. 431.

29. G. Sereny, *Albert Speer*…, pp. 149-156.

30. J. Fest, *Speer*…, p. 77.

31. Z. Bauman, *Life in Fragments. Essays in Postmodern Morality*, Oxford, 1995, pp. 163 y ss.

32. W. G. Sebald, *Pútrida patria. Ensayos sobre literatura*, Barcelona, 2005, cap. 6; A. Speer, *Spandau*…, pp. 90-94. Anotación del 15 de febrero de 1948.

33. G. Sereny, *Albert Speer*…, p. 158.

34. J. Noakes, ed., *Nazism, 1919-1945. A documentary reader*, vol. IV, Exeter, 1998, pp. 185 y ss.; W. Carr, *Arms, Autarky and Aggression. A Study in German Foreign Policy*, *1933-1939*, Nueva York, 1973; R. Overy, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994; N. Rich, *Hitler's War Aims. Ideology, The Nazi State, and the Course of the Expansion*, Nueva York, 1973, pp. 81 y ss.; G. Weinberg, *Germany, Hitler and World War II*, Nueva York, 1995, parte III.

35. *Ibidem*; F. Seidler, «Fritz Todt. From Motorway Builder to Minister of State», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *The Nazi Elite*, Londres, 1993, pp. 245-256.

36. J. Noakes, ed., *Nazism*…, p. 185.

37. R. Zitelmann, *Hitler. The Politics of Seduction*, Londres, 1999, pp. 220-221.

38. P. Becker, «Fritz Sauckel. Plenipotentiary for de Mobilisation of Labour», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *The Nazi*…, pp. 194-201.

39. W. Boelcke, ed., *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg. Hitlers Konferenzen mit Albert Speer*, *1942-1945*, Frankfurt, 1969, p. 86. La posición de Speer en G. Sereny, *Albert Speer*…, pp. 311-314.

40. A. Speer, *Memorias*…, pp. 559 y ss.

41. U. Herbert, *Hitler's Foreign Workers Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997, p. 387.

42. J. Fest, *Speer*…, p. 134.

43. R. G. Reuth, *Goebbels. Eine Biographie*, Munich, 1990, pp. 512 y ss.; A. Speer, *Memorias*…, pp. 459 y ss.; E. Zilbert, *Albert Speer and the Nazi Ministry of Armaments. Economic Institutions and Industrial Production in the German War Economy*, Madison, 1981, pp. 101 y ss.

44. A. Speer, *Memorias*…, p. 488.

45. *Ibidem*, pp. 509 y ss.; J. Friedrich, *El incendio. Alemania bajo los bombardeos*, *1940-1945*, Madrid, 2003, pp. 82 y ss.

46. P. Black, *Ernst Kaltenbrunner. Ideological Soldier of the Third Reich*, Princeton, 1984, pp. 161 y ss.

47. D. van der Vat, *The Good Nazi*…, Boston, 1997, cap. 11.

48. R. G. Reuth, *Goebbels*…, p. 571.

49. A. Speer, *Memorias*…, p. 753.

50. M. Schmidt, *Albert Speer*…, p. 121.

51. G. Sereny, *Albert Speer*…, p. 469.

52. M. Schmidt, *Albert Speer*…, p. 117.

53. J. Fest, *Speer*…, cap. 6.

54. A. Speer, *Memorias*…, p. 769.

55. *Ibidem*, pp. 834-843.

56. *Ibidem*, p. 813.

57. G. Sereny, *Albert Speer*…, pp. 710-711.

58. A. Conan Doyle, «La familia de Tío Jeremy», en *Nuestro visitante de medianoche y otras historias*, Madrid, 2001, p. 299.

1. A. Rosenberg, *Letzte Aufzeichnungen*. *Nürnberg, 1945-1946*, Velzen, 1996, p. 107.

2. E. Piper, *Alfred Rosenberg. Hitler Chefideologe*, Munich, 2005, p. 97.

3. A. Rosenberg, *Race and History and Other Essays* (ed. por R. Pois), Nueva York, 1970, pp. 14 y ss.

4. Acerca de su lectura de la versión rusa de los *Protocolos*, véase K. Heiden, *Der Führer*, Boston, 1944, cap. 1.

5. J. Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches. Profiles einer totalitären Herrschaft*, Munich, 1993*,* p. 225.

6. P. Viereck, *Metapolitics. The Roots of the Nazi Mind*, Nueva York, 1941, pp. 214 y ss.

7. Las condiciones de la ocupación del Rhur en 1923 y las penalidades de la década de los veinte son las que aduce para tratar de comprender el carácter de un criminal de guerra como Erich Koch, cuyo trato a la población ucraniana iba en contra de las propias necesidades estratégicas del ejército, lo cual endurecía la resistencia de la población (*Letzte*…, pp. 212-213).

8. E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, cap. 1; A. Molau, *Alfred Rosenberg. Der Ideologe des nationalsozialismus. Eine politische Biographie*, Coblenza, 1993, pp. 18 y ss.; A. Rosenberg, *Letzte*…, pp. 9-65.

9. A. Hitler, *Mi lucha*, Santiago de Chile, cap. II, «Las experiencias de mi vida en Viena», y III, «Reflexiones políticas sobre la época de mi permanencia en Viena». Dos libros complementarios para el análisis de la experiencia formativa del Führer en aquella ciudad son J. S. Jones, *Hitler in Viena, 1907-1913. Clues to the Future*, Nueva York, 1983, y B. Hamann, *Hitler's Viena. A Dictator's Apprenticeship*, Nueva York, 1999.

10. A. Tyrell, *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP*, Düsseldorf, 1969, p. 22, presenta el listado de militantes de agosto de 1921, en el que Rosenberg tiene el carnet 625, y cuya entrada consta como anterior a febrero de 1920 (recuérdese que el número de carnets entregado se iniciaba en el número 501). Rosenberg tenía una afiliación casi simultánea a la de Ernst Röhm y muy anterior a la de personajes como Hermann Esser, Rudolf Hess, Heinrich Hoffmann o Max Erwin Scheubner-Richter. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que estos números fueron adjudicados con la reorganización del partido llevada adelante por Hitler y su grupo de leales seguidores tras la crisis de verano de 1921, cuando se hizo con el control del partido. La propia entrada del Führer, como para justificar su salida momentánea en la crisis, se fija el 26 de julio de 1921, y es la única persona cuyo oficio no se cita. Rosenberg aparece como arquitecto.

11. E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, pp. 53 y ss., acerca del mito del grupo de íntimos de Hitler desde la crisis del verano de 1921. En su historia del NSDAP, Orlow ni siquiera cita la participación de Rosenberg en este debate, y se refiere a él sólo como alguien que llega al nacionalsocialismo de la mano de Eckart. Sin embargo, la confianza mostrada en Rosenberg por Hitler en 1923 no puede indicar algo distinto a un apoyo entusiasta del inmigrante báltico a las posiciones del Führer, además de la lógica que se ha detallado en su posición política, más próxima a la que podía tener un intelectual como Eckart que burócratas como Amann o demagogos como Esser. En su *Die Hitlerbewegung. Der Ursprung*, *1919-1922* (Hamburgo, 1962, p. 133), G. Franz-Willing señala que Rosenberg fue captado por Hitler por el tipo de antisemitismo y antibolchevismo combinados que personas como él o Scheubner-Richter podían plantear, incluyéndolo en el círculo íntimo del líder por este motivo.

12. Véase una visión para los casos de una parte importante de países europeos en el libro editado por Z. Sternhell, *The Intellectual Revolt against Liberal Democracy, 1870-1945*, Jerusalén, 1996. La relación del movimiento nacionalsocialista con la tradición romántica alemana fue estudiada por el trabajo pionero de G. L. Mosse, *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Londres, 1966. Una versión de los orígenes filosóficos del nacionalsocialismo en la propia tradición alemana se encuentra en el texto clásico de G. Lukács, *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Barcelona, 1967. La influencia específica del pensamiento de Nietzsche que, como veremos, resultó tan visible en la obra madura de Rosenberg, ha dado lugar a innumerables trabajos, entre los que me limito a citar: R. H. Thomas, *Nietzsche in German Politics and Society, 1890-1918*, Manchester, 1983, pp. 112 y ss.; S. Aschheim, *The Nietzsche Legacy in Germany, 1890-1900*, Berkeley, 1992, pp. 272 y ss.; G. Brandes, *Nietzsche. Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, México, 2004 (un ensayo realizado por un autor fallecido en 1927, que pudo ofrecer una versión muy anterior a la captura del poder por quienes utilizaron su herencia intelectual); L. Hunt, *Nietzsche and the Origin of Virtue*, Londres, 1991, especialmente relacionado con el concepto de política, caos/orden e inmoralismo (caps. 2-4 y 8); B. Detwiler, *Nietzsche and the Politics of Aristocratic Radicalism*, Chicago, 1990, esp. pp. 68 y ss. Es de gran importancia, por abarcar a escritores de todo el siglo XX, incluidos los contemporáneos de Nietzsche, la edición de A. Moraleja, *Nietzsche y la «gran política». Antídotos y venenos del pensamiento nietzschiano*, Madrid, 2001. En el caso de España, disponemos de especialistas de tanta calidad como G. Cano, *Nietzsche y la crítica de la modernidad*, Madrid, 2001, entre otros textos; D. Sánchez Meca, *Nietzsche. La experiencia dionisíaca del mundo*, Madrid, 2005, en especial las dos primeras partes, «La victoria sobre el dolor» y «Transformar Europa: un experimento con la verdad», o L. E. de Santiago, *Arte y poder. Aproximación a la estética de Nietzsche*, Madrid, 2004, en especial la cuarta parte: «Hacia una fisiología del Arte».

13. Las referencias de las obras están tomadas de E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, p. 63.

14. Acerca de Lagarde, véase R. W. Lougee, *Paul de Lagarde*, *1827-1891. A Study of Radical Conservatism in Germany*, Cambridge, 1962, pp. 117 y ss.

15. «Nationaler Sozialismus?», *Volkischer Beobachter*, 1 de febrero de 1927, citado por A. Tyrell, *Führer*…, p. 278: «Wir sollten diesen Namen als *ein* Wort, als ein *Hauptwort*, deshalb möglicht unzerteil, als Ganzes gebrauchen» («Deberíamos utilizar este término como una sola palabra, una palabra central; por ello, indivisible, como una totalidad»).

16. Sobre la influencia de Rosenberg en Hitler hasta 1924, véase R. Bollmus, «Alfred Rosenberg. National Socialism's "Chief Ideologue"?», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *The Nazi Elite*, Londres, 1993, pp. 183-193. Para esta cuestión concreta, p. 184.

17. M. Kellogg, *The Russian Roots of Nazism. White Émigrés and the Making of National Socialism, 1917-1945*, Cambridge, 2005, pp. 136 y ss. Un especialista tan prestigioso como Walter Lacqueur ha considerado poco importante la relación entre esta organización y el éxito inicial del nazismo en *Russia and Germany. A Century of Conflict*, Londres, 1965, pero las investigaciones realizadas por Kellogg con archivos alemanes, ucranianos o rusos, y el trabajo de J. Baur, *Die russische Kolonie in München 1900-1945. Deutsch-russische Beziehungen im 20. Jahrhundert*, Wiesbaden, 1998, apuntan en la dirección de la influencia ideológica y la económica, aun cuando el proyecto a más largo plazo de una alianza destinada a la reorganización del continente y la colonización de la antigua Rusia zarista quedara fuera de los planes de Hitler.

18. R. Cecil, *The Myth of the Master Race. Rosenberg and Nazi Ideology*, Nueva York, 1972, p. 42.

19. A. Rosenberg, *Das Parteiprogramm. Wessen, Gründsätze und Ziele der NSDAP*, Munich, 1922.

20. E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, pp. 97 y ss.

21. D. Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution. Hitler and the Verbotzeit*, para los debates internos del partido en este período. La ruptura de Esser y Streicher con Rosenberg en A. Tyrell, *Führer*…, p. 81.

22. R. Cecil, *The Myth*…, pp. 50-51.

23. E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, p. 117.

24. A. Rosenberg, *Letzten*…, p. 91, para las posiciones con respecto al tema de la lucha de clases y la interpretación comunitaria del nacionalsocialismo en aquellos primeros años.

25. E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, pp. 259 y ss.

26. Para un comentario a las ideas de W. Darré, véase A. Bramwell, *Blood and Soil. Walther Darré and Hitler's «Green Party»*, Abbotsbrook, 1985. Del propio Darré, las obras publicadas en los mismos años en los que lo hace Rosenberg, *Das Bauerntum als Lebensquell der nordischen Rasse*, Munich, 1929, y *Neuadel aus Blut und Boden*, Munich, 1930. Una valoración sobre el personaje puede encontrarse en la obra del especialista en la historia de las relaciones entre campesinado y Tercer Reich, Gustavo Corni, «Richard Walther Darré. The Blood and Soil Ideologue», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *The Nazi*…, pp. 18-38.

27. A. Rosenberg, *El mito del siglo* XX *. Una valoración de las luchas anímico-espirituales de las formas en nuestro tiempo*, Barcelona, 1992, p. 24.

28. Véanse comentarios a la obra en A. Molau, *Alfred Rosenberg*…, cap. 4; E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, cap. 5; E. Vermeil, *Doctrinaires de la révolution allemande, 1918-1938*, París, 1939, cap. 5; P. Viereck, *Metapolitics*…, cap. 11; R. Cecil, *The Myth*…, cap. 5.

29. A. Rosenberg, *El mito*…, pp. 296-300.

30. A. Rosenberg, *Fundamentos del nacionalsocialismo. Las bases del nuevo orden*, Buenos Aires, 1975, pp. 18-20 (título original: *Das Wesengefüge des Nationalsozialismus. Grundlagen der deutschen Wiedergeburt*).

31. *Ibidem*, pp. 54-55. Acerca de los elementos simbólicos del nazismo, disponemos del espléndido texto de R. Sala Rose, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Barcelona, 2003, un prodigio de erudición de una de las mejores germanistas de nuestro país. Acerca de la expansión de la cruz gamada en la Alemania nazi, puede verse M. Quinn, *The Swastica. Constructing the Symbol*, Londres, 1994, en especial la primera y la segunda parte.

32. D. Orlow, *The History of the Nazi Party, 1933-1945*, Pittsburgh, 1973, vol. II, p. 97.

33. E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, p. 306; R. Cecil, *The Myth*…, pp. 175 y ss.

34. E. Lüdecke, *I Knew Hitler*, Londres, 1994, p. 397.

35. M. Broszat, *L'État hitlérien. L'origine et l'évolution des estructures du troisième Reich*, París, 1985, pp. 310 y ss.

36. H. U. Thammer, *Il Terzo Reich. La Germania dal 1933 al 1945*, Bolonia, 1993, pp. 544 y ss.

37. A. Rosenberg, *An die Dunkerlmänner unserer Zeit. Eine Antwort auf die Angriffe gegen den Mythus des 20. Jahrhunderts*, Munich, 1935.

38. M. Broszat, *L'État…*, pp. 337 y ss.; D. L. Bergen, *Twisted Cross. The German Christian Movement in the Third Reich*, Chapel Hill, 1996, caps. 1-6; G. Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 2000, pp. 151 y ss.

39. C. Roberts, *The Myth of the Master Race. Alfred Rosenberg and the Nazi Ideology*, Nueva York, 1972, pp. 134 y ss.

40. A. Rosenberg, *Race and History*…, p. 162.

41. M. Burleigh, *Germany turns Eastwards. A study of* Ostforschung *in the Third Reich*, Cambridge, 1998, pp. 43 y ss.

42. E. Piper, *Alfred Rosenberg*…, pp. 565-566. Los intentos de Rosenberg pueden seguirse también en J. von Lang, *The Secretary*. *Martin Bormann*, Nueva York, 1979, pp. 256 y ss.

43. Alfred Rosenberg, *Letzten*…, p. 272.

1. W. Schwarzwäller, *Rudolf Hess. The Last Nazi*, Bethesda, 1988, p. 51.

2. L. Durrell, *El cuarteto de Alejandría. Justine*, Barcelona, 1970, p. 12.

3. R. Manvell y H. Fraenkel, *Hess. A Biography*, Nueva York, 1973, cap. 1. Sobre la figura de Haushofer, véase D. Murphy, *The Heroic Earth. Geopolitical Thought in Weimar Germany, 1918-1933*, Kent, 1997, cap. 5.

4. J. Leasor, *The Uninvited Envoy. The Mysterious Flight of Rudolf Hess*, Nueva York, 1962, recoge las maniobras realizadas para preparar la entrevista en Escocia, los comentarios realizados por el hijo del profesor Haushofer, Albrecht, etc.; otra interpretación es la proporcionada por J. B. Hutton, *Hess. The Man and his Mission*, Nueva York, 1970, pp. 1-97.

5. J. Wulf, *Martin Bormann. L'ombre de Hitler*, París, 1963, pp. 16-17; J. von Lang, *The Secretary. Martin Bormann*, Nueva York, 1979, pp. 30 y ss.

6. Para la descripción de las condiciones ideológicas de Weimar en aquel momento, véase B. von Schirach, *Yo creí en Hitler*, Barcelona, 1968, caps. I y II. El padre de Von Schirach era director del teatro de la Corte, y el dirigente de las juventudes fue siempre uno de los grandes adversarios de Bormann, en especial porque captó enseguida su rencorosa actitud servil, como si su avidez de poder fuera el resultado de sus orígenes humildes.

7. Acerca del carácter «impersonal» del poder adquirido por Bormann, aunque muy centrado en el estudio de los sistemas totalitarios y su personal, es recomendable el perfil de J. Fest en *Das Gesicht des Dritten Reiches. Profiles einer totalitären Herrschaft*, Munich, 1993, pp. 175 y ss. Los motivos de su influencia sobre Hitler pueden verse también en el ensayo clásico de A. Bullock, *Hitler*, Barcelona, 1969, pp. 806 y ss.

8. Sobre las posiciones de Dinter, véase D. Orlow, *The History of the Nazi Party, 1919-1933*, vol. I, Pittsburgh, 1969, pp. 90-96. En 1928, Dinter sería expulsado del partido.

9. Sobre la escasa valoración de esta labor, que se ha reproducido en el cierto anonimato histórico de los verdaderos cuadros dirigentes del partido, los administradores como Schwarz, Buch o Bouhler, pueden verse las consideraciones de A. Krebs, *The Infancy of Nazism. The Memoirs of Ex-Gauleiter Albert Krebs, 1923-1933*, Nueva York, 1976, pp. 38 y ss.

10. J. von Lang, *The Secretary*…, p. 49.

11. Sin embargo, la escasa importancia política que por entonces tenía Bormann puede observarse en algunas anécdotas que explica Otto Wagener en los retazos de sus memorias publicados por H. A. Turner. En ellas, Bormann aparece con algunos detalles característicos de su persona: por ejemplo, disponiendo un mapa en la pared para señalar los puntos en los que existen organizadas las SA y las SS, o apareciendo con un atlas en la mano en cuanto Hitler lo solicita (O. Wagener, *Hitler. Memoirs of a Confidant*, New Haven, 1985, pp. 18 y ss.).

12. J. von Lang, *The Secretary*…, pp. 52 y ss.

13. M. Bormann, *Memorias*, Barcelona, 1954. El título original, mucho más apropiado, es *The Bormann Letters.* J. Wulf, *Martin Bormann…*, p. 21.

14. Las durísimas opiniones de Rosenberg sobre Bormann en *Letzte Aufzeichnungen. Nürnberg, 1945-1946*, Velzen, 1996, pp. 205 y ss. De hecho, comenta que «En Munich nunca había oído hablar de él. Se había casado con la hija de Walther Buch y era jefe del Fondo de Ayuda en la Casa Parda. Era un empleado, un ayudante de bajo nivel. Por ello nos quedamos atónitos cuando llegó a ser, en 1933, *Stabsleiter* del *Stellvertreter der Führers*».

15. J. von Lang, *The Secretary*…, pp. 59 y ss.

16. G. Franz-Willing utiliza, para titular su libro acerca del primer año de gobierno nazi, el término que más frecuentemente utilizó Hitler, ni siquiera referido al partido, sino al movimiento nacional de regeneración que asumió representar, la *Nationale Erhebung.* Sin embargo, considerando la orientación posterior que se dio al proceso, culminada con la ley de identificación entre el partido y el Estado del 1 de diciembre, ha preferido mantenerse el término *Machtergreifung*, aun cuando buena parte de los problemas de asentamiento del poder y de las vicisitudes interiores de la organización —incluida la suerte corrida por la Oficina que habría de dirigir, en la práctica, Bormann, y sólo en teoría Hess desde abril-mayo de 1933— se deban a las características de un proceso de aceleración que parte de un proyecto de unidad de la derecha nacional para ir deslizándose a la progresiva fusión de funciones cada vez más en beneficio del partido y, a su vez, de una forma creciente con la disciplina de éste por la Cancillería, que asume la dirección conjunta del Estado y del NSDAP.

17. M. Broszat, *L'État hitlérien. L'origine et l'évolution des estructures du troisième Reich*, París, 1985, pp. 306 y ss.

18. J. Caplan, *Government without Administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988.

19. J. von Lang, *The Secretary*…, p. 81.

20. M. Broszat, *L’État hitlérien*…

21. J. Wulf, *Martin Bormann*…, pp. 32 y ss.

22. J. von Lang, *The Secretary*…, p. 191.

23. I. Müller, *Hitler's Justice. The Courts of the Third Reich*, Londres, 1991, pp. 201 y ss.; H. W. Koch, *In the Name of the Volk. Political Justice in Hitler's Germany*, Londres, 1997, pp. 126 y ss.

24. M. Bormann, *Memorias*…, pp. 130-137.

25. *Ibidem*, pp. 143 y ss.

26. P. Patfeld, *Himmler. El líder de las SS y la Gestapo*, Madrid, 2003, p. 526 y ss.; J. von Lang, *The Secretary*…, p. 345.

27. J. O'Donnell, *The Bunker. The History of the Reich Chancellery Group*, Boston, 1978.

1. V. Klemperer, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, 2001.

2. P. Merkl, *Origins of the West German Republic*; Westport, 1963, pp. 129-130; R. Stöss, *Politics against Democracy. Right-wing Extremism in West Germany*, Oxford, 1991, p. 80; H. E. Volkmann, ed., *Ende des Dritten Reiches-Ende des Zweiten Weltskriegs. Eine persperktivische Rückschau*, Munich, 1995; R. G. Moeller, ed., *West Germany under Construction. Politics, Society, and Culture in the Adenauer Era*, Ann Arbor, 1997, en especial, J. Foschenpot, «German Reaction to Defeat and Occupation», pp. 73-89.

3. J. Solchany, *Comprendre le nazisme dans l'Allemagne des années zéro, 1945-1949*, París, 1997, cap. II.

4. N. Frei, *Adenauer's Germany and the Nazi Past. The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, 2002.

5. F. Gallego, *De Auschwitz a Berlín. Alemania y la extrema derecha, 1945-2004*, Barcelona, 2005, cap. 1.

6. B. Genton, *Les Alliés et la culture*, *Berlin, 1945-1949. Essai de comparaison*, París, 1998, pp. 38 y ss.

7. N. Ginzburg, *Las pequeñas virtudes*, Barcelona, 2002.

8. R. Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, 2003, pp. 83 y ss.

Edición en formato digital: abril de 2011

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.
Fotografía de la cubierta: Adolf Hitler en Nuremberg durante una celebración del Partido Nazi.

ISBN: 978-84-9989-180-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:
Agustín de Betancourt, 19
28003 MADRID
España
Tel.: +34 91 535 81 90
Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.





Collins

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen

MONDADORI

Montena



